

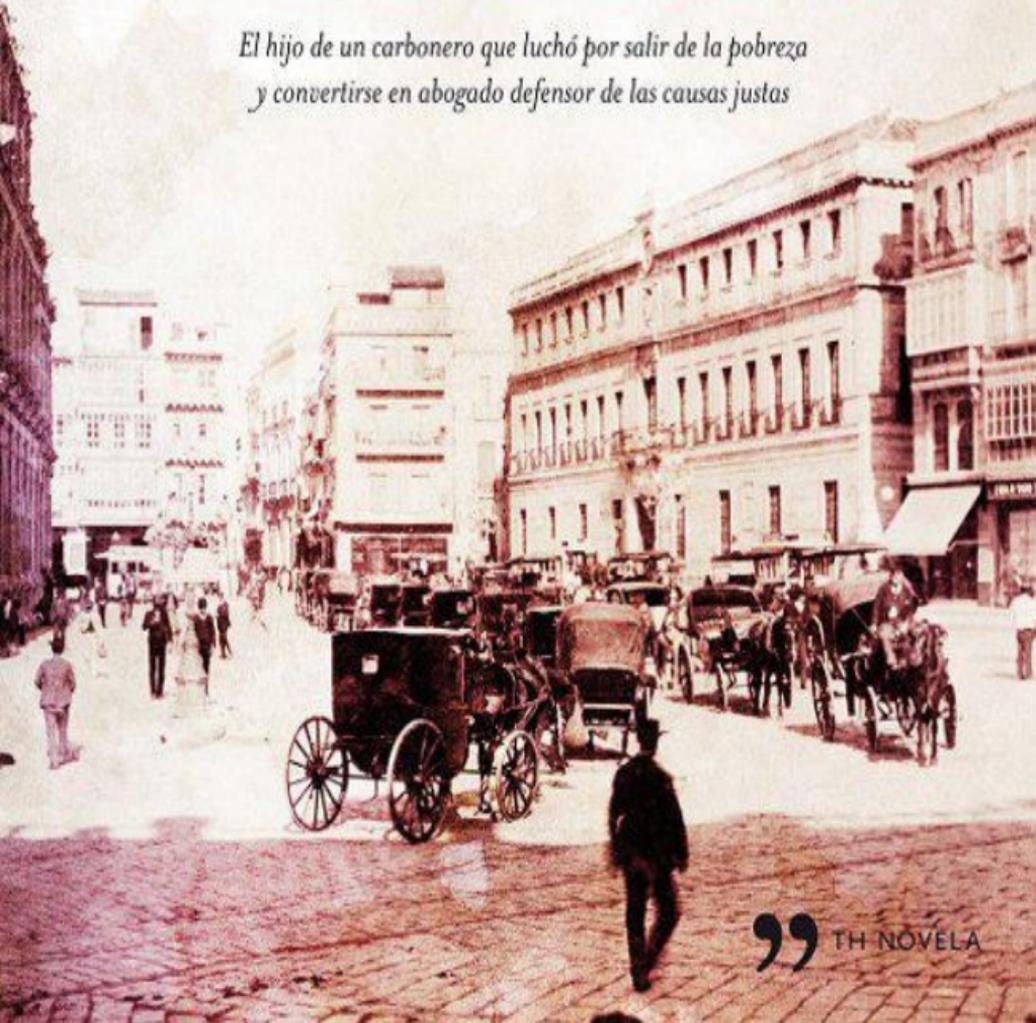
«¿Quién puede imaginar cómo será el siglo XX? Nadie.
Pero una cosa sí puedo asegurarte, será el siglo no de los ricos,
no de los fuertes, sino el de los preparados e inteligentes»



MARÍA IGLESIAS

LAZOS *de* HUMMO

*El hijo de un carbonero que luchó por salir de la pobreza
y convertirse en abogado defensor de las causas justas*



” TH NOVELA

Annotation

La historia de Adam Cassidy es un secreto a voces: él, enigmático náufrago, desapareció después de dejar en la aldea cántabra el germen de una estirpe de individuos de cabellos rojizos y espíritu indomable. En 1871, más de un siglo después de aquella visita, llega al mundo Germán Díaz. El pequeño pelirrojo crece feliz escuchando fantásticos

relatos sobre su origen, pero cuando, siendo aún niño, se ve obligado a emigrar e instalarse en una sucia carbonería gaditana, decide que la vida nada tiene que ver con las románticas expectativas de su madre y a punto está de enterrar sus sueños. Providencialmente, un joven periodista se cruzará en su camino y, alimentándolo con grandes novelas y altos ideales, lo convencerá de que con su talento innato y la formación necesaria puede llegar a ser lo que desee. Años más

tarde, convertido ya en abogado y dispuesto a abanderar aquellas causas comprometidas cuya defensa dan sentido a la palabra «justicia», entiende que su círculo profesional y la clase social dominante le harán pagar por su atrevimiento un alto precio de consecuencias inimaginables. UN

BELLÍSIMO FRESCO
SOBRE LA EPOPEYA DE
LOS ESPAÑOLES QUE
EMIGRABAN EN
DILIGENCIAS
IMPOSIBLES PARA
ENCONTRAR EL

SUSTENTO DE SUS
FAMILIAS EN LUGARES
REMOTOS. UNA
CRÓNICA
APASIONANTE SOBRE
LA SOCIEDAD QUE
VIVIÓ UN
REVOLUCIONARIO
CAMBIO DE ÉPOCA. UN
RELATO ÍNTIMO SOBRE
LOS MIEDOS DE UN
HOMBRE CARGADO DE
SUEÑOS, PERO
ENFRENTADO A UNA
REALIDAD ÁRIDA Y
ESTÉRILLAZOS DE
HUMO ES LA NOVELA
DE UN SIGLO; DE LOS

HOMBRES Y MUJERES QUE LO HABITARON

MARÍA

IGLESIAS

Lazos de humo

Temas de Hoy

Autor: Iglesias, María

©2011, Temas de Hoy

Colección: Th Novela

ISBN: 9788499980362

Generado con:

QualityEbook v0.67

*A Tomás, mi padre, que amó
la realidad y la ficción.*

*Y a las mujeres que han
mantenido viva la historia
de G. D. S.: Isabel, Tere y,
sobre todo, Marce*

«Pues, en efecto, somos
evanescencia.
Y resistencia a
desvanecernos.»

ELVIRE DE
MARTINEAU: 1812.
Futuro perdido

Si fuera posible escapar al extraño magnetismo de una fotografía misteriosa como esta, una que más bien parece un ojo de cerradura que incita a mirar o una piedra roseta con la que desentrañar jeroglíficos. Pero hay algo en ella que retiene la vista, impele a bucear hacia el relato que encierra, a dar el salto al otro lado del espejo antes de que se nuble. Se nuble, sí, por

ese defecto en la fijación al papel que hace que la imagen se esté borrando lenta pero imparablemente y amenaza con hacerla desaparecer del todo. Ojalá nuestros sentidos no mientan al susurrar de forma tan imperceptible como insistente: «He aquí la puerta». Y ojalá la encontremos a tiempo, pues, como es sabido, contamos con un plazo.

I

RELOJ PARADO

El alto del centro es sin duda él, Germán. No hace falta que el retrato sea en color para que el cabello lo delate. Hasta en sepia es evidente el contraste de esa lengua de fuego con el traje. Los pelirrojos no encanecen, o tardan. Está de espaldas, los

cinco lo están, y su carne solo llega a verse en la nuca, y en los puños cerrados. La pila de muebles, los escombros, medio tapados por sus cuerpos, remitirían a la guerra si no fuera porque en el anverso, junto a la firma de un tal Cortázar Vilde, figura la fecha de 1929. Y porque la tragedia que encierra ese rectángulo ajado fue tan tremenda que su recuerdo ha sido desde entonces la herencia de los Díaz, durante generaciones. La foto estremece. Transmite, como un cable, el

dolor, la angustia, la impotencia de aquel hombre solo entre tanta gente. Pegado a su familia, rodeado de viandantes. No puede percibirse, en cambio, cómo le marean las campanas que atruenan en la Giralda. Desbocadas, amenazando con caerles encima. Aumentando la sensación de castigo, de expulsión del paraíso, ese que si existió fue antes de la consciencia, cuando nada así podía imaginarse, en la infancia, en la aldea.

La campana estuvo

repicando como loca, le contó su madre, aquel 20 de marzo de 1871 cuando se enfrentaba al reto de parirle sin más ayuda que la de sus primas, que le aplicaban compresas en la frente como las vacas durante el trance se untan saliva a lengüetazos. Ocurre a veces que, aunque sea imposible recordar algo, un olor, un sonido lo evoca, y así, a cada campanada, Germán recibe, como en *flashes*, los alaridos de Marcelina. Coincidían y se intercalaban con los rayos. La tormenta fue tal que el

párroco, don Ildefonso
Martín Gutiérrez, la
consignó en el acta de
bautismo:

En veinte y uno de
marzo de este año de mil y
ochocientos setenta y uno,
yo el infraescrito Cura Abad
de Pesués y Pechón, bauticé
solemnemente y puse los
Santos Óleos y la Crisma a
un rollizo niño que dijeron
haber nacido ayer al
mediodía cuando, por obra
de la galerna, parecía plena
noche.

El adjetivo «rollizo» no se deslizó casualmente. Era extraordinario que nacieran niños con buenas carnes, tan poco después de 1868, año de revolución, pero sobre todo de hambre, hasta en pueblos como aquel Pechón donde cada cual tenía su huerta de supervivencia, unos pocos carros de tierra de los que, con sudor y suerte, se lograban arrancar patatas ruines, puñados miserables de fabes, hojas de berza translúcidas, mazorcas de maíz escuálidas. Faltaba incluso forraje para las

bestias y sin este los animales comían de sus reservas hasta quedar reducidos a piel y huesos. Antes de que muriesen era preferible sacrificarlos y aprovechar sus despojos.

Pechón limitaba al este y el oeste con las rías de Tina Menor y Mayor, al sur con la ladera de El Llano y al norte con el Cantábrico. Tenía cuatro playas: Arenas, Aramal, Radillo y Amió, y en esta había un tómbolo, en pleno rompeolas, donde los lugareños se exponían buscando *míngaros*, lapas,

percebes, erizos y otros frutos de mar.

A aquel rincón aislado, de belleza salvaje, cuajado de begonias, azaleas y hortensias, impregnado de olores penetrantes, llegaban las noticias cuando ya no lo eran, abriéndose paso entre las zarzas del sendero que iba a Pesués y Unquera. De allí procedía también la diligencia con el correo de los emigrantes, y los miércoles de mercado, volvían los vecinos con viandas, chismes de la comarca y periódicos donde

se hablaba de la Constitución, del rey traído de Italia, de que esta se unificaba, como Alemania, de que el monarca abdicaba, de que España era republicana.

Lo que los pechoneros conocían del mundo lo debían a la singularidad de saber leer en un país donde más de la mitad de la población era analfabeta. Un misterio que algunos explicaban diciendo que el señor del Val de San Vicente, que creó el pueblo como lagar de sidra, quiso

que sus siervos llevaran y rindieran cuenta perfecta de las cosechas. Lo que beneficiaba, aún en esos días, a sus descendientes, aristócratas ociosos que vivían en Santander y hacía años no pisaban esas tierras por las que, a medias con la Iglesia, cobraban rentas de arrendamiento, diezmos y aparcerías. Fuera como fuese, lo cierto era que en Pechón se daba la bienvenida a cualquier historia nueva, pues todos conocían demasiado bien sus respectivas vidas. Algo fácil,

ya que eran pocos y todos familia. Como en la mayoría de las aldeas. Muchas, menos afortunadas por no estar en la costa, que suaviza el clima y el carácter, pero iguales en no vivir al ritmo del reloj, sino del sol y las necesidades del campo y los animales.

Hombres y mujeres, como un solo ejército, se movilizaban al alba, enganchaban aperos a los potros, iban en pos de siembras y cosechas, alimentaban y ordeñaban a las vacas, recogían los

huevos del gallinero, segaban las huertas «para que no se hicieran monte», reconstruían *morios* y cercados deshechos por el viento o los golpes de las reses, subían por agua a la poza Juana y recogían leña para la tarde. Cuando el sol ya se ocultaba, volvían a sus casas, se recluían en ellas y preparaban el pote de garbanzos, manzanas asadas, algún dulce de leche, cuidaban de niños y viejos y, sobre todo, se sentaban a la lumbre y conversaban. A veces sobre el porvenir, pero

casi siempre sobre el pasado, que en aquellas charlas se mezclaba con elementos fantásticos, inventados, pero creídos de tanto relatarlos.

Entre las viejas historias, una destacaba. Porque nadie hablaba de ella abiertamente, pero salía a colación, de forma tangencial, con frecuencia. Como pasó tres días después de que Germán naciera. Su padre jugaba al dominó en El Ancla.

—Blanca doble.

El golpe seco y el resbalar de la ficha,

repetidos, eran la música de la tarde.

—¿El niño bien, Ramón? Seis cinco.

—Sano, parece. Paso.

—Me dijeron. ¿Y Marcelina? Cinco blanca.

—Cuatro doble.

—Se repuso. Cuatro tres.

La luz de los candiles dibujaba sombras móviles en sus caras, su mesa y la de los compañeros que habían preferido, esta vez, jugar a las cartas. El vermú calentaba el corazón y hasta los pies, pero nunca la boca

de esos hombres mansos. Habían nacido juntos, de madres casi iguales y padres idénticos a ellas y eran a su vez padres de niños que tenían con sus primas y en los que se reconocían. Volvían la vista atrás y ni los más viejos podían recordar cuándo nació el pueblo. Haría siglos.

—Como siempre. Aquí siempre todo igual.

—Salvo por lo del *vikingo* —inquirió Fanio, socarrón.

—Shhh. Mira que te gusta meter palo en candela

—repuso Esther tras la barra mientras recogía bajo el pañuelo uno de sus dísculos rizos cobrizos.

—Meter nada, Esther. Mi abuela lo recordaba perfectamente y tú lo sabes igual. Nada tiene de malo. Se ayuntan yeguas con caballos, gallos y gallinas y si llegó un barco de vikingos o uno solo, no es de extrañar que se quisiera ayuntar con una buena moza.

—Me tendré que ir arriba a dejar de escuchar tanta necedad, Dios de mi vida.

—Deja a Dios a lo suyo y no hagas escándalo, que le quedan cinco días para volver al cura, si es que no llueve.

—Tienes razón, no me voy yo, os marcháis vosotros, que ya es hora. Dejad la partida así y andad, que ya la acabaréis mañana.

Esther dio por terminada la jornada y azuzó a sus clientes para que salieran. Pero fuera, caminado bajo las estrellas, la conversación siguió.

—¿Por qué se alterará tanto? Para una historia

buena que hay aquí.

—No sé, Fanio, igual es invento.

—Invento el qué, que fuera o no vikingo y viniera con casco y cuernos, puede. Pero que vino, vino. Que hubo, hubo. ¿Y tío Alberto? ¿Cómo es que se fue? De repente embarcó en Santander rumbo a la isla esa.

—Aventuras.

—No tanto, que marchó con una dirección y un porvenir. Dicen que tía Clara conserva cartas y fotos. Que se le ve como uno

de ellos. Porque lo era.

—Ya.

—¿Y lo del pelo?

—¿Qué?

—¿De qué color es el de tu niño?

—¿Para qué lo preguntas si lo sabes?

—¿Y de dónde salieron los que nos nacen con esos pelos colorados? ¿Viste alguno en Unquera? ¿En Pesués? En cambio, aquí... El primero que se recuerda fue tío Alberto, por lo visto, lo eran sus gemelos, aquellos Salvador y Luis que embarcaron a Filipinas sin

que se volviera a saber ni cómo les fue, lo es tu mujer, lo era la hermana suya que murió, y ahora lo son la niña de Lecia y tu hijo. Todos descendientes de Sara, pero por la vía de Alberto, ninguno de sus demás hermanos. El resto todos castaños. ¿Y acaso no son las vacas negras salvo cuando las juntamos con un toro tordo? Entonces, ¿no es sencillo?

—Puede ser.

—Como que es. Y te digo más: me alegro. ¿Sabes? Envidio a tío

Alberto porque... En fin, llegaste, no te entretengo. Disfruta la mujer y el chico. Yo sigo.

Dejó en suspenso aquello de su envidia y se despidió con la cabeza vuelta ya hacia El Llano, en cuya ladera vivía soltero y solitario. Mientras, Ramón abrió la portilla, cruzó la huerta y entró a la casa. Marcelina zurcía sentada en una silla mínima sobre el poyete de la cocina, casi dentro del hogar y el niño estaba cerca, en su cesta.

—¿Se irá a quemar?

—Estoy al tanto. Es para que no pase frío. ¿Y la partida?

—A medias la dejamos.

—¿Y eso?

—Esther. Se molestó en cuanto Fanio habló de los vikingos.

—¡Mira que le gusta darle al molinillo!

—Está seguro. Dice que tu madrina guarda cartas de tío Alberto de...

—Inglaterra, sí, pero pocas, la mujer.

—Y que marchó porque era de allá.

—¡Qué va a ser!

—Sabes que todos piensan que no era hijo de Toño.

—Ganas de calumniar. Con una historia vieja de gente que ya no puede defenderse. Un raro era, tío Alberto, un trotamundos. Alguien que teniendo familia, cinco hijos, labor, se va de pronto, tan lejos y no vuelve, se desentiende... ¿Pero cuánto hace? Nadie se acuerda, menos pueden saber qué pasó realmente. Es mi tatarabuelo. Y ya no viven más que dos de sus bisnietos: tía Clara y padre

José. Nadie más.

—Ya, pero el pelo rojo viene de ellos.

—Puede ser. ¿Te molesta? ¿Te ha molestado alguna vez? Porque es la marca de una deshonra, ¿eso es lo que crees?

—Claro que no. Déjalo. Lo que ocurriera nunca se sabrá.

—Si es que pasó, Ramón. Porque lo que sí sabemos es que Fanio no se atrevió en su día a pedir matrimonio a Esther, que siempre la ha querido desde lejos, aun después de casada

con Ernesto, y que desde que está viuda intenta acercarse a ella, llamar su atención, aunque sea provocándola.

—¡Qué teorías!

—Bueno.

Marcelina lo dejó estar. Había prometido guardar silencio. En una aldea como Pechón, un secreto era un tesoro. Si aquel se desvelaba, podía ser además una mancha para ellos. Por más que conjeturaban, solo ella y la madrina sabían. Tenían documentos que probaban la existencia de

aquella relación ilícita. Tía Clara era quien los tenía, en su desván, pero los compartió con ella, su sobrina preferida, su ahijada, la que estaba llamada a cuidarla cuando ya no pudiera valerse sola. Se los mostró, como un anticipo de la herencia, y como un desahogo, porque las historias que no se cuentan se marchitan.

—¿Sabe, tía? Ramón me contó anoche que, en la partida, Fanio sacó a relucir la historia del *vikingo*.

—¿Y tú qué le dijiste?

—Nada, mujer, confíe.

Hablaban mientras subían por la escalera de mano a la buhardilla donde se guardaba el grano, cuando lo había. Casi peregrinaban. Arriba todo empezaba igual cada vez. La tía Clara acercaba la banqueta al baúl, Marcelina se sentaba en el suelo. Desde que nació Germán lo dejaba a su lado, al principio en el cesto y luego sentado él también, aunque al poco gateara. La madrina sacaba las cosas como cerezas enlazadas. Lo primero era, siempre, el

lienzo blanco almidonado, con encaje de blonda en los extremos y bordado en el centro con ese conjuro mágico que daba comienzo a todo: Adam Cassidy. El enigmático nombre del enigmático ser que apareció entre brumas en el remoto pasado del siglo XVIII y que tan misteriosamente como llegó, desapareció dejando atrás el arcón con sus pertenencias y a una preciosa vaquera de solo quince años, Sara, confundida y embarazada — sin saberlo— diciéndole

dulcemente adiós, en silencio, la única lengua en que se entendieron.

Ahora que aquellos tiempos pretéritos que habían tenido a todo el pueblo por testigo parecían invento, ahora que la pobre Sara hacía mucho descansaba bajo tierra, su bisnieta y tataranieta eran las custodias de su historia. Vestales manteniendo viva la llama del breve amor furtivo con ese hombre, alto, blanquísimo, de ondulada melena pelirroja que, cuando vestía con sus civilizadas

ropas de *gentleman*, se recogía en una ordenada coleta y cuando la amaba como si la tierra fuera a desaparecer engullida por las olas, dejaba volar, suelta, como ella solo había visto hacer —y rara vez— a las mujeres.

La brújula y el reloj eran dos de los objetos que más les gustaban. Los miraban, se los pasaban, los acariciaban, como si ellos solos encerraran la clave del tiempo y el espacio al que volvió ese marino perdido y desde el que, años después,

empezó a enviar las cartas —y algún retrato— que en paquetes de grueso papel gris y cintas rojas seguían ahí, guardados. Sabían que esas hojas habían sido el bien máspreciado de su antepasada. Comprendían que fueron el alivio esperado tras aquellos centenares de días en los que ella leyó y releyó, sin entender una palabra, el libro que su misterioso amante dejó tras de sí con el resto de sus cosas: *Robinson Crusoe*. En todo aquel tiempo se afanó por encontrar en ese

volumen escrito en aquel idioma embrujado la clave del misterio que había dado sentido a su vida, haciéndola feliz y desgraciada. Como no encontró pista alguna, tuvo que actuar según su instinto. Y antes de que el niño naciera contrajo matrimonio con uno de sus primos, Toño. Cuando, más de un año después de nacido el hijo, ya estaba resignada a no entender jamás lo que había pasado, recibió por fin aquella primera carta escrita en una lengua inteligible para ella, la suya.

Aquel día Alberto caminaba torpe agarrado a su delantal casi impidiéndole avanzar camino de la llosa hacia donde iban «a hierba», a amontonar y cargar en carros el pasto para almacenarlo. Pasaron por el Prado, la Cruz y cuando acababan de dejar atrás la casa de postas, en la Torre, y enfilaban hacia Caliviá, salió corriendo Eufemia.

—¡Sara, Sara, trajeron carta!

No sabía cómo reaccionar. Jamás había esperado una, ni la había

recibido. Y si la intriga dominaba a Eufemia, parada al pie de la Torre, bajo la imponente palmera que parecía un inmenso signo de exclamación, Sara se había quedado petrificada. ¿Qué se suponía que significaba aquello? ¿Qué debía hacer?

—¿Qué, no pasas a cogerla, mujer? Será importante.

—Mejor tráemela, que llevo prisa. Ya estarán los demás en la llosa.

Cuánto se alegró de haberse librado de la invitación de Eufemia tan

rápido y con tanta naturalidad. No era propio de ella. Mil veces se había arrepentido de hacer cosas que no quería por ser incapaz de negarse. Pero algo le había hecho sentir que sería mejor leer esa carta lejos de allí y sobre todo sola. Cuando Eufemia se la tendió, la cogió rápida. Ni le echó una ojeada, como imitando el acto maquinal —nunca visto— de quien está harto de recibir correspondencia. Su paisana la siguió mirando, curiosa, desde el umbral, hasta casi

perderlos de vista a ella y al pequeño. Finalmente, el resonar de tazas y cubiertos le recordó que había bocas que alimentar antes de que la diligencia marchara con pasajeros y sobres como el que, ávida, acariciaba Sara dentro del bolsillo.

Tendrían que esperar los de la llosa o empezar sin ella, pero no retrasaría la lectura de la carta. El corazón se le salía por la boca, las mejillas le ardían. Nada más alcanzar Caliviá, cogió al niño en brazos y se internó en el camino que

trepaba a El Llano, entre los helechos y las zarzas de moras negras y rojas. La maleza era espesa y al poco los ocultó. Buscó un lugar con pocos pinchos y ahí se sentó con el chiquillo. Enseguida reconoció el nombre de su hombre entre el resto de los historiados caracteres del sobre. Lo abrió con cuidado y sacó una hoja doblada en tres. Al extenderla cayó una pequeña estampa que le cortó el aliento. Era él vestido como un príncipe, con su precioso pelo recogido, en pie y

distraídamente apoyado en un piano. Sentía los latidos desacompañados. Estaba tan nerviosa que ni siquiera se dio cuenta de que las letras que se apretujaban en la carta podían ser leídas. Pasaba su vista sobre ellas como lo había hecho sobre las páginas de Defoe, siguiendo los trazos, paseándose por la superficie, sin cruzar al otro lado, que le estaba vedado. Una y otra vez. Por placer. Hasta que de repente, sin darse cuenta, se oyó leyendo en voz alta: «¿Hay algún hijo?».

Preguntaba por él, por Alberto. Quería saber. Decía que había soñado que existía, que se parecía a ella, con sus ojos castaños con pintas miel. ¿Eran así? Nunca lo había pensado. Él, en cambio, recordaba tan vivamente su mirada, decía, y «anhelaba tanto», así lo había escrito, volverla a ver. Sara releyó la carta buscando una pista sobre el regreso. Pero no la encontró. Pedía que le escribiera, eso sí. Si había aprendido español era porque no podía olvidar, acostumbrarse a una

vida sin rastro de ella. Aunque —sin saber cómo, lo entendió antes de llegar a esa línea— de ningún modo debía enviar las cartas a su casa, sino a la dirección de su administrador, ya que se había casado y su esposa podría interceptar algún envío, alguna imagen del niño. Pues, eso sí, si como él intuía tenía un hijo, necesitaba verlo. Ella tenía que conseguirle algún retrato, un dibujo, lo que fuera. El dinero no era problema, él podría enviarlo. Pero quería verlo cuanto

antes. Para empezar, al menos, debía describírselo.

A estas alturas de la carta, notó sus ojos húmedos y el corazón encogido. El nombre de aquella esposa, Juliette, le pareció el de una dama con la que ella no osaría compararse. Cómo iba a querer un retrato suyo. «No. Quiere verte a ti, muñeco —le dijo—. Quiere comprobar si hay algo de él en ti. ¿Qué pensará cuando te vea idéntico?»

Se despedía con una fórmula convencional de las que enseñan las gramáticas o

los preceptores más antiguos. Algo correcto y frío. Sara se habría sentido vacía si no fuera porque al final, con una caligrafía de urgencia, había añadido la posdata «Ojalá hubiera sabido tu idioma».

Todas aquellas palabras, todos aquellos palpitos, a ambos lados del mar, hacía tantos años, eran hojas muertas, historias olvidadas. Pero cuando la tía Clara y Marcelina abrían la tapa del arca, conteniendo la respiración, parecía que un aliento las animara. Eran los

restos de una pasión que había acabado en cenizas igual que el matrimonio de Sara y Toño, el propio tío Alberto y su verdadero padre o cuantos los conocieron. Pero eran cenizas dispuestas a recomponerse y revivir a poco que despertaran el interés de alguien, su afán por indagar, explicar y explicarse. Marcelina y su tía operaban el milagro con frecuencia porque ellas, aunque de un modo distinto al de Sara, también necesitaban aquellas cartas.

Desplegaban ante sus ojos una historia de amor folletinesca, mejor que las de los diarios y sin capítulos perdidos, sin saltos. Leían, releían y se entregaban a una vida paralela.

No eran las únicas en fantasear. En no mucho tiempo, el propio Germán se pasaría el día con sus amigos inventando que el lavadero de la plaza era un barco y las hondonadas de la ería, fosos de castillos. Para ellos jugar incluía lo que en realidad era trabajar con las vacas: llevarlas a pacer, abrevarlas,

recogerlas en el establo cuando oscurecía. Como lo hacían corriendo, saltando, riendo y revolcándose por los prados, no les parecía trabajo. Subían monte arriba, bajaban a la playa descubriendo todos los rincones: praderas, árboles, veredas, rocas y acantilados. A ese ritmo frenético, cuando apenas tenían seis años, corrían sin más meta que agotarse porque ya habían visto todo lo que había. Incluido, por supuesto, el inmenso fósil de ballena de la cuevona. Un

esqueleto prodigiosamente conservado que espoleaba, como si fuera necesario, el gran sueño colectivo de los pechoneros, el sueño americano.

Embarcarse, atravesar el Atlántico, poblado de delfines y cetáceos, rumbo a la tierra prometida era, en efecto, la fantasía suprema de los pechoneros, del resto de los aldeanos del Val de San Vicente, y casi de todos los montañeses. América seguía encarnando el paraíso, cuatro siglos después de su

descubrimiento. Incluso hombres tan pragmáticos como Ramón y tan apegados a su tierra se planteaban emigrar. El primer paso era viajar a Andalucía, como había hecho su hermano Casimiro, que allí seguía, en Cádiz. Esta ciudad y Sevilla eran puertos con mucha actividad comercial. Uno podía emplearse, ahorrar un tiempo y resolver luego si *cruzar el charco*, instalarse definitivamente en el sur, o regresar al pueblo con los caudales hechos. Cuando alguien se iba, nunca se

sabía con qué destino último, ni por cuánto tiempo. Al cabo de meses o años llegaban cartas de capitales como Veracruz, San Juan, La Habana o Buenos Aires. Y sus pormenores inflamaban aún más la llama del sueño en quienes se habían quedado.

La descripción de las grandes ciudades, con su actividad frenética, sus oportunidades, a las que arribaban todo tipo de transportes, donde humeaban fábricas de las que salían por cientos y

miles objetos inimaginables, el retrato de aquellas casas con cubertería de plata y loza de porcelana, en vez de las cucharas y cuencos de madera, con cristalerías en lugar de jarras de lata, las referencias al sol, el calor, la naturaleza exuberante, los animales exóticos, los frutos jugosos —de la guayaba al mamey, del coco al mango — resultaban irresistibles para una población que, la mayor parte del año, engañaba al hambre con nueces, castañas, avellanas y demás cascajos. Gente

desesperada que si no se rebelaba contra sus amos era por la fantasía de ser ellos mismos propietarios, gracias a los pocos carros de tierra ganados a montes y eriales, talándolos y roturándolos, y porque, aun en los peores momentos, cuando arreciaba el frío, acuciaba el hambre o estallaban epidemias de diversas enfermedades, allá, detrás del mar, seguía brillando El Dorado.

Con la vista puesta en alcanzarlo, los pechoneros mantenían sus rudimentarios conocimientos de escritura y

cálculo. Serían herramientas útiles —pensaban— cuando, huyendo de la agricultura a la ciudad, se colocaran como comerciantes o empleados.

Una vecina soltera, Mirita, regentaba en su casa una especie de escuela unitaria heredada de su abuela, madre y tías —solteras unas, otras viudas—, que cobraban en especie para completar lo poco que sacaban del campo. Germán fue alguna vez, pero solo a aprender sumas y restas, porque a leer y escribir le enseñó su madre. Marcelina

atesoraba en su casa documentos viejos que su madrina u otros vecinos no querían: cartas, papeles de trámites, hojas de periódicos y revistas. Leía todo lo que caía en sus manos. Desde pequeño Germán la veía hacerlo; cuando creció ella le leyó en voz alta; pasado el tiempo, le empezó a ayudar a copiar palabras, renglones, párrafos. Luego, ya pudo dictárselos. Algunas veces al verlo sujetar el lápiz, con esfuerzo, mientras se mordía el labio, otras al escucharlo decir algo categórico, con

desparpajo, Marcelina creía percibir en él aquella agudeza que Clara, la madrina, consideraba la mejor herencia del tío Alberto (por supuesto, mucho mejor que aquel color, tan escandaloso, de pelo). Jamás lo hubiera comentado ni con ella ni con nadie —incluido su marido—, le daba miedo ser soberbia, pero le parecía que su hijo era un niño especialmente inteligente, capaz de marchar a Inglaterra o donde fuera y valerse por sí mismo, aun de

aprender cualquier
endiablada lengua. Un
escalofrío la sobresaltaba.
No quería imaginar
separarse de él. Y al mismo
tiempo el pueblo le parecía
un cerco demasiado
estrecho. Deseaba a su hijo
un destino feliz. Pero junto a
ella para evitar que sufriera.

La vida era tremenda.
Al menos la que ellos
conocían. Miraba a su
alrededor y, por más que le
doliera, solo veía suciedad y
miseria. La lluvia no cesaba.
La humedad se colaba en la
casa por todas partes, subía

del suelo, caía en goteras sorteando las tejas, rezumaba a través de las paredes. El agua, la sopa aguada, era la mayoría de los días la principal comida, junto a la leche, que, a veces, también se aguaba. Ramón y ella no paraban. Cuando el campo se obstinaba en no dar nada más, y no lo daba, se echaban al monte, ponían trampas, cazaban de forma furtiva —topos o ardillas; los jabalíes, zorros o corzos, que los había, eran más difíciles de apresar y de

esconder a la mirada de los demás—, o se metían en el agua helada, del mar o de las rías, tratando de pescar algo, aunque generalmente no lo lograban. Ella, además, lavaba. Fregaba y restregaba la ropa en el lavadero, la golpeaba con la pala y, aun así, no conseguía sacar muchas manchas. Entonces volvía a su casa y hacía la colada, volcando agua hirviendo sobre las cenizas que siempre guardaba. La mayor parte del año no podía tender al aire, pues enseguida llovía o

lloviznaba y en lugar de secarse, las prendas se empapaban. De modo que la ropa se secaba tendida sobre el fuego en el que cocinaba y se impregnaba de olor a guiso y humo. Con el trabajo que costaba limpiarla era desesperante que enseguida se ensuciase. Pero inevitable. Veía a Germán salir a la calle y sabía que al instante el rabo de una vaca o un traspies con las abarcas lo acabarían manchando. No era culpa del chiquillo, no podía reprochárselo. Ella misma llevaba siempre la

ropa y hasta la piel salpicada. Por no hablar de Ramón. Él no hacía caso. O no parecía hacerlo. Con aquel jubón y aquellos pantalones de faena que no le dejaba lavar más que de tanto en tanto. Ni discutir con él podía. En lo de hablar siempre había sido parco. Incluso cuando era mozo, y guapo. Ahora, cuando lo veía traer o llevar el ganado, u ordeñar en la cuadra, tan acostumbrado a las moscas que ya ni las espantaba, se le rompía el alma. Pero a él tampoco podía achacarle

nada. No iba más aseado para no darle trabajo. Y si callaba y arrugaba el ceño era porque estaba pensando en qué comerían. Ellos y los animales.

Para colmo de males, algunas veces, ocurría una tragedia. Como pasó aquel día que precisamente fueron todos a la siega de pasto para las bestias. Con las luces del alba se habían levantado y hacía poco que estaban ya segando cuando, de repente, cayó fulminante un rayo y fue a dar a la hoz del dalle que alzaba Estela,

la hija de Lecia. Todos quedaron paralizados. Salvo ella, Marcelina, que sin saber cómo, tuvo un presentimiento que le permitió adelantarse una milésima, tiempo suficiente para que Germán no viera a la muerta. Un grito desgarrado tronó mientras ella apretaba contra su falda la cara del niño. «¡Nooo!» Lecia pasó corriendo hacia el convulso cuerpo. Germán no veía nada, pero escuchaba. Muchos gritaban. «¡Estela, Estela!», «¡Haced algo! ¡Maldita sea!», «¡Ha

muerto!», «¡Está
achicharrada!», «¡Vida
miserable! ¡Miserable!».

La gente pasaba a su lado, los empujaba. Marcelina se agachó y susurró: «Cierra los ojos fuerte. Nos vamos». Germán la obedeció. Salvo un segundo en que entreabrió los párpados y creyó ver un cuerpo carbonizado. Inmediatamente volvió a cerrar los ojos, ahora sí, bien cerrados, pero su imaginación ya se había disparado y en su mente giraba frenética la imagen de

una Estela envuelta en llamas.

Marcelina lo guio hasta la casa. Iba temblando. No daba crédito a que la niña hubiera muerto. Podía haberle ocurrido a cualquiera de ellos. Daba gracias al cielo. De estar vivos y de haber reaccionado a tiempo para proteger a su hijo. Cuando ella era niña, su pobre madre no tuvo su suerte o sus reflejos el día que, estando ambas en la puerta de Caliviá abajo, vieron a la pequeña Herminia escurrirse

de los brazos de la abuela materna. Cayó como un muñeco desde la ventana y chocó contra el suelo, a los pies de Marcelina. Reventó, manchándole de sangre el vestido, la cara, los labios. Ella trató de no moverse, de no tragar esa saliva manchada con la sangre de su hermana mientras, hipnotizada, miraba la cabeza donde el líquido y las vísceras seguían manando por entre los rizos colorados. Su madre no pudo ni evitar la muerte del bebé, ni que ella lo viera, ni perdonar a la

abuela, involuntaria culpable. Aquel día paró el reloj de sus vidas. Tardó mucho en retomar su marcha y jamás fue igual que antes.

Marcelina se sentó en el banco de la entrada de su casa, abrazó a Germán y le dijo en voz baja: «Olvida los gritos, lo que has oído. Piensa en otra cosa, hijo». Pero Germán seguía viendo a Estela como una tea dando vueltas, toda ella fuego, una pira que ardía y gritaba, en la que el pelo se confundía con las llamaradas. No lloraba, pero estaba

aterrorizado. Pensó que Dios los había castigado.

—Ha sido por el pelo —dijo para sí, aunque en voz alta.

—¿Cómo? —preguntó su madre espantada.

—El pelo rojo ha atraído al rayo —le contestó ensimismado.

—No digas tonterías, hijo. Ha sido un accidente, una tragedia que por casualidad le ha tocado a Estela.

—Nuestros pelos son raros, la gente los mira, nos miran en el mercado —

añadió él como argumento.

—¿Y qué tiene que ver eso? ¡Allá ellos! —le contestó, agarrándole la cara—. Es un color poco corriente, sí. Pero eso no es malo, ni bueno. ¡Dios no castiga a nadie por semejante detalle!

Pronunció aquella frase con un convencimiento exagerado y luego se calló. Le vinieron al recuerdo los momentos en que ella también había dudado al repasar la lista de parientes pelirrojos que, prematuramente,

desaparecieron del pueblo o murieron. Ahora Estela se unía a ellos. Pero no —cabeceó—, aquello eran supersticiones, terrores sin fundamento. Se arrepentía de haberse dejado llevar por ellos algunas veces. Sin ir más lejos, cuando sus primas le acercaron a Germán, recién nacido, y vio la pelusilla rojiza que cubría su cabecita. Se avergonzaba de lo que pensó en aquel instante. Ahora no cambiaría el menor atributo de su hijo, quien llevaba, por cierto, un rato mirándola, extrañado de

su silencio. Cuando ella se dio cuenta, salió de su ensimismamiento y agregó:

—Y por la gente no te preocupes, hijo. Tú esfuérzate solamente en portarte bien, en ser bueno. Y no tengas miedo de nada ni nadie, que yo te cuido y te quiero.

Germán la abrazó y le susurró al oído que él también la quería muchísimo. Después añadió que deseaba que Estela volviera a la vida, y cuando Marcelina le explicó que eso no era posible, él la volvió a

abrazar, con un ligero temblor. Pero no lloró.

Por más que se esforzó, tampoco pudo creer la versión de su madre sobre la muerte de la chica. No podía concebir la casualidad, el sinsentido. Así que odió a Dios, a ese Dios que para Marcelina era puro amor pero que, según había oído en la iglesia y a los vecinos también, era un fisgón que veía todo lo que uno hacía, y castigaba las malas obras, aun los malos pensamientos, las más nimias debilidades con los peores castigos. Si

no fue por el pelo, fue por algo que Estela hizo, pensó o dijo. Él odiaba a Dios, lo odió ese día y los que siguieron, quizá nunca llegó a perdonarlo. Desde luego, no entendió que se diera a Estela un entierro cristiano y tras aquel episodio siguió los ritos católicos con un acatamiento desapegado.

Durante algunas semanas el pueblo se sumió en el silencio, los padres, sin llegar a recluir a los niños, estuvieron más pendientes de ellos. Los chiquillos estaban nerviosos y

asustados. Germán, como el resto. Pero, con su cruel virtud, el paso del tiempo fue nublando los recuerdos y finalmente, aunque nadie llegó a olvidar a Estela, todos siguieron adelante e incluso se expusieron a una muerte parecida retomando la siega con dalles idénticos.

Marcelina, no obstante, siguió atenta al niño, por si él sintiera más pena o temor del que mostraba. Pensando en ayudarlo, ideó un regalo especial para las inminentes navidades, algo diferente a los calcetines y *moquerus* de

otros años, algo que le sorprendiese. Trapicheando aquí y allá se hizo con cuartillas de papel y hablando con unos y otros refrescó viejos cuentos y aprendió algunos nuevos de los emigrantes retornados como aquel del *Caballo sin cabeza* cubano. Pasó todo el invierno con la ilusión del regalo. Por más cansada que estuviera, cuando Germán se acostaba, ella se concentraba en escribir, con letra clara, lo que durante el día le habían contado. Ramón la miraba asombrado. Se preguntaba

cómo se le ocurrirían esas cosas, cómo le quedarían ganas, con lo que trabajaban.

Una tarde Marcelina fue a casa de Mirita, la maestra. Se le había ocurrido dibujar algo en la portada del cuento, pero no tenía más lápiz que el negro.

—¿Se puede?

—¿Quién va?

—Soy Marcelina.

—Pasa, pasa, estoy al fuego.

—¿Qué preparas?

—Migas.

—No dejes de marearlas, no vayan a

pegarse.

—Tranquila, ven, ¿qué te trae?

—Le estoy preparando a Germán un regalo, para las navidades. Le he copiado unas cuartillas con historias y voy a coserlas como si fuera un cuento.

—Le gustará. Lee muy bien tu niño, o leía. Hace que no lo veo.

—No me lo reproches, mujer. No tenemos con qué pagarte. —Marcelina bajó la vista y pellizcó su delantal, como nerviosa o arrepentida de haber ido a pedir aquel

favor a su paisana.

—Ya sé, mujer, ya sé.
¿Qué quieres, pues?

—Me da apuro pedirlo.
Igual no debí venir. —La casa de Mirita era tan modesta como la suya y, además, ella estaba sola en la vida.

—No seas así,
Marcelina, dime.

—Es que no es algo preciso. Solo quedaría más bonito.

—Dime a ver.

—¿Tendrías algún lápiz de color para hacerle en la portada unos dibujines?

—Bien pocos, pero algunos hay. Abre el cajón de ahí.

—Pintaré flojo para que no se gasten y te los traeré mañana.

—No te preocupes, mujer, ya ves que son miseria.

—¡Qué vida esta, Mirita!

—Sí que es ruin. Vosotros que tenéis hijo igual debierais mandarlo fuera.

—¿A la ciudad?

—Con su tío Casimiro.

—Alguna vez lo

pienso, no creas. No quisiera separarme nunca de él, pero la verdad, tú lo sabes, falta qué comer. Trabajamos como animales. Vamos casi tan sucios como ellos, llenos de barro, hierba, salpicaduras de las bestias... Los dependientes de la ciudad trabajarán, pero bien limpios que irán.

—Y además cobran dinero, y pueden ahorrar...

—Pero lo veo muy criúco, Mirita, es un niño.

—Ya casi un muchachito.

—No sé, tal vez es

egoísmo... Pero de verdad te lo digo, si un día marchara, solo me consolaría saber que allá donde va come mejor y va más limpio.

El futuro esconde sorpresas, muchas amargas. Como si agazapado escuchara a los hombres y se complaciera luego en frustrar sus anhelos. Y Marcelina no sabía esa tarde, próxima a la Navidad de 1879, que a ella le reservaba un día en que dejaría ir a su hijo hacia un trabajo duro y sucio. Pero aún quedaban dos años para aquello y esas

fiestas le fue permitido disfrutar del seis de enero en que Germán abrió el regalo de los Reyes Magos y leyó fascinado, aunque despacio, aquel título largo: *Historias de ojáncanos, anjanas, trasgos, cuélebres, caballucos del diablo, ramidrejus, sirenucas y hombres pez.*

Germán rio, sus padres se miraron y el día transcurrió dichoso como contagiado por la alegría con la que había empezado. Ramón y Marcelina no se engañaban. Sabían que la

dureza de sus vidas cotidianas volvería a la mañana siguiente. El frío, la extenuación, la carestía, la falta de esperanza y de comida serían su rutina. Pero estando los tres juntos — pensó ella— podrían arrancar a la existencia momentos felices como ese.

Sin embargo, un día todo cambió. Siempre es así. Se pierden trabajos, miembros, hijos, hasta la vida, de repente. Extraña, como si pudiera ser de otro modo, cuando lo cierto es que las cosas que marcan un

antes, un después y un para siempre ocurren de improviso. A veces uno ni siquiera entiende la entidad del cambio. Pero Marcelina sí lo hizo. Desayunaban los tres frente al hogar encendido, era febrero, y Ramón comentó como si no fuera algo extraordinario: «¿Sabes, Marcelina? He decidido marchar a Cádiz y Germán vendrá conmigo».

II

DILIGENCIA

Durante años el hermano de Ramón, Casimiro, lo estuvo animando a reunirse con él en Andalucía. Como es habitual entre los emigrantes, en sus cartas eludía cualquier mención a penalidades y destacaba, en cambio, todo lo que su

nuevo destino tenía de positivo. No por afán de mentir, sino para evitar preocupar a la familia y de paso plantearse si acertó o se equivocó al marcharse. En realidad, como la mayoría, no había tenido elección. Uno de los años de peores cosechas y más escasez, volvieron al valle, concretamente al vecino Prollezo, los hermanos Felipe y Plácido Gutiérrez, que habían hecho fortuna en Cádiz tras fundar, décadas atrás, la compañía Hermanos Gutiérrez e hijos-Sociedad

Cántabra. Teóricamente, el propósito de su viaje era reencontrarse con la familia y descansar los meses estivales, pero también visitaron los pueblos de la zona en busca de muchachos responsables a los que colocar en sus tiendas, restaurantes y almacenes. Casimiro fue uno de los elegidos y partió, con otra media docena de chiquillos, mediado el mes de septiembre. Según el modo en que los industriales montañeses organizaban sus plantillas, los jóvenes

pasaron por los puestos de chicuco, dependiente y segundo. En esa ocupación se estancó Casimiro mientras otros más vivos, con más iniciativa, más ambición, se convertían en encargados e incluso en arrendatarios con miras a ser un día dueños de sus propios locales.

Casimiro jamás se quejó de seguir siendo segundo. Sus cartas eran, invariablemente, una sucesión de alabanzas al clima, a las playas —que no eran como las del pueblo, de

acantilados, sino de arena blanca—, al carácter extrovertido de la gente, incluso, alguna vez, aludió a la belleza de las mujeres, aunque de pasada, pues mantenía su esencia montañesa, reservada. Por no quejarse, ni se lamentó del sistema de paga, por más que tardó lo suyo en recibir en sus manos el fruto de su trabajo. Los hermanos Gutiérrez abrían una cuenta a cada uno de sus empleados. Al principio, cada mes, del salario asignado detraían un tanto

con el que se iban cobrando la deuda de los muchachos por su viaje a Cádiz. A esto se sumaba el gasto que cada joven ocasionaba en concepto de manutención y alojamiento. Después también destinaban una parte al pago del quinto para que quedaran exentos de sus deberes con el Ejército. En todo ese tiempo el saldo a favor que iba quedando, si es que era algo, permanecía depositado en las arcas de la sociedad. Una vez que las deudas se saldaban, los Gutiérrez daban a sus

empleados un dinero al mes para sus gastos, pero el monto principal del salario lo seguían administrando ellos hasta el día en que buscaban un comercio que aquel paisano al que de modo tan *sui generis* habían prohijado pudiera arrendar o comprar. En todo caso, ni siquiera establecerse por propia cuenta suponía lograr ser independiente, pues los próceres montañeses mantenían relaciones de clientes o proveedores con todos cuantos habían sido sus asalariados. Les hacían

favores y se los cobraban. Lo cual les proporcionaba influencias económicas y hasta ascendientes políticos. Eran el vértice de la pirámide formada por la comunidad de montañeses, una colectividad de peso y cuya estructura jerárquica resultaba inmutable.

Ramón desconocía aquel complicado entramado de intereses. Él se limitaba a envidiar a su hermano, en la distancia, por las anécdotas que desgranaba en sus cartas y, más aún, por las remesas que enviaba. Desde que era

un chiquillo soñaba con seguir sus pasos, pero cuando la ocasión se presentó no se decidió. Vio a sus padres mayores para hacerse cargo ellos solos de las tierras y le dio miedo perder el único medio seguro de sustento que tenían, por mísero que fuera. Antes de darse cuenta había dejado atrás los veinte años y, con ellos, la oportunidad de trabajar como chicuco para alguien. Pero era un chicarrón del norte, lleno de salud, fuerte. Trabajaba el campo de la mañana a la

noche casi sin cansarse. Tenía el vigor y la confianza de la juventud. En su plenitud de mozo se casó con su prima Marcelina. Aunque tardaron más de lo frecuente en concebir su primer hijo, la llegada de este fue una gran ilusión. Ramón redobló sus esfuerzos, si eso era posible, para sacar de la tierra algo más de lo imprescindible. La meta era lograr excedentes suficientes no solo para pagar las deudas y los diezmos, sino para poder comprar algunas partidas de

aceite, azúcar, arroz o trigo, alimentos que no se producían en la Montaña, que llegaban de Castilla. Pero aquel fin rara vez se alcanzaba y la frustración devoraba los ánimos casi más rápido que el tiempo los años. El trabajo al aire libre, el desánimo arrugaron la cara de Ramón antes de lo que habría dictado el calendario. Sus manos hacía mucho que estaban llenas de callos. Los ojos perdieron el brillo que un día habían tenido. Hubo inviernos en que él y Marcelina

sobrevivieron a base de maíz y patata y hasta alguna vez tuvieron que quitárselos de la boca para dárselos a su hijo.

En esas circunstancias, Ramón no podía dejar de pensar en emigrar. Cierto que jamás habló de ello con Marcelina. Era hombre de pocas palabras, le costaba explicarse. Imaginaba, además, que ella también habría pensado, pensaría, en esa posibilidad. Era la vía de escape de muchos montañeses. Ramón aguardaba, para hablar con

su mujer, el momento en que realmente hubiera algo que contar. Pero los años pasaban y su hermano Casimiro no acababa de encontrar ninguna oferta de trabajo para él, cada vez era más improbable que llegase su oportunidad, así que no había nada de que hablar.

Hasta que finalmente, un día, recibió aquella carta, esa en que Casimiro le contaba que un tal señor Colindres, de Cádiz, quería alquilar o vender su carbonería. Era uno de los proveedores de los hermanos

Gutiérrez. Un «pájaro, poco trabajador, mujeriego, bebedor y jugador» que se había endeudado y buscaba quien le rentase el local rápido para saldar sus cuentas pendientes. Las circunstancias le apremiaban tanto que incluso por poco más del arriendo estaba dispuesto a considerar que los pagos daban derecho a una futura compra-venta. Al principio a Ramón le costó dar crédito. ¿Se habría vuelto loco su hermano? ¿Con qué dinero iba él a comprar o arrendar? Pero

Casimiro se explicaba. Los hermanos Gutiérrez, artífices de la idea, le habían propuesto a él que invirtiera el dinero ganado aquellos años en hacerse cargo del arriendo y él se lo había planteado, le había dado muchas vueltas, pero finalmente había decidido no correr ningún riesgo. Le había costado mucho ahorrar, no es que tuviera una fortuna, ni un destino claro para su dinero, pero no quería exponerlo. Una carbonería era un negocio modesto, pobre incluso. que

requería mucho esfuerzo y dejaba poco margen. Por supuesto, todo el mundo necesitaba carbón, pero había que saber negociar un precio muy bueno con el remitente que lo compraba al productor para que el importe fuera asequible para los clientes. En Cádiz había decenas de carbonerías, en el centro y extramuros, sin contar con la competencia de las vendedoras callejeras, las piconeras. Para sacar adelante un negocio como ese había que «dejarse el espinazo» y, en el mejor de

los casos, se ganarían «pocos cuartos». En esa ocasión Casimiro, contradiciendo su habitual optimismo, se esforzó en ser realista. Por más ganas que tuviera de reunirse con su hermano, no quería que se llamara a engaño, y menos que en un futuro pudiera reprochárselo. Pero a pesar de los pesares —pensó Casimiro— para Ramón quizá fuera la oportunidad que había estado esperando. Desde luego, por el mismo trabajo que hacía en el campo, ganaría más dinero.

Y tendría, además, perspectivas de futuro. Había que considerar todo eso. Por no hablar de que Felipe y Plácido Gutiérrez estaban dispuestos a adelantarle el importe del viaje y los primeros pagos del traspaso. Sería, por supuesto, un préstamo que él tendría que devolver, con intereses. No necesariamente en dinero, sino haciéndoles descuento en el precio del carbón que ellos le seguirían comprando para sus locales.

Ramón dudó. No era una decisión fácil. No se le

ofrecía la libertad, sino cambiar de amo y, para no lanzarse sin red, alguien, Marcelina, tendría que quedarse en el pueblo, con la casa, con las tierras, con los padres. ¿Y Germán? Ese era un punto delicado. Casimiro y los Gutiérrez —según él le daba a entender— daban por supuesto que le acompañaría, que sería su chicuco, pero Ramón sabía que llevárselo haría mucho más daño a Marcelina que su propia partida. Así que tenía que tomar dos decisiones. Lo hizo a solas, sin hablarlo

con nadie. Envió su respuesta a Casimiro. Y aún después de eso estuvo retrasando el momento de comunicar la noticia.

Aquella mañana Ramón, mientras ordeñaba a la más lechera de sus consumidas vacas, trataba de darse ánimos para dar el paso. Sus manos extraían la leche tibia con movimientos rápidos que parecían independientes de su mente. Su mirada vagaba sobre los lomos de las reses, rumbo a las vigas, entre las telas de araña que la leve brisa

sacudía. No necesitaba mirar el cubo para evitar que una sola gota se derramara. Eran muchos años, toda una vida, en aquella cuadra. Ni percibía siquiera —menos podía molestarle— el fuerte olor de los animales, de sus orines y heces. De aquel día no podía pasar —se decía—, tenía que atreverse y mejor cuanto antes. Del establo a la casa llevó la cántara de la leche, el olor del ganado impregnado en la ropa y la piel y una determinación no exenta de temor. En ella se apoyó cuando, sentado a la

mesa, sin mirar siquiera al niño y la mujer, con los ojos fijos en la cuchara de madera con la que llevaba a la boca la humeante pasta de leche y maíz, habló.

Marcelina dejó de comer. Apoyó el cubierto en el plato sin poder creer lo que acababa de oír. ¡Cómo se atrevía! ¡Cómo tomaba una decisión así sin contar con ella! ¡Cómo decidía irse y llevarse al niño y se lo decía así, con Germán delante, de modo que ella no podía protestar, y llorar menos todavía! ¡Qué

cobarde! ¡Y qué injusto! Ella creía haber sido, ser, una buena compañera para él. Lo había cuidado y querido. Ahora no, ahora lo odiaba. Le parecía un miserable. Pero aguantó la rabia y las lágrimas. No solo eso, supo fingirse encantada para que el niño no se preocupara.

—¡Qué buena noticia! Germán, ¿no te alegras?

El pequeño la miró sin saber qué responder. No podía imaginar dejar de verla, levantarse, acostarse, sentarse a la mesa y que su

madre no estuviera. Pero si ella se alegraba, si ella, que era quien más le quería del mundo, se ponía contenta, serían buenas nuevas. Viajar sonaba a aventura, desde luego. Al fin, asintió, aunque con dudas.

—Casimiro ha encontrado una carbonería que se traspasa —añadió Ramón—. Sus jefes adelantan el pago del viaje y el alojamiento. Nos dan un préstamo. Tendremos que devolverlo con creces —aclaró, como si fuera necesario—. Pero hay

opción de que un día el negocio sea nuestro. Bueno, es un comienzo.

La última palabra reverberó en la cabeza de Marcelina. Se refería a una nueva vida que no la incluía. Sabía de otros muchos que marcharon dejando atrás a la familia, pero en su caso siempre pensó que si Ramón se iba, a Andalucía o a América, la llevaría. Se preguntaba si habría pensado en ella un solo instante antes de decidirse. Si lo había hecho, si había previsto lo largos, interminables, que se

le harían los días, no le había importado suficiente como para renunciar a su nueva vida, al otro extremo del país, con su carbonería. ¡El «negocio»! ¡Cualquiera diría! De pronto vio las manos de Germán tiznadas de picón, negras. Lo imaginó lavándose las, frotándolas con jabón, restregándolas fuerte, enjuagándolas, sin conseguir que se limpiaran. ¿Para eso lo quería, para mozo? Si era así, se alegraba de no haber podido darle más hijos. Se arrepintió enseguida.

¡Maldita sea, si hubiera tenido otros, no se quedaría sola!

—Marchamos pronto, con la primera diligencia, la segunda a más tardar.

—Bien. Bueno, Germán, pues acaba de comer y ve a decirlo a tus amigos. Hoy yo sacaré las vacas.

Cuando el niño se hubo ido, los dos siguieron aún un rato callados a la mesa, los ojos bajos.

—¿No dices nada? — preguntó Ramón.

—¿Ahora preguntas?

—repuso Marcelina.

Su marido clavó la mirada en el plato vacío, apretó la mandíbula y calló. Marcelina siguió en silencio un rato todavía y luego añadió:

—Yo podría acompañaros. No os sería gravosa. Sabes bien que no. Dejaría de comer meses si fuera necesario para devolver el dinero del pasaje. Podría ayudaros en la carbonería...

Ramón la interrumpió.

—¿Crees que no lo pensé? Alguien tiene que

quedarse. ¿Qué sería de la casa y las tierras si todos nos vamos?

—¿Qué más dan la casa y las tierras? Tú te vas huyendo de ellas. No nos dan para vivir, nos cuestan. Entonces, ¿para qué las quieres?

—¿De verdad lo preguntas? ¿Estás dispuesta a dejarlo todo por una aventura? ¿Y si sale mal? ¿Quieres que no haya un lugar donde volver, una seguridad?

—Quiero seguir viendo a Germán.

A Ramón le dolió escuchar aquello, aunque sabía que era cierto. Su mujer podía aceptar vivir sin él, tal vez en este instante incluso lo deseara, lo que no soportaba era imaginar un solo día sin el niño.

—No te preocupes, volverá.

—Si ya está decidido, ¿para qué quieres que hable?

Él apoyó los codos en la mesa, la frente en sus dedos, mientras buscaba una respuesta. No sabía explicar lo que sentía. Si ella se iba con ellos..., no volverían. No

habría razón para volver. Si perdían la casa, la tierra, los animales, si sus padres morían estando ellos lejos, ¿qué los ataría a la Montaña? Nada. No serían ya de allí, ni tampoco de Cádiz. De ninguna parte. Apátridas. Parias errantes. Eso era lo último. Había que conservar un sitio. Un pedazo de tierra, por pequeño y mezquino que fuera. Para volver. Para que el hijo volviera. Para que encontrara allí su buena mujer y engendrara con ella. ¿Acaso no lo entendía? Ellos

eran de esa tierra, formaban parte de ella. Uno no podía cerrar la puerta e irse sin más. De los cientos, miles de emigrantes, a Andalucía o América, nadie lo hacía. O solo unos pocos, muy pocos. Justo los que no volvían. Renegados cuyos hijos y nietos no pisaban nunca más la tierra de sus padres, que no veían jamás aquel mar, ni los picos, ni el valle. ¿Cómo explicarle aquello de manera que lo entendiera, que viera las cosas como él las veía?

—¿No dices nada?

Tal vez lo hubiera

dicho si ella no lo acuciase. Tal vez no, no hubiera dado con las frases. El caso es que Marcelina no pudo esperarlo. Necesitaba expansión, salir, ver el horizonte y alejarse de Ramón. Empezaba a faltarle el aire. Paró un segundo en el umbral de la puerta. Sintió el fresco que, como los *lumiagos* entre la hierba, anunciaba agua. Se arrebujó en su toca y pese al presagio de lluvia, fue a la cuadra. «¡Vamos!» —gritó a las vacas—. Rumbo a la ería, al compás de los golpes de sus

abarcas y los de las pezuñas de los animales, se fue calmando. No había otro modo de vencer el dolor que dar un paso y luego otro. Aun sin tener ganas, si caminaba, concentrada solo en eso, el tiempo pasaría y al mirar atrás vería cuánto había avanzado.

Ya en el prado, mientras las reses se alimentaban, triscó a la loma más alta. Como siempre, las gaviotas gritaban sobre el mar, volando en círculo alrededor de isla Sarnosa. Ni ella ni nadie que conociera

vivió los tiempos en que, para evitar contagios, los desahuciados eran llevados allí en barca y abandonados, pero podía imaginar aquellas despedidas. Eso sí que sería atroz, inhumano. Lo suyo, al fin y al cabo, supondría el principio de una vida nueva para su hijo, con suerte, una mejor. Aunque empezara desde abajo. La carbonería no era lo que había soñado para él. Tampoco es que se hubiera hecho una idea precisa. Seguramente, sin darse cuenta, había tomado las viejas fotos de tío

Alberto y aquel padre suyo inglés, como referencia. Hombres limpios, con trajes elegantes, salpicados de colonia fresca. Casi podía olerlos. Sus manos la hipnotizaban, manos de quienes trabajaban menos con ellas que con la cabeza. Eso es lo que quería para Germán, un trabajo no manual: secretario, oficial de una institución, bibliotecario, en el sùmmum de los sùmmum, poeta, si es que alguien podía vivir de eso. Y si no, bueno, empleado de un comercio,

pero de uno hermoso, solo se le ocurría pensar en las librerías. Sabía que Germán podría aprender y desempeñar los oficios más difíciles, incluso el de médico, pero también que eso era llevar las fantasías demasiado lejos. ¿Cómo, cómo llegaría? Tal vez en otro lugar, pero uno remoto, que no estuviera en España, sino en América o Inglaterra, en espacios que eran de otro mundo, menos reales que de fantasía, tal vez allí serían posibles milagros como ese de

escapar a un destino miserable, de vaquero o carbonero, lo mismo era. Lograr una vida en la que uno no dudara continuamente de si podrían comer, él y su familia, en la que no tuviera que dedicar todas las horas del día a trabajar para cubrir las necesidades básicas, animales, sino que dispusiera de tiempo para el sosiego, el disfrute, la charla elevada, con gente interesante. ¿Quién sabía? Incluso en Cádiz, hasta empezando en aquella

maldita carbonería, de un modo que ella no podía prever, tal vez Germán llegase a un futuro más feliz que el que le aguardaba allí. Y como existía esa posibilidad, lo más generoso era dejarlo ir. Por más que le doliera. ¡Y Dios, cuánto dolía! Paró en seco, justo en el borde. No daría un paso más. No quería desplomarse. Dio la vuelta, juntó las vacas y emprendió el regreso. Camino a casa, dijo para sí: «Si está decidido, que sea cuanto antes».

Remendar, lavar, secar, planchar, doblar. La tía Clara le había dado un baúl estupendo. No el del *vikingo*, por supuesto. En él colocó Marcelina, día tras día, las mudas. Reforzó, con especial cuidado, cuellos y puños. Ellos sabrían repasarse un botón, algún ojal, quizá en cosas más complicadas pudiera ayudarlos alguna montañesa emigrada. Se decía que entre paisanos había hermandad. Pero aun así deseaba prepararlos lo mejor que pudiera. ¡En una carbonería

la ropa se ensuciaría y ajaría tanto! ¡No quería ni pensarlo! Ella no podría ayudarlos, no los vería en los próximos... ¡Sabía Dios cuántos años! Regresarían, sí, pero ¿cuándo? Por experiencia ajena sabía que, al regresar, Germán ya no sería ningún niño.

En su vida había aprendido a espantar las ideas dolorosas reteniendo un par de segundos el aire antes de expulsarlo. Solía hacerlo. Pero hasta ahora aquello había pasado inadvertido a su hijo. Este,

que desde el anuncio del viaje estaba más atento a cada detalle, la veía ahora, intrigado, aguantar la respiración, de vez en cuando, como si estuviera a punto de hablarle y al final se echara atrás, se arrepintiese. La última noche en casa, cuando sorprendió de nuevo aquel gesto, le preguntó:

—Madre, ¿quiere decirme algo?

Ella no era consciente de estar reprimiendo las ganas de hablarle. La pregunta le hizo darse

cuenta. Por supuesto que quería decirle muchas cosas, deseaba abrazarlo, desahogarse confesándole que lo echaría de menos todas y cada una de las horas de los próximos años. Pero lo quería tanto que no podía ponerle triste en vísperas de aquel viaje que era inevitable. Sin embargo, Germán la miraba, la seguía mirando a la espera de una respuesta, ella tenía que hablarle:

—Ven, acércate. Mañana es el gran día. Te irás. Empieza una aventura.

Grande, estupenda. Primero el viaje, después Cádiz. Tienes suerte, mucha suerte, por todo lo que vas a ver. Fíjate en cada detalle para contármelo cuando regreses o antes cuando me escribas. Ya sabes que te quiero muchísimo y estaré deseando tener noticias. Pero en Cádiz, más que pensar en mí, tienes que ayudar a padre. El de la carbonería es un trabajo duro, entre la tizne... Ya verás, hijo mío, que no es fácil. Procura mantenerte limpio. Por más que cueste.

Pero escucha, Germán, hay más destinos que el de carbonero. Mira a tu alrededor. En la ciudad hay muchos oficios, algunos hermosos. Eres listo. Te darás cuenta. Lees, escribes. No tienes que ser carbonero siempre. Observa en qué trabaja otra gente. Imagínate siendo ellos. Piensa qué quieres. —Paró un instante a respirar y aguantar las lágrimas y siguió:

—Y mientras buscas, estudia por tu cuenta, Germán. Lee. No esperes a que nadie te enseñe, para

aprender.

Mantuvo la cara de su hijo en la palma y lo siguió mirando profundamente como si esa mirada pudiera completar aquel mensaje que le parecía dictado por una fuerza ajena. No sabía de dónde procedían sus palabras, ni esa fe en el estudio y la lectura. Ella había leído desde niña, sin que eso le hubiera cambiado la vida. Quizá todo venía, sencillamente, de que en los años por venir, no veía más distracción ni aliciente, en su propia vida, que leer. Pero a

qué hora del día o de la noche iría a hacerlo su pobre hijo, después de tanto trabajar le faltarían las fuerzas... No podía insistir más, transmitirle más, no quería llorar. Haciendo un último esfuerzo logró añadir: «Ahora a la cama, Germán, mañana madrugamos». Le dio un beso rápido en la cabeza y se dio la vuelta. Mientras fingía cerrar las contraventanas, ocultaba las lágrimas que se le habían escapado. Germán, a su espalda, se metió en la cama y solo cuando sopló la vela y

se hizo la oscuridad en el cuarto ella se secó el llanto y salió. «Buenas noches» — susurró al cruzar el umbral. Y su hijo le contestó.

Ramón llegaba en ese momento subiendo por las escaleras. Los dos se quedaron mirando. Era evidente que ella había llorado. Él habría querido creer que podía consolarla. Habría deseado atreverse a intentarlo. Pasaron varios minutos y siguieron sin hablar. Al fin Ramón abrió la boca. Pero volvió a cerrarla. Esta vez ella

esperó. Sin embargo, él siguió mudo. Entonces, Marcelina suspiró desencantada y negando con la cabeza dijo:

—Déjalo, Ramón. —Y se fue mientras él la miraba entrar, a oscuras, en su habitación.

Antes de clausurar los postigos Marcelina se fijó en que fuera la noche era hermosa y calma, un azul oscuro inmenso en el que palpitaban estrellas y luciérnagas, una paz ajena a su tragedia. Se desvistió, se tumbó, se tapó, pensó que

cuando Ramón se acostara a su lado se haría la dormida. Pero Ramón no llegó. Tal vez se hiciera un camastro abajo, o echara cabezadas sentado; quizá no durmió. Como ella. Horas después dio un toque suave en la puerta para avisarla de que era la hora y antes de que el primer rayo de sol despuntara, ya estaban los tres andando rumbo a la Torre, donde la diligencia paraba. Ramón llevaba el equipaje en una carretilla y, a su lado, Germán y Marcelina iban de la mano.

Ella notó que él la tenía tibia y sudorosa. El viaje debía de asustarlo. Por eso habría estado últimamente más callado. Pero también podía ser cosa de la edad. Lo miró de reojo y se dijo que estaba alto. Cumpliría diez años justo en el trayecto, pero cualquiera diría que tenía ya once o doce. Eso iba pensando mientras Germán se debatía entre lo que quería y lo que sabía que esperaban de él. Necesitaba llorar, deseaba abrazar a su madre, suplicarle a su padre que le permitiera quedarse

con ella y, si no accedía, obligarlo a separarles a tirones, por la fuerza. Finalmente no, no quería ir, había cambiado de idea, le dolía demasiado. Pero le avergonzaba hacer el ridículo. Los demás chicos no lloraban al marcharse. Todo el pueblo se reiría de él. Sus padres no, por supuesto. Pero les decepcionaría que no fuera tan valiente como habían creído. En realidad sí lo era. No temía el trabajo, ni las aventuras. Solo le daba pena dejar a Marcelina. Pero era

mucha pena.

Cuando ya alcanzaron a ver la diligencia, su padre apretó el paso para ir subiendo los bultos. Mientras, Germán y su madre se pararon. Ella se agachó un tanto para ponerse a su altura, le agarró la cara con las dos manos y le dio un beso en cada mejilla y otro en la frente, fuerte y largo. Finalmente lo abrazó, con un abrazo intenso pero rápido porque sintió miedo de emocionarlo. Por suerte, justo entonces Ramón lo

llamó para que entrara al coche. Germán corrió sin mirar atrás, intentando no pensar, no sufrir y llegó en dos saltos.

Ramón se acercó a despedirse de Marcelina. Ella le agarró la mano y musitó:

—Siento lo de anoche, lo de estos días. De verdad. Cuida mucho de Germán, cuidaos los dos.

Él no pudo contestar. Miró en lo más hondo de los ojos de su mujer, apretó su mano con fuerza, se apartó de ella y subió a la

diligencia. Dentro, donde ya estaban sentados los demás viajeros, a Germán se le había nublado la vista por los nervios. Dudaba si asomarse a uno de los ventanucos para despedirse de su madre o si quedarse quieto mirando adelante, como hacían los demás pasajeros. Demasiados le parecieron —«y si con tanto peso los caballos no logran mover el coche», conjeturó esperanzado—. De nuevo vaciló sobre si debería hacer un último gesto a Marcelina, y pensó en preguntar a su

padre, pero le dio vergüenza que el resto se enterase.

—¡Marchamos! —gritó el cochero desde pescante.

Y entonces, Germán, olvidando sus recelos, de un salto, se puso de rodillas en el asiento, apartó los abrigo y por el cristalito trasero dijo adiós a Marcelina. Ella le respondió sonriente disimulando que las lágrimas querían saltársele, lo que finalmente lograron cuando la diligencia giró en la primera curva y desapareció.

En cuanto el niño se

sentó por fin, Ramón acertó a decirle para consolarlo:

—Volveremos pronto, hijo, en dos o tres años.

¿Podía imaginar qué eran dos años un chiquillo que solo tenía nueve? ¿Se hacía una idea cabal de que iban a recorrer mil kilómetros cuando no había salido del pueblo más que para ir al mercado de Unquera, que estaba a cuatro? Apenas había arrancado la diligencia y ya le faltaba el aire. Instintivamente repitió el gesto de su madre,

respirando hondo,
lentamente, con los ojos
cerrados. Fueron solo
segundos. No quería que su
padre pensara que estaba
asustado.

—¿Triste, pequeño? —
Un señor gordo sentado
enfrente fue el primero en
hablarle.

—No.

—Haces bien. ¡Verás
qué tierras las andaluzas!
Llevo años allá. Siempre
regreso. Hay que volver a
casa de vez en cuando, pero
Andalucía es buen sitio.
¡Ojalá me hubiera criado allí

y no en este frío que hiela los huesos!

No sabía si debía contestar, y en tal caso, qué exactamente. Era la primera vez en su vida que alguien que no conocía le dirigía la palabra. En el mercado, cuando acompañaba a sus padres a comprar, hablaba con los vendedores, claro, pero poco y siempre lo mismo: el producto que quería, lo que costaba. Pero además aquel señor era diferente. Jamás había visto a nadie tan grueso, ni tan trajeado. Llevaba un

sombrero que enseguida colocó sobre sus rodillas, pantalón y chaqueta marrones y bajo esta una seda brillante que Germán aún no sabía que era un chalequillo. Sus botas estaban lustradísimas y relucían del mismo modo que sus baúles. Llevaba un espeso bigote castaño levantado hacia las puntas y en la mano, una cosa extrañísima, un anillo de oro, como de señora.

—Porque es fría esta tierra nuestra, ¿eh, chaval?

Buscaba en su padre

una señal de si debía o no responder, pero Ramón estaba absorto mirando por la ventana. Germán imaginó que se despedía de cada tramo, de cada vista que dejaban a sus espaldas y lo observó hacerlo. La charla había tomado bríos sin su concurso en cuanto los demás pasajeros contestaron a los comentarios del bigotudo. Pronto derivó, como casi siempre en las cabinas de las diligencias, hacia la crítica a la inutilidad estatal que seguía sin implantar una tupida red de

trenes. Desde que en 1848 se inaugurara la línea Barcelona-Mataró, aún bajo el mandato de la depuesta reina, había habido avances, por supuesto, pero insuficientes: el tramo Madrid-Aranjuez en el 51, Valencia-Játiva tres años más tarde, Madrid-Alicante cuatro después, Sevilla-Córdoba en el 59, al fin Madrid-Irún en el 64 y decían que este mismo año 81 se abriría el Madrid-Lisboa. ¿Pero podía creerse? En todo caso, la mayoría de los servicios eran de

mercancías, para un viaje de pasajeros tan largo había que hacer mil escalas, pasar a trenes distintos, de compañías diferentes, y los billetes ¡prohibitivos!, ¡un robo!, ¡a mano armada!, ¡sí, señor! No era una conversación en la que un niño pudiera participar. Mejor. Era muy temprano, estaba muerto de cansancio y nervios. Cerró los ojos, deseó no tardar mucho en dormirse y tuvo suerte.

Cuando dos horas después despertó, despacio, poco a poco, como si

emergiera de un lago profundo, vio algo que le intrigó. Mientras el orondo caballero al que en sueños había oído responder al nombre de don Rodrigo roncaba a gusto y mecidos por sus resoplidos también dormían su padre y los señores sentados junto y frente a él, el que ocupaba la plaza en su diagonal, que era el más joven, estaba embebido en la lectura de un libro. Leer en movimiento le parecía a Germán algo mágico —como a san Agustín que san Ambrosio

lo hiciera en silencio—. Debía de ser un libro increíble si lograba atrapar la atención de manera que ni el ruido, ni los botes de la diligencia le distrajesen. Sería una historia de aventuras maravillosas, tal vez de espadachines. No lograba, sin embargo, relacionar sus intuiciones con el título, que no entendía: *Madame Bovary*.

—Prudencia, joven. ¿No ve que viajamos con un niño?

Un viajero abrió los ojos e interpeló al lector,

quien, sin alterarse, contestó:

—Pierda cuidado, amigo, que el contagio solo sería posible al contacto con el interior, no con las tapas, y estoy tan absorto con la dichosa novela que ni a usted se la dejaría por más que me suplicara.

La frase acalló al entrometido, pero tuvo el efecto adicional de disparar la imaginación de Germán. Nunca había oído hablar de ningún contagio vía libros, jamás nadie lo había advertido de los peligros de la lectura, que le encantaba.

Quizá en el pueblo no se supiera y entonces estaba en grave riesgo. Convenía aclararlo, aunque no ahora, delante de todos. Ya habría tiempo, pensó. Y desde luego lo habría, pues iban a pasar más del que él podía imaginar encerrados en aquella olla gigante donde, aunque aún era invierno, empezaban todos a sudar. Cuando el pasajero que había hablado fingió dormir de nuevo, el que leía miró a Germán y le guiñó, divertido, como sellando un pacto. El coche avanzaba a

trompicones, se oía un trastabillar de baúles sobre el techo y los paquetes y otras pertenencias que llevaban dentro de la cabina también amenazaban con caerles encima. Tal vez los picos que se marcaban en el maletín de aquel viajero lector fueran más libros. Pero tampoco eso se atrevió a preguntarlo. No, de momento.

—¿Todo bien, Germán?

—Sí, padre, pero ¿no paramos?

—Mientras menos

paremos mejor. —Don Rodrigo, recién despierto, no pudo resistirse al encanto de una conversación incipiente —. ¿Sabes lo largo que es de por sí este viaje? ¿Y cuánto se alargaría si parásemos a cada momento? Una eternidad, no llegaríamos. Mejor así. Si cunde el hambre, sacamos las viandas, si hay sed, bebemos. Salvo fuerza mayor, mejor no parar, y tú aún puedes aguantar, ¿no es cierto?

Por supuesto que podía, qué se creía hablándole así,

preguntando esas cosas. La rabia debía notársele en los ojos. Su madre solía decirle que, cuando se enfadaba, cambiaban de color, se enturbiaban como el agua sobre la que llueve. El hombre del libro se dio cuenta y volvió a sonreírle. Curioso. Normalmente, Germán no se fijaba en los adultos. Solo se ocupaba de correr, saltar y jugar con los demás niños. Por eso le sorprendía ahora sentir un rechazo y un interés tan fuertes por aquellos dos hombres.

Ellos, como el resto de los ocupantes de la diligencia, fueron trabando si no amistad, sí cierto compañerismo con el paso de los días. Las horas se sucedían tan lentas y estaban tan vacías que no quedaba más remedio que hablar. Pero Germán, testigo mudo y atónito, no entendía aquellas charlas en las que, por otro lado, su padre rara vez participaba. Solo quería alcanzar la noche, el momento de parar a hacer fonda en alguna parte y, con suerte, si los posaderos

tenían hijos o sobrinos, jugar un rato antes de cenar y acostarse. A los mayores les divertía y hasta les daba envidia esa capacidad para bajar del coche y derrochar energía, como si acabara de levantarse. A veces cazaba grillos, jugaba con palos a combates de espada, incluso hubo una noche en la que dando carreras dejó caer dos barriles de vino, que se derramaron en parte, lo que puso en apuros a su padre. Aquella trastada le valió una monumental riña y la amenaza de un castigo que

estuvo volando sobre su cabeza el resto del viaje. Pero peor que aquello eran las noches en que la fonda era regentada por alguien viejo y solitario. Entonces la velada era una prolongación del tedioso día, Germán comía en medio del parlanchín grupo e incluso, alguna vez, sentado a la mesa, se quedó dormido al arrullo de sus debates.

Quién sabe por qué la sexta noche del viaje y no la tercera o la séptima, el hombre de los libros, Eliseo, rompió definitivamente el

hielo y le dijo:

—Ven, Germán, ¿te aburres?

—No.

—A mí no tienes que mentirme, el viaje es pesadísimo. No para ti por ser niño. Los adultos también nos aburrimos. Fíjate que don Rodrigo come todo el tiempo y tu padre casi siempre duerme y los otros hacen como si durmieran, creo. A veces también hablamos, hablan —dijo, con uno de sus pícaros guiños—. Tú podrías buscar qué te gusta hacer

más, comer, dormir, hablar, pensar. Yo prefiero leer, y si vieras que tú también, te podría prestar algo.

La charla tenía un toque secreto, misterioso, en el tono de voz, en la separación del grupo, en la complicidad que proponía, que animó a Germán a preguntar.

—¿Hay contagio... por los libros?

—Tienes buena memoria, ¿eh? Es una frase que tengo preparada para los estrechos de miras que por desgracia son legión. ¿Te

asustó? No hay que entenderla de forma literal, es metafórica, quiere decir que para conocer las ideas que hay en los libros, hay que leerlos, no basta con mirar su portada. ¿Entiendes? Hay gente que piensa que ciertos libros son malos y otros buenos y no es así. Pero, en todo caso, mirando solo la portada no hay forma de averiguarlo, ¿no crees?

—¿El suyo es malo?

—En absoluto, es formidable, pero ¿sabes qué? Te aburriría porque no

tiene mucha acción. Cuando seas mayor sí deberías leerlo. Entonces te gustarán cosas que hoy no apreciarías. ¿Entiendes la palabra «apreciar»?

—Claro.

—Claro no, Germán. Lo que no entiendas debes preguntarlo. No importa tanto que no sepas algo como que por orgullo no lo preguntes y permanezcas en la ignorancia. ¿Entiendes «ignorancia»?

—Que no sabe las cosas. Yo sí las sé. Al menos muchas. Mi madre me

enseñó a leer y escribir. Y en casa de Mirita, la maestra, aprendí las cuentas. No soy ignorante.

—Me alegro, muchacho. ¿Sabes por qué?

—Mm, mm —contestó, negando con la cabeza.

—Para empezar, porque sabiendo leer se te va a hacer más corto el viaje y luego, porque cuando crezcas podrás seguir aprendiendo. De momento, tengo aquí un libro que te encantará, aunque para seguir la historia necesitas saber leer muy bien de

verdad. ¿Serás capaz?

—Sí. Pero despacio.

—No te preocupes por eso. Lo importante es que lo entiendas. Disfrútalo y cuídalo, no vaya a estropearse, ¿eh?

Así cayó en manos de Germán el asombroso *La vuelta al mundo en ochenta días*, de Jules Verne. Mientras él, su padre y sus compañeros de viaje avanzaban en su tartana, a paso de tortuga, hacia un lugar lejano pero de España, los personajes recorrían el planeta en los medios de

transporte más increíbles, del barco al tren, de este al globo, pasando por los elefantes. Cada página incluía varias peripecias. Germán sufría y se divertía, según los pasajes, y cuando de repente algo le distraía y alzaba un segundo la vista, le sorprendía que, en torno a él, la realidad siguiera invariable. Llegó a entusiasmarse tanto con el libro que por las noches su padre debía insistirle siempre varias veces para que apagara la bujía. Si trasnochaba, le costaba Dios

y ayuda madrugar. Y sin embargo, convenía hacerlo para aprovechar las horas más frescas. Por suerte, una vez en el coche, uno podía volver a dormirse. Es más, era el mejor sistema —mejor incluso que la lectura— para acortar el viaje.

Germán llevaba secretamente cuenta de lo que duraba porque no quería que se le pasara su cumpleaños, el veinte de marzo. Su padre no se acordaría, no lo hacía nunca. Pero él quería saberlo. Cumplir diez años era

importante y además, como estaba seguro de que su madre pensaría en él, estarían conectados. La noche del diecinueve de marzo se acostó rendido. Había estado jugando al escondite, hasta muy tarde, con los hijos del dueño de la fonda. Tardó en dormirse segundos. Al día siguiente, al despertar, encontró a su padre a los pies de la cama.

—Buenos días, Germán. Feliz cumpleaños. Madre me dio esto para ti.

¡Sabía que ella se acordaría! ¡Lo sabía! Pero

no había previsto que le hiciera ningún regalo, que le encargara a su padre dárselo. ¡Qué ilusión! ¿Qué habría dentro del paquetito cuadrado? Ramón le despeinó en una caricia torpe.

—Pues sí que te has hecho grande... —dijo como a él de pequeño le solían decir.

Después dejó a Germán abriendo el regalo y se fue, evidenciando con ello que fuera lo que fuera lo que contenía la cajita, bastante pesada para ser tan chica,

era cosa solo de Marcelina. Germán la abrió con sus dedos torpes y, como siempre que se ponía nervioso, sudorosos y se quedó estupefacto al descubrir un reloj de oro con leontina con unas iniciales grabadas, que no eran las suyas: «A. C.». ¿De quién sería o habría sido? ¿Cómo habría llegado a su madre? ¿Por qué se lo regalaba? Examinándolo hasta en sus más pequeños detalles accionó la tapa trasera, que dejaba a la vista el mecanismo. ¡Era

asombroso! ¿Qué importaba de quién hubiera sido? Ahora era suyo, un reloj precioso, regalo de su madre, que jamás se quitaría por ningún motivo. Habría sido ridículo pensar en llevarlo como los adultos. Por eso se pasó la leontina por el cuello y lo dejó colgar sobre su pecho. El corazón le latía fuerte. Competía con el tictac. Y durante todo el día estuvo notando bajo su camisa las palpitaciones que lo unían a Marcelina y que fueron lo único especial de una jornada por lo demás

idéntica a otras tantas.

En los días siguientes, no faltaron ocasiones en las que le tentase sacar su reloj y entretenerse en ver pasar los segundos en su esfera blanca. Pero nunca lo hizo, temeroso de llamar la atención. Mientras seguía avanzando en su libro, el panorama afuera se hacía más y más desolador. Ya apenas se veían briznas de verde. Todo a su alrededor era un mar de tierra árida, casi un desierto. De vez en cuando, en el horizonte, a contraluz, se recortaban

sombras delgadas y bajas, como de hormigas. Cuando el coche por fin cruzó algún pueblo pudieron ver de cerca a esos jornaleros, primero castellanos, luego extremeños, de ojos hundidos y rostros resecos y cuarteados, como el campo polvoriento. Desengañados entre los desengañados de la Restauración.

Cierta prensa se hacía eco, en las ciudades, del malestar rural con la clase dirigente por haberlos animado a hacer la revolución y derrocar a la

reina sin dar luego pruebas de contar con un plan. Articulistas de diversas cabeceras polemizaban en sus columnas. Unos estaban de acuerdo con las clases populares y criticaban a los políticos por los tumbos que habían dado desde el destronamiento de Isabel II, apoyando primero la monarquía constitucional de Amadeo de Saboya, proclamando luego una república que tuvo cinco presidentes en solo dos años, proponiendo finalmente el regreso del hijo de la

monarca depuesta. Otros echaban mano a la común sentencia del «bien está lo que bien acaba» para justificar el regreso de los Borbones. Había quien lamentaba la ocasión perdida para que la ciudadanía rigiera su destino librándose de paternalismos. Y quien recordaba que ya tras la experiencia revolucionaria, en Francia, se había recurrido a Bonaparte. «¡Pero Alfonso XII no era Napoleón! —Se echaban algunos las manos a la cabeza—. ¡Suerte tendría si

en vez de levantar todo un imperio, no hundía lo poco que heredaba del de sus ancestros!».

Lo cierto era que el pueblo, que casi unánimemente lo vitoreó cuando llegó, estaba decepcionado solo seis años después de su coronación. Muchos le achacaban falta de carácter. Un monarca no podía venirse abajo como hizo él cuando enviudó. España tenía problemas más importantes. Y no bastaba, para resolverlos, casarse en segundas nupcias y

garantizar la sucesión. Aquella gente bregada, del interior de España, necesitaba que se creara riqueza suficiente, en la industria, en las capitales, como para que a ellos les cayeran siquiera unas migajas.

Sus miradas, sus manos narraban una historia de supervivencia y desesperanza. Pero Germán no sabía leerla. Las caras, al otro lado del cristal, esos pueblos sin prados ni mar, solo le hacían sentir triste y enseguida buscaba refugio

en *La vuelta al mundo* o intentaba dormirse. Generalmente, el momento previo a despertar de sus cabezadas sentía un bienestar, un sopor en el que remoloneaba. Pero, concretamente, aquel día de la última semana de viaje, presintió que era importante despegar rápido los párpados si no quería perderse algo único. Logró abrirlos, escapar al duermevela y ver por la ventana una estampa asombrosa. Si no hubiera sido tan tímido, habría gritado para despertar al

resto. ¡Necesitaba saber qué demonios era aquello! Atravesando Castilla habían visto molinos, fortalezas como las de los cuentos, pero esa torre no se parecía a nada. La nube de polvo que levantaba la diligencia le hacía difícil fijarse en ella, pero lo intentaba arrimando la cara a la ventana hasta que su nariz se aplastaba. Habría deseado ser adulto, haber pagado el pasaje y tener por tanto potestad para tronar: «¡Cochero!» y parar ese trasto. Que Cádiz esperara, ¡aquello era una

ciudad mágica!

Temía que nadie le creyera al despabilarse y oír lo que tenía que contarles: que había una torre altísima que llegaba al cielo, en medio de un castillo gigante, que había también un río, bosques, casas, caminos y encima de todo, como volando, pero con los pies apoyados sobre el campanario, un hombre de oro, reluciente, con casco y escudo, debía de ser un rey o un guerrero.

—¿Te gusta? —le preguntó Eliseo.

—Sí, míralo —le contestó Germán muy rápido, susurrando con miedo a romper el hechizo, a dejar de ver visiones.

—Claro. A mí también me encanta. Es Sevilla, y en el centro, la torre, ¿la ves? La Giralda.

«La Giralda, la Giralda», se repetía Germán mientras seguía mirando. Eliseo se fijó en cómo temblaban sus piernas, por los nervios. Era gracioso, el chiquillo —se dijo—. Y aún le pareció más tierno cuando media hora después le

escuchó relatar a su padre, recién despierto, lo que había visto. Describió lo visto con entusiasmo desbocado y Eliseo deseó que el padre se contagiase, o fingiese hacerlo. Pero no reaccionó y eso frustró al niño, que apretó la boca y arrugó el ceño.

En realidad Ramón solo pensaba ya en llegar a Cádiz cuanto antes, intentaba prever lo que iban a encontrarse. También Germán, en las horas que siguieron, las últimas del trayecto, soñó varias veces

con el fin del viaje. Luego despertaba, comprobaba que habían llegado a una posta, o hecho un alto, y se conformaba. Aquella noche le despertó una música vivaracha. Pero algo en la excitación con la que todos descargaban le dijo que era la última parada. Su propio padre, al que vio subir y bajar del pescante, parecía provisto de una energía renovada, inusual a esa hora. Muy cerca del patio en que el coche había aparcado se oían, bajo los compases, un trasiego de loza, risas, voces

entrecortadas. Él, acobardado, se quedó unos segundos en los escalones del coche, sin atreverse a pisar suelo gaditano. ¿Qué fiesta sería aquella? ¿Quién estaría tocando? Desde luego, no el gaitero de su pueblo.

—Llegamos —le dijo Ramón, al ver que ya estaba despierto—. Baja, anda, y ayúdame a subir el equipaje.

Germán deseó cruzar aquella portezuela de la que fluía la amalgama de sonidos y el olor a guiso marinero. Pero, para su

decepción, su padre se encaminó a otra entrada más pequeña desde la que ascendía una escalera oscurísima. Aunque defraudado, siguió adelante. Había subido ya un trecho cuando escuchó que Eliseo lo llamaba:

—Germán, ¿estás ahí?

—¡Bajo!

Y volvió al patio.

—Adiós, Germán, me voy.

—¿A otro cuarto? ¿Por aquella puerta?

—No, tengo casa en la ciudad, Germán. Y los

demás también. Ya se fueron. Tú y tu padre os quedaréis en la fonda solo un tiempo. Pero estaréis bien, ya verás. La señora Lola, la dueña, es muy graciosa. Hoy tiene mucho lío ahí, en la cocina, pero mañana seguro que viene a conocerte y a preguntarte si estás a gusto. No tienes que preocuparte. De todas formas, si alguna vez quieres algo, verme o lo que sea, estas son mis señas. Seguramente nos encontremos por la calle, pero si antes necesitas algo

de mí, lo dicho, ven a verme.

Dio al chiquillo lo que a este le pareció un papelito. En él constaba su nombre completo, su dirección y abajo, en una letra menor, la palabra «periodista». Era su tarjeta. Pero Germán ni lo sabía, ni tenía claro qué hacer con ella. Levantó sus ojos interrogantes. La situación tenía un punto absurdo. ¿Estaba ofreciendo amistad a un chaval de diez años? «Amistad» no era la palabra. Le daba su dirección de contacto por si las cosas venían mal dadas y

necesitaba que le echara una mano. Le esperaba una vida dura al muchacho. Su padre les contó que serían carboneros. ¡Carboneros! Tal vez pronto se arrepintieran de haber ido a Cádiz o incluso quisieran regresar. La vida del emigrante era complicada. Él lo sabía por experiencia, y eso que dejó su casa, mejor pertrechado, con más bagaje y más dinero. ¡Ya le habría gustado a él que alguien se hubiera ofrecido a auxiliarlo en caso necesario!

—Ten y no la pierdas

—dijo al niño.

—Iré. Tengo que devolverle el libro — contestó Germán.

¡Ah, el libro! Ya ni se acordaba. En un punto del viaje había decidido dárselo. ¿No se lo dijo? Debió olvidarlo. Ahora prefirió sonreír y asentir, tal vez así el muchacho guardara la tarjeta con más cuidado. Aún se quedó un segundo mirándolo. Le apretó el hombro, se despidió: «Hasta la vista entonces, muchacho», y desapareció por la puerta bulliciosa,

dejando a Germán embobado hasta que su padre gritó:

—Hijo, ¿no subes? ¿No puedes con todo?

—¡Sí puedo! ¡Voy!

Así reemprendió Germán el camino hacia el cuarto. Era un lugar de techos extremadamente bajos, muy largo y mal iluminado por solo dos candiles. La veintena de jergones de lana puestos en fila, pese a estar limpios y arreglados, le trajeron a la mente las cuadras de las vacas. Se preguntaba

quiénes dormirían junto a ellos, pero decidió no indagarlo. No sabía por qué, desde que dejó el pueblo, cada vez que le asaltaban cuestiones, en vez de tratar de resolverlas de inmediato, esperaba a que la respuesta llegara. Era un cambio en su forma de ser, impaciente. Con Ramón tenía menos confianza que con su madre. A ella nunca dudaba en preguntarle. En cambio, a su padre quería darle la impresión de que si no sabía algo era porque no le interesaba. De alguna

manera, trataba de demostrarle que el trabajo que Marcelina había hecho con él era excelente y que debía enorgullecerse de ambos, de él como hijo y, sobre todo, de ella como esposa y madre. Tal vez para que no la olvidase.

Él la tenía siempre presente. Tumbado en aquel camastro, tendido sobre las sábanas, con la cara y los brazos aún frescos después de haberse lavado con poca agua, la recordaba. Ella, en su casa, impregnada del olor a leche hervida, a nata.

Pensaba en sus abrazos y besos, en la ternura con la que, si estuviera allí, le contaría un cuento y notaba cómo se le encogía el pecho hasta dejarle sin aire. Sabía que no debía llorar. Que en el silencio su padre iba a oírlo. Pero se sentía solo y sin consuelo lejos de su madre, a la que necesitaba más que nada en el mundo y a la que no vería, estaba seguro, en muchos años. Las lágrimas, que trataba de retener a toda costa, entrelazando las pestañas, sellaron sus párpados,

mientras él dejaba que el dolor y la añoranza fueran poco a poco vencidos por la fatiga y el sueño.

III

ACEITE, CARBÓN Y OTROS EFECTOS

RAMÓN
ESCANDÓN,

DÍAZ

COMERCIANTE DE
ACEITE, CARBÓN

Y OTROS EFECTOS

Así rezaba el cartel que su padre se empeñó en pintar, con aquellas letras mayúsculas, blancas, esforzadas y que tanto le costó clavetear sobre la puerta de la carbonería. Un letrero que destacaba en la fachada, estrecha y renegrida, a cuya ventana enrejada acercó una muestra del género como si nadie supiera qué vendía un comercio así: sacos de carbón, cubos de picón, espuertas de cisco, bidones y

garrafas de aceite, estera (por metros o en redondo) e incluso jabón, hecho de ceniza y sosa, en pastillas de diversos tamaños desde las mayores, verdes y rectangulares, para fregar el suelo, a otras amarillentas para el aseo, llegando a unas pequeñas y ovaladas que aparecieron en una lata y que, según se desprendía del envoltorio y aroma, debían de ser de crema pura.

Colgar aquel letrero, obcecarse en limpiar la carbonería más de lo razonable fueron intentos de

Ramón por borrar la horrible impresión que les dejó el primer día, a él y a su hijo. Los dos llegaron aquella mañana, guiados por Casimiro, y lo vieron forcejear un rato con la puerta hasta que de repente cedió. Súbitamente la oscuridad del otro lado pareció engullirlo. En cuestión de segundos Casimiro se asomó, pero para entonces ya estaba totalmente cubierto por una capa de polvo negro. «¡Venga, pasad, pasad!», les apremió, y en cuanto

atravesaron el umbral se
vieron venir una nube de
hollín. Casimiro cerró rápido
«para cortar la corriente»
mientras ellos
instintivamente se taparon la
nariz y la boca con las
manos y cerraron los ojos a
la espera de que el polvo se
fuera depositando. Una vez
que, poco a poco,
entreabrieron los párpados,
fueron distinguiendo bultos
aquí y allá, pero aún
necesitaron que pasara un
rato para lograr identificar
aparejos concretos: junto al
mostrador, la romana para

pesar, en la esquina un desorden de cubos, palas y rastrillos, allí en medio dos escobones, tirados por el suelo, o más precisamente sobre la mezcla de carbonilla y ceniza, que parecía una alfombra mullida y que, sin embargo, se deshacía volátil en cuanto uno de los tres daba el menor paso. El tío avanzó hacia la ventana, dejando un reguero de huellas, abrió los postigos y exclamó con un entusiasmo exagerado: «¡Esto con luz ya es otra cosa!». Germán y Ramón se

miraron. Estaban los tres completamente tiznados. Tanto que el blanco de sus ojos destacaba, brillando, y en el caso de Casimiro, que era el único que hablaba, también lo hacían sus dientes. ¡Si sin haber tocado aún nada se habían puesto como estaban, cómo no se pondrían cuando estuvieran trabajando! —pensaron padre e hijo.

Siguiendo a Casimiro llegaron a una puerta que se abría corriendo un pestillo. Daba acceso a un patio donde al fin respiraron aire

limpio. La mitad del corral estaba techado con unos tablones, era un cobertizo con una entreplanta a la que llevaba una escalera de mano. Arriba y abajo, arrumbados, se acumulaban cuerdas, sacos, seras, herramientas, algunas todavía servibles, otras para el arrastre. Al fondo, junto a la puerta que daba a la otra calle, había además una pileta y un grifo. Parecía seco. Sin embargo, Ramón giró la llave y salió agua, marrón verdosa, pero agua. A la derecha, a cielo abierto,

estaban los dos hornos a los que se refirió Colindres el día de la firma. Por lo visto, tiempo atrás solían servirle para hacer picón quemando los restos del desbroce de las cepas y sarmientos que compraba a las bodegas de Sanlúcar y Jerez. «Pero ya no sirven pa na. Cuesta más hacer picón que comprarlo al remitente, como el resto del material. Ya ni tirarán. Si os estorban los podéis quitar», les dijo.

Echado un último vistazo, Casimiro sentenció:
—Bueno, pues esto es

todo. Yo voy a marcharme. Tendré que darme un buen flete antes de presentarme al trabajo o no me dejarán entrar. Vosotros podéis ponerlos enseguida a lo vuestro. A la hora del almuerzo vendré a buscarlos y os ayudaré al traslado.

Desde aquel día Germán y su padre dejarían la posada donde se habían hospedado. Los Gutiérrez habían decidido alojarlos en el almacén del puerto en que pernoctaban los montañeses traídos por ellos que no dormían, por falta de sitio,

en los comercios donde estaban empleados.

Ramón y Germán empezaron a limpiar. Concentrados en recoger la ceniza, carbonilla y restos de carbón y meterlos en sacos, casi no hablaron. «Trae», «Dame» era lo único que le pedía Ramón al niño de vez en cuando. Aquella mañana no tiraron nada. Debían asegurarse de que realmente fuera imposible dar un segundo uso al más humilde de los enseres que encontrasen. A su modo, asistemático, hicieron

inventario. Enseguida vio Ramón que con las pocas existencias que había de leña y carbón no podrían abastecer ni siquiera a los Gutiérrez, que eran, de momento, sus únicos clientes. Urgía comprar mercancía al intermediario. Se lo diría a Casimiro en cuanto volviese.

Pero a su regreso no llegó solo, sino con Braulio, un primo lejano de Germán, también de Pechón, mayor que él tres años y que había emigrado a Cádiz hacía un par de veranos.

—¡Ramón, Germán, salid! —tronó Casimiro—. ¡Venid fuera los dos, que no podemos mancharnos! Mira, Germán, ¿te recuerdas de Braulio? Ahora —dijo dirigiéndose a los niños— nos echáis una mano con el traslado, recogemos los jergones donde Manolo el Mijo, lo dejamos todo en su sitio y luego aprovecháis la siesta para dar una vuelta mientras nosotros hablamos de cosas nuestras.

Germán, pese a la alegría de ver a aquel viejo amigo, no se le acercó, ni le

dio la mano por miedo a ensuciarlo. Él y su padre se habían estado sacudiendo un rato, pero con el sudor el polvo negro se les había quedado pegado. En la fonda, la señora Lola les llenó dos palanganas para que se lavasen antes de recoger su equipaje y a Germán, a escondidas, le dio una sardina de despedida. «Que tengas suerte, niño», le deseó.

Después de dejar sus pocas pertenencias y los colchones de lana en la nave, dijo Casimiro:

«Bueno, muchachos, ya podéis ir os». Germán miró a su padre en busca del permiso y cuando lo vio asentir salió corriendo detrás del primo. «¡Braulio! — gritó Casimiro—. ¡Antes de ir a la tienda traes al chico!» Pero no quedó claro que los niños lo hubieran oído, pues corrían ya lejos, riendo y hablando, también ellos, a gritos. Quién sabe qué irían diciendo. Atravesaron calles y plazas siguiendo una ruta que Germán ignoraba y que les acabó llevando a la playa. Braulio cruzó la arena

y al llegar a la orilla trepó por unas rocas que quedaban a la derecha. Germán lo siguió de cerca. Agachado, en un hueco, el chiquillo se descalzó y desnudó. Luego saltó al agua y desde allí hizo gestos a Germán animándolo a que también él se tirase. Poco después estaban los dos bañándose. Mecido por el vaivén de las olas, Germán tenía la sensación de que la mañana de calor y asfixia en la carbonería no había sido real, sino una pesadilla. Braulio le salpicó, él

también le echó agua antes de alejarse con tres o cuatro brazadas, el otro lo alcanzó y le hizo una ahogadilla, Germán se la devolvió, subieron a la roca y compitieron a ver quién se lanzaba más lejos y así siguieron, nadando y jugando, hasta que se cansaron.

Ya fuera del mar, en cuclillas, por el poco espacio que había en la piedra, los niños se quedaron callados un momento recuperando el aliento. Al fondo, en el horizonte, no dejaban de

pasar barcos.

—Qué lejos estamos, primo —dijo entonces Braulio, mientras rebuscaba algo entre sus ropas. Por fin, cuando dio con el bolsillo adecuado sacó papel y tabaco, y empezó a liarlo ante un Germán asombrado —. Y qué bien que hayas venido —prosiguió Braulio —. Fuera de la tienda no he conocido a nadie en estos años.

—¿Por qué? —preguntó Germán.

—No sé —contestó el primo—. Casi nunca salgo

del comercio, trabajo y vivo allí. Los dueños me ponen un camastro debajo del mostrador, así que desde que me levanto estoy despachando. Los amos son parientes nuestros, de Torrelavega. Buenos conmigo, casi siempre. Solo se enfadan cuando rompo algo o «la lío», como dicen. Pero no tienen hijos, así que veo pocos niños. Nada más que a los que salen del colegio. Algunas tardes, si no hay clientes, me asomo a verlos. Un día me hicieron burla y se fueron corriendo.

—Yo igual voy a la escuela —interrumpió Germán a su paisano.

—¿Tú? No creo. ¿No has hablado con tu padre? —le preguntó Braulio.

—Sí.

—Digo que te habrá contado que tienes que ayudarlo en la carbonería.

—Ya.

—Pues no es chico trabajo.

—Pero mi madre me dijo que aprendiera y...

—¡Qué sabrán las madres! No se imaginan lo que es la ciudad, ni trabajar.

No te preocupes, Germán, que ahora por mucho que trabajemos, por lo menos podremos vernos. Yo tengo un rato pequeño en la siesta y otro después de la cena. Muchas veces vengo aquí y me baño. Digo en verano. ¡Ya verás qué calor! ¡Y qué viento, en verano y en invierno! Sopla como el demonio. Si no es levante, es poniente. Dan las ventanas unos portazos que parece que van a romperse. Hay que trancarlas siempre.

Braulio se calló y se dio la vuelta para encender el

cigarrillo precisamente protegiéndolo del aire. Con dos caladas rápidas hizo brillar la lumbre. Se dio cuenta entonces de que Germán lo miraba pasmado. «¿Quieres?», le ofreció. Y así, a medias con Braulio, se fumó Germán su primer cigarro.

Ramón y Casimiro, mientras, visitaron a Pablo Piña, el que fuera remitente de Colindres durante años, con intención de encargarle las primeras remesas de carbón y aceite. Lo encontraron de pie, apoyado

en el quicio de la puerta de su almacén, de brazos cruzados, como si los estuviera esperando.

—Buenas —dijeron los Díaz al unísono.

—¿Qué se ofrece? —respondió el tal Piña, que, con su aviesa sonrisa, fue como si dijese «sé quiénes sois, qué queréis, la prisa que tenéis y cuánto me va a favorecer a mí esa prisa vuestra». O eso, al menos, le pareció a Ramón.

—Venimos de la antigua carbonería de Colindres, yo la llevo ahora,

me llamo...

—¿Qué le pasó a ese loco? ¿Se murió? —Estalló en risas Pablo Piña, que sabía perfectamente que Colindres aún vivía.

—No —respondió Ramón.

—Ya lo sé, hombre, solo bromeaba. Como me vienes con esa cara de entierro.

—¿Yo? —preguntó Ramón, molesto.

—Sí, tú. Cambia esa cara de palo, hombre. Necesitas carbón, ¿no? Pues has encontrado el mejor sitio

para comprarlo. Aquí tienes más del que vas a vender y solo a setenta reales el quintal, veinte si te lo llevas por arroba, aunque eso trae menos cuenta, claro.

—¿Cómo a veinte, si las piconeras lo pregonan a quince?

—¿Vienes a negociarme el precio, aldeano? ¿Cuándo llegaste a Cádiz, ayer, anteayer o *trisantier*?

—¡Un respeto! —
intervino Casimiro.

—Vosotros sois los que me lo estáis faltando.

Dejaros de juego. Yo soy quien tiene la mercancía y quien pone el precio. No busquéis las cosquillas al perro viejo.

—Bueno —quiso zanjar Ramón la polémica.

—Bueno. Entonces cuánto os pongo.

—Ya veremos. Vamos a pensarnos un poco las condiciones.

—Vaya, vaya, con los aldeanitos, pues sí que venís altaneros. ¿Pensáis comprar a las piconeras? Será entonces que tenéis previsto vender menos que ellas.

Aquí compran los que venden a espuestas, no piedrecitas sueltas para las castañeras. Pero vosotros mismos.

—No he dicho que no vayamos a comprar, solo que antes vamos a comparar los precios con los de otros remitentes —contestó Ramón ante la afrenta—. Quizá volvamos después de hacerlo.

—¡Ya lo creo que volveréis! ¡Y antes de lo que te crees! Yo conozco el mercado gaditano como la palma de mi mano, ¿qué te

crees? ¿Que no sé a cuánto vende la competencia? ¿Ni la cantidad que les queda? Sí, ya volveréis, pero entonces me pensaré yo si os vendo. No tenéis pinta de tener mucha guita y yo no puedo arriesgarme a que me dejéis un *ronchón*.

—¡Sin ofender! —gritó Casimiro.

—No te confundas, montañés, el ofendido soy yo, que estaba tan tranquilo en mi almacén hasta que habéis venido. Yo no he robado a nadie en mi vida lo más mínimo y no consiento

que ningún pueblerino se atreva a sugerirlo. Así que largo, largo de aquí, buscad quien os haga mejor precio, que ya os veré aparecer de nuevo, con el rabo entre las piernas, suplicando que os venda. Suerte tendréis si, en justo castigo a vuestra desvergüenza, no os subo el precio.

Ramón y Casimiro hacía rato que habían vuelto la espalda a Piña, pero mientras se marchaban lo escuchaban imprecicar a voces. De hecho, Ramón se aferró al recuerdo de

aquellas crueles palabras y del despectivo tono con el que Pablo Piña las pronunciaba para buscar, los días siguientes, con el mayor tesón, un almacenero capaz de abastecerlo. Al principio trataba de dar con alguien que le vendiera a mejor precio, pero cuando comprobó, enseguida, que el problema era que quedaba muy poca mercancía en los almacenes, cambió de criterio y se concentró en buscar quien tuviera cantidad suficiente para venderle aunque fuera al

mismo precio que Piña, con tal de no tener que volver suplicante a él como había predicho que haría. «Menuda sabandija el tal Piña —se decía—, debe de haber chupado la sangre de Colindres hasta llevarlo a la ruina.» El problema era que estaban ya en el mes de abril y acabado mayo, la temporada de carbón se terminaría. No solo bajarían las ventas, pues con el calor la mercancía solo se usaría para la plancha y la cocina, sino que la producción en el campo se paralizaría. Los

jornaleros que de final de otoño a primavera desbrozaban las fincas de los terratenientes a cambio de carbonear la leña cambiarían de tarea para emprender la siembra y hasta que recogieran las siguientes cosechas no carbonearían de nuevo. Había que darse prisa. Y pasaban los días y Ramón no encontraba quien tuviese a la venta más que uno o, a lo sumo, dos quintales.

Llegó un momento, pasada semana y media, en que Ramón tuvo que

resignarse y reconocer que no había en todo Cádiz ningún proveedor capaz de suministrarle salvo el indeseable de Pablo Piña. Por más que Casimiro le rogaba que buscara cualquier alternativa, Ramón comprendió que no había más salida que regresar al almacén de Piña y humillarse para conseguir la mercancía. Así que finalmente una mañana, sin decirle nada a su hermano para evitarle el mal trago de tener que acompañarlo, regresó a la nave del

remitente. Cuando él aún no debía de ser para Piña más que un mínimo punto al final del muelle, ya oía sus carcajadas estridentes. «¡Ya veo que vuelves, montañés; ya veo que vuelves!», le gritaba. Una vez frente a frente, tuvo que soportar ofensas varias antes de que Piña se aviniese a venderle.

«Con las manos juntitas, montañés, dime qué es lo que quieres. Que te venda, claro que sí, pero pídelo bien hombre, educadamente, por favor, anda, suplica, ¡de rodillas!»

Cuando pasado un rato, que a Ramón se le hizo interminable y a lo largo del cual solo pensó en Germán y en Marcelina para darse fuerza, para no llorar, Pablo Piña se cansó de humillarlo, le gritó: «¡Anda, levántate, que como escarmiento ya has tenido bastante! ¡Seguro que, en adelante, te darás menos aires! ¡Venga, págame lo que vayas a llevarte y ya puedes empezar a dar viajes!».

Y, en efecto, Ramón pagó por la mercancía, dio un primer porte a la

carbonería, buscó luego a Germán para que lo ayudase y entre los dos, yendo y viniendo muchas veces a lo largo del día, el niño empujando una carretilla, él con los sacos a la espalda, fueron llenando de carbón la tienda, la trastienda, el patio y hasta los hornos apagados. Cuando a mediodía Ramón vio el local rebosante, suspiró aliviado de haber podido sortear aquel primer obstáculo, y se prometió a sí mismo pensar, hacer algo para, más pronto que tarde, dejar de necesitar a aquel

Pablo Piña.

Desde la misma tarde de ese día ya les fue posible servir la mercancía a los Gutiérrez, que bien podían comprarla directamente al mayorista, pero preferían hacerlo a regatones como ellos no por sentimentalismo, sino porque les salía más a cuenta. Con lo que Ramón les debía, por su traslado, alojamiento, las viandas mínimas de las que los proveían (un vaso de aquella sopa de tomate fría que llamaban gazpacho al

mediodía y por la noche un bollo con tocino o, en el mejor caso, una conserva de pescado), los jergones y los dos sayales marrones que se ponían encima de la ropa cuando estaban en la tienda, los Gutiérrez apenas pagaban. De modo que, en adelante, Ramón y el niño se pasarían las jornadas trabajando, casi solo como porteadores, para no ganar nada.

En un abrir y cerrar de ojos, la temporada del carbón se esfumó y en tan

breve lapso ellos no solo no obtuvieron ganancias, sino que se vieron con más deudas a las puertas de la peor época para el negocio: el verano. Su situación era tan delicada que Casimiro no entendía los esfuerzos de su hermano por apuntillar aquel dichoso letrero en la fachada, ni por mantener limpia y ordenada la tienda. ¡Ni que fuera una sastrería! Con colocar una escoba a la puerta bastaba para que cualquiera entendiera que aquello era una carbonería y que estaba abierta. Era un

código sencillo que todos conocían.

Fuera porque finalmente la escoba se puso, fuera por el letrero, el comercio empezó a recibir clientela: criadas, encargados de negocios, incluso niños fueron apareciendo, algunos directamente con los cubos donde querían que les sirvieran el género. A los chiquillos les encantaba comprar el carbón, se ofrecían voluntarios a sus madres para ir a recogerlo, pues de vuelta a casa con su

cargamento siempre se
entretendían pintando
monigotes en las paredes o
trazando en el suelo rayuelas
para jugar al teje. A Germán,
que hasta aquel momento
solo había visto
inconvenientes a la
mercancía (su peso, su
suciedad), aquel
descubrimiento le pareció
genial. ¡Cuando tuviera
amigos —se decía—
también ellos jugarían con el
carbón!

Mientras llegaban esos
días en que relajarse fuera
posible, no paraba de ayudar

a su padre. Mucho se temía no estarle siendo de gran utilidad, pues todavía no se aclaraba con el manejo de la romana; cuando echaba el carbón a las sacas siempre derramaba, y en lo que se refería a las cuentas, eran tan importantes para ellos que Ramón nunca delegaba en eso. Germán, eso sí, recogía, acarreaba y obedecía en todo lo que su padre le encargase. Solo a mediodía o por la noche jugaba un rato con Braulio o, si era ya muy tarde, o su primo estaba castigado, leía la novela que

le había prestado aquel periodista tan simpático. Ya casi la estaba terminando.

Antes de dormirse siempre se acordaba de su madre. No es que de día no pensara en ella, sino que el silencio nocturno aumentaba la sensación de ausencia. Varias veces pensó en las palabras que elegiría para su primera carta, cómo le describiría la carbonería y la vida que llevaban. Pero finalmente aquella madrugada en que a la luz de la vela se puso a escribirle prefirió no entrar

en muchos detalles sobre el comercio que a él le gustaba tan poco como le habría gustado a ella, en caso de verlo, porque por más que se limpiara estaba siempre negro.

Querida madre:

Ya estamos en Cádiz. Sé que padre le mandó un telegrama para avisarla pero yo quería contarle que el viaje, aunque muy largo, estuvo bien porque jugué con niños en las posadas, vi castillos y hasta una torre muy alta, la Giralda la

llaman. Además, otro viajero, el señor Eliseo, me prestó un libro estupendo, con muchas aventuras y muchas páginas. Todavía lo estoy leyendo, pero descuide, que en cuanto lo acabe se lo devuelvo.

También quería escribirle que me encantó el reloj que padre me dio de su parte. Cuando sea mayor lo luciré. Ahora lo llevo al cuello para que no me lo quiten, ni perderlo. ¡Muchas gracias, madre!

La quiero mucho y la recuerdo, aunque no me

pongo triste. El tío y yo ayudamos a padre en la carbonería, que después de la limpieza ha quedado muy bonita. Y también juego con Braulio, el de Salvador y Nesti, que vive cerca.

Le escribiré más días.

Un beso fuerte.

Germán

A Marcelina, que había estado esperando aquella carta casi desde el día que se despidieron, el mero hecho de recibir un sobre que su hijo había tocado la llenó de felicidad. Sin embargo, le

dio cierta tristeza notar que no era del todo sincero con ella. ¡Cómo podía ser bonita una carbonería por más limpia que estuviera! ¡Que a saber cómo estaría! Le enternecía que intentara protegerla, pero le preocupaba que le mintiera. ¡Ojalá no estuviera trabajando más de lo que le permitían sus fuerzas! ¡Ojalá Ramón supiera cuidarlo! ¡Y de verdad Casimiro tuviera tiempo para ayudarlos! ¡Ojalá al menos fuera cierto que jugaba con Braulio! Le encantaba leer que el reloj le

había gustado pese a ser — era cierto— un regalo de adulto. Y por supuesto le hacía muchísima ilusión que prometiera seguir escribiendo, aunque bien sabía ella que con el tiempo las cartas se irían espaciando. Jamás podría recriminárselo. Tras sus largas jornadas de trabajo, el chiquillo acabaría agotado. Ella tampoco le escribiría demasiado, precisamente para no agobiarlo, obligándolo a contestar demasiado rápido. Aunque mantuvieran el contacto,

tenían que acostumbrarse a vivir separados. Ella allí, sola en el pueblo. Ellos en su «bonita» carbonería.

Exageraciones de Germán aparte, era cierto que el aspecto del local había mejorado. Gracias a ello se le ocurrió a Ramón cerrar el frontal del cobertizo que daba al patio y habilitar allí una especie de cuarto, algo que finalmente hizo con la ayuda de su hijo y de su hermano. En cuanto lo hubieron terminado, Ramón decidió visitar a los Gutiérrez y plantearles algo.

La puerta de «Hermanos Gutiérrez e hijos - Sociedad Cántabra» estaba entreabierta, como solía, igual que la cancela del zaguán. Tras ella, en un mostrador habilitado en el recibidor, un empleado menudo y con gafas que respondía al nombre de Amador hacía de filtro de quien pasaba o no adentro de la casa. Cuando llegó Ramón, otros dos o tres montañeses aguardaban. «Tendrá que esperar», le anunció Amador. Y esperó, mientras los demás iban

entrando de tanto en tanto, pasillo adelante hacia el despacho.

Hora y media después de haber llegado, el secretario le pidió: «Sígueme, por favor». Ramón se fijó, al cruzar el corredor, en que parecía alfombrado a rayas de sombra y luz. Las ventanas por las que esta entraba, dispuestas a la derecha, dejaban ver un patio cuajado de plantas de hojas verdes, palmas y cintas especialmente, una fronda tras la cual no paraban de moverse las criadas que

atendían en aquella otra parte, la privada, del inmueble.

La puerta blanca del despacho estaba cerrada, Amador la golpeó con los nudillos e hizo pasar a Ramón antes de volverla a cerrar.

—Buenas, Ramón, ¿qué te trae por aquí? ¿Cómo estás? —le preguntó Felipe Gutiérrez, el más joven de los dos, de pie tras el escritorio, mientras su hermano Plácido no alzó siquiera la vista, ocupado como estaba en copiar algo

en un libro de cuentas que casi no cabía en la mínima mesa auxiliar.

—Buenos días. Todo bien, señor —repuso Ramón.

—Me alegro, pues tú dirás —continuó Felipe.

—Verá, señor... —Y como Ramón dudó en cómo empezar, Felipe lo ayudó:

—¿Sí?

—Con ayuda de mi hijo y mi hermano he conseguido techar parte del patio...

—Si crees que eso será bueno... —lo interrumpió su interlocutor.

—Sí, puede serlo, señor.

—Bien, pero no tienes que darnos cuenta de cada mejora que emprendas...

—Perdone que lo interrumpa, señor.

—¿Sí?

—Pues que la obra les afecta...

—¿A nosotros? — preguntó Felipe mientras, al fin, su hermano mayor alzó la vista del documento y, ajustándose las lentes, miró a Ramón.

—¿En qué sentido, Ramón? — preguntó Felipe.

—Porque he pensado, y es lo que vengo a consultarles, que tal vez conviniese que a partir de este momento durmiéramos en el cuarto mi hijo y yo y también nos buscáramos la comida por nuestra cuenta. Eso sería lo mejor.

—¿Lo mejor para quién, Ramón? —interrogó ahora el hermano mayor.

—Bueno, para nosotros supongo, para mí y para mi hijo, señor.

—¿Y en qué sentido exactamente? ¿Es más cómodo el alojamiento? ¿Te

refieres a eso? —insistió Plácido Gutiérrez.

—No, señor, me refiero a que...

—Quieres cobrarnos más caro el carbón —completó Plácido la frase de Ramón.

—Bueno, señor, si a ustedes les parece.

—No veo en qué manera podríamos oponernos —respondió el primogénito de los Gutiérrez volviendo a copiar su documento no sin antes completar su frase diciendo —: Aunque, por supuesto, a

nosotros pagar más no nos conviene.

—Pero, bueno —
intervino Felipe—, Ramón,
negarnos no nos negamos.
Es ley de vida que os vayáis
emancipando, desde luego.
Aunque nosotros preferimos
que confiéis en nuestra
experiencia a la hora de
marcar el ritmo. Son muchos
años en Cádiz y sabemos
mejor que nadie cuál es el
mejor momento para ir
dándoos más cuerda,
soltando amarras por así
decirlo, pero si estás
convencido...

—Sí lo estoy, señor, con todo el respeto se lo digo.

—En ese caso, adelante. Nuestro deseo es que te vaya lo mejor posible cuanto antes... —empezó a decir Felipe.

—Para que también cuanto antes nos devuelvas el crédito —acabó su hermano la frase.

—Por supuesto, así lo haré, señor, señores —contestó Ramón.

—Buena suerte —le deseó Felipe.

—Gracias, señor —

contestó Ramón, agarrando ya la manilla de la puerta para abrirla.

—Y cuida tu relación con los remitentes, Ramón —sentenció Plácido Gutiérrez, dejándole de piedra—, sin un buen proveedor poco carbón se vende —concluyó.

—Ah, y pide por favor a Amador que haga pasar al siguiente —añadió Felipe Gutiérrez.

—Claro. Por supuesto. Gracias. Adiós —se despidió aún desconcertado Ramón.

Una vez en el pasillo, pensó cómo diablos se habrían enterado los Gutiérrez de su encontronazo con Pablo Piña. Al final iba a resultar que Cádiz no era tan distinto a Pechón ni al resto de los pueblos pequeños, en que todo se acababa sabiendo. O quizá el propio Piña les hubiera venido con el cuento. ¡Qué alimaña! Lo creía capaz de cosas mucho peores que ser un chivato o un cotilla. Estaba deseando poder sacárselo de encima. Ojalá lo consiguiera. En

todo caso —movió Ramón la cabeza como para despejarla de preocupaciones vanas y hacer hueco a lo que de verdad interesaba—, lo importante era que había conseguido permiso para emanciparse y la consecuencia era que a partir de mañana mismo podía subir el precio del carbón a los Gutiérrez.

Así que aquel mismo día Ramón y Germán llevaron sus bártulos a la trastienda de la carbonería y desde ese momento vivieron

en ella. Eso hizo que la jornada de trabajo se alargara más aún. Abrían en cuanto amanecía y, o bien empezaban directamente a atender, o se encaminaban al puerto a retirar nueva mercancía. En ese caso, al regreso, la colocaban donde mejor conviniese mientras al tiempo recogían la carbonilla fina que siempre caía y que no era ni mucho menos un desecho, sino un producto con buena salida para ayudar a encender los braseros y las hornillas. Entre venta y venta repartían

los encargos. Al principio solo Ramón daba portes, pero pronto también Germán lo ayudó llevando los recados a las casas más próximas.

Una de las primeras que pisó fue la de don Joaquín Poza. Este, oriundo del norte, había hecho patrimonio con la ganadería y vivía en una mansión en la calle Feduchy, esquina con la del Rosario. Por la puerta que daba a esta trasera era por donde Germán hacía las entregas. La misma muchacha que días u horas

antes había pagado el encargo en la carbonería, Josefa, le abría la portezuela que daba al patio. Allí descargaba Germán los sacos y luego los metía en una estancia para provisiones que era mayor casi que toda su tienda. La criada era amable, aunque hablaba —le parecía al niño— demasiado alto. Siempre le ponderaba mucho sus servicios, la fuerza que tenía para sus años. Pero a él le avergonzaba que al chillarle provocara que se asomara el resto del servicio.

—¡Mirad el chiquillo
qué maña se da con las
sacas! —gritaba una
doncella rubia.

—¡Si son más grandes
qué tú, niño! —añadía otra
mayor y más gorda.

—¡Saluda, hombre,
saluda, que son
admiradoras! —le invitaba
Josefa, para Germán, la gran
culpable de toda aquella
bulla.

Una buena mañana en
que las criadas, como de
costumbre, lo estaban
azarando, desde las ventanas
de los pisos alto y bajo, vio

Germán tras el vano de la puerta de la cocina que daba al patio lo que le pareció una aparecida, un hada o un ser mágico. La que en realidad era una niña vestida con un traje de organza de volantes, ribeteados de raso, todo blanco, con bucles dorados sujetos por dos lazos también blancos preguntó con atiplada voz: «¿Pero qué estáis mirando?». Y al instante, casi por ensalmo, todas las cabezas desaparecieron de los huecos. Entonces la niña, que era la hija de don

Joaquín Poza, Virtuditas, miró al patio un segundo y se contestó a sí misma desilusionada: «¡Ah, al carbonero!», antes de desaparecer, casa adentro.

Desde el día en que Germán vio en casa de los Poza a la que le pareció la niña más linda del mundo entero, siempre fue aquella su casa de reparto favorita por más que fuera donde pasaba más apuro por culpa de las chanzas de las muchachas.

En todo caso, fuera a esa dirección o a cualquiera,

desde que Germán empezó a hacer repartos los prefería a quedarse en la carbonería, aburrido, encerrado entre cuatro paredes. Había, no obstante, inevitablemente, horas muertas en que no quedaba más remedio que aguardar en la tienda a que llegase algún cliente o encargo. La peor era la que seguía al almuerzo, cuando Braulio ya se había ido de vuelta a su trabajo pero hacía demasiado calor para que nadie saliera a comprar a ninguna parte. Germán y su padre, que aún no estaban

acostumbrados al clima andaluz, se iban curvando poco a poco tras el mostrador hasta prácticamente acabar recostados sobre él. A falta de otra cosa que hacer, Ramón le daba vueltas a la cabeza, pensando en la precariedad, en la poca comida que tenían y otras cosas parecidas. Como temía que a su hijo le diera por pensar lo mismo, una tarde le dijo:

—Germán, ¿por qué, mientras llega alguien, no te acabas el libro ese...?

—Ya lo acabé, padre.

—¿Lo acabaste? Vaya. Lees rápido.

—No tanto, padre. Ha pasado tiempo. En realidad, debería devolverlo.

—Claro. Tienes razón. Pues le preguntaré al tío si sabe de alguien que conozca las señas del señor Eliseo.

—Yo las sé, padre. — Germán fue a por el libro, en el que guardaba la tarjeta—. Me dio esto.

—Entonces, ve donde Casimiro y pídele que te explique dónde queda. ¿Quieres?

Todo el mundo sabía dónde estaba *El Sol de Cádiz*, en la calle Piratas, cuyo nombre disparó la imaginación de Germán desde el día que lo leyó. Justo donde le indicó su tío, vio él el letrero con el astro anaranjado que era emblema del diario. Tras subir una escalera amplia, en el primer rellano, se encontró con una puerta abierta de par en par, y al otro lado, con un tumulto formado por hombres vociferantes, la mayoría con camisas blancas

y protectores negros ajustados al final de sus mangas. Un señor con bigotes se le quedó mirando y le preguntó:

—¿Querías algo, muchacho?

El chico, al principio, no supo qué contestar. Luego simplemente alargó la tarjeta de Eliseo, a lo que el hombre reaccionó gritando:

—¡Aramburu, le buscan!

Germán no vio que nadie se acercara y pensó que sería mejor intentarlo un día más tranquilo, si es que

lo había en aquel extraño sitio. De repente se sintió mal, fuera de lugar. Aunque, por supuesto, se había quitado la saya antes de salir y se había lavado la cara y las manos, tenía el pantalón de peto manchado en algunos lados. Incluso sus manos, por más que las había frotado, seguían sucias. Había restos que no salían nunca, en especial bajo las uñas. Lo peor era que ahora, con los nervios, empezaban a sudarle. Tal vez Eliseo lo regañara por presentarse así, manchado,

en su trabajo. O incluso no se acordara ya de él. El caso es que ya se había girado hacia la puerta para salir de allí cuando sintió que lo agarraban del brazo.

—¡Hombre, Germán, qué alegría! ¡Has venido! — dijo Eliseo, de verdad sorprendido y contento de ver al niño.

—Claro, a devolver el libro —repuso Germán, mientras le alargaba el volumen que traía envuelto.

—Y a saludarme, espero —repuso Eliseo sin cogerlo, pero fijándose en lo

mucho que había adelgazado el chiquillo, en cómo había cambiado su aspecto, hasta qué punto era ahora evidente que era carbonero—. ¿Mucho trabajo, hijo? ¿Y tu padre, cómo está?

—Bien, señor. Vivimos en la carbonería de la calle Tinte. Sí, trabajamos...

—Tengo una idea, ¿quieres que bajemos a tomar un helado? Así me cuentas con más detenimiento.

—Lo siento, señor, pero no puedo.

—¿No tienes tiempo

ahora? ¿No me irás a decir que no te gustan los helados?

—No es eso, señor. Estamos ahorrando.

El niño dijo aquello en serio y eso provocó en Eliseo una sonrisa amarga.

—Tranquilo, chico, paga el periódico —mintió. Inmediatamente se volvió hacia la redacción y gritó a un destinatario impreciso: «¡Vuelvo en un minuto!». Y guio al niño de vuelta a la calle y, una vez fuera, a la terraza Catedral, frente al templo.

—¿Aquí, señor?

—Aquí, Germán, y llámame Eliseo, ¿de acuerdo? ¿Hace mucho calor fuera? ¿Prefieres dentro?

—No, señ..., Eliseo. Perdona que no vaya muy aseado, pero el libro está limpio, traje el papel para no mancharlo y antes de abrirlo para leerlo me he lavado siempre las manos...

—No te preocupes, hijo. Al trabajar uno se acaba manchando. Mira yo la salpicadura de tinta que me he echado —dijo Eliseo quitando hierro a la

aparición del pequeño antes de que los interrumpiera el camarero.

—Buenas, don Eliseo, ¿qué va a ser?

—Para mí una soda y para el joven un helado. ¿De qué lo quieres, Germán?

—No sé.

—¿De mantecado?

—Sí.

—Pues una soda y un helado de mantecado.

—Marchando.

Una vez solos, Eliseo, que no vio al niño seguro del sabor, le dijo:

—Puedes elegir el

gusto que prefieras, ¿eh? Si quieres, cambiamos.

—Hum —contestó Germán alzando los hombros.

—¿Qué quiere decir eso, amigo?

—Que no sé cuál prefiero.

—¿Porque nunca lo has probado?

—Sí.

—Entonces confía en mí. Otro día tomas uno de turrón o de leche merengada. Esos son mis preferidos, pero podemos preguntar qué otros sabores tienen. —De

repente le incomodó hablar de comida con el niño, que tanto había adelgazado, y cambió de tema—. Saluda a tu padre de mi parte, ¿eh?, y dile que ya pasaré a comprarle.

—De acuerdo.

—Y tú, cuéntame, ¿sigues leyendo? —dijo por decir algo, porque aquello fue lo que les unió en su día, hablar de libros.

—No.

—¿Y eso? ¡Con lo que te gustaba! —le salió un tono de reprimenda del que se arrepintió enseguida.

—Bueno, es que terminé este y tenía que devolvérselo. Tal vez me compre otro. ¡Cuando ahorremos, claro! Pero... bueno, mientras, a lo mejor, ahora que ha visto que soy formal, que no he roto el libro, ni lo he manchado, ni he olvidado devolverlo, podría dejármelo más tiempo para leerlo de nuevo.

Eliseo se arrepintió de no haber dicho en su día al niño que el libro era de regalo.

—Escucha una cosa, Germán —habló entonces

—, este libro vas a quedártelo. Me acaban de dar otro igual, mira qué casualidad.

—¿En el periódico?

—¿Cómo?

—¿En el periódico se lo dieron? —aclaró Germán su pregunta.

—Exacto. En el diario nos dan muchos libros. Muchos. De hecho, estaba pensando que quizá pudiera prestarte otros a ver si te gustan. ¿Cómo lo ves?

—¿Otros como este?

—Parecidos. Este te ha gustado, ¿no?

—Sí. Mucho.

Solamente el final me ha costado, pero no por el libro, sino porque... me parece que cada día leo más despacio. En el pueblo leía todos los días. Me ayudaba madre. Pero padre no lee. Trabajamos mucho los dos, y él hace muchas cuentas, pero no lee. Y yo ahora algunas noches empiezo pero no puedo, se me cierran los párpados.

—Es normal, hijo. Después de pasar todo el día trabajando.

—También juego —

repuso Germán,
inconscientemente, en
descargo de su padre.

—¿Has conocido a
otros niños, entonces? ¿Has
hecho amigos? Qué bien.

—Bueno, solo a
Braulio, un primo mío de mi
pueblo que lleva aquí dos
años. Pero él no conoce a
nadie, como no va al
colegio. Yo creí que aquí
íbamos a ir. Al decir mi
madre que leyera, que
aprendiera, que me fijara en
otros trabajos distintos al de
carbonero para ver si de
mayor puedo hacerlos...

—¿Eso te dijo? —
preguntó asombrado Eliseo.

Germán asintió y luego añadió:

—Yo creo que sí, que al final nos dejarán ir al colegio. Cuando no haya tanto trabajo y terminemos de ahorrar, iremos.

—Seguro que irás, Germán, ya lo verás —dijo Eliseo conmovido, fijándose en las uñas renegridas del chiquillo—. Y mientras, aunque al final del día estés cansado, haz un esfuerceín y sigue leyendo, aunque sea un poco nada más. Ya verás

lo bien que lo vas a pasar. Y además no perderás la soltura. Lees muy bien para tu edad, rápido y muy bien, comprendiendo lo que lees. Mira, si quieres, el domingo a mediodía podemos quedar en la plaza de Mina, ¿la conoces?, y te daré algunos libros divertidos, igual más finos que este, así los acabas antes y te da tiempo a leer más historias diferentes, a conocer más personajes, ¿quieres? Luego puedo acompañarte a la carbonería y así me enseñas dónde queda y saludo a tu padre,

¿de acuerdo?

Mientras Germán aceptaba llegó el camarero con la comanda.

—Anda, prueba, prueba el helado, ¿qué te parece?

—Umm, está rico. Es frío.

—Sí. —Se sonrió Eliseo—. Me alegro de que te guste. Pero tómalo despacio, ¿eh? No vaya a hacerte daño.

Era una de esas tardes de verano en que la luz ciega, aunque junto al mar corra brisa. La catedral brillaba deslumbrante y los

pocos que había en la calle más que andar correteaban de sombra en sombra. Eliseo tenía que volver al trabajo y Germán sabía que su padre lo estaría esperando. Pero los dos se quedaron un poco más en la terraza apurando la soda y el helado porque les daba pena despedirse aunque fuera solo hasta el domingo. Cuando ya fue inevitable marcharse, Eliseo acompañó al niño un tramo antes de regresar al diario. Allí le esperaba la historia aquella que había dejado a medias:

NOVENO SUICIDIO EN CÁDIZ ESTE MES

Encuentran por
segundo día esta semana el
cadáver de un joven,

de nuevo empleado de
astilleros

La desgracia vuelve a
cebarse con los obreros
gaditanos. Ayer por la
mañana, cuando aún era
patente la conmoción en el

barrio de La Viña por el hallazgo, dos días antes, de un joven ahogado en el pozo de la casa del número treinta y cinco de la calle Claveles, fue encontrado, esta vez en el número veintisiete de Celestino Mutis, el cadáver de un ahorcado. Miguela Narváez, que vive con los ocho miembros de su familia en el bajo derecha de la modesta casa, fue la primera en avistar el cuerpo que pendía de una soga atada a una de las barandas del corredor. Sus gritos convocaron al resto de los

vecinos en el patio donde la dantesca escena les dejó horrorizados. Los más afectados, lógicamente, fueron los Martín García, del segundo izquierda, padres y hermanos del suicida, cuyo nombre era Francisco, y su esposa, una joven llamada Margarita Rodríguez Pérez, embarazada de ocho meses. Esta se desvaneció y tuvo que ser reanimada por su suegra y cuñadas. Inmediatamente se avisó a los guardias municipales, que llegaron seguidos de la Benemérita de la Alameda.

Cuando al poco se reunieron con ellos los funcionarios del Poder Judicial, la casa se hallaba abarrotada de curiosos que dificultaban su labor y fueron desalojados. Las primeras diligencias del juzgado consistieron en la inspección ocular y el levantamiento del cadáver, conducido a las instalaciones forenses, donde aún permanecen los restos del suicida del lunes. Las autoridades se han comprometido a esclarecer los sucesos, aunque en los casos de suicidio, a

diferencia de en los homicidios, rara es la investigación que termina con la determinación de algún culpable (...).

Hasta aquí había llegado y ahora le costaba retomar el hilo.

—¡Aramburu! ¿Para cuándo ese suicidio? ¿Para cuando llegue el décimo? — bramó el redactor jefe, a quien Eliseo, concentrado en lo suyo, casi no oyó.

... rara es la investigación que llega a

algún puerto. El ayer fallecido Francisco Martín García era obrero de los astilleros, como otros cuatro de los nueve suicidas muertos este mes en Cádiz, siendo los cuatro restantes también operarios industriales, tres de la textil Cambriles y uno de la fundición de hierro. Francisco Martín empezó a los catorce años a trabajar en los talleres del puerto, junto a su padre, impedido hace años por culpa de un siniestro. Desde que el accidente ocurriera

Francisco era el puntal de su extensa familia de ocho hermanos, padres y abuela que estaba a punto de incrementar con su propio hijo. Precisamente, de forma velada, algunos vecinos apuntaron ayer a nuestro diario la posibilidad de que en un momento de debilidad el muchacho pidiera un préstamo que luego no fuera capaz de pagar o que hubiera intentado devolver recurriendo al juego. Estas habladurías no han sido confirmadas oficialmente, de modo que también es

posible considerar que el joven simplemente se hubiera dejado llevar por un arranque de angustia. La desesperación ante la situación de precariedad económica es, precisamente, el punto común de todos los suicidios de los que hemos dado cuenta a lo largo del mes en curso. Y el sentir general que hemos recabado entre los compañeros de los suicidas es el de que en estos tiempos en que los obreros están sometidos a interminables jornadas que afrontan con las pocas

fuerzas de sus cuerpos mal alimentados y peor descansados, no es del todo incomprensible que algunos se entreguen a la muerte. Pues la muerte es reposo, aunque sea trágico. Este diario ha intentado contrastar la percepción de los operarios con la de los dueños de las fábricas, en este caso de Astilleros Recaredo, donde trabajaba Francisco Martín García, pero sin éxito. Los compañeros obreros del fallecido confían en que las autoridades sí accedan a

ellos y estos fallecimientos sirvan al menos para que mejoren las condiciones laborales de ahora en adelante y disminuya así el número de estos siniestros.

Eliseo releyó un par de veces la noticia, inquieto. Los suicidios eran los sucesos más complejos de los que daba cuenta —le parecía—. En los casos de asesinatos, homicidios, robos, tentativas o cosas parecidas la culpa solía ser de alguien con nombre y apellidos; en los suicidios, la

culpa, como era compartida y difusa, no era de nadie, y no había arresto alguno. Y sin embargo, qué duda cabía, alguien sería responsable de que tanta gente, y tanta gente joven, se matase. Y la cifra, desde que él trabajaba en Sucesos, no hacía más que crecer. Finalmente, después de corregir un sustantivo aquí, un verbo allá, tan satisfecho como uno podía estar con un texto así, lo pasó al corrector y salió de la redacción, rumbo al lugar donde intentaba olvidar cualquier

penalidad, el Morás, donde trabajaba Elvira. Camino al cabaré, aquella noche, se encendió un pitillo y lo fue paladeando. Caminaba despacio porque sabía que a esa hora ella estaría dando los últimos retoques a las chicas. Así que prefería llegar con el espectáculo empezado. Era noche sin luna y las calles estaban apenas alumbradas por la vacilante luz de gas de las farolas. Se cruzó con pocos viandantes. La mayoría — pensó— debía de estar ya en sus casas, pues de todas las

ventanas, a uno y otro lado de las calles, llegaban voces y aromas de comida, mezclados con el omnipresente olor a candela de carbón.

En la entrada del Morás, el portero lo saludó con la distante familiaridad acostumbrada. La eterna nube de humo que flotaba en la sala lo acogió y a él llegaron también los sones sofocados del viejo piano. Con ellos competían las risas y las charlas de los ebrios clientes. En la barra pidió el coñac de siempre.

—¿La señorita Elvira ya está libre?

—Sí, pase.

Por el costado izquierdo del escenario había una entrada a las bambalinas, desde las que veían el espectáculo el señor Canal, dueño de la sala, y Elvira, que era quien dibujaba los trajes de las chicas, inventaba sus bailes y escribía las letras de sus canciones. Era una mujer peculiar y solo eso explicaba que hubiera conseguido un trabajo semejante y gozara de un estatus del todo

distinto al de las demás muchachas. Su abuelo fue Herminio González de Paso, uno de los diputados de las Cortes de Cádiz que tuvieron que exiliarse en Francia al volver Fernando VII, y solo regresó a su muerte, en 1833. Para entonces, había tenido un hijo, Armando, que al volver tenía dieciséis años y que a los treinta y ocho tuvo su única hija, Elvira, a la que educó conforme al modelo liberal francés que su familia había admirado tradicionalmente. La

pequeña aprendió al mismo tiempo la lengua propia y la vecina y cultivó en ambas la poesía y el relato. Leía y escribía con tal soltura y era a su vez tan agradable e ingeniosa que se le presagiaba un gran futuro. Sin embargo, quiso el destino que sus padres fallecieran de forma prematura y ella se viera sola a los diecisiete años.

No le faltaron entonces las proposiciones matrimoniales de acaudalados caballeros que le doblaban la edad o incluso

de algún joven de buena familia. Pero tomó la decisión insólita de rechazarlas para, en cambio, ofrecerse en varias casas como institutriz o niñera. Simultaneó una decena de trabajos de este tipo, mal retribuidos, y paralelamente envió escritos a la prensa cometiendo el error de firmar con su nombre, por lo que fueron rechazados. La prensa seria, para ser tenida en cuenta, debía estar escrita por varones maduros y experimentados y no por tiernas muchachas con

«ganas de jugar». Estas, sin embargo, eran muy apreciadas por esos mismos señores cuando buscaban otro tipo de solaz. Y Elvira estaba dispuesta a dárselo, aunque no en la forma que ellos podían prever. Durante semanas se entregó a la escritura de canciones de contenido obsceno que acompañó de bocetos de vestuario acordes con los temas. Esta vez los firmó como José Pablo Dívar antes de introducirlos en el sobre que luego lacró y entregó — disfrazada de mozo — en la

sala más conocida de Cádiz, que entonces era El Farolito. Su dueño, don Enrique Canal, no tardó en contestar a las señas indicadas interesándose por pagar aquellas canciones e incluso un adelanto por esas otras muchas que, según decía el señor Dívar en su misiva, por el momento no había considerado conveniente enviar.

La colaboración entre don Enrique Canal y Elvira se inició así sin que ninguno de ellos se conociera personalmente. Y no puede

decirse que cuando, meses después, don Enrique descubrió la verdadera identidad de su empleado le gustara la sorpresa. Sin embargo, el éxito y, sobre todo, el dinero que entretanto esta le había reportado eran más que suficientes para aparcar los escrúpulos. Además, una vez que el engaño inicial se hubo despejado, todo resultó más fácil para ambos e incluso más fructífero. Juntos pensaron en la necesidad de cambiar de local y buscar uno más grande. Elvira creía

preciso que hubiera un escenario mayor y Canal imprescindible contar con más reservados. De ese modo y aprovechando el cambio de ubicación, el nombre de El Farolito fue sustituido por uno que a los dos les pareció más exótico: Cabaré Morás. Llevaban casi seis años colaborando, tres en El Farolito y en el Morás cerca de otros tantos. Todo el mundo sabía ya que Elvirita —como la llamaban— era la mano derecha de Canal, pero creían que se ocupaba solo de vestir y

maquillar a sus pupilas. Ningún cliente se paraba a pensar que aquellas letras que les excitaban las escribía alguien, y si alguno lo hacía, se maliciaba que sería ese sátiro de Canal, que debía de tener la libido disparada de estar siempre rodeado de hermosuras. Precisamente por esto nadie creía tampoco que hubiera un idilio entre él y Elvirita, que, si bien no era fea, no tenía el cuerpo espectacular de las demás muchachas ni, obviamente, lo mostraba con su atrevimiento. Ella era para

todos poco más que una costurera. Excepto para las chicas, que, aunque no imaginaban que fuera la autora de *esas cochinadas*—como, con falso pudor, las llamaban—, sí la consideraban una especie de directora del espectáculo y una ayuda imprescindible para memorizarlas, pues era la única de ellas que sabía leer.

Eliseo visitó el recién inaugurado Morás poco después de llegar a Cádiz y con su particular perspicacia se fijó, la primera noche, en

una silueta oscura, al costado del escenario. Recitaba en silencio cada canción de las chicas pero nunca subía a las tablas. Cuando se enteró de que aquella figura era la modista, aún le pareció más raro que se supiera las letras de los temas y que no se fuera hasta que, acabado el último, las meretrices condujeran al piso alto a sus clientes. Una madrugada, aunque temía importunarla, no pudo reprimir su impulso de esperarla en la calle. Ella, ajena a su presencia, se

despidió del portero y embozada en su capa, tomó camino a su casa. Él esperó un poco antes de seguirla para no alertar al vigilante. El tiempo de apurar el cigarro. No había nadie en ninguna parte y por más que se esforzaba en ser sigiloso, sus pasos resonaban, como los de ella, sobre el empedrado. Después de torcer un par de esquinas, y antes de salir al puerto, ella se volvió:

—¡No pretenderá asustarme! —le encaró.

Llevaba un pincho

afilado con el que le apuntaba y parecía dispuesta a todo. Era la primera vez que la veía de cerca y su cara angulosa le resultó atractiva. Pero no era momento de extasiarse. Ella estaba nerviosa y blandía el arma blanca.

—Por supuesto que no —contestó Eliseo.

—¿Entonces?

—Usted es la modista del Cabaré Morás.

—¿Y qué quiere el señor, que le haga un traje?

—Si fuera tan rápida con la aguja como con la

lengua, sería para pensarlo.

Él también era rápido y aquel destello de ingenio o la mirada con que lo acompañó hizo sentir a Elvira que no había peligro, pese a lo cual siguió empuñando el pincho.

—Haga el favor, caballero, de hablar y dejarme marchar.

—Veo que está cansada. He sido inoportuno. Disculpe y buenas noches.

—Pero diga, hombre, ¿qué quería? —insistió ella.

—No lo sé exactamente. Creo que

conversar... o invitarla a una copa.

—Sí, tiene usted razón, del todo inoportuno, a estas horas. Si mañana a las siete sigue teniendo necesidad de departir, estaré cenando en el restaurante Roqueo. En la primera mesa entrando a la derecha.

Eliseo se quedó estupefacto. No estaba acostumbrado a una naturalidad como aquella. Pensaba que la mujer iba a despacharlo —si es que no se ponía a gritar en un momento dado— y he aquí

que le daba la oportunidad de verla al día siguiente.

—Mañana estaré allí, si nada me lo impide. Es que soy reportero —le dijo Eliseo.

—No sabe lo que me alegro —contestó Elvira.

Dicho lo cual se separaron, pensando ambos en la respuesta de ella. Eliseo no sabía si había querido decir que no la impresionaba o si, recurriendo a un sarcasmo del que la creía muy capaz, se felicitaba de que fuera reportero en lugar de ladrón

o asesino. Ella, sin embargo, había contestado aquello porque de verdad el detalle le resultaba interesante, teniendo en cuenta que era el primer reportero que conocía y que ella soñaba con vivir escribiendo. No sus aborrecidas cancioncillas picantes, sino poesía, novela o, por qué no, noticias. ¿Por qué no? ¿No le había quedado claro todavía? Porque era mujer, por eso. Si los directores de los periódicos habían ignorado sus textos, ahora estaba segura, lo sabía, era porque

no los había firmado con seudónimo. Lejos quedaban los tiempos de Carmen Silva, aquella pionera del periodismo de combate que publicaba en época del abuelo, dando cuenta del asedio. Parecía mentira que en aquel entonces algunas costumbres y mentalidades fueran más modernas que las presentes. Incluso no hacía tanto, acaso tres décadas, habían existido revistas femeninas como *La Ilustración de las damas*, que dirigió Gertrudis Gómez de Avellaneda. Pero esos

proyectos, efímeros, se dieron no en provincias, sino en Madrid. Fuera como fuese, ella prefería la poesía y la novelística a la prensa. Sobre todo, había una historia que deseaba escribir casi desde que tenía memoria, una inspirada en las peripecias de su abuelo, primero en Cádiz y luego exiliado en Francia en tiempos de Fernando VII. Durante toda su vida había escuchado relatos de esos años en que unos pocos valientes e ilustrados pudieron haber cambiado el

curso de la historia de España, empujándola al progreso y al liberalismo, aunque, lamentablemente, fracasaron. En aquel infortunio y en la dignidad con la que lo encaró aquel hombre —símbolo, para ella, de toda una generación — veía una grandeza que la conmovía, que creía perdida, que deseaba honrar. Sentía un impulso muy fuerte por armar aquella narración, intentarlo era casi una necesidad, pero entrañaba tanta dificultad que mientras se documentaba y daba

vueltas a cómo empezar, escribía obras más breves, menos ambiciosas, en verso y prosa.

Como aspirante a literata, Elvira contaba con los precedentes de la misma Avellaneda, Fernán Caballero o Rosalía de Castro. Le daba esperanzas que ellas hubieran publicado. Pero no se engañaba. Necesitaba tiempo, mucho, para pulir lo que iba escribiendo y acercarse mínimamente a aquellos talentos. Y luego contactos, contactos muy

buenos para intentar publicar. Y antes, durante y aún después de haber publicado, si conseguía hacerlo, dinero porque no se le escapaba que una cosa era publicar y otra, vender tanto como para vivir de su obra como vivía ahora de sus estúpidas canciones disolutas.

Tanto ella como Eliseo se despertaron tarde al día siguiente de su primer encuentro y aunque durante la jornada cumplieron con sus obligaciones cotidianas, no dejaron de preguntarse,

de vez en cuando, respectivamente, si el otro aparecería en la cita y qué pasaría si lo hacía, de qué hablarían después de saludarse, si no habría sido un error emplazarse, si no se aburrirían.

Cuando, una vez que anocheció, Elvira llegó al Roqueo y se sentó a su mesa, tuvo la precaución de advertir al camarero que tal vez un primo hermano vendría a acompañarla. Una coartada débil, pero necesaria. Eliseo no tardó y la encontró ya sentada,

bebiendo vino blanco y algo más arreglada —le pareció — que otras veces. Se sentó y se dejó llevar por las preguntas que ella le hizo sobre su trabajo. Era sorprendente cómo aquella desconocida tejía una conversación cálida, franca y a la vez excitante. En el breve lapso en que el camarero les trajo la comida, él ya sentía la necesidad de hablarle de aspectos más íntimos de su historia: quién era, de dónde, por qué y cómo había llegado hasta Cádiz. Llevaba tres meses

allí, casi nada pero suficiente para echar de menos un confidente con quien desahogarse. Tal vez era eso lo que había ido a buscar al Cabaré Morás, un amigo o una muchacha que supiera escuchar. A los compañeros del diario no podía contarles ciertas cosas. Pero los clientes del Morás no estaban para charlas y las muchachas eran bonitas y dóciles, sin duda hacían olvidar, pero no conversaban, no oían, tenían prisa, porque ganaban más cuantos más clientes

atendían.

Quizá por eso aprovechó la oportunidad que le brindaba Elvira para confesarse. Había nacido en 1854 en Oviedo y era hijo de Miguel Aramburu y Joaquina Domínguez. Su padre había sido un prometedor jurista, pero había fallecido antes de que él naciese. El hermano de su padre, Pedro, que por ser el mayor era quien administraba el importante patrimonio de la familia, se hizo cargo de ellos. Aunque estaba casado y tenía tres

hijos, los instaló a él y a su madre viuda en un ala de su casa. Su infancia había sido, según recordaba, dichosa, sin contratiempos. Sus primos Emilio, Ernesto y Celia lo trataban como si fuera uno de ellos y el tío le ofrecía las mismas oportunidades. Gracias a lo cual recibió una buena educación que incluía conocimientos de literatura, historia, ciencia y lengua francesa. Como era listo, aprendía rápido y como era buen mozo, tuvo facilidad, como sus primos, para las

conquistas. Sin embargo, a él no le colmó ninguna, pues, desde antes de que pudiera recordar cómo y cuándo había empezado, sentía una delirante atracción por Celia. Tras contar esto, Eliseo se quedó callado, pero Elvira, con un gesto, le conminó a seguir. No era fácil que ella se escandalizase —pareció decir—. Él continuó. Durante años, una serie de detalles le habían hecho pensar que su prima le correspondía, pero jamás tomó ninguna iniciativa por

respeto a los tíos, que tan bien se habían portado.

La víspera de ingresar en la universidad, donde tenía intención de seguir los pasos de su padre, estaba en la biblioteca cuando apareció Celia a desearle suerte. Llevaba un precioso vestido rojo que ceñía su cintura y le realzaba el busto. El pelo negro, ondulado, le caía sobre los hombros y sus labios carnosos sonreían. Lo miraba a los ojos mientras, acercándose, le transmitía sus mejores deseos. Le

pareció sugerente. Estaban tan cerca, tenía un escote tan amplio que le era fácil percibir el olor de su piel. Deseaba besarla más que nada en el mundo —o al menos eso era lo máximo que se permitía reconocer, negándose a sí mismo las ganas de lamer, cadenciosamente, paladeándolos, hasta deshacerlos en su saliva, los puntiagudos frutos que se señalaban bajo la seda—. En fin, aún no sabía si se dejó llevar o si fue ella quien cedió al impulso, lo cierto es

que se abrazaron mientras, sedientos, juntaron sus labios. Con tan mala fortuna que en ese instante entró su madre. Su reacción, aun siendo comprensible, le resultó exagerada. Tal vez imaginó que no era la primera vez y supuso un idilio que no había ocurrido. Lo cierto es que mientras Celia huía avergonzada, ella le recriminó como loca.

—Pero, hijo, ¿qué has hecho? ¡Ella es como tu hermana, como tu hermana!

—¡No es para tanto, madre. Ha sido solo un beso

y no somos hermanos, sino primos! —recordó Eliseo haberle dicho.

—¿No lo entiendes, Eliseo? Es como tu hermana... —le repitió su madre.

Y algo en la forma de mirarlo mientras se lo decía o en la obstinación de su insistencia, algo que no podía precisar, le reveló de pronto una verdad que, si entrevió alguna vez, jamás hasta entonces quiso comprender: eran hermanos, él y Celia, Ernesto y Emilio, pues no era hijo de quien

creía, sino de su tío Pedro. Lo asaltaron la vergüenza y la indignación. Por suerte para todos, salió corriendo de la casa. Sentía ganas de hacer disparates enormes, contra el tío, contra su madre, contra sí mismo. ¡Él, qué tanto presumía de ser un joven de ideas avanzadas, de mentalidad abierta, sin prejuicios, se veía superado por los acontecimientos! ¡No podía encajar aquello, que toda su vida hubiera sido un engaño! Decenas de dudas lo atormentaron: ¿Supo el desgraciado Miguel que su

esposa estaba embarazada de su hermano? ¿Ocurrió cuando ambos estaban ya casados o accedió a desposarla para ocultar la infamia? ¿Tuvo aquello algo que ver con su temprana muerte? ¿Acaso se suicidó? ¿Y luego? ¿Nunca más hubo tratos entre su madre y tío Pedro o siguieron siendo amantes bajo el mismo techo? ¿Estaba al corriente tía Eloína? ¿Acaso lo sabían todos menos él?

Por momentos cerraba los ojos y se veía batiéndose en duelo con el tío Pedro

para defender el honor no sabía bien si suyo, si del que hasta ese día había creído su padre, de su madre, de su tío o de sus primos. Pero se daba cuenta de que era un disparate. No podía comprender cómo su vida, hasta una hora antes monótonamente feliz y despreocupada, se había convertido en una novela. Una novela, sí. Semejante al *Tom Jones* de Fielding y otras así. Tenía que mantener la serenidad y la cordura. No quería que la situación derivara en

tragedia griega, incluidos parricidio y culpa eterna. Pero tampoco podía permitir que todo siguiera como si nada de ahora en adelante. No consentiría vivir bajo ese techo y fingir que ignoraba lo que sabía. ¡Y sin embargo, si lo revelaba a todo el mundo, causaría tanto dolor! Cuanto más lo pensaba, más claro lo veía. Daba gracias al cielo por haberle permitido prepararse, ser un hombre centrado capaz de encarar, con calma, la primera gran dificultad de su vida. Era

preciso irse. Lamentaba no poder quedarse en Oviedo, ni estudiar en su universidad. Pero qué le iba a hacer, las cosas habían cambiado y huir era ahora la forma de seguir adelante. Volvió a casa y fingió que nada había pasado. Su madre, que temía lo peor, se calmó al verlo. Debió pensar que, o bien no había entendido su revelación o, muy sensatamente, había optado por callarse. Finalmente, cuando llegó la noche, mientras todos dormían, salió de aquella

casa para no regresar.

Llevaba algo de ropa y todo el dinero que había heredado de su supuesto padre. Dadas las circunstancias, le avergonzaba necesitar el caudal de aquel pobre hombre, pero habría sido peor —le parecía— pedir ayuda a su verdadero progenitor. De modo que así se fue. Su meta era Madrid, pero por el camino paró en muchas ciudades y trabajó en cuanto pudo. Al llegar a la capital hizo amistad con un plumilla del

Independiente y, gracias a él, empezó a trabajar en el diario. Desde el primer día, y como sentía inclinación por el Derecho, se le encargó dar cuenta de los delitos y faltas juzgados en los tribunales y, más o menos, seguía especializado en esos temas ahora que trabajaba en Cádiz. Había llegado, como tantos, con la idea de ahorrar para embarcarse, pero de momento se sentía a gusto y no tenía prisa por marcharse.

Elvira coincidió con Eliseo en considerar su

historia «de novela» y le pidió permiso para usar algún detalle para un relato que tenía entre manos.

—Por supuesto, mientras yo pueda publicar un reporte sobre la modista de un famoso cabaré, literata en su tiempo libre.

—Creí que usted solo se ocupaba de delitos, y la literatura, tal vez sea una locura, pero no un crimen, ¿o sí?

Con frases como esas y otras similares estuvieron coqueteando toda la noche. Se atraían intensamente. Era

una sensación física y también mental, un chisporroteo, una inquietud nerviosa, algo que les hacía desear que no llegara el momento de tener que despedirse. Afrontaron el mal trago citándose para otro día, y después de aquel para otro y otro más y un cuarto. Ella siempre estaba deseando seguir escuchándolo, mirándolo hablar, mover los labios. Él quería que lo interrumpiera. Disfrutaba cada uno de los instantes en que ella iba desvelando quién era, cómo

y por qué había llegado a desempeñar aquel papel extraño. Elvira empezó a utilizar un diminutivo cariñoso, Seo, con el que él se sintió encantado. Poco a poco experimentaron unas irrefrenables ganas de bajar el tono de voz, hasta el susurro, y de acercarse. No pasó mucho hasta que fingieron rozarse por azar, luego se acariciaron. Primero las manos, poco después los labios, los hombros, la nuca, el cuello. Llegó la noche en que él descubrió que ella no tenía

el menor reparo en que tras este, le besara el escote, ni en que se detuviera largamente en sus senos. Aquella madrugada ella le sorprendió por la maestría con la que manejaba sus dos principales herramientas de trabajo, la lengua y los dedos, por no hablar del tercero y esencial, el cerebro, que guiaba tanto sus movimientos como las palabras sudorosas que, a cuentagotas, dejaba caer en sus oídos. Palabras dulces y ardientes, viscosas y certeras. Jamás antes —y

eso que era un hombre experimentado— había sentido aquella excitación sin freno. Si por él hubiera sido le habría dado rienda suelta, pero ella, postergando un poco el placer definitivo, lo hizo estremecer al dispensar antes a su miembro gozos insospechados. Era evidente que trabajar pensando en satisfacer los recónditos anhelos de la lujuria la había convertido en una maestra del sexo mejor que la mejor cortesana. Pero también detectaba en ella la

búsqueda de un goce egoísta, y ese lujo que no se dan las prostitutas era lo que más le excitaba. El placer por el placer, gratuito. Sin esperar dinero, por supuesto, pero tampoco el premio social del matrimonio. Pues Elvira no deseaba casarse y así se lo dijo pronto para que no se llamara a engaño. Hablaba en serio, aunque costara creerlo. Ella no era una mujer corriente y quien estuviera con ella tendría que asumirlo.

Eliseo lo había hecho. Hacía dos años de aquello y

nunca se había arrepentido. Elvira era la mujer que amaba, su compañera, su insólita pareja. Su sitio estaba donde ella estuviera. A su lado olvidaba los horrores de los que escribía o era capaz de pensar en ellos con serenidad, distancia, perspectiva. «Pobre muchacho —recordó en ese momento Eliseo, aún en el Morás—, qué angustia no sentiría anoche al anudarse la soga al cuello. Un hombre menos, solo otro suceso», se dijo, sin imaginar que no sería uno

más.

A la mañana siguiente, cuando camino del trabajo paró a desayunar en El Culebrín y empezó a ojear el diario, como solía hacer, se topó con que su reporte había sido reescrito, sustituido más bien.

NOVENO SUICIDIO EN CÁDIZ ESTE MES

Encuentran un nuevo
ahorcado

El suicidio se ha hecho costumbre en Cádiz. Ese acto de cobardía volvió a repetirse ayer, dos días después del hallazgo de un joven ahogado en el pozo de la casa del número treinta y cinco de la calle Claveles. Esta vez quien perpetró el infausto crimen contra sí mismo fue un vecino del número veintisiete de Celestino Mutis, de nombre Francisco Martín García, que huyó de las dificultades de la vida procediendo a ahorcarse. Su injustificable cobardía puede calificarse de

irresponsable teniendo en cuenta que deja una viuda, Margarita Rodríguez Pérez, embarazada de ocho meses, quien, junto a sus padres y hermanos, sufre hoy lo indecible por culpa del ingrato. Tanto los guardias municipales, como los de la Benemérita y los funcionarios del Poder Judicial cumplieron ayer con su trabajo restableciendo el orden en la casa del suceso y dando los pasos obligados para la instrucción del caso, que, según todos los indicios, está bastante claro.

Y es que parece que el tal Martín Gutiérrez prefirió recurrir al juego antes que perseverar en su digno trabajo en Astilleros Recaredo para afrontar sus obligaciones familiares, lo cual obviamente, lejos de ayudarle, incrementó sus deudas.

Eliseo llegó al periódico hecho una furia y nada más cruzar el umbral gritó:

—¿Quién ha cambiado mi texto?

—Calma, calma, joven

—le contestó el subdirector, don José Miguel Serrano, asomando la cara al pasillo desde el despacho—. Entre, lo estaba esperando.

Serrano, hombre melifluo de edad indefinida, desgarrado, no aguardó a que Eliseo pasara para sentarse al otro lado de la escribanía.

—Cierre la puerta y siéntese —ordenó—. Espero que se dé cuenta del perjuicio que nos ocasionó su extraña redacción de ayer, que yo mismo me vi obligado a modificar a las

tantas de la noche, teniendo incluso que posponer una cita con el primer teniente de alcalde —añadió.

—No sé a qué se refiere —contestó Eliseo, sinceramente desconcertado porque el texto lo hubiera corregido un cargo tan alto de la dirección del diario.

—Pues a que de la lectura de su reporte podía haberse entendido, estoy seguro de que en contra de su voluntad —aunque por la forma que tenía de decirlo parecía lo contrario—, que usted justificaba el

injustificable acto del suicidio.

—Ni lo justificaba ni lo condenaba, como se hace en la pieza que se ha publicado. Más bien me compadecía de las víctimas y sus familias.

—Muy loable por su parte y muy cristiano albergar un sentimiento de compasión por las familias. En cuanto a quienes usted considera víctimas... Tal vez ahí radique su error, en que los suicidas no son inocentes, muertos por la acción criminal de un tercero, sino por la suya

propia, con lo que resultan culpables de su propia muerte y del dolor que provocan.

—Existen al respecto, como es obvio, distintos puntos de vista... —comenzó a explicar Eliseo.

—Lo comprendo —atajó Serrano—, pero, como es igualmente palmario, no todos los pareceres tienen el mismo peso.

Claro como el agua el mensaje: que su opinión no coincidía con la línea del diario y en adelante podía reservársela si no quería que

su pieza fuera reescrita, o incluso llegaran a echarlo.

—Yo también lo he entendido, señor Serrano. ¿Quería usted algo más?

—Nada. Puede marcharse, Aramburu. Bueno, tal vez que en el futuro tenga usted reacciones menos airadas ante las correcciones. En los diarios son normales.

—Bien. Con su permiso.

—Ah, y reflexione si los reportes de suceso son el mejor lugar para veleidades socialistas. Es extensa la

nómina de industriales que figura entre nuestros anunciantes y exigua, por no decir nula, la lista de obreros. Pero, además, no creo que ni siquiera ese tal Pablo Iglesias agradeciera las acciones suicidas. Los partidos, Aramburu, necesitan gente viva.

Despreciable. Cínico. Eliseo le mantuvo la mirada un segundo y salió del despacho. Había que tragar mucha quina para trabajar en la prensa —empezaba a darse cuenta—, pero él quería conservar el trabajo.

Le gustaba, cada vez más, y, por otra parte, se sentía cada vez más integrado en aquella redacción. Había injerencias, manipulaciones como aquella, censura incluso, pero por desgracia no eran exclusivas de esa cabecera. Defender la libertad de criterio, ser crítico, era mal recibido en todas partes. Quería creer que un día eso cambiaría, aunque, siendo realista, no lo veía cerca. Sentado ya en su escritorio, Eliseo intentó ahuyentar los malos pensamientos. Por suerte, ya era jueves, el

sábado librería y podría pasar todo el día con Elvira. Tenía que pedirle —se acordó de repente— que le ayudara a elegir uno o dos libros para el carbonerillo con el que había quedado el domingo.

Elvira vivía en la casa matriz de la familia y mientras no la vendiera ningún pariente podía reclamar su parte. La conservaba exacta a como la conoció de niña salvo en lo que atañía, justo, a la biblioteca, que, gracias a los nuevos libros que compraba,

compulsivamente, crecía y crecía, extendiendo sus ramas por diversas habitaciones del inmueble. Leer era, para ella, un vicio. Por eso Eliseo, aquel sábado, le pidió consejo sobre qué podría gustarle al chico. Había tantas opciones —contestó Elvira— que no era fácil decidirlo: tenían las *Veinte mil leguas de viaje submarino*, de Verne, ya que había disfrutado con *La vuelta al mundo*; o ese *Guillermo Tell* cuyas peripecias recordaba entre imágenes extrañas por

haberlo leído una semana que pasó con fiebre, en cama. Pero desde las aventuras de las clásicas *Odisea* e *Illiada*, al *Ivanhoe* de Scott, pasando por *Nuestra Señora de París*, de Víctor Hugo, o el éxito de Chateaubriand, *Atala*, cualquiera de esas obras podría engancharle.

—Incluso *Sab*, de la Avellaneda. Tal vez más adelante. Quizá —añadió Elvira dubitativa— para no cansarle deberías llevarle textos cortos, cuentos de Bécquer o de Ernesto

Hoffman. ¿Crees que podría asustarse? ¿Qué edad dices que tiene?

—Diez me parece —
contestó Eliseo.

—Bueno, ¿y por qué no le compras unas historias de quiosco, que tienen aventuras y son breves? A los niños les gustan. Se trata de eso, ¿no? De divertirlo. ¡Menuda vida debe de llevar como carbonero!

—Sí, una vida dura. Si lo vieras, está delgadísimo.

—¡Pobrecillo! —dijo
Elvira

—Sí —confirmó Eliseo

pensativo.

Aunque al momento a media voz añadió: «Tal vez, pronto le ocurra algo bueno». Lo dijo más para sí que para Elvira, que, si le oyó, debió de pensar que solo expresaba un deseo. Eliseo no quería contarle la sorpresa que reservaba al chiquillo, hasta saber a ciencia cierta que podría dársela. Pero confiaba en hacerlo, haría lo que estuviera en su mano para conseguirlo, porque sabía que aquello haría más ilusión al niño que los

mismos libros.

IV

LETRAS Y HOGUERAS

Germán había pasado toda la semana entusiasmado con la perspectiva del domingo y su cita con Eliseo. Su padre, consciente de las ganas que tenía de acudir al encuentro, llegado el día, lo animó a irse temprano e incluso le dio permiso para perderse la

misa, si la charla se extendía. Él mismo iba a la misa de montañeses, sin mucho convencimiento, solo porque toda la comunidad en la ciudad lo hacía. «Dale saludos al señor Eliseo de mi parte, si al final no puede pasarse o venís a la tienda cuando yo ya no esté», le encargó. Y Germán, sin tomarse el tiempo de asentir, salió corriendo a la plaza de Mina. No le gustaba consultar en la calle el reloj que le había regalado su madre porque le parecía muy valioso y temía

perderlo o que se lo robaran, pero esa mañana estaba tan nervioso que no podía dejar de mirar las agujas como si las animara así a dar las vueltas antes. En silencio, contaba cada avance del segundero y, de vez en cuando, levantaba los ojos para ver si Eliseo llegaba. Las campanas de las iglesias cercanas doblaron a mediodía y las palomas volaron despavoridas. Habían quedado a las doce. Estaba casi seguro. Pero como ya eran pasadas las y diez, empezaba a dudar de si

no sería a la una. También cabía la posibilidad de que algún imprevisto lo hubiera retenido o, peor, que se hubiera olvidado. No quería ni pensarlo. Había oído a su padre que uno debía cumplir con sus compromisos. Si no, más valía no adquirirlos. Lo decía a menudo hablando con el tío. Y ahora entendía por qué. Porque si uno no cumplía dejaba a otro preocupado, triste, esperando en una plaza, mirando continuamente un reloj, nerviosísimo. Las campanas repicaron de

nuevo a la una, y seguro ya de que Eliseo no vendría, Germán se guardó el reloj y arrastró los pies hasta la carbonería. Sentía pena y rabia por lo mucho que se había ilusionado con un encuentro que Eliseo había olvidado. Para él era importante. Incluso si le había surgido un compromiso inesperado, ¿no pudo avisarlo? Compungido, haciendo el mayor esfuerzo por no llorar y los ojos clavados en el empedrado, llegó Germán a la carbonería, así que solo al

entrar se dio cuenta de que Eliseo estaba allí.

—Ay, Germán, ¿ya vuelves? Perdóname, amigo. Es que cambié de idea y pasé a recogerte, pero te habías ido y me entretuve hablando con tu padre. Discúlpame, de verdad. Has estado esperando mucho tiempo. ¡Una hora! ¡Qué descuido! ¡Lo siento!

No había nada que lamentar, al contrario, Germán se sintió exultante. No podía creer estar viendo a Eliseo, que no hubiera olvidado que estaban

citados. No le pesaba ya haber tenido que esperar, ni los nervios.

—Te he traído un libro —siguió hablando Eliseo—, tal y como quedamos, y también una historieta.

—Y una noticia que te va a alegrar, hijo —completó Ramón, haciendo un gesto a Eliseo para que él mismo la anunciara.

—Germán, si quieres, desde la próxima semana podrás ir a un colegio, o algo parecido, recibir unas lecciones por lo menos.

La felicidad era eso. En

ese instante lo supo y muchos años después lo recordó con nostalgia. La felicidad completa era esa fabulosa noticia, ese anuncio de que no todo sería trabajar y habría también un tiempo para estar con otros niños y estudiar y aprender. Aún no conocía ningún detalle, ni qué colegio era ese que lo admitía, ni si habría que pagarlo y cómo lo pagarían, ni a qué hora del día o de la noche iría, pues pasaba tantas trabajando, ni con qué muchachos coincidiría, pero bastaba ese escueto anuncio

para flotar varios palmos sobre el suelo, levitando. Su padre y Eliseo sonrieron al ver su cara de entusiasmo. Parecía que habían acertado. Eliseo al hacer las gestiones y la sugerencia al padre, este al consentir, con las dificultades que ello entrañaba dada su precaria situación.

Tiempo atrás, miembros destacados de la comunidad montañesa en Cádiz habían recibido la propuesta de un docente joven nacido en Comillas, de nombre Adolfo Sagallo —y

que daba clases matinales en el celebrado San Felipe Neri —, de impartir enseñanzas, una o dos tardes en semana, a los chicucos que fueran llegando. Las lecciones — proponía Sagallo— podrían darse en las instalaciones de la Casa de la Montaña, bastaba con una pequeña sala y servirían para que los muchachos adquiriesen una educación mínima. La oferta fue sometida a votación de los socios de la institución y, por una mayoría ajustada, los industriales decidieron consentir con tal de que lo

que se enseñara a los muchachos fuera «formación católica, a leer y a hacer cuentas hasta mil, que más allá sería delirio de grandeza o incitación al delito», según se consignó por escrito.

Eliseo había leído hacía meses el reporte de las actividades de la Casa de la Montaña que publicó el diario, donde figuraba el nombre y la descripción de la tarea que desempeñaba Sagallo, y tras la visita de Germán, la imagen de aquel profesor volvió a su mente.

Así que pidió sus datos al compañero que había redactado el texto y solicitó un encuentro al maestro para exponerle el caso. Aceptar al muchacho sería algo irregular —le explicó Sagallo—, pues todos sus alumnos eran empleados de socios de la institución, que era quien pagaba sus servicios vía presupuestos. Pero Eliseo insistió en que al menos accediera a ver al niño, le dijo que leía muy bien, que era formal, con condiciones, talento y mucho interés por aprender.

Tal vez por esto último, al final, el profesor sugirió una solución. Podrían —apuntó— aducir que el niño era pariente suyo. «Sí, perfecto», contestó Eliseo. Bueno, pero incluso eso habría que consultarlo con la Junta de montañeses. Y, además, el padre debería pagar las clases, por más carbonero que fuera, aunque lo hiciera en especie. Eso lo tenía que consultar Eliseo.

Y qué mejor momento —pensó este— para hablar con el padre de Germán de eso y de las tardes que el

niño tendría que dejar de trabajar para ir a aquella especie de escuela que la mañana en que sabía que estaría solo, pues su hijo acudiría a su cita en la plaza de Mina. Al otro lado de la calle, escondido, Eliseo esperó a que Germán saliera para entrar él y explicarse. Ramón fue consciente desde el primer momento del gran favor que se les estaba haciendo y de la oportunidad que aquello suponía para el niño. Pero no podía dejar de ver ciertos inconvenientes. Lo que más le preocupaba

era tener problemas con los industriales si el engaño del parentesco con el maestro, por una razón o por otra, se acababa descubriendo. Pero además tampoco iba a resultar fácil hacer el pago en especie, pues necesitaba ganar dinero con cuanto carbón tuviese. Eliseo intentó tranquilizarlo a ese respecto. Si ese era el único problema, él pagaría al maestro. Pero eso Ramón no podía consentirlo «de ninguna manera». Así lo dijo. A él correspondía hacer el esfuerzo —añadió—. Se

quedó luego en silencio y entonces Eliseo le explicó que no tenía que decidirse justo en aquel momento. «Ya está decidido», sentenció Ramón. Su decisión fue consentir, quién sabe si pensando en el pequeño y su porvenir o en lo feliz que se sentiría Marcelina cuando conociese la buena nueva.

El caso fue que el martes siguiente, pasadas las cinco y media, Germán dejó de trabajar, se quitó la bata, tardó más rato que nunca en lavarse en la pila, se puso su

mejor ropa y aún insatisfecho con el resultado pero ya casi sin tiempo, cogió el cuaderno y el plumín que le había regalado Eliseo y salió rumbo al singular colegio. Iba radiante. Conocía la Casa de la Montaña solo por fuera y sintió un íntimo orgullo, una vez dentro, al pensar que aquel suntuoso edificio era la sede de su tierra, en Cádiz. Era un caserón precioso, el más bonito que había visto, con un enorme patio de columnas y el suelo de damero blanco y negro. A

las seis menos cinco una veintena de niños alborotaba corriendo hasta que de repente apareció el maestro y todos se pusieron en fila de dos. Germán se quedó solo al final, desconcertado, pero siguió a los muchachos, seguro de que nadie había advertido su presencia. Al entrar en la sala destinada a las clases cada uno ocupó su silla mientras él no acababa de decidirse. Don Adolfo Sagallo aprovechó que seguía de pie para presentarlo.

—Queridos alumnos...

Al oír estas palabras Germán hizo ademán de sentarse en cualquier parte.

—Permanezca de pie, señor Díaz Sánchez.

Germán se quedó de piedra porque el profesor le hablara y, más aún, porque lo hiciese con aquel tratamiento de señor que nunca le habían dado no ya a él, sino a su padre. Las manos —como solían en los trances difíciles— empezaron a sudarle y eso le puso aún más nervioso, pues, por más que se lavara, por culpa del carbón el sudor

hacía siempre que sus manos mancharan. Rezaba porque nadie se diera cuenta y se burlase.

—Queridos alumnos, tenemos la fortuna de contar entre nosotros con un nuevo compañero, otro miembro de la comunidad montañesa instalado en esta bella ciudad y con intención de formarse, como ustedes, a fin de convertirse, en el futuro, en un hombre de provecho del que no solo nuestra región, sino el país entero pueda enorgullecerse. Tan loable aspiración

merece por nuestra parte el mayor respeto, y también, como no podía ser menos, el más firme compromiso de colaboración con el señor Díaz Sánchez, al que ustedes, fuera de las paredes de esta sala y mientras no participen en un acto oficial como lo son estas clases, se pueden dirigir por su nombre de pila, que es el de Germán. Muy bien, señor Díaz Sánchez, pues sea bienvenido y tome asiento.

Germán, estupefacto tras la intervención del maestro, no estaba seguro de

haberla entendido por completo. Le parecía que se trataba de presentarlo a los compañeros, pero debía de haber algo más, pues eso podría haberlo dicho con muchas menos palabras. De repente temió no estar preparado para seguir las lecciones, pero el miedo no bastaba para desalentarlo. Si su madre lo viera, estaría orgullosa. Le escribiría enseguida para contárselo, esa noche mismo —se dijo—. Durante el verano solo le había mandado dos cartas que reescribió muchas veces

y le quedaron muy cortas, pero es que no le había pasado nada interesante, nada bueno hasta ahora. ¡Esto sí que la alegraría! No obstante, enseguida tuvo que abandonar sus divagaciones, pues el profesor Sagallo, don Adolfo, como se dirigían a él sus compañeros, se volvió hacia la pizarra y empezó a copiar frases. Aquello no era, desde luego, el *estregal* de Mirita. Era su primera clase. Y todos los compañeros le parecían mucho mayores que él. En realidad había uno, Albertito

Fernández Sama, que era meses más pequeño y los demás tenían entre diez y quince años. La mayoría doce o trece, pero eran todos morenos y la sombra de sus bigotes incipientes les hacía parecer hombres de reducidas dimensiones.

El breve receso que hubo hacia las siete fue el primer momento en que Germán estuvo a solas con los muchachos. En el patio, por fin, todos hablaban libremente y se llamaban por sus nombres, pero, igual que en la clase, parecían

repartirse el espacio según un orden: allá al fondo un grupo se dedicaba a correr, en el centro otro jugaba a las canicas y, finalmente, un tercero, a los pies de la escalera, parecía estar hablando precisamente de él.

—Eh, tú, ¿no te juntas?

—alzó la voz uno de los chicos.

—¿Para qué? — preguntó Germán.

—¿Para qué va a ser? Para no estar solo ahí mirando lo que hacemos los demás.

—¿Y vosotros qué

hacéis?

—Hablábamos de ti, pero lo podemos dejar.

Germán sintió miedo de lo que hubieran podido comentar. Le daba vergüenza que se metieran con él por no estar suficientemente limpio. El próximo día —pensó— se frotaría mucho más. Pero deseaba tanto hacer amigos que, pese a la timidez y el miedo, se acercó a los niños y les preguntó:

—¿Cómo os llamáis?

—Yo Juan Sánchez, aunque todos me llaman

Juanín, y este Manuel Gutiérrez, Leto. Somos de Cabezón de la Sal. Estos son Ildefonso, Ilde, que es de Castro, y Ángel, de Habanillas.

—Yo soy de Pechón, por donde Unquera — explicó Germán.

—Ya —le contestó Juan, que ejercía de cabecilla—. ¿Y de qué tienda vienes?

—De una carbonería.

—¿De cuál? —volvió a preguntar Juanín.

—De la de mi padre.

—Ah, ¿tu padre es el

dueño del local? Nosotros somos *chicucos*. Trabajamos —puntualizó el muchacho, con un deje de orgullo.

—Yo también trabajo —replicó Germán sorprendido.

—Pero no será igual, si la carbonería es de tu padre —le contestó Leto.

—Pues cargo y descargo, vendo el carbón, hago los repartos, todo —se defendió.

—Ya. La mayoría de los de enfrente son hijos de encargados. A lo mejor te quieres ir con ellos —le dijo

Ilde.

—No —contestó
Germán decidido.

—¿Por qué? —
preguntó Juanín.

—Porque no —atajó la
cuestión—. ¿Vosotros no
jugáis?

Ángel, que era menudo
y parecía el más tímido, fue
quien ahora contestó:

—Aquí no. Venimos a
aprender y a aprovechar el
tiempo. Si jugando armamos
algún jaleo, al final se
enteran en la tienda y se
acabó el colegio. Como le
pasó a Marcialín.

—Pero fuera, en la calle, sí —añadió Ilde—. Quedamos los cuatro con Marcialín y un primo mío que no viene a la escuela.

—Yo tengo otro que es más o menos mi primo, Braulio, que es de mi pueblo y tampoco puede venir. A lo mejor un día os vemos —dijo Germán sin atreverse a preguntarles «¿Dónde quedáis? ¿Podemos ir con vosotros?».

—Siempre estamos en la fuente del mercado, los domingos —resolvió Juan sus dudas.

—Por la tarde —
completó Leto.

—Ah —se limitó a
contestar Germán, con un
deje de indiferencia que no
correspondía en absoluto
con la realidad.

De hecho, nada más
acabar la segunda parte de la
clase, que don Adolfo
dedicó a la suma o «adición»
como él la llamó, fue a
buscar a Braulio y contarle
todo lo que le había pasado
en su primer día de colegio.
Le refirió tales maravillas
que al marcharse Germán, su
primo reunió valor suficiente

para pedir a su jefe que intentase apuntarlo. «Sabes tú más de lo que conviene», fue lo que le respondió el patrón.

De vuelta ya en la carbonería, Germán se puso enseguida a escribir a Marcelina, ante la intrigada mirada de Ramón.

—Germán, ¿qué haces?

—Le escribo a madre todo lo de la escuela — contestó casi sin prestarle atención.

Y Ramón sonrió.

Querida madre:

Disculpe que no le haya escrito en mucho tiempo, pero padre y yo hemos estado trabajando y no tenía más que contarle que eso. Pero hoy sí tengo una gran noticia. ¿Recuerda el hombre aquel que me prestó un libro en el viaje? Es un periodista, de los que hacen los diarios que leíamos usted y yo en la cocina. Se llama Eliseo y ha conseguido que pueda ir al colegio de la Casa de la Montaña. Allí van muchos niños y hoy, que ha sido mi primer día, ya me he hecho

cuatro amigos: Juanín, Leto, Ilde y Ángel. Dicen que quedan los domingos a jugar con otros que no vienen al colegio. Como Braulio. Y él y yo nos juntaremos a partir del próximo.

El señor Eliseo también me ha regalado el plumín y el cuaderno, en los que ahora le escribo, además del libro que me había prestado y una historieta de caballeros. Y dice que me prestará más libros que le dan en el diario.

Estoy muy contento por

todo esto, pero por supuesto no dejaré de ayudar a padre para que ahorremos, compremos la carbonería, volvamos cuanto antes al pueblo y la ayudemos a arreglar la casa, la cuadra, la huerta y lo que usted diga.

La quiero mucho, madre.

Un beso muy fuerte.

Germán

¿En qué punto empezó Marcelina a ver borroso, a tener que descifrar los párrafos tras el velo de las

lágrimas? Al fin notaba a su hijo contento de verdad. ¡Casi podía verlo escribir, nervioso, con prisa por volcar sobre el papel todo lo que tenía que contar! ¡Cómo le gustaría conocer a aquel señor Eliseo, que había conseguido que fuera al colegio, que le regalaba libros, que se había dado cuenta de que era un niño especial, tan bueno! Seguro que Ramón no le daba suficientemente las gracias. ¡Y ella, allí tan lejos, sin poder transmitirle su agradecimiento!

Menos aún a Elvira, a la que Germán ni mencionaba, pues no la conocía, ni sabía que existía. Eliseo nunca hablaba de ella con nadie porque Elvira sostenía que de conocerse su vínculo, Eliseo tendría que afrontar consecuencias, incluso laborales.

—Creo que exageras — advirtió Eliseo una madrugada en que ella le soltó la mano al ver acercarse al sereno.

—Bien sé yo que no. Conozco el paño hace tiempo —respondió ella.

Aquella noche y otras muchas se quejó Elvira con fiereza de la hipocresía reinante, esa que juzgaba normal —hasta saludable— tener relaciones esporádicas con prostitutas y, en cambio, imperdonable vivir con una mujer como ella, libre, que no deseaba casarse. Por no hablar de que esa mujer trabajara en un cabaré fuera en el puesto que fuera. Algunas veces se sentía —llegó a decir— como un perro al que el collar se le ceñía al cuello más y más. La angustia por esa presión

social empezó a agriarle el carácter. No obstante, con respecto a Germán, aunque Eliseo nunca los presentara, Elvira se siguió comportando como una benefactora anónima. Ella fue quien, entre otros libros, eligió para él *Los tres mosqueteros*, sin duda su preferido aquel invierno. Esa novela le gustó tanto que al llegar el siguiente febrero, en sus primeros carnavales, se empeñó en disfrazarse de D'Artagnan. Y ahí de nuevo la mano invisible de Elvira acudió en su ayuda, esta vez

para coserle el flamante disfraz: un conjunto de bombachos, chalequillo y capa hecho con sobrantes del vestuario del Morás y como guinda, el sombrero de algún ancestro que ella encontró en un arcón y un sable de cartón, este sí, obra de Eliseo. Pese al cariño con el que lo prepararon, el disfraz fue un fiasco, porque los amigos de Germán — que iban disfrazados el uno de aguador, el otro de betunero— creyeron que había querido darse pisto, disfrazándose de príncipe y

se mofaron. Tal vez por eso, en adelante, a Germán los carnavales nunca le gustaron. O quizá porque había demasiado ruido o por aquello de que la gente ocultaba sus caras, como algunas semanas después lo harían los nazarenos, en Semana Santa.

Sin embargo, en las cartas que Germán mandaba a su madre nunca se quejaba de nada, siempre resaltaba lo positivo. Del carnaval, por ejemplo, destacó los adornos de las calles, la animación musical y lo raros y

divertidos que eran ciertos disfraces, como los de japonesas de las criadas de don Joaquín Poza, unas batas largas de mil colores que llamaban kimonos —y que en verdad estaban hechas de paños de cocina y sábanas viejas—, o los de presidiarios, hasta con cadena atada al pie y rematada en bola, de los pasantes de don Pedro Alvieres, el prestigioso abogado que ellos tenían por cliente.

Tampoco le contaba las trastadas que algunas veces

hacían él, Braulio y aquellos compañeros del colegio de los que enseguida se hicieron íntimos. La primera que le valió una buena reprimenda sucedió semanas después de que se le ocurriera aplicar, por primera vez, aquello que había visto decenas de veces hacer a otros chiquillos: usar el picón para pintarrapear aquí y allá. Durante varios domingos, sin que su padre advirtiera la falta de material, pues Germán cogía solo puñados chicos, él se convirtió en la admiración

del grupo porque fue para ellos «el gran inventor» de aquella distracción y el suministrador del carbón con el que se entretuvieron en pintar muros y pavimentos. Al principio se contentaron con trazar rayones, cruces, círculos, la meta a la que llegaban en sus carreras de aros, pero luego, poco a poco, se fueron envalentonando y acabaron haciendo dibujos como una botella boca abajo en la puerta de un trapero borracho, unos ojos torcidos en casa de un zapatero bizco

o incluso, en la entrada de la pescadería de Micaela Sancho, una inequívoca cara de una mujer, con sus zarcillos y pelo largo, pero con un buen mostacho.

Los retratados no recibieron de buen grado el homenaje que los jóvenes artistas les habían brindado y, siendo el centro de Cádiz, por así decirlo, abarcable, no tardaron en descubrir quiénes habían sido los traviesos maestros del carboncillo. Dado que Germán era, precisamente, hijo de carbonero, no hubo

que atar muchos cabos para descubrir quién proveía al grupo de vándalos, y media docena de ofendidos vecinos se presentó en la carbonería gritando a Ramón todo tipo de improperios. Cuando el hombre, al fin, logró enterarse de lo ocurrido, prometió a todos un resarcimiento. Y aunque lo que él tenía en mente era darle una buena tunda al hijo, para que aprendiese, los agraviados también exigieron alguna partida de carbón o aceite.

Peor aún que aquello

fue cuando los sorprendieron haciendo juegos de cartas en la calle y aceptando apuestas de unos chiquillos de su edad pero de mejor clase que estaban perdiendo, a marchas forzadas, las meriendas y juguetes que llevaban encima sin imaginar siquiera, ingenuos, la destreza que haciendo trucos tenían los rapaces.

No es que fueran diabluras graves, solo resabios de niños de la calle, pero tanto los dueños de los locales en que trabajaban los chavales, como el propio

Ramón, les daban severos escarmientos.

Y nada de eso, por supuesto, contaba Germán a su madre. Ni una palabra de las bofetadas que le valían sus pillerías, ni media del cansancio por el trabajo o incluso del hambre. De un modo inconsciente su cerebro orillaba aquello en lo que no quería recrearse y hacía, sin embargo, que su mano se demorase en describir con toda clase de detalles, por ejemplo, los patinetes con manillar que se estaban construyendo él y

sus amigos a partir de dos viejas cajas de fruta que habían conseguido. Germán hablaba de aquellos patines como si los viera, como si prácticamente estuvieran hechos y, con ellos, más que correr, pudieran volar, cuando lo cierto era que aún carecían de ruedas y para encontrar las ocho que necesitaban iban a tardar una eternidad.

Pero gracias al tono alegre que siempre usaba en sus cartas, a las anécdotas que seleccionaba, Germán consiguió que su madre,

pese a todas sus reservas, acabara por imaginarle una vida menos dura de lo que realmente era. Una idea que reforzó el hecho de que Ramón le mandase algunas remesas de dinero. Poco podía imaginar Marcelina que se las enviaba porque estaba empeñado en demostrarle que su apuesta por emigrar era un acierto y para lograrlo estaba dispuesto hasta a privarse del alimento y no porque realmente tuviera recursos de sobra, pues por más que él y el niño habían trabajado

aquel primer año, no habían ganado más que para pagar préstamos.

Algunas veces, cuando Ramón oía protestar las tripas de su hijo, se sentía tan responsable que movía Roma con Santiago, hablaba con Casimiro o cualquier conocido y les pedía dinero prestado, adquiriendo así un nuevo acreedor que sumar a los Gutiérrez, Colindres y, sobre todo, Pablo Piña, que, aprovechándose de la dependencia adquirida, no dejaba de subirle el precio del carbón. Otros días, por

suerte, alguien, el señor Eliseo, una clienta o criada se apiadaba de ellos y convidaba al niño a un helado, croquetas o un emparedado. Entonces Ramón se alegraba infinito aunque le avergonzara verse en la coyuntura de tener que aceptar caridad.

Su situación económica era tan apurada que no dejaba un segundo de hacer cábalas. Al mismo tiempo que trabajaba, echaba mentalmente infinitas cuentas. Las que debían sacarles de la miseria. A

finales del verano, en un raptó de arrojo, resolvió hablar de nuevo con los Gutiérrez y proponerles algo, en principio, descabellado. Si aumentaban su préstamo —temblaba al plantearlo, pues sabía mejor que nadie lo que le estaba costando pagarlo—, podría comprar un burro y una carreta y hacer directamente los tratos con los productores de carbón, allá en el campo, evitando los intermediarios. Los Gutiérrez lo miraron asombrados. Valoraban la

iniciativa en sus hermanos cántabros, reconocían en ellos, incluso en los que ocupaban los más bajos estratos, como era el caso, parte del impulso de empresarios que a ellos los había conducido al triunfo. Pero aquello era arriesgado. ¿Por qué no perseveraba Ramón en seguir comprando a través de los remitentes? Porque era imposible hacerlo sin sucumbir al hambre. Por eso. Pero prefirió no ser tan claro por miedo a parecer descarado. Solo repitió, con la mayor

humildad que pudo, que si accedían a prestarle más dinero se lo devolvería con creces y en el plazo que marcasen y lo hizo con tal convicción que, al final, los Gutiérrez aceptaron.

Cuando Germán vio aparecer a su padre con el asno y el carro, supo que las cosas se habían complicado. Para empezar, porque al animal habría que alimentarlo y la comida era, con su madre, lo que él más echaba de menos de su vida en el pueblo. Pero, además, es que pensó que la misión

principal del borrico sería ayudarles a vender el género por las calles, o sea, que se vio desde aquel momento vendiendo de puerta en puerta, pregonando la mercancía, como otros carboneros de la competencia, sobre todo las piconeras. En efecto, así sería. Pero lo que no imaginaba Germán es que aquel burrillo enclenque los sacaría de Cádiz, los llevaría por carriles y fincas lejanos en la provincia, incluso, cuestas arriba, por la serranía. Eso se lo explicó su

padre, pero él no debió hacerse idea de hasta qué punto serían duros los viajes, cómo se cansarían, cuánto tiritarían en invierno o sudarían en verano porque —para asombro de Ramón— lo que más le preocupó fue que iba a perderse las explicaciones de su profesor.

Subido al pescante del carromato, hombro a hombro con su padre, Germán recorrió toda la comarca. Muchas veces llegaron a Alcalá de los Gazules, donde cerraron buenos tratos, pero el primer

enclave en que vio con sus propios ojos de dónde salía el carbón que ellos vendían en Cádiz fue en una zona imprecisa entre El Marquesado y El Berrueco, a medio camino de Chiclana y Medina Sidonia. Allí llegaron los dos un atardecer siguiendo las indicaciones de su tío Casimiro, quien había conseguido información sobre unas fincas olivareras que al parecer eran las primeras de donde salía carbón. Los productores eran, como en todas partes, jornaleros que

proponían a los dueños de las tierras dedicar los meses de octubre a mayo, en los que había menos tarea agrícola, a desbrozarles el terreno de labor y las dehesas ganaderas a cambio solo de carbonear. El dinero que sacaban con esa actividad completaba el mísero jornal como también lo hacían la caza furtiva y la recolecta y venta de caracoles, espárragos, cardillos, higos chumbos, tagarninas y demás frutos ordinarios del campo despreciados por los

terratenientes.

Casimiro les había hecho un croquis de donde se suponía que estaba la zona de las carboneras y andaban precisamente comparando el papel con lo que veían cuando a lo lejos distinguieron las columnas de humo.

Ramón rectificó el rumbo y dirigió el carro hacia el paraje donde los boliches se fueron haciendo más y más grandes. Al aproximarse divisaron junto a los montículos unas sombras nerviosas. «Los

carboneros de verdad», pensó Germán, los que sabían hacer esa brujería de quemar la madera sin que simplemente ardiese, sino de modo que se convirtiera en aquella codiciada piedra sin la cual ni se podía alumbrar, ni calentar, ni lavar, ni planchar..., ni siquiera viajar si uno, en lugar de hacerlo arrastrado por un animal, lo hacía en un medio a vapor. «Los carboneros de verdad», se repitió.

—¿Os habéis perdido, hermanos? —preguntó acercándoseles un

carbonero. Germán se fijó en que tenía un brazo deformado.

—No —contestó Ramón—, os andábamos buscando.

—¿A nosotros? —preguntó el hombre—. ¿Por qué? ¿Ha pasao algo? ¿Traes noticias del pueblo?

—No, venimos de Cádiz, para hacer tratos.

—¿Eres un nuevo remitente? —le preguntó el hombre con cierta desconfianza.

—No, somos carboneros, quiero decir que

vendemos carbón en la ciudad —puntualizó Ramón — y buscamos a quién comprárselo.

—¿Sin intermediarios?

—Puede convenirnos a todos.

—Buena cosa en ese caso. Bajad y nos presentamos.

Manuel Marchena tendió a Ramón aquella mano que evidentemente en algún momento del pasado se había quemado. Germán se la quedó mirando, pero luego, enseguida, prestó atención al resto del cuadro.

Habría a su alrededor de veinte a treinta carboneros, todos varones, hombres y niños, algunos pequeños o muy bajos. Cualquiera habría dicho que eran hermanos porque el hollín y la suciedad ocultaban sus rasgos. Parecían enmascarados. Apenas un segundo pararon a mirar quién había llegado aquellos hombres, conocidos como *armaeros* por su trabajo de armar carboneras. Enseguida siguieron trajinando. Algunos cortaban leña con hachas, sierras o espiochas.

Otros limpiaban el suelo y lo hacían llano, el resto se encargaba de los distintos boliches, según las fases en que estuvieran. Los había ya listos, redondos y humeantes, otros solo necesitaban para ser prendidos que acabaran de cubrirlos —primero con taramas de lentisco, luego con arcilla—, finalmente algunos solo tenían la base con las maderas dispuestas en círculo, los troncos más gruesos al centro (salvo en el corazón, donde estaba la encendija de briznas) y los

más menudos en los extremos. Uno de los carboneros tan seco como el resto, quizá más alto y por eso con apariencia más delgada, reparó en el modo absorto en que Germán se fijaba en los hornos y le dijo:

—¿Qué, niño, quieres ver uno encenderse?

Ramón animó al chico:

—Iremos los dos a verlo. —Y miró, como pidiendo permiso, a aquel Manuel que les había hablado primero y parecía el cabecilla del resto.

—Sí, claro, id con Paco, que aquí os espero — contestó aquel.

El armaero demacrado que los guiaba sorteó varias carboneras ya prendidas y se detuvo ante una cubierta de barro a la que, no obstante, siguió echando tierra un rato «para recubrir bien las patañas de chasca», explicó. Hablaba el hombre mientras aplanaba las paletadas con la propia pala, pero también pisándolas. En un momento dado, se alejó y de una fogata sacó una rama. Con aquella lumbre encendida

trepó por la carbonera, despacio, cuidando que no se desbaratara, y cuando llegó arriba metió el madero por el único orificio que había. Entonces se quedó allí, en lo alto, de pie, quieto, callado. Parecía aguardar algo. Escuchaba, atento, sonidos que ni Ramón ni Germán captaban. El crepitar de la encendija al prender, el silbido del fuego trepando a la corona del horno, el rumor de arena fina de la *caía* o desprendimiento de los troncos. Finalmente declaró:

—Ea, ahora tiempo y *observancia*. —Y bajó.

Manuel, que los había estado mirando de lejos, les gritó:

—¿Ya? ¿Prendió? Pues vamos al chozo.

A pocos metros de donde ardían los boliches, unas construcciones también de ramas y hasta más bajas servían de cobijo a los carboneros, que mientras duraba la producción del carbón no volvían a sus casas. En una de aquellas barracas entró Manuel y ofreció asiento, en unos

bancos mínimos, a Ramón y su hijo.

«Tú dirás, compañero», invitó a hablar a Ramón, y este expuso sin rodeos la cantidad de carbón que quería comprar. Manuel confirmó que podían surtirlo desde ya. La información que tenía Casimiro era buena y hacía dos días habían abierto las primeras carboneras. Entre el carbón que habían sacado y el que descubrirían al día siguiente podría cargar el carro. Y como habían visto, había carboneras nuevas, así que

las próximas semanas saldría más carbón. Ramón se refirió entonces al precio que estaba dispuesto a pagar por el cargamento y el otro repuso que por esa cantidad no merecía la pena enemistarse con su remitente de siempre. Ramón dijo comprenderlo, pero, no obstante, le explicó que también él corría riesgos al romper tratos con su proveedor. Además él y su hijo asumían todo el trabajo que hacían los intermediarios: el porte, la carga y descarga, el

almacenamiento, mientras que en el campo el trabajo sería el acostumbrado. Uno y otro sostuvieron sus argumentos hasta que, pasado un rato y con Germán por testigo, llegaron a un acuerdo que sellaron con un nuevo apretón de manos. Manuel sorprendió de nuevo al niño mirando su brazo.

—Imaginas lo que pasó, ¿no? Las carboneras son traicioneras, chico. Si tuviéramos mil ojos, no serían demasiados para lidiar con ellas. Yo al menos he

conservado el brazo y puedo seguir plantándoles batalla, otros con menos suerte no lo han contado.

—Perdónale el descarado —terció Ramón, en descargo del niño.

—No te preocupes, hombre, que no me ha molestado. Es bueno que sepa que lo que vende es un producto que cuesta mucho, en sudor, en trabajo, y hasta en sangre algunas veces, aunque la gente lo compre muy barato.

Los dos hombres se miraron, adivinando algunas

de las penurias por las que respectivamente habían pasado, hasta que Manuel propuso volver al raso. Fuera, la actividad, entretanto, había cambiado. Ahora los carboneros se habían sentado alrededor de las candelas y cenaban su cena de siempre: pan con aceite.

—¿Se os ofrece? — preguntó Manuel.

—Traemos comida en el carro, pero gracias por preguntarlo —contestó Ramón.

—Pues id a buscarla y

tomadla con nosotros, si os parece.

Así lo hicieron. Los carboneros repasaron diversas anécdotas. Entre otras refirieron a Germán la historia aquella según la cual el descubridor del carbón fue un porquero que se quedó dormido junto al fuego hasta que uno de sus cerdos se puso a hozar y al hacerlo aterró la candela. Aterido de frío, despertó el porquero y al tratar de desenterrar el fuego descubrió la leña convertida en carbón. Esas y otras

historias relataron sin dejar de mirar, de tanto en tanto, los boliches, pues cualquier soplo de viento podía apagar el fuego que los cocía por dentro o avivarlo tanto como para hacer que la leña ardiera rápido y se deshiciera en ceniza en vez de cocerse. Cada dos por tres algún hornero se levantaba y tapaba un agujero con tierra o abría un nuevo respiradero con el cabo de su zoleta no de cualquier manera, sino tras mucho pensarlo, como si realmente averiguara el

punto exacto en que la carbonera necesitaba oxígeno o tenía demasiado.

Germán comió la batata cocida que le dio su padre rápido, casi sin masticarla y azarado porque sentía sobre ella la mirada ávida de los otros niños. Más le habría valido dársela a alguno que comerla con tan mala conciencia, pero le daba apuro que su gesto fuera interpretado como un menosprecio. Además aquellos chiquillos le parecían raros. Estaban demasiado quietos y

callados. Seguramente agotados. Germán esperaba que al acabar la cena se pusieran a jugar para unirse a ellos, pero con el último bocado todos, niños y adultos, se acostaron, salvo el centinela a quien esa noche tocaba vigilar las carboneras.

Él y su padre fueron al carromato y allí sobre la manta que traían se tumbaron. Ramón se durmió rápido. Germán, en cambio, desvelado, se entretuvo mirando el cielo, las estrellas. De cuando en

cuando, el viento arrastraba humo de las carboneras. Germán se incorporó para verlas. Y así pasó la noche, sentado, mirando hacia ellas, atento a aquel sonido que, al fin, ya casi en la alborada, alcanzó a oír, entre el silbido del aire y el canto de los grillos, aquel rumor extraño, casi marino, un sonido primitivo y subterráneo, el del fuego encerrado, rebelde pero sometido.

Días y noches incontables pasaría Germán, desde aquella madrugada en

vela, junto a boliches prendidos. Aprendería muchas cosas en aquellos parajes singulares. Algunas porque allá donde fuera acarreaba las tareas especiales que el profesor Sagallo le ponía para sus periodos de ausencia. Pero otras, como, por ejemplo, que la mejor leña para carbonear era la de caña, conseguida al talar alcornoques, quejigos, acebuches, coscojas, madroños y brezos, las oiría de boca de aquellos carboneros a los que

conocería por decenas si no llegaban al ciento. Hombres muy distintos entre sí, más habladores, más tímidos, más alegres, más tristes pero todos en los huesos, manchados, arrugados antes de tiempo, desdentados y hartos de trabajar en aquella faena arriesgada y ruinosa. Bien lo sabía Germán, pues era su padre, que casi no tenía nada, quien les pagaba.

Resultaba inevitable comparar la vida de los carboneros del campo con las de quienes, de vuelta en Cádiz, le abrían las puertas

de sus casas esperando sus encargos. Mil veces mejor era ser médico como don Matías Infante, abogado como don Pedro Alvieres, o ingeniero como don Roberto Payares. Incluso reportero como Eliseo. ¡Ya se lo decía su madre, que había mejores destinos que ser carbonero! ¡Y tantos que había! Él, cuando fuera mayor, o bien seguiría estudiando para convertirse en alguien como sus clientes; o se embarcaría; o recorrería España, llegaría al límite y cruzaría a la otra parte, allí

donde los mosqueteros vivían. No sabía. Ya vería. Pero intentaría dejar de ser carbonero por todos los medios. Y al pueblo tampoco volvería, más que de visita, para ver a su madre, pero no para trabajar en una vaquería. Ahora que vivía en una ciudad, en una grande, con puerto, sabía que las ciudades eran el lugar de las oportunidades.

Aunque estas se les estuvieran resistiendo tanto a él y su padre. Y es que, pese a trabajar a destajo aquella temporada, la primera que se

echaron a los campos, como peregrinos errantes, a final de año seguían viviendo en las mismas condiciones miserables. Lo único que habían logrado era que, sobre el papel del cuaderno de cuentas que Ramón repasaba con más devoción que un creyente su breviario, la meta de pagar a Colindres, en el futuro 1886, una señal para adquirir la carbonería pasara de completamente imposible a difícil pero factible. Y a esa mínima esperanza se aferraron él y su hijo para

seguir luchando.

V

HORA DE ZARPAR

Aquel año de 1884 la vida de Germán y su padre continuaría marcada por el trabajo, y por la obsesión de lograr comprar la carbonería. La novedad de la temporada fue que a Ramón se le ocurrió arreglar los hornos del patio y desde el

momento en que consiguió repararlos ampliaron los viajes con visitas a las zonas bodegueras para hacerse con las cepas y sarmientos desechados tras las podas y, con los conocimientos adquiridos, carbonearlos ellos mismos. Aunque era más trabajo, a Germán le gustaba cocer esas ramas que, mientras estaban vivas y aún cuando se quemaban, exhalaban un olor suave muy distinto al del carbón.

A su padre aquella iniciativa de hacer ellos el picón, unida a la compra

directa a los productores de la sierra, le permitió concederse el gran lujo de sacar a Pablo Piña de sus vidas. Como el remitente siempre le había cobrado por adelantado, Ramón no tenía con él cuentas pendientes y no pensaba ir a su almacén a presumir de haber conseguido ser independiente, se contentaba con dejar de verlo. Pero quiso el destino que una tarde en que él y Germán llegaban del campo, con el carro repleto de género, se toparan de frente con Piña,

que salía, achispado, de una taberna.

—¡Cuánto tiempo sin verte, cateto! —le gritó envalentonado por el alcohol. Ramón odió tener que aguantar aquello ante su hijo—. ¿Con qué malnacido te has ido? —siguió el borracho—. ¿Con Ceferino el de la Corchuela? Estupendo. Porque te va a fallar en cualquier momento y cuando vuelvas, la humillación de la otra vez será pequeña.

—Quita de en medio —se limitó a decirle Ramón,

haciendo un esfuerzo por no levantar su tono de voz.

—Ya me quito, gañán, no vayas a perder un minuto de tu tiempo.

—Pues venga — insistió Ramón, dirigiendo las riendas del burro para avanzar

—¡Hasta más ver, cateto! — insistió Piña cuando ellos ya habían pasado. Y entonces Ramón, casi sin pensarlo, en un acto reflejo paró, se volvió y le dijo:

—Cuando quieras te esperamos en la tienda, Piña,

ahora que compramos al productor directo y que hacemos nuestro picón, nos sobra género; si ves que necesitas alguna partida, ven, que sin rencor te vendo. Pagado por adelantado, por supuesto.

Pablo Piña quedó desconcertado, pues nunca esperó que Ramón reaccionara ante sus improperios. Y para cuando salió de su asombro y lo maldijo, él y el chico estaban ya demasiado lejos para oírlo. Germán, orgulloso de su padre, que

tan bien se había defendido —le parecía— del mal encarado tipo, y Ramón, satisfecho de haber luchado y conseguido, no tener que tratar más con él.

Pero pronto un hecho gravísimo arrasó cualquier satisfacción que pudieran sentir Germán y Ramón. Fue realmente el primer gran golpe en la vida de los dos. Pero en el caso de Germán, por su edad, lo marcaría mucho más. Aquella tarde se preparaba ya para ir a clase, mientras su padre en la tienda despachaba a alguien.

De pronto oyó que entraban anunciando un telegrama, pero no prestó atención porque las dos o tres veces que eso había ocurrido antes fue por temas de ganado o tierras, nada importante. Sin embargo, cuando salió, vio a su padre llorando, como nunca lo había visto ni lo volvería a ver. Se habían quedado solos y el hombre se acercó a él, lo agarró del hombro y le dijo:

—Germán, ha muerto madre.

Nadie está nunca preparado para oír esa frase

y un niño menos que nadie. Se dice que no existe peor tragedia que la muerte de un hijo, pero la muerte de un padre o una madre es para un niño terrorífica porque al dolor de la pérdida, de no poder reencontrarse ya nunca, se une el miedo por la propia vida, la incertidumbre sobre el futuro, el desamparo, el sentimiento de orfandad, de quedar solo demasiado pronto, demasiado vulnerable. Eso y el desgarramiento de comprender por primera vez el sentido de «lo

definitivo», la impotencia de no poder dar marcha atrás al tiempo por más que se quiera, de no poder cambiar nada. Por eso frente a esas noticias lo natural es revolverse, resistirse, rebelarse, luchar.

No era posible —pensó Germán—. La gente se moría, claro —él nunca había olvidado la muerte de Estela, aquel rayo—, pero no su madre. Tenía una carta suya de hacía poco donde decía estar bien. Él era pequeño aún, la necesitaba, la necesitaría mucho tiempo.

Aunque estuviera lejos, cuando volviera, tenía que recibirlo en casa, escuchar lo que él le contase. Las madres no mueren. Al menos no hasta que sus hijos ya son hombres, mayores, padres. Tienen que conocer a sus novias, ayudarlas el día de la boda, en los partos. Han de conocer a sus nietos y cuidarlos. ¿Cómo iba a morir su madre si aún vivían sus abuelas? Todo esto pensaba sin decir nada, mirando a su padre, que tampoco hablaba. Debía haber un error. Quizá

hubiera muerto abuela o madre estuviera enferma, sí, pero viva y aún pudieran ir al pueblo, corriendo, volando, a cuidarla o despedirla. La idea lo asaltó y la soltó sin pensar.

—Tenemos que ir, rápido.

—Ha muerto —repitió su padre, incapaz de decir otra cosa.

—A lo mejor no, a lo mejor llegamos y respira.

—Ha muerto, Germán.

—Pero si nos damos prisa...

—Sabes cuánto se

tarda.

—Hay diligencias más rápidas y estos años los caminos habrán mejorado.

Ramón se quedó en silencio con los ojos cerrados.

—Padre, tenemos que ir a verla —insistió el niño.

Bien sabe Dios que Ramón no quería lastimarlo, que hubiera dado todo por protegerlo, por evitar que sufriera, pero tenía que hacerle entender y por desgracia la verdad era esa:

—Germán, ya está enterrada.

Los ojos fijos del niño, escrutándolo para comprobar que no mentía, fueron lo último que Ramón vio antes de que el chiquillo se diera la vuelta y corriera hacia la calle. Iba llorando como loco, sin rumbo, tropezando con los viandantes. Se había quedado sin ella, para siempre. La había perdido. ¿Qué podía ser peor? Ella no existía. Y había muerto sola. Por su culpa. Sobre todo por la de su padre, que los separó. Pero también por la suya, que tenía que haberse

negado, pataleado, saltado de la diligencia en marcha y, sin embargo, no solo no lo hizo, no solo aceptó el viaje, sino que incluso en algunos momentos sintió ilusión por cosas tontas, pequeñas, como hacer amigos, jugar con ellos, ir a la escuela... Bien poco le había escrito últimamente, tal vez la pobre muriera pensando que ya no la echaba de menos, que había acabado por olvidarla, cuando la verdad era que — ahora lo comprendía— no podía vivir sin ella. Si tuviera una segunda

oportunidad, jamás volvería a dejarla. Nunca en la vida. «Madre, vuelva, vuelva, por favor —suplicaba—. No se vaya. La quiero más que a nadie. No quiero estar aquí, tan lejos, tanto tiempo. Teníamos que haber vuelto a verla. Padre lo prometió. En dos años. Debimos hacerlo. Así habríamos visto que estaba enferma y nos habríamos quedado. La habríamos cuidado y no hubiera muerto. Madre, por favor, madre, vuelva, vuelva», la llamaba.

Si hubieran ido al

pueblo un año atrás, habrían visto a una Marcelina muy distinta a la que dejaron. Delgada, consumida. En breve necesitaría cuidados permanentes de su madre y el resto de las mujeres de la familia por culpa de aquel mal raro que la torturaba. Los médicos trataron de averiguar qué era, para curarla o paliar su padecimiento. Pero fracasaron. Lo que ella consiguió, en cambio, fue impedir que se avisara a Ramón. Quería evitar a toda costa que él y el niño la

vieran en ese estado o trataran de mandarle más dinero, llevando peor vida para ahorrarlo. Solo quienes estaban a su lado cuando escribía a Germán comprendían el esfuerzo que hacía disimulando. Un sacrificio que recompensaban las cartas del hijo, ajeno a su tragedia, hablándole de aquel colegio al que iba, de sus amigos, sus juegos. Al fin le había alegrado tanto que Ramón se lo hubiera llevado. La vida era incomprensible y terriblemente dolorosa

muchas veces, pero otras uno llegaba a encontrarle algún sentido. Gracias a ese viaje, Germán no viviría su agonía. Con este alivio falleció la pobre y, por fin, pudo descansar. Clara, su madrina, la amortajó envolviendo su cuerpo desnudo en aquella sábana que tanto las había hecho soñar, la de su enigmático ancestro Adam Cassidy y, en el último momento, metió también en el ataúd el paquete de cartas escritas por él. Si no iban a poder leerlas juntas, que nadie las

volviera a leer, decidió la tía castigándose así por haber sobrevivido a su amada sobrina y negando a Germán la posibilidad de averiguar a qué identidad correspondían las iniciales A. C. de su reloj y qué relación le unía a aquel hombre del pasado.

Marcelina sabía que en cuanto ella descansara, empezaría el sufrimiento de su marido y su hijo y para amortiguarlo hizo prometer a la familia que mentiría diciendo que había muerto de manera fulminante, casi sin notarlo. Su voluntad se

cumplió. Sin embargo, aquello no bastó para consolar a Germán, que reaccionó dejando de hablar, como si hubiera enmudecido y negándose a pisar la calle, ni para hacer repartos, ni para ver a nadie, ni siquiera para asistir a sus queridas clases.

Una noche, con el tío Casimiro presente, su padre aprovechó para anunciarle:

—Germán, voy a marchar a Pechón, a recoger la casa, dejar a alguien encargado de ella y las tierras, a darle a todo una

vuelta. No será mucho tiempo y, mientras, Casimiro estará contigo —le dijo—. ¿Me has oído? —preguntó, al ver que ni le contestaba, ni lo miraba.

—Yo iré también, padre —pronunció Germán al fin.

—No, tú te quedarás —le contradijo su padre—. Llevarás la carbonería porque Casimiro no puede quedarse aquí todo el día. Y si no tienes intención de volver a las clases, mejor. Aquí no te vas a aburrir y así podremos ahorrar el género

que se entrega al profesor.

Germán se enfureció. ¿Conque eso quería? ¿Que dejara el colegio? Pues aviado estaba, al día siguiente regresaría, se prometió a sí mismo. Y, en efecto, cumplió su promesa y volvió a la escuela, donde, para su sorpresa, todos estaban al tanto de la muerte de su madre y ceremoniosamente, con don Adolfo a la cabeza, le dieron el pésame. En el receso, Juanín le contó que él no había conocido a su madre y Ángel, que también sus

padres murieron cuando era muy pequeño. Germán empezó a comprender que lo que había considerado una tragedia incomparable era de lo más corriente. Y aun así, de vuelta en la sala, tuvo que contenerse mucho para que ninguna lágrima se le escapase mientras don Adolfo daba su lección de matemáticas. La imagen de su madre le asaltaba. Le parecía imposible que nunca más fuera a poder explicarle lo que iba estudiando, que no fuera a producirse ya aquel encuentro con el que

había soñado, en que la asombraría con lo mucho que había crecido y aprendido estando en Cádiz.

Afortunadamente, esa misma semana, solo un día después de que su padre marchase a la Montaña, Eliseo, que acababa de enterarse de lo ocurrido, fue a verlo a la carbonería y como Casimiro le dijo que había ido al colegio, decidió pasar a recogerlo.

—Hola, amigo. —Fue Eliseo a su encuentro nada más verlo.

—Hola —contestó

Germán, sin quererlo mirar para no llorar.

—Sé lo de tu madre y lo siento muchísimo.

—Gracias —respondió el niño aún mirando al suelo.

—¿Te importa que te acompañe a casa? —preguntó Eliseo.

—No. Lo prefiero —contestó empezando a caminar.

—Espera un momento, mírame, Germán. La vida es más difícil de lo que al principio esperamos. Pero tienes que creerme, hay momentos estupendos.

Llegarán.

Germán arqueó las cejas incrédulo. ¿De verdad podía hablarle de «momentos estupendos» cuando estaba destrozado? Era increíble que ni siquiera él comprendiese por lo que estaba pasando. Pese a todo, se sintió aliviado al oír luego que Eliseo había hablado con su tío y este había accedido a que algunas noches cenaran juntos. Prefería mil veces estar con él que con Casimiro. Incluso con su padre tenía menos de que hablar. Eliseo sabía de

libros, de viajes, siempre contaba cosas interesantes.

Casimiro, por su parte, vio el cielo abierto. No habría soportado pasar cada noche con el chico. Necesitaba salir, tomar unos chats por ahí, *refrescarse*. Vaciar la cabeza y disfrutar con mujeres y compadres.

Para Eliseo, en cambio, estar con el niño, hacerse cargo de atenderle y escucharle podía ser una buena manera de dejar de pensar continuamente en el modo en que la relación con Elvira se estaba

complicando. Ella había pasado de criticar a la sociedad biempensante a decir que su trabajo era degradante, no tan distinto del de las meretrices. En su caso —argumentaba— vendía por dinero no su cuerpo, sino su tiempo y su talento. Sacrificaba algo tan íntimo como su deseo de escribir, de comunicar sus pensamientos para componer aquellas patéticas cancioncillas procaces. Se revolvía contra el mundo, contra sí y contra Eliseo, que era quien tenía más cerca.

Una idea empezó a apoderarse de ella: mientras ponía en orden el ingente material que ya había reunido para documentar aquella ficción basada en las vicisitudes de su abuelo, tenía que conseguir publicar algunos de los poemas y relatos que atestaban ya media docena de carpetas. Debía intentar abrirse una vía literaria, para huir del cabaré, aunque fuera, al principio, apoyándose en él.

Los cafés de variedades, como el Morás, eran punto de reunión de

hombres con afición a trasnochar, bohemios creadores, artistas, editores y marchantes. Enrique Canal, como dueño del local, los frecuentaba, incluso era amigo de algunos. Como Feliciano Badayes, nieto de una familia de editores con solera en Cádiz que habían hecho mucho dinero extendiendo su negocio a México, Argentina y Cuba. Pues bien, Elvira pensó en pedirle a Canal que intercediera por ella ante Badayes. Dejaría a su criterio la elección de

presentarla por su nombre o —si no quería descubrir que era su letrista— con un seudónimo. Además, por supuesto, le propondría un porcentaje de las ventas del libro, una comisión alta, aunque fuera un desvarío con tal de convencerlo. ¡Qué ingenua era! ¿Aunque lograra publicar, cabía prever tales ganancias que tentaran a don Enrique? Claro que no, por supuesto, pero él le debía aquel favor: ella había sido la clave de su éxito y ayudarla en esto no le costaba nada. Animada

por esta idea, habló con él, pero su respuesta no fue inmediata. De hecho, pasaron semanas sin que Canal le dijera nada. Elvira no encontraba el modo de librarse de la ansiedad, pero tampoco quería insistirle, para que no se sintiera presionado, ni se molestara. Así que se entregó como una posesa al trabajo, al retribuido y al no pagado. De un lado, compuso para Canal nuevos temas y números, más originales y osados, con la esperanza de darle el empujón final que

necesitaba para decidirse a recompensarla; de otro, restó horas al sueño —y a la intimidad con Eliseo— para seguir escribiendo y leyendo. Sobre todo obras de autores contemporáneos, nacionales o extranjeros, sin traducir en el caso de los franceses. *Nana*, de Émile Zola, le subyugó. Tal vez por su ambientación en el mundo del vodevil, que era el suyo también.

Pero transcurridos meses perdió la paciencia y la esperanza. Solo una fantasía la salvó: todo sería

más fácil en una gran ciudad, abierta, cosmopolita, gran foco cultural, como París. Una noche se lo comentó a Eliseo y él se dejó transportar, divertido, como si fuera un juego. Se imaginaba en las calles que ella citaba, ante sus monumentos, como el personaje diminuto de un cuento desplegable. Pero Eliseo no se planteó en serio, ni por un momento, dejar Cádiz. Allí por fin, en su trabajo, había conseguido hacerse con buenos contactos —en la Policía y

los juzgados—, empezaban a reconocer su olfato, su estilo redactando, e incluso él mismo, que no se tenía por vanidoso, creía ser un periodista válido. En definitiva, la vida que llevaba le gustaba y no se veía en otra parte.

Un buen día, Elvira, harta de esperar respuesta de Canal, decidió visitar ella misma la editorial de Badayes, que no se dignó ni a recibirla. Lo que sí hizo fue comentarle enseguida a Canal que su costurera había ido a buscarlo. ¿Qué querría

la mujer? ¿Él sabía algo? Don Enrique montó en cólera y esa noche, nada más ver a Elvira, la amenazó con despedirla. Ella reaccionó de forma violenta, chillando, dando rienda suelta al resentimiento que había ido acumulando. Se enzarzaron. Pero pasado un rato Canal acabó por aplacarse, por la cuenta que le traía y porque no creía que Elvira fuera a dejar jamás de trabajar con él, como simple letrista. Se conformaría, estaba convencido. Sin embargo, ella se fue aquella noche del

cabaré sin esperar al final de las actuaciones y con una idea clara. Como tantas otras veces, aquella madrugada, Eliseo la esperaba en la barra, pero pasó a su lado, casi sin verlo y salió rauda. Él la siguió, sin atreverse a llamarla para no atraer la atención de nadie, pero una vez en la calle, apretó el paso hasta ponerse a su altura, entonces la agarró por el brazo y le preguntó:

—¿Qué te pasa?

—Que estoy harta —

contestó ella—, pero no voy a discutirlo en la calle.

—¿No vamos a hablar hasta llegar a tu casa? — preguntó Eliseo sorprendido.

—Exactamente — repuso ella rotunda.

Cuando al fin llegaron y cerraron tras ellos la cancela blanca, Elvira lanzó un grito que subió patio arriba resonando en las habitaciones a través de las ventanas abiertas:

—¡Me vooooooy!

—¿Pero qué te pasa? ¿Por qué gritas? ¿Estás loca? —le preguntó alarmado Eliseo.

—¡Grito porque no

aguanto más, tanta mentira, tanta mediocridad, porque yo puedo y quiero hacer algo más!

—¿Pero qué te ha pasado hoy? ¿Te ha hecho algo Canal?

—¡No, nada! Justo eso. No le ha hablado a Badayes de mis libros y cuando el tripón de su amigo ha ido a verlo y a contarle que hoy me había pasado a visitarlo, se ha puesto hecho un energúmeno, ¡me ha amenazado con echarme! ¡A mí, que le he dado a ganar más de lo que va a poder

gastarse! ¡A mí, que me
estoy pudriendo en su
cochino agujero!

—¡Tranquilízate,
Elvira, tranquilízate!

—¡No me
tranquilizaré! ¡No quiero!
Yo valgo más que eso, más
de lo que compra su dinero.

—Ya lo sé, Elvira, a mí
no tienes que gritarme,
busquemos un arreglo.

—¿Qué arreglo?

—No sé, pensemos —
propuso Eliseo.

—Yo no veo aquí
posible arreglo.

—No vayas a

enfadarte, Elvira, pero...
cásate conmigo.

—No puedo creerlo, Eliseo, ya hemos hablado de eso. Al principio de los tiempos.

—Podrías dedicarte a escribir todo el día.

—Viviendo de ti, quieres decir.

—Viviendo conmigo.

—Sé que lo dices con la mejor intención, pero es la vieja trampa. Yo dejo el cabaré, me dedico a mis labores y ¿qué me distinguirá entonces de un ama de casa? ¿Que en los

ratos libres escribiré en vez de tejer? ¿Y si no publico nada y el tiempo pasa y pasa y, encerrada entre estas cuatro paredes, se enfrían mis aspiraciones, mi fe, mi amor propio palidecen y sucumbo a la fuerza de la tradición y me convierto en una más de los millones de mujeres decepcionadas? ¿Y si me quedo embarazada? No, definitivamente, no puedo aceptar tu oferta. No hasta que por fin sea quien deseo ser.

Eliseo se quedó callado, abrumado por la

cascada de explicaciones, sin saber qué añadir, qué ofrecer. Finalmente se limitó a preguntar:

—¿Entonces, qué quieres hacer?

—Solo me quedaré en Cádiz, en el cabaré, mientras aún necesite ahorrar. Pero, desde luego, me centraré en escribir mis cosas y para el Morás haré lo justo. No inventaré más canciones ni bailes, daré a Canal temas antiguos retocados y largas y más largas sobre el nuevo repertorio. Ni siquiera iré a la sala todas las noches. No

me da miedo. Si me echa, mejor. Un alivio. Al fin Canal tomará por mí la decisión que deseo. Y me iré. Me iré a París aunque, como tú dices, no sea una ciudad, un punto en el mapa, sino un sueño mío, una utopía. Perseguiré el sueño. Y lo haré realidad. Me siento con fuerzas para conseguirlo. Si vienes conmigo, perfecto. Pero, vengas o te quedes, yo me iré. Un día, pronto. Lo haré. Pase lo que pase, en todo caso, me iré.

La discusión siguió a

partir de ahí por mil y un vericuetos, la mayoría de los cuales no eran nuevos. Eliseo se quedó colgado de aquel «en todo caso» y muchos días después aún lo escuchaba en su cabeza como un eco. ¿Cómo dejar de pensar en ese «en todo caso»? No podía. Acudía a su mente cuando estaba en una vista en el juzgado, en medio de una explicación de su jefe de sección, una noche en que había invitado a Germán a cenar. Y sin embargo, tenía que hacerlo. Porque aquella noche, por

ejemplo, el chaval lo estaba mirando, esperaba respuesta, debía de haberle preguntado algo. ¿Aquel libro de allí? Magnífico. Pero no se lo recomendaba. ¿Que por qué? Porque era una historia densa, que abordaba temas como el dolor, la muerte, la venganza. Él elegiría otra lectura en este momento en que la pérdida de su madre estaba tan reciente. Pero si quería leerlo, ahí lo tenía, a su disposición. Eliseo nunca prohibía una lectura a Germán. Si creía que su elección no era acertada se

lo decía y lo argumentaba, pero siempre le dejaba la última palabra. Era ya un muchacho de casi catorce años que trabajaba hasta quince horas diarias, iba a clase, estudiaba, preparaba el desayuno y el almuerzo para él y su tío y muchas veces también la cena. Si podía hacer eso, y fumar y beber —como sabía que hacía—, bien podía leer *Hamlet* o lo que quisiera. Y esa noche, en su jergón, Germán se dejó atrapar por la historia del príncipe de Dinamarca y la angustia del

personaje borró por un instante la que él sentía, por la ausencia de su madre y de su padre.

Ramón había llegado hacía muy poco a Pechón y al recorrer sus veredas por primera vez le pareció un pueblo diferente al que dejó atrás hacía tres años. La desubicación era una sensación común entre los emigrantes. Cuando regresaban, veían sus aldeas más pequeñas, más humildes por el lógico contraste con lo que había fuera de sus

confines, sobre todo con las ciudades con sus plazas, iglesias, catedrales, puertos, comercios, casas por centenares. La ausencia de Marcelina era, además, en el pueblo mucho más dolorosa que en Cádiz, más palpable. Todo el camino se estuvo preparando para no verla, para resistir la soledad y el silencio de la vivienda, pero al llegar frente a ella se derrumbó. Clavado en la puerta, a esa hora del alba, mientras aún dormían todos sus convecinos, se sintió tan desgraciado y perdido como

su hijo. Él conocía a Marcelina desde niño. Siempre estuvieron cerca y cuando la naturaleza le hizo desear mujeres, la prefirió sobre el resto. Había sido buena compañera y buena madre. Solo una falta cometió en su vida y fue irse demasiado pronto, no quedarse a esperarlos. Estaba previsto que cuidaría de la casa hasta que volvieran y entonces se encargaría también de darles el descanso merecido. Las escasas y malas comidas que tomaban en Cádiz, la tizne

del carbón, el sudor, el calor, la desesperación por las deudas, todo, quedaría atrás cuando ellos regresaran con un capital y vivencias. Pero las cosas no habían salido según los planes. Ahora que volvía, no había nadie. Estaban, claro, sus padres, sus suegros, amigos, parentela, pero todos tenían sus vidas. En cambio, él y su hijo, ¿qué tenían? ¡La maldita carbonería, Dios sabía si sería suya un día, y el hogar, la familia, ya no existían!

El primero en

encontrarlo, al amanecer, fue su primo Ceto, que sacaba las vacas a pacer. Su estampa, su derrota, lo conmovieron tanto que le dio un abrazo. Uno breve y fuerte. El único que dieron y recibieron de otro hombre, aunque a lo largo de los años, luego, varias veces, añoraran la osadía de mostrarse débiles. Ceto llevó a Ramón a su casa para que se repusiera de la primera impresión. Le ofreció un chocolate caliente. Y después de beberlo, salió Ramón a casa de sus suegros

y sus padres, en la otra punta de la aldea. Su presencia hizo a todos revivir la muerte de Marcelina. Tuvieron que esforzarse mucho para ocultarle, como ella quería, cuánto había sufrido.

Una vez se corrió la noticia de su regreso, el pueblo entero quiso verlo, acompañarlo en el duelo. La casa de sus suegros se llenó igual que el día del fallecimiento. Ramón veía a los presentes como si él aún siguiera lejos. Sus bocas se movían, pero era incapaz de

oír lo que decían. Podía adivinarlo: «Cómo lo sentían», «Ella era tan buena», «Tenía que ser fuerte», «Y proteger al niño», «Después de todo había descansado, pobrecita». «Llamáis descansar a desaparecer — pensaba él—, también vosotros descansaréis, yo descansaré. Todos moriremos, eso es lo único cierto. Por eso hay que vivir mientras tengamos tiempo.»

Entre las figuras que se confundían, distinguió una con plena nitidez. Era como

si los demás se apartaran para dejarle paso. Y puede que eso ocurriera, pues desde que llegara al pueblo todos la señalaban con el dedo como alguien sospechoso, que no debía estar allí, que haría mejor en marcharse. Sabían que era de Llanes, algunos decían que trabajó en el puerto y no vendiendo pescado, precisamente. Pero no había pruebas. Solo rumores, maledicencias y un cuerpo rotundo, alto y bien torneado envuelto en una piel de seda que cualquier hombre

desearía acariciar. Ese cuerpo y esos ojos de gata, verdes, habían soliviantado a los paisanos cuando llegó en busca de trabajo, y como se había quedado pese a que nadie le daba ocupación, las lenguas se soltaron y hablaron de un dinero ganado suciamente allá en Asturias o incluso de clandestinas visitas nocturnas en su casucha. Era posible, pues, que todos se apartaran realmente de ella mientras avanzaba a darle el pésame. Lo cierto es que logró sacarle del letargo y

por fin escuchó claramente: «No hay consuelo para la muerte, pero hay que seguir viviendo. Ánimo y adelante». Ella apretó su mano con las suyas un ligero instante y él temió que alguien percibiera lo que le había turbado. Cuando su silueta, de riguroso luto, se hubo dado la vuelta y desaparecido tras la gente, volvió aquel rumor de murmullos indescifrables en el que, sin embargo, estaba seguro de que ahora se mezclaban los lamentos por la muerte de Marcelina con

las críticas a esa tal Amalia.

Ramón tardó días en atreverse a ir al cementerio. Quería hacerlo solo y esperó a tener fuerzas. El pequeño camposanto estaba próximo a la casa. Esta hacía esquina con la senda que llevaba a la iglesia y justo en el costado izquierdo de la misma había una mínima puerta tras la cual se hallaban las sepulturas. Una mañana temprano se decidió. Encontró la llave en el sitio de siempre, la hendidura de una piedra. Entró, buscó la tumba de su mujer y al

encontrarla sintió el escalofrío de saberla cerca. Pasó sus dedos por las letras grabadas en la lápida, acariciándola. Recordó los momentos importantes. Sobre todo el nacimiento de Germán. Y esperó, esperó en silencio una señal, una explicación de qué había pasado, de por qué había muerto tan pronto y qué se esperaba ahora de ellos, de él y su hijo. Pero nadie contestó y el resto del tiempo que estuvo junto a la tumba lo pasó sintiéndose culpable.

El sinsentido de la muerte le hizo pensar si habría razones en su vida. ¿Para qué esforzarse, intentar ganar dinero, si uno podía morir sin gastarlo, de repente? ¿Por qué no vivir de cualquier manera en el pueblo, como los padres, los abuelos, los bisabuelos? ¿Era un mal de ese maldito siglo no estar satisfecho, aspirar a más, o era una estupidez solo suya? Fuera como fuese, ¿cómo soportaría volver a estar frente a su hijo? ¿Cómo aguantaría aquella mirada

cargada de los reproches que él mismo se hacía?: *¿De verdad había sido tan importante irse a Cádiz? ¿Había sido necesario?*

Echando mano a diversas excusas, fue posponiendo el regreso. Regularmente enviaba telegramas a su hermano pidiéndole que siguiera al cargo del negocio y del niño. Inventó muchos pretextos. Que aún no había guardado todas las cosas de la difunta, que había no sé qué desperfectos en la casa, que se planteaban problemas con

las tierras o las bestias. Era verdad que no pasaba un día ocioso, pero también que podía haber dejado aquellos detalles en manos de los parientes. Su suegra podría guardar la ropa de Marcelina, o darla o quemarla. ¡A él le hacía tanto daño! La sacaba del armario o de la cómoda despacio, como si pesara toneladas, la doblaba con sumo cuidado, la apilaba. Entre los camisones, en un hatillo, aparecieron las cartas de su hijo. Solo ver el paquete en que ella las

guardaba, el papel de seda en que estaban envueltas, la cinta que lo ataba, bastaba para darse cuenta del tesoro que eran para ella. Un cofre de palabras de oro, al que él —miserablemente— solo había contribuido con las baratas frases de algunos telegramas. Nunca le escribió una carta, aunque siempre encargaba a Germán que, en las suyas, le enviara recuerdos de su parte. Suponía que lo habría hecho. Pero jamás llegaría a saberlo, pues no pensaba deshacer aquel nudo.

Introdujo el todo compacto que formaban en el costado del primer baúl que llenaron las cosas de Marcelina. Cerró su tapa, lo subió al desván y siguió el trabajo.

Alimentar, abreviar, ordeñar las vacas, ocupaba sus días. En el pueblo era tema de conversación cuándo se iría, pero nadie le preguntaba para no hacerle sentir que tenían prisa. Solo estaban extrañados. Parecía que hubiera olvidado los tres últimos años de su vida; que fuera a retomar, tras el paréntesis, su existencia de

siempre. Lo ayudaban cuanto podían. Fanio salía con él a apacentar los animales, su madre se hacía cargo de la intendencia (comida, ropa, limpieza), los amigos lo recogían cada tarde para ir a El Ancla, donde seguían las partidas de dominó y cartas. Una jornada acabada era una victoria. Y en ellas contaba con la rutina como aliada. En ocasiones, la monotonía quedaba mínimamente alterada por un encuentro con Amalia, que, o bien bajaba por la *ruyera* con una

cántara, o volvía de recoger moras en Aramal, o estaba en el lavadero. A veces ese momento en que el azar los juntaba duraba un segundo, pero a él le parecía infinito. Ella alzaba los ojos al presentirlo, le sonreía y luego volvía a concentrarse en golpear la ropa contra el lebrillo. Miles de diminutas gotas salpicaban su cuello y su blusa blanca, que se le pegaba así, humedecida, al pecho. Ramón notaba el corazón desbocado, la garganta seca, la entrepierna henchida. Ella despertaba su

deseo salvaje, y a él le atormentaba que alguien lo advirtiese.

En la otra punta del país, su hijo y su hermano estaban atónitos con su tardanza, pero demasiado ocupados para alarmarse. Al fin el invierno llegaba y la demanda de carbón y aceite aumentaba. Germán y Casimiro compraron cuanto género pudieron a los carboneros del campo, hicieron cuanto picón pudieron en sus propios hornos y aun con eso, de

tanto en tanto, tuvieron que recurrir a ciertos intermediarios. Germán hacía ya todos los repartos y por iniciativa propia vendía también la mercancía pregonándola en el carro. De noche se conformaba con dormir seis horas, reservando dos o tres para estudiar y leer. A esas alturas era el único chicuco, de aquel primer grupo, que seguía recibiendo las clases de don Adolfo. El resto ya había aprendido lo que se esperaba de ellos y había dejado paso a otros recién

llegados. Pero Germán, como supuestamente era familia de Sagallo, seguía a su lado. El maestro, además, en atención a su interés y esfuerzo, le entregaba lecciones manuscritas, le ponía ejercicios más avanzados, se los corregía aparte y se ofrecía a resolverle las dudas antes o después de las clases o durante los recreos que vigilaba por las mañanas en el nuevo colegio que lo había contratado, el de los escolapios.

También

Eliseo

ayudaba y motivaba a Germán con sus estudios. Le daba explicaciones de lo más variadas las noches que lo invitaba a cenar a su casa. Pero eran pocas, pues el trabajo en el periódico acababa a las tantas. La mayoría de los días Germán compartía un pedazo de pan con tocino o queso con Juanín y Braulio, en la trastienda o dando una vuelta. El tío salía al cerrar y volvía muy tarde, por lo que tenía libertad para estar con sus amigos y hacer lo que quisiera, como fumar y, a

veces, hasta beber cerveza, aunque no acababa de gustarle ese sabor amargo. Aquella noche Braulio dio dos o tres buches a la botella antes de pasársela y decir, aún con la boca llena:

—Yo, cuando sea mayor y haya ahorrado, volveré al pueblo.

—¿Para qué, si allí no hay nada? —le replicó Juan —. ¿No prefieres embarcarte, ver mundo, hacer descubrimientos: animales y plantas extraños, alimentos sabrosos, tantos que caen al suelo sin que

nadie se moleste en recogerlos, el oro que dicen queda todavía en las minas, fincas y huertas que son para quien esté dispuesto a luchar por ellas, mujeres indias y negras?

—Anda, anda, ya no quedan allí cosas de esas. Ni yo las quiero. El pueblo es el mejor sitio del mundo entero. ¿A que sí, Germán? ¿A que volveremos?

Germán prefirió callar. No tenía ganas de explicar que hacía tiempo que imaginaba un futuro distinto al de vaquero y que,

especialmente, ahora que su madre había muerto, no quería regresar.

Braulio, cansado de esperar respuesta, añadió:

—Pues sí, cuando tenga dinero volveré y me lo gastaré todo en una casa enorme, con cuadra, *socarreña*, huerta y gallineros.

Juanín, tal vez buscando el consenso, cambió el tercio:

—¿Vamos donde Lolina?

Ancá Lolina era una tasca del puerto, de mala

fama, el lugar preferido por los marineros para tomar un trago tras sus viajes. Tenían bebidas baratas y un patrullón de mujeres mayores, gordas y gritonas, que mostraban con descaro sus carnes sudorosas.

—¡Venga, vamos!

Germán se quedó extrañado por la rapidísima respuesta de Braulio.

—¿Para qué?

—Las bebidas y el tabaco son baratos y además... se mira.

—¿Pero tú ya has estado?

—Claro.

Germán se sintió idiota.

Por supuesto que había estado. ¿Qué iba a hacer Braulio en sus horas libres si no iba a clase, ni estudiaba, ni hacía deberes, ni leía? Sentarse solo en la playa no era muy divertido que digamos. A él le gustaban las cartas, fumar, beber. Para eso debía de ser buen sitio. Y además podía «mirar». Se ponía nervioso solo de pensarlo. Mirar, pero si eran horribles. Él había pasado por el muelle con su tío para recoger carga en los

almacenes y no había podido evitar echar un ojo a la puerta donde algunas de esas *ballenas* jaleaban a los transeúntes. ¿De verdad que les gustaban?

—Bueno, qué, vamos, ¿no? —apremió Juanín a tomar una decisión.

Tal vez él también hubiera ido ya o tal vez no, pero era evidente que hoy estaba deseando acudir. En todo caso, Germán no se sentía con ánimo de acompañarlos:

—Id vosotros. Estoy cansado. Ya iré otro día.

—Venga, hombre,
vente —insistió Braulio.

—No, de verdad, otro
día.

—Como quieras —dijo
Juanín.

Quiso *no ir*. Prefirió
quedarse a solas para
torturarse a sus anchas
reprochándose lo niño que
era todavía, lo mojigato.
Seguro que sus amigos lo
estaban criticando justo
ahora. Bueno, *casi* seguro.
Pero él sí, él dedicó aquella
larga madrugada a fustigarse
sin descanso, solo en la
sucia trastienda de la

carbonería.

Coincidencia, semejanza de caracteres o la amarga experiencia común de perder a Marcelina hacían que aquella misma noche, a kilómetros de distancia, también su padre se torturara. Desde que llegó al pueblo no había logrado dormir nunca del tirón del ocaso al alba y en ese momento previo a que el sol despuntara oía perfectamente cómo los vecinos preparaban los bueyes y los percherones

para ir a la feria de ganado de Pimiango. Era la principal de la zona y se celebraba una vez al año. Acudían vaqueros y pastores de toda la comarca y, con suerte, cerraban buenas ventas. Era un mercado tan provechoso que incluso los más viejos trataban de no perdérselo. Sus padres, ya muy ancianos, se juraban todos los años que sería el último que acudieran, pero al final, como quedaba cerca, seguían yendo. Aquella vez también irían y lo animaron a acompañarlos,

pero Ramón se resistió alegando que le daría nostalgia recordar pasadas ferias. Cuando el rechinar de los carros fue desapareciendo, cuando los cantos de los chiquillos dejaron de oírse, cuando los gritos de los adultos y ancianos arreando a las bestias se hubieron ahogado, el pueblo quedó, por fin, tranquilo. Solo entonces se levantó. Salió al corredor y, apoyado en la baranda, contempló la desierta *ruyera* bajo sus pies, el hermoso monte frente a él, el cielo —

por una vez despejado—
sobre su cabeza. Habría
querido disfrutar de lo que
se le brindaba. Llevaba días
soñando con ese instante en
que por fin no hubiera nadie
a su alrededor y pudiera
estar solo.

Pero ahora que no
quedaba un alma temía que
las horas pasaran demasiado
lentas y no poder ahuyentar
sus malos pensamientos.
Esos sobre la inutilidad de
todo esfuerzo, la estupidez
de una vida llamada a
terminarse, la infelicidad
que aguardaba, a traición, a

cada paso. Sentía una opresión fortísima en el pecho. Le faltaba el aire. Cuanto más esfuerzo hacía por respirar hondo, más se mareaba. Cuando la vista ya empezaba a nublársele, escuchó pasos lentos por el camino. Al fijar su atención desapareció la asfixia. Era Amalia, que bajaba al lavadero. A ella también le sorprendió verlo. Se miraron más de lo acostumbrado: desde que ella era una figura mínima al principio de la calle hasta que estuvo justo bajo la balconada. Ramón no

pensaba decir palabra. Se limitaba a disfrutar mirando el prodigioso cuerpo. Si era verdad que había sido una fulana, vaya deleite para los clientes. Nada que ver con las que alguna vez frecuentó en Cádiz, con su hermano. No estaba orgulloso de admitirlo y menos aún allí, en su propia casa, donde ahora, además, faltaba su esposa. Además, el alivio propio fue, muchas veces, más satisfactorio que el fornicio mismo porque le permitía imaginar mujeres más deseables y voluptuosas

que aquellas viejas entradas en carnes con las que tenían que contentarse. Mujeres, las fantaseadas, que se parecían escandalosamente a aquella que ahora le sonreía y que, si hubiera visto en el burdel de Cádiz, habría intentado tener a toda costa. Para su asombro, Amalia dejó de sonreírle y con un rostro de profunda conmiseración — en el que creyó entrever un fulgor lascivo— le preguntó:

—Ramón, ¿estás solo?

Y antes de que él fuera consciente de lo que estaba haciendo, se oyó contestar:

—Solo y dejado de la mano de Dios.

El diálogo fue como una contraseña que los impulsó a realizar lo que llevaban tanto deseando. Ella franqueó primero la portilla y luego la puerta de la casa, subió las escaleras, pasó por delante de él y se tendió en su cama. Sobre las sábanas revueltas era el pecado encarnado. La larga falda remangada dejaba a la vista unos muslos musculosos y asombrosamente morenos como si el sol los llevara

dorando años. La blusa blanca que despaciosamente se estaba desabrochando transparentaba un sostén del mismo color. Su tejido gastado oprimía unos pechos cuyas aureolas oscuras, casi moradas, se adivinaban. Ramón no daba crédito a lo que estaba pasando, la mujer más carnal y deseable que jamás había visto se le ofrecía a él. No podía evitar pensar que había algo sacrílego en que estuviera tumbada donde hacía años había desvirgado a Marcelina y donde luego

ella, tantas veces, amamantó a su hijo. Por fortuna, no era su lecho de muerte, pues falleció en casa de sus suegros, pero aun así le horrorizaba la imagen superpuesta de su prima y esa mujer excitante. Excitante, sí, hasta la locura, con aquellos tramos de cuerpo desnudo, su boca entreabierta de labios palpitantes, sus movimientos. Sus manos habían acabado de desabrochar la blusa y deshacían ahora el nudo del pañuelo que tapaba su

melena para dejarla revuelta sobre la almohada. Sus dedos descendían desde el pelo, por el cuello y el canal entre los senos, le acariciaban el vientre, sorteaban su sexo y se paraban en el muslo, muy cerca de aquel para rozarlo. Si no era una ramera, era una mujer con vicio y él estaba impaciente por compartirlo. En ese instante, ya estaba decidido a montarla y solo le preocupaba tener bastante fuerza para aguantar sus ganas y disfrutar de ella más

que unos segundos. Con gran control de sí mismo lo consiguió y gozó de la pasión más deliciosa de su vida. Le daba un gusto especial que fuera una proscrita y que acostarse con ella pudiera acarrearle el repudio. Le excitaba que fuera una forastera y no se pareciera ni a él ni a su familia. Le volvían loco su cara, su cuerpo, su olor, su sabor, su voz, sus ademanes. Por eso, una única vez no era bastante.

Sin embargo, días solitarios como aquel no

había muchos en la aldea. Los primeros ojos que sorprendieron una caricia o un beso furtivo se escandalizaron y alertaron al resto. Pero, pasado el tiempo, todos supieron hallar una disculpa para ese hombre tan solo y con necesidades, que había caído en las redes, pobrecillo, de *una mujer tan mala*.

Todos menos su hijo, que recibió la noticia por boca de Casimiro. Aquella tarde, antes de marchar a las clases, el tío le pidió que al acabar no se entretuviera,

para cenar juntos. Eso no era corriente y bastó para hacer sospechar a Germán que algo pasaba. Estuvo toda la tarde distraído, sin poder concentrarse, temiendo que tuviera que ver con su padre, que algo terrible le hubiera sucedido, una enfermedad, un accidente, otra vez la muerte. Era tan raro que no hubiera regresado todavía... Por eso cuando de vuelta el tío comenzó diciendo: «Germán, verás, es que tu padre no va a volver...», creyó confirmados sus peores presentimientos.

Cerró los ojos. Sentía una punzada aguda en la garganta y lágrimas hirvientes bajo los párpados. Solo escuchaba los latidos de su corazón, muy fuertes en las sienas. Casimiro se dio cuenta de que lo había asustado, por eso añadió lo más rápido que pudo:

—Pero solo por una temporada, hijo. Él está bien, de verdad, no te preocupes, que no le pasó nada malo. Al contrario, después de estar mucho tiempo muy triste, se está recuperando. Tanto que si se

queda ahora allí es por un acontecimiento feliz que seguro que te alegrará —dijo con una voz que sin embargo no transmitía entusiasmo—: Vas a tener un hermano.

No podía creer lo que el tío fue detallando. Su padre había ido a velar a su madre y allí, en su mismo pueblo, había estado con otra y, no contento con eso, la había hecho su esposa e iban a tener un hijo. ¿Era posible? ¿Podía ser tan vil? Traicionaba a su madre y lo traicionaba a él, creando otra

familia. Y encima se quedaba allá esperando que su nuevo hijo naciera como si eso fuera más importante que él o la carbonería. La salud y la alegría de su madre no habían sido motivos suficientes para olvidar el estúpido empeño de establecerse en Cádiz. En cambio, ahora se quedaba en Pechón. ¡Era increíble! ¿Que había estado mucho tiempo muy triste? ¿Cuánto tiempo? ¿Cuánto de triste? No lo suficiente. Él seguía triste ahora, creía que lo estaría toda la vida y había

imaginado que a su padre le ocurriría lo mismo. Para siempre tristes y solos los dos, porque ella había desaparecido. Pero se había equivocado. Su padre no era como pensaba. ¿Cómo era? Ya no lo conocía.

No salió corriendo esta vez. No se puso a dar gritos a pesar de que lo necesitaba. Se levantó dejando a un lado la comida y dijo:

—Acuéstese, tío. Voy a dar una vuelta con mis amigos.

—¿Pero estás enfadado, muchacho? No te enfades,

hijo, tienes que comprenderlo. A lo mejor es pronto, pero en unos años entenderás que un hombre no puede estar solo. Germán, vuelve. Chico...

Pero él ya había salido de la tienda, cerrado la puerta y enfilado calle abajo. No pensaba decir de aquello palabra a nadie, pero necesitaba alejarse. Fue a buscar a Braulio y a la entrada del comercio ya cerrado, en una silla, se encontró al dueño.

—Buenas noches, don Antonio. ¿Está Braulio?

—Buenas noches, hijo. Se marchó con ese amigo vuestro, Juanín, ¿no es? Vino a buscarlo a eso de las diez y salieron. No sé dónde irían, a uno de esos sitios donde soléis beber, sí, beber. ¿Qué creeréis? ¿Que no sabemos que últimamente os ha dado por ahí? Pues tened ojo, que el tabaco, el alcohol, las cartas y las mujeres son vicios que pueden acabar con vosotros.

Aguantó el chaparrón casi sin escucharlo. Así que habían salido. Tal vez estuvieran donde la Lolina,

pero él no quería ir. ¡Qué mala suerte, Dios! ¿Qué podía hacer? Sus pasos le guiaron a casa de Eliseo, pero cuando se encontró en la puerta no se atrevió a subir. Necesitaba verlo, quería abrazarse a él, pedirle que lo ayudara, lo protegiera, hasta que lo adoptara ahora que no tenía padre. Pero pasaban los minutos y seguía en el portal, paralizado. ¿Y si no estaba? ¿O y si estaba y su reacción le parecía la de un niño chico, cobarde?

A veces ocurre que uno

piensa tanto en alguien que parece que su mente consigue atraerlo. Fue el caso, pues Eliseo bajó las escaleras, cruzó el portal y lo vio allí, desencajado.

—Germán, ¿qué te ocurre?

—Nada. Yo...

—¿Cómo que nada, qué te pasa? Ven, sube.

Sin más, se echó a llorar desconsolado aunque sin emitir sonido. Eliseo le pasó la mano por el hombro abrazándolo, le acarició la cabeza y lo guio así, sin soltarlo, hasta el piso. Allí

siguió llorando todavía un rato y después de beber agua y secarse las lágrimas pudo al fin contarle, lleno de amargura, lo que le estaba pasando. Mientras lo escuchaba, Eliseo no podía evitar pensar cuánto se equivocaba. El gran drama, el problema no era que su padre hubiera vuelto a casarse, sino que su pobre, su joven madre seguía muerta y seguiría así para los restos. Esa era la verdadera tragedia. De ahí nacía su fragilidad, su miedo, su sensación de

abandono. De hecho, también debía de ser la causa del vacío que su padre intentaba llenar ahora. Sí, él lo sabía, pero ¿cómo explicárselo y cómo hacerlo sin resultar paternalista?

—De verdad que te entiendo —primera frase fallida—. Tienes razón para estar triste —segundo fracaso—. Sobre todo porque aunque ya han pasado meses desde que murió tu madre aún te duele. Lo hará siempre. Pero además hace mucho que se fue tu padre y la noticia,

claro, te ha sorprendido, enfadado. —A estas alturas ya no medía lo certeras que eran sus palabras—. Como primera reacción es normal. Es lógico que te parezca pronto para rehacerse del golpe. Sin embargo, seguramente, al contrario de lo que crees, el que se refugie en otra mujer prueba lo solo y perdido que está sin ella. Tanto que necesita de alguien para seguir adelante. Es posible que esa señora, a la que no conocemos, le esté ayudando a reponerse y

desde luego al quedarse embarazada le da una ilusión, un motivo nuevo para continuar luchando. De lo que estoy seguro es de que nada de esto significa que te haya olvidado ni vaya a dejarte. Desde luego que no. Yo lo he visto contigo y sé que te quiere. Volverá a por ti. Apostaría incluso a que se quedará en Cádiz. A veces, Germán, los padres hacen cosas que no entendemos, incluso se equivocan, pero nos quieren mucho, muchísimo y nosotros, aunque estemos

enfadados con ellos, aunque lo neguemos, también los queremos y los necesitamos.

¿Él había dicho eso? ¿Él era el adulto responsable que intentaba evitar que un joven huyera de casa? Si hacía nada fue él quien se escapó. ¿Nada? O mucho, solo que los años pasaron volando. Conocía esa mirada escéptica. Pero no sabía borrarla. Se sentía acorralado por la responsabilidad y la impotencia. Y cuando quiso darse cuenta estaba terminando de confesar su

propia historia:

—Yo mismo odié mucho tiempo a mi madre y a mi verdadero padre. Viajé y viví solo y me sentí el hombre más solitario de la Tierra. Pero un día, haciendo yo mismo algo que no me enorgullecía, comprendí que todos podemos equivocarnos y todos deseamos que nos perdonen. Sobre todo, Germán, nos equivocamos mucho cuando nos dejamos llevar por las pasiones. Tú aún eres joven, pero estoy seguro de que ya hay mozas, incluso aunque solo las veas

un segundo en la calle, que te gustan. Las miras y no piensas si serán buenas, amables, educadas. En realidad no piensas nada, ¿verdad? Simplemente, algo en ti te dice que te gustan. Pues eso te pasará toda la vida. Nos pasa a todos. Le pasó a mi padre, le ha pasado al tuyo. Nos pasa. Cuando yo lo entendí, escribí una carta a mi madre y le dije que, si lo consideraba conveniente, se la diera también a él. Les escribía que aunque no podía asumir plenamente su

engaño y había muchos pensamientos que me atormentaban, como el de si por mi culpa se había dado muerte mi tío, a quien siempre creí mi padre, o si mi tía había sabido lo ocurrido y había sufrido, era incapaz de guardarles rencor. Era imposible porque los quería y obligarme a odiarlos me desesperaba. Pese a todo no creía que pudiera vivir en Oviedo guardando las apariencias y además ya estaba establecido en Cádiz, donde tenía un trabajo,

amistades, mi vida. Pero sí deseaba volver alguna vez a verlos y a sellar aquella paz con un abrazo. Cuando nos conocimos, tú y yo, justo volvía de esa visita. Mi madre contestó inmediatamente diciendo que tanto ella como mi padre estaban deseando verme, darme todas las explicaciones precisas y, lo consideraban necesario, pedirme que les perdonara. Él firmaba también la carta y añadió una posdata entrañable. Todo lo cual me convenció de ir a verlos

antes de que los rigores de la edad o, qué se yo, la fatalidad de la vida impidieran que nos reconciliáramos. Porque esa es otra, Germán, ¿qué ocurriría si mientras estás disgustado con tu padre le pasara algo? ¿Podrías soportarlo? Ya sabes cuánto duele la muerte de un padre, en tu caso de una madre, pero tienes el consuelo de que ella sabía que la adorabas.

Lo había perdido. Obviamente, para él su madre y su padre eran

distintos, no podían compararse. Aun así necesitaba referirse a una última cuestión:

—Bueno, y en cuanto a tu hermano... Tal vez no te hayas parado a pensar la suerte que será tenerlo. Yo, como te he dicho, tengo tres, pero ni ellos saben que lo somos ni yo puedo decírselo sin causar un drama. De modo que, aunque me quieren, es de un modo muy distinto al suyo. Me consideran solo un primo y, por eso, ni me necesitan ni creen hacerme tanta falta. En

cambio, tú ahora tendrás un compañero para la vida, alguien a quien ayudar y que te ayudará siempre. Que te querrá incondicionalmente, porque eres su hermano. Su hermano mayor además, el que ha viajado, ha visto mundo y puede enseñarle todo lo que ha aprendido.

Germán agradecía los esfuerzos que Eliseo hacía por animarlo. Por eso esbozó una sonrisa. Pero era frustrante comprobar que ni siquiera él lo comprendía. Aunque también hubiera sufrido en la vida no podía,

porque no había conocido a su madre, no sabía lo buenísima que era, lo que la necesitaba. Lo baja, lo rastrera que era la traición de su padre. Pasiones... Claro que él veía muchachas que le gustaban. La hija de don Joaquín Poza, por ejemplo, Virtuditas. Siempre estaba deseando que pasara tras una ventana mientras él descargaba el carbón y el aceite en el patio de su casa. Era tan guapa, distinguida, limpia. Sí, ella y otras chicas eran hermosas y le gustaban, pero eso no le llevaba a

hacer nada que molestara a su padre. Él no la abordaba, ni le llevaba flores, ni la importunaba de tal modo que pudiera perder a uno de los mejores clientes. Verdad era que no lo hubiera hecho ni aunque su propio padre lo alentara porque era muy vergonzoso, pero a lo mejor tenía que dejar de serlo, y tan *obediente* y tan *formal* y tan *buen muchacho*. ¿De qué le había servido? ¿Acaso padre le agradecía que se hubiera quedado al frente del negocio? Él había querido acompañarlo al

pueblo y ver la tumba de su madre. Si le hubiera dejado ir, no se habría sentido tan solo y no habría tenido que refugiarse en nadie. Pero no. Quiso que se quedara a cargo del negocio y él le obedeció. ¡Tonto! El tío sabía cuánto había trabajado, más que antes, como nunca, incluso descuidando un poco los estudios y volviendo pronto a casa tras la escuela para acostarse temprano y levantarse al alba. ¡Qué idiota! No acompañó a los chicos en sus salidas y ahora Braulio y Juanín eran

amigos íntimos y él estaba un poco de sobra. Y padre, en vez de reconocérselo... Si así era como actuaban los adultos, habría que aprender la lección. Tenía que dejar de hacer siempre lo correcto y, en cambio, empezar a pensar en lo que él quería. Necesitaba un grupo, para no estar solo, y si para conseguirlo había que salir e ir a tabernas y vencer la timidez y la vergüenza, las vencería. Primero tenía que hacer su vida y luego, si quería darse el lujo de perdonar a su padre —como

Eliseo—, pues de acuerdo. Aunque lo veía improbable.

Todas estas ideas se le agolpaban mientras Eliseo preparaba algo para tomar. Cuando se sentaron a la mesa hablaron de otras cosas y Germán al fin logró distraerse. Eliseo, en cambio, no podía pensar en nada que no fuera Elvira, a cuya casa se dirigía cuando se topó con Germán en el portal. Ella le había mandado una nota al diario, aquella tarde, en la que solo había escrito «Ven esta noche a casa. Tenemos que

hablar». Por eso Eliseo tenía prisa porque la cena acabase, por acompañar de vuelta a Germán e ir volando a ver qué era aquello que Elvira quería contarle.

Nada más entrar en la calle vio su silueta recortada tras los visillos del salón. Ella también lo vio. Dios sabe cuánto tiempo llevaría allí nerviosa, esperando, mirando. Agitó la mano y salió a abrir.

—¡Al fin! ¿Dónde estabas? Pensé que no te habrían dado el recado.

—Se presentó Germán

en mi casa, justo cuando ya bajaba y tuve que invitarlo a cenar, estaba llorando.

—¿Por qué? ¿Le ha pasado algo?

—Bueno, que su padre se ha vuelto a casar y va a tener un hermano.

—¡Vaya! También es mala suerte que se entere la criatura el mismo día que yo... Olvídalo. ¡Qué mezquindad! Siento que esté mal, es solo que...

—¿Qué ocurre?

—¡Vámonos, Seo!
¡Vámonos los dos!

—¿A dónde? ¿A París?

—Sí.

—¿Hay que hablarlo hoy? ¿A esta hora? ¿Otra vez?

—Yo estoy decidida. Se ha acabado el tiempo de resignarse. Necesito escribir de verdad, ponerme en serio de una maldita vez con la novela en la que siempre ando pensando y entretanto intentar publicar ya, de inmediato, una colección de poemas o relatos. Ir dando pasos en el camino acertado.

—Te entiendo, pero...

—Tú no me entiendes, tú publicas.

—Es injusto que me lo reproches, yo no soy quien te cierra puertas.

—Ni tampoco me las abres.

—¡Elvira!

—Perdóname, sé que tú no eres culpable.

—¿Y sabes también que creo en tu talento, en tus posibilidades, que me encanta lo que escribes, que lo considero admirable? ¿O todo eso se te olvida?

—Lo sé, pero perdóname si no me parece bastante. Quiero tener más que un lector. Por eso quiero

irme a París.

—Es ese salto entre querer publicar y tenerte que marchar lo que no acabo de comprender, perdóname tú también.

—¿Qué te cuesta tanto ver? ¿Que aquello es una ciudad mayor, bohemia, cosmopolita, con muchos menos prejuicios y el doble o triple de oportunidades? Vamos, Seo, somos jóvenes aún, no tenemos responsabilidades, podemos probar suerte, darlo todo en el empeño.

—¿En qué puedo yo

probar suerte, como camarero, como barrendero? No sé si has pensado en ello, pero mi francés es muy modesto. Y París una ciudad cara, podemos vernos pasando penalidades.

—En el peor de los casos, volveré a escribir para el cabaré, pero allí, donde están los mayores del mundo, los más elegantes.

—Ahora es cuando no entiendo nada, si cabe la posibilidad de acabar atrapada en el mismo trabajo que tanto detestas, ¿qué cambia que sea en París?

—Siento que no lo entiendas —dijo Elvira bajando la voz, como cansada—. De verdad, me da mucha pena que no veas que tengo que buscar la puerta lejos de donde todas se me cierran, que tengo que mantener la esperanza de que quizá en París pueda ser. Es verdad que si me acompañas, tendrás que renunciar a un trabajo que te gusta y luchar al principio en unas circunstancias complicadas, pero... yo aquí no tengo esperanzas de trabajar nunca en nada que

me satisfaga. La única posibilidad, el único contacto que tenía era Badayes y sé que él y Canal se burlan de mí. Tiene que haber gente menos obtusa en otra parte y yo voy a buscarla hasta encontrarla. Vente conmigo, Seo. No puedo prometerte un camino fácil, pero yo te quiero, sé que tú me quieres y juntos podemos luchar por el futuro que nos merecemos.

—No es tan fácil, Elvira. Lamento ser el aguafiestas que te recuerde lo que ya sabes: que uno no

siempre alcanza el futuro que merece.

—Sobre todo si no cree, de veras, que lo merezca.

Ambos se quedaron callados en ese punto, hasta que de nuevo habló Elvira.

—Yo quisiera que me acompañases, Seo. Pero aun si no lo haces voy a irme. Y esta no es una discusión más sobre el tema, es la definitiva. Tengo el viaje preparado y me marcharé en febrero. En realidad solo se irá mi cuerpo, porque mi mente, mi espíritu se fueron

hace tiempo.

Eliseo se quedó de piedra ante el anuncio, dolido porque ella hubiera tomado una decisión tan drástica sin aguardar a ver si él se resolvía a acompañarla. Cogió su mano, le dio la vuelta y le besó la palma.

—Hasta mañana, cariño —le dijo.

—¿No te quedas a dormir? —preguntó ella.

—No te enfades, pero tengo que pensar en todo lo que has dicho.

—Yo... siento si te he herido.

—No me parece tan sencillo como a ti que nos separemos, es solo eso.

—A mí no me parece sencillo. Y eres tú quien se va ahora, por ejemplo.

—No empecemos. Mañana vengo. Hasta mañana.

—Hasta mañana, Seo.

Elvira volvió a asomarse a la calle a través de los visillos hasta que él se convirtió en un punto invisible. Luego subió a su alcoba alumbrándose con esa luz del candil, vacilante, y cambió, al acostarse, el

cálido hueco del hombro de su amante por el frío abrazo de la almohada. Se sintió vacía y lloró, pero luego se calmó, soñando aún despierta con su nueva vida en Francia.

A esa hora, en la carbonería, Germán ya dormía. A la mañana siguiente fingiría ante su tío que se le había pasado el disgusto de la víspera y, llegada la tarde, le anunciaría que cenaría con sus amigos. En efecto, Juan, Braulio y él compartieron conservas y cervezas. Pero

ya de madrugada, cuando se planteó pasar por donde Lolina en vez de volver a casa, Germán decidió acompañarlos. Aquel cambio de opinión, que los chicos no supieron a qué atribuir, tampoco les extrañó. Algún día tenía que ser el primero en animarse a echar un vistazo. No se percataron de que no era curiosidad lo que empujaba a Germán. Habría ido con ellos al infierno por no sentirse abandonado. Y no muy distinto a este le pareció ese Ancá Lolina. La

gente, ebria y sofocada, se agolpaba en el minúsculo local envuelta en una nube de humo maloliente. Parte era del tabaco que fumaban casi todos, hombres y mujeres, y parte de la fritanga que servía en la barra la propia Lolina. Era una señora oronda, con el pelo cardado lleno de peinecillos, la cara muy pintada y sus revoloteadoras manos cargadas de anillos. Germán no tenía idea de joyería, pero evidentemente eran baratijas, pues de haber sido buenas, Lolina no

tendría necesidad de atender ese antro y no se le ocurría nadie que quisiera estar allí sin una buena razón. La suya era acompañar a Braulio y Juan, y la de estos beber, fumar y mirar. Habrían querido también jugar a las cartas, pero tenían poco dinero y temían perderlo. Así que se conformaban con acercarse a las mesas a echar un ojo.

—¡A ver, chicos, aire!
¡Como os pille ayudando a un tramposo, os rebano el pescuezo!

Los jugadores no

aceptaban de buen grado a los mirones. Las mujeres, por el contrario, eran muy amables, aunque supieran que no podían pagarlas. Mientras aguantaban que babosos viejos malencarados les metieran mano, las consolaba comprobar que aún había jóvenes que las observaban embelesados, incluso que tal vez estuvieran ahorrando para poder tocarlas. Germán no era uno de ellos, desde luego. Intentaba ocultar el asco que le daban los asaltos de pasión de los clientes de

Ancá Lolina. ¿Esa era la fuerza irrefrenable de la que hablaba Eliseo? ¿Esa la atracción incontrolable de los adultos? ¿La que ponía en riesgo el amor de un hijo, la lealtad a una esposa? Él no arriesgaría nada por una de esas gordas. Mil veces mejor estarían él y sus amigos hablando en la calle. ¡Hombre, si de pronto pasaran unas muchachas aseadas y guapas, sí podrían presentarse! Sería fabuloso besar a alguien como Virtuditas, pero con un beso lento, largo, civilizado, ¡no

con aquellos lametones,
como de perros! ¡Pero qué
muchacha iba a haber en la
calle a esas horas! ¡Y cuál
iba a aceptar hablar con tres
chicucos como ellos!
Virtuditas no, desde luego.
Ni «hola» le decía cuando lo
veía en su casa. Qué
engreída y qué altanera. Para
ser de tan buena familia no
estaba muy educada. Pero al
menos limpia era, y el aseo
era importante. Su madre lo
repetía siempre. Y don
Adolfo les explicó un día el
avance que para la
humanidad suponía la

higiene. Pero allí, en Ancá Lolina era como si estuviesen en plena Edad Media. Por suerte, la cerveza era buena. Beberla aliviaba, y no solo la garganta. Al acabar la cuarta, él se encontraba feliz en aquella covacha. Reía los chistes malos de sus amigos, comprendía por qué el lugar les gustaba. Tuvo suerte de que ellos supieran parar a tiempo y lo llevaran arrastrando a casa.

Cuando a la mañana siguiente hubo de levantarse, todo le seguía dando vueltas,

pero para que el tío no lo notara, se despejó echándose por la nuca varias jarras de agua helada. Siguió repitiendo sus salidas hasta acostumbrarse y llegó el momento en que era capaz de beber mucho casi sin inmutarse. Casimiro no prestaba el menor caso a qué hora regresaba, ni en qué estado. Y Eliseo se encontraba en un momento tan endiabladamente complicado de su relación con Elvira, tan preocupado por decidir si finalmente iría o no a acompañarla que se

desentendió un poco de Germán. No del todo. Pasadas varias semanas, cuando ya el chico se había convertido en una cara conocida del Lolina, donde las mujeres disfrutaban ruborizándolo al llamarlo «pelirrojo», «peli», «pecoso» o cosas peores, una noche al regresar a la carbonería encontró bajo la puerta un sobre a su nombre. Lo abrió y leyó una breve nota de Eliseo.

Querido Germán:

Hace tiempo que no he

podido verte porque estoy muy ocupado, pero si me necesitas sabes dónde encontrarme. Don Adolfo me ha comentado que últimamente te ve cansado y, extrañamente, desinteresado por sus clases y lo atribuye a que quizá, en ausencia de tu padre, estés trasnochando. No seré yo quien te juzgue (ni a ti ni a nadie), pero ten ojo con la bebida y con determinados bares. Juanín y Braulio son buenos muchachos, pero podéis veros envueltos en problemas. No sé si ellos

están solos, pero tú no lo estás.

*Un abrazo de tu amigo
y hasta cuando tú quieras,
Eliseo*

Germán, que aun sin reconocerlo llevaba desde el último encuentro con Eliseo molesto por su abandono, que él mismo admitía en esa nota, leyó esas líneas enfadado y triste. Reconocía el cariño con que habían sido escritas, sin embargo, habría preferido que Seo le invitara a cenar o se pasara por la carbonería a una hora

en la que sabía que él estaría para volver a hablarle como antes. Parecía no tener ya siquiera cinco minutos para dedicarle. Decía estar preocupado por su conducta, dispuesto a ayudarlo, pero se limitaba a concederle el tiempo de garabatear cinco o seis frases y aun eso con prisa, como, por la letra, bien se veía. En el fondo de su alma Germán sabía que Eliseo tenía razón en que estaba bebiendo demasiado y frecuentando a indeseables, por eso sentía más furia y más pena,

porque le daba vergüenza. Pero si no podía contar con su padre, ni ahora tampoco con Eliseo —trataba de justificarse—, no tenía más remedio que aferrarse a sus amigos, ir a donde ellos fueran para no perderlos.

La nota de Eliseo, en contra de la voluntad con que fue escrita, sirvió de acicate para que Germán siguiera saliendo tanto o más que antes. Al principio, él y sus amigos se mantuvieron fieles a la tasca del puerto, pero, poco a poco, siguiendo los consejos de otros

clientes, descubrieron nuevos locales y ampliaron el radio de sus correrías. Por supuesto, oyeron hablar del Morás, pero allí jamás se acercaron. Tenía fama de ser el más caro y elitista. Para franquear la puerta había que tener dinero para las consumiciones —de alcohol y mujeres— o, al menos, parecerlo. Así que ni lo rondaron. No obstante, una noche Juanín dijo que tal vez desde la puerta vieran algo o al portero le parecieran simpáticos y los dejara pasar. En el peor de los

casos —insistió—, siempre podían dar una vuelta a la manzana y buscar la puerta trasera o lateral por la que las cabareteras —según él— debían de entrar. En resumidas cuentas, que fueron. Al llegar comprendieron que sus esperanzas eran ingenuas. Ni se veía chica alguna por ninguna parte, ni era posible asomarse, ni el portero era precisamente amigable. Los miró desdeñoso e hizo un gesto similar al de espantar moscas conminándolos a circular y rápido. Ya estaban

a punto de irse cuando inesperadamente salieron Eliseo y Elvira. «Buenas noches. Hasta mañana» — les despidió familiarmente el vigilante—. Un golpe de rabia se apoderó de Germán. Algo parecido a los celos. En una milésima de segundo pensó que lo que le molestaba era la hipocresía, la mentira y la injusticia de Eliseo al afearle a él la misma conducta que él tenía, la de trasnochar, beber e ir con mujeres disolutas. Solo que, en su caso, pagándole servicios completos, según

parecía. Pero lo que de verdad le dolía era comprobar que aquel amigo, aquel protector, que últimamente ya no tenía tiempo para él, lo tenía para una mujer. O para varias. ¿Quién podía saber cuántas? Además, esa situación le hacía sentir, en carne viva, la herida del abandono de su padre, que también lo había olvidado por una mujer. Fue solo un instante, pero las emociones se agolparon tan intensas que Germán, sin dejar de mirar a Eliseo, empezó a llorar.

—Germán, ¿qué te pasa? —le preguntó Juanín, con una voz tan alta como para que Eliseo lo escuchara. Giró la cara, vio a Germán desencajado y lo llamó.

—¡Germán, Germán!
—gritó.

Para entonces Germán, desconcertado, avergonzado, deseando desaparecer, echó a correr. Y Eliseo tras él.

Mientras Elvira, el portero, Juanín y Braulio se miraban sin acabar de entender qué demonios pasaba allí, los dos se alejaron, al principio raudos,

luego ya más despacio, jadeando y sudando hasta que al cabo de un rato empezó a faltarles el aliento. Bien porque su pie resbalara sobre el empedrado, bien porque le fallaran las fuerzas, en un momento dado Germán cayó al suelo y desde allí se arrastró a cuatro patas buscando el abrazo de una esquina en la que se acurrucó aún llorando.

—Pero ¿qué te pasa, amigo? —Llegó al segundo Eliseo y se agachó a su lado —. ¿Qué ha ocurrido? ¿Por qué lloras así, con esta

desesperación? ¿Te ha asustado que te viera con tus amigos? ¿Ha sido eso? ¿Creías que te reñiría? ¿Has pensado tal cosa por la nota del otro día? Para de llorar, hombre, mírame y dímelo, Germán.

—No —contestó con esfuerzo porque el llanto casi no le dejaba hablar.

—Y entonces, ¿qué pasó? —preguntó Eliseo, tratando de abrazarlo.

—¡Déjame! —contestó Germán—. ¿Qué más te da?

—¿Por qué te revuelves, amigo, por qué

me contestas tan mal?

—¡Tú no eres mi amigo, no te importo nada, como a mi padre!

—No digas eso, hijo, claro que me importas.

—¡Sois los dos iguales, os olvidáis de mí en cuanto aparece una fulana!

Eliseo estuvo a punto de cruzarle la cara, pero consiguió controlarse.

—¡No sabes de lo que hablas! No sabes quién es, si lo supieras, te arrepentirías de lo que has dicho.

—¡Me da igual quién sea! ¡Vete con ella!

¡Déjame! —dijo Germán revolviéndose.

—¡Vale! ¡Te dejo! —contestó Eliseo, fingiendo estar dispuesto a irse—. ¿Y entonces qué harás? Cuando me vaya, ¿qué vas a hacer?

—¡Lo mismo que tú, ir a los bares, fumar y beber!

—Eso tampoco es cierto. Así como lo dices no, no es cierto.

—¡Pues peor para ti! ¡Es lo que yo haré! Beber y olvidar que mañana estaré solo, trabajando el día entero. ¡Y pasado mañana y el otro y el día siguiente, sin

importarle a nadie, sin que padre se moleste siquiera en escribirme!

—¡Germán, ven, no te escapes! —gritó Eliseo.

Cuando el chico volvía a salir corriendo, se topó con el sereno.

—¿Dónde vas tú, pillo?
—Lo agarró del brazo, mientras lo acercaba a Eliseo—. ¿Le ha robado algo, caballero? —preguntó.

—¡Por supuesto que no! —contestó Eliseo indignado—. ¡Es un amigo! ¡Suéltelo!

—Perdone, señor —se

disculpó el sereno—. Como escuché «No te escapes» y va tan desgarrado, el muchacho.

—¡Porque soy un carbonero, una rata, un golfo! —protestó Germán haciendo alarde de mala educación al limpiarse los mocos con la manga.

—¡Germán! —Le afeó Eliseo el gesto, al tiempo que despedía al sereno—. ¡Váyase, hombre, váyase, que habrá quien lo necesite!

—Con Dios, entonces. A los dos, buenas noches.

—Buenas —contestó

Eliseo.

—¡Vete tú también! —
le dijo Germán.

—¿Por qué me voy a
ir?

—Si te quedas un rato
más, igual me detiene un
municipal. ¿No has oído qué
parezco?

—No eches cuenta de
eso.

—Pero es cierto. En los
cabarés en que tú entras y
sales a mí no me dejan ni
acercarme. ¡Anda, vuelve
allí, vuelve con ella, sea
quien sea!

—¿Quieres que te

explique quién es? —
preguntó Eliseo.

—Me da igual —mintió
Germán enfurruñado.

—¿Quieres que te
cuente qué me trae tan de
cabeza?

—No me importa —se
enrocó él en su fingida
indiferencia.

—¿Y si al final decido
irme con ella a París, a
Francia, seguirá sin
importarte?

A Germán se le cambió
la cara. Sus pequeños ojos se
abrieron, se puso lívido.

—¿Lo dices para

asustarme?

—No, es en serio.

—No puedes irte. —El hilo de voz sonó extrañamente implorante después de la rabia y el desprecio.

—¿Quieres que lo hablemos? —volvió a preguntar Eliseo.

—Ella seguirá allí esperándote —contestó Germán como si intentara probar si Eliseo era capaz de elegirlo en un momento crucial.

—Luego se lo explicaré —repuso Eliseo—. ¿Te

parece que vayamos a un lugar tranquilo?

—Sí —afirmó Germán, al fin.

Y como a esa hora encontrar un sitio apacible era imposible, Eliseo acabó conduciéndolo al bar Pinichi, muy frecuentado por la ralea periodística por ser uno de los que cerraban más tarde y porque en él, se hablara de lo que se hablase, el ruido ambiente era tal que daba una falsa sensación de intimidad.

—Buenas, señor — saludó el camarero con la

tiza en la oreja en cuanto aparecieron.

—¿Habrá mesa? — preguntó Eliseo, levantando su voz sobre el estruendo.

—Al fondo queda alguna.

—Pues vamos para allá. Ponme una ración de ensaladilla —se interrumpió para mirar a Germán y, a modo de concesión, completó la comanda con un «y dos cervezas».

—Marchando —repuso el camarero.

En cuanto se sentaron, Eliseo fue directo al grano:

—¿Quieres saber de verdad quién es Elvira?

—¿Ella?

—Se llama así.

—¿Es una de las chicas del cabaré? —preguntó Germán.

—Para no mentir, sí, trabaja allí, pero no como tú crees. Germán, escúchame, voy a contarte algo que nadie sabe y que no puedes contar aunque algún día te enfades conmigo, porque le haría daño, ¿lo prometes?

—Lo prometo, Seo.

—La gente, todos creen que es la modista de las

muchachas y quien las asesora en materia de bailes y maquillaje, pero en realidad es la autora, la que se inventa las canciones picantes.

—¿Eso es tan malo?

—Es algo que no le gusta, de lo que no está orgullosa y que, de conocerse, no le daría precisamente buena fama. Es más, podría perjudicarla en su pretensión de publicar otros textos que escribe.

—¿Es periodista? — preguntó Germán.

—Es escritora.

—¿De libros?

—Sí, novelas y poemas. Muy buenos, créeme. Lee, escribe, eso es lo que más le gusta hacer. Suya es, precisamente, la biblioteca de la que han salido la mayoría de los libros que te he prestado yo. Así que ya ves, sin conocerla, sin que ella te conozca, de algún modo habéis estado unidos.

—Siento haber dicho...

—empezó Germán.

—Lo sé —zanjó el tema Eliseo. Yo la quiero, quisiera casarme con ella,

pero aún no puedo hacerlo porque tiene otros planes.

—¿Lo de París?

—Sí.

—¿Pero cuándo?

—Ya, en cuanto llegue febrero.

—Tú no te puedes ir.

—Claro que sí, Germán, aunque todavía no sé si lo haré.

—Primero madre, luego padre, ahora tú... — susurró Germán bajando los ojos.

—Vamos, eso no es justo. Tu madre no ha decidido morir. Tu padre

volverá pronto, y yo...

—¿Tú?

—Yo te quiero mucho, pero también la quiero a ella

—contestó Eliseo.

—¿Y lo que yo quiero?

—preguntó Germán
teniendo que hacer grandes esfuerzos para no echarse a llorar de nuevo.

—¿Qué quieres tú?
Cuéntame —le pidió Eliseo.

—Que te quedes. Lo demás da igual porque no lo conseguiré.

—¿Por qué dices eso, amigo? No es lo que hemos hablado otras veces...

—Pero es la verdad. Ya no soy tan chico como para no verlo. No tengo dinero, por más que me limpie, soy un carbonero con pinta de ratero, ¿has oído al sereno?, y no tengo a nadie. Hasta ahora, al menos, de vez en cuando aparecías tú, pero...

—Germán no pudo seguir.

—Vamos, tú no crees lo que estás diciendo. No es lo que me has contado otras noches, tienes tus sueños, difíciles de realizar, es cierto, pero no puedes rendirte tan pronto. ¡Lucha y echa cabeza, hombre! Si en

vez de seis cervezas al día tomas dos a la semana, mira si puedes ahorrar.

Germán, avergonzado, enrojeció.

—No te lo tomes mal, no lo digo por regañarte, sino para que siendo práctico, consigas seguir estudiando.

—¿Por qué insistes? Sabes que cuando ya no pueda ir a la clase de don Adolfo todo se habrá acabado.

—¡Lucha para evitarlo! A nadie se le cumplen sus sueños por arte mágico.

Elvira va a dejar su casa, su ciudad, su trabajo para intentar alcanzarlos.

—¿Y tú vas a dejarme a mí para luchar por ella?

—Te he dicho, y es la verdad, que aún no lo tengo claro. Te pongo el ejemplo de Elvira para evitar que renuncies a las ilusiones que tienes y un día te arrepientas. Yo sé que sueñas, porque lo hemos hablado muchas veces, con lograr un día un trabajo menos cansado y rutinario, mejor pagado que el de despachar carbón. No va a

ser fácil, pero eres joven y tienes talento. Sigue aferrándote al cabo que puede llevarte a esa vida distinta, sigue formándote.

Germán no podía mirar tan lejos cuando ese febrero en que Eliseo tal vez se fuera estaba a la vuelta de la esquina.

—Sin tu ayuda, no conseguiré nada. No te vayas —suplicó con angustia.

—No me hagas esto, Germán. A ver, escúchame, tienes que confiar en ti. Y luchar con tus propias

fuerzas. No sé si vas a entender lo que te voy a decir, pero yo no puedo asumir toda esa responsabilidad. La vida es una, amigo, no larga, por cierto, y yo también tengo mis sueños. Debo sopesar muchos factores, aclararme y tomar una decisión, rápido además porque me queda poco tiempo, pero si veo que mi sitio está aquí, me quedaré, y si es en París...

—Tendrás que ir —
completó Germán la frase.

Necesitó su mayor generosidad para hacerlo y

aun así no se sintió sincero. ¡Eliseo no podía irse de Cádiz! ¡Era la persona más importante de su vida, el único que, a pesar de los pesares, se preocupaba por lo que pensase, le hablaba, lo escuchaba, lo conocía y lo quería más que nadie! Sin embargo, Germán sabía que, precisamente para corresponder a su cariño, debía estar dispuesto a dejarlo marchar sin reprocharle nada, donde la búsqueda de la felicidad o los pasos de aquella misteriosa mujer lo llevarasen.

Por suerte para él, el sacrificio para el que empezó a prepararse aquella noche no fue necesario. Dos semanas después, aún de madrugada, cuando el sol apenas despuntaba, un enorme barco atracado en el puerto soltaba amarras con Elvira en cubierta. Eliseo la miraba desde el muelle y aunque sentía que estaba cometiendo el peor de los errores, ya era inevitable. No la llamó, ni lloró por más que lo deseara porque era consciente de que ella —que aún podía verlo— también

estaba destrozada. Elvira no paraba de preguntarse si el anhelo que la consumía valdría finalmente la pena. Pero estaba convencida de que no existía otra forma de averiguarlo que emprender aquel viaje e intentar realizarse.

Habían acordado estar en contacto en cuanto pudieran. Ella navegaría hasta Bretaña y solo al llegar a París tendría una dirección concreta. Había dejado a Eliseo las señas de un par de amigos de la familia, aunque, en principio,

quedaron en que sería ella la primera en escribir. Se miraban. Tristes los dos. Pero ella con los nervios de zarpar hacia su meta y él, en cambio, sintiéndose atenazado por el miedo del cobarde.

Cada vez había más movimiento en el muelle y el barco se alejó un trecho. Ella agitaba la mano y él le devolvía el adiós. Instintivamente, él se llevó un puño al corazón. Ella le mandó un beso. Él creyó ver que lloraba. Y de repente un murmullo se abrió paso

hasta su cerebro: «¡No puede ser!», «¡Qué tragedia!», «¡Que sí, que sí, que es seguro!». El rey Alfonso había muerto y como el sucesor seguía dentro del vientre de su madre, ella, María Cristina, sería nombrada regente. «¡Qué desgracia, señor!» Cuando quiso escapar al chismorreo, el barco estaba demasiado lejos y él ya no veía a Elvira.

VI

ACRÓBATAS EN LA LÍNEA DEL HORIZONTE

Un buen día, en vez de cruzar la puerta un cliente más, sin previo anuncio de su regreso del pueblo, entró a la carbonería Ramón. Del otro lado del mostrador, Casimiro y Germán lo miraron tan sorprendidos

como si vieran aparecer un espíritu. Al fin, el hermano reaccionó:

—Hombre, Ramón, estás aquí, has vuelto —dijo acercándose y, una vez frente a él, zarandeándolo con sus dos poderosas manos en lo que debía de ser su modo despegado de abrazo—. ¿Cómo no avisaste?

—No sé. Para que no estuvierais pendientes, ni os preocuparais si la diligencia se atrasaba por algo —mintió Ramón, que no había escrito temiendo que, al

conocer de antemano su llegada, su hijo le brindara un recibimiento más frío del que ya ahora le daba.

En efecto, Germán, a diferencia de Casimiro, seguía parapetado tras el mueble de madera, junto a la caja. Su inmovilidad era la forma de mostrar su enfado. En el fondo deseaba que su padre se aproximara y lo abrazara. Poder perdonarlo. Pero Ramón, como tantas veces, antes y después, fue incapaz de reconocer lo que esperaba de él. Fuera por temor, timidez o torpeza, se

limitó a alzar las cejas y mover un poco la cabeza, mientras le preguntaba:

—¿Qué tal, Germán, todo bien?

¿Qué cabía contestar? —se planteó el muchacho—. Sin llegar a articular ese pensamiento de modo claro, sintió la frialdad de su padre como una ofensa añadida al hecho de que hubiera rehecho su familia. Siguió, no obstante, callado a la espera de que Ramón añadiese algo, algo que le permitiera salvarlo, pero como no lo hizo, se decidió

finalmente a responder:

—Sin novedad, por aquí.

Ramón ni siquiera reaccionó a aquella enfatización del último adverbio hecha con afán de provocar, así que Germán, que sentía ya su sangre arder, se vio diciendo:

—Tú, en cambio, te casaste.

A lo cual su padre contestó:

—Sí. Con Amalia.

—Y has tenido un hijo.

—Sí —asintió de nuevo

Ramón—. Vicenta, tu

hermana.

Y Germán, que sostenía la mirada de su padre animado por una especie de osadía que le había llevado a levantar las cartas antes de seguir la partida, quiso dejar la mano ahí y se limitó a concluir:

—Ea, pues.

Lo dijo con una mezcla de rabia y desánimo. Como queriendo decir: «Pues esto es lo que ha pasado aquí: que tú y yo sabemos lo que has hecho, la bajeza que ha supuesto hacia la memoria de mi madre y hacia mí.

Ahora ya no tiene arreglo. Tendremos que vivir con eso, pero es decepcionante que ni siquiera puedas mirarme de frente, pedirme que intente comprenderte, explicarme por qué lo has hecho, hacer algún esfuerzo que nos ayude a empezar de nuevo».

—Bueno, bueno — intervino Casimiro para rebajar la tensión—, estarás cansadísimo, hermano.

—No, tranquilo.

—Seguro que sí. Anda, vente a la trastienda, nos sentamos, te explico cosas

de este tiempo; Germán se queda en la tienda, la ha estado llevando casi solo, el muchacho. ¡No sabes qué suerte tienes! ¡Qué hombre está hecho!

—Sí que lo sé, lo veo —se atrevió Ramón a contradecir a Casimiro, acompañándolo adentro, aunque sin dejar de mirar a Germán, que fingía buscar un papel concreto entre varios, para evitar que lo viera llorar.

Ramón no advirtió las lágrimas, pero pudo imaginar lo que pasaba, lo

triste y dolido que estaba su hijo. Se sintió culpable por el desgarró que le había provocado, pero incapaz de girar sobre sí, estrecharlo y confortarlo. ¿Qué podría decir? ¿Cómo explicaría aquel impulso, aquel deseo desaforado por Amalia? Hablar de ello sería contraproducente —pensaba—. Además de innecesario. Ni su nueva esposa, ni la niña vendrían a vivir a Cádiz. La carbonería no era lugar para una familia. Así que Germán no las conocería, de momento, no

tendría que vivir con ellas. Los dos, juntos en la tienda, limarían sus asperezas, recuperarían sus antiguos hábitos . Germán comprobaría que, aunque él hubiera vuelto a casarse, seguía siendo el de siempre. Quizá incluso, con el tiempo, llegara a perdonarlo. Ramón pensaba en eso con la cabeza vuelta ya a Casimiro mientras a su espalda, el hijo, solo, seguía sin atreverse a secarse el llanto, por miedo a que las manos con restos de carbón le tiznaran toda la cara.

La tirantez entre padre e hijo no desapareció ni en un día ni en dos, persistió muchas semanas, a lo largo de las cuales Ramón y Germán se obligaron a reprimir sentimientos y ahogar palabras. Pero, poco a poco, y tal como Ramón preveía, la convivencia fue imponiendo un ritmo. Juntos visitaron a los productores en el campo, siguieron fabricando el picón en los hornos como antaño, vendiendo en la tienda y por la calle con el carro. Ya en

la primera revisión de las cuentas que en su ausencia Casimiro había estado llevando, Ramón se percató de que los resultados, aunque ligeramente, habían mejorado y eso le dio ánimos.

También le tranquilizó comprobar que su hijo, pese a su enfado, se mantenía juicioso, sensato. Justamente antes de que Ramón regresara fue cuando Germán decidió cenar ya siempre en casa y estudiar más horas, con más entrega, más ganas. Y ahora, que su

padre estaba de vuelta, lo veía levantarse de la mesa, aún masticando el último bocado, y entregarse a la lectura, los cálculos, el estudio, hasta que el sueño le acababa agotando. A veces se quedaba dormido, incluso, con el libro en las manos. Viéndolo como lo veía, era difícil imaginar que en algún momento se hubiera desmandado.

A los amigos de Germán, en cambio, lo que les costaba asimilar era que no fuera a salir más. Se habían enterado, por

Braulio, de que su padre había vuelto de Pechón y atribuyeron a eso que dejara de verlos un tiempo. Pero en el fondo todos intuían una conexión entre aquel encierro y el extraño suceso a las puertas del Morás. Juanín, Juan, como de un tiempo a esta parte insistía en que lo llamasen, fue quien tomó la iniciativa de averiguar qué pasaba de verdad y una tarde se zafó del ultramarinos para visitar a Germán.

—Hola, amigo —lo saludó todavía en el umbral

de la carbonería.

—Hola sobresaltado —contestó Germán—.

¿Qué haces aquí?

—¿Ha salido tu padre?
—preguntó Juan.

—No, bueno, está en el patio. ¿Qué quieres?

—Pues hablar contigo, aclarar las cosas. Anda, suéltalo ya, hombre, ¿qué pasa? ¿Estás enfadado con nosotros?

—No.

—Menudo amigo eres, si me mientes —replicó Juanín, decepcionado—. ¿Es porque tu amigo el

periodista nos vio en la puerta del Morás? Era él, ¿no?, el que iba con la cabaretera. ¿Qué pasó? ¿Te riñó? ¿Os peleasteis? ¿Se ha chivado a tu padre de que vamos de tabernas? ¿Te han castigado por eso?

—Que no, hombre, que no.

—Que sí, que era él, que lo sé.

—Sí era Eliseo, pero no ha hablado ni con Casimiro, ni con mi padre, ni nos hemos peleado, ni nada de lo que hablas.

—Entonces, ¿por qué

ya no te vienes con nosotros?

—Si entra un cliente, tengo que atenderlo — intentó Germán cambiar de tema sin ninguna mano izquierda.

—Si entra un cliente me iré. ¿O quieres que me vaya ya? —dijo ofendido Juan.

—No, hombre, no es eso —rectificó Germán.

—Pues cuéntame. Estamos todos escamados, sin saber qué te pasa, si te has enfadado o...

—Se me han pasado las

ganas de ir donde Lolina. Ya está.

—Solo eso. Pues vamos a otro sitio. Braulio está ahorrando para estrenarse con ellas, pero yo... ¡Son tan feas! Prefiero guardar mis ahorros para el barco.

—¿Qué barco?

—El que sea que coja cuando me embarque.

—¡Qué cosas dices! ¡Como si fueras a zarpar mañana!

—Bueno. Pero mientras me embarco y no me embarco, ¿qué hacemos si

no vamos donde Lolina o a una taberna parecida?

—Yo estoy estudiando.

—¿Todas las noches?

—Todas.

—¿Por qué? Eso es que te ha castigado tu padre. Lo que yo digo.

—Que no, pesado.

—¿Entonces qué?

—He pensado... —

empezó Germán.

—¿Qué? —le preguntó Juan animándolo a continuar.

—Que si cuando acaben las clases con don Adolfo sigo estudiando,

igual luego encuentro un trabajo mejor que el de carbonero.

—¡Embárcate conmigo! —exclamó entusiasmado su amigo.

—¡Sí, claro!

—Podemos empezar a entrenarnos para enrolarnos.

—¿Entrenar?

—Sí, correr, levantar peso, botes, botellas, piedras, lo que sea, saltar a la cuerda como los boxeadores.

—Bueno, yo prefiero estudiar.

—Venga, hombre. No

te hagas el fino. ¿Y si no consigues *manteca* para más clases? ¿No vendrás conmigo? ¿Te quedarás en la carbonería para siempre?

Siete palabras entre interrogantes, siete, hicieron a Germán saltar como un muelle y desde entonces empezó a alternar las noches de estudio con aquellas de supuesto adiestramiento para la dura vida de marino a las que, de forma menos constante pero también frecuente, se acabó uniendo el resto de los amigos. Algunas veces recuperaron

las fuerzas cenando e incluso bebiendo juntos, como en los viejos tiempos, pero Germán no volvió a trasnochar como había hecho.

Durante el día, trabajaba mucho, de nuevo, mano a mano con su padre, salvo al repartir los encargos, que era algo que se había acostumbrado a hacer solo, cuando Ramón viajó a la aldea, y resolvía ya muy rápido. De tanto ir y venir, salir y entrar, en casas como la de don Joaquín Poza era ya uno más de la

familia. De la del servicio, por supuesto. Llegaba siempre por la puerta de atrás, la anexa al establo que daba al patio, donde había borricos y caballos. Normalmente se encontraba a las muchachas lavando en las pilas de piedra, refregando las prendas sobre el lebrillo, colando sobre ellas el agua hirviendo o tendiendo. De toda la casa, en todos los años que la venía visitando, apenas había pisado más que la cocina, intersección del mundo de siervos y amos, y

aun eso muy de tanto en tanto, cuando la cocinera salía a la ventana a ofrecerle un vaso de agua.

—Anda, prueba un dulcecito, niño —le decía luego, cuando él ya estaba junto al fregadero.

—No, Manuela, de verdad que no, muchas gracias —se resistía él, por educación, aunque el hambre le hiciera salivar.

—Que sí, que sí, niño. Anda, come y calla —insistía la mujer hasta verlo comer.

Inmediatamente se

unían a ella otras compañeras:

—Qué, Germán, está rico, ¿eh? —decía una, más afirmando que interrogando.

—Buena falta te hacen unos kilitos, hijo —añadía otra, enseguida.

—¿No te parece, Nandi? —preguntaba una tercera.

María Fernanda, Nandi, era una de las seis mujeres del servicio, una muchacha apenas dos años mayor que Germán y de la que las demás decían que estaba «enamoriscada del

carbonerillo». La pobre, cuando él llegaba con el reparto, era el centro de muchas guasas, algunas muy descaradas. Pero Germán no se daba cuenta de nada. Era demasiado inexperto y además solo tenía ojos para la señorita de la casa. No es que viera a Virtuditas en todas sus visitas, pero siempre estaba alerta por si acaso ella pasaba tras una ventana o una puerta con uno de aquellos vaporosos trajes claros de gasa de algodón, encajes y bordados. Cuando al fin lograba verla,

Germán se quedaba embelesado, inmóvil, mudo, alucinado ante la contemplación de la que era, a sus ojos, un hada. Tal vez una con el gesto más serio, más altivo, que las imaginarias, pero con la ventaja de ser real, de carne y hueso y de poder, por tanto, ser tocada. Otras veces la voz de Virtuditas le llegaba bajando, como en cascada, desde los dormitorios por el patio en busca de una criada que la vistiera, calzara o peinara. Cuando la oía, y más cuando

la veía, sentía viva la pasión sobre la que Eliseo hablaba. Un millón de veces preferiría él espiar a aquella criatura mágica —viéndola vestida, por supuesto, pues su desnudo no osaba imaginarlo— que acostarse con la mejor de las mujeres que en puerto se alquilaban. Pero a medida que fue pasando el tiempo empezó a molestarle sentir aquello por alguien, que no es que lo tratara mal —como desde luego sí hacía Virtuditas con las mujeres que la servían—, sino que lo ignoraba.

El día en que la niña cumplía dieciséis años, Germán la odió con la fuerza con que se odia a quien, en secreto, se desea. A primera hora de la mañana su padre, don Joaquín Poza, cruzó raudo ante la puerta de la carbonería y pareció echar un vistazo al paso. Era infrecuente encontrarlo por el centro tan temprano, pues lo primero que hacía al amanecer era salir extramuros con su caballo, rumbo a alguna finca. Pero aquella mañana tenía una cita en la joyería. Cuando ya

había comprado el regalo de Virtuditas y volvía, se paró, pareció recordar algo de pronto, dio media vuelta y entró en el despacho de carbón. En las manos traía —según se fijó Germán— dos paquetes diferentes, uno grande y cuadrado, envuelto en un papel lavanda y anudado con un lazo morado, y otro entrelargo, sencillo, blanco.

—Buenas, Ramón — irrumpió el vozarrón del señor—. ¿Trabajando? — constató.

—Sí, don Joaquín —

contestó el padre de Germán —. ¿Qué se le puede ofrecer?

—Me he fijado en la empleita que tienes junto a la ventana. ¿Quién te la hace? ¡Lo contrato! — contestó el hombre yendo, fiel a su costumbre, al grano.

—Pues no sé, don Joaquín —contestó Ramón, atribulado.

—¿Cómo no lo vas a saber, truhán? Qué, no quieres que te lo quite, ¿no? —insistió.

—No, no, qué va, señor —negó Ramón—. De

verdad, no sé quién es —
mintió—. La compro en el
almacén. ¿Pero para qué lo
va a contratar usted? Con el
buen precio a que se vende.
Llévese hoy un par de
metros, regalados, y si le
valen, ya se va usted
llevando cuantos necesite.

—¿Qué regalo, ni
regalo, hombre? ¡Como si
no pudiera yo pagar! —gritó
—. Si quisiera dos o tres
metros los compraría. Lo
que me pasa es que tengo un
par de inútiles en el campo,
dedicados supuestamente a
esto, y si encontrara a

alguien que de verdad hiciera bien su trabajo, les daría boleto. Pero como no conoces al buen hombre... —dejó con ironía las palabras en suspenso.

—De verdad que no, don Joaquín —repitió Ramón.

—Ea, pues nada, mala suerte, entonces —dijo el terrateniente—. Hasta otro día —zanjó la conversación, se despidió y se fue.

Germán y Ramón sintieron alivio al ver su altanera silueta salir, hacerse más pequeña y desaparecer

al fin. Era aquel don Joaquín tan prepotente como se oía decir. Con esa seguridad de poder comprarlo todo, probablemente basada en la experiencia. Pero al menos, aquel día —pensó Germán— su padre había luchado con habilidad para mantener en secreto el nombre de aquel proveedor que le era tan preciso: Servando, un joven sordomudo que también hacía de guarda en uno de los talleres de astilleros. Sus empleitas eran de verdad estupendas, hechas con ramales muy

finos de palmas y pitas, trenzados con fuerza para que fueran prietas, pero con delicadeza para que no se rompieran. Si don Joaquín se lo proponía en serio, lo acabaría encontrando y lo contrataría, pero cabía la posibilidad de que en el camino a su casa asaltaran al señor mil y un otros proyectos y, finalmente, se olvidara por completo de aquello. Menudo caprichoso era. Sí, se olvidaría, se olvidaría, como se había olvidado..., ¡se había olvidado la cajita alargada

junto a las empleitas! Debió caérsele al señalarlas o tal vez la apoyara un momento y luego se olvidara de recogerla.

—¡Pues ve de inmediato, hijo, y se la llevas! ¡Solo eso nos falta, que el señor se disguste por culpa nuestra!

Germán se lanzó a la calle, a la carrera, pero llegó hasta la casa de los Poza sin haberle dado alcance. Como no iba a hacer una entrega, sino un favor, le pareció correcto llamar a la puerta principal. Por primera vez

puso un pie en la casapuerta de paño de azulejo, se asomó a la cancela y alargando la mano entre el enrejado blanco tomó y zarandeó la cadena que hacía sonar la campanilla. Enseguida vio aparecer a Josefa y, tras ella, a Virtuditas. Venía como andando a ciegas, sin levantar la vista de la pulsera rígida que ceñía su muñeca. Era una joya de oro claro con un zafiro de un azul oscurísimo en el centro y sendos brillantes, refulgentes, a los lados.

Virtuditas pasaba incluso el dedo índice sobre las gemas, acariciándolas. Era su regalo de cumpleaños.

—¿Qué haces por esta entrada, chiquillo? —preguntó Josefa a Germán, rompiendo el hechizo.

—Eh... —respondió él dando un respingo—, traigo esto que se ha dejado don Joaquín olvidado en la tienda.

El padre de Virtuditas, que estaba en el despacho con las puertas abiertas, oyó al muchacho y salió a ver.

—¡Ah, eso! No te

hubieras molestado. Me lo dio el joyero. Es poca cosa, nada. Cógelo si quieres, Virtudes, hija. De parte del joyero, una cosita.

Mientras el hombre se volvía adentro, la niña se acercó displicente, tomó la caja que Germán le tendía, sin rozarlo, abrió el estuche y sacó un abanico que a él le pareció muy bonito, pero que no debía de serlo tanto —se dijo— porque Virtuditas, casi sin mirarlo, lo dejó en una silla y se fue pasillo adelante, escaleras arriba como hipnotizada por

el fulgor de las piedras preciosas.

—Siento la carrera, Germán. Gracias de todas maneras —le dijo Josefa, que luego bajó un poco la voz y añadió—: Ya sabes cómo es ella.

¡Empezaba a darse cuenta! ¡Menuda Virtuditas, qué desagradecida! ¿Quién se creería? ¡Una muñeca de porcelana era, toda cara bonita y cabeza hueca! ¡Aburrida todo el día! ¡Sin más cosa que hacer que vagar por la casa, como un fantasma! ¡Si no sabría ni

leer siquiera! ¡Él sería un carbonero, que lo era, estaría sudado, que lo estaba, a lo mejor hasta apestaba, pero sabía comportarse, saludar, despedirse, valorar lo que le regalaban! Le dolió su desprecio porque estaba prendado de ella desde el primer día. Tanto que incluso ahora, que acababa de menospreciarlo, le costaba creer que ese fuera su verdadero carácter.

En pocas horas cualquier resto de duda se disiparía. Esa noche había quedado con Juan, Leto y

Ángel. Nada más encontrarlos, pasó junto a ellos el coche de caballos que llevaba a Virtuditas y sus amigas a la fiesta que sus padres le habían organizado en el balneario de la playa. Si ella lo mirara un instante, si le sonriera — pensó Germán—, le perdonaría el desplante. Pero Virtuditas no atendía a la calle, solo hablaba y se reía con sus acompañantes. Casi sin darse cuenta Germán hizo algo a lo que nunca se había atrevido antes, levantó la mano y la agitó

saludándola. Fue un gesto insensato —le pareció al instante—, pero habría deseado que ella le demostrara que no era tan ingrata. No pudo ser y Virtuditas y su corte siguieron camino en la calesa.

—¡Vaya necia la tal Virtuditas! —dejó él escapar su frustración—. ¡Pues no me mato esta mañana a correr para llevarle un abanico que se dejó su padre en la carbonería y ni me da las gracias, y ahora que la saludo para que vea que le

perdono su mala educación,
va y no me dice adiós!

—Más necio eres tú —
repuso Ángel, tranquilo,
desconcertándolo.

—Pero ¿qué dices? —
se revolvió Germán.

—Eso mismo. Que lo
tonto es esperar que alguien
como ella, distinguida y con
posibles, le preste atención a
un carbonero como tú. O un
chicuco como yo. Ni te ha
reconocido. Ni te habrá
visto. Ni esta mañana, ni
ahora. No lo hace con
maldad, vive en otro mundo.
Y hay que ser corto para no

entenderlo.

—¡Como no dejes de meterte conmigo...! —bramó Germán.

—Déjale que te cuente —le susurró Juan.

—No lo digo por insultarte. Durante años yo he sido tan necio como tú.

Germán creyó que Ángel iba a contarle que también él había estado enamorado de Virtuditas, pero la historia que escuchó fue mucho peor:

—Verás, Virtudes y yo somos hermanos —empezó Ángel, bajando la voz hasta

convertirla en un hilo—. Créetelo, Germán, lo juro, hermanos de padre y madre, estos lo saben. Ella es la mayor y detrás de mí está Román, de doce años. Vivimos juntos muy poco, esa es la verdad, porque Román era un recién nacido cuando mis padres sufrieron el percance. Tenían que recoger las vacas que estaban en un cerro. Debían de haberlo hecho mucho antes, pero como a mi pobre madre le cogió el final del embarazo y luego el parto fue prematuro, pues no

pudieron. Ya estaba avanzado el invierno y las vacas debían de estar sufriendo a la intemperie. Padre tenía dos hermanos, pero uno estaba en Cádiz y no podía hacerse cargo y el otro, que vivía pared con pared, era, y es, muy mal encarado y jamás ha ayudado en nada a nadie. Así que los dos pobres tuvieron que bastarse para salir a reunir las vacas y traerlas a la cuadra. Mira que padre no quería que madre lo acompañara. Me parece verlos discutir a la

puerta de casa, aunque es tan difícil que me acuerde, de lo pequeño que era, que será como otras cosas que me contó la abuela. El caso es que salieron y reunieron las reses. Volvían ya a la casa bajando por el cerro cuando una niebla espesa los envolvió de pronto. Mis padres conocían el campo de memoria, pero aun así, les resultaba imposible orientarse. Empezó a llover y tanto ellos como las bestias resbalaban a cada paso. Jamás se supo qué ocurrió exactamente, si uno

de los dos cayó y el otro intentó ayudarlo o si los dos se precipitaron en momentos diferentes. Quizá intentaban salvar a los terneros que también se hallaron muertos al fondo del barranco. Lo cierto es que se despeñaron y nos quedamos huérfanos. El tío de Cádiz, que por entonces había hecho dinero, vino enseguida al pueblo. Llevaba casado diez años y no tenía hijos. Al ver a Virtuditas pensó en la tía y la ilusión que le haría criarla. Así quedó decidido que ella vendría a Cádiz y

Román y yo nos quedaríamos con tío Raúl, que tenía otros dos varones pero vio muy bien contar con nuestros brazos para el campo. A él es a quien mando lo que ahorro para que trate bien al pobre Román, que allá está. Solo yo sé cómo. Comiendo poco y mal, trabajando como un mulo... Rezo a Dios porque reciba menos golpes de los que me dio a mí. Hubiera preferido cien veces no ir a aquellas clases de la Casa de la Montaña en que nos conocimos con tal de recibir

la parte del dinero que en mi nombre se daba al maestro y haberla mandado entonces, ya hace tiempo, al tío Raúl para que estuviera contento y se le quitaran las ganas de pegar a nadie más. ¡Total, para lo que me ha servido el dichoso estudiar! Pero, aunque no estoy seguro, creo que es tío Joaquín quien me metió en el grupo. Tal vez le avergonzara, siendo él quien es en Cádiz, tener aquí un sobrino analfabeto, o quizá quisiera contentarme, quizá tuviera o aún tenga miedo de que aborde a Virtudes y le

recuerde quién soy. Si es así, sufre en balde. Jamás le diré nada a mi hermana. De sobra sabe ella quién soy. Yo la recuerdo, la he recordado siempre y eso que dejé de verla cuando tenía cinco años. Ella es un año mayor, con más motivo debe reconocirme, pero en verdad te digo que no me ve, no nos ve. Yo me la he cruzado muchas veces por la calle, pero para ella soy transparente, porque soy pobre, como ella era antes. Yo he sido un necio y un corto de luces muchos años.

Me ha costado comprender esto que te cuento. Por eso te lo digo, amigo, no te empeñes, no te indignes. Ella vive en un mundo distinto. ¿Cómo va a saludarte, si no me saluda a mí?

Germán permaneció callado, asombrado, aún mucho después de que la confesión de Ángel hubiese terminado.

—Vaya, siento haberla insultado. Yo no sabía...

—Tenía que habértelo contado.

—Pero aun así, ella

es... No debería ignorarte. Un día se dará cuenta de lo importante que es un hermano y...

Cuando Germán se oyó decir aquellas palabras, dejó la frase a medias. ¡Qué hipócrita! —pensó—. Él también tenía una hermana, aunque fuera solo de padre, y si nunca les había hablado de ella era, precisamente, porque, aun sin conocerla, la despreciaba. En aquel instante se arrepintió, sintió vergüenza.

—Yo también tengo que contaros algo —

comenzó.

Y así, mientras recorría, la cabeza gacha, la alameda Apodaca, se fue sincerando, habló no solo de aquel recién nacido, sino de cómo la aventura de su padre le había dolido, le seguía haciendo daño. Esa noche, la del decimosexto cumpleaños de Virtuditas de la Poza, marcó un antes y un después en la adolescencia de aquella pandilla. Por primera vez sus miembros se sintieron, más que amigos, casi hermanos, cómplices, además de en las juergas y pillerías, en sus

tristezas y miedos, y confabuladores de proyectos frente a ellos.

Aunque no fuera resultado de uno de esos planes que trazaron, en las siguientes semanas Germán desterró a Virtuditas del terreno de sus deseos secretos. A la luz de la verdad, por más guapa que fuera, ya no podía quererla. En cambio, en contraste con ella, poco a poco, una figura emergió de las sombras. Era Nandi. Ella, que tantas veces lo había mirado, de pronto fue mirada. Y cuando él por

fin se fijó en la muchacha se sintió, curiosamente, atraído por sus ojos. Eran almendrados, grandes y oscuros. Hipnóticos. Como el pequeño lunar que bailaba sobre el labio, justo en el borde, actuando como un reclamo, una señal palpitante, cuya utilidad era guiarlo. De tanto mirar esos labios, Germán llegó a sentir unas irrefrenables ganas de besarlos. Tal vez fuera el impulso adolescente por descubrir el sabor de una saliva distinta. En todo caso, Nandi le pareció más digna

de su proyecto de beso, del ansia que sentía que su señorita. Era mejor persona, dulce, sonriente, no solo con él, con todo el mundo. Además ella sí que le echaba cuenta, de hecho, juraría que aunque con timidez, mirando casi siempre de soslayo, le buscaba los ojos. Si no lo había advertido antes era porque estaba deslumbrado por Virtudes, con esos tules y esas gasas. Tenía que reconocerlo, por sus destellos de niña rica. Pero no era más que eso. De Nandi, en cambio, tenía la

impresión de que era otras mil cosas. ¿Cuáles? Germán se entregaba a inventarlas mientras trabajaba, camino de las clases o en la cama. Una amiga alegre y divertida, alguien que deseaba ser besada, una persona con imaginación propia que, acostada, también fantaseaba.

Las ilusiones sobre Nandi se abrieron camino entre la amalgama de pensamientos que empezaron a inundar el cerebro de Germán. Un creciente tumulto de

inquietudes vitales que podrían clasificarse desde las vagamente políticas o sociales a las desasosegantes religiosas, o más bien existenciales, hasta las más potentes, sexuales. Ideas, intuiciones, pulsiones que no compartía ni con su padre, ni con su tío, ni con sus amigos, ni con su maestro, ni con nadie que no fuera Eliseo. Él era la persona más lista que conocía, la más preparada para ayudarlo, para enseñarle. Y la que le hacía concebir más esperanzas sobre su futuro,

sobre sí mismo.

—Eliseo, dime la verdad —interrumpía más de una vez Germán la conversación que mantenían los dos, en un bar o, más asiduamente, en casa de Eliseo, en su salón.

—¿Sobre qué, Germán? —preguntaba Eliseo, aunque adivinaba ya el giro que la charla iba a tomar.

—¿Piensas sinceramente que un día dejaré de ser carbonero?

—Lo pienso.

—¿Y por qué?

—Porque eres

inteligente, tienes talento.
¿Necesitas oír eso?

—No. Bueno, sí. Está bien, pero la pregunta es ¿cómo lo haré sin dinero?

—A ver, hemos hablado de eso. Cuando vuelves a preguntarme, es porque tal vez dudas de lo que ya te he dicho. Pero insisto. Siempre te voy a contestar lo mismo porque estoy convencido. Es verdad que tienes muchas menos opciones que un niño burgués para seguir estudiando y que llegar a universitario es un

proyecto... complicado. Pero cuentas con oportunidades, porque no es cosa de hoy que se haya propugnado la igualdad de todos los humanos, eso ocurrió hace años, en 1789, ¡fíjate, más de un siglo! Es una hermosa premisa, pero es mucho más que palabras bonitas. Desde el punto y hora en que, aunque siga habiendo jerarquías, clases altas y bajas, se proclama la igualdad ante la ley, hay una vía para conquistar un lugar distinto al que el destino te haya querido asignar.

La ley, la importancia de la ley era el credo de Eliseo. Por encima de todo siempre ensalzaba el Derecho. Hablaba de él con más admiración que de su propia profesión, mucha más, tal vez desde el recuerdo de aquella vocación de juventud que finalmente se frustró. Eliseo insistía a menudo, cuando surgía el tema, y de un modo u otro ocurría con frecuencia, en que la ley era una de las más altas conquistas de la sociedad humana «y una de las más

sofisticadas». Una forma de organización fundada en la creación de unas normas de juego, claras, iguales para todos, racionales, conforme a las cuales se regían las vidas, se articulaba la convivencia, se marcaban límites, desde luego, pero para garantizar que las relaciones entre individuos no estuvieran basadas en la violencia o la fuerza. «¿En qué, entonces?», solía preguntarle Germán. «En la ley», contestaba él. En la palabra. En la decisión humana. En el código. En la

argumentación a partir del mismo. Pero las leyes no eran perfectas —le discutía el chico—, a veces se cometían injusticias, había errores, o gente que por no tener dinero no podía defenderse, él mismo escribía de esos casos en el periódico. Sí, era cierto —reconocía Eliseo—. Nada que inventara el hombre podía ser perfecto, pues él no lo era, pero la ley, precisamente, era una garantía contra la arbitrariedad humana. Para empezar, porque partía de

normas preestablecidas y no de reacciones ad hoc —«que quiere decir, Germán, específicas para cada caso»— y porque, si su interpretación planteaba dudas, se preveían mecanismos de revisión en instancias superiores, a cargo de otros profesionales más cualificados. Por si fuera poco, con el consenso suficiente, las leyes siempre podían cambiarse, mejorarse, algo en lo que entraba en juego la política, los partidos, que, con todos sus defectos, eran también

necesarios y admirables.

Le hablaba de eso muchas veces para, al final, llegar siempre a la misma conclusión: la Revolución francesa era el gran hito, la separación de poderes, su mayor fruto, y el imperio de la ley, la garantía de funcionamiento y la esperanza de mejoras para el futuro. La gente no valoraba la importancia de la ley en su justo punto, porque la daba por supuesta. En la vida diaria no parecía afectar a nadie. Todos cumplían con sus trabajos, se relacionaban

unos con otros, compraban y vendían, sin que, aparentemente, las leyes marcasen el curso de los acontecimientos. Pero si no existiera la ley, todo cuanto conocían sería diferente: nada de comprar o vender, el que pudiera cogería lo que quisiera a su antojo y los demás tendrían que conformarse; podría encapricharse de todo y disponer de ello, incluidas otras personas, esclavizarlas en vez de emplearlas, incluso herirlas o matarlas; enseñar o aprender carecería

de sentido, pues solo la fuerza tendría importancia; unos pocos vivirían muy bien y el resto, con suerte, sobreviviría.

A Germán le costaba replicar a Eliseo. A sus ojos él era una autoridad, intelectual y moral. Pero también bajo el imperio de la ley —se atrevía a apuntar— había una minoría rica y poderosa, y una mayoría pobre, inculta, agotada, sin esperanzas. Eliseo lo sabía. Escribiendo en Sucesos los veía de cerca, pero en una sociedad moderna, regida

por la ley, los desfavorecidos tenían opción de dejar de serlo. No estaban condenados hasta su muerte. Era difícil, cierto, casi imposible, pero casi. Ahí entraban como elementos clave la educación, los libros. Si uno se formaba, se preparaba, si aprendía a manejar las herramientas del sistema, estaba a su alcance abrirse camino, influir, cambiar las cosas. Había que creer en ello y trabajar muy duro, desde luego, pero podía hacerse. Era al decir

palabras como aquellas cuando le guiñaba un ojo, o le revolvía el pelo, le hacía algún gesto de cariño con el que relacionaba la gran teoría con su caso concreto como diciendo: «¿Entiendes lo que te digo? ¿En qué medida todo esto tiene que ver contigo?».

—Por eso tienes que confiar —acababa por transmitir a Germán—. El mundo avanzó centurias en unos pocos días de 1789, pero escúchame, amigo, eso no será nada para lo que pase de ahora en adelante.

¿Quién puede imaginar cómo será el siglo xx? Nadie. Pero una cosa sí puedo asegurarte, será el siglo no de los ricos, no de los fuertes, sino el de los preparados e inteligentes. Por eso, hazme caso, serás lo que quieras ser, siempre que luches por educarte. ¡Educate!

Eliseo estaba convencido de eso. Aquella fe laica suya, en el derecho, en la educación, en la intrínseca bondad humana, en la capacidad de progresar, en la radical igualdad,

animaba todo lo que hacía: desde la redacción de sus crónicas y noticias a su participación en las organizaciones sindicales y políticas en las que militaba.

A Germán le encantaba hablar con Eliseo porque después de hacerlo sentía como si le crecieran unas alas fuertes, poderosas con las que podría alcanzar la más lejana costa. Y Eliseo, en efecto, hablaba con vehemencia porque aquellos potentes ideales suyos, esas convicciones férreas eran, hacía tiempo, esenciales en

su existencia y últimamente, además, junto al trabajo en el diario, constituían la tabla de salvación a la que se aferraba para soportar el vacío, el frío que le estremecían desde que se marchó Elvira.

Ella se había ido hacía ya cuatro meses y aún no había mandado ni la más escueta carta. Eliseo se sentía, por momentos, preocupado, decepcionado, desesperado. Así que, contraviniendo lo pactado, tomó la iniciativa y mandó sendas misivas a las señas de

París que tenía. Solo uno de los dos destinatarios, un tal monsieur Pérez, de origen inequívoco, le respondió para decirle que aún no sabían nada pero que, en su opinión, no había motivo de alarma. Seguramente Elvira estuviera en la ciudad, hacía meses o semanas, y simplemente no hubiera tenido tiempo de hacerles una visita. ¿Ni de mandar una postal siquiera? —se preguntaba Eliseo—. No lo creía —se contestaba enseguida—. Algo tenía que haberle pasado. Seguro de

eso, escribió de nuevo al señor Pérez y, tras disculparse por las molestias, le rogó que indagara en el consulado, en la policía y los hospitales porque a él no le parecía normal que ella tardara tanto en dar noticias.

Lo que Eliseo no sabía era que en realidad Elvira vivía con monsieur y madame Pérez desde que llegó a París a principios de septiembre. Tan solo le faltaba ánimo para escribirle. Por eso había pedido a su anfitrión que

contestara aquella carta por ella, que lo hiciera de forma vaga, pero tranquilizadora. Aunque finalmente aquello saliera mal. El comportamiento de Elvira no era ejemplar, aunque podía explicarse. Desde el momento en que zarpó, la angustia se apoderó de ella. Igual que cuando murieron sus padres. Se sintió terriblemente sola. Un insecto sobre una hoja en medio de un estanque. Sola aunque hubiera alguien en Cádiz al que poder regresar. Eso, más que aliviarla, le

daba remordimientos. Por no conformarse con el amor de Eliseo, por arriesgarse a perderlo a cambio de un proyecto (el de escribir y publicar) que difícilmente se realizaría ni en París ni en Cádiz. Un sueño que, sin embargo, la atormentaría siempre si no intentaba materializarlo. Apoyada en el mirador de proa del barco, viendo la inmensidad del mar desplegarse, empezó a ser consciente de que si no soltaba amarras, si se aferraba a los recuerdos, acabaría en un lecho de

desconsuelo. Así que decidió no pensar en Eliseo por un tiempo, centrarse en alcanzar sus metas, en construir su nueva vida hasta que por fin la memoria no doliera.

Debería haber hecho siquiera el esfuerzo de enviarle una nota al llegar, de explicarle su decisión, pero en cambio pidió al señor Pérez que mandara aquella absurda carta, sin tener claro ni qué pretendía con ella. Tal vez solo ganar tiempo, para pensar, para adaptarse. ¡En todo caso, fue

tan poco! No contaba con recibir la torturada respuesta de Seo, que finalmente la obligó a rendir cuentas.

*París, 5 de noviembre
de 1886*

Queridísimo Seo:

Disculpa que no te haya escrito antes pese a haber llegado a París sin contratiempos y vivir desde hace tres meses y medio en casa de los Pérez. Sé que esta revelación te asombrará y te hará preguntarte por qué el señor

Pérez te mintió. Yo se lo pedí, porque no me sentía con fuerzas para escribirte. Nada malo me ha ocurrido. Simplemente, pensar en ti me produce una nostalgia horrible. No quería decírtelo porque sé que te apenará y porque, pese a todo, no significa que me arrepienta de haber venido. Solo tengo la sensación de que si me dedico a recordarte, a rememorar mi vida en Cádiz, seré incapaz de iniciar la que aquí me aguarda. Por eso te ruego que comprendas que durante

un tiempo, no sé cuánto, no te escribiré, no contestaré siquiera las cartas que me mandes. Puede que ni las lea. Aunque también es posible, y lo entendería, que después de leer esto decidas no volver a escribirme. No sé si tengo derecho, pero querría rogarte que no te enfadases, ni te preocuparas. No quiero que desaparezcas de mi vida, pero recordarte... No puedo seguir. ¿Lo ves? Lo siento. Aceptaré la decisión que tomes, sea cual sea y siempre te querré.

*Un abrazo larguísimo
de la cobarde, desertora,
Elvira*

La inmensa alegría que Eliseo había sentido al reconocer su letra en el sobre quedó congelada a medida que leía. No podía creer que ella, que ya se había ido a otra ciudad, a otro país, a miles de kilómetros de allí, le estuviera diciendo que iba a cortar todo contacto. Él también sufría cuando se sentaba a escribirle. ¡Qué se creía! Cada vez que la pluma

detenía su marcha sobre la hoja y él paraba a respirar o a pensar, cuando levantaba los ojos y comprobaba lo evidente, que ella no estaba, se hundía en la miseria, en la desesperación absoluta. Pero no se podía resignar a perder esa última, debilísima, vía de comunicación. No quería imaginar una vida sin saber de ella, sin poder a su vez contarle cuanto se le pasara por la cabeza. Al menos — se dijo, con un alivio resignado— había abierto y leído la carta en su casa y no en el rellano, donde se

habría sentido espiado a través de las mirillas. ¡Patético alivio! —se recriminó— frente a la magnitud de lo que perdía: su amiga, su mujer, el amor de su vida.

Para Elvira, en cambio, enviar aquella carta, días atrás, en París, fue liberador. Introdujo su mano en la boca del buzón, aflojó los dedos y mientras oyó el sobre resbalar lengüeta abajo fue como si ella se fuera librando de una pesada carga. La carta, por dolorosa que fuera para Seo, acabaría

por fin con su incertidumbre sobre dónde o cómo estaba. Y, egoístamente, pensando solo en ella, marcaba un punto y aparte en la trayectoria que seguía. Desde ahora se centraría exclusivamente en encontrar empleo y alojamiento. Los Pérez sentían, por su histórica amistad con la familia, una especie de obligación de ampararla y hasta mantenerla. Pero aquello no podía prolongarse. Sin duda ellos mismos, pese a su amabilidad, debían haberlo

pensado ya, pues fue gracias a su mediación como logró colocarse. Lo hizo en la casa de un alto funcionario del Ministerio de Administración Pública, monsieur Alphonse de Villiers, que ocupaba la primera planta de un elegante edificio en el corazón de la isla de San Luis. El trabajo consistía en hacerse cargo de los cuatro hijos de los Villiers, pero sobre todo en enseñar español a los dos mayores. Monsieur tenía la ilusión de que fueran diplomáticos y la

fantasía de que aprender la lengua hispana les ayudaría a lograr cargos en Madrid o alguna capital americana. A cambio de sus servicios, Elvira obtenía un salario exiguo, comida y alojamiento en lo que llamaban una *chambre de bonne*, una de las ocho gateras, húmedas, mínimas y viejísimas, que coronaban la finca y que, eso sí, tenían fabulosas perspectivas de Nôtre Dame, vista desde el ábside.

Una vez que se hubo instalado en casa de los

Villiers, Elvira estableció una rutina de trabajo para aprovechar su tiempo al máximo. Amanecía antes que el sol y a la luz de una vela iniciaba la jornada royendo una galleta y escribiendo. Trataba de poner en pie, por fin, la historia aquella que llevaba años imaginando sobre su abuelo liberal y afrancesado. Estando justo en Francia, en aquella capital donde él vivió tantos años, sentía su influjo más poderoso y cercano.

Hora y media o dos

horas después de levantarse, bajaba al principal y se encargaba de servir el desayuno a los pequeños, a los que vestía y preparaba para el paseo matutino. Cuando, de regreso, el cuarto de juegos ya estaba limpio y listo, pasaba el resto de la mañana allí entreteniendo a los niños, que después de almorzar dormían alrededor de una hora. Ese era el momento en que ella comía. Luego, por la tarde era cuando impartía las clases de español a los mayores. En total, su

jornada empezaba a las ocho de la mañana y solía acabar a las seis de la tarde y en esto era una auténtica privilegiada, pues el resto del servicio parecía trabajar las veinticuatro horas. A ella el estatus de *institutriz* la elevaba, aunque fuera un ápice, sobre el resto de las compañeras, lo suficiente para dejarle unas horas libres antes de ir a dormir. No eran, sin embargo, horas productivas para la empresa que tenía en mente: encontrar alguna editorial interesada en publicar las

dos colecciones, una de poemas y otra de relatos que ya tenía perfectamente terminados. En París, y sobre todo en invierno, las cinco y media, o como mucho las seis, eran hora de cierre en todas partes. Así que las tardes de los jueves, las únicas que libraba, bajo el pretexto de visitar a los Pérez, salía a hacer una ronda por editoriales que pronto se reveló infructuosa. Nadie la tomaba en serio, lo que la decidió a posponer sus visitas hasta confeccionarse un traje de

varón con el que volver a disfrazarse, como tantas veces antes. Cuando lo tuvo listo, hubo de explicar su plan a los Pérez para que la dejaran cambiarse en su casa. Salir vestida de caballero de su *chambre* era inconcebible, ya que, si la veían sus patronos, o bien la reconocerían debatiéndose entonces entre considerarla una loca o una invertida, o creerían que un varón la visitaba, algo tan inconveniente que seguramente le costaría ser despedida.

Los Pérez eran gente maravillosa, con tendencia a sucumbir, fascinados, ante las excentricidades de su *petite espagnole* —como la llamaban—. De modo que accedieron a ayudarla. Pero ni vestida de hombre logró Elvira fruto alguno en las *maisons d'édition* que visitó. Es verdad que, al menos, cuando la creían *un autor español* la escuchaban, le aceptaban los manuscritos, incluso algunos prometían leerlos, pero llegó febrero de 1887 y nadie envió a su apartado de correos ni una

línea sobre ellos. Nada, ni una palabra. De modo que empezó a preguntarse si alguna maldita vez abriría la caja metálica y no la encontraría vacía. Pese a todo, seguía escribiendo cada mañana su novela soñada, pero dos horas diarias daban para poco. El resto del día lo tenía ocupado y además, a medida que los chicos aprendían el idioma, era necesario preparar mejor las clases. Pasado medio año en París, no estaba más cerca de ser una escritora que cuando

vivía en Cádiz. Quizá más lejos todavía, pues sus esperanzas habían menguado.

Tras unos primeros meses de silencio, Eliseo había vuelto a escribirle y tenía seis o siete cartas suyas sin abrir en el bolsillo interior de la maleta. En ellas, primero le contaba que no estaba enfadado, sino sorprendido y triste, después, que la apoyaba en sus proyectos y que la echaba muchísimo de menos, porque la quería con toda el alma, además de que

su vida, sin ella, estaba vacía. Aclaraba que no lo decía para apenarla, de hecho, dudaba que leyera las cartas, sino porque era cierto. También le informaba de que cumplía con su trabajo sin entusiasmo, pero, eso sí, dedicándole muchas horas porque no tenía mejor cosa que hacer. Salvo ver a Germán, eso sí. Con él casi podía decir que lo pasaba bien. Había ciertas noches, también, en que los compañeros de la redacción se empeñaban en salir a

beber y él se dejaba convencer siempre que el destino elegido no fuera el Morás. Allí no podía volver. También evitaba su calle, su casa, aunque alguna vez vio de lejos la puerta cerrada como si, de momento, ningún tío suyo la habitara.

A Elvira el viejo inmueble, sus libros, sus bienes, lo que les pasara le era indiferente. Lo que la obsesionaba era dar con el modo de empezar a vivir la vida que anhelaba. Desde su llegada a casa de los Villiers reservaba cada día unas

monedas para comprar el periódico. Comportamiento extraño en una *bonne* que ella no ocultaba y que al señor Villiers le hacía gracia. Se preguntaba por qué interesaría a su criada el curso de la actualidad, sin saber que ella buscaba una señal, una luz que le indicara cómo avanzar. La señal estaba ahí, en la página siete de *Le Quotidien* junto a tantos otros anuncios. De hecho, estaba casi en todas partes. En los últimos libros de los mayores talentos, desde su adorado *Nana* al

Bel ami, de Guy de Maupassant. Incluso en la exposición de Manet que entonces comentaba todo París. La señal era un letrero muy llamativo en el número ocho de la calle Saulnier, en el distrito noveno. Era más difícil esquivarla que verla y sin embargo a ella le pasaba inadvertida. Una tarde el destino, como si no confiara en su habilidad para descubrirla, se sirvió de la voz de monsieur Villiers para anunciársela. Estaba el hombre con un íntimo amigo en su despacho cuando

Elvira pasó ante la puerta. Una leve corriente sopló abriéndola. Apenas nada, una rendija, lo justo para que ella oyese:

—¡Por fin reabre el Folies Bergère, amigo! — afirmó la voz cuyo tono conocía.

—¡Ya era hora! — respondió otra, ligeramente más ronca.

—¡En mal día se le ocurrió al pobre León Sari cambiar los números de café teatro por conciertos de música clásica! —dijo Villiers con fingida

indignación.

—¡A la vejez, debió de darle un arranque de pudor!

Y atronaron las carcajadas de los dos.

—Sí, eso debió de ser —se repuso al fin Villiers—, pero le salió cara la candidez: a precio de ruina.

—Ahora es de un matrimonio marsellés —puntualizó el amigo—, los Allemand. Hasta hace poco se dedicaban a fabricar limonada. Ya habían comprado La Scala y se dice que negocian hacerse con El Dorado.

—¡Si lo logran —alzó la voz Villiers— tendrán los tres principales cabarés! ¡Y, escúchame bien, amigo Gallard, a todos los artistas trabajando para ellos o dejándose los cuartos en los negocios con que se han hecho! Porque, no lo dudes, cualquier escritor, pintor, escultor o aspirante revoloteará por esos locales como polilla en torno a la luz.

—¡Los artistas, los políticos y todo París!

—Sí, señor, el Folies Bergère reabre sus puertas.

Por más que se comente o se lea en la prensa, cuesta creerlo.

—Y sin embargo es cierto, Villiers. Pronto nosotros mismos lo comprobaremos.

—¡Por supuesto!

Los dos amigos volvieron a reír con estruendo y aquel estrépito hizo salir a Elvira de su embobamiento. Mientras escuchaba había llegado a verse hablando con los Allemand, ofreciéndoles su talento para relanzar aquel cabaré, al parecer, tan

espectacular. Pero ahora que la conversación había virado hacia asuntos políticos, Elvira sacudió la cabeza como aventando malos pensamientos. No había ido a París a trabajar en otra sala de fiestas. No era lo que quería, y sin embargo era más creativo que cuidar niños, por más que ella tratara de ser ingeniosa y pedagógica al enseñarles su idioma. Estaba confusa. Pero la curiosidad que le despertó el diálogo de su patrón y las referencias al Folies Bergère que, de repente, brotaban de

todas partes, mirara donde mirase, llamándola, hicieron que, llegado el siguiente jueves, en vez de peregrinar por las editoriales fuera directa a la calle Saulnier.

El enorme letrero con el nombre del local presidía una fachada imponente, recién pintada en tonos crema y rosado. La puerta estaba coronada por una marquesina de hierro forjado a juego con dos aleros más pequeños que, a los lados, protegían los preciosos carteles anunciadores de la inminente reapertura.

Artistas y animales, realizando acrobacias insólitas y mujeres ligeras de ropa y coronadas de plumas eran los reclamos del espectáculo. El portón estaba cerrado a cal y canto. Elvira llamó pero nadie se acercó a abrirle. Dando la vuelta al edificio encontró la entrada para el personal, en la calle Trévisé. Al empujarla cedió y, pese a las dudas, Elvira se atrevió a entrar en un pasillo oscuro, al final del cual, muy lejos, le parecía oír hablar.

Apretando el paso

acabó por salir a una zona en penumbra. Para su decepción, allí no había nadie, aunque las voces seguían resonando en alguna parte. Alzando la vista reconoció las bambalinas. A través de estas, echó un vistazo al escenario y tras él a la platea. Costaba dar crédito a que aquello fuera realmente un teatro de revista. Era maravilloso. La estructura y los palcos dorados; los asientos y paredes rojos. Los primeros de terciopelo y los segundos de un raso estampado. Una

magnífica araña caía sobre el patio de butacas desde una inmensa bóveda pintada como un mosaico. Mientras observaba comprendió que las palabras se colaban desde detrás de aquella puerta, al fondo de la zona de asientos, partida en dos hemisferios. Así que cruzó el telón, bajó rápida los escalones que separaban el proscenio de las primeras localidades y avanzó en pos de quienquiera que fuera el que estuviera hablando. Cuando al fin llegó al umbral y se asomó, pensó

que estaba a punto de entrar en un mundo fantástico. Lo que había allí, del otro lado, era un jardín, un edén auténtico, frondoso y fragante, dentro del edificio. Estaba lleno de veladores y presidido por un descomunal elefante de cartón piedra. Si no lo hubiera visto, jamás lo habría creído. Justo en medio una quincena de hombres y mujeres parecían estar ensayando algo. Elvira contempló perpleja las evoluciones de esos extraños tipos que con su sinfonía de voces la habían atraído,

hasta que en un momento se distrajo echando un vistazo a aquellos quioscos que parecían ser las barras donde por la noche los camareros servirían los cócteles hechos a base de aquellos alcoholes de los más dispares colores, contenidos en botellas tan insólitas que se dirían de atrezo.

De pronto un hombre le espetó:

—¿Usted de dónde sale? ¿A quién busca?

Elvira lo miró un segundo y para asombro suyo pensó «qué barba más

extraña, le hace mayor, debería afeitársela».

—¿Los señores Allemand? —fue lo único que se atrevió a susurrar.

—¡No aquí, gracias a Dios! —contestó su interlocutor—. ¡Porque si vieran cómo está el espectáculo a estas alturas, se volverían a Marsella! ¡Sin dudarlo! ¡Para siempre! —gritó mirando a quienes estaban tras él. Al instante, se volvió hacia Elvira y, al darse cuenta de que llevaba una carpeta, embridó su genio y le preguntó—: ¿No

será usted espía de la prensa?

—No, señor.

—¿Y entonces?

Elvira ignoraba quién era aquel caballero, no le resultaba simpático y dado que no era ninguno de los Allemand, no sabía por qué tendría que darle explicaciones. Pero para su propia sorpresa se oyó contestar, aparentemente con gran seguridad:

—Soy autora de números de cabaré.

—¿Bromea —bramó el barbudo antes de acercársele

y completar a media voz la interrogación— o voy a tener que acabar, muy a mi pesar, creyendo en Dios?

Después de aquello el hombre se presentó. Era Édouard Martineau, el nuevo director artístico del Folies Bergère, y marido de la sobrina de los Allemand —aunque esto no se lo dijo en aquel momento—, y todo el material de calidad que encontrara para completar el programa inaugural de la sala, era poco.

—¿Qué tipo de número trabaja? —le preguntó—. Si

es algo más bien circense, le advierto que tengo de sobra—añadió sin dejar que Elvira contestara—. Están los ilusionistas hermanos Isola y el escapista Sampson, los clowns Griffiths y Baggenssen, los acróbatas Scheffers, el rey de los malabaristas, Cinquévalli, el pistolero americano Ira Paine, la encantadora de serpientes hindú Nala Damajenti, el canguro boxeador, los luchadores de Estambul, el gigante Tom Cannon, el hércules Jack de Hierro, el

enano transformista inglés Little Titch, la *troupe* de los zulús o el Capitán Costenténus, tatuado con trescientas veinte figuras de animales. ¡Cuanto más lo pienso, peor me parece! ¡Esto no era un circo, no puede serlo! Necesito otra cosa, algo más adulto, distinto. ¿Lo suyo de qué va? —la volvió a interrogar.

—Yo escribo —dijo Elvira subrayando el verbo — canciones para chicas.

—¿Cómo para chicas? —preguntó Martineau.

—Para mujeres que

bailan.

—¿Temas picantes,
quiere decir?

—Quiero decir
sensuales —respondió
Elvira muy digna, dejando
atrás la timidez que minutos
antes él le había hecho
sentir.

Monsieur Martineau no
perdió un segundo en
discutir adjetivos. No le
interesaba la calificación
moral que de uno u otro se
pudiera derivar si es que en
algo difería. Era un
profesional y todo lo
consideraba desde ese

prisma. Si se quedó callado fue porque se le vino a la cabeza otra persona. Una argelina de entre cuarenta y cincuenta años, enjuta, como una de esas verduras o frutas secadas al sol, que había venido acompañando a... ¿con quién venía? Ah, sí, con el encantador de serpientes. Al final no lo habían contratado porque el número de la hechicera hindú era mucho más completo. Pero cuando recibió la negativa se sacó de la manga que su ayudante sabía mil y una danzas, que

era, por así decirlo, una coreógrafa que atesoraba de forma innata el conocimiento de todos los bailes que en el mundo han sido y son. Por desgracia, era demasiado mayor para ejecutarlos ella misma. Tal vez todo fuera mentira, aunque algo en la misteriosa figura femenina le decía lo contrario. Obviamente, ella sola no le servía, pero ahora, si las canciones de esta joven eran buenas y los bailes de la argelina tan insólitos como el otro prometía, juntas podrían

crear los números que necesitaba el Folies Bergère para volver a ser lo que había sido o, incluso, superarse.

Édouard Martineau dejó a cargo del ensayo a su segundo y condujo a Elvira a un camerino donde leyó atentamente las doce canciones en francés que había traído. Eran solo la muestra traducida —le contó Elvira— del repertorio total en español formado por más de trescientas. En los dorsos de las hojas había bocetos de vestuario y decorados a los

que Martineau echó un vistazo rápido.

—Necesito que las traduzca todas —sentenció.

—¿Todas?

—Sí, para mañana — completó el encargo.

—Eso es imposible — repuso Elvira.

—Entonces, para pasado.

—No lo entiende. — Sacudió Elvira la cabeza para reforzar su negativa—. Son demasiadas y yo ahora vivo de otro trabajo. No puedo tenerlas tan rápido.

—En ese caso no puede

trabajar con nosotros.

—Quiere decir que si las tuviera... —llegó a conjeturar Elvira antes de que él la interrumpiera.

—Hay una artista, una coreógrafa podría decirse. Creo que si ambas colaboraran, podrían hacer números interesantes. Pero necesito leer todo el material, comprobar que está a la altura de esta selección, elegir yo los mejores temas, reunirlos a usted con nuestro pianista, para escuchar cómo suenan y, una vez hecho eso, citar a la mujer que le digo

para preparar las coreografías.

—Los números tienen ya sus bailes —replicó Elvira.

—Señorita, no se ofenda, estoy interesado en cosas sorprendentes, impactantes, nunca vistas. Incluso dentro del *género sensual*. Estas letras cumplen el requisito. Deje que yo me encargue del baile. Piénselo. Yo que usted haría un esfuerzo y traería las canciones pasado mañana. El dinero no es mucho, pero si, como

esperamos, relanzamos la sala hasta ponerla a la altura que alcanzó en tiempos..., quizá pronto podamos pagar mejores sueldos.

La remuneración, para no ser alta, superaba con creces el salario de *bonne*. Pese a ello, Elvira fingió indiferencia y, sin mirar a Martineau, concentrada en recoger sus cuartillas, contestó «lo pensaré». Antes de salir del camerino añadió:

—Prepare un contrato por si acaso, señor. Dudo que regrese, pero, si cambio de opinión, no piense que

voy a despojarme de mis textos sin ninguna garantía.

Inmediatamente se marchó y dejó tras de sí a Martineau lamentando no haber añadido algo, un último argumento, determinante para convencerla. Realmente sentía intriga, ganas de leer el material en su conjunto. Las letras que había hojeado eran muy buenas, impresionantes. Se salían de los tópicos, eran modernas, originales y, además, altamente eróticas. Alguna había llegado a excitarle, y

eso que él llevaba a gala su frialdad profesional. Desde luego, aquella mujer tenía personalidad, carácter. Necesitaba gente así en el equipo y la había dejado escapar «como un imbécil —se dijo—. Tal vez no vuelva, maldita sea, tendría que haberle pedido sus datos».

Elvira también se reprochó algo, en su caso, haber sido demasiado altanera. El trabajo le interesaba desde varios puntos de vista, el económico, obviamente,

pero también el creativo e incluso el de los contactos. Desde luego, triunfar en aquel cabaré, si llegaba a lograrlo, no sería lo que convencería a las editoriales para publicar el libro sobre su abuelo. Pero quizá aquí, a diferencia de Cádiz, sí pudiera conocer a esa gente del mundo de la cultura, bohemia dispuesta a apadrinarla. Alguien menos mezquino y corto de vista que aquel «editor de medio pelo» que era Badayes.

Pese a todas estas posibles ventajas, le

asustaba dejar el trabajo con los Villiers. Sobre todo porque le garantizaba el techo y la comida. Podría tratar de simultanear ambos empleos al menos por un tiempo y, por supuesto, ocultárselo a unos y a otros.

Si quería tener la más mínima opción de trabajar para el Folies Bergère, debía ponerse a traducir al instante. No tendría un segundo de sobra. Pues bien, pese a lo que dictaba la lógica, al llegar a su cuarto no se puso inmediatamente a

la tarea, sino que dedicó hora y media a algo que llevaba mucho posponiendo y que por fin sintió como una necesidad impostergable: escribir a Eliseo.

Para empezar, le pidió perdón por no haberlo hecho en todo aquel tiempo, le explicó que no había leído sus cartas, que las conservaba aún cerradas porque no se había sentido con fuerza. Para continuar, le resumió cómo había sido su vida aquellos meses, dividida entre las horas de

escritura, el trabajo con los Villiers, la infructuosa búsqueda de editoriales y algunas visitas a los Pérez. Y finalmente, pasó a contarle la nueva perspectiva que ahora se abría ante ella, lo mucho que le excitaba la posibilidad de trabajar en aquel espectáculo que era más que una sala de fiestas, un híbrido entre el circo y el teatro, con un equipo de un centenar de personas de todas las nacionalidades y disciplinas. Sentía que aquel mundo estaba más cerca del que quería conquistar que la

casa del alto funcionario, pero a la vez, paradójicamente, le parecía que entrar en el Folies Bergère le exigiría más dedicación, más tiempo y energías que necesariamente tendría que robar a su pasión, la ansiada novela que escribía (esa sobre su abuelo, que constituía para ella una verdadera obsesión).

Acerca de esta, además, le confesaba que a veces sentía que nunca la haría sentir satisfecha. Tenía la corazonada de que jamás

acabaría el dichoso libro y que, por supuesto, aunque lo consiguiera, en ningún caso lograría publicarlo. Cada fragmento era mucho mejor, más perfecto, en su cabeza de lo que lograba que fuera una vez plasmado, y eso que ahora perseveraba escribiendo al menos un par de horas al día. Si perdía esa regularidad, esa constancia y dedicaba a la novela solo los ratos libres, si rompía su disciplina, jamás alcanzaría la calidad que buscaba, que necesitaba. Eso le hacía pensar que lo más

conveniente era olvidarse del cabaré y trabajar de sirvienta sacando cada jornada sus dos horas, avanzando como una hormiga. Pero sin contactos, sin relación con el mundo artístico, de qué le serviría, nunca le editarían. Era un dilema, pero no podía pararse a dilucidarlo. Tenía que traducir sus trescientas canciones si quería que el director del Folies Bergère tomara en consideración contratarla y a pesar de todos los argumentos racionales que le había

expuesto, lo que la dominaba en ese preciso instante era la voluntad irracional, puramente visceral, impulsiva, de empezar a trabajar en aquel espacio artístico («un no lugar, una pompa de jabón, una bola de cristal, un laboratorio creativo con la atmósfera de los sueños, o de las pesadillas porque hay un punto también siniestro en esa apariencia de naturaleza muerta») al que, nada más verlo, había sentido que pertenecía. No sabía en qué acabaría todo

aquello, pero le prometía contárselo ahora que estaba tan entusiasmada, tan llena de energía que podía volver a pensar en él sin que el dolor la paralizara. A pesar de ello pospondría aún un poco el momento de leer sus cartas. Debía traducir las canciones y no podría si la nostalgia la embargaba.

El día que Eliseo vio asomar la esquina de aquel sobre en su buzón tuvo una premonición y acertó. Rasgó el papel en el mismo portal y empezó a leer las palabras

de Elvira mientras subía los peldaños de dos en dos. Era maravilloso escucharla de nuevo, sí, porque leer su carta era oírla, con esa fuerza suya, contagiosa, con esas mil ideas que hacían de su cabeza una red cuajada de mariposas, aturdidoras pero hermosas. Leyó y releyó la carta. La añoraba tanto, le hacía tanta falta. Era la persona más vehemente y lúcida que conocía. ¡Envidiaba su intensidad, su pasión! Se preguntaba cómo había soportado estar sin oírla. Viviendo una vida

pasiva, sin sentido —se respondía—. Elvira era la fuerza, la emoción, las ganas de hacer cosas, de leer, de pensar, de imaginar. Esa tarde, cuando volvió al diario, sintió que ella lo acompañaba, en la distancia. Le alegraba tanto que hubiera hecho el esfuerzo para, superando la nostalgia, retomar el contacto. No podía dejar que aquello fuera un espejismo —se dijo—. Él también tenía que perseguir su sueño y este era no perder la plenitud que ella le proporcionaba.

En cuanto a Germán, a pocas manzanas de donde Eliseo estaba, daba también vueltas a la manera de alcanzar sus metas. Todos los *chicucos* que conocía, entre ellos sus amigos, recibían un salario. Bien era cierto que mínimo y porque no trabajaban con su familia, sino para extraños. Pero aun así quería hablar con su padre, contarle que don Adolfo Sagallo le había dicho que el próximo año debería intentar matricularse en un curso de estudios secundarios y ver si de algún

modo podrían pagarlo. Se le ocurría destinar a ello el dinero que él no cobraba como sueldo. Estuvo muchos días preparando sus argumentos y finalmente una noche, mientras cenaban, se atrevió a exponerlos. A Ramón no le sorprendió que su hijo quisiera seguir estudiando, pero tampoco lo veía necesario. Con lo que ya sabía era más que suficiente para llevar la carbonería y de esta podrían vivir él y su hermana Vicenta, si finalmente se la compraban a Colindres. Sin

embargo, puesto que una vez dieran la entrada, empezaría a ahorrarse el extra mensual que pagaban como opción de compra, Ramón le dijo:

—De aquí a poco, Germán, cuando empecemos a comprar la carbonería, puede que nos ahorremos una cantidad al mes. Si es así, podríamos pagar algunas clases, pero piensa para qué. Yo no veo a dónde te lleva ese empeño y si en vez de pagar otro maestro aumentamos las mensualidades, el negocio será antes nuestro.

Pese a las reservas de su padre, Germán se sintió exultante. No había nada que pensar, lo tenía claro. Haría todo lo posible por seguir estudiando porque no se le ocurría que hubiera en el mundo nada mejor que hacer. Además el estudio le había proporcionado todo lo positivo que hasta ahora le había ocurrido. Los compañeros los había conseguido gracias a ir a clase y la amistad con Eliseo también estaba relacionada con los libros. Todo lo bueno venía de ellos. Salvo,

tal vez, el coqueteo con Nandi.

O eso creía él, pues a la muchacha no le era indiferente que él fuera un chicuco estudiado. Lo veía distinto a los demás que pululaban por la casa, llevando pedidos de alimentos, telas y enseres domésticos. Germán era — le parecía— el más discreto, el más listo, el mejor de todos. Sobresalía, sin alardear de nada, porque su viveza brillaba en sus ojos y porque podía hablar de cualquier cosa, de todo,

aunque solo lo hiciera si le preguntaban. No podía dejar de mirarlo por eso y por su piel blanca, con esas pecas tan graciosas, por su pelo caoba y su sonrisa pillina. Daría lo que no tenía por hacer magia y lograr que todos desaparecieran de la casa para quedarse sola con él unos minutos. Con tanta gente alrededor jamás podía hablarle. Era sin hacerlo y ya las demás se habían dado cuenta de que le gustaba y no dejaban de picarla. ¡Qué castigo le daban! Estaba allí, interna, como prisionera. Si

al menos sus padres vivieran en Cádiz, podría aprovechar al ir a verlos para hacerse la encontradiza. Pero ni en eso tenía suerte, porque vivían en un pueblo de la sierra, así que no tenía excusa para salir sola a ninguna parte. Sin embargo, la ocasión acabó por llegar, fuera obra del destino o de una Josefa reconvertida en Celestina. Lo cierto es que un día se levantó diciendo que sentía vértigos y prefería quedarse al cargo de la plancha si Nandi la sustituía en su habitual tarea de ir a la

carbonería. ¿En serio? ¿De verdad aquello estaba ocurriendo? ¿Podría ir a ver a Germán con la mejor de las coartadas?

Él, que no esperaba verla allí, sintió, al encontrar sus ojos al otro lado del mostrador, un calor tremendo, las orejas ardiendo.

Providencialmente, su padre estaba en el almacén y no había más clientes.

—Buenos días —lo saludó Nandi—. Josefa está indispuesta y traigo yo el encargo.

—Claro —fue la respuesta de Germán tras dudar entre un «¡Vaya, lo siento!», refiriéndose a Josefa y un «¡Cuánto me alegro!» para piropear a Nandi.

Mientras anotaba el pedido, se echaba en cara ser tan cobarde. Otros en su lugar tendrían el temperamento, la gracia de tirar los tejos a la muchacha. Sin molestarla. Él nada. Callado. Y encima muerto de vergüenza porque las mejillas todavía le quemaban. ¿Era posible que

no se le hubiera pegado nada del desparpajo andaluz, que siguiera arrastrando la timidez enfermiza de la Montaña? Si llevaba allí...

—¿Estabas estudiando? ¿Te he interrumpido? — preguntó Nandi.

—No, no —le contestó Germán—. En realidad repasaba un dictado. No debería hacerlo mientras trabajo, pero cuando no hay nadie, por no aburrirme...

—Qué suerte tienes. Nosotras no sabemos leer ni escribir. Debe de ser estupendo educarse.

Germán empezó a contarle detalles de las clases y Nandi se embobó mirándolo, dando gracias al cielo de poder hacerlo, por una vez, directamente y durante el tiempo que deseara. Aquel día él la acompañó de vuelta a casa, empujando la carretilla con el encargo de los Poza, aunque lo más lógico, lo que hacía siempre, era acumular los pedidos para repartirlos a mediodía, agrupándolos por zonas. Pero rara vez se presentaba la ocasión de estar con la chica que le

gustaba y quiso aprovecharla. En lo sucesivo, sin embargo, la vería a menudo y, aun así, seguiría acompañándola. Algunas veces hablando, otras, callado, siempre pensando: ¿Cómo tocar su mano? ¿Mejor rozarla como por casualidad al devolverle el cambio, o fingir determinación y llevársela un día a los labios para besarla, como hacían los caballeros con las damas?

¡Menudo dilema insignificante ocupó su pensamiento hasta el día que

llegó aquella maldita carta planteando un problema realmente grave! Era del señor Colindres, quien, citando párrafos del contrato, reclamaba una suma extraordinaria, independiente de la cantidad pactada, para mantener aquella opción de compra a la que Germán y su padre se habían aferrado como su gran esperanza. Evidentemente, alguien había ayudado a aquel tunante a redactar su mensaje con ese lenguaje críptico, de abogados, que al

común de los mortales resulta indescifrable. Lo único que quedaba claro de un modo meridiano era la astronómica cifra cuyo pago se exigía antes de que el mes venciera. Eso y que si no la abonaban, se daría por roto el trato, Colindres recuperaría el local, es decir, los echaría, y no les devolvería una chica de lo que hasta la fecha le habían pagado. Al acabar de leer y aunque era contrario a su naturaleza, Ramón maldijo varias veces al «sinvergüenza» que quería

timarlos. Pidió a Germán que viera si comprendía algo más que él y, como no fue así, pensaron en recurrir a quienes pudieran ayudarlo. Echaron el cierre y se separaron, Ramón en busca de Casimiro y Germán de Eliseo, al que no encontró ni en su casa ni en el diario, donde dejó aviso de que había ido a buscarlo.

Casimiro, después de escuchar a su hermano y leer el papel con sumo trabajo, sintiéndose impotente ante una reclamación así, basada en argumentos legales,

aconsejó a Ramón ir a contar lo que le estaba pasando a los hermanos Gutiérrez. «Ellos sabrán qué hacer, ellos te ayudarán», intentó animarlo. Pero cuando, tras hora y media de espera, estos aconsejaron a Ramón que hiciera lo imposible por reunir la suma y pagar a Colindres, lo dejaron boquiabierto. No es que ellos sostuviesen que Colindres tuviera derecho a hacer aquello, sino que se temían —explicaron— que para dilucidarlo habría que iniciar un proceso legal que

sería más costoso de lo que reclamaba «el pájaro». Total, a los Gutiérrez lo reclamado no les parecía demasiado. En todo caso —añadieron—, Ramón también podía romper tratos con Colindres, alquilar otro local y trasladar allí el comercio. Ramón se sintió ultrajado. Él se había dejado la vida en aquella empresa, y peor, había obligado a su hijo a hacer enormes esfuerzos, físicos y sentimentales como separarse de su pobre madre siendo niño, y lo había

hecho porque desde el principio le dijeron que podría convertirse en dueño de su comercio. Ahora no iba a renunciar a eso para empezar de cero. Pero tampoco estaba dispuesto a pagar más a Colindres porque era injusto e inviable. No tenía más dinero.

Una vez que, al fin por la noche, Eliseo se pasó por la carbonería a ver qué había sucedido y leyó la carta, hizo un diagnóstico distinto:

—Hay que consultar a un abogado si la reclamación es o no ajustada

a derecho. Buscaremos a alguien —anunció.

Pero por más que eso dejara una puerta abierta a la esperanza, a Ramón le pareció otro disparate.

—¡Cómo vamos a contratar un abogado! —dijo a Germán en cuanto se fue Eliseo—. Este hombre no entiende —siguió argumentando—. Si tuviéramos dinero para abogados, también lo tendríamos para el liante este. Cobran una fortuna los picapleitos, en eso tienen razón los Gutiérrez. ¡Se

acabó, hijo! ¡Hasta aquí llegó nuestro intento de mejorar! ¡Ni comercio, ni estudios, ni dinero, ni futuro! ¡No sé qué vamos a hacer! ¡Dios! ¡Qué desastre! ¡No sé!

Su padre estaba desesperado. Y él tampoco podía creer que fueran a tener tan mala suerte. Que todo se fuera a torcer irremisiblemente, de repente. Que sus sueños fueran a esfumarse. Si se quedaban en la calle, sin casa, sin negocio, sin estudios, ¿qué sería de ellos?

Pasarían toda la vida trabajando como esclavos a las órdenes de cualquiera en un restaurante, un comercio o, peor, en el campo. A la mente de Germán acudieron, como espantajos, las caras escuálidas de los jornaleros. Para acabar como ellos, mejor volver al pueblo. Aunque allí, la perspectiva siguiera siendo trabajar con las vacas y ahora, además, vivir con su hermana y su madrastra. Todo el esfuerzo, los sacrificios de esos años habrían sido para nada. ¡Maldita sea! Eso no podía

ocurrir. Tenía que impedirlo.

Al día siguiente, tal y como había quedado con Eliseo, fue a buscarlo a su casa para saber qué había averiguado sobre los abogados. Por desgracia, él le confirmó los temores de su padre: todos los que le habían recomendado tenían fama de cobrar minutas exorbitantes. Lo mismo don Enrique de Cózar, don Segismundo Serra, don Pedro Alvieres... Todos eran demasiado caros.

—Don Pedro es cliente nuestro —dijo Germán

como pensando algo.

—¿Lo conoces personalmente? —preguntó Eliseo.

—Lo he visto muchas veces, al hacer el reparto.

—¿Crees que querría ayudarte? —volvió a inquirir Seo.

—No lo sé —contestó Germán, que justamente se lo estaba preguntando.

—¿Y tu padre aceptaría hablar con él?

—No, él no puede enterarse. Iré yo a hablar.

Germán y Eliseo acordaron, pues, actuar a

espaldas de Ramón. Sin embargo, había un primer obstáculo difícil de salvar: conseguir la carta y el contrato para intentar que los ojeara el abogado. Ramón no se desharía de los originales bajo ningún pretexto, pero Germán estaba seguro de que si le contaba sus planes se opondría a pedir el favor a don Pedro. Le parecería humillante, además de vano. Pero a los ojos del chico no quedaba otra opción que arriesgarse. Él estaba decidido. Con unos papeles

de calco que le dio Eliseo estuvo dos noches copiando la carta y el contrato, incluidos los sellos y detalles menores, pasando por encima de las letras originales un lápiz afilado cuyo trazo borró después, antes de devolver los documentos a su sitio. Todo en penumbra, por supuesto, para no despertar a su padre.

Pensando en él, en cómo desaprobaba lo que estaba haciendo, se acercó Germán aquel miércoles a casa de don Pedro. En principio iba a llevarle un

encargo, pero aprovecharía esa circunstancia para contarle lo que les estaba pasando. Mucho se temía que tendría que esperar hasta que el abogado pudiera atenderlo y de vuelta a la carbonería le costaría justificar su retraso. Pero, para su sorpresa, mientras estaba en la cocina ayudando a guardar la mercancía, apareció el matrimonio conversando.

—Buenos días, don Pedro. Doña Matilde —los saludó Germán.

—Buenos días, joven

—contestó el letrado.

Don Pedro debía de estar enfermo, pues apareció enfundado en un batín y con zapatillas, mientras su esposa estaba ya compuesta. Como Germán miró al abogado, con un gesto de extrañeza, este se dirigió a él algo molesto:

—¿Qué ocurre, chico? ¿No crees que uno pueda concederse el lujo de caer malo?

—No, don Pedro, disculpe —respondió él, asustado—. Es que quería pedirle algo.

—¿A mí? ¿Y qué puede ser? ¿Qué quieres?

El abogado era un hombre distante pero correcto y sin embargo, por minutos, sentía Germán que no era el mejor día para hablarle. Seguramente le dolía la cabeza o estaba contrariado por la enfermedad. En todo caso, ya era demasiado tarde para callar.

—Vamos, muchacho, habla —insistió don Pedro.

—Sí, señor, perdone —excusó Germán su breve silencio—. Verá, como sabe,

mi padre regenta la carbonería de la calle Tinte desde hace unos cinco años. Y desde entonces, por cierto, hemos tenido la suerte de contar a su familia entre nuestros clientes...

—Si te ha mandado a pedirme dinero, dile que no soy un ditero, hijo.

—¡Pedro, por Dios, qué brusco! —intercedió su esposa.

—No, señor, no es eso —contestó Germán, aunque sabía que pedir asesoramiento gratis era como pedir dinero—. Es que

dentro de un mes íbamos a dar la señal para comprar la tienda, que estos cinco años hemos estado rentando al señor Colindres, pero él acaba de enviarnos esta carta —dijo sacando las copias— exigiendo nuevos pagos si no queremos que anule el trato.

—¿Me estás contratando, muchacho? —preguntó irónico el abogado.

—No, señor —le repuso Germán, bajando los ojos. Después de todo, era posible que su padre hubiera acertado y pedir aquella

ayuda fuera someterse a una humillación inútil.

—¿Entonces, qué quieres de mí?

Germán levantó los ojos y sostuvo unos segundos la mirada inquisitiva del abogado mientras mantenía, como mostrándoselos, los papeles en la mano.

—Nada, señor, disculpe. Lamento haberle molestado.

Se dio la vuelta, mientras iba enrollando los documentos. Bajo el umbral de la cocina, a un escalón

del patio y ocho pasos de la calle, mientras notaba clavadas en su espalda las miradas de las muchachas, doña Matilde y su marido, se paró, tomó aire y giró sobre sí mismo.

—Perdone, don Pedro, pero sí quería algo —añadió rápido, antes de que el arrojito le faltase—. Quería que leyera los papeles y me dijera si no se puede hacer nada y debemos conformarnos o es una injusticia y tiene algún arreglo.

—¿Me pides un

informe? —Don Pedro Alvieres estaba realmente asombrado por el atrevimiento—. Lo lamento, hijo, mucho me temo que estoy muy ocupado y que mis honorarios estén fuera de...

—¡Pedro, por Dios! ¿Tanto te cuesta? —intercedió su esposa.

—¡Matilde! —la atajó él.

—Son pocas hojas. El muchacho te lo ha pedido con la mayor corrección. Lo conoces desde niño y es un chico estupendo. Muy

trabajador y hasta buen estudiante. Tengo entendido que va a clases en la Casa de la Montaña. ¿Verdad, hijo?

—Sí, señora —
respondió Germán.

—¿Y qué hago yo con eso? —preguntó el abogado.

—¿Apiadarte, compadecerte de la gente honrada y trabajadora a la que de repente un pillo pretende estafar? Hoy no vas a ir al despacho. Ya sabes que don Mario te ha mandado reposo, así que tienes tiempo de leer.

—Tú lo has dicho:

reposo.

—Haz lo que quieras. Si puedes descansar e incluso dormir a pierna suelta despachando así al muchacho, la decisión es tuya, por supuesto.

Se hizo un silencio incómodo y el tiempo pareció pasar más lento. Germán mantenía alargadas hacia don Pedro las hojas, que, a su pesar, temblaban. Notaba la garganta seca y el pulso en las sienes. Temía que sus manos sudadas emborronaran los papeles. Pero, de repente, el hombre,

enérgico, los cogió y acabó con aquello.

—Sea —consintió malhumorado.

—Anda, vete, muchacho —dijo su mujer —. Ya te avisamos.

—Muchísimas gracias. De verdad —respondió Germán rápido, consciente de que se esperaba de él que fuera educado, pero no pesado, que se marchara inmediatamente aunque fuera sin saber cuándo, ni cómo conocería el dictamen de don Pedro. Ojalá ninguna ley, ninguna cláusula

escondida en lo más recóndito del contrato avalara lo que Colindres les estaba reclamando.

De vuelta en la carbonería, tal y como Germán había previsto, su padre lo riñó por haber tardado.

—¡Están las cosas para perder el tiempo! —le echó en cara, antes de mandarle llevar otro encargo.

Los días fueron pasando y tanto Ramón como Germán estaban cada vez más angustiados. Pero al cumplirse una semana,

Alfonsa, la criada de don Pedro, trajo carta al comercio. Estaba dirigida a «Don Ramón Díaz», que, como ignoraba la gestión de su hijo, se puso en lo peor y pensó que Alvieres sería el abogado de Colindres. Germán trató de ponerle en antecedentes, pero el hombre no parecía escucharlo, concentrado en abrir el sobre cuanto antes. Al rajar la solapa cayeron sobre el mostrador dos papeles diferentes: por una parte, el informe en el que don Pedro exponía que, en

su opinión, la reclamación de Colindres no se ajustaba a lo firmado en contrato, ni a derecho, y por otra, lo que era más importante, una copia de la carta que se había «tomado la libertad de remitir al propio Sr. Colindres en nombre de sus representados» en la que le hacía saber que si no desistía de sus exigencias, estaban «dispuestos a llegar hasta el final para impedir su atropello». Había, además, un añadido final a lápiz:

Estimo que esta carta

será suficiente para disuadir de su propósito al mencionado señor Colindres. De no ser así, no obstante, háganmelo saber porque una mínima actuación bastará para dar por cerrado el asunto... y por supuesto a su favor. Atentamente,

Don Pedro Alvieres

No podía ser. ¿Ya estaba? ¿Había acabado la pesadilla?

—¿Pero cómo se te ocurrió, hijo? ¿Cómo te atreviste? ¿Cómo lo

convenciste? ¿Y cómo vamos a pagarle? —le preguntó su padre.

—No sé, padre, no creo que espere que le paguemos —contestó Germán—. Sabe que no podemos.

—¿Entonces? — Ramón estaba tan asombrado que apenas sentía alivio.

—Alégrese, padre. Es una gran noticia, ¿no? Compraremos la carbonería. No nos la quitarán. Llevaremos la vida de siempre y hasta, quizá, pueda estudiar...

—Claro que sí —dijo Ramón, incapaz siquiera de sonreír en un momento así —. Si de verdad se confirma que todo sale bien, seguirás. De momento vamos a preparar un pedido grande y se lo llevas a don Pedro y te pones a su disposición para lo que necesite, de recadero, de mozo. ¿De acuerdo?

Germán asintió y en apenas media hora salió con el encargo rumbo a casa de don Pedro. De primeras, Alfonsa se sorprendió al verlo, pero enseguida entendió lo que pasaba y lo

ayudó a descargar sacos y garrafas. Doña Matilde, alertada por el jaleo, se acercó a la cocina y preguntó:

—¿Qué ocurre? ¿Qué es todo esto?

—Germancito, señora, que en agradecimiento ha traído media carbonería.

—Pero qué disparate, no era necesario —dijo la señora—. Muchas gracias, hijo, pero don Pedro lo hizo gustoso en cuanto vio que era justo. No tenéis que pagarle.

—No es pagar, señora,

es un regalo —explicó Germán.

—Bueno, en ese caso, espera aquí un momento.

Al instante apareció doña Matilde con don Pedro, esta vez con su terno de chaleco y traje azul, corbata granate, a juego con el pañuelo.

—Qué, muchacho, ¿contentos? Me alegro, hombre, me alegro —dijo el abogado, por fin de mejor humor—. Me dice Matilde que has traído mercancía. Te lo agradezco. Pero dile a tu padre que no era necesario y

que si empieza a regalar el género, sí que perderá el negocio sin que nadie pueda ayudarlo.

—Señor, le estamos muy agradecidos —dijo Germán—. Muy agradecidos —repitió.

—No es nada, hijo.

—Sí es. Usted ya sabe que... no podemos pagarle —dijo bajando los ojos y subiéndolos luego en cuanto pensó que era indigno avergonzarse de eso.

—Nada, hombre, nada, que ha sido una tontería. Cinco minutos y listo.

—Ya, pero estamos en deuda con usted y cualquier cosa que...

—De verdad que no. No me traigáis nada más, que no tendremos donde guardarlo.

—Me refería a una ayuda.

—¿Ayuda? —preguntó el abogado intrigado.

—Sí, por ejemplo, para hacer recados, llevar papeles o recogerlos —dijo Germán.

—Con todo respeto, hijo, las providencias, recursos y sentencias no son la misma mercancía que el

carbón o el aceite. Es una gran responsabilidad y...

—Lo comprendo, señor —lo interrumpió Germán—. Como le dijo doña Matilde el otro día, hace años que estudio con don Adolfo Sagallo y... entiendo la diferencia. Es un trabajo importante. Pero por si necesita alguna ayuda del tipo que sea, yo todos los días a las doce estaré en la puerta. Si a las doce y media no me ha llamado, me iré, pero si algún día, para la gestión que sea, le vengo bien, le prometo que la haré.

Y seré muy responsable.

El hombre se quedó estupefacto. Pues sí que era osado el muchacho. Pero bueno —pensó—, el arrebató de agradecimiento se les pasaría pronto, tanto a él como a su padre. No creía que el chiquillo apareciera por su puerta más que dos o tres días, si es que iba.

Pronto comprobó que estaba equivocado. Cada mañana, invariablemente, a las doce, Germán se presentó y se puso media hora, junto a la puerta, a aguardar. Don Pedro lo

miraba tras los visillos del despacho. Veía al muchacho sin la bata que usaba para los repartos, ligeramente arreglado, peinado. La gente le echaba un ojo al pasar, pero al chico no parecía importarle. No se le veía impaciente. Disimulaba. Después de varias semanas Germán se convenció de que don Pedro nunca le encargaría nada. Pero aun así no le pesaba cumplir su palabra. Y seguía allí de pie, aunque ya no esperase que lo llamaran. Por eso, cuando Alfonsa salió y pronunció su

nombre, se sobresaltó:

—Germán, hijo, ven —
le llamó la mujer—. Que
dice don Pedro que si
podrías llevar este sobre a
casa de los Noriega. Es en la
calle Redes, siete, a la
espalda de la plaza.

A Germán le costó dar
crédito. Y desde luego no
tuvo claro si finalmente el
abogado le hizo el encargo
por necesidad o por
compasión de tenerlo allí, a
diario, aburrido y a pie
quieto. Fuera por lo que
fuese, no podía defraudarlo.
Con esta idea hizo aquel

recado. Y los siguientes, pues, desde entonces, rara vez aguardó ocioso. De modo que una nueva tarea se sumó a su trabajo en la carbonería y sus estudios: la de recadero del abogado. Con tantas ocupaciones, acababa agotado, por lo que fue espaciando sus encuentros con los amigos. No así con Eliseo, con quien siguió cenando a menudo. Siempre que estaban juntos, hablando de lo divino y de lo humano, Germán pensaba que tal vez él le anunciaría que finalmente había llegado

el momento de irse. De vuelta en la carbonería, habiéndose emplazado para la siguiente cita, Germán respiraba aliviado. Pero, al fin, aquella noche en La Tomasa sus temores se vieron confirmados:

—Me voy de Cádiz, Germán —pronunció Eliseo las temidas palabras.

—¿Cómo que te vas? ¿A dónde? —preguntó Germán como si no lo esperara.

—¿A dónde va a ser? —preguntó Eliseo a su vez.

—¿Vas a buscar a...?

Pero ¿cómo te vas a ir? ¿Y el trabajo? ¿Tus amigos?

—Yo también te voy a echar muchísimo de menos —dijo Eliseo.

—¡No te puedes ir! — imploró el chico.

—Vamos, Germán, hombre.

—Ahora que ya no estudiaré con don Adolfo, necesitaré tu ayuda, que me prestes los libros...

—Te los voy a dejar todos. Alguien tiene que guardarlos —sonrió Eliseo cómplice.

—No digas locuras. En

la carbonería no hay sitio, está todo sucísimo. Además no me importan los libros. Era una excusa. Es a ti a quien necesito.

—Eres un hombre ya, Germán. Tú sabrás qué hacer, qué decidir.

—No, yo... —Germán se calló para no llorar, luego añadió—: No volveré a verte. No escribirás. Se acabó.

—¿Te digo la verdad, Germán? ¿Hablamos como adultos los dos? Es bastante probable que no nos volvamos a ver. Lo que no

quiere decir que sea seguro. Tampoco quiero prometerte que te escribiré mucho porque sé que luego surgen asuntos. Tendré que buscar trabajo, no será fácil. Desde luego, nuestra vida, nuestras charlas, nuestra amistad no serán como antes. Pero siempre estaremos unidos. Intentaré que sepas dónde estoy, cómo localizarme y tú escríbeme tu nueva dirección si cambiáis la tienda o si en unos años te vas a vivir a otra parte. Yo estaré siempre que me necesites.

—Eso no es cierto, Seo
—protestó Germán.

—¿Lo dices porque crees que me necesitas ahora? No es verdad. Estás bien. La tienda va a ser vuestra y tu padre te va a ayudar a estudiar, tienes amigos, una vida entera por delante. Yo, en cambio... Es ahora o nunca. Ya te darás cuenta. Cuando te llegue el momento, verás que hay un instante en el que o das el salto, o luchas por lo que quieres cuando puedes hacerlo o se vuelve inalcanzable. Y hay que

intentarlo, atreverse, aunque dé miedo, aunque no garantice nada, hay que hacerlo para no reprochárselo luego siempre. Elvira lo ha hecho y yo siento que no he tenido el valor, pero que aún puedo arreglarlo.

Germán veía en los ojos de Eliseo el brillo de aquella necesidad, aquel impulso intenso, irrefrenable que él mismo sentía con relación a su propia vida. Pero aun así le costaba resignarse, imaginar un Cádiz donde ya no pudiera

buscarlo, asumir perderlo, como a su madre, acostumbrarse a ir olvidando su cara, su voz hasta que desapareciera de su memoria. Increíble e indudable. Así sería.

—¿Y cuándo? —sintió un dolor en la garganta, una punzada, al pronunciarlo.

—Pasado mañana —contestó Eliseo.

—¿Tan pronto? ¿Cómo no me has avisado antes? —preguntó angustiado.

—Porque no quería despedirme de ti cada vez que te viera. Así es mejor

para los dos. Mañana, si te parece, trasladamos los libros a tu casa y...

—No cabrán. Se estropearán. Mi padre no querrá.

—Ya he hablado con él y me ha dicho que les hará sitio en el almacén. Si vas a estudiar, es importante que tengas...

—¿Se lo has dicho a él? ¿Y a los del diario también se lo has contado?

—Justo antes de venir. Pero eres el más importante y lo sabes —le contestó Eliseo agarrándole la mano

y mirándolo a los ojos—. Si pudiera llevarme a alguien, si hay alguien por quien he dudado, alguien con quien deseo reencontrarme, de todos los que dejo atrás, en Cádiz y en todas partes, ese eres tú.

En ese segundo exacto Germán sintió las lágrimas a punto de desbordársele. Pero logró controlarlas. También tuvo que hacer un esfuerzo enorme cuando, al final de la noche, los dos se despidieron con un abrazo. Y más aún al día siguiente, después de trasladar los

libros en el carro, llegado el momento de la despedida definitiva. Entonces, tal vez asustados por la posibilidad de que el dolor se desbocara, Eliseo y él se limitaron a un apretón de manos. Fuerte, largo, acompañado de una mirada intensa, prolongada.

Germán repasaba los recuerdos de todos esos instantes recientes acostado en su jergón aquella noche, la última que pasarían en la misma ciudad. Sentía una angustia tremenda, casi un ahogo, como el de los primeros días en Cádiz

añorando a su madre o cuando ella murió. Entonces era un niño, pero ahora tampoco conseguía respirar, ni dormir. Se levantó. Pasó sigiloso ante los pies de su padre. Había libros apilados por todas partes y tenía que tener cuidado para no chocar con ellos y tirarlos. Sentía un calor asfixiante. Le faltaba aire. Necesitaba salir y dejar de pensar un segundo. Se vistió y se asomó a la calle, donde corría una brisa suave de Levante. Era una noche tranquila, no se escuchaba a

nadie. Cerraba los ojos deseando que las punzadas pasasen. Tal vez si consiguiera llorar..., pero se había estado reprimiendo tanto que ahora no conseguía desahogarse. Entonces, de repente, se le ocurrió. Se palpó el bolsillo para comprobar algo y enfiló a casa de Eliseo. El zaguán, como de costumbre, estaba abierto y su ventana, allí arriba, cerrada y sombría. Subió, sacó el trozo de papel y el lápiz y, sentado en la escalera, le escribió aquella nota que luego pasó por

debajo de la puerta:

Muchas gracias por todo, amigo. Nunca te olvidaré. En la vida.

Germán

Cuando a la mañana siguiente Eliseo encontró a sus pies el papel, se le escapó alguna de esas lágrimas que Germán fue incapaz de verter. Lo imaginó en el rellano, de madrugada, y se maldijo por no haber oído sus pasos, por no haberle abierto y visto por última vez. «Yo

tampoco podré olvidarte.
¿Lo sabes? ¿Te lo he dicho
lo suficiente?»

Si no lo hubiera
pensado tantas veces, si no
lo hubiera decidido hacía
tanto, tal vez habría dado
marcha atrás. Pero esa
mañana ya no se lo podía
replantear, tenía
simplemente que seguir el
plan trazado. Cogió sus
bártulos, recorrió las calles
todavía oscuras y acabó por
salir al puerto, donde lo
esperaba el barco. Solo, sin
nadie que lo despidiera,
zarpó a Nantes aferrándose,

para no arrepentirse, a la idea de recuperar a Elvira.

Casi un mes después y tras múltiples vicisitudes, Eliseo logró llegar frente al magnífico edificio que se alzaba en la dirección de la última carta que ella le envió. Se paró a sentir la emoción de estar en el umbral que ella solía cruzar. Volvió la vista atrás y contempló Nôtre Dame en la misma perspectiva que ella le había descrito. Paladeó el placer de estar a punto de verla. Imaginó su sorpresa,

sin prever que tal vez fuera él el sorprendido, como ocurrió cuando Monique, la cocinera, abrió la puerta y con una perorata que le costó descifrar le explicó que «mademoiselle hacía meses que no vivía allí. Se había marchado de pronto, sin explicaciones». No parecía que estuvieran enfadados con ella, sino asustados más bien. «Ni siquiera monsieur Pérez la había vuelto a ver.» Sin embargo, él, en cuanto oyó ese nombre, se tranquilizó. Tenía la ventaja, frente a los

Villiers, de no creer en la palabra de aquel señor. Con él se había comportado como un encubridor y, ¿por qué no decirlo?, un mentiroso. Así que a ellos también podía haberlos engañado para no delatar a Elvira. Comprensible si, como sospechaba Eliseo, ella trabajaba ahora en aquel cabaré tan célebre pero que, como todos, debía de tener una fama dudosa. Estaba seguro de que así era y en ese caso, no le costaría dar con ella.

Los ecos del Folies

Bergère resonaban por doquier en París. Desde que había vuelto a abrir su éxito era tremendo. Sus números habían superado a los de su primera etapa. Todos eran fabulosos. Pero, particularmente, se hablaba de las *deliciosas chiquillas del Este*. Venus rubias de cuerpos marmóreos que cantaban con fingido candor letras ardientes y se movían de un modo hipnótico, serpenteante, que hacía sentir al público en la misma gloria. Aunque fuera la gloria del averno. En los

mentideros se comentaba que quien estaba detrás de aquel milagro era Mariquita, una genial coreógrafa de origen magrebí. Se decía que su historia era un enigma. Lo único cierto es que de niña fue encontrada en un camino en los alrededores de Aumala, en Argelia, junto a una fuente por una mujer que se apiadó de ella. Pronto, la señora y su familia comprobaron con sorpresa que la pequeña, que ni siquiera hablaba, sabía muchos bailes. Y los ejecutaba de forma perfecta.

Desde que su habilidad fue conocida, María se ganó la vida enseñando danza y ahora era la maestra de las jovencitas. La historia era tan extraña y exótica que extasiaba a los parisinos. Hasta el punto de impedirles preguntarse si era también María quien componía las letras y los ritmos que ejecutaban sus pupilas.

Eliseo creía tener la respuesta. Y se reafirmó cuando, tras preguntar al portero por mademoiselle González, aquel entró a buscarla. Fue curioso que el

hombre, responsable de seguridad, no le pidiera que se identificara. Seguramente lo habría hecho si hubiera venido preguntando por alguna de las artistas. Eran muchos los admiradores que no se conformaban con verlas en el espectáculo. Y para eso estaba él ahí, para frenarlos. Pero alguien que buscaba a un miembro del equipo, a la asistente personal de monsieur Martineau, una mujer que pasaba la treintena, de aspecto corriente, un español como ella... Sería algún

familiar. Las puertas volvieron a abrirse y esta vez, por fin, apareció Elvira. La sonrisa iluminó su cara, que, por lo demás, le pareció cansada y algo ajada. No recordaba esas arrugas finas junto a la boca, en la frente. Notó su emoción, su alegría, aunque se quedara quieta, sin habla. Fue él quien se acercó a abrazarla, pero ella, enseguida, lo estrechó muy fuerte, apretó sus manos contra su espalda y, en ese instante, pareció que el año y medio pasado no había existido. O que no importaba

porque lo mejor estaba
todavía por llegar.

VII

VOCACIÓN

Las hojas de los árboles caducos afrontaban su último mes de vida. Era septiembre de 1886. Pero para Germán ese otoño, más que la estación melancólica que daría término al verano, sería inicio de una etapa ilusionante en la que

empezaría sus estudios secundarios y, por fin, después de tantos años, asistiría a clases con muchachos no solo montañeses, sino también gaditanos. Hubiera preferido ir a un instituto, con lecciones matinales, pero como su padre no podía prescindir de él en horas de trabajo, acordaron que se matricularía en una de esas academias cuya misión era ayudar a los alumnos menos brillantes. No importaba — se animaba Germán—, él aprovecharía al máximo lo

que los profesores explicasen, se prepararía luego por su cuenta y se presentaría por libre a los exámenes. Sacaría el título —se decía—. Estaba confiado. Se sentía optimista. Tenía fe, fuerza, ganas. Corría por sus venas la imperiosa sangre adolescente. La misma que acababa de impulsarlo a besar a Nandi.

Fue una semana antes. Los dos sabían ya que se gustaban desde aquella vez que Germán se decidió a despedirse cogiéndole la

mano y se la mantuvo así, agarrada —«como si fuera un pájaro recién caído del nido», pensó entonces y se sintió ridículo—, hasta que notó que le sudaba. Pero como en verano hacía menos falta el carbón y a Nandi la mandaban a comprar más de tarde en tarde, después de aquello pasaron bastante sin verse. Hasta el santo de Virtuditas, que, al igual que el resto de las fiestas de los Poza, se celebraba en el balneario de la Caleta. La gran protagonista y sus amigas iban en coche de

caballos, y las chicas del servicio hacían los trayectos de ida y vuelta andando rápido. El santo se consideraba más importante que el cumpleaños, y por eso congregaba a más invitados y conllevaba más trabajo. Las sirvientas tenían que cargar con bandejas, cestos, platos. Era la ocasión perfecta —consideró Nandi— para hacer como que había olvidado algo, fingir que iba a la casa a buscarlo y, de camino, pasar cerca de la carbonería para tratar de ver a Germán. Pero cuando

llegó frente a la tienda vio que el cierre estaba echado, así que volvió sobre sus pasos. Por suerte, al doblar la esquina de Espíritu Santo con Salvadores, se topó con Germán, que, con sus amigos, se dirigía a la playa. Leto, Juan y Braulio empezaron a chismorrear entre risitas porque sabían que ella le gustaba, pero cuando él los miró, fulminándolos, se callaron y siguieron andando. Únicamente Juan le gritó: «¡Allí te esperamos!».

Por fin estaban solos de

nuevo y esta vez sin que lo supieran o imaginaran ni señores, ni criadas. Eran las cinco y media de un ocho de septiembre y hacía mucho calor, por eso en la calle apenas había gente. Nandi respiraba sofocada y, a cada inspiración, su pecho se hinchaba.

—Me esperan en el balneario —dijo.

Germán tomó su mano y empezó a andar muy rápido, guiándola, sin saber a dónde. Pasaron por una calle y después por otra, temiendo que alguien los

viera. De pronto, oyeron voces y él la empujó hacia la primera puerta que encontró abierta. Era el zaguán de un patio de vecinos. Escondidos tras la hoja, aguantaron el aliento esperando que las voces se fueran. Pidiendo por Dios que los transeúntes que escuchaban avanzar no fueran a entrar justo allí. Al fin pasaron de largo. Y ellos suspiraron aliviados. Entonces, se dieron cuenta de que estaban cara a cara, muy cerca, inmóviles, mirándose, deseando besarse. Germán se

aproximó despacio, pero cuando los dos sintieron el contacto, salado, templado, de sus respectivos labios, se entregaron a un delirio exagerado. Parecían náufragos sedientos que pensarán que tras el siguiente trago no encontrarían más agua para calmar sus gargantas.

La verdad era que una oportunidad como aquella se haría esperar. Tenían que aprovecharla. Se besaron, abrazaron, acariciaron sintiendo que todo era mejor de lo que habían imaginado.

Y también más peligroso — pensó Nandi en un chispazo — porque no veía la forma de parar y, es más, quería seguir e ir más lejos, mucho más, hasta hacer cosas por las que, seguro, ardería en el infierno. Germán no compartía su miedo. Si por besar y desear a una mujer se condenaba uno, al morir coincidiría en el abismo con su padre, con Juanín, con Braulio, con Eliseo... Eso eran inventos de los curas. Por envidia, como ellos no podían... ¡Qué iba a tener de malo fundirse con una chica,

como aquella, cálida, acogedora! Lo malo era tener que separarse. Y sin embargo, muy pronto no quedaría más remedio. Llegado el momento, Nandi aflojó el abrazo, se alisó el delantal, se recompuso el peinado, echó una última sonrisa a Germán y salió al balneario. Él aguardó aún un rato y luego enfiló justo en dirección opuesta.

Habían pasado siete días de aquello y ninguno sin que Germán recordara varias veces el encuentro. Al

entrar por primera vez en la academia, por ejemplo, le vinieron a la mente los ojos de Nandi, se refugió en su recuerdo. Viendo a todos aquellos muchachos de clase media o media alta, sintió miedo de que lo rehuyeran si llegaban a enterarse de que era carbonero. En realidad ninguno se tomó la molestia de averiguar a qué se dedicaba, cuál era su familia, ni aquel día ni las semanas que siguieron, y a lo largo de las mismas Germán tampoco se atrevió a tomar la iniciativa de

presentarse a nadie. Se limitó a seguir las explicaciones de los profesores, tomar apuntes y marcharse. De algún modo asumió que sería difícil hacer, entre aquellas cuatro paredes, amigos que sumar al círculo de siempre.

Precisamente este sufriría, en breve, una baja importante. Juan, que tras la marcha de Eliseo se había convertido en el íntimo de Germán, se descolgó una noche con la noticia de que finalmente iba a embarcarse «el veintitrés de noviembre,

en el Bravata, rumbo a La Habana». Llevaba años hablando de aquel proyecto de enrolarse, pero tal vez por eso, porque se había referido a él mil veces sin llegar a hacerlo realidad, ninguno de sus amigos lo había tomado en serio. Hasta entonces.

—Pero ¿qué vas a hacer allí? —le preguntó Leto.

—¿En el barco o en Cuba? —contestó Juan con otra pregunta.

—Pues en los dos sitios, memo.

—A bordo, no te

preocupes, que algo encontrarán que haga.

—Pero si no has navegado nunca —objetó Ángel.

—Obedecer es igual en mar o en tierra. Haré lo que sea, con tal de ver mundo.

—Mar es lo que vas a ver —apuntó Braulio irónico.

—Hasta que lleguemos, pero luego...

—Luego, ¿qué?

—Otra vida, ya sabes.

—Sin nosotros.

—Venid conmigo. Intentadlo. ¿Qué os lo

impide? Germán, di algo.

—Yo no puedo. Dejaría a mi padre solo y...

—Sí, claro —rio Juan sarcástico—, y ¿qué más?

—Sabes que es verdad. La carbonería...

—¡Vamos, por Dios! ¿Qué me vas a decir, que es tu gran ilusión?

—No, no es eso. Pero tampoco embarcarme...

—Ya, ¿cuál entonces? —le cortó Juan—. Seguir estudiando y luego, ¿qué? ¿Hacer una carrera nada menos? No te arriendo las ganancias, compañero.

Necesitas acabar la secundaria, convencer a tu padre, que te admitan, un dineral para matricularte y luego aprobar. ¡Tendrás una oportunidad entre un millón de licenciarte! ¡Pero al menos tienes una! ¡Yo ni eso! Si me quedo, mi vida será trabajar como un negro, para ahorrar casi nada y gastarlo ya viejo, si llego, en la taberna del pueblo. ¡Me niego!

—¿Qué tiene de malo?

—se revolvió Braulio contra la ridiculización de su sueño.

—A lo mejor nada,

pero no lo soporto. No quiero que eso sea todo. Ni saberlo con tanto adelanto. ¡Tú me entiendes, Germán! ¡Tú tienes que apoyarme!

Lo habían hablado antes. Sus miradas los delataron.

—¡Pero bueno, vaya dos! El uno que si embarcarse y el otro que si estudiar. ¿Y qué exactamente? ¿Se puede saber? ¿Tiene alguna idea el señor o solo el horror de ser siempre como nosotros?

—No es eso, Leto —
salió Juan al quite de

Germán.

—No es y es, Juan. Tú por lo menos es que quieres ver mundo, pero ¿Germán qué quiere? ¿Algo concreto o dejar de parecérseos?

—Algo concreto — contestó Juan.

—¿Ah, sí? Pues cállate tú y deja que lo diga él, que para algo tiene boca.

Juan pidió perdón a Germán con los ojos y este le sonrió exculpándolo. Aquella complicidad era lo que más iba a faltarle cuando se marchase. Solo Juan sabía lo que no se

atreví a decir al resto. Le daba vergüenza. Temía que se rieran de él. Por idiota, por apuntar demasiado alto. Porque lo que quería era... ¡ser abogado! ¡Algo tan ridículo que se negaba a confesarlo! ¿Qué pasaría si ellos corrieran la voz? ¡Menuda guasa podrían hacer su padre, su tío, los clientes de la carbonería, don Pedro! Se sintió lleno de rabia, impotente, ¡por desear tanto estando tan abajo! ¡Por no poder evitarlo! ¡Y por ser tan cobarde como para no atreverse a confesarlo!

—Tienes razón, Leto, soy un imbécil —dijo Germán.

—Eh, yo no he dicho eso —salió el otro a corregirlo.

—Y tú, Juan —siguió Germán—, también estás en lo cierto, debes irte. Es lo que has querido siempre. Pero eso no quita que vayamos a echarte de menos.

—Eso es verdad —lo secundó Leto.

—Tienes que escribirnos —añadió Ángel.

—Si no, iremos a

buscarte y te daremos una buena, sinvergüenza —se sumó Braulio, finalmente.

Los cinco se esforzaron en que la tensión desapareciera rápido. Serían una piña las semanas que quedarán antes de despedirse. Germán sabía que ese momento le angustiaría, como lo hacían todas las despedidas. Pensar que no volvería a ver a su madre, a Juan, a Eliseo le daba vértigo, un mareo físico. Pero se obligó a no pensar en ello. La mañana señalada él y sus amigos se

escaparon de sus trabajos, dispuestos a afrontar cualquier consecuencia, con tal de despedir a Juan en el mismo muelle. Ninguno lloró y casi no hablaron mientras lo abrazaron por turnos, fuerte. Al final, cuando ya había que darse prisa, se quitaron la palabra unos a otros atropelladamente mientras hacían prometer a Juan que no olvidaría a la cuadrilla y que escribiría desde donde estuviese. Luego, mientras lo veían subir al barco, Leto, Braulio, Germán y Ángel

pasaron sus brazos sobre los hombros en una hilera que los hizo sentir uno. Y así se quedaron, juntos, hasta que el barco no fue más que un punto en el horizonte, aunque a Juan habían dejado de verlo casi desde el principio.

«No olvides escribirnos», siguió Germán despidiéndose de su amigo, en silencio, cuando él ya se había ido. Le daba miedo que sus noticias acabaran llegando con cuentagotas, como ocurría con las de Eliseo.

Este se movía siempre por París con una libreta en el bolsillo. A cada poco se paraba y apuntaba, o incluso garabateaba al paso, una nueva idea cazada al vuelo, pero luego le costaba encontrar tiempo y asiento para revisar lo apuntado, hilar sus pensamientos y compartirlos con Germán o cualquier otro amigo, pariente, contacto.

En las primeras cartas que mandó al chico había optado por describirle la ciudad, sus avenidas, sus jardines, su catedral, sus

palacios extraordinarios.
¡París era tan diferente a
Cádiz y a todo lo que
Germán y el propio Eliseo
hubieran visto! Justo en
aquellos días la construcción
de una torre, hecha a base de
pilares de hierro, semejantes
a vías de ferrocarril, era
objeto de una gran polémica.
El apellido de su arquitecto,
Aleixandre Gustave Eiffel,
aparecía en todos los diarios
en tipos desorbitados.
Algunos articulistas
denunciaban apasionadamente el atentado
que su obra suponía a la

elegancia secular de París; otros, en cambio, declaraban admirar la osadía del creador, su afán de innovar, aunque fuera desafiando el gusto general. Eliseo seguiría curioso la controversia durante meses. Sentado en los bancos del Sena, leería sobre ese y otros temas a pesar de la ventolera. Luchaba, primero por domeñar las hojas que amenazaban con salir volando, luego por comprender los contenidos en francés y finalmente por superar la añoranza de ese

pasado inmediato en que él era quien escribía, quien estaba al otro lado del diario. Sería, por supuesto, más cómodo repasar la actualidad apoyado en el velador de un café, al amparo de una marquesina. Pero él no podía darse tal lujo. En París, un mínimo *expresso* era prohibitivo. Al menos para él. Al menos de momento.

Al llegar el invierno tendría que desechar la opción de leer en la calle. Ya en noviembre sentarse al aire libre podía suponer

congelarse. Pasaría entonces muchas horas en la pequeña buhardilla de Montmartre que tenía alquilada con Elvira. En un lugar pequeño, húmedo y mal iluminado al que se llegaba después de varios tramos de escalera insólitamente empinada. Tenía una sola ventana, interior, desde la que no se veía nada más que otras ventanas. Además, el aseo estaba en el pasillo y debían compartirlo con todos los vecinos del rellano. En definitiva, no era la mejor casa que podía soñarse y a

pesar de ello les bastaba. Nadie parecía preguntarse quiénes eran, ni si viviendo juntos contravenían alguna regla. No sabían a ciencia cierta si eran hermanos, primos, amantes, matrimonio. No constituía ningún escándalo. Aunque fuera porque allí ellos no eran nadie y a nadie importaban.

Eliseo se refirió a aquella casa en alguna carta, describió a algunos moradores de apartamentos colindantes y la asombrosa *cremérie* que había en el

bajo y que con su mezcla de olores —a quesos y mantecas— casi bastaba para alimentarlos. Aludió también a la búsqueda de trabajo. Al principio como de pasada, diciendo que aún no había encontrado nada. Finalmente señalando dos o tres sustituciones de camarero mal pagadas y en las que atendía con gran esfuerzo, pues le costaba entender las comandas.

Llevaba últimamente un escrito para Germán, inacabado, doblado en cuatro dentro de su libreta.

En él le contaba que al fin había conseguido un reemplazo largo, de seis meses, y en un buen puesto, de bedel universitario, en la Sorbona nada menos. Las tareas eran sencillas, no le exigían gran competencia de francés, pero además de su inestabilidad el puesto tenía otro inconveniente: lo convertía en testigo de primera línea de la vida de estudiante, esa que, por avatares de su biografía que Germán sabía, se quedó con ganas de conocer. Miraba aquellos grupos de

estudiantes pasar ante su garita y, al mismo tiempo, se sentía identificado con ellos y devorado por la envidia. Desearía poder quitarse el uniforme y asistir a sus clases, de Historia, Literatura, Filosofía e incluso Derecho, pero solo le estaba permitido entrar cuando habían terminado, a reponer las tizas o borrar los encerados. O, bueno, rara vez, si en medio de una lección al profesor se le ocurría que necesitaba que le trajeran agua, cuartillas, un mapa.

Elvira sostenía que estando dentro de la universidad, aunque fuera como conserje, incluso por poco tiempo, podría enterarse de necesidades que surgiesen. Como la de lectores de español, por ejemplo. Esa era una posibilidad que a Eliseo le entusiasmaba aunque la veía muy lejana. Existía un sentimiento de superioridad entre los catedráticos y titulares y, paralelamente, otro de inferioridad entre los ordenanzas que los mantenían separados por

completo. Hasta tal punto que mucho se temía que si había que contratar a un lector, tuviera preferencia cualquiera de la calle sobre el mejor bedel.

En aquellas páginas, de forma inusitada, se refería por extenso a Elvira, a las aspiraciones profesionales que la llevaron a París, que acabaron arrastrando a ambos allí. «Su futuro, su presente tampoco están claros», había llegado a escribir. Ella, tan vehemente, se movía entre la euforia y la desolación con

breves intervalos de
paciencia. Actualmente
trabajaba en el mejor cabaré
de la ciudad, donde no se
limitaba a escribir canciones
como en el Morás, sino que
era auxiliar del director
artístico, al que ayudaba a
crear auténticos espectáculos
con actores, cantantes,
bailarines y hasta fieras.
Gozaban de un enorme
reconocimiento del público
y podían decir con
satisfacción que dentro de
este se encontraban algunas
de las figuras más
importantes de la literatura,

la pintura y la política de París, o sea, de Francia, es decir, de Europa. Ser capaz de hacer algo que los admirara, asombrara y entretuviera era a menudo gratificante para ella. Pero no suficiente. Enseguida la atenazaba el miedo al pensar que cuanto más triunfara en el cabaré, más se apartaría del camino de terminar su novela. Tenía, al fin, trescientas páginas escritas de aquella historia que para ella era tan importante y de la que él no sabía mucho, solo que estaba inspirada en

las peripecias de su abuelo, el que fue diputado en las Cortes de Cádiz. Ella defendía la teoría de que la narración solo avanzaría si le dedicaba tiempo a diario, aunque fuera poco, pero no siempre lograba llevarla a la práctica. A veces estaba extenuada por el trabajo; otras, su obra la decepcionaba tanto que no deseaba continuarla. Él, como no podía leerla, no estaba seguro de si merecía tantos desvelos como causaba. Lo único que sabía, porque conocía bien a

Elvira, era que la terminara o no, la publicara o no, fuera un éxito o un fracaso, formaba parte de ella y siempre le rondaría la cabeza pasara lo que pasara.

Pasara lo que pasara. Ahí era donde se atascaba. Había algo que temía no fuera oportuno contar a Germán, ni a nadie. Por eso no llegaba a terminar aquella carta, la más sincera, la más larga... Cuando intentaba explicarse, le temblaba el pulso. No tenía pruebas. Nadie podía ayudarlo. Sin embargo, la sensación

incómoda existía, el presentimiento no podía negarse. Y él necesitaba desahogarse. La verdad era que si tuviera un amigo en París, o ni siquiera tanto, alguien con quien hablar, que lo escuchase y que no fuera Elvira... Esta vez ella no podía ser su confidente porque lo que ocurría era que intuía que le ocultaba algo, quizá que había tenido una relación con su director, el tal Édouard Martineau. Era una impresión sin fundamento objetivo, que podía ser fruto de su envidia

por la complicidad de los dos. Pero la inquietud era un hecho. Racionalmente pensaba que era mejor callar, no preguntar. Si algo había pasado aquel año que estuvo sola, si se había refugiado en él, mejor no saberlo. No obstante, de vez en cuando sentía el apremio de acabar con las dudas, con la incertidumbre, de saber qué había pasado, si aún seguía pasando. ¿Sería el único en torturarse? ¿La mujer de Martineau viviría ajena a las sospechas? ¿Podría él contenerse para

siempre? No lo sabía. ¿Se daba cuenta? Carecía de certezas. Ignoraba qué sería de él cuando perdiera su modesto trabajo de bedel — el mayor lujo laboral al que podía aspirar—, si Elvira seguiría mucho en el Folies Bergère, si continuar perjudicaría su sueño o sería vital para lograr un contacto y publicar, si perseveraría en terminar su novela o se cansaría y abandonaría. Por encima de todo, temía que algo se hubiera roto entre ambos. Pero ni siquiera sabía si finalmente mandarían

aquella carta que no podía dejar de ver como una confesión, un papel de uso interno, para poner en orden sus pensamientos.

Tenía muchas dudas, sí, casi respecto a todo. Pero al menos no estaba muerto. De una forma peculiar se sentía especialmente despierto, alerta. En el centro del gran escenario donde se ensayaba el mundo moderno. Ese que llegaría con el nuevo siglo, repleto de oportunidades. Tantas como el hombre no era capaz de imaginar. Estaba leyendo mucho al

respecto —escribió—. Una de las ventajas de trabajar en la Sorbona era tener acceso a los fondos de su biblioteca, aunque debía confesar que añoraba la suya, por modesta que fuera. Leer en francés le exigía un esfuerzo ímprobo y además, estaba prohibido escribir en los libros cuando, como Germán ya se habría dado cuenta, él leía anotando. Por cierto, ¿qué libros estaba él leyendo? ¿Cuáles había elegido, qué títulos habían llamado su atención de todos los que le dejó? ¿Y la secundaria,

cómo se le iba dando? El francés debía de ser una de sus nuevas materias. No hacía falta que le dijera que le mandara sus dudas, que intentaría resolvérselas. ¿Quién sabía? —se preguntaba—, tal vez en un futuro pudiera visitarlos y poner en práctica lo que aprendiera esos años.

Eliseo debió de atreverse finalmente a mandar aquella carta, quizá resumida, tal vez mutilada de los pasajes sobre sus inseguridades sentimentales, porque a manos de Germán

llegaron unas líneas que concluían con aquella invitación a París. La propuesta le hizo esbozar una sonrisa. Sabía que sería difícil, casi imposible, ir. Pero solo como fantasía, como guiño de su querido amigo, era divertido. ¡Le echaba tanto de menos! ¡Estaba deseando confesarle su recién descubierta vocación de estudiar Derecho! ¡Él tenía tanto que ver con ello! Era Eliseo quien le había enseñado a admirar la existencia de un sistema legal, de unas leyes.

Cierto que también le descubrió la literatura, el arte, por no hablar de cómo le explicaba problemas aritméticos o nociones de geografía o botánica. Pero su gran pasión siempre había sido el Derecho. ¡Ah, cómo extrañaba aquellas conversaciones en las que Seo le contagiaba su entusiasmo por el imperio de la ley, su confianza en la naturaleza humana para superarse, fuera cual fuera su origen, su clase, esa convicción de que el mundo podía cambiarse! ¡Qué gusto

hablar con hombres como él, con ideales! Germán sentía la vocación de ser uno de ellos, aunque aún le faltaba muchísimo para sentirse preparado. Con el objetivo de, un día, conseguirlo se bebía los libros que él le había dejado. ¿Cuáles? No ya solo novelas, sino también poemarios y muchos ensayos, filosóficos, políticos. Eran complicados, raros. A veces se le caían de las manos. Pero otras, cuando imitando a Eliseo en su costumbre de leer anotando, hacía esquemas,

lograba atisbar algunas ideas sorprendentes, estimulantes. Entonces, la euforia que sentía le recordaba aquellas noches en que cenaban juntos y hablaban durante horas. Seguramente en el transcurso de algunas de ellas, o de vuelta en casa, cuando lo escuchado se le repetía como un eco, fue cuando Germán, aun sin saberlo, decidió estudiar Derecho como habría deseado hacer Eliseo. Tal vez necesitó, para hacerse consciente, comprobar en la práctica la utilidad, la

importancia del manejo legal. En ese sentido no tuvieron precio el intento de timo de Colindres y la providencial intervención de don Pedro Alvieres.

Respecto al abogado, por cierto, había habido novedades que quería contar a Eliseo. Miguel Blasco, el secretario del bufete, pies y manos de Alvieres, trabajaba a destajo todos los días, incluyendo a veces sábados y domingos. Era un hombre soltero, casi un monje, entregado en cuerpo y alma que, con todo, no daba

abasto. Jamás faltó, ni llegó tarde, ni siquiera aquellos inviernos en que sufrió algún resfriado (única enfermedad que se permitía contraer y siempre en grado leve). Hasta con fiebre llegaba, se sentaba y redactaba, horas y horas, los textos sin despegar del papel ni ojos, ni pluma. Pero un día, uno solo, fue incapaz de levantarse de la cama. Literalmente. Mandó una nota con su hermana, en la que pedía mil perdones, y aseguraba que comprendería un despido como

consecuencia de aquella falta. Por suerte para él, don Pedro no tenía un sentido tan exagerado del deber. Es más, haciendo de la necesidad virtud, aprovechó la coyuntura para tomar una decisión que le llevaba tiempo rondando: en vez de pedir a uno de sus pasantes que hiciera el trabajo de Blasco, se arriesgó a poner a Germán a pasar informes a limpio. Y este lo hizo con tal minuciosidad que don Pedro se convenció de que lo estaba infrutilizando. De modo que desde el día

siguiente, Miguel Blasco — que por supuesto regresó al despacho— contó con un ayudante. Germán pasó así, en veinticuatro horas, de recadero a auxiliar del secretario y de colaborador gratuito a empleado pagado. Se resistió cuanto pudo a cobrar, por educación y agradecimiento, pero al final aceptó, y no sin cierto orgullo, recibir aquel pago, mínimo, casi simbólico. Que alguien otorgara valor a su trabajo alimentaba su amor propio y estar empleado en un despacho de abogados,

aunque fuera como el más prescindible eslabón de la cadena, le hacía concebir esperanzas sobre el futuro. Quizá excesivas.

Pero en aquella larguísima carta de respuesta a Seo prometió que no se engañaba. Nada sería coser y cantar. Lo sabía. De hecho, ya la secundaria se le hacía cuesta arriba. Mientras parecía dotado para materias como la Lengua, la Literatura, la Historia, otras como las Matemáticas, el Latín, la Filosofía, y precisamente el Francés, se

le resistían. Solo con esfuerzo y cabezonería lograba avanzar hasta cubrir los objetivos mínimos. De vez en cuando, la verdad, se planteaba si estaría capacitado para obtener el título. Pero intentaba no obsesionarse y seguía adelante, estudiando y trabajando. Su padre estaba muy satisfecho de que lo hubieran empleado en el bufete y, con el dinero que le daban por ello, pudiera hasta ayudarlo a pagar las clases.

Antes de firmar y cerrar el sobre, Germán estuvo

dudando si mencionar a Nandi. Pero como no vio claro qué decir, lo dejó estar. En realidad no había hablado mucho de ella con nadie. Por supuesto, ni una palabra a su padre, del que parecía estar heredando ese rasgo de carácter que era la parquedad en la demostración afectiva, en su explicitación gestual o verbal. Parecía como si, al adentrarse en la adolescencia, las enseñanzas emocionales, aquella calidez con que, en la infancia, lo arropaba su madre, se

hubieran convertido en referencias lejanas, borrosas, caducas y en cambio solo tuviera a mano el modelo de aquel padre, de cariño contenido, embridado que paradójicamente, a él, como hijo, le dejaba insatisfecho. Los amigos, desde luego, sabían que la muchacha le gustaba, incluso que la había besado, pero no mucho más, porque a Germán le daba vergüenza entrar en detalles. Y le horrorizaba fanfarronear.

Precisamente por la reserva que mantenía sobre

sus idas y venidas con la chica, le desconcertó que una noche, estando a solas con Ángel, este le preguntara:

—¿Crees que Nandi le ha dicho a alguien que estáis juntos?

—No sé. ¿Por qué? ¿Te han venido con el chismorreó?

—No —contestó Ángel —, pero... si se enterara mi tío...

—¿Qué? ¿Crees que mandaríá que me dieran una paliza? ¡Ni que fuera su hija!
—respondió Germán,

arrepintiéndose enseguida de la comparación con Virtuditas.

—Más bien creo que estaría encantado y que intentaría que os casarais — repuso su amigo.

—¿Cómo? ¡Anda ya, qué exagerado!

—Lo que tú digas. Pero, de algún modo —se explicó—, ella es su protegida. Trabaja en su casa, donde sus padres esperan que se haga una mujer de una pieza. Si él, que la cogió de niña, la devuelve como esposa del

hijo de un carbonero con negocio, estudios y aspiraciones, quedará de maravilla. Y nada le importa más que *el qué dirán*.

Fue solo un comentario. Ángel lo hizo con su mejor intención. Pero bastó para que Germán se agobiase. Oída en boca de su amigo, la advertencia parecía tener sentido. Él había besado a Nandi por impulso, por deseo, porque sus labios se lo estaban pidiendo. Pero casarse, ¡qué locura! ¿Cómo se iba a casar con la primera mujer que

había aparecido en su vida?
¿Cómo iba a ser la única, la definitiva? Él, a diferencia de su padre, una vez que se casara, sería fiel a su esposa, muerta o viva. Así que antes de comprometerse tenía que ver mundo, comparar, estar seguro. Nandi era buena y linda, pero ¡Dios, estaba hablando de «toda la vida»! Por no mencionar que, si se casaba, se acabaría el estudiar. Enseguida se cargaría de hijos, como tantos mozos, y tendría que ponerlos a trabajar porque no podría pagarles la

educación y vivirían todos infelices por la imposibilidad de escapar a su destino de carboneros. No tenía sentido hacer eso.

Quizá si Ángel no hubiera dicho nada, Germán y Nandi habrían seguido juntos un tiempo y habrían disfrutado sin más. Pero le metió el miedo en el cuerpo y en contra de lo que este deseaba, se fue distanciando de la muchacha. Por las noches echaba de menos sus manos en la nuca, su tibio aliento, el sonido entrecortado con el que

respiraba cuando se besaban. Entonces dudaba de si tendría fuerzas para dejarla, pero la razón dictaba que no había alternativa. Incapaz de comportarse más que como un cobarde, Germán simplemente se condujo de pronto como si nada hubiera ocurrido entre los dos y evitó dar a Nandi ninguna explicación. Las primeras veces que ella regresó a comprar a la carbonería y lo notó frío, huidizo, se sintió desconcertada, pero cuando las ocasiones se sucedieron, comprendió que él había

decidido poner fin al amorío. No sabía por qué. Le dolía, le daba rabia. No entendía nada. Por eso una mañana, mientras él acarreaba a su costado la carretilla con todas las mercancías, se armó de valor y le preguntó:

—¿No me volverás a besar, Germán? ¿Acaso ya no te gusto?

Aquella franqueza lo desarmó. Germán paró y apoyó en el suelo las patas de la carreta cuando estaban ya casi a punto de alcanzar la tapia de cal que marcaba el límite del corral de los

Poza.

—¿No me vas a contestar? —insistió Nandi, al verlo como dormido, queriendo despertarlo.

—Es que no sé qué decir —repuso él, al fin.

—Pues dime la verdad —rogó ella con un tono dulce pero cargado de autoridad.

Germán tardó un rato en responder y Nandi aguardó esta vez porque realmente parecía estar buscando las mejores palabras para explicarse.

—Verás, yo —

balbuceó, pero enseguida añadió un decepcionante «es que no sé cuál es».

Fue sincero en su confesión, porque tal vez habría sido demasiado pedir a un adolescente como él ser consciente de que huía, asustado, solo porque no tenía a mano un referente masculino resuelto, sin miedo a los afectos, que le sirviera de faro. Eliseo se había marchado, estaba muy lejos y aun él, mientras estuvo en Cádiz, fue sobre todo un guía en lo relativo a los estudios, a la educación;

y su padre, Ramón, era un hombre que había dejado, sucesivamente, a sus dos mujeres en el pueblo, en la otra punta del país, que no les había escrito nunca, que asumía no ver en años a su hija recién nacida, que había sacrificado a la familia por un sueño que consistía en una prosperidad más que modesta, precaria. Germán no podía poner en pie todo aquello. Más aún, era incapaz de verlo. Solo sentía miedo. Un miedo extraño. Uno que se confundía con aquel otro temor que

siempre le había acompañado, el de verse atrapado en el destino de vaquero, carbonero, de mano de obra explotada incapaz de desarrollar su personalidad y potencialidad. Quizá era demasiado para él librar dos batallas a la vez. Y en lugar de repartir su valor en ambos frentes, instintivamente, lo focalizó en el de su formación. Se trataba, desde luego, de una elección inconsciente. Germán era incapaz de pensar en nada coherente mientras Nandi seguía escrutando su cara,

tratando inútilmente de percibir por sus gestos qué extraños senderos mentales estaba recorriendo.

—Vaya, qué raro ser tan listo y no saber lo que uno siente —acabó por decir la pobre, asombrada pero en un tono bajo, casi un susurro.

Y con esas palabras Nandi dejó allí a Germán, pasmado. Sintiendo su frase tan certera como una flecha que lo hubiera alcanzado en la mitad de la frente, y le hubiera traspasado el cráneo hasta ir a clavarse en la

esquiva idea que hasta ahora había logrado huir entre los vericuetos de sus sesos, le había dado esquinazo. Nandi, mientras, sin empujarlo, hizo a Germán a un lado, le quitó la carretilla de las manos, la llevó dentro del patio, la descargó por sí misma, muy rápido, la volvió a colocar a su lado y entró de nuevo al corral cerrando esta vez el portón tras su último paso. Germán siguió aún ahí, quieto, un rato, sin saber reaccionar, con los ojos fijos en los desconchones de la cal.

Nandi no regresó a la carbonería. Carmela la sustituyó sin, por supuesto, ofrecer ninguna explicación. Las muchachas de la casa debían de saber algo de lo que había pasado, aunque a Germán le resultó raro que todas lo siguieran tratando con la alegre familiaridad de siempre. Incluso a Nandi volvió a verla de tanto en tanto. Ciertamente que ella, generalmente, al advertir su presencia cerca bajaba los párpados, que no le regaló ya jamás sus luminosas sonrisas. Ante ella, Germán

se sintió ya siempre raro: de una parte, aliviado por haberla dejado, de otra, incómodo por haberlo hecho sin ninguna razón de peso, solo por un temor vago, y finalmente, desconcertado por la precisión de aquel retrato que le hizo, el de un muchacho instruido, pero inseguro de sus sentimientos, retraído.

Le habría venido muy bien escribir a Seo sobre aquel primer escarceo amoroso, sobre las sensaciones contrapuestas que le habían dejado, como

huella. Pero si en un instante fugaz contempló tal posibilidad enseguida la desechó. ¡Qué cursilería, hablarle de una chica! Y, además, ¡no sabría por dónde empezar! Era mejor tratar de decisiones, hechos —claros, concretos, positivos—, de pasos adelante. En ese sentido, en la siguiente carta que mandó a su amigo prefirió extenderse en su confesión de vocación profesional, en su explicación del deseo de cursar Derecho.

Desde luego, Eliseo al

leer aquello sintió mucha emoción. ¡Así que abogado! Eso quería ser... ¡Qué estupendo imaginarlo! Pero no había prisa —consignó en su rápida respuesta, en una postal, enviada a vuelta de correo—, tenía tiempo para pensarlo y repensarlo. Ya iría viendo. Lo que sí era magnífico, en todo caso —añadió Seo—, era que trabajase con Alvieres. Aquel empleo iba a gustarle más que el de carbonero, ya vería. Además, le daría relaciones. Por no hablar de que sería la primera vez que

sacara rendimiento
económico a sus
conocimientos. ¡Cuánto se
alegraba! Le daba la
enhorabuena. Aunque
insistía en que por nada del
mundo dejara de estudiar.
Suponía que ahora acabaría
los días agotado, pero aun
así tenía que sacar fuerzas,
perseverar. Como tantas
veces antes, insistió en que
solo si seguía formándose
podría labrarse una vida
distinta. Era fundamental
que no lo olvidase. Escribió
todo eso, con letra muy
apretada, en la tarjeta postal.

Dentro del sobre, la imagen del Sena a los pies de la catedral llegaba a transparentarse. Como en el reverso había poco espacio, Eliseo se limitó a añadir el consabido abrazo, entre paréntesis anotó que lo seguía extrañando y, como en un añadido de última hora, rápido, apuntó con una letra mínima que parecía un reguero de hormigas que había conocido a un «interesante profesor universitario». El comentario era tan breve que casi no significó nada para

Germán. Sin embargo, si Eliseo daba cuenta de ello era porque otorgaba importancia al hecho de haber tropezado con aquel especialista en leyes de familia, porque de algún modo —aún impreciso— intuía que podía jugar un papel determinante en su vida.

Si llegara a ser un amigo, sería valiosísimo. Los días en París, por desgracia, le estaban resultando tan frustrantes como había previsto en Cádiz. Aunque en las cartas

a Germán no entrara en detalles a este respecto. Había seguido trabajando de bedel un tiempo, luego regresó el compañero al que había reemplazado y se encontró de nuevo desocupado. Al cabo de unos meses volvieron a llamarlo y aceptó, incluso con entusiasmo, retomar aquellas tareas aburridas y rutinarias de limpiar las pizarras, surtir de material los despachos, colgar los avisos en los lugares apropiados. No era una alegría impostada, de verdad

valoraba la suerte que suponía para él conseguir ese empleo, esta vez además por el plazo de un año al menos. Pero el trabajo en sí mismo ni le gustaba ni podía gustarle y sus compañeros no eran especialmente amigables.

El problema principal de Eliseo en París, no obstante, no tenía que ver con el trabajo, ni con la ausencia de él en los periodos en que había estado desempleado, sino con la soledad, incluso cierto abandono al que sentía que

Elvira lo había relegado. A medida que los meses fueron pasando, la euforia del reencuentro fue sustituida por cierta fatiga. En principio Eliseo trató de convencerse a sí mismo de que aquello sería pasajero, de que ella estaba abrumada por sus múltiples compromisos justo en aquel momento porque el cabaré estaba recién abierto y los dueños eran muy exigentes con todo el elenco; además de que Elvira, dedicara las horas que dedicara a la compañía del Folies, se

obligaba todos los días a sacar tiempo para escribir. Pero a medida que los meses se sucedían, la intimidad entre ellos no fue creciendo. Al contrario, Eliseo la sentía cada vez más lejos. Peor que la separación física que suponía estar día y noche, cada uno en su trabajo, o sentir cerca el cuerpo de ella solo a su regreso, de madrugada, cuando, al fin, sigilosa, entraba en la casa, se desnudaba y se metía en la cama con aquellos pies helados, como anguilas recién pescadas del río y

arrojadas a sus sábanas; peor que todo eso era darse cuenta de la brecha mental que se abría entre ambos: ella, con su vida llena de proyectos, tantos que le faltaban horas del día para afrontarlos y él, con la vacuidad de su propia existencia que si de algo estaba sobrada era de horas sin quehacer que las llenara. Más de una vez pensó que para lo que a él le valían bien podría prestarle sus inútiles horas a Elvira.

No era un detalle menor —le parecía— que la

frecuencia de sus encuentros íntimos hubiera descendido a límites ridículos. Con razón o sin ella, Eliseo creía que el hecho de que su trabajo careciera de interés lo hacía menos atractivo a ojos de Elvira que aquellos artistas, escritores, creadores entre los que se movía. En ocasiones, cuando de un modo más o menos directo, más o menos tajante, sentía que ella lo rechazaba, Eliseo se revolvió, incluso a veces con rabia, se preguntaba por qué habría dejado su vida en Cádiz para seguirla a un

París donde ella lo ignoraba, lo relegaba al último puesto en su lista de prioridades. Muchas discusiones comenzaron precisamente en el punto en que él se preguntaba aquello en voz alta, en uno de los pocos instantes en que Elvira se encontraba en el piso y no estaba dormida.

—No es justo que me hagas reproches, Seo —le decía—. Yo te quiero, como siempre. Me encanta saberte a mi lado. Es solo que estoy cansada, agotada. ¿No ves la vida que llevo?, ¿lo que

trabajo? —Algunas veces en este punto se desmoronaba, le asaltaba el llanto y solo con grandes esfuerzos continuaba—. ¿Crees que puedo engañarte? ¿Es eso lo que insinúas, que tengo un amante? De uno u otro modo siempre leo en tus ojos que ese es el reproche que me haces. Pero ¿quién crees que pueda ser mi amante? Y, más todavía, ¿a qué hora del día o de la noche te parece que puedo verlo?

—He llegado a pensarlo muchas veces, Elvira, desde luego —llegó a

contestarle Eliseo—. Lo reconozco, es cierto. No tengas el descaro de preguntarme su nombre porque desde luego hay un nombre que me salta a la mente. Y si son lugares y momentos posibles, se me ocurren cientos. ¡No ves que yo nunca te veo! Así que no lleves por esa vía tu razonamiento. Pero ahora es peor que eso. Que haya o no otro hombre en tu vida es secundario, fíjate lo que te digo. Lo que siento... Cuesta creerlo, pero lo que siento es que ya no me quieres tanto

como mi mujer, mi amante, sino como una amiga o, más exactamente, una hermana de sangre.

—¿Qué dices? Eso no es cierto. Ven.

—No quiero que sea así. Antes no era cuestión de quién complacía a quién.

—Ahora tampoco lo es. ¿Por qué crees que lo es? Ven.

Y aunque aquel día, después de discutir, Eliseo se dejó hacer y Elvira le hizo el amor con una entrega salvaje empeñada en borrar todo lo que él acababa de

sugerir, aunque después de aquello volvieron a tener altos y bajos, Eliseo no pudo evitar sentir que su relación estaba derivando en la de dos camaradas emigrados y que, de ambos, ella era quien, con esfuerzo, lograba abrirse paso y él, el inseguro, el desamparado.

Dándole vueltas precisamente a dónde iría a parar aquello, cómo, cuándo lograría salir del limbo en que se sentía, de ese letargo en que su vida se mantenía suspendida, hacia qué camino avanzaría, de qué

manera reconduciría su historia con Elvira, si es que podía, pensando en todo eso, cambiaba Eliseo las actas de exámenes en los tablones del ala de Derecho. Su monólogo interior se fue viendo progresivamente invadido por un rifirrafe de voces masculinas cuyo tono iba *in crescendo*. En un movimiento reflejo, Eliseo se dio la vuelta y trató de averiguar detrás de cuál de todas las puertas, que se abrían en el flanco derecho del pasillo inmenso, estarían esos dos interlocutores que

atropellaban, el uno al otro, sus respectivos argumentos. Fue un esfuerzo inútil. Por más que afinó el oído, no distinguió si la pelea se estaría produciendo en el departamento de Administrativo, el de Penal, en el de Filosofía Jurídica, que eran los más próximos, o incluso en alguno de aquellos cuyos letreros no podía leer desde allí pero que sabía eran, entre otros, el de Civil y el de Historia. Tampoco llegaba a comprender cuál era el tema de la riña, pero, teniendo en

cuenta que estaban en pleno periodo de evaluaciones y que una de las voces parecía más vacilante, conjeturó que era probable que un alumno reclamase una corrección más benévola de su examen. Súbitamente la cuarta puerta se abrió.

—¡Sí, váyase, Roinssard! ¡Política de hechos consumados, pues! —retumbó la voz del mayor de los dos desde el fondo de la habitación.

—¿Me cabe otra opción? —preguntó el joven, cuya chaqueta negra

se asomaba y escondía, a intervalos, desde el vano de la puerta.

—¡Cabén dos! ¡La primera, renunciar a ese proyecto, a semejante asignación de origen irregular, a un tal cambio de rumbo en su carrera que, se lo advierto, hará volcar su futuro en esta facultad! ¡Y la segunda, aceptar esa locura, esa aventura, pero tener al menos la coherencia de dejar su puesto vacante para que lo ocupe alguien que sepa y quiera aprovecharlo! ¡Por el amor de Dios, al menos

congruencia!

—No renunciaré a mi puesto solo porque usted no desee reconocer la importancia de esta empresa.

—¡No me venga con esas! ¡Esto no es una cuestión de ego o de poder, Roinssard! ¿Qué se cree, que envidio su «empresa», como la llama? ¿Que me da miedo que me pase por encima? ¡No se le ocurra cerrar la puerta ahora! ¡Ábrala de par en par, Roinssard, que se entere toda la universidad! ¡Si usted quiere tirar por la borda todo el trabajo que

hemos hecho, lo que hemos
avanzado en nuestros
estudios de Derecho
comparado para
especializarse nada más y
nada menos que en los
tagalos, los tagalos!
¿Quiénes son esos? ¿Quiere
incluirlos en nuestro estudio
general? ¿Dedicarles una
separata especial? De
acuerdo, pero abandonar
todas nuestras líneas previas,
para dirigir un grupo
interdisciplinar, con
botánicos, zoólogos,
arqueólogos, filólogos y qué
sé yo cuántos otros,

dedicarse al estudio de las relaciones de parentesco de ese grupo étnico que, escúcheme bien, no soy especialista en ellos, pero hasta yo sé que están a un paso de extinguirse, ¿no es cierto? ¿Qué interés tiene eso?

—Ninguno para usted, por lo que veo. Pero permítame que le pregunte ¿por qué exactamente? ¿Porque son pocos individuos? ¿Porque los considera salvajes, humanos de segunda categoría?

—¡Filipinas no es

siquiera colonia nuestra! ¡No son nuestros indígenas!

—Eso ni suma ni resta interés a la investigación.

—Pero ¿qué encaje daremos a lo que estudie en nuestro departamento?

—¡Vamos, monsieur Clevert, no soy un pionero! ¡Lewis Henry Morgan lleva décadas muerto y él encajó estudios de parentesco en grupos tribales en departamentos de Derecho!

—¡Volvemos al principio! Su decisión es esa, ¿no? Dejar colgadas sus líneas y no renunciar a su

plaza ni aun cuando se vaya a jugar a las aventuras indias, porque en algún momento viajará a Filipinas, ¿no es cierto?

—Por supuesto.

—Era una pregunta retórica. Pues eso, que intentará mantener la plaza por si, como preveo, sus correrías resultan infructuosas. En lo que de mí dependa trataré de evitar que mantenga el puesto. Pero incluso si fracaso en ello, sepa que no contará con ayuda alguna del departamento, que no podrá

usar ningún recurso ni humano, ni material, para esta empresa suya, ni en la fase de preparación, ni en la expedición, ni al regreso en la extracción de conclusiones que no van a resultar de ningún provecho a esta facultad, o universidad. ¿Le queda claro?

—Meridiano.

—Pues lárguese, lárguese ya, por el amor de Dios. ¡Qué inutilidad! ¡Qué tiempo perdido! ¡El suyo y el mío!

El catedrático pareció ir

físicamente hacia el joven profesor, hacerle recular, aunque Eliseo no lo llegó a ver. Sabía bien quién era aquel Clevert, catedrático despótico y colérico, difícil de llevar. También reconoció a Roinssard, al contemplarlo allí quieto en el pasillo mientras la puerta se cerraba de un portazo a milímetros de su nariz. Aunque de la conversación quedara claro que iba a hacer aquella investigación sobre los tagalos, que no necesitaba el visto bueno de su superior, parecía

apesadumbrado. Eliseo sabía algo de Filipinas, muy poca cosa y solo porque era colonia española. Pero había apreciado en el discurso de Roinssard cierta defensa de la radical igualdad entre todos los miembros de la especie humana, ese ideal nacido precisamente en suelo galo, que era el primer mandamiento de su fe laica, una fe tan minoritaria, incluso en Francia.

El profesor Roinssard sintió de pronto la mirada del ordenanza y pagó su irritación con él.

—¿Usted qué mira, no tiene nada que hacer? — Saltó su breve chispa de ira. Luego el hombre hizo un gesto curioso, expresivo de la impotencia que sentía, tomó aire por la boca y se hizo la pinza en la nariz. Cuando ya no pudo aguantar más el aire en su interior, al fin soltó los dedos y exhaló.

Pese al modo abrupto en que le había hablado, Eliseo sintió cierta empatía hacia el agobiado profesor. Debían de tener ambos una edad similar. Quizá, en otras circunstancias, aquella

habría sido su vida. También él estaba abrumado, aunque por razones distintas. Si estuviera en su piel agradecería una palabra de aliento. Por todo eso y por un impulso irracional, al pasar a su lado de vuelta a la portería, Eliseo le dijo: «Ánimo, profesor. Será una investigación apasionante».

El hombre, desconcertado, levantó la vista.

—Pero ¿usted quién es?
—preguntó algo altivo, tratando de restablecer el orden del mundo que

conocía, donde no había comunicación entre un profesor y un bedel.

Y Eliseo, molesto por esa cortedad de vista, por esa incoherencia de quien proclamaba la igualdad en un plano teórico general pero era incapaz de llegar a aplicarla a la realidad, contestó lo primero que se le ocurrió sin reparar en las consecuencias que de aquello pudieran derivarse:

—Un tagalo, un indígena, un bedel, un periodista, un español, una insignificante hormiga en el

hormiguero de la Sorbona,
París, la vida.

Aquella respuesta le resultó a Roinssard tan rara, tan cargada de rabia y al mismo tiempo poética que le hizo preguntarse, en otro tono ya y esta vez para sí, quién sería aquel conserje peculiar que le daba la espalda y avanzaba ahora imparable rumbo a la garita donde debía llevar tiempo trabajando sin que, desde luego, él se hubiera fijado. ¿Sería un tarado o, quién sabía, alguien realmente lúcido encerrado en esa jaula

acristalada que era la conserjería?

Gérôme Roinssard, como buen científico —en su caso, social—, era medurado y metódico pero también perspicaz y curioso. De ahí que aquel día cumpliera con las obligaciones que tenía previstas. Impartiera sus clases, en definitiva. Pero a partir de la jornada siguiente inició toda una serie de pesquisas acerca de aquel hombre singular. Averiguó su nombre y apellido, cuánto tiempo llevaba trabajando en

la universidad, que en efecto estaba más preparado de lo que requería su cargo, que era eficaz pero también reservado y que, tal como había manifestado, era español. Y esto le interesó. Sin caer en supersticiones ni tonterías, Roinssard creía en la conveniencia de aprovechar las circunstancias positivas que se iban presentando en la vida. Carecía de evidencia científica que probara la existencia de un destino, un fátum. Es más, la mera opción teórica de que la

divinidad marcará al dictado sus pasos le parecía un espanto. Concebía el día a día plagado de eventualidades azarosas. Ahora bien, de lo que creía que cada cual debía responsabilizarse era de cómo aprovecharlas, del modo de afrontarlas. En este caso, justo cuando su catedrático le negaba el pan y la sal, cuyo equivalente eran el presupuesto y el personal para investigar, se le aparecía un profesional cualificado, desempeñando un cargo poco estimulante y

mal pagado —
supuestamente insatisfecho,
por lo tanto— y que por
añadidura leía, escribía,
hablaba y entendía
perfectamente el español,
lengua adoptiva de la
comunidad indígena que él
se aprestaba a estudiar. El
hecho constituía
evidentemente una
oportunidad. A pesar de lo
cual, lo que era precipitarse
no se precipitó. Tenía mucho
que hacer. Además de
preparar e impartir sus
clases, mantenía continuas
entrevistas con los expertos

en campos diversos que se iban a sumar a su indagación. Durante, al menos, mes y medio sometió al bedel a una observación distante. Pero al fin una tarde, antes de ingresar en el aula donde los alumnos esperaban, hizo un alto en la portería y pidió a Eliseo que le diera unas tizas.

—Si me dice el numero de clase, se las llevaré enseguida —repuso Seo, sin revelar si había llegado a reconocer al profesor como aquel al que, un día no hacía mucho, se encaró.

—Búsquelas ahora, por favor, espero aquí, no hay urgencia —le contestó Roinssard, quien solo había buscado un pretexto para hablar.

Cuando Eliseo volvió del almacén de material y se acercó a Roinssard, este afirmó:

—Obviamente, tagalo no es. He confirmado que español sí, pero en lo de periodista me queda la duda todavía. Podría ser, pues con el lenguaje se maneja bien, hasta en francés. ¡Menudas metáforas gasta usted!

Eliseo, que lo miró entonces como si realmente lo acabara de ver, contestó.

—Disculpe si le molesté.

—No he venido a reclamar excusas.

—Ah, lo siento, señor, aquí tiene usted —dijo Eliseo alargándole las tizas.

—Monsieur, ¿sabe usted algo de Filipinas? —le interrogó Roinssard.

—Se asombraría de lo poco que sabemos la mayoría de los españoles de las islas, salvo que de Manila nos llegan los

mantones.

—¿Cultiva hace mucho su ironía?

—Puesto que soy arte y parte, no me considero el más indicado para informarle. Me encantaría remitirle a testigos objetivos, pero aquí en París, casi no hablo con nadie. Así que lo siento, no sé contestarle.

—¿Está solo en la ciudad?

—No. Aunque pareciera que sí. Es una larga historia, profesor...

—Roinssard, Gérôme Roinssard —le dijo él

tendiéndole la mano.

—Encantado. Eliseo Aramburu. —Le devolvió el gesto extrañado de que el docente se aviniera a tocarlo.

—El gusto es mío — zanjó el profesor la presentación. Luego continuó—: Señor Aramburu...

—¿Sí?

—¿Le parecería raro que le invitara a un trago al terminar la jornada de trabajo?

—Sí, señor, inusitado. Antes ni ironizaba ni bromeaba, ni mentí al decir

que casi no hablo con nadie aquí, en París.

—Esta noche hablaremos. Sobre todo usted, espero. Ya le avanzo que quiero sondear si de cara a mi investigación me pudiera ayudar en algo.

—¿Yo, señor?

—Puede que no. Es una hipótesis y, como tal, se puede comprobar o refutar.

—Bien.

—Lo dicho, pues. Al terminar la jornada le pasaré a buscar —sentenció Roinssard.

—Bien —repitió

Eliseo.

—Hasta luego.

—Adiós.

Eliseo se quedó mirando al profesor y se preguntó qué resultaría de la entrevista que mantendrían. Uno nunca sabía a dónde le llevaría conocer a alguien, cuán larga o corta, íntima o superficial, pobre o fructífera sería la amistad que trabasen. Si realmente llegaba a tanto y no quedaba en un conocimiento tangencial. Para Eliseo siempre merecía la pena arriesgarse. Más aún,

hacerlo era inevitable. Y lo cierto es que Roinssard y él fueron recorriendo, con paso lento pero firme, el camino que, meses después, los convirtió en director y ayudante de la misma investigación.

Germán era más receloso que Seo en materia de relaciones y amistades. Quizá por su origen, por ciertos complejos. Tenía motivos para temer el rechazo de los demás. El rechazo era cierto. De hecho, en la academia de

secundaria llevaba meses sin que nadie se dignara hablarle porque los compañeros, hijos todos de ricos de cuna, terratenientes, ganaderos o profesionales liberales, se habían enterado de que era carbonero — hecho que, en una ciudad como Cádiz, no podía ocultarse mucho tiempo—. Él mantenía sus amistades de siempre, la pandilla de Braulio, Leto, Ángel, a la que se sumaban de vez en cuando Ilde y Marcial. Con ellos se sentía seguro, más aún, en ausencia de Juan, lo

quisiera él o no, encarnaba al líder, a la autoridad. En cambio, en clase se sentía vulnerable. La tarde aquella en que se le acercó Alejandro González y empezó a hablarle, estaba tan intimidado que le faltó echarse a temblar. Hijo de un conocido médico de la ciudad, Alejandro era, a su estilo, dentro de aquella clase, una rara avis, como Germán. Más reservado de lo habitual entre los gaditanos, quizá apocado por su cuerpo extraño, grandón, muy blanco, de

aire insano, no estaba integrado en ningún grupo. Parecía despistado, con la cabeza en las nubes, sin embargo, captaba y observaba con atención cuanto le interesaba. Y ese día, cuando el profesor de Literatura preguntó quién había leído a Julio Verne, no pasó por alto que Germán fue el único en levantar la mano. Cuando la lección concluyó, Alejandro fue hacia él y le preguntó:

—¿Qué has leído de Verne?

—*La vuelta al mundo*

en ochenta días, Veinte mil leguas de viaje submarino, Los hijos del capitán Grant...

—¿Todos esos? ¿Los tienes?

—Y alguno más, me parece, eran de un amigo.

—¿Me los prestarías?

—Si quieres —contestó Germán.

—Voy contigo.

—¿Ahora? ¿A la carbonería?

—Bueno, vives allí, ¿no?, ¿allí los tienes?

Germán se vio asintiendo entre atemorizado

y sorprendido. ¿Cómo era que aquel muchacho de repente dejaba de hacerle el vacío? Le dio vergüenza anticiparse a lo que vería: la trastienda donde se amontonaban los jergones en que él y su padre dormían, el baúl de la ropa, la palangana y la jofaina... Allí era donde estaba la librería de Eliseo y en aquel espacio desordenado, como de chamarilero, era donde iba a entrar uno de esos compañeros que habitaban casas palacio, este nada menos que en la calle

Columela. Sin embargo, cuando pocos minutos después de salir de la academia Alejandro y Germán se encontraron frente a los estantes, cualquier retraimiento acabó por desaparecer. Empezaron a escrutar los lomos de los libros, las cabezas ligeramente ladeadas en el sentido que las letras dictaban, en busca, en principio, de los volúmenes de Verne, aunque, por el camino, nombres comunes y propios los distrajesen. Después de aquella primera

tarde, muchas otras se repetiría la escena en que los dos repasarían los cantos, leyendo los títulos y especulando, a partir de ellos, con los contenidos. Las ilustraciones de las portadas solían ser para su atención anzuelos más efectivos. El hombre inmovilizado por seres minúsculos de *Gulliver* o el gato negro de la recopilación de un tal E. A. Poe fueron irresistibles para ellos. Las historias que les aguardaban dentro no les defraudaron. Es más, alimentaron sus

ganas de seguir leyendo.

A Germán, además, leer le calmaba los nervios. En los últimos tiempos sentía cierta angustia crecer. Todo por una palabra que antes de la secundaria no significaba nada para él: «calificaciones». En las clases de la Casa de la Montaña nunca les habían puesto notas. Los alumnos se sentían privilegiados y se esforzaban al máximo por aprender. La mayoría de las veces alcanzaban los objetivos que don Adolfo fijaba, pero cuando no eran

capaces, él insistía hasta que lo lograban. Sin embargo, en la academia el sistema era otro. Los profesores explicaban las lecciones y eran los alumnos quienes debían seguirlas como pudieran. Cada dos semanas se hacían exámenes y al acabar el trimestre, unas pruebas generales preparatorias de los finales de junio. Los parciales y los ejercicios de clase recibían una «calificación» que podía ser de suspenso, aprobado, bueno o destacado. Cada calificación se sumaba al

resto y al terminar el año la «calificación final» determinaba quién estaba a la altura esperada. De este modo, una palabra expresaba la capacidad intelectual de cada cual. A Germán eso le horrorizaba. Ni en sus peores pesadillas había imaginado un método capaz de cuestionar un talento, el suyo, del que hasta ahora nadie había dudado salvo, en secreto, él mismo. Su madre siempre estuvo segura de que era listísimo y se lo dijo. Tal vez su convicción sin fisuras

fuera contagiosa y por eso todo el pueblo, empezando por Mirita, compartía que él era excepcional. Hasta su padre, aun con su carácter reservado, tenía fe en él. De ahí que le dejara estudiar con esos compañeros llamados a ser cualquier cosa, menos carboneros. Eliseo también lo había tratado como un niño más despierto, maduro, de lo que correspondía a su edad, recomendándole lecturas no siempre infantiles y hablando con él de los temas más diversos. Incluso sus

compañeros de primaria lo habían admirado —o envidiado— porque en clase, y sin que don Adolfo lo ocultara, destacaba.

No obstante, ahora no solo no era el más listo, sino que a veces sus conocimientos resultaban insuficientes. Nadie supo la frustración tan profunda, el dolor tan intenso que sufrió el primer día que vio escrita la palabra «suspense» en rojo sobre sus ejercicios. Sintió la vergüenza ardiéndole en las orejas. Para su desgracia, aquella

primera vez se fue repitiendo. Y no porque hubiera cambiado o se hubiera vuelto un inepto, sino porque el listón de lo que se exigía había subido y ahora le costaba alcanzarlo. Lo que más le asustaba era que el resto de sus compañeros, incluso los que despuntaban, iban a la academia precisamente porque en las clases matinales pasaban por torpes o indolentes. De modo que se veía a sí mismo como el peor entre los peores. No lo soportaba. Sus ataques de

pánico se agudizaron. De vez en cuando se quedaba sin aire, creía que se asfixiaba, sufría vahídos. Como se recuperaba pronto y por lo demás estaba bastante sano, su padre y su tío sentenciaron que eran lipotimias y no le dieron importancia. Él, no obstante, consideró aquella debilidad física una desgracia que unir a su recién descubierta *debilidad mental*. En esos días se repetía en silencio, fustigándose: «No soy capaz, no soy capaz». Lo hacía en casa ante los

deberes y también cuando lo sacaban a la pizarra, en la academia. Se lo repetía en la calle y en el despacho de Alvieres cuando cometía algún error, una prueba más —pensaba— de su escasa capacidad.

Sacar malas notas no era la catástrofe que él temía, aunque sí tenía importancia. Si bien quedaban cuatro años para intentar ingresar en la facultad de Sevilla, cada calificación marcaba su expediente, acercándolo o, más frecuentemente,

alejándolo de su objetivo. Una vez que un aspirante a la universidad acababa la secundaria, tenía que enviar a la facultad una solicitud de admisión a la que adjuntaba sus calificaciones, así como una carta de recomendación de uno de sus profesores o de algún profesional de reconocido prestigio del ámbito de la titulación a la que deseaba aspirar. En su caso estaba claro que, llegado el momento, pediría esa misiva a don Pedro, pero este no se jugaría su crédito si su recomendado iba a ser

rechazado por un expediente mediocre. Así que no bastaba aprobar. Al final de los cuatro años necesitaría, como mínimo, un «bueno». Lo cual consumía a Germán.

Era tal su angustia que una tarde fingió estar enfermo para faltar a clase. Pero, de noche, a la ansiedad se unió un insufrible sentimiento de culpa. Su padre había aceptado pagar la academia, aunque eso significara no poder mejorar un ápice la vida que llevaban, incluso negar a su nueva mujer e hija, allá en el

pueblo, ciertas comodidades. Y él, en vez de demostrar agradecimiento, en vez de actuar de modo responsable, se amilanaba, se comportaba como un niño caprichoso, cobarde. Veía en un espejo sus defectos y se preguntaba cómo no se había dado cuenta antes de lo engañados que estaban todos sobre su valía y su talento. Era absurdo que él mismo se hubiera considerado siempre inteligente, digno de un futuro brillante. Era un chaval corriente y temeroso. Tanto que, visto

objetivamente, resultaba bastante improbable que fuera a ser capaz de trazarse una vida diferente. ¿Cómo había podido soñarlo? Es más, ¿cómo lo seguía soñando incluso ahora, que veía claras sus limitaciones? Porque a pesar de ellas no se resignaba. Fuera porque la gente lo esperara de él o porque a fuerza de hacerlo le hubiera transmitido aquel furioso amor propio, lo cierto es que no, no aceptaba pasar toda la vida de carbonero, sin haber tratado de acabar la secundaria, más

aún, de ingresar en la universidad. No se perdonaría no haberlo intentado. Así que tendría que elegir: o aguantar ver escrita en esa tinta roja tan escandalosa la palabra «suspense» tantas veces como los profesores consideraran necesario o acusarse para los restos de haber sido un miedoso que se rindió antes de tiempo. Ninguna de las dos salidas era fácil. Con ambas sufriría. Pero volvió a clase. Como esperaba, pasó momentos tremendos, pero también

otros memorables, como cuando hizo su exposición sobre las relaciones de España y América y, mezclando datos informativos y anécdotas — de Juan y otros parientes—, arrancó risas y aplausos entre sus compañeros y logró su primer «destacado», en Historia. Éxitos como ese le ayudaron a seguir adelante, aunque no le libraron de ataques de pánico intermitentes.

Por supuesto, Germán escribió varias veces a Eliseo hablándole de todo

esto. El mero hecho de poner sobre el papel sus reflexiones le era útil porque le obligaba a ordenar sus pensamientos. Pero además las respuestas de Eliseo siempre le animaban, le servían de estímulo para seguir adelante. Incluso en ocasiones, Eliseo le mandaba párrafos de libros que él mismo traducía pensando que a Germán le podían interesar, gustar, ser de utilidad. No textos directamente relacionados con sus materias de estudio, sino sobre la vida en

general.

«La vida en general», ¿quién podía llegar a conocerla, a acercarse siquiera a un conocimiento somero? —se preguntaba Eliseo—. Uno creía saber lo que quería, suponía haber alcanzado ya edad bastante para no engañarse y luego ella, la existencia, fuera lo que eso fuera, lo sorprendía poniéndole en tesituras imprevistas, empujándolo hacia salidas que pensaba que nunca tomaría.

Aquel

precioso

domingo de invierno París había amanecido con esa luz blanca tan extraña que se consigue tamizando los rayos de sol a través de una capa de nubes grisáceas. Eliseo había dado innumerables vueltas a su decisión, al momento de plantearla, había amagado con hacerlo varios días seguidos, pero luego, en el último segundo, se frenó. En cambio, en esta ocasión sentía la serena certeza de que estaba listo para llegar al final. Tenía todo organizado desde la noche anterior, en

realidad no era mucho: había guardado sus escasas pertenencias en un par de maletas, las cerró y las escondió bajo la cama para que Elvira no se topara con ellas al regresar e irse a acostar. Cuando las primeras luces del alba se colaron por la ventana, Eliseo se levantó, se duchó, se vistió, y desayunó. La noche de los sábados solía ser la más larga en el cabaré, por eso Elvira los domingos se concedía no madrugar. Aun a riesgo de perderse la mañana entera. Eliseo

aguardó, sin impacientarse, a que ella despertara. Para evitar pensar continuamente en lo que ocurriría cuando Elvira se despabilase, recurrió a seguir leyendo esa novela que le había prestado Roinssard a fin de que se familiarizara con la situación en Filipinas. Recién publicada en Bélgica, su título en latín significaba algo así como *No me toques*. La había escrito un tal José Rizal, autor muy joven y aun así ya reconocido por escritores como Unamuno y Blasco Ibáñez, y su

contenido era considerado un escándalo, pues, por lo que Eliseo había escuchado, criticaba los escarnios cometidos contra la población nativa por los regidores y religiosos de la España peninsular. Por suerte para él, tanto la novela como la colaboración con Roinssard y toda la cuestión filipina le tenían atrapado. Eso le daba fuerzas para esperar. Para continuar.

Pasados unos minutos del mediodía, al fin despertó Elvira. Cuando se dio la

vuelta, se incorporó y vio a Eliseo sentado frente a ella, leyendo, pero junto a sus maletas; comprendió lo que ocurría.

—¡Eliseo, no! —gritó.

—Tranquila. —Se

removió él en la silla—. Hay café hecho. Debe de estar helado, pero te lo caliente. Levántate despacio, toma algo y hablamos. No hay prisa.

—¡No digas tonterías!, ¡no seas cínico!, ¡has hecho las maletas!

—No quiero que nuestra despedida sea una

pelea —dijo él serio y sereno.

—¡Seo! —Elvira, en cambio, no sabía reaccionar, qué hacer ni decir.

Viendo que ella no daba el paso de ponerse la bata, calzarse las zapatillas e ir hacia donde él estaba, Eliseo fue a la cama y se sentó cerca de Elvira.

—¿Dónde vas a ir? No te vayas —le suplicó ella.

—Vamos a ver, Elvira, esta relación no es lo que queríamos, ni tú ni yo. Lo que teníamos en Cádiz se acabó. No sé si estás con

Martineau o no...

—¿Es eso? ¿Crees que me acuesto con Édouard?

—No lo sé y me da igual.

—Nunca te he engañado, jamás...

—¿No has oído lo que he dicho, Elvira? ¿No te parece horrible? Lo horrible es que es verdad: me da igual. Ya no me importa. Y escucha algo peor: ojalá estuvieras con Édouard si con eso volvieras a amarme.

Elvira se tapó la cara, como si confiara en contener su llanto con las manos.

—No quiero hacerte daño, Elvira —continuó él—. ¿Te puedo abrazar? Ven. —Y Seo siguió hablando mientras ella lloraba y temblaba—. Es muy triste, yo también he llorado muchas noches. No quiero recriminártelo, pero tú sabes que he llorado y a pesar de eso no has podido remediarlo. Nos estamos convirtiendo en extraños y yo no quiero quedarme aquí mirando cómo nos descomponemos a cada paso. No puedo soportarlo.

—No —gimió ella

débilmente.

—Qué más da con
quién hayas estado, si has
estado. No deseas seguir
connmigo. Siento que te he
fallado. En algo. No estoy a
la altura de lo que deseas,
esperas, necesitas. Desde
luego, no es culpa mía, pero
tampoco creo que tú puedas
evitarlo. No te estoy
culpando. Es solo que no
quiero presenciario. Y a
decir verdad... Que yo
tampoco estoy enamorado
de esta Elvira. Yo quería a
otra distinta, he tratado de
esperarla, he confiado en

que reaparecería, pero no está, no estás, y no puedo quedarme hasta odiar a la nueva Elvira que la ha arrancado de mi vida. Yo te quiero todavía... —también los ojos de Seo se humedecieron—, pero déjame marchar, deja que nos respetemos por lo menos.

—¡Seo! —Ella le devolvió con fuerza el abrazo en que él la había acurrucado—. ¡Lo siento! —Se daba cuenta de que la firmeza que él aparentaba no era del todo cierta, que

también necesitaba que lo confortase—. Pero ¿qué vas a hacer? ¿A dónde vas a...?

—Ahora tengo algo a lo que agarrarme —balbució él—. No es un sueño tan grande como el tuyo, no es un empeño tan... poderoso.

—¡Y destructivo y absurdo, que no lleva a ninguna parte!

Eliseo agarró entonces su cara con ambas manos y la miró a lo más profundo de sus ojos.

—Tú sabes que va a llevarte. Vas a terminar esa novela un día, Elvira, y vas a

conseguir publicarla y cuando lo hagas comprenderás todas esas cosas que tienes guardadas. Te puedo asegurar que lo vas a hacer. Lo sé como si tuviera el don de la premonición.

—Quería hacerlo a tu lado. Quería compartirlo contigo.

—Eso, amiga mía, tú lo sabes como yo, no va a poder ser. —Y los dos se volvieron a abrazar—. No te preocupes, que te leeré. Leeré, intrigado, lo que hayas escrito y tal vez —se

esforzó en sonreír— al fin lograré conocerte.

—Seo, querido...

—Querida Elvira —

dijo él antes de darle un beso en los labios, largo, demorado, que quizá por ser el último tuvo el sabor de los de antaño—. Si me necesitas, me podrás encontrar en la facultad.

—Pero ¿dónde vas a vivir?

—He buscado un cuarto. Si no te importa, prefiero no darte la dirección. No podría soportar la incertidumbre de

irte a encontrar en el rellano cada vez que suba las escaleras.

—Tú siempre serás... Incluso si alguna vez... Si Édouard... No te he querido mentir... Y no quiero confundirte. Tú tienes razón en que algo se ha roto entre los dos. Lo he roto yo. Lo siento de verdad, siento no haber sabido, no saber cómo repararlo. No haber sido siquiera capaz de afrontar la verdad. Pero tú siempre serás...

—Shh. No lo digas.

—Todos estos años...

Yo...

—Vamos, Elvira...

Él volvió a besarla, esta vez en la frente, mientras sostenía su cabeza, a la altura de la nuca, con la mano derecha. Dilató el instante para retener el olor de su pelo, la calidez de su piel. Cogió luego sus maletas y huyó tan rápido como pudo de ella y la tristeza. Aunque al bajar a la calle esta le alcanzase. Era inevitable sentir frío siendo el único personaje solitario de aquella bella estampa de domingo, en que familias

enteras —padres, madres,
abuelos y niños— llegaban a
la plaza atraídas por la
melodía tintineante del
hermoso tiovivo.

VIII

HILOS DE SILENCIO

La primera carta de Eliseo que Germán recibió con aquel nuevo remite de la casa de huéspedes de la Rue des Châtaigniers fue una sorprendente que excitó su imaginación. No porque le hiciera suponer un quiebro en la relación con Elvira.

Germán ni siquiera habría advertido el cambio de señas de no haber sido porque su amigo lo destacaba en el texto con un «como habrás visto, acabo de cambiar de domicilio». La misiva resultó evocadora por lo que luego Eliseo pasó a relatar: la peregrina historia de cómo acabó por involucrarse en una investigación antropológica.

El punto de partida del relato era aquel peculiar profesor universitario al que ya había mencionado en una postal previa, Gérôme

Roinssard se llamaba —
precisó en esta ocasión—.
Pues bien, el tal Roinssard,
titular de Derecho de
Familia, y experto en la
comparación de los pueblos
primitivos y las sociedades
occidentales, iba a liderar
una pesquisa
multidisciplinar acerca de la
población indígena filipina,
más concretamente sobre la
etnia tagala. Quizá fuera a
extenderse demasiado en
detalles —reconoció Eliseo
por adelantado—, pero —se
justificó— el proyecto le
había ido cautivando hasta

que, en el presente momento, se sentía entusiasmado y era casi incapaz de hablar, escribir o pensar sobre nada más. En principio Roinssard solo lo había contratado por unas horas semanales, como secretario, para pasar a limpio los documentos que se iban generando en esta primera fase del trabajo. Por supuesto, Eliseo mantenía su empleo de bedel, pero lo compaginaba con los encargos de su nuevo superior. Y le alegraba poder consignar que por primera

vez desde que llegó a París, por fin, hacía una labor que le interesaba.

Su tarea consistía en redactar con la mayor pulcritud las notas tomadas a vuela pluma no solo por Roinssard, sino también por el resto de los miembros de aquel grupo heterogéneo integrado por un médico, un biólogo, un arqueólogo, un lingüista, un historiador, un filósofo e incluso un fotógrafo y pintor del que, por el momento, no tenía muy clara su función. Gracias a los textos que, al

copiar, iba leyendo fue aprendiendo curiosidades acerca de aquella colonia española, Filipinas, para él tan desconocida. Casi le avergonzaba confesar a Germán que nunca hasta ahora se le había ocurrido pensar, por ejemplo, que el archipiélago recibiera su nombre de uno de los reyes llamados Felipe — concretamente el segundo— y ese era el más anecdótico de sus descubrimientos. Y es que tan solo estaban, aún, en una fase preliminar del estudio. De hecho, por tal

motivo, su tarea consistía también en ayudar a Roinssard a preparar los permisos y tramitar los documentos de cara a la segunda etapa del proyecto, que consistiría en una expedición a las islas para hacer lo que, en el argot de la disciplina, se conocía como trabajo de campo. Por «la disciplina» se refería — explicaba Eliseo— a una ciencia que estaba apenas naciendo desde mediados de siglo y que su jefe Roinssard llamaba indistintamente Antropología o Etnología,

consistente —podría decirse de forma muy resumida— en el estudio del ser humano y las distintas sociedades, valores y culturas que constituía. Era una materia con precedentes en los escritos de todos aquellos viajeros que, a lo largo de la historia, entraron en contacto con otros pueblos y sintieron la llamada, el interés por conocerlos. Roinssard citaba a modo de ejemplos desde clásicos historiadores como Heródoto, que al parecer describía, como rarezas, las

costumbres de los egipcios y los persas, al mismísimo Marco Polo en sus viajes por Asia durante la Edad Media, o ya en el Renacimiento, por supuesto, los análisis que se hicieron a raíz del descubrimiento y la colonización de América.

La novedad en la aproximación actual parecía ser —según Eliseo iba entendiendo, e intentaba explicar a Germán— no solo un cambio y diversificación en los métodos de estudio, que era fundamental, sino también el intento de extraer

conclusiones pertinentes sobre las sociedades occidentales, desarrolladas a partir del estudio de los pueblos primitivos.

Gran parte de aquella carta que Eliseo le enviaba pareció a Germán un galimatías a la altura de ciertos ensayos que leía por su cuenta en la carbonería o para don Pedro. Pero volvió a la primera línea y a medida que releía tuvo la impresión de ir entendiendo. Lo más evidente era que su amigo periodista había recuperado gracias a ese proyecto

filipino una alegría, un brío, una verbosidad que, en sus últimas cartas, se echaba en falta. Y ya solo eso merecía ser celebrado.

Las alusiones a la universidad, a distintos departamentos, facultades y cargos eran constantes, de manera que Germán dio por sentado que la Sorbona financiaba el proyecto en que Eliseo andaba embarcado. Sin embargo, el origen del dinero que costeaba todos los gastos, incluidos los emolumentos de Seo, era privado. Un

excéntrico millonario
parisino, de lejano origen
nobiliario pero que había
acrecentado la fortuna
heredada con plantaciones
tabaqueras en el sureste
asiático, había pasado los
últimos treinta años asistido
en su hotel capitalino por un
mayordomo tagalo. El
profesor Roinssard, que
había expuesto la historia a
Eliseo desde la primera tarde
que se reunieron, se refirió
siempre al potentado como
monsieur de Noailles y a su
sirviente, simplemente como
Kidlat.

Según explicó

Roinssard, monsieur de Noailles había conocido a su criado cuando este apenas era un niño durante una de sus visitas a la plantación que tenía cerca de Manila y desde entonces, fuera por la razón que fuese y que Roinssard ignoraba —bien porque el pequeño resultara huérfano, porque estuviera enfermo o porque «desde el principio los uniera algún tipo de simpatía»—, lo convirtió en su sirviente personal, de modo que llegado el día de regresar a

Europa, lo llevó con él a París. Una suerte de lealtad debía de haberse trabado entre los dos a lo largo de los treinta años que convivieron. Una lealtad muy fuerte, según podía desprenderse del hecho que había llevado precisamente a monsieur de Noailles a buscar a Gérôme Roinssard. A la muerte de Kidlat, que había fallecido de una enfermedad infecciosa — Roinssard no dijo cuál, pero Eliseo no pudo evitar conjeturar—, Noailles se puso en contacto con él y lo

instó a visitarlo en su palacete. Cuando un mayordomo —que no era ese Kidlat del que Roinssard aún no había oído hablar— abrió las puertas de la estancia en que aguardaba Noailles, el profesor descubrió una de esas bibliotecas con las que cualquier estudioso sueña, una habitación completamente cubierta, en sus cuatro paredes, por estantes, a los más altos de los cuales solo se accedía ascendiendo por unas escaleras que podían ser

desplazadas aquí o allá gracias a sus ruedas; un aposento más para los libros que para su dueño, lleno, atestado, repleto. Muchos de los ejemplares, aunque Roinssard por el momento lo ignorase, versaban sobre esas culturas orientales que a él siempre le habían interesado, incluidas las de los primeros pobladores de las Guyanas, de Haití e Indochina que él mismo, aunque en estudios parciales, investigó en el pasado. Había hasta primeras versiones,

incunables y manuscritos.

Monsieur de Noailles, pese a ser ya septuagenario, estaba muy al tanto de los últimos avances en una materia que desde joven — tal vez por su vida de viajero incansable, quizá por cuestiones más bien sentimentales— le había atraído: la Etnografía. Hombre de recursos, con contactos, había averiguado qué profesores de la universidad parisina destacaban en sus respectivos campos y eran susceptibles de ser

cautivados por el proyecto que andaba pergeñando. De entre todos ellos, por ser el experto en Derecho que, según había leído, era quien solía ponerse al mando de indagaciones de ese tipo, fue a Gérôme Roinssard a quien decidió llamar primero.

Una vez que lo tuvo ante sí, evitó el menor rodeo y le explicó que había resuelto crear una fundación en honor de su fiel sirviente tagalo Kidlat, «muerto en la flor de la vida», añadió en un acceso de sentimentalismo, con el fin

de promover un estudio antropológico interdisciplinar acerca de la cultura tagala antes de que, como tantas otras de la zona, resultara arrasada. «Para preservar la memoria», recordaba haberle oído Roinssard.

En aquel momento, entre los muchísimos datos que escapaban al conocimiento de Roinssard había uno que le hubiera permitido comprender por qué monsieur de Noailles lo miraba, del otro lado de la mesa, con aquel rostro de

expresión grotesca, por qué Noailles carecía de cejas. Gérôme Roinssard pensó entonces que debía de ser un problema capilar asociado a la vejez —aunque no podía descartar que fuera una anomalía congénita—, si bien más adelante, a poco que leyera sobre rituales funerarios tagalos, comprendería que afeitarse las cejas formaba parte del ceremonial de duelo.

Monsieur de Noailles no parecía ignorar nada, en cambio. Sabía que existían ya investigaciones sobre los

originales pobladores de las Filipinas. De hecho, poseía incluso ejemplares de las realizadas, en el siglo XVIII, por el jesuita padre Acosta—cuyo nombre civil era Juan J. Delgado—. Pero también conocía que en el siglo en curso los saberes etnológicos se estaban modernizando, confluendo y alumbrando lo que podía considerarse una ciencia nueva por completo. Y además, tenía el deseo de promover un estudio especializado en los tagalos, separándolos,

diferenciándolos de sus pueblos hermanos: itas, tasadays, paganisanos, ilocanos e incluso bisayas, de raíz, como los tagalos, malaya.

Tal vez empeñarse en esa investigación, invertir en ella su dinero era, junto al afeitado de las cejas, parte del ritual de despedida al que estaba dispuesto. Una suerte de compensación por esa otra dimensión del rito de enterramiento que no había sido capaz de cumplir ni aun a sabiendas de que con ello estaba poniendo en

riesgo el descanso eterno de su añorado Kidlat. Los huesos de su amigo no recibieron sepultura en su amada tierra filipina, no reposaron en el hueco de un árbol como era preceptivo. No lo hicieron porque monsieur de Noailles no tenía ya edad para embarcar como había hecho innumerables veces, en los viejos tiempos, pero sobre todo porque no se resignaba a tenerlo lejos cuando también a él le llegase el momento de expirar. A cambio de permitirse el

último lujo de disolverse junto a los huesos de su compañero, Noailles estaba decidido a gastar en esa empresa investigadora el último de los céntimos que pudieran codiciar sus herederos. Ahora bien, sería exigente, esperaba resultados, reclamaría una suerte de informe periódico de los avances que se fueran logrando.

A Roinssard no le asustaba tener que rendir cuentas. Llevaba su profesionalidad por bandera. El proyecto le tentaba

mucho. Y a pesar de ello y de que no se les escapaba que quizá lamentara plantear la pregunta que le ardía en la boca, dio el paso de interrogar al aristócrata sobre si no preferiría poner al frente del grupo a alguien con más peso en la universidad, como su mentor, el catedrático Clevert.

—Quiero alguien que prepare un equipo, sí, pero también que lo comande el año o año y medio que haya que trabajar allí, sobre el terreno. ¿De verdad cree que

el señor Clevert sería mi hombre para un quehacer semejante?

Roinssard, solo con figurarse el aspecto del catedrático haciendo el trabajo de campo —en una imagen relámpago se le apareció con un salacot y botas de caña alta—, tuvo que admitir que no sería la mejor opción. Y tras darse un breve plazo para decidir si aceptaba o no el encargo, asumió el mando de aquel proyecto y empezó a dar los pasos, académicos y burocráticos, para llevarlo a

cabo. Comunicó sus intenciones a sus superiores, incluido Clevert, a quien indignó el día que el destino puso en su camino a aquel curioso bedel, mantuvo reuniones con el resto de los investigadores a los que Noailles quería implicar, los citó a todos juntos y empezó a coordinarlos. En esa insólita aventura fue en la que el profesor Gérôme Roinssard acabó por enrolar a Eliseo. Aunque para que jugara un papel modesto. Una vez que lo fue conociendo, que comprobó

que, como buen periodista, era un hombre curioso, inquieto, que además poseía nociones de Derecho, que tenía por idioma el que tras cuatro siglos los tagalos habían asumido, que necesitaba dinero y más aún estímulos para soportar la vida en París, contó con él como auxiliar.

Eliseo no dijo en ningún momento en aquella carta a Germán que contemplara la posibilidad de viajar a Manila. Y Germán, ignorando que se acabara de separar de Elvira,

lo imaginó escindido entre la pasión por ella y el entusiasmo que le despertaba la vislumbrada aventura filipina. Llegado el día, ¿qué haría? La duda lo asaltó, pero fue incapaz de plantearla en su siguiente carta. Eliseo rara vez mencionaba a Elvira y Germán no se habría sentido cómodo al preguntarle cuestiones íntimas. Tal vez si volvieran a encontrarse, cara a cara..., pero por escrito lo veía intempestivo. Igual que tiempo atrás se lo pareció referirse a Nandi.

Cierto pudor actuaba en materia sentimental. No era, por supuesto, que hubiera temas expresamente prohibidos, sino que Germán —y seguramente también Eliseo— se sentía más cómodo pisando ciertos terrenos.

Así que en respuesta a aquella carta en que Seo hablaba de indígenas, nuevos conocidos, una actividad emocionante que apenas comenzaba a desarrollar, Germán redactó líneas sobre sus éxitos y fracasos académicos,

determinados muchachos que su compañero Alejandro González le había presentado y la que, para él, era su tarea más gratificante: el trabajo en el bufete de Pedro Alvieres. Aunque dentro del mismo su misión estaba a caballo entre la de recadero y escribiente, sentía como un privilegio ser testigo de primera línea de la práctica legal activa. Ver cómo trabajaban los pasantes, cómo ejercían, lo que conseguían no hacía más que reafirmar su vocación inicial. Además,

recibir un pago le hacía sentir mayor, más independiente y menos inepto de lo que algunas de sus notas indicaban, algo que asimismo reforzaba el hecho de que sus compañeros del despacho, que le doblaban la edad, lo respetasen. En efecto, los pasantes de don Pedro y particularmente su secretario, Miguel Blasco, lo trataban como a uno más. Valoraban su seriedad, discreción, inmejorable disposición y, sobre todo, la aplicación y constancia con

la que les descargaba de trabajo. Conocían sus modestos orígenes, pero estos le hacían a sus ojos más, no menos, digno de consideración.

Lo que no contó Germán a su amigo Eliseo —porque formaba parte de esa trama invisible de cuestiones relevantes para él sobre las que no se veía escribiendo— era que, pese a todo, sus compañeros no lo integraban del todo, pues no lo hacían partícipe de sus salidas, esas escapadas nocturnas a los cabarés

donde confraternizaban, bebían y buscaban compañía femenina. Germán los sorprendía hablando de esta o aquella muchacha, pero enseguida se daban cuenta y bajaban la voz o cambiaban de tema.

También Germán disimulaba, fingía no haber oído nada, pero se moría de intriga y envidia. Aunque hubiera dejado a Nandi, seguía deseando estar con chicas y se preguntaba cómo podría. Muchos a su alrededor hablaban ya de... Pero él, por más que lo

intentaba, no se veía entrando en un lugar tipo el Lolina y pagando para que una vieja experimentada lo iniciara. En la academia y en el grupo de amigos en que lo introdujo Alejandro oía a algunos presumir de sobrepasarse con las criadas. Con ellas todo estaba permitido, era casi parte de su trabajo, pero a él eso le asqueaba. Algo parecido a una conciencia de clase se le despertaba frente al abuso de poder de esos asaltos que los demás consideraban naturales. En definitiva, que

la disyuntiva era o putas baratas, descartadas; o criadas, descartadas.

Por supuesto, en el horizonte lejano, casi inaccesible, aparecían las putas caras. Pero eran seres mitológicos, sirenas fantaseadas. De ellas era de quienes hablaban los del bufete. Sus nombres — seguramente falsos— se deslizaban entre sus labios. Sonreían malévolos. Los ojos centelleantes. Pero se suponía que Germán no escuchaba. Era considerado demasiado joven o pobre

para acceder al mundo de los locales de variedades. En este —según había oído—, el Morás había acabado por hundirse, frente a salas más pujantes. La mejor ahora —se decía— era La Perla, cuyo nombre le evocaba mujeres de piel nacarada y tacto sedoso cuyo calor no se atrevía siquiera a imaginar. ¿Para qué, si no podría tocarlas? Todos sus compañeros iban por allí alguna noche a la semana, generalmente los viernes. Como él solo estaba en el despacho por las mañanas,

nunca se presentaba la ocasión de buscar un modo, el que fuera, de acompañarlos.

Sin embargo, un acontecimiento inesperado vino en su ayuda. José María Cañas, uno de los pasantes, había conseguido que lo contratara un abogado eminente de Sevilla y para celebrar su despedida invitó a todos a unas copas el viernes siguiente.

—Contamos con usted, señor Díaz Sánchez, a menos que sus ocupaciones o el ser barbilampiño le

impidan acompañarnos.

Los del despacho solían tomarle el pelo por su edad. Pero esas bromas que otras veces le molestaban, aquel día no le importaron porque estaban incluidas en una invitación al mundo de los adultos oficiales. Por fin podría franquear una de aquellas puertas. No se atrevía a soñar con lo que pasaría dentro por si tener demasiadas expectativas resultaba contraproducente, pero durante la semana estudió con más ganas y encajó mejor el

«insuficiente» en Álgebra porque tenía la esperanza de que llegaría el viernes y podría resarcirse de sus pequeños fracasos.

Aquel día, a la hora fijada, se encontró en el Marejada con sus «compañeros». Desde luego, no se llamaban así entre ellos, pero aquella invitación de José María Cañas era una especie de reconocimiento. Tal vez lo invitaran, sin darle importancia, porque les parecía un buen muchacho —serio, inteligente—, pero también

puede ser que consideraran que pese a merecer ciertas alegrías, estas no le sobraban. En cualquier caso, lo cierto era que allí estaba entre esos profesionales que no consentían dejarle pagar nada. «Cuando ascienda, joven, nos devolverá la ronda», «Todos fuimos monaguillos antes que frailes», «No se apure, basta con que siga la cadena e invite al escribiente que trabaje en el despacho donde usted sea pasante». Esas eran algunas de las frases que le decían mientras le

hacían llegar jarras de
cerveza helada. Estaba
emocionado por cómo lo
trataban. Porque hablaran de
sus intereses y
preocupaciones delante de
él, con confianza. Incluso
criticaron algunos defectos
de don Pedro sin temer que
fuera indiscreto y se
refirieron a su propio futuro,
convencidos de que llegaría
lejos. «Si supieran lo de los
suspensos.» Ese mal
pensamiento le asaltó de vez
en cuando. Pero pudieron
más sus ganas de disfrutar y,
aunque con esfuerzo, acalló

su odiosa voz interior.

Cuando después de tres horas de peregrinaje por diversos bares, Cañas dijo con una voz teatral: «¡Hay que despedirse de La Perla!», el corazón de Germán dio un vuelco. Increíble pero cierto, había llegado el momento. Sabía perfectamente dónde estaba, había pasado por la puerta, pero ahora, de camino, le parecía estar recorriendo un laberinto. El portero —otro, pero idéntico al del Morás— pronunció un «buenas noches» general y Germán

suspiró aliviado. Había estado temiendo que su llamativo pelo atrajera su atención y que un segundo vistazo le revelara su edad o, peor, su falta de caudales. Por suerte, en cuestión de segundos se encontró dentro de aquel espacio que superaba con creces todo lo imaginado. Su estupefacción no habría sido mayor ni en el Folies Bergère del que Eliseo le hablaba. Las paredes de la sala estaban forradas de raso rosa irisado. Sobre cada una de las decenas de mesas ardía un

quinqué, pero la luz de gas, anaranjada, parecía caer flotando desde las lámparas del techo al suelo a través de mil capas. Aquellos velos etéreos eran aromáticos y le hacían llegar una mixtura de fragancias, extrañamente bien conjugadas, entre las que destacaba la del tabaco tostado. Nada que ver con la pestilencia a fritanga del Lolina y los demás bares del puerto. Ramilletes de rosas exhalaban sus aromas y se mezclaban sin estridencias con las colonias de caballero y era de suponer que con los

perfumes femeninos, aunque, de momento, Germán solo alcanzara a ver una mujer en la sala.

Desde que entraron, una única cantante ocupaba el escenario. Era, desde luego, hermosa, aunque, para su gusto, demasiado grande. Maciza, como una estatua de mármol. Su altura era colosal sobre los elevados tacones y una túnica brillante la cubría dejando a la vista solo los brazos, que movía bamboleantes. Dos mínimos tirantes tenían la hercúlea

tarea de mantener tapado el cuerpo magnífico. Para deleite de los presentes, de vez en cuando sus movimientos hacían que uno de los cordoncillos resbalara hombro abajo haciéndoles albergar la esperanza de que todo el traje —cuya tela parecía muy pesada— acabara cayendo arremolinado a sus tobillos.

Tal cosa no llegó a ocurrir y, pese al desengaño, todos aplaudieron a rabiar al final de la canción. Esta tuvo en común con las siguientes —según Germán comprobó

— el objetivo manifiesto de sonsacar al personal. Si debía hablar por él, podía asegurar que conseguían su propósito, aunque en su caso no tenía mérito. Venía predispuesto. Sus diecisiete años de virginidad lo hacían un cliente fácil, aunque irrelevante, pues carecía de dinero para pagar dos minutos de intimidad con ninguna de las féminas. Las cinco que ahora se contoneaban en el escenario como si fueran niñas jugando a la rueda llevaban vestidos más cortos que

dejaban a la vista sus pantorrillas y, en algunos giros, hasta la rodillas mismas. Contemplar por primera vez esa articulación fue sofocante para él. ¿Qué sería ver a una mujer completamente desnuda? Los pechos de las muchachas brincaban alegremente con sus saltos pueriles y él desvió la mirada para controlar una excitación que se le desbocaba. Si hubiera podido elegir, habría preferido fijarse en una sola de las cinco y sentir que la

deseaba por encima del resto, pero era incapaz de diferenciarlas. Así vestidas y peinadas, parecían todas la misma o una imagen reflejada en espejos enfrentados y solo cabía imaginarse entregado a todas ellas, lo que para un chico como él resultaba mareante.

Cuando varios números se hubieron sucedido y las bebidas hicieron sus efectos, se percató de que las cortinas se habían corrido y las jóvenes abandonaban la escena para alternar entre las mesas. Un grupo de lo más

alegre se dirigió hacia ellos y saludó con familiaridad a Cañas y el resto. Germán oyó a lo lejos —como si no fuera con él— que alguien lo presentaba como una «nueva adquisición para el plantel», dicho lo cual, percibió un zumbido de chicas revoloteando a su alrededor. Veía girar, rodeándolo, aquellas preciosas sonrisas y sentía muy cerca de su boca sus dulces alientos. El rumor de las risas era como la marea oída en una caracola y las caricias y roces de los cuerpos, como olas. Se dejó

hacer y mecer. No habría podido resistirse. Apenas tuvo lucidez para ver que el grupo de compañeros se iba disgregando y sin saber cómo se encontró de repente, él mismo, en un reservado. Era un espacio angosto y aun así —le pareció— acogedor. Estaba, como el resto del local, forrado de raso, esta vez ambarino, y el mobiliario se limitaba a una *chaise longue*. Sentía tal mareo que tumbarse le pareció la mejor opción. Cuando su visión del mundo se estabilizó,

comprobó excitado que una de las muchachas había entrado con él al cuarto. Era como una libélula leve y hermosa que volara al alcance de su mano. Pero por más que lo deseara, no podría tocarla. No tenía dinero para una sola caricia. Maldiciéndose a sí mismo, consiguió articular: «Disculpe, pero tengo que marcharme». Sin embargo, aquellas palabras aceleraron el revoloteo de la mariposa, que lamía ahora el cuello de Germán como si libara polen, ansiosa.

—De verdad, lo siento, pero...

—No tengas prisa — dijo ella parando un segundo.

—Si no es eso...

—¿Acaso no te gusto?, si soy la más cariñosa de La Perla.

—No lo dudo, pero...

—Olvídate de todo, deja que te convenza.

Hablaba dulcemente. Aunque le contradijese no lo hacía riéndolo, sino tratando de persuadirle con sus mimos.

—No hace falta...

—¿Porque estás ya convencido? —preguntó entre pequeñas risas, divertida—. Me alegro.

—Sí, pero...

—Pero, pero, pero. Sin «peros». No pienses. Déjate llevar. ¿Escuchas el rum, rum? ¿Oyes?

En efecto, era como si estuvieran en la bodega de un barco, el de Juan por ejemplo, solo que las embestidas sobre el casco no eran ni de agua, ni de viento, sino los jadeos de aquellos vecinos de reservado, menos renuentes a disfrutar del

sexo.

—Sí, los oigo, pero...

—No hay «peros», no hay nada, solo este momento, este segundo exacto, disfruta mientras puedas antes de que pase.

Era una de las sirenas tentadoras de Ulises y él carecía de plan para resistirse. Aguantando un deseo irrefrenable, con los ojos cerrados y compadeciéndose de sí, Germán dejó escapar un lamento íntimo, humillado:

—¿Qué puedo hacer si no tengo dinero?

Y la respuesta que encontró le dejó petrificado:

—Tienes esto, ¿no es cierto?

La preciosa criatura de carnes transparentes recorría ahora con deleite la leontina de oro que llevaba al cuello.

—¿El reloj? —dijo él espantado.

—¡No hará falta tanto! —Se rio ella con una risa clara—. Bastará con la cadena, se ve que, como yo, es de ley.

Él se sintió como un perro por pararse a pensarlo. Era un regalo de su madre,

el último. Algo de familia, que llevaba desde niño. El reloj, ni pensarlo, y la cadena, ¡Dios, qué bien se movía sobre sus piernas! No podía regalársela, pero tampoco podía irse. Cualquiera sabía cuándo podría volver a un sitio así. Si no lo hacía, al fin, con ella, le dolía pensar quién sería la primera. Tenía suerte de estar en aquel reservado. Suerte de que se enroscara en su cuerpo esa princesa. De que accediera a aceptar la leontina. Era un hombre hacía tanto, deseaba de tal

modo hacer aquello. ¡Madre, qué mala conciencia! Pero no quería pensarlo. No quería pensar en nada. Al revés, olvidar. Cerrar los ojos y respirar. Concentrarse en el aroma delicioso. Ella sabía lo que hacía y en eso también era afortunado, pues él podía limitarse a disfrutar de cada paso. Cada segundo en silencio era una victoria para ella, consciente de que sus efluvios lo iban embriagando. Estaba claro que se trataba de la primera vez del muchacho porque era torpe, precipitado. Pero

tenía encanto y aunque sería mucho decir que la hubiera excitado, le apetecía satisfacerlo. ¡Qué gran destino el de los hombres, que a veces hasta encontraban putas, como ella, con deseo de complacerlos! Estaba por ver que alguno pensara en dar gusto a las mujeres. *Concentración o no lo lograremos.* «Así, así, mi amor. Di qué quieres que te haga. ¿Esto? ¿Sí? ¿Así te gusta? ¿Así? ¿Un poquito más?» Y mientras se vaciaba, un Germán

sacudido por estertores, entre gemidos, alcanzó a pronunciar: «Sí, sí, cógela, es tuya, mi cadena».

Cuando volvió a abrir los ojos, Germán tuvo la impresión de haber perdido la consciencia y, fuera poco o mucho tiempo, haber dormido muy profundo. Incluso mientras se incorporaba y comprobaba que estaba solo en el cuarto, cuando se asomaba al pasillo y veía que allí tampoco había nadie, al bajar las escaleras, cruzar la sala y salir afuera, se siguió

sintiendo pesado, lento como en los sueños. Solo una vez que, ya en la calle, la brisa de poniente le abofeteó la cara, logró espabilarse. Le asombraba el modo tan brutal en que el sexo le había arrancado de la realidad. Era maravilloso y, sin embargo, nunca lo había oído mencionar. Pero, de pronto, también le estremeció darse cuenta de que no recordaba ya el rostro de la extraña que lo había desvirgado. En algún furtivo instante, mientras ella lo sobrevolaba, su imagen se

había confundido con la de Nandi. En otro, sus senos se hincharon y adquirieron el tamaño, la textura de aquellos que alguna vez él había masajeados. Germán notó el corazón de Nandi desbocado. Creyó ver su expresión de miedo y entrega. Habría sido maravilloso que fuera ella. Pero después... todo se habría complicado, mientras que ahora él volvía a su vida justo en el punto en que la había dejado. Conservaba intactos sus sueños y sus posibilidades. Nadie tenía

nada que reprocharle. Más bien al contrario. Cualquiera que supiera o imaginara lo que había pasado lo consideraría por fin un hombre completo, realizado. Si acaso él, y solo él, se echaba en cara haber tenido que desprenderse de la leontina y también en el fondo haber sido una carga para la pobre cabaretera a quien debía haberle desagradado tanto estar con él como con quien ahora estuviera.

¡Ah, así no había manera de vivir,

amargándose cada instante feliz! ¡Pensando siempre en el lado triste y deprimente de todo! No sabía por qué tenía esa tendencia a culpabilizarse, ¡pero iba a superarla! ¡Iba a darse permiso para disfrutar! ¡De esa madrugada, del aire frío, vivificante, del silencio absoluto que reinaba! Incluso, ¿por qué no?, de cierta confianza, en sí mismo, en el futuro. ¿Por qué negarse a sentir algo de optimismo? ¡Si a base de luchar estaba consiguiendo la vida que siempre había

soñado!

Era cierto que aun sin dejar de ayudar en la carbonería, entre el trabajo a las órdenes de don Pedro y las horas en la academia, la mayor parte del día la pasaba ya entre libros. Y esa sería su rutina durante los años siguientes. Estudiaría, intensamente, se esforzaría. Tendría, según las épocas, mayor o menor fortuna con el rendimiento logrado. En los dos primeros cursos de secundaria, con grandes sacrificios, conseguiría que su expediente consignara un

número equivalente de *aprobados y buenos*. No era el resultado que necesitaba, pero como tenía aún dos años por delante, se avino a perdonarse. Eliseo no dejó en ningún momento de apoyarlo, aunque a veces escribiera con más frecuencia y en otras rachas, de tarde en tarde. Siempre le insistía en que no se obsesionase, en que fuera paso a paso, sin mirar muy adelante.

Cuando la estación de verano se empezó a anunciar, con esa sucesión

de tardes aún primaverales pero progresivamente más calurosas y largas, Germán comenzó a fantasear con las posibilidades que desplegaban ante él esos meses en que no iría a clase, cerraría el bufete y el ritmo de trabajo bajaría en la carbonería. No contaba con que su padre llevaba ya noches rumiando el modo de hacerle un anuncio sorprendente. Al fin, en una de las cenas —comían justo ese día uno de aquellos revoltijos de patatas, zanahorias y habichuelas

que sin mucho tino hervían y aliñaban—, Ramón rompió el silencio en que invariablemente se reconcentraban y dijo sin levantar la vista del plato:

—Hijo, he pensado ir este verano a Pechón.

Germán sí dejó de comer y alzó los ojos. Miró a su padre y preguntó:

—¿Volverá a ayudarme el tío o, esta vez, me quedaré solo? —Y aunque trató de evitar el tono de decepción, no lo logró.

—No, Germán, nos vamos los dos.

Ahora sí que el gesto de Germán se demudó:

—¿Los dos? ¿Para qué?

—Él no quería ni pensar en volver. Regresar significaba conocer a su hermana y a aquella mujer.

—Algún día hay que regresar.

Recibió la frase como un golpe bajo. «Debimos haber vuelto cuando usted ya sabe», pensó, aunque en vez de eso respondió:

—Piénselo bien, padre, es mejor que yo me quede en la carbonería. Vaya usted el tiempo que quiera, que yo

me ocuparé de la tienda.

—He hablado con Casimiro y él se encargará —repuso Ramón—. Iremos poco tiempo, apenas mes y medio.

—Pero gastar el dinero para un viaje tan corto y molestar al tío...

—¿Tienes que replicarme tanto? ¿No puedes hacer, sin más, lo que te digo?

Ramón era un hombre seco, pero no de mal genio. Aquella fue una de las pocas veces que Germán lo vio enfadado. Su gesto, su cara,

la fiereza con que lo miraba revelaba que consideraba llegado el momento de reunir a toda su familia, la fecha en que su hijo debía conocer a su nueva esposa e hija. Se empeñaba en que los dos fueran a Pechón exactamente por lo que Germán se resistía. Viviendo aquellos años lejos de su madrastra y hermanastra, su resentimiento hacia ellas se había amansado. Pero mucho se temía que, al conocerlas, al verse obligado a vivir con ellas bajo el techo en que dejaron a su

madre, su rabia crecería. Le asustaba no ser capaz de disimularla. Que se le notara demasiado en los ojos, en la cara. Aquella noche, no obstante, mientras su padre lo seguía mirando, Germán comprendió que no tenía elección. Ramón estaba ya resuelto y, puesto que no quedaba otra salida, se resignó, calló y otorgó. De modo que los dos tornaron al insulso comistrajo que, para colmo, en el curso del desabrido diálogo, se había enfriado.

Mientras acababa la

cena esa noche; luego, al terminar de estudiar y tenderse en el jergón; más adelante, en los días que se fueron sucediendo, Germán pensó lo triste que sería montar en diligencia por segunda vez en su vida, desandar el camino recorrido rumbo a Pechón y regresar de un modo tan distinto a como debería haber sido. Sabía que durante el trayecto no solo se haría más patente la pérdida de Marcelina, el vacío que le dejó. También extrañaría a Eliseo. Reviviría las sensaciones del

encuentro, mágico y casual, de los dos. Añoraría todavía más al amigo, al maestro. Todo eso mientras iba temiendo el momento en que la silueta del monte El Llano apareciera recortada contra el cielo.

Por más que dentro de la tartana en que cruzaba poblados, pueblos y caminos polvorientos trató de mentalizarse para soportar el embate de la realidad, por más que intentó narcotizar sus miedos leyendo, en la práctica, al llegar a Los

Tánagos y vislumbrar las arenas de Tinamenor en plena bajamar, el corazón le latió tan fuerte que le dolió. Sorprendido por sentir su memoria tan fresca después de tanto tiempo, Germán reconoció perfectamente el recodo en que aparecía el sendero, incluso cada hilera de encinas, castaños y cajigos, las frondas de los helechos, las revueltas, los macizos de piedra, las vistas del mar que se abrían entre el bosque y ya luego, los tejados, las casas, las cuadras, las *socarreñas*, y

las vías de tierra que eran en Pechón las calles. Todo seguía exactamente como lo dejó y, sin embargo, cada brizna de hierba, cada soplo de aire, cada quejido animal—los cárabos no dejaban de ulular— evidenciaba la ausencia de su madre. Sus palpitaciones, resonando como golpes de tambor, redoblaron al llegar a la casa de postas de la Torre, el lugar desde el que partió siete años atrás. Allí, al verlos, los presentes organizaron cierto revuelo dándoles la bienvenida, pero

enseguida Germán y su padre pudieron cruzar el pueblo sin toparse con paisanos y vecinos, porque hacía rato que el sol se había puesto. Incluso entre las sombras Germán reconocía los *morios*, las portadas, las corraladas que veía. Invariablemente, en su recuerdo el niño que había sido recorría aquel camino de mano de su madre, aunque lo cierto era que él solía triscar solo, cual cachorro, por cualquier parte. *Ruyera* arriba distinguió la encina. Esa que

su madre solía contarle plantaron el abuelo y ella cuando era una *criúca*. Al lado estaba el abrevadero donde tantas veces él llevó sus vacas. Su casa, en consecuencia, quedaba cerca. ¿Qué costaría obrar el milagro de resucitar a Marcelina, que fuera ella quien abriera la puerta? Si el Dios omnipotente en el que muchos creían existiera, nada costaría. Pero cuando Germán vio la lucecita encendida tras la ventana, de sobra sabía con qué se iba a encontrar.

Amalia se había puesto alerta nada más oír el chirrido de la portilla. Por un telegrama sabía que Ramón y el chico llegarían uno de esos días. Andaba en aquel momento dando de cenar a Vicenta, la tenía sentada sobre sus rodillas y en la mano derecha sostenía una cuchara repleta de una mezcla de leche y avena, algo así como unas gachas claras. La cuchara quedó suspendida a milímetros de la boca de la niña, mientras Amalia oía los pasos avanzar. Pensó en preguntar

«¿quién va?», pero enseguida creyó mejor irse a asomar. Dejó a Vicenta en la silla y antes de que Ramón diera toque alguno en la puerta, ella abrió el cuarterón de arriba y los tres se encontraron de frente cuando ya estaban muy cerca.

—¡Ramón, qué alegría!

—fue su exclamación.

—Hola, mujer — respondió él, cohibido por la presencia del niño.

Germán miraba muy fijo a Amalia, que no era, desde luego, como él la

imaginara, más corpulenta, más alta, de pelo muy negro y, aunque mayor, aún guapa.

—Y tú debes de ser Germán —reaccionó ella enseguida—, bienvenido a tu casa.

Mientras la mujer corría el pestillo y los goznes de la pesada puerta giraban, Germán dejó que su vista se colara al interior del *estregal* y se posara en el rostro de la niña, que no le quitaba ojo de encima.

—¡Mira, Vicenta, ha venido padre! —Amalia cogió en brazos a la

pequeña, la acercó a Ramón y trató en vano de que la chiquilla sintiera la llamada de la sangre.

Vicenta parecía mucho más interesada en su hermano. Germán, por su parte, incapaz todavía de asimilar que estaba después de tanto tiempo en aquel lugar, se sentía aún más incómodo porque la mirada de la niña lo convertía en el centro de la reunión.

—¿Queréis cenar algo? Qué pregunta más tonta. Por supuesto, debéis de tener hambre y estar agotados.

Voy a preparar alguna cosa, sentaos, no tardo.

Y Amalia desapareció a buscar viandas. Marchó hacia la alacena con la niña en brazos, pero en cuanto la dejó en el suelo para liberar sus manos, Vicenta volvió al *estregal* en que seguían su padre y hermano, aún sin reaccionar, de pie, quietos, sin atreverse a proferir palabra, no haciendo más que mirar en torno a ellos, y entregarse a los recuerdos. Ajena al tapiz que, con hilos de silencio, estaban los dos tejiendo, la niña corrió hacia

a aquel hermano de pelo colorado al que tanto había oído nombrar, se le abrazó a la pierna y le dijo: «¡Guapo!». Lo dijo alto y claro. Todo lo alto y claro que expresa sus sentimientos un desinhibido niño de tres años. Pero Germán no supo reaccionar a un acceso de cariño tan directo y espontáneo. Se ruborizó, siguió parado, preguntándose cómo lograr, de un modo que no fuera ni brusco ni maleducado, que la niña soltara su pantorrilla. Tampoco Ramón, a quien el

grito le había resultado simpático, supo responder al embarazo que veía en el rostro de su primogénito. Tuvo que llegar Amalia y descubrir la situación para separar a Vicenta de Germán y reprenderla por tanta efusividad.

—¡Suelta, suelta, Vicenta! ¡Vamos, deja a Germán!

Con la niña ya siempre en su regazo, para evitar que volviera a molestar, calentó Amalia una deliciosa crema de verduras. Luego, mientras los hombres comían fue a

acostar a la pequeña, que lloraba y se resistía, pues quería quedarse con ellos.

Aún después de que Vicenta se hubiera rendido al sueño, Amalia hizo tiempo en la alcoba. Tampoco era fácil para ella bajar y estar con su marido, al que tanto había añorado, al que deseaba cubrir de besos, envolver con sus brazos y verse sometida al escrutinio de la severa mirada del hijo. Temía saber, sabía lo que pensaba de ella, de verla convertida en sustituta de su madre

fallecida. No tenía más remedio que soportar los reproches velados que le dirigía. Sería por un tiempo limitado. Pero justamente el mismo que Ramón pasaría con ellas, en familia, antes de volver a marcharse, Dios sabría por cuántos años más. Así que tenía que tratar de aprovecharlo. Amalia descendió al fin los peldaños cuando ellos ya casi habían terminado. Les ofreció de postre manzanas asadas y algunos cascajos, pero Germán le dio las gracias y alegó estar cansado, para

subir sin tomar nada más al dormitorio.

—Descansa entonces, claro que sí, tu alcoba está preparada —contestó Amalia tratando de no sentirse herida por la negativa, el desprecio, la frialdad, esforzándose muy sinceramente en que nada llegara a molestarla.

Germán creyó que aquella alusión a la «alcoba» era una forma de hablar. Pero al subir comprobó que, en efecto, la habitación que había sido suya en su infancia lo aguardaba,

incluso con el mismo mobiliario de antaño. Una vez acostado, tardó en conciliar el sueño, el reencuentro con aquel espacio le removía demasiados sentimientos. Sin embargo, huyendo de la conversación entre su padre y su madrastra que, a retazos, se filtraba por el entarimado, concentrado en la respiración tranquila, acompañada de su hermana, que dormía en el cuarto de al lado, se fue relajando y adormilando.

En las jornadas que

siguieron fue como si él y Amalia firmaran un pacto de mutuo respeto por el que guardaban las apariencias y, por más cerca que estuvieran, apenas se inmiscuyeran en lo que el otro pensara o hiciera. Existía entre los dos una suerte de corriente protectora invisible. Con su hermana Vicenta, en cambio, Germán no pudo usar una estrategia de defensa similar. La encantadora y vivaracha niña lo adoraba. Lo perseguía allá donde fuera,

por la casa, en la huerta, en la cuadra, repitiendo su nombre, aferrándose a él, reclamando su atención y suplicándole que le tomara la mano o incluso la cogiera en brazos, que la llevara de paseo, que le contara historias, cuentos, ¡cuando no pedía abrazos y besos, o se empeñaba en cubrirlo de ellos! Germán deseaba suponer que él también la quería, a su modo. Se sentía obligado a hacerlo porque la consideraba, como él mismo, una víctima de la falta que sus padres

cometieron y también le horrorizaba reconocerse en el desprecio de Virtuditas hacia Ángel. Pero no estaba acostumbrado a tratar con niños pequeños. Le agobiaba la prodigalidad de sus muestras de afecto, la demanda constante de cariño. Si respondía a esas exigencias de besos —a veces zalamera, a veces imperativa—, no hacía más que alentarla, Vicenta nunca se saciaba; si la ignoraba, siempre provocaba que llorara, lo que desencadenaba miradas

entristecidas y contrariadas de Ramón y Amalia.

Por eso Germán trataba de pasar el mayor tiempo posible lejos de la casa, donde no lo abordasen ni la niña, ni su padre, ni su madrastra, ni a ser posible ninguno de los parientes a los que era inevitable saludar cuando estaba en la zona habitada. Salía de la aldea tan temprano como podía, por la mañana y por la tarde, alguna que otra vez solo, aunque casi siempre con las vacas. Las pastoreaba como en los

viejos tiempos —uno nunca olvida cómo hacerlo—, se descubría profiriendo aquellos gritos que habían permanecido silenciados durante años dentro de su pecho pero que ahora, en esos prados que caían al mar en picado, sonaban con la fuerza de lo auténtico: «¡Ruuuubia! ¡Eh, torda, tras! ¡Trasss!»). Llevaba siempre consigo alguno de los libros que había traído y una vez que tenía a las reses tranquilas, controladas, pastando en un lugar donde no hubiese peligro de que se

despeñaran, podía leer y leía.

Quizá aquella figura suya, excéntrica, sentada, recostada en la hierba o en pie, quieta o caminando, pero siempre, siempre, con un libro en las manos; o tal vez las noticias que dio su padre de que estaba trabajando con un abogado y además seguía estudiando; o puede que el eco aún vibrante de la fe en él que tenía su madre, consiguieron que sus convecinos dieran por hecho que Germán, de verdad, era un hombre de

talento. Más de una vez, durante esa estancia en la aldea, se lo dijeron y él siempre recibió los halagos con una mezcla de orgullo y miedo. Sin acertar a nombrar lo que le asustaba, temía que la carga de tales expectativas fuera demasiada para sus espaldas. Y la verdad es que andaba en lo cierto, como comprobó tras regresar a Cádiz y reincorporarse a las clases en ese otoño tan caluroso que parecía aún pleno agosto.

IX

DE PARÍS A MANILA

El tercer curso de secundaria empezó fatal para Germán. Las materias le resultaban, más que complicadas, arcanas y él se preguntaba qué había podido variar en unos meses escasos para que no lograra asimilar nada de lo que le explicaban. Entre

otras cosas, se hallaba abrumado por lo mucho que de él se esperaba. Con buen criterio, a pesar de que los primeros resultados que iba cosechando eran mediocres si no malos, siguió estudiando, perseveró y recurrió a la ayuda de aquellos que estaban dispuestos a brindársela. Por supuesto, escribió a Eliseo contándole los traspiés que estaba sufriendo, pero también visitó a don Adolfo, su viejo maestro, e incluso, armándose de valor, consultó dudas puntuales a

don Miguel Blasco, el secretario de Pedro Alvieres, y algunos otros compañeros del bufete.

Estos últimos ofrecían a Germán apoyos concretos. Las cartas de Seo, en cambio, le proveían de ese aliento de fondo, reforzaban su confianza y su autoestima. Con el respaldo de unos y otros, Germán afrontó los meses que vinieron y que llegaron cargados de decenas de pruebas, orales y escritas. Pasó noches en vela, estudiando o en el jergón,

insomne, con los ojos abiertos esforzándose en mantener los nervios bajo control; recibió calificaciones pésimas, regulares, buenas y mejores. Pero continuó.

Uno de los envíos que meses después le mandó Eliseo trajo a Cádiz la noticia que Germán íntimamente sabía que llegaría. Su mentor y amigo iba a marcharse a Filipinas. Aún quedaba tiempo para que la expedición zarpase, mínimo un año todavía, pero el profesor Gérôme

Roinssard, persuadido de la gran ayuda que Eliseo le podía prestar, le había planteado ya la posibilidad de que quisiera acompañarlos. Y Eliseo —se lo comunicaba a Germán antes que a nadie, antes incluso, le dijo, que a sus padres— había decidido embarcar. Como tantas otras veces, el nombre de Elvira irrumpió en la memoria de Germán, pero sabiendo que no se atrevería a preguntar por ella, se limitó a continuar leyendo los párrafos que seguían.

En principio —contaba Eliseo— preveían una estancia de año y medio. Para aprovecharla al máximo, lo importante —escuchaba continuamente decir a Roinsard— era planificar muy bien los objetivos en esta etapa preliminar antes de zarpar, conocer el archipiélago como la palma de la mano sin haber llegado a pisarlo, acotar con exactitud milimétrica la parte del todo sobre la que trabajarían «como un cirujano sabe antes de coger el bisturí qué

zona va a sajar».

Los expertos de cada área llevaban ya tiempo en marcha, investigando cada uno en su campo, poniendo en común sus premisas con el resto, acostumbrándose a interconectar los diferentes sectores de especialidad y a establecer sus propios fundamentos a partir de las investigaciones que otros habían hecho. Roinssard era el relojero encargado de engarzar todas las partes del mecanismo para que su funcionamiento fuera perfecto. Y en cuanto a la

misión de Eliseo, era precisa pero modesta —él no se llamaba a engaño en eso— y, sin embargo, le descubría, cada día, tal cantidad de curiosidades sobre Filipinas que, aún después de acabada su jornada, seguía, ya por interés propio, leyendo y aprendiendo sobre las islas —más de siete mil, no todas habitadas, desde luego, pero las que lo estaban, tan fecundas que en ellas florecían unos cien idiomas y dialectos— y no podía evitar sentirse entusiasmado ante la perspectiva de viajar

allí.

Germán se debatía entre alegrarse por el contento de Eliseo y lamentar esas incontrollables vueltas de la vida que iban a llevárselo más lejos aún de lo que ya estaba. A efectos prácticos, si bien no sería lo mismo —pues, por ejemplo, obviamente el correo tardaría más en llegarles—, sería algo parecido. Los dos continuarían separados por una gran distancia física. Pero las cosas empeoraban —Germán lo sabía por su experiencia con Juan—

cuando la barrera entre dos amigos no se podía salvar más que por mar. Cuando el océano entraba en escena, uno ya no compartía siquiera la noche y el día. Y como si esa, la temporal, fuera la barrera definitiva, se establecían dos planos, paralelos, de existencia. A pesar de todo, aunque así fuera a ser, Germán envió su respuesta de felicitación, sin plantear objeciones. Volvió los ojos, como ya estaba acostumbrado —eran muchos años— a su propio objetivo, al plan que se

había trazado y fue cubriendo etapas, examen a examen, paso a paso.

Eliseo, por su parte, una vez que había apostado definitivamente por el proyecto filipino y hasta había sacrificado para implicarse completamente en él sus sustituciones de bedel, se dirigía cada mañana ya al palacete del señor Noailles, que era donde estaba el centro de operaciones de Roinssard. Monsieur de Noailles había habilitado toda el ala izquierda de su palacio con

despachos para los profesores universitarios. Su inmensa biblioteca estaba, por supuesto, abierta todo el día para ellos, aunque más de una vez los investigadores al entrar se lo encontrarán dentro. No era un jefe molesto, no se permitía la menor injerencia. Solamente Roinssard mantenía con él una entrevista la última semana de cada mes para resumirle los pasos seguidos hasta el momento y avanzarle los objetivos que se plantearía el equipo desde entonces hasta

su cita siguiente.

Eliseo fue presentado a monsieur de Noailles, como el resto de los miembros del grupo investigador, y al igual que los demás, pese a haber sido advertido, no pudo evitar un gesto de asombro ante el rostro sin cejas. Segundos después era conducido por uno de los sirvientes filipinos a la salita anexa al despacho de Roinssard, donde le habían habilitado un puesto de trabajo, consistente en una mesa amplia y otra auxiliar. A espaldas de ambas un

mapamundi descomunal ocupaba toda la pared. Y aunque Eliseo fuera un trabajador de encomiable entrega y sorprendente productividad, muchas veces fue incapaz de escapar al poderoso influjo de aquella lámina que le invitaba a girar levemente la silla y extasiarse completando mentalmente la ruta que pronto seguirían.

Durante siglos, la vía desde Europa a Filipinas comenzaba en España y atravesaba el Atlántico hasta arribar a costas mexicanas.

Desde el colosal puerto de Veracruz, había que cruzar el antiguo territorio de aztecas y mayas, que Colón ganara, rumbo a la ciudad de Acapulco, en el Pacífico, desde donde partía el Galeón de Manila, que cubría el itinerario comercial a la capital filipina. Aquel barco se fletó por primera vez a finales del siglo XVI y en esos orígenes solo se hacía a la mar una o dos veces al año. El trayecto, con parada en la también española isla de Guam, duraba aproximadamente tres

meses. Pero en 1815 la guerra de Independencia mexicana había interrumpido aquel servicio que funcionó tres siglos.

En todo caso, los tiempos habían cambiado tanto en ese lapso que aquella línea, aunque existiera, ya no sería competitiva. Veinte años atrás se había inaugurado el canal de Suez, una imponente obra de ingeniería, sufragada por Francia y por Egipto, donde físicamente se enclavaba. Solo para la noche de la gala

se le encargó a Giuseppe Verdi la composición de una ópera que luego resultaría ser *Aida*. Aquella vía artificial abierta en la península del Sinaí separaba África y Asia y unía el mar Rojo y el Mediterráneo. El paso permitía recortar los trayectos tanto que hacía posible arribar a Filipinas en un mes. Eliseo hacía que sus ojos saltasen de una ciudad a otra en la ruta de escalas, como si trazara sobre ellas suaves líneas onduladas: Marsella, Suez y luego Goa en la India, Saigón en

Indochina y finalmente Manila. Le costaba creer que él fuera a completar aquel periplo.

Antes de que llegara el día tendría que cumplir con obligaciones insoslayables. Una, tal vez la más importante, la iría retrasando hasta que fuera ya perentoria: despedirse de Elvira. No sería la primera vez que la viera desde la mañana de domingo en que dio un giro a su existencia, se despidió de ella y se aferró con fuerza a las asas de sus maletas. Precisamente

por eso temía verla. Las primeras citas, los encuentros iniciales fueron complejos porque, aunque la racionalidad dictara lo contrario, tanto él como ella mantenían cierta esperanza de que tal vez fuera posible y mereciera la pena recomenzar. Pero cuando los dos al fin vencieron su resistencia a aceptar la realidad, aún resultó peor. Se quedaron sin conversación. Y no por falta de tema. Incluso Eliseo, a su manera, empezaba a llevar una vida intensa. El

problema era la incapacidad de ambos para abordar la cuestión principal: Elvira mantenía ya una relación con Édouard Martineau y por un lado consideraba una obligación decírselo a Eliseo y por otro no sabía cómo exponérselo. No se trataba solo del aspecto sentimental. Por culpa de su *affaire* con Martineau podía perder el trabajo, podían perderlo los dos. Martineau era marido de la sobrina de los Allemand, los propietarios del Folies Bergère, que lo habían llegado a amenazar

con prescindir de él si no echaba a Elvira y se comprometía a no volverla a ver. Elvira sentía moverse el suelo bajo sus pies. No podía dejar de pensar en ello, pero al mismo tiempo le resultaba imposible mencionarlo delante de Eliseo, temía lastimarlo. Y por culpa de aquello, cuando quedaban, hablaban de cosas intrascendentes, vulgares y corrientes, dándose perfecta cuenta de que caminaban en círculos alrededor de lo realmente importante: lo innombrable. Que por

supuesto Eliseo adivinaba.

La entrevista entre ambos se producía siempre en Les Beaux Marais, una cafetería hermosísima en una esquina achaflanada del Quartier Latin. Sus enormes cristalerías hacían del sitio un expositor de pájaros exóticos, que exhibían sus plumajes, coloridos y suaves, ante todos cuantos pasaran por la calle. Eliseo siempre le había encontrado al sitio el inconveniente de ser poco íntimo. Quizá precisamente por ello Elvira lo había elegido. En cambio,

le gustaba el color. Ella lo llamaba *abricot*. Transmitía serenidad y Eliseo la agradecía, pues solía precisar calma al llegar a aquel lugar, siempre puntual, y sentarse a esperar.

Una tarde, al ver aparecer a Elvira, Eliseo sintió un palpito. Advirtió en ella ciertas redondeces, los senos y el vientre más hinchados. Aquello —se dijo— no iba a poder soportarlo. Creía estar preparado para todo, pero se había equivocado. Aguantó como pudo las horas que

tuvieron por delante, mantuvo la mirada en la suya para no ver más. Antes de dar la cita por terminada avisó a Elvira de que, de ahora en adelante, no le escribiera a la universidad, donde no trabajaba ya, sino al hotel de monsieur de Noailles. Después, se levantaron, se dijeron adiós y se marcharon. Y una vez en la habitación de la pensión Eliseo se sintió desgraciado, humillado, cobarde por no haberse atrevido a preguntarle. En los días que siguieron sintió

la tentación de plantarse en el Folies y cerciorarse. Pero descartó la idea por ridícula. Aquello no era el Morás, donde para ver a Elvira bastaba acercarse al escenario y asomar la nariz tras las bambalinas. Si quería encontrarse con ella tendría que hacerla llamar y aun así, si comprobaba que sus sospechas eran verdad, ¿qué haría, reclamar? ¿Reprocharle que no se hubiera lanzado con él a la aventura de la maternidad? Ni siquiera sabía si ella deseaba el hijo que esperaba.

Si realmente estaba embarazada.

De aquello habían pasado cinco meses. Elvira y él se habían intercambiado notas, pero no habían vuelto a verse. Si su intuición era acertada, ahora no podría disimular nada. Pero Elvira no dudó cuando él la convocó. En cuanto él le escribió al cabaré, llegó Joel, el muchacho contratado para hacer los recados del Folies Bergère, y le trajo su respuesta: el jueves, a las cuatro y media, estaría donde siempre para que se

despidieran. Elvira había añadido que «tenía muchas ganas de verlo». Eliseo dudaba que, si realmente estuviera encinta, se mostrara tan decidida. Quizá él se hubiera equivocado y dejado volar su imaginación, esta vez, demasiado alto.

Llegado el día de la cita, Eliseo se descubrió a sí mismo echando un vistazo, en el espejo ovalado del aseo anexo al despacho, a la barba que se había dejado pocas semanas atrás. Le avergonzó comprobar que aún le importaba lo que ella

opinase. Es más, que sentía un punto de vanidad, una convicción obtusa de que le gustaría. ¡Después de que ella lo hubiera dejado por aquel Édouard! Pues así fue como pasaron las cosas realmente —se oía pensar—. Y a pesar de todo, sí, comprobaba el aspecto que el bigote y la barba le daban a su cara y se aprobaba. Se pasaba la mano por aquel vello encrespado, castaño, hasta llegar al mentón, a la punta, donde curiosamente le había salido un mechón caoba. Era un poco raro,

pero a él no le desagradaba. Le gustaba pensar que era una singularidad que lo entroncaba con Germán.

Llegado a Les Beaux Marais, como siempre, le tocó esperarla. Acostumbrado al hecho de que Elvira soliera retrasarse, sacó su cuaderno de notas y empezó a garabatear. Al principio trazó un esquema de las ideas esenciales, esas que no podía olvidar decirle, por más que le costase, antes de emprender el viaje. No le gustaba planear hasta el menor de los detalles,

perderse en artificios y robar espontaneidad al encuentro real, pero no le vendría mal —pensó— ordenar sus pensamientos.

Levantó un momento la vista y, como comprobó que no había rastro de Elvira, siguió anotando. Esta vez hizo un esquema parecido, pero para la carta que tenía previsto escribir a Germán si después de ver a Elvira se sentía con ánimos de algo más. Cuando acabó empezó a extrañarse de que ella aún no llegara. Había pasado media hora y no se la veía

por ninguna parte. Se llevó un segundo los dedos pulgar y anular de la mano derecha a sendos lacrimales. Algunas veces repetía aquel gesto. Cuando estaba concentrado, cansado o inquieto. De repente sintió como un fogonazo. Alguien, algo, un trozo de tela blanco o beis muy claro había cruzado frente a él del otro lado del ventanal y era como si hubiera llegado a verlo aun con los ojos cerrados. Al abrirlos solo alcanzó a captar el final del movimiento. Quienquiera

que fuera había pasado tan cerca que de no ser por el cristal habría llegado a rozarle. Y Elvira seguía sin aparecer.

Faltaban diez minutos para llevar allí sentado una hora y Eliseo tenía ya la certeza de que ella no iría a despedirlo —pese a lo cual seguía esperando, incrédulo, apesadumbrado, ridículamente preocupado incluso de que no viera la barba que se había dejado— cuando asomó a Les Beaux Marais el rostro afilado del pequeño Joel, el recadero del

Folies Bergère. Oteó el horizonte cuajado de mesas, repletas, hasta que sus ojos reconocieron los de Eliseo y, bajo la mirada aviesa de los camareros, fue sorteando clientes y veladores hasta alcanzar al destinatario del mensaje que le había sido encomendado.

—Le traigo una carta, monsieur —dijo Joel.

—Ya lo sé, amigo. Ya lo sé. ¿Quieres tomar algo? —preguntó Eliseo mientras, de manos del niño, cogía el sobre.

—No creo que deba,

monsieur.

—Yo creo que sí, siéntate. *Garçon, s'il vous plait!* —avisó Eliseo al camarero.

—¿Qué va a ser, monsieur?

—Para mí un segundo *expresso* y para él, ¿te has decidido, Joel?

¿Podría pedir un *crêpe*?

—Por supuesto, ¿y chocolate también?

El muchacho asintió, sin dar crédito a su buena suerte.

—Siéntate, Joel —le instó Eliseo.

Y mientras el chico obedecía, se quitaba la gorra, la colocaba sobre sus rodillas y aguardaba que la merienda llegara, Eliseo rasgaba la solapa del sobre sabiendo ya que era Elvira la mujer del traje crema, ella la dama gruesa que en el último momento no había tenido suficientes arrestos para cruzar la puerta, sentarse a su mesa y asumir lo que él tuviera si no que decir, sí al menos que pensar, al encontrarse, así, ante la realidad. En pago a aquel gesto de cobardía de

Elvira, que podía comprender pero le dolía soportar, y a la mentira que mucho temía contendría aquella nota, Eliseo decidió que no la leería en la intimidad, sino ante el mensajero.

En cuanto abrió la hoja doblada le dolió haber acertado, no había allí ni rastro de verdad. Sintió ganas de llorar porque Elvira hubiera sido incapaz de, al menos, escribir un texto a la altura de la historia de amor que tuvieron y, ¿por qué no decirlo?, también de su

talento. Era lamentable recurrir a una excusa barata, una indisposición inesperada. Tenían mimbres más que suficientes, mimbres reales, de nervio y sangre, para escribir una buena carta, una en la que le confesara que estaba embarazada, que no tenía valor para presentarse de ocho meses ante él y mirarlo a la cara, que aún no había concluido la dichosa novela que supuestamente era tan importante para ella y que en adelante si la acababa sería compaginándolo con la vida

de mujer casada que siempre había dicho que le horrorizaba. «Las cosas cambian, Elvira. ¿Tanto cuesta reconocerlo? ¿Crees que me evitas algún dolor no apareciendo? ¿Crees que te lo evitas a ti misma? Yo me habría escrito una mejor carta de despedida. ¡Maldita sea, me la merecía!»

El pequeño Joel apenas miraba al señor, que, tras leer la carta, había abierto su cuaderno de notas y ahora escribía la respuesta a madame Elvira. Comía su *crêpe* más que masticándolo

deshaciéndolo. Se introducía un pedazo en la boca, daba luego, enseguida, un buche al chocolate y aguardaba sin mover un músculo a que la abrasadora bebida lo disolviera. Así el placer duraba más tiempo. Eliseo apuntó aquellas últimas frases que le habían saltado a la mente con el impulso de mandarlas. Luego las tachó, arrancó la página, empezó una nota distinta. ¿Qué sentido tenía decirle a nadie lo que uno esperaba, si lo que anhelaba era un amor que brotara de forma

espontánea?

Ante una nueva página Eliseo optó por una opción fría, práctica:

Querida Elvira:

Lamento de veras que estés indispuesta y no hayas podido acudir a nuestra despedida. Quiero que sepas que aunque me vaya en un par de semanas, hasta final de mes nadie ocupará mi dormitorio en la pensión de madame Geneviève Simon, Rue des Châtaigniers, 97. Dejaré aviso de que si llega madame Elvira González o

alguien de su parte le abran la puerta de la habitación y le dejen llevarse cuanto quiera. No es, como bien sabes, nada de valor. Alguna ropa que no voy a necesitar, lecturas con las que no puedo cargar, un par de recuerdos. No espero que vayas, no te lo pido, solo deseo informarte de que existe esa posibilidad. El día 30 madame Simon tendrá mi permiso para hacer lo que quiera con mis viejas pertenencias. Es probable que no le sirvan y se deshaga de ellas. No me da

pena. Las cosas más valiosas estarán en mi memoria.

Te mando en esta carta el abrazo que no he podido darte.

Me alegra, al menos, que mandarás a Joel. Me recuerda a Germán.

Ojalá, Elvira, te vaya muy bien. Sabes que yo te querré siempre, dondequiera que esté.

Cuídate mucho hasta que volvamos a vernos.

Eliseo

—¿Está bien,

monsieur? —le preguntó Joel, que, muy a pesar suyo, hacía breves segundos que había terminado de tragar.

—Uno no puede estar siempre en la cumbre de la felicidad —se permitió Eliseo confesar, aunque enseguida sintió vergüenza y añadió—: Pero no puedo quejarme. ¿Qué tal tú, Joel? ¿Te gustó? ¿Quieres algo más?

—No, monsieur, así está bien, muy rico verdaderamente, monsieur. Ya tengo que regresar. Tal vez otra vez.

—Claro que sí, Joel, otra vez.

—¿Quiere que le lleve respuesta a madame Elvira, monsieur?

—Sí, Joel, ten —le dijo metiendo la hoja en el sobre que le mandó Elvira y añadiendo enseguida, mientras se lo alargaba al chico—: Los amigos no se espían, ¿no es cierto?

—Por supuesto que no, monsieur.

—Incluso aunque sintieras la tentación, está escrita en español.

—Actúo como un

caballero, monsieur.

—Me basta con que lo hagas como un honrado trabajador. Es más, lo prefiero.

—Sí, monsieur — contestó Joel sin acabar de comprender.

—Adiós, Joel —se despidió Eliseo.

—Adiós y gracias, monsieur.

—No hay de qué —le dijo, revolviéndole el flequillo.

Eliseo se quedó mirando cómo el chico salía de la cafetería. Sintió una

punzada de remordimiento por no haber sido honesto con él, por no haberle advertido que no habría ningún otro encuentro, que probablemente jamás volvieran a verse. Pero en el fondo —se dijo—, ¿qué le importaba eso a Joel? Él no lo quería, casi no lo conocía. No era Germán por más que le recordara a su amigo en aquellos lejanos días en que el azar los sentó en la misma diligencia.

Refugiándose en el recuerdo de ese pelirrojo, listo, despierto, curioso, que

empezó de carbonero y ahora estaba a punto de terminar la secundaria, aquel niño, hoy ya un muchacho, por el que sentía debilidad y al que no podía olvidar, se puso a escribirle la carta en que le anunciaba que había llegado el momento, que partían a Filipinas en quince días, que quizá cuando leyera esas líneas él ya no estuviera en la dirección de París, que convenía que dejara pasar mes y medio y entonces escribiera a las señas filipinas que más abajo consignaba, las de la

finca en Manila de monsieur de Noailles, el benefactor de la expedición, al que ya había nombrado en anteriores cartas. Quizá incluso que esperara que él le enviase correo primero comunicando que habían llegado y ya estaban instalados.

Mientras Eliseo iba escribiendo, sentado en Les Beaux Marais, Germán estudiaba en Cádiz, preparaba sus últimos exámenes, los realmente finales. Daba vértigo pensar que, en cuanto los acabase,

la suerte estaría echada tal como consignaba la célebre sentencia romana que habían traducido en clase de Latín. Para bien o para mal, su vida, una vez completadas las pruebas, cuando las calificaciones se publicasen, sería otra a la que había estado llevando: o bien lograría su sueño, o bien habría que dar por terminado el juego. Si no conseguía el maldito «bueno», no habría más salida que resignarse a ser para siempre carbonero. En apenas una semana se jugaba el esfuerzo del

pasado y lo que sería el porvenir. La responsabilidad era máxima, él podía inclinar la balanza según cómo actuara. Por eso, cuando aquel junio de 1891 puso el punto final al postrer examen, suspiró y cerró los ojos. Fue solo un instante, una debilidad inevitable.

Durante los días de espera que siguieron, Germán pudo engañarse concibiendo una vía alternativa como escribiente de don Pedro. Pero sabía que la paga que él le daba no era jornal para una familia.

Además de que si fallaba defraudaría las expectativas de todo el bufete y quienes ahora lo veían como una joven promesa lo considerarían un redomado fracasado. Mejor no pensar, dejar de torturarse. Por más que le costara. Se prometió a sí mismo que si lograba la nota necesaria nunca más volvería a fustigarse, a preocuparse por nada.

Precisamente se estaba repitiendo aquello la mañana del dos de julio camino del San Felipe Neri, que era donde se había examinado y

donde publicaban los resultados. Una nube de muchachos se concentraba ante el tablón impidiendo acercarse a los que iban llegando. La inquietud le cegaba y tal vez por ello creía no conocer a nadie de todos cuantos se agolpaban. Una voz lo sacó de su hipnosis: «¡Alegra esa cara, hombre, que has aprobado!». ¡Eso ya lo sabía! ¡El último año había subido su media previa a base de *buenos y destacados*! ¡Pero era ahora cuando tenía que demostrar todo lo que había mejorado!

¡Un aprobado no bastaba!
¡A él no le serviría de nada!
Quien se lo había dicho,
Ernesto Quiñones, bien
podía limitarse a pasar
raspando. Como su padre era
notario y de una familia
ilustre, movería sus hilos y
lograría que entrara donde
deseara, pero él solo con un
bueno se atrevería a pedirle
a don Pedro el favor de
recomendarle. «Solo con un
bueno, solo con un *bueno*,
por favor, por favor, que
tenga suerte una vez en la
vida. Suerte o justicia, Dios,
que me he esforzado

muchísimo. Por favor, por favor, que pueda estudiar Derecho.» Esa era la plegaria con la que imploraba —por más escéptico que fuera sobre la existencia del Altísimo—. Finalmente, se hizo el silencio y casi el vacío dentro de su cerebro. Su mente bloqueaba las señales acústicas que atronaban, impedía que le estorbaran los saltos y empujones, estaba concentrada en buscar su nombre, repasaba la lista interminable y cuando por fin dio con él, vio escrita

justo al lado la palabra «bueno».

Un rayo de felicidad lo atravesó. Pero casi inmediatamente, incumpliendo la promesa que se había estado haciendo de no volver a preocuparse, empezó a agobiarle cómo pedir a don Pedro su recomendación o que ni esta ni la nota bastasen para que lo aceptasen en la facultad. No obstante, en el fondo de su corazón, sabía que aquello ya eran trámites y que en lo que a él concernía estaba hecho todo. Había

dado lo mejor de sí y conseguido su objetivo. Podía estar satisfecho, como lo estaría su madre. Y también Eliseo, cuya última carta había recibido apenas dos días antes.

En el instante previo a cerrar la puerta de su dormitorio en la pensión, Eliseo había echado un último vistazo. Aquellas de sus cosas que había decidido dejar estaban en dos cajas sobre la cama. Una contenía ropa y la otra, libros y papeles. Encima de esta

última había dispuesto una nota, por si finalmente Elvira enviaba a alguien. En su estado sería un disparate que fuera ella en persona. Lo único que consignaba la cuartilla era la dirección de Filipinas. Cualquiera otra cosa, entre ellos, había quedado dicha o de sobras entendida. Podía haberle enviado las señas al Folies para asegurarse de que las tuviera, pero consideraba que solo merecía la pena que supiera dónde iba a estar si ella de verdad deseaba saberlo. Tratando de evitar

ceder a la nostalgia, Eliseo tiró del pomo, dio la espalda a aquella etapa clausurada, se despidió de madame Geneviève y, cargado con un par de maletas más grandes que las viejas pero sin llegar a ser tremendas, partió hacia la estación del Sur.

La expedición se había dado cita en el andén una hora antes de que el tren partiese. Nada más asomar al hall, del otro lado de las lunas de cristal, Eliseo distinguió a su grupo de compañeros. Entre un revoltijo de maletas,

maletines, baúles, abrigos, gabanes y fundas de los equipajes más singulares, se alzaban las figuras — especialmente espigadas gracias a los sombreros de copa— del doctor monsieur Jean-Jacques Durras, que parecía haber recortado algo su generosa barba —las puntas apenas, no era hombre de excesos—; del biólogo monsieur Charles André, que incluso allí en la estación parecía ya estar analizándolo todo; del arqueólogo monsieur Nicolás Pointcarré, el más

joven del equipo; del filólogo monsieur Fabrice Mathieu, con su cabello largo de un rubio casi albino; del historiador monsieur Laurent Clement, tal vez demasiado grueso para lo que la empresa aconsejaba, del filósofo monsieur Bruno Lefèvre. Eliseo buscaba al representante de la autoridad indiscutida: monsieur Gérôme Roinssard. Le parecía reconocer su equipaje, al menos distinguía un sobretodo y una valija de piel color café.

Pero ni rastro de él. Al fin, por el flanco derecho, súbitamente, se presentó el líder de la expedición blandiendo pasaportes, permisos y demás documentos que, progresivamente, fue repartiéndolo entre todos los miembros. Faltaba uno de ellos, el fotógrafo, monsieur Philippe, Fontaine, que aún tardó un rato en hacer acto de presencia cargado con los mil y un aparejos necesarios para su quehacer.

Mirando aún desde cierto apartamiento a aquel

grupo de hombres tan diverso, Eliseo sintió vértigo. Aquellos adultos, profesores y profesionales, todos ellos eminentes, se veían inseguros, comprobando a cada tanto los papeles que sostenían en las manos, contando mentalmente los bultos que habían llevado. ¿Cómo los moverían cuando los maleteros desapareciesen? Viajaban juntos y, no obstante, a Eliseo le parecían personajes solitarios. Nadie había venido a despedirlos, a diferencia del resto de los

viajeros que en aquel andén y los adyacentes besaban, abrazaban, estrechaban las manos de amigos y parientes. La mayoría de los científicos estaban casados, tenían hijos. Roinssard tres, por ejemplo, lo cual no estaba mal para su edad, aunque el récord lo ostentara monsieur Charles André, con nada más y nada menos que once. Sin embargo, todos debían de haber decidido confinar la ceremonia del adiós al espacio íntimo del hogar. Quizá temían que se

montara una escena demasiado sentimental. Tal vez huían de una estampa que recordara siquiera remotamente las partidas de tropas hacia las colonias o los diversos frentes. Ellos eran profesores, no militares aunque partiesen a una Filipinas que no era justo entonces una balsa de aceite.

La profusión de fundas que protegían el instrumental de cada cual era tan peculiar que Eliseo, en cierto momento, tuvo la impresión de haberse enrolado en una *troupe*

circense. Poco después casi echó de menos el destartalado carromato en que, de ser cierta la imagen, habrían vagado. Al menos en una carreta tirada por caballos irían solos sin molestar a otros pasajeros, ni verse tampoco incordiados por la comprensible curiosidad de estos. Ya en el mismo momento de subir a los vagones y buscar los asientos reservados, algunos desconocidos les iban preguntando quiénes eran y hacia dónde se dirigían. A mitad de viaje,

envalentonados por una confianza adquirida a toda prisa, esos mismos viajeros multiplicaban sus consultas: ¿con qué motivo iban a Filipinas? ¿Quién pagaba el viaje? ¿Qué riquezas se traerían a Francia? ¿En qué museo podrían luego verlas ellos, disfrutarlas?

El trayecto en ferrocarril fue tan largo e incómodo, hacía tanto calor en el compartimento y, si se abrían las ventanas, el aire —que entraba desbocado, sacudiendo las persianas contra los cristales—

resultaba tan molesto que tuvo, al menos, el efecto benéfico de hacer que tanto los profesores como el propio Eliseo no vieran el momento de subir al Élu des Océans. Imaginaban los camarotes del navío angostos, por supuesto. Pero también sabían que había zonas comunes y galerías en cubierta por las que se podría pasear, estirar las piernas y dejar que la vista buscara el horizonte y se perdiera.

En aquel recorrido que parecía eterno, Eliseo tuvo

por compañero de asiento al fotógrafo Philippe Fontaine, un tipo curioso que, aunque al hablar no se mostraba tímido, sino cordial, podía pasar horas callado y mirando al frente. Los paisajes del Massif Central se sucedían a toda prisa al otro lado de la ventanilla sin que Fontaine sintiera la curiosidad mínima para ladear un segundo la cara. De todas formas, la pátina de carbonilla hacía difícil vislumbrar la escena.

—¿Pensando, amigo?
—le preguntó Eliseo para

romper el hielo.

—Sí —le contestó Fontaine, que siguió luego abstraído en sus pensamientos.

Eliseo, incapaz de tal introspección, sacó un par de libros de los que llevaba consigo. Tirando del hilo de Rizal, el primer novelista filipino que había leído (alguien con quien se sentía conectado, de un modo extraño, por curiosidades diversas como que publicara su novela el mismo año que él llegó a París), había ido dando con otros autores

relevantes. Por ejemplo, el que ahora leía, Pedro Alejandro Paterno, licenciado en Filosofía por la universidad salamantina y en Derecho por la de Madrid. Justo en esa ciudad había logrado editar los dos libros que Eliseo tenía ahora en las manos, el poemario *Sampaguitas* y la novela *Ninay*.

El resto de los miembros de la expedición lo mismo iban leyendo — libros o documentos— que charlando o durmiendo o fingiendo que conseguían

hacerlo. Era difícil alcanzar la tranquilidad mínima precisa para conciliar el sueño no solo por el ruido del traqueteo y los viajeros, sino porque de alguna manera todos compartían la idea de que hasta que zarpasen no comenzaría el verdadero viaje y, por lo tanto, no se podrían relajar. Iban alerta ante la contingencia de que surgiera un inconveniente serio que tuviera consecuencias sobre la travesía, que la retrasara o llegara a impedirlo.

El paso por Marsella —

donde hicieron dos noches—
fue una formalidad que
habrían preferido evitar.
Aunque sirvió para que el
grupo se organizara en
segmentos pequeños
llegando al mínimo de dos
que compartían habitación.
Siendo impares, había un
dormitorio individual que
fue para Roinssard. Por
alguna razón que este no
explicó, a Eliseo le asignó
por compañero al filólogo
monsieur Fabrice Mathieu.
Era fácil suponer que la
resolución tenía que ver con
que solo ellos dos

dominaban el español. El resto, aunque habían dedicado gran esfuerzo el año y medio pasado a aprender el idioma de Eliseo, no conseguía utilizarlo más que de modo precario. Roinssard pudo anticipar que con Mathieu la comunicación sería posible, tal vez incluso la amistad, y en una empresa como aquella que entrañaría tanta convivencia, durante tanto tiempo, tan lejos del hogar, no sería baladí generar confraternidad. Pero esas primeras jornadas monsieur

Mathieu y Eliseo no consiguieron franquear la barrera de la cortesía. El primero tardaba en levantarse, mientras que Eliseo, por su parte, sentía que le faltaban horas para explorar la ciudad. Marsella era, sobre todo en la zona cercana al muelle, donde se alojaban, como son todas las ciudades portuarias, al tiempo, seductora e inquietante. A poco que se mirase, el trasiego de gente sin cometido claro acababa evidenciando el contrabando de tabaco y drogas y la trata

de blancas.

Cuando, al fin, pasadas cuarenta y ocho horas, Eliseo se vio de nuevo subiendo por el puente de un buque, rumbo esta vez a un destino inconcebible por más que hubiera leído al respecto, le costó creer que fuera cierto. Permaneció en cubierta, como el resto de los compañeros y casi de viajeros, observando las maniobras de salida del puerto, entre el continuo ir y venir de cargueros. Y, a diferencia de quienes fueron, poco a poco, desapareciendo

en dirección a sus camarotes, Eliseo se quedó allí, viendo el malecón menguar, haciendo conjeturas sobre cuándo y cómo regresaría, intentando encajar el modo en que los acontecimientos se habían sucedido, para dejar atrás el pasado con el menor dolor posible y los remordimientos mínimos.

De camino a su cabina, Eliseo atravesó interminables pasillos repletos de tripulantes y pasajeros. Le costó algún tiempo encontrar la

portezuela que conducía al compartimento en el que viviría durante treinta días. Cuando la abrió comprobó que monsieur Fabrice Mathieu ya estaba dentro, había dispuesto su equipaje en el lugar destinado para ello y se había sentado frente a la única mesa, con la puerta a su espalda, y la vista hacia la ventana, un ojo de buey del tamaño de una bandeja de plata en la que solo cupiesen tres servicios de café.

—Saludos, monsieur Aramburu.

—Saludos, monsieur Mathieu.

—Disculpe que haya ocupado el único espacio de trabajo...

—No se preocupe, ya buscaré...

—En absoluto —
repuso el investigador—, lo colocaremos de tal forma que nos sirva a los dos. El momento de levar anclas es para mí muy particular. He navegado poco, pero sé que justo en la maniobra inicial me suelo marear y busco una manera de abstraerme, de pensar en otros asuntos. Pero

venga, ayúdeme a girar la mesa y verá...

—No se moleste, de verdad —intentó disuadirlo Eliseo.

—... como hay sitio para mí y para usted. ¡*Voilà!* ¿Lo ve? —dijo Mathieu.

—Sí, muy amable, está bien.

—Siéntese.

Eliseo tomó asiento, aunque con cierta incomodidad. Fabrice Mathieu parecía estar ya manos a la obra, entregado al trabajo, y él, en cambio, no tenía ningún cometido

que emprender de inmediato. Se arrepintió de haber entrado tan pronto a la habitación, pero tampoco veía sentido a quedarse fuera, o bien dando barzones, o quieto cual pasmarote. Podría sencillamente tumbarse sobre el colchón y tratar, sin más, de irse acostumbrando al balanceo del barco. Pero por más que se decía que no habría nada de malo, era incapaz de acostarse mientras su compañero de viaje estaba atareado. Mathieu advirtió su

malestar, levantó la vista y le preguntó con el mayor tacto:

—¿Monsieur Roinssard no ha dispuesto nada en concreto en lo que pueda avanzar durante el trayecto?

—Me temo que no, señor. Yo he traído ciertas lecturas: ensayos, documentos, alguna novela e incluso un par de poemarios filipinos que he comprado.

—¿Siente curiosidad por la cultura nativa?

—Sí, señor. Soy curioso, en general.

—Es una virtud que

admiro, tanto más cuanto que escasea. ¿Me permite comprobar, en su caso, cuán lejos llega?

—Por supuesto, señor, aunque me intimida decepcionarle.

—No se trata de ningún examen —aseveró rotundo Mathieu antes de añadir—, sino de saciar mi propia intriga.

—Adelante, pues —lo animó Eliseo.

—¿Le interesaría aprender tagalo?

—¿Me enseñaría usted?

—Podría —contestó

Mathieu.

—La respuesta, por supuesto, es sí.

—Pues no nos aburriremos, monsieur.

—Mejor así.

—Bien. En tal caso, tenga usted.

Fabrice Mathieu, sin llegar a levantarse, dobló el torso y de un maletín que tenía sobre la cama sacó un par de libros compactos, pequeños y se los tendió a Eliseo. Eran, según leyó en sus portadas, un diccionario y un compendio de gramática tagala.

—En el diccionario preparado por Noceda y San Lúcar de 1832 —dijo Mathieu— aparecían 16 842 vocablos tagalos, pero hoy día debe de haber al menos un tercio más de raíces propias enriquecidas por derivados del sánscrito, palabras chinas, malayas y españolas. No me mire así. No debe asustarse. Usted ya ha aprendido una lengua extranjera antes.

Eliseo no sentía miedo, al contrario, agradecía al profesor que accediera a enseñarle estando, como

estaba, ocupado.

—Intentaré molestarle lo menos posible —le dijo.

—No será molestia, monsieur Aramburu. Soy un apasionado de la lengua y la literatura, de las de mi país, de las del suyo y las tagalas. Es siempre un placer inesperado encontrar a alguien interesado en lo que a uno le entusiasma. Le advierto que tengo incluso cierta tendencia al adoctrinamiento.

—¿En qué sentido, monsieur?

—No en el religioso,

desde luego. Me refiero a que, si usted no pone freno, es probable que le hable no solo de los rudimentos básicos necesarios para manejarse hablando tagalo, sino, no sé, de la musicalidad, la riqueza de matices de esa lengua, de la delicadeza de esa literatura anterior a la colonización que me subyuga...

Y como Mathieu comprobó que Eliseo lo miraba expectante, siguió añadiendo:

—... una literatura con cuentos épicos, poemas,

leyendas, juegos. El tagalo antiguo tiene una canción para cada celebración: soliranin, o canción del remador; diona, canción nupcial; oyayi, canción de cuna; dalit, himno; kumintang, canto de guerra; sambotani, canción de victoria. Sus poesías son cortas evocaciones líricas, lamentos fúnebres de despedida, adivinanzas, acertijos y versos rituales. Incluían viejas leyendas malayas, fábulas y sátiras fantásticas. Algunas llegaban a representarse con

títeres; otras se escribían en las cáscaras de los árboles, en cañas, pergaminos y palmas; y otras no han sido atrapadas en ningún soporte, pero viven etéreas en los cuentos que las viejas narran a sus nietos, como hacen siempre, en todas partes, las abuelas. ¿Abrumado por el primer chispazo de mi apasionamiento?

—Monsieur Mathieu, nos vamos a entender.

—¿Le parece? Entonces, quizá debemos apearlos el tratamiento.

—Por supuesto.

—Bien, *ami* Aramburu.

Estudieemos ahora hasta el aviso de que es hora de almorzar.

—De acuerdo...

—... *ami* Mathieu.

—*Ami* Mathieu.

—Perfecto.

Mathieu volvió sus ojos a los documentos, Eliseo se levantó a buscar un cuaderno. Uno y otro se concentraron en lo que iban leyendo y los textos acercaron a ellos los sonos de palabras misteriosas como las hebreas, precisas como las griegas, elegantes

como las latinas y musicales como las de los mil y un dialectos del Oriente.

De entonces en adelante, si bien las escalas en puertos como los de Suez, en Egipto, o Boa, en India, llenaron de estímulos sus retinas, oídos y cerebro, serían el tagalo y los libros quienes de forma más poderosa transportaran a Eliseo desde su angosto camarote a un mundo nuevo. Era cierto que, ya en París, él había leído cuanto había podido sobre el archipiélago, pero el profesor Mathieu,

como experto, no solo lo ayudaba a considerar los textos con otros ojos, sino que le aportaba gran cantidad de nuevos conocimientos. Lo mismo recitaba versos y contaba viejos cuentos que refería investigaciones de los primeros misioneros — muchos encomiables, otros funestos— o desgranaba una interminable lista de ilustres autores locales en lengua tagala, castellana, o ambas mezcladas, lo que sucedía en el género poético llamado ladino.

Como una Sherezade transformada en profesor universitario —de carnes magras y blancas, de pelo rubio y ralo—, Fabrice Mathieu fue hilando sus historias unas con otras y gracias a la seducción de su relato logró obrar el milagro de que los días se sucedieran rápidos.

La última escala fue en Saigón, el principal puerto de la colonia francesa de Indochina. La expedición aprovechó la oportunidad de llegar a la provincia gala más cercana a tierra filipina

para presentarse a las autoridades diplomáticas y avituallarse de productos franceses que acarrearón al barco en un escuadrón de *rickshaws* antes de zarpar rumbo a la escala definitiva, Manila. Tocar puerto fue ya cuestión de días. La tarde en que estaba previsto llegar, todo el equipo volvió a asomarse a cubierta y contempló, conteniendo el aliento, la progresiva aparición, al norte y al sur de la gran isla de Luzón, de aquella serie de puntos que motearon el confín. Por más

que hubieran leído, hablado, conjeturado —se preguntó Eliseo—, ¿quién sabría lo que irían a encontrar?

Unos *rickshaws* algo más pequeños y endebles que los indochinos aguardaban en el muelle a que fueran descendiendo equipajes y pasajeros. Una vez que Roinssard agrupó a toda la expedición, distribuyó a sus miembros en los vehículos e indicó a los porteadores la dirección de la finca tabaquera de Noailles, que estaba a las afueras. Mientras

atravesaban la zona del puerto y el centro, Eliseo retomó un hilo de pensamiento que en cada una de las escalas le había ido quedando suelto. Le incomodaba que otro hombre acarrearra su peso. Sentía culpa y vergüenza. De repente, sus cavilaciones se interrumpieron al caer en la cuenta de que la mayoría de esa gente oriental que veía hablaba entre sí en perfecto español. Racionalmente sabía que era normal que así fuera, sin embargo, ahora que al paso

escuchaba retazos de sus regateos, sus discusiones familiares, polémicas políticas, de ciertos galanteos hacia las señoritas que caminaban custodiadas por carabinas, no daba crédito a que aquel ambiente se pareciese tanto al que había dejado en Cádiz. No era consciente de cuánto había echado de menos el asalto callejero de su lengua hasta ahora que volvía a sentirlo, ¡en Filipinas!

Dando vueltas a esa idea que se guardó para sí, para no interrumpir un

segundo ese primer contacto con su nuevo entorno, Eliseo tomó aire, dejó que los intensos olores, a pescado, especias, infusiones de hierba, aves, penetrasen en sus pulmones, los empapasen. Se sintió pleno, realmente saciado después de mucho tiempo. Aunque fuera un espejismo físico, brevísimo, como suelen serlo tales éxtasis sensoriales.

Nubarrones cárdenos se fueron espesando a medida que la comitiva abandonaba la ciudad y se acercaba a un

área más rural. Al fin tras un buen trecho, recorrido un camino repleto de irregularidades, piedras y baches, que hacía que los porteadores bufaran como bestias, llegaron a una imponente verja.

—¡Pare, por favor! — pidió Eliseo al hombre del *rickshaw*—. ¿No me oye? ¿Me entiende? ¡Deténgase, por favor! —insistió.

—Señor, ¿qué le ocurre? —le preguntó el muchacho cuando, por fin, paró y se volvió.

—Prefiero caminar —

contestó Eliseo.

—Le acompaño —lo secundó Mathieu.

Ambos bajaron y se hicieron a un lado para que su carretón y los sucesivos avanzaran. Aguardaron a que la polvareda levantada se disipara antes de seguir a pie. La pista de tierra estaba escoltada por unos árboles medianos de tronco y ramas finas, retorcidas. Caminaban entre las hileras descubriendo, a medida que se acercaban a la casa, cómo se abría la perspectiva de la finca por el costado

izquierdo en sucesivas terrazas.

—¿Qué árboles serán estos? —preguntó Fabrice Mathieu.

Eliseo lo miró sorprendido de que diera por supuesto que él sabría responder.

—No sé yo mucho de árboles, *ami* Mathieu — contestó Eliseo.

Pero luego se acercó a uno de ellos, estiró el brazo, arrancó uno de sus pequeños frutos, mordió suavemente la cobertura verde aterciopelada, notó que su

diente llegaba a la dura cáscara y dijo:

—Juraría que son almendras, aún amargas.

La casa de Noailles se hallaba alzada sobre una estructura de madera clara, aparentemente sin barniz. Unas escaleras conducían al porche que la rodeaba y a lo largo del cual se extendía una elegante baranda. Los expedicionarios entraban a la mansión o recorrían el corredor guiados por los criados uniformados que los estaban esperando. Uno de ellos parecía ir preguntando

algo a los investigadores a medida que pasaban a su lado. Eliseo los veía sacudir la cabeza en señal negativa y seguir subiendo peldaños. Al fin oyó:

—¿El señor Aramburu?

—Soy yo, ¿qué ocurre?

—se identificó sobresaltado.

—Le llegó correo, antes de ayer por la mañana, señor.

—¿De París? —dijo instintivamente, sin esperar que el muchacho lo supiese.

—No, señor, de España —escuchó, para su sorpresa, que le contestaba mientras le

daba el sobre.

Sin saber por qué, antes de prestar atención a la caligrafía supo quién lo enviaba. Por indicación de uno de los mayordomos, seguía la fila de aquellos colegas que rodeaban el perímetro de la casa en dirección a la fachada opuesta a la de la entrada. Iba sujetando la carta con ilusión y temor. El panorama que le aguardaba en el flanco oeste le sobrecogió. El sol en todo lo alto luchaba por desbaratar con trazos naranjas las

sanguinolentas nubes
púrpuras. El rompimiento
era tan extremo que
cualquiera desearía ser
pintor y llevar la mezcla de
óleos al punto de conseguir,
sobre un lienzo, una
emoción parecida a la que
transmitía el cielo. Pero más
turbador aún que este era el
espectáculo de aquellos
cientos de hectáreas que se
extendían sin fin, en
escalones descendentes y allí
lejos subiendo de nuevo,
animadas por una especie de
temblor, un movimiento, un
pulular de insectos, una

marabunta filipina, cuidando o cosechando las plantas de su amo.

Los profesores habían desaparecido por la puerta cercana, rumbo a las estancias donde tal vez ya se asearan. Solo el fotógrafo, con una fiebre extraña, desembalaba su equipo temiendo que aquella luz inquietante se apagase.

Eliseo tomó aire sin dejar de mirar ni un segundo el enjambre y rasgó el sobre. Leyó la primera línea y con un gesto vigoroso de su puño cerrado exclamó:

—¡Sí, Germán, sí! ¡Se puede conseguir!

El fotógrafo, al extremo del corredor, lo miró estupefacto. Pero Eliseo, sin prestarle atención, continuó leyendo la increíble carta en que el pequeño carbonero le contaba que había sido aceptado como universitario, mientras el ejército de larvas humanas seguía abonando la tierra con su sudor tagalo.

X

EL TEMPLO

La admisión de Germán en la Facultad de Derecho también llenó de orgullo a su padre, que inmediatamente lo llevó a comprar un traje de segunda mano. Le quedaba un poco ancho, pero era de buen paño y la mujer que lo vendía, paisana

montañesa, accedió a entallárselo sin cobrarles sobreprecio. Cuando llegó el día en que Germán subió a la diligencia rumbo a Sevilla, para matricularse, lo único que lamentó fue haberse desprendido de la leontina con la que ahora habría podido, por fin, lucir el reloj de su madre. Pero estaba tan contento que no permitió que nada le contrariase y su alegría fue creciendo a medida que se acercó a esa ciudad que había visto solo tres veces, de lejos siempre.

El coche le dejó en un lugar llamado Prado de San Sebastián, desde el cual se dirigió a pie, con la ayuda de diversos viandantes, hasta la universidad. Después de entregar sus documentos, rellenar formularios e informarse de las horas en que atendían los catedráticos, fue a la cercana plaza de la Encarnación, donde vivían los parientes cántabros con los que iba a alojarse. Ella era prima hermana de su madre, casada con un familiar de Pesués que había hecho

dinero y comprado un inmueble en cuyo bajo abrieron un comercio. Tenían tres varones que se ofrecieron a enseñarle la ciudad y lo hicieron en cuanto Germán hubo resuelto lo prioritario.

Entre las gestiones esenciales, destacaba la de presentarse a los profesores y exponerles que, por limitaciones económicas, le resultaba imposible trasladarse a Sevilla, de modo que prepararía las asignaturas por libre y solo asistiría a los exámenes. Dar

tales explicaciones resultaba incómodo. Temía, sobre todo, que alguno de los catedráticos le dijera que semejantes detalles no le importaban y que hiciera lo que pudiera para aprobar, pues a ninguno de ellos le interesaba si lo lograba o no. Nadie fue tan brusco, pero más de uno debió de pensar algo parecido, a tenor del trato frío, desabrido, que le dispensaron. Realmente era un incordio que accediera a la universidad cada vez más gente que no podía permitírselo. Un querer y no

poder, doloroso para los alumnos y engorroso para los docentes, forzados a preparar programas minuciosos con extensas bibliografías para intentar que aprendiera por su cuenta quien, la mayoría de las veces, no lo conseguía. Así opinaban muchos. Pero como Germán contaba con ello, lo que le sorprendió fue que el catedrático de Romano, el señor Caviedes, le diera la enhorabuena por su ingreso en «la docta casa» —como la había llamado— y le animara a disfrutar de

esa «apasionante etapa».

Ciertamente, Germán creía que sería estupenda. Estaba pletórico. Sentía tal vitalidad recorriéndole que temía que las venas le llegaran a explotar. Le parecía estar en plena sintonía con su tiempo. Eran años de avances sociopolíticos, en los que, por ejemplo, el gobierno liberal restablecía el sufragio universal masculino. También se registraban relevantes adelantos tecnológicos. A escala internacional se trabajaba en

inventos como el automóvil o el cinematógrafo y en España, sin ir más lejos, el teniente de navío Isaac Peral acababa de lograr botar una nave subacuática —el *submarino*—, para lo cual, por lo visto, había sido fundamental el impulso de la regente. Germán se dejaba asombrar por las noticias que ahora leía en la prensa cada día y se sentía convencido de que le había tocado un periodo extraordinario.

En su primera semana en Sevilla, además de ir a

ver la Giralda —que fue lo primero que pidió a sus primos— y otros monumentos que ellos le enseñaron *motu proprio*, como el Alcázar y las torres de la Plata y el Oro, Germán se procuró todos los manuales que iban a resultarle necesarios. Tuvo la suerte de agenciarse dos de segunda mano gracias a un anuncio que había en la facultad, pero los otros tres debió comprarlos en la librería Verbum, que se alzaba magnífica al otro lado de la calle. Era una tienda

hermosa. No había visto otra igual, y eso que en Cádiz había librerías estupendas. Tenía dos plantas y a la superior se accedía por una doble escalera de madera de roble. Decenas de estantes repletos forraban sus muros y el espacio central estaba ocupado por diversas mesas. En las estanterías, los volúmenes se hallaban ordenados por materias y autores y en los escritorios se exhibía una selección de novedades y reediciones. Cuando Germán hubo encontrado los títulos que

buscaba, se entretuvo en ojear novelas. Ahí estaban *Sotileza*, de Pereda, *Fortunata y Jacinta*, de Galdós, *Los pazos de Ulloa*, de Pardo Bazán. Tomó en sus manos *La Regenta*, que había suscitado mucha controversia. Tenía ganas de leerla, por la polémica y porque estaba ambientada en Asturias, tan cerca de *la tierruca*. Si hubiera podido comprar una sola de las ficciones que tenía ante sí, habría elegido esta. Pero con lo caros que costaban los manuales, no estaba en su

mano llevarse nada más.

Daba igual. Ya era bastante estar en la librería (como uno más de la media docena de hombres que repasaba y compraba títulos), ver del otro lado del escaparate una masa diligente y saber que en cuanto saliera se confundiría con ella y nadie adivinaría de dónde procedía, ni quién era. Resultaba maravilloso sentirse frente a un futuro en blanco; lleno de entusiasmo para llevar a cabo sus aspiraciones. La energía que lo recorría en ese instante, o

mejor dicho el recuerdo de esa energía, le fue de gran ayuda cuando, de vuelta a Cádiz, tuvo que afrontar la siempre complicada cotidianeidad.

Estudiar las materias de la carrera, hacerlo además por libre y compaginándolo con el trabajo en el despacho de carbón y en el de abogados, era tan arduo que a veces lo creía imposible. Tenía la suerte de contar con una férrea fuerza de voluntad, bruñida durante largos años, pero, por el contrario, la desventaja de

no pertenecer a una familia de letrados, es decir, de no haberse criado en un ambiente donde hubiera tenido acceso de forma natural al vocabulario y los conceptos del Derecho. Gracias al empleo en el bufete se había familiarizado algo con la terminología y algunos pasantes y oficiales con los que tenía confianza se ofrecieron a ayudarlo. Pero esta oportunidad desapareció sin previo aviso. Un día, mientras trabajaban a destajo, don Pedro tuvo un derrame y aunque se

recuperó sin más secuela aparente que la parálisis de una pierna, aquello precipitó el cierre del despacho. Fue un golpe para todos: empezando por el propio titular, que, teniendo dinero, llevaba mal retirarse a la edad en que uno merece empezar a disfrutar del prestigio alcanzado; siguiendo por sus empleados, que se encontraron en la calle de la noche a la mañana, y terminando por el mismo Germán. Él no solo necesitaba el sueldo y tenía

menos recursos que el resto para encontrar otro empleo, sino que al perder su vinculación con el bufete se iba a quedar sin la ocasión de solventar sus dudas con el auxilio de sus compañeros y sin la perspectiva de colocarse un día como uno de ellos.

Semanas después del cierre, don Pedro lo mandó llamar con una de sus criadas. Encontrarlo enfermo y en batín retrotrajo a Germán a esa otra vez, tan lejana, en que le pidió que examinara la carta de

Colindres. Ahora, para su asombro, era aquel hombre grande y distante quien iba a rogarle. En primer lugar, discreción sobre el tema que tratarían.

—Bueno, verás, hijo — empezó don Pedro—, lo cierto es que, aunque a ojos de los demás solo me ha quedado una leve cojera...

El abogado, sentado en la sala, pareció dudar sobre la conveniencia de seguir. Mientras Germán esperaba pensó que había envejecido demasiado en solo treinta días y que era asombroso

que la vida de un hombre pudiera cambiar tanto tan deprisa.

—Lo cierto —siguió al fin— es que tengo dificultad para leer.

Aquella frase podía tener significados distintos, pero el modo en que fue dicha, la intensidad y la pesadumbre con la que don Pedro la pronunció revelaron a Germán —aun sin oír la palabra exacta— que el letrado se había quedado parcialmente ciego. Lo suficiente para no percibir la mueca de estupor de su

interlocutor antes de
continuar:

—Sin embargo, sea por la fuerza de la costumbre, sea porque en esta maldita vida no hay muchas cosas mejores que leer, desearía seguir haciéndolo. Y, como supongo que el dinero te vendrá bien, he pensado pagarte no ya para que escribas, sino para que me leas en voz alta. Dime, Germán, ¿qué te parece?

¿Cobrar por leer?
«Increíble» era el adjetivo que mejor lo definía, pero lo cambió por «bien». Daba

por hecho que don Pedro elegiría qué leería para él e incluso eso constituía un aliciente. Se sentía a punto de descubrir obras y autores a los que nunca habría llegado por su cuenta. Y era sorprendente que fueran a pagarle la misma cantidad por semana o mes de trabajo que hasta ahora venía cobrando por lo que, íntimamente, él consideraba un privilegio: tener acceso a esos textos. Para sellar el trato, don Pedro solo ponía un requisito que consistía en dar, a quien preguntara, una

versión distinta. En principio podrían decir que iban a inventariar los enseres y documentos del bufete. Eso les serviría si el abogado no tardaba en superar su «dificultad». En cambio, si la cosa se prolongaba... Bueno, entonces ya verían. Germán sintió un nudo en la garganta. Le parecía oír un segundo discurso, mudo, bajo las palabras, uno que decía que la ceguera era irreversible, más aún, progresiva; uno que le hacía comprender que, sencillamente, aquel

hombre, aunque conocía la verdad, no estaba preparado para decirla, para oírse pronunciándola, porque era un triunfador y no había previsto reveses, menos aún tragedias como aquella.

Por supuesto, Germán aceptó. Las lecturas comenzaron con un clásico ilustrado, *Del contrato social*, de Rousseau, pero como las primeras sesiones estuvo concentrado en leer de forma correcta, con la mejor entonación, no prestó atención al contenido y no lo entendió. Sin embargo, poco

a poco, las palabras fueron calando en su conciencia. Sin darse cuenta, empezó a reflexionar a medida que leía. A veces se asombraba de la capacidad de algunos autores —incluso muertos hacía siglos— para expresar pensamientos que creía propios; otras, descubría ideas en las que nunca había reparado; finalmente, en ocasiones, disentía, aunque sin atreverse a manifestarlo.

Don Pedro, en cambio, solía interrumpirlo con comentarios. Germán no creía que tuviera el menor

interés en compartir con él sus consideraciones, sino que necesitaba parar y hablar en voz alta para rumiar lo que escuchaba. Se equivocaba. La realidad era que alguien tan acostumbrado a hablar, a dialogar, habituado a construirse en su relación con los demás, no podía resignarse al autismo intelectual, sobre todo teniendo en cuenta que evitar el aislamiento físico, visual, no estaba a su alcance. Precisaba hablar y que su interlocutor le

contestase. Por eso empezó a preguntar a Germán. Y así, poco a poco, se fue estableciendo entre los dos una relación diferente a la que habían mantenido en el despacho, una especie de partida de ajedrez en la que el pasaje literario del día era el tablero, y sus reflexiones, los movimientos. Como ocurre en el juego, a medida que descubrían sus habilidades, conquistaban el respeto y la admiración del contrario, pero además, como el fin no era ganar, podían concederse mostrar

alguna debilidad. Gracias a ello Germán se fue atreviendo a plantear ciertas dudas, al principio de las lecturas, y luego, con el tiempo, de diversas materias del Derecho. En algún momento temió que hablar al abogado de su trabajo le hiciera sentir nostálgico, pero pronto se dio cuenta de que, por el contrario, este entraba en una especie de éxtasis cuando, primero, discurría unos segundos en silencio sobre lo que le había preguntado, y luego, inmediatamente, le ofrecía

una explicación, sintética, redonda, certera, perfecta, iluminadora. No era la mirada —que, con una celeridad escalofriante, se fue volviendo inexpresiva, opaca— lo que delataba su placer por buscar y ofrecer los frutos de su experiencia, sino algo casi imperceptible y, no obstante, evidente: una mínima contracción del entrecejo, una mueca de hallazgo, el movimiento resuelto de enderezarse en la silla, de acercarse al extremo. Un hálito de pasión que se escapaba de aquel

cuerpo por lo demás cansado. Tal vez la satisfacción de comprobar que aún podía dar algo, desvelar enigmas, asombrar al muchacho, ayudarlo.

No eran elucubraciones de don Pedro, ni engreimiento. Resultaba sensato pensar que a Germán le servían sus enseñanzas. No era fácil estudiar por libre, menos trabajando todavía en la carbonería y teniendo en cuenta su procedencia. Había que reconocer el mérito del muchacho —

pensaba a menudo el letrado —. Por las preguntas que hacía, por lo que se planteaba y por su modo de hacerlo, Alvieres estaba seguro de que llegaría a ser un gran abogado. Sin duda lo habría tenido más fácil de haber sido su hijo, pero así era la vida: daba un vástago inteligente y ambicioso a un carbonero, como a él se lo negó. Justicia poética, se diría. No iban a estar los desposeídos, desposeídos de todo, al fin y al cabo.

El trabajo de lector, el de la carbonería y las horas

de estudio llenaron de actividad la vida de Germán durante los meses de otoño e invierno. Dos o tres veces por semana cenaba con Braulio, Leto, Ángel y, a veces, Ilde. Más de tarde en tarde quedaba también con Alejandro, que seguía los pasos de su padre estudiando Medicina, allí en Cádiz. Pero jamás trasnochaba ya, pues antes de acostarse siempre consagraba al menos tres horas a estudiar los manuales. Algunos días sentía la necesidad de dedicar un rato a escribir a

Eliseo y compartir con él las sensaciones de esos primeros meses como universitario. Seo tardaba en contestarle, pero cuando lo hacía, aprovechaba y le enviaba cartas muy largas en las que solía comenzar describiendo el paraje que contemplaba mientras redactaba, siempre lugares que costaba creer que existieran, que parecían inventados. Luego, comentaba algunos avances de los investigadores, los hechos que le habían impactado entre todos los

consignados en esa especie de diario de a bordo náutico que era en realidad la memoria de la expedición. Y finalmente acostumbraba acabar contándole algunas peripecias o anécdotas de índole personal. Por ejemplo, que junto al profesor Mathieu había empezado a asistir, en los últimos tiempos, a actos y convocatorias promovidas por el activo círculo literario de Manila. En diversas conferencias y sesiones de recitado a cargo de prestigiosos poetas había

conocido a algunos periodistas. Resultaba estimulante —le decía— reencontrarse con colegas y recuperar esa dimensión perdida de sí mismo.

En un futuro no muy lejano existía, incluso, la perspectiva de llegar a conocer a su admirado José Rizal. Un redactor de la cabecera *Nueva época* que había compartido pupitre con Rizal en el colegio le había dicho que creía que tenía prevista para próximas fechas una disertación política y que si de verdad

quería saber qué se cocía en Filipinas, no debería perdérsela. Eliseo consideraba que ya tenía al menos una idea general no solo de las razones del malestar filipino, sino de las reivindicaciones de Rizal. No eran, como seguramente se decía en España, ninguna barbaridad. Básicamente quería, según Seo había leído en diversos artículos, que Filipinas fuera considerada no tanto una colonia como una provincia y obtuviera, por tanto, representación parlamentaria

en las Cortes Generales; que las parroquias regentadas por sacerdotes españoles fuesen gradualmente cedidas al clero nativo; que se concediese a los filipinos libertad de reunión y expresión y que se estableciera, en fin, la igualdad legal entre la población española procedente de la metrópoli y la local, de origen malayo. La lucha por la igualdad — solía escribir Eliseo— acababa saliendo a relucir en cualquier sociedad. Era — consignaba— un propósito

justo, que atraía a los hombres desde el horizonte, pero que, por más que se avanzara, no acababa de alcanzarse. Eliseo alentaba a Germán a estudiar a conciencia y aprender a usar todas las herramientas del Derecho para poder contribuir un día al éxito de tal empresa. Y Germán recibía esas palabras en Cádiz como un estímulo para seguir luchando, para valorar más todavía la carrera por la que había optado.

Antes de que llegaran

las navidades, recién pasada la festividad de la Inmaculada, Braulio llegó un día a la carbonería corriendo, sudando, pálido.

—Hola, Braulio, ¿te pasa algo? —le preguntó Germán asustado.

—No. Todo bien —respondió él disimulando, mientras Ramón al otro lado del mostrador despachaba al encargado de un restaurante—. He venido a que me prestes el libro que me dijiste. ¿Vamos?

Germán comprendió que quería hacerle una

confidencia.

—Sí, claro,
acompañame.

Braulio pensó que la trastienda quedaba demasiado cerca, temió que Ramón los oyera, abrió la puerta y salió al patio.

—¡Ven! —empujó a Germán.

—¿Pero qué pasa? ¿Me lo vas a contar?

—Sí —contestó Braulio.

—Pues empieza —lo azuzó Germán.

—No sé muy bien por dónde empezar.

—Me estás asustando,
Braulio.

—Es para asustar.
Escuché algo en la tienda.

—¿Qué?

—Pues que ha llegado
un barco a puerto.

—Imagino que será un
barco particular porque
barcos así en general llegan
decenas cada día.

—Trae varios muertos.

—¡Vaya! —Germán se
sorprendió.

—Y enfermos —añadió
su amigo.

—¿Infecciosos?

—Tuberculosos. Uno

de ellos, Juan.

—¿Cómo? —Germán había oído bien, solo que no quería creerlo.

—Juanín, Juan.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo han visto desembarcar.

—¿Cómo saben que es Juan?

—Los camilleros lo han llevado al sanatorio. Con sus propias manos. Es Juan.

—¡No! —La impotencia brotó en esa negación.

—Se va a morir, Germán. Si no está muerto

ya.

—Pero ¿qué ha pasado? ¿Se han infectado en el barco? ¿Venían ya enfermos? ¿A ti te había escrito que fuera a volver?

—¿Qué más da?

—¡Ya sé que da igual! No sé qué pensar. ¿Para qué hablar, ni decir nada si todo da igual?

—Tenemos que ir a verlo —reveló al fin Braulio lo que le había traído.

—¿Cómo?

—Vengo por eso, Germán.

—No nos van a dejar

entrar.

—Pues hay que intentarlo.

—¿Sabes el riesgo que correremos? —reveló Germán su verdadero miedo.

—¿Vamos a dejar que muera solo como un perro? ¡Es Juan!

—Aunque consigamos entrar un segundo, no podremos quedarnos.

—¡Sabrá que lo sabemos! ¡Sabrá que le queremos!

—¡Braulio, Braulio!

—¿Qué?

Y tras dudar una

milésima de segundo,
Germán concedió:

—¡Vamos!

Para irse sin levantar sospecha, Germán echó un embuste a su padre, dijo que alguien había llamado por la puerta del patio y le había encargado dos sacos de carbón para el bar Triffón.

—Se ve que les corre prisa. Vuelvo enseguida — explicó.

Braulio y Germán salieron, empujando una carretilla con dos costales de cisco y sin la menor intención de pasar por el

Triffón. En la puerta del sanatorio dejaron el carretón a un lado y cada cual se echó una saca a la espalda.

—¿Adónde van ustedes dos? —les dio el alto el vigilante.

—A la cocina, señor, parece que el último pedido se quedó corto —mintió Germán, que no había despachado allí jamás.

—Adelante —les permitió pasar el guarda, persuadido de que nadie entraba por gana en esa clínica donde se arriesgaba a contraer una enfermedad

mortal.

Tras recorrer cargados pasillos y patios, Braulio y Germán creyeron dar con la sala de desahuciados. Germán unió sus manos formando un estribo para que Braulio se encaramara y mirara por una ventana alta.

—Es aquí —confirmó Braulio—. No hay médicos, ni enfermeras. Veinte camas. Juan está a mitad del pasillo.

—¿Cómo sabes que es él? ¿No ha cambiado nada?

Braulio le dirigió una mirada que quería decir: «Si no eres capaz de entrar, no

entres, pero no te busques coartadas». Y como si no hubiera sido suficientemente expresivo le dijo:

—Yo entro.

—Y yo también, ¿qué te crees? —respondió Germán.

—Ten —dijo Braulio entonces sacando del bolsillo unos cigarros que traía liados.

—¿Qué haces?

—¿A ti qué te parece? Fumar es la mejor manera de evitar el contagio. Todos los médicos fuman cuando visitan a tuberculosos. ¿No

sabes nada del mundo?

—Nunca he estado con tuberculosos.

—Yo tampoco. Pero escucho. Mientras tengamos los pulmones llenos de humo, el bicho no podrá entrarnos, no le quedará espacio.

—Confiemos en eso — dijo Germán justo antes de dar la calada más honda que había dado nunca.

—Vamos —respondió Braulio chupando luego su cigarro.

Los dos mantuvieron el humo dentro mientras

avanzaban por el corredor central. Terribles accesos de tos, lamentos y desvaríos les asaltaban desde las camas. Cuando volvieron a necesitar aire, tragarón el humo, se llevaron de nuevo las boquillas a los labios y respiraron mientras aspiraban. La habitación inmensa olía a cloro, amoníaco, lejía, algún desinfectante fuerte, mareante. Al fin llegaron. Juan estaba en una de las camas de la derecha. Germán lo identificó sin ninguna duda. Tenía la

misma cara de siempre, solo que cubierta por una barba clara. Tosía, como el resto. Sus ojos estaban abiertos. También Juan los reconoció rápido.

—Amigos —empezó, y la tos le interrumpió.

—Tranquilo, no hables —le dijo Braulio agarrándole la mano.

—¿Estáis locos? —continuó—. Yo estoy muerto, iros, iros antes de que os contagie.

—Hemos venido a verte —dijo Germán, como si no fuera obvio. Pero, a

diferencia de Braulio, no se atrevió a tocarlo.

—Ya me habéis visto.
—La tos le asaltó de nuevo
—. No es que no os lo agradezca. —Nuevamente la tos—. Es que me da miedo. Esto es tremendo. ¡Se sufre tanto!

Los ojos de Juan, su expresión reforzaban lo que decían sus palabras. Germán, conmovido, se decidió al fin a coger su mano izquierda, se la apretó y le dijo:

—¡Ánimo! ¡Vamos, compañero! ¡Ya queda

menos! ¡Pronto va a pasar!

—Piensa que te
queremos —añadió Braulio.

—Piensa —volvió a
hablar Germán como si el
cerebro acabara de
iluminársele—, piensa en
todas las maravillas que has
visto en Cuba, piensa en las
mulatas, Juan, eran
espectaculares, ¿no? —Le
pareció ver que Juan
intentaba agradecerle la
ocurrencia con un amago de
sonrisa—. Piensa en ellas y,
joder, en la naturaleza, La
Habana, la música, las
fiestas...

—Ojalá pudiera elegir morir en este momento — consiguió decir Juan con esfuerzo—. Agarrado a vuestras manos, compañeros. Sois buenos. Que tengáis mucha suerte.

Y al acabar de decir aquello los soltó, alzó el embozo de la cama hasta la nariz y así tapado tosió, volvió a toser, se revolvió. Y en cuanto logró calmarse un segundo asomó la cabeza y les exhortó:

—¡Marchaos ya de aquí! Gracias, de verdad. — Volvió a taparse y a toser y

añadió—: ¡No olvidéis lavaros las manos, por Dios! ¡Vamos, iros ya!

Germán y Braulio salieron corriendo como si entonces se hubieran hecho conscientes del peligro al que habían estado expuestos. Una vez fuera, volvieron a cargar las sacas y salieron con ellas, mientras el guarda gritaba:

—¿Adónde se llevan el carbón?

Empujando la carretilla, regresaron al centro como dos ladrones en fuga. En el patio de la carbonería —al

que entraron por la puerta trasera— se desvistieron, enjabonaron y restregaron con dos pedazos de arpillera empapados. Luego quemaron en uno de los hornos las improvisadas esponjas, con toda la ropa que habían llevado al hospital. Se secaron y vistieron, ambos con prendas de Germán, y solo al final se dieron cuenta de que tenían los ojos rojos e hinchados por el llanto.

Al día siguiente, cuando Braulio volvió a devolver la camisa y el

pantalón que Germán le había prestado, no necesitó hablar. El gesto negativo que hizo con la cabeza fue más que elocuente y aun así añadió:

—Se acabó.

Nadie supo nunca dónde fueron a parar los restos de Juan, como tampoco los de los demás tuberculosos que llegaron en aquel barco cubano. Las malas lenguas decían que a todos los infecciosos del sanatorio los quemaban en los altos hornos de astilleros.

Pero jamás se probó que aquello fuera cierto y, en todo caso, ni la sociedad civil, ni la prensa dedicaron esfuerzo a averiguarlo, pues si bien aquel no era un final cristiano, los muertos, muertos estaban y los gaditanos temían demasiado, por propia experiencia, rebrotes de enfermedades contagiosas como aquella o el cólera.

Juan fue el primer agonizante que vio Germán. Su imagen, su tormento, le dejaron noqueado. Durante semanas, la rutina le llevó a

sentarse ante los libros y hacer el intento de estudiar, pero sin lograr el menor avance. Cuando hubo pasado mes y medio y vio todo el tiempo que había perdido, de repente, le asaltaron los nervios porque ya estaba demasiado cerca la convocatoria de febrero. De pronto su mente se despejó por completo y empezó a asimilar a toda prisa lo que hasta ahora se le había estado resistiendo. Tras dos meses de una intensidad atroz, no solo adquirió muchos conocimientos, sino

confianza suficiente como para no temer fracasar. Tal seguridad no podía más que nacer de la inocencia.

La universidad que encontró Germán al viajar a Sevilla aquel febrero era muy distinta a la que había visto en septiembre. Entonces, las clases no habían comenzado y ahora, en cambio, no solo las aulas, sino también los pasillos, estaban atestados de universitarios. Decenas de ellos, solemnes, vestidos con trajes azules, grises o negros, deambulaban por

pasillos y escaleras, cargados de papeles y libros. Quizá por los rigores del frío, aunque, sin duda, también por el cansancio y los nervios, presentaban un aspecto mortecino. Sus caras eran blancas y bajo los ojos unas sombras moradas los afeaban.

En el aula, mientras esperaban al primer profesor que los iba a examinar, Germán vio a algunos repasando sus hojas manuscritas: apuntes y esquemas. La mayoría, al entrar, se dirigió a puestos

concretos, dentro de las bancas corridas. Se diría que, durante el curso, cada cual ocupaba una plaza precisa. Solo él y otros pocos tardaron en acomodarse y tuvieron que hacerlo en los últimos asientos de las gradas, los más alejados del estrado. Germán no había hecho más que sentarse cuando llegó el profesor, subió a la tarima, sacó de su portafolio el papel timbrado, eligió a un par de alumnos para que lo fueran repartiendo y él se quedó allí dando un último

vistazo a las cuestiones que tenía previsto plantearles.

Mientras ocurría todo aquello, Germán se fijó en algo insólito: abajo, en la segunda fila, en el quinto asiento empezando por la derecha había una mujer. No le pasaba algo así desde que aprendía las primeras cuentas en casa de Mirita y venía a ocurrir nada más y nada menos que en la universidad de Sevilla. Le parecía increíble. Estaba tan lejos que no pudo curiosear si la mujer era bonita o fea, joven o vieja. Tampoco tuvo

tiempo de pararse a
imaginarla porque
inmediatamente el
catedrático empezó a dictar
los enunciados. Temía no
estar oyendo bien desde tan
lejos porque no entendía
nada. Él había estudiado
todos los temas del manual
que se suponía entraban,
pero repasando mentalmente
en cuáles de ellos podrían
estar las respuestas, no las
encontraba. Por un momento
el corazón se le aceleró de
tal modo y le entró tal
pánico que estuvo a punto de
levantarse y marcharse.

Como siempre que se enfrentaba a una situación difícil, sus manos sudaban y el resultado era que le costaba incluso agarrar la pluma. Solo respirando hondo mientras cerraba los ojos y recordando que ya había superado episodios de angustia antes, logró serenarse. Pasados quince minutos, al fin, comenzó a escribir.

Acabó, no obstante, antes que nadie y al salir al patio se notó tan mareado que se dejó caer sobre un banco. Hundió la cara entre

sus manos lamentándose. El examen había sido un desastre. No solo no estaba tan preparado como creía, sino que iba a suspender. Estaba convencido. Y lo peor de todo era no comprender en qué había fallado, por qué no le había servido nada de lo estudiado. Le hacía sentir inseguro respecto al resto de las pruebas, totalmente desconcertado. El aire empezó a faltarle. Dejó vagar sus ojos sin ver casi. De repente empezaron a salir alumnos desde todas las

puertas. Tenía la impresión de que, a diferencia de él, estaban satisfechos. Era una conclusión subjetiva, infundada y en muchos casos falsa, pero a la que le conducía no solo esa mala experiencia concreta, sino cierto complejo de clase, una imprecisa tendencia a considerarse en desventaja.

Mientras varios grupos atraían su mirada y envidia, él era el centro de atención de otros ojos. Su alegre pelo colorado hacía un singular contraste con su gesto funesto. Su piel blanca

moteada y sus finos labios parecían los de un aristócrata extranjero, pero su desvalimiento evidenciaba todo el mundo que le faltaba. A uno y otro lado del patio dos personas se preguntaban de quién se trataba e imaginaban historias que justificaran su tristeza. Parapetadas por las columnas, no se veían entre sí, ni podían ser descubiertas por él. Al cabo de pocos minutos una de ellas decidió salir de dudas.

—No puede haber salido tan mal esa prueba,

compañero.

Germán levantó la vista estupefacto por el modo tan directo de abordarlo de ese muchacho alto, delgado, de pelo negro rizado y bigote afilado.

—¿Perdón?

—Sí, que por su cara se diría que ha sido el peor examen de la historia y seguro que no hay para tanto. Céspedes González es un hueso duro de roer. Todo el mundo sabe que pone las preguntas más complicadas que es capaz de imaginar, pero parece ser que en la

corrección se muestra más magnánimo. Con un poco de suerte aprobará. Como yo, espero. Deje que me presente. Soy Pablo Muñoz Cardona. Encantado. Es alumno libre, ¿no es cierto?

Pensó en contestarle: «Y usted adivino», pero contuvo la impertinencia en la punta de la lengua. Su interlocutor intentaba ser amistoso, animarlo, aunque fuera demasiado directo y rayara el entrometimiento.

—Sí, soy alumno libre
—repuso al fin Germán—.
Y no, no creo que apruebe,

ni con toda la suerte del mundo porque he contestado sin saber siquiera qué me estaban preguntando.

Sonó sincero. Y amargamente resignado. El otro se fue a sentar antes de seguir.

—¿Puedo? —preguntó.

En cuando hubieron intercambiado algunas impresiones sobre el examen, Muñoz Cardona comprendió cuál era la raíz del problema. Germán no había consultado ningún apunte de clase cuando, a pesar de lo que decían, los

catedráticos exigían que en los exámenes se volcaran las notas que ellos dictaban durante el curso, «con puntos y comas». No podía ser cierto —repuso Germán—. Pero si él había hablado con todos y le habían dicho lo contrario, si le habían garantizado que lo que tenía que estudiar eran los manuales. En ese caso, estaba perdido y no solo para esta convocatoria. Él no podía trasladarse desde Cádiz para seguir las clases. La indignación sustituyó al abatimiento. «Mejor —

pensó Pablo—, cuando uno se rinde, ha acabado la lucha.»

—No se altere —le dijo — porque la solución puede ser sencilla.

Al extremo opuesto del patio la otra persona que llevaba rato mirando a Germán había visto a Pablo avanzar hasta él, sentarse a su lado y sacarlo del letargo. Seguía ahora la escena en la que ambos discutían, absorta, y se preguntaba de qué hablarían. Había tenido que asomarse un poco desde detrás de su escondite para

poder verlos bien y disimulaba como si leyera para no ser descubierta.

—¿A qué se refiere? — preguntó Germán.

—Pues muy sencillo: a que yo puedo tomar los apuntes con un papel de calco y enviarle la copia. No me mire así, hombre, que no es constitutivo de delito.

—Ya.

—¿Y entonces? ¿No se fía de mis apuntes? No son los mejores, pero apostaría que este examen lo apruebo. ¿Puede usted decir lo mismo? No pretendo

ofender, repito lo que usted ha dicho.

—No es eso, es que me asombra que se ofrezca.

—Veo que ya conoce la mezquindad, el egoísmo y otras miserias, pero supongo que también tendrá amigos y no vivirá sólo rodeado de hienas.

Aquel Muñoz Cardona remató su frase con una mueca irónica.

—¿Qué tiene que perder al darme sus señas?

—continuó—. Prometo no ir expresamente a Cádiz a asustarlo. ¡Ah! —añadió con

gestos de bufón.

Aquellas tonterías arrancaron una sonrisa a Germán y vencieron su suspicacia. Si en ese viaje — que se anunciaba desastroso desde el punto de vista académico— lograba un compañero, alguien que lo ayudara, la experiencia al menos no sería un fracaso completo.

Quien los observaba se fijó en cómo se reían hasta que, de repente, le pareció que la miraban y tuvo que bajar sus ojos al libro abierto.

—¿Ve a aquella joven?

—preguntó Pablo.

—Sí, la vi en el aula —
contestó Germán.

—Pues ella es quien toma los mejores apuntes del curso. Les he echado un vistazo cuando he podido y están escritos con una letra clarísima y un orden perfecto. Más de una vez he estado tentado de pedirle yo este trato que ahora le ofrezco, que escriba una copia y me haga el favor de pasármela. Pero me da reparo abordarla. Nadie lo hace. Muchos porque están

en contra de que venga a clase. Yo por timidez, porque temo asustarla, que crea que pretendo aprovecharme o cortejarla.

—¿Quién es? —trató Germán de saciar su curiosidad.

—¿Quiere creer que no lo sé? Alguien valiente, desde luego. Hay que serlo para venir, seguir las lecciones y presentarse a los exámenes, sabiendo que nadie la quiere aquí. Los profesores están deseando que se vaya y de los compañeros, ya le digo, que

ninguno le dirige la palabra. Dudo que apruebe este año y en ese caso no creo que insista. No parece rica.

—Vaya.

—Sí, a mí también me apena —continuó Muñoz Cardona—. Y me intriga porque tengo la impresión de que es muy inteligente. Sé que no está bien visto hablar así de las mujeres, pero cuando me he sentado cerca, he ojeado no solo sus apuntes, sino sus anotaciones y créame que son atinadas. Me han revelado detalles

inadvertidos y eso que las he leído con trabajo y fugazmente. Ya ve. Debería decírselo. Seguramente le gustara. A todos nos gusta que reconozcan nuestros méritos.

—Es cierto.

—No descarto hacerlo, pero tendría que soportar tantas tonterías de los compañeros. Usted ya me entiende.

—Y por curiosidad...
—empezó a decir Germán sin atreverse, de momento, a plantear su duda.

—¿Sí? —lo animó el

otro a seguir.

—¿Cómo se llama?

—Aurelia, Aurelia
Álvarez.

Obviamente, había vuelto a convertirse en el objeto de conversación, así que era imposible seguir mirando. Como siempre maldijo la suerte de llamar la atención, de no poder pasar inadvertida. Molesta con aquellos dos y con el mundo, decidió marcharse. Era uno de esos días de invierno de Sevilla en los que la humedad del río se licua en gotas finas y parece

que llueve aunque no haya en el cielo ni rastro de nubes. Los viandantes atraviesan tramas invisibles de niebla y sienten cómo el agua les araña la cara. Aurelia, camino a casa, protegía sus libros y papeles de aquel rocío apretándolos contra el pecho. El pelo, recogido en un moño, se le habría ondulado de no ser porque estaba protegido bajo un sombrero sujeto a la barbilla por un lazo. Los botines negros repiqueteaban sobre los adoquines con tal fuerza que

dificultaban escuchar los pasos de quien la iba siguiendo. Era Germán, que, al verla salir, había pretextado un compromiso para despedirse de aquel Pablo. No sin citarse, en ese mismo banco, media hora antes del examen de la tarde para que le presentase a otros compañeros de clase. Había sido una suerte entrar en contacto con aquel muchacho, era simpático, pero no podía evitar sentirse intrigado por la joven. No pensaba presentarse ni nada parecido. Solo mirarla un

rato como si así fuera a averiguar algo. Pero de pronto, y cuando menos lo esperaba, ella entró en una tienda. Era una peletería pequeña. En el escaparate se exhibían decenas de pares de guantes, de señora y caballero, junto a monederos y carteras, aunque las verdaderas estrellas eran unas estolas —blancas, negras y color miel— que adornaban el cuello de bustos diversos. Detrás de estos Germán veía parcialmente a la muchacha, pero cuando su mirada

enfocó al cristal, o más precisamente su propio reflejo, sintió tal vergüenza que se giró y se fue.

De regreso a casa de los parientes —donde también se había hospedado aquella vez— pensó que seguir a esa mujer, fantasear sobre ella, era una forma pueril de no afrontar que tenía un problema: todo el esfuerzo hecho aquel medio año estaba abocado al fracaso, no iba a aprobar ninguna de las asignaturas a las que se presentaba. Sintió una punzada en la boca del

estómago, pero, más que el dolor, lo que le hizo daño fue darse cuenta de que con él empezaba, como tantas veces, la espiral autodestructiva. ¿No podía contentarse con haber descubierto el fallo y estar en vías de resolverlo? ¿No iba a felicitar-se por la suerte de conocer al estudiante que se ofrecía a ayudarlo? ¿Tenía que castigarse? ¿Por qué? ¿Serviría de algo? No, pero no lo podía evitar.

Es más, de vuelta en Cádiz, aunque siguió estudiando, lo hizo

desconcentrado, pues, continuamente, se estuvo torturando y criticando. No obstante, cuando pasados treinta días recibió las calificaciones oficiales, se halló con la sorpresa de haber aprobado uno de los cinco exámenes. Su padre, el tío Casimiro, don Pedro, los amigos, todos aquellos a quienes había anunciado que las notas serían un desastre, sintieron el alivio de comprobar que, como sospechaban, Germán había vuelto a exagerar. En efecto, era posible que hubiera

cometido errores de novato, pero estaba claro que tenía talento suficiente para solventarlos. Él mismo albergó cierta esperanza gracias a aquel documento de notas, que, sin embargo, no bastó para librarle de sus cambios de humor: lo mismo se sentía dotado para las mayores empresas y hasta destinado a ellas que se desanimaba y pensaba que la única manera de seguir adelante era rebajar sus aspiraciones. Al menos, por aquel tiempo empezó a comprender que esas

fluctuaciones de ánimo eran cuestión de carácter y poco tenían que ver con lo que de verdad pasase.

Fue más o menos por entonces cuando también comenzó a cartearse con Pablo. Enseguida se pidieron y dieron respectivamente licencia para tutearse. De acuerdo con el compromiso adquirido cuando se conocieron, Pablo empezó a enviarle sus apuntes y para que confiara en ellos, en su primera carta le informó de que había aprobado todos los exámenes. Sabía las

notas de Germán, porque todas se hacían públicas en el tablón. Lamentaba que no hubieran sido buenas, pero le instaba a no desanimarse. Ya era una grata noticia que los envíos postales resultasen más baratos de lo que ambos habían previsto. Así el dinero que Germán le había dado como adelanto bastaría para pagar todos los que quedasen hasta final de curso. Germán, al contestarle, además de darle las gracias, empezó a mandarle los resúmenes que él hacía de los temas de los

manuales. Era algo que Pablo no le había pedido, ni esperaba, ni tal vez le sirviera de nada, pero él necesitaba mandárselos. Su compañero supo entenderlo y fuera por no hacerle de menos, o porque de verdad le resultaron útiles, se los ponderó mucho desde la siguiente carta. En las sucesivas, además, poco a poco, fueron comentando noticias del momento, intercambiando puntos de vista, se fueron, en fin, conociendo.

Sin tener una ideología

férrea, Germán sí poseía una sensibilidad, una conciencia, social y hasta política. Había contribuido a ella la influencia de hombres como Eliseo o don Pedro. Gente abierta que, aunque de un modo distinto —que él no podía precisar pero que correspondía, respectivamente, a las adscripciones socialista y liberal progresista—, marcó sus simpatías no ya con un partido, sino con una forma de ver la vida. Esa perspectiva suya se evidenciaba, por supuesto,

en lo que escribía. A veces comentaba con Pablo alguna de sus lecturas, libremente elegidas o encargadas por don Pedro. De estas últimas destacaba que ideas formuladas en un pasado remoto aún se consideraban modernísimas, incluso demasiado osadas. Ilustrados y románticos ya señalaban, por ejemplo, la importancia de que los seres humanos rigieran su existencia común conforme a la razón, dejando la fe para el ámbito privado. Y sin embargo, eso era todavía una utopía en

aquella

España.

Personalmente, él no creía en Dios. La muerte de su madre había sido decisiva para llegar a tal conclusión, pero incluso antes, ya le parecía imposible que un cuerpo muerto pudiera ser revivido. Seguramente todo empezó el día que un rayo cayó y, delante de él y de todo el pueblo, fulminó a una prima suya. En todo caso, después lo había pensado muchas veces y la única idea clara a la que había llegado era que sin resurrección no le interesaba

la existencia de una o cuantas divinidades quisieran proclamarse.

Pablo, que estaba de acuerdo con él en muchas cosas, se sintió desde el principio con confianza para contrariarlo cuando lo creía preciso. Respecto de la fe, sin ir más lejos. Ambos mantuvieron intensos debates sobre este asunto y otros diversos. Pero, en un plano menos filosófico, Pablo jugó también un papel importante como enlace de Germán con la vida universitaria. En sucesivas

cartas le fue contando detalles y curiosidades de profesores y compañeros de clase. Aurelia sobresalía entre ellos. Para sorpresa de todos, había aprobado cuatro de los cinco exámenes. Todos salvo el de González Urbansola, que era curiosamente quien se había opuesto de un modo más furibundo a que la universidad la admitiese. E incluso este había reconocido que su prueba estaba perfecta. Tanto que la había acusado de copiar y precisamente por eso la

había suspendido. Se trataba a todas luces de una injusticia, pero nadie se había revuelto contra ella. Ni siquiera Aurelia, que, por otra parte, no solo no había desistido de aprobar la asignatura, sino que la estudiaba con renovado empeño y presentaba al catedrático trabajos especiales en prueba de buena voluntad. En vez de valorarlos, González Urbansola solía utilizarlos para denigrarla en público sin conseguir, en todo caso, que ella se quejara, ni se

dejara vencer por unas ganas de llorar que podían imaginarse sin esfuerzo.

El carácter que Aurelia demostraba hacía que Pablo se sintiera más intrigado que nunca por tal personalidad. Eso y sus hojas de apuntes, que, según espiaba, seguían cuajadas de anotaciones, referencias a libros, objeciones argumentadas a las explicaciones y otras mil curiosidades que le encantaría consultar detenidamente y sin disimulo. Pero de momento continuaba sin atreverse a

hablarle. Lo que aseguraba a Germán era que, si un día conseguía una copia de aquellas notas, él mismo le haría otra y se la enviaría a Cádiz.

Era un buen amigo aquel Pablo Muñoz Cardona —pensaba Germán cuando leía sus cartas—. Nieto, hijo y sobrino de abogados, tenía la tranquilidad de saber que su futuro estaba resuelto. Otro en su lugar sería egoísta y él, en cambio..., era un compañero tan generoso que Germán se sentía en deuda. Por eso

acabó pensando en regalarle algo, tal vez un libro de Seo. Le costaba trabajo solo planteárselo porque, aunque nada presagiara que su viejo amigo fuera a regresar, seguía considerando su biblioteca un préstamo.

En todo caso, en la siguiente carta que le envió, le habló de aquel Pablo, de cómo lo estaba ayudando y le pidió permiso para regalarle uno de sus libros (tres en realidad, pues — según le dijo— había previsto darle aquella edición de la *Historia de*

Francia, encuadernada en piel, con esos grabados tan trabajados y ese capítulo final sobre la revolución). La respuesta de Eliseo tardó. Fue, como solía, una larga misiva en la que le contaba múltiples novedades. La más importante, que había empezado a simultanear su trabajo de secretario de la expedición con unas colaboraciones en el diario *Nuevo tiempo*, algo que le hacía sentir exultante, aunque la situación social y política de Filipinas «tuviera entre sus muchas y nefastas

consecuencias la de
convertir casi en obscenas
—así lo decía— las
pequeñas y sencillas
alegrías». Antes de concluir,
Eliseo felicitaba a Germán
por el examen aprobado, lo
animaba a seguir
esforzándose por mejorar
sus resultados y, por
supuesto, lo autorizaba a
regalar los libros que
quisiera. «Son tuyos, amigo,
te los di hace tiempo y no
puedes haber hecho mejor
uso de ellos», terminaba
escribiendo antes de enviarle
su abrazo.

Cuando el siguiente septiembre Germán volvió a Sevilla, fue cargado con aquella hermosa —y pesada— edición que parecía recién salida de imprenta. Pablo se sorprendió mucho al desenvolver el regalo y descubrirla. No daba importancia a la ayuda que prestaba a Germán, no le costaba brindársela. Pero en vez de decírselo, como siempre que se sentía incómodo, optó por bromear.

—Gracias, pero podías haber esperado a ver si mis

apuntes dan resultado.

Lo dieron. Germán supo que podía estar tranquilo nada más escuchar las preguntas del primer examen. Los demás también se sucedieron sin sobresaltos. Aquella segunda convocatoria, en definitiva, sería muy distinta a la primera. No solo porque Germán quedó satisfecho al terminar cada prueba, sino porque, además, entre una y otra, como estaba sereno, pudo permitirse salir a tomar algo con Pablo y sus amigos. Poca cosa, un par de

cervezas, antes de volver a casa y dar un último repaso. En definitiva, pudo disfrutar del ambiente universitario, que no solo se perdían quienes no estudiaban — como Braulio, Leto o Ángel —, sino quienes vivían circunstancias especiales como había sido, hasta ahora, su caso o seguía siéndolo el de aquella Aurelia.

—¿Recuerdas a la chica de clase? —le preguntó Pablo.

—Claro, me has escrito sobre ella —le contestó

Germán ocultando que, además, aquellos días había aprovechado para observarla.

—Pues he averiguado que trabaja en una peletería.

Germán no tuvo que fingir sorpresa porque realmente creía que cuando la vio entrar en la tienda iba a comprar.

—Me parece que es de su padre y ella solo lo ayuda, pero aun así tiene más mérito estudiar trabajando, ¿no?

Oyendo a Pablo, Germán se sintió un

impostor. A nadie, ni siquiera a él le había contado quién era, cuál era su trabajo, su vida. No porque se avergonzara, aunque quizá sí, algo. Pero, sobre todo, porque era tan fabuloso llegar a Sevilla y ser otro, y no otro cualquiera, sino el que había deseado durante años. Por supuesto que tenía más mérito estudiar trabajando, pero en general, ¿la gente lo valoraba? ¿Se consideraba una virtud o un desdoro? Sabía la respuesta. Por eso calló y forzó una sonrisa que

salió algo torcida.

De modo que ella también trabajaba. Era singular, desde luego. ¿Cómo no verla atractiva? Comprendía y compartía la curiosidad de Pablo. Él también querría hablar con ella, conocerla. Con más motivo, incluso, porque tenían más en común, le parecía. Eran los dos raros del curso: la mujer y el carbonero, el menesteroso incluso. Tal vez sonara exagerado, pero ¿alguno de sus compañeros, incluida aquella Aurelia, dormía en

un jergón de lana echado al suelo? ¿Alguno comía tan pocas hebras de carne como él y su padre? ¿En loza tan precaria? ¿Sobre una mesa tan desvencijada? ¿Sabía cualquiera de ellos lo que era restregarse las manos, tan fuerte que llegaran a sangrarle, para borrar las huellas del carbón?

Seguía pensando en eso cuando ya hacía rato que se había despedido de Pablo y apenas quedaba medio día para dejar Sevilla, a donde, como pronto, volvería el próximo febrero. Entonces,

sin darse cuenta, casi sonámbulo, hizo algo extraño, sin sentido, pero que llevaba tiempo deseando: fue a la plaza de los Terceros, donde estaba la peletería, y se apoyó en el banco que había frente a la puerta. Cuando adquirió conciencia de dónde estaba y por qué, supo que era una estupidez. Había ido hasta allí porque imaginaba que Aurelia se encontraría dentro, despachando, y deseaba sentirse cerca de ella. De nuevo, sin pretensión de ir más allá. No

pensaba entrar, ni presentarse, ni invitarla a un café, por más que creyera que sentarse juntos y conversar sería lo mejor que podría pasarle. Tenía la intuición de que conectarían. Pero se conocía a sí mismo lo suficiente para saber que no iba a cruzar aquel umbral. Sin embargo, si pudiera, si fuera capaz, le gustaría mucho, realmente, estar esa tarde con ella. Sin saber por qué, le apetecía. Alguien podría creer que estaba enamorado. Pero no era así. No fantaseaba con

cogerla de la mano, conducirla y besarla en un portal. Menos aún con llevarla a una pensión donde hacerle el amor. Quería hablarle, o mejor que ella le hablara, que le contara lo que pasaba por su cabeza. Intuía que le rondarían centenares de ideas interesantes. Nuevas, nunca oídas por nadie, puesto que nadie le dirigía la palabra. Quería conocer esas reflexiones que ella anotaba en clase. Aquel cerebro que bullía pensando en el Derecho, también lo haría,

seguro, excitado por otros estímulos. Y todo ese caudal de pensamiento se estaba perdiendo. O bien porque nadie lo creía relevante, o bien porque quienes sospechaban que sí lo era — como él o Pablo — no se atrevían a presentarse. Pero ¿qué conseguiría apostado allí, en aquel banco, conjeturando? Nada. Lo dicho, sabía que era absurdo.

Un escalofrío recorrió su espalda cuando vio la figura de Aurelia recortada en el hueco de la puerta. Era como si telepáticamente la

hubiera convocado y ella lo hubiera escuchado. En realidad, cuando no había clientes, Aurelia solía asomarse a la calle. Se quedaba de pie viendo pasar a la gente, dejaba que su mente vagara tras sus pasos. Hasta que decidía que ya había descansado y volvía al mostrador, donde se apoyaba y estudiaba a la espera de que alguien entrara. Ahora estaba allí, de pie, quieta, mirándolo.

Había reconocido a Germán nada más verlo y en aquel instante sintió un

calor, almizclado, dulzón. Era la voluptuosidad que la invadía. Pero también la cálida alegría, el agradecimiento a quienquiera que fuera —el destino, la existencia— que le regalaba esa sorpresa. Había imaginado aquel encuentro un millón de veces. Ella se asomaba a la puerta y encontraba a Germán esperándola, justo enfrente. Todo empezó cuando ocho meses antes, en el patio de la facultad, se fijó en él, con aquel gesto de abatimiento. Sintió un fuerte

impulso de acercarse, de consolarlo. Estaba convencida de que habría acabado haciéndolo si aquel moreno alto no se hubiera adelantado. Luego, de vuelta a casa, notó que la seguía. Deseó durante todo el trayecto que él diera el paso, se atreviera y la abordara. Incluso ralentizó la marcha para facilitárselo, pero nada. Cuando llegó a la tienda, aún notaba clavada en ella su mirada. Incluso alcanzó a atisbar en el escaparate su imagen reflejada. Dudó qué hacer. Finalmente entró,

deseando que él la siguiera al interior, que fingiera buscar en la tienda un cinturón, una cartera, algo que comprar para él o de regalo. Como, no obstante, tardaba, ella acabó por asomarse mientras aparentaba colocar bien una estola negra. Miró afuera, a la plaza, y comprobó que él ya no estaba.

Desde aquel lejano día de febrero, en su imaginación, había puesto en pie muchas veces una cita. Pero solo en aquel momento estaba sucediendo.

Seguían mirándose. ¿Qué iba a ocurrir? Era posible que, si de nuevo dejaba que él decidiera, no pasara nada. Como la otra vez. Entonces, tendría que esperar que la ocasión se repitiera en septiembre, dentro de un año o jamás. No, no iba a permitirlo. Giró la cara sin mover los pies un milímetro y dijo algo a alguien dentro de la tienda, palabras que Germán no logró oír. Luego, le dirigió una mirada intensa en la que hasta él —que en estos asuntos no era nada perspicaz— pudo leer

«sígueme» y comenzó a andar. Al principio iba muy deprisa y a Germán, que no conocía el dédalo en que entraban, le costaba no perder su rastro en las revueltas. Después, poco a poco, aminoró el paso aunque sin volverse nunca a mirarlo. En todo el recorrido, se cruzaron solo con un par de ancianas, que no les dedicaron la menor atención. De repente llegaron a una zona solitaria. Germán, nervioso y sin saber qué hacer, se permitió la licencia de caminar a la

altura de Aurelia. Ella fingió no darse cuenta, siguió andando y entonces él se vio obligado a preguntar:

—¿Pero a dónde vamos?

Lo dijo realmente desconcertado. Aurelia contestó con cierta angustia:

—Es que no lo sé.

Por unos segundos, se quedaron quietos, observándose. Pensaban. Por fin ella reflexionó en voz alta:

—No puede ser tan difícil encontrar un sitio donde sentarse y hablar y,

sin embargo, no doy con él. Si entramos en una cafetería y alguien conocido me ve, es probable que censure mi comportamiento e incluso vaya con el informe a mis padres. En la universidad, abiertamente le digo que todos lo considerarían reprobable.

—¿Y donde no nos vea nadie? —se atrevió a apuntar Germán.

—Seguramente, entonces sea yo quien lo vea mal.

—Le daría miedo —constató él lo evidente.

—Puede. Pero no quiero que se vaya sin que hablemos.

Germán no había previsto tal sinceridad. Su respuesta brotó cómplice:

—He venido para eso.

Igual que al principio de aquella escapada sin rumbo había leído en los ojos de Aurelia la exhortación a seguirla, ahora oyó con nitidez que pensaba: «Entonces, tengo que arriesgarme». Ella reinició la marcha y él volvió a ir a la zaga. Atravesando San Luis, fueron a salir por la muralla

de la Macarena. Ante ellos se alzaba el hospital de las Cinco Llagas, pero todo lo demás eran casas bajas, pobres y dispersas, y un horizonte sin fin de huertas. A Germán le sorprendió el aspecto rústico y apacible de aquella zona de Sevilla tan próxima al famoso y admirado casco histórico. A la izquierda, una alta y espesa hilera de juncos, como plumas de aves descomunales, evidenciaba la proximidad del río. No se veía a nadie por ninguna parte. Era la hora de la

sobremesa y el calor mantenía a la gente resguardada en sus casas. Pero, aun así, ambos sentían un revolotear de párpados, siguiéndolos, juzgándolos. Mientras separaban los juncos con las manos, Germán tuvo la impresión de regresar a aquella infancia donde todavía jugaba al escondite. No se le escapaba que esta vez el divertimento podía tener consecuencias, sobre todo para Aurelia, quien, definitivamente, se revelaba intrépida.

Por fin llegaron a un punto, justo al borde del cauce, donde ella pensó que nadie iría a verlos. Allí se sentó, la abundante tela de su larga falda cogió aire, se abullonó y durante un buen rato pareció un globo que tardara en desinflarse. Estaba sin aliento, sofocada. Trazos de sudor brillaban en su frente y pegaban a sus sienes algunos cabellos de las hondas que enmarcaban su cara. Germán creyó ver que pese al calor tiritaba y, por primera vez, le tentó besarla. No obstante,

desechó la idea. Si ahora que ella apenas superaba el miedo a su propia osadía, él se abalanzaba, saldría despavorida.

¿Lo haría? En ese mismo segundo, Aurelia pensaba que si él se acercara, si hiciera amago de rozar su boca con aquellos labios, no se movería, no opondría resistencia, no podría, se quedaría inmóvil, entregada a la plenitud de aquel beso, porque su cuerpo y su mente deseaban hacerlo. Sacudió dos veces la cabeza aventando sus

pensamientos. Sería un error terrible, pasaría por una mujer ligera que tal vez hubiera llevado antes a otros hombres a ese paraje. No. Habían venido a hablar y hablarían. Aunque lamentaba perderse aquel beso, el primero. Ese maravilloso del que, en su infancia, le hablaban los cuentos y ahora lo hacían las novelas. Ese que jamás se olvida y que nunca había tenido tan al alcance de su boca. «Hablemos», dijo, y la palabra fue un antídoto contra el peligro.

Germán comenzó a contarle que era montañés, que vivía en Cádiz y que, igual que ella, trabajaba. Es más, era carbonero. Aunque en la facultad eso no lo sabía nadie.

—¿Ni siquiera ese amigo, el espigado? — preguntó Aurelia asombrada.

Él sintió que le ardía el pecho. ¿Ella lo había estado observando, se había fijado en qué compañías frecuentaba?

—Ni siquiera él, Pablo —contestó—. No es que me avergüence trabajar —

empezó a explicar—. No tiene nada de malo, al contrario. Simplemente, al principio, ha sido tan agradable ser solo yo, universitario; yo, estudiante de Derecho; yo, otro, nuevo.

—¡Oh, lo entiendo! — lo interrumpió ella—. Es más, envidio esa posibilidad. ¡Si yo pudiera hacer lo mismo o por lo menos algo parecido! ¡Si pudiera fingir ser otra! En mi caso, probablemente, fingiría ser hombre. Así me respetarían, haría amigos, me considerarían. Pero, claro, es

imposible. Al menos ahora...
¡Ah, francamente, todavía
no puedo creer que estemos
aquí, que hablemos! Y al
mismo tiempo,
extrañamente, intuía que
algo así ocurriría porque
desde el primer día que nos
vimos...

—¿Cuándo? —

interrogó Germán intrigado.

—Da igual, eso no
importa en realidad —
repuso ella—. El caso es que
siempre he tenido la
sensación de que algo nos
entrelazaba. Fue una pena
comprobar que solo aparecía

en los exámenes.

¿Había dicho «una pena»? Germán se preguntó si de verdad besarla sería un error.

—En todo el curso — retomó Aurelia—, nadie me ha dirigido la palabra, todos se apartan de mí, me niegan hasta la mirada.

—Puede que guarden las apariencias. Sin embargo, se sienten intrigados. Pablo, por ejemplo, me lo ha confesado. Textualmente, sus palabras fueron: «Es alguien inteligente, valiente

y con mucho mérito».

—¿En serio? —Aurelia se sentía perpleja.

—Sí —respondió Germán rotundo, directo—. Me dijo todo eso incluso antes de que se publicaran los resultados de los exámenes. Desde el principio me ha hablado, admirado, de la dignidad con que afronta el rechazo general, del valor de asistir a las clases sin arredrarse y, sobre todo, de esos apuntes que él califica de «sorprendentes y fabulosos», en especial por sus notas al

margen. Se ve que los ojea cuando puede, cuando se sienta cerca. Afirma que siempre le descubren detalles que él ha pasado por alto, perspectivas distintas. Debo confesar que su entusiasmo al hablar de ellos hace que también yo me muera de ganas por leerlos.

Justo ahí, ella debería haber dicho que se los prestaría cuando quisiera, hoy, mañana mismo. Pero estaba tan sorprendida que no podía abrir la boca. Llevaba un par de minutos extasiada, escuchando.

Disfrutaba tanto de aquellas palabras que ningún beso habría podido proporcionarle un placer semejante. ¡Ella, valorada; ella, admirada; ella, observada en la distancia como ella valoraba, admiraba y observaba desde lejos a los demás? Le costaba creerlo, era maravilloso. ¡Si le encantaría compartir sus puntos de vista con alguien! ¡Sería estupendo contar con compañeros que corroboraran o contradijeran sus ideas! ¡Si seguro que

muchas eran equivocadas, solo que no podía descubrirlo, pues no tenía con quién confrontarlas! Había leído, leía —eso sí— muchísimo, pero con los únicos con los que podía hablar era con sus padres, que rara vez entendían lo que comentaba.

—A mí me pasa lo mismo —dijo Germán—. Es como si mi padre viviese, perteneciese a un mundo distinto. Años atrás tuve en Cádiz un amigo... —Germán sintió el nombre de Eliseo en sus labios, pero dejó la frase

en suspenso—. Ahora, por suerte —continuó tras la elipsis—, conozco un abogado, un hombre impedido al que visito a diario para leerle un rato y con el que puedo hablar de Derecho.

—¡Qué suerte, un amigo abogado! —exclamó Aurelia.

—Hombre, no es realmente un amigo —la corrigió él.

Aun así —retomó ella entusiasmada— era alguien que podría solventarle dudas mientras estudiara y luego,

cuando acabase, tal vez lo orientara para encontrar trabajo, incluso lo recomendará como pasante a algún despacho. Ella se planteaba casi a diario el sentido de terminar la carrera. A veces le parecía un empeño absurdo. Disfrutaba aprendiendo, sí, pero ni podía compartirlo con nadie, ni recibía ayuda salvo de sus padres y, excepto ellos, todo el mundo se oponía a que siguiera. ¿Para qué? —decían— si, en fin, aunque ocurriera un milagro y aprobara, jamás

ejercería. ¡Como si ella no lo pensara por su cuenta! A pesar de todo, sin saber cómo ni por qué, al final seguía leyendo, anotando, haciendo esquemas, como si una fuerza extraña, una personalidad desconocida dictara sus pasos, los diera por ella. Germán la comprendía perfectamente, sabía a lo que se refería.

—Yo también me desanimo a menudo —le confesó él—. Y tampoco alcanzó a entender cómo después vuelvo a estudiar, cómo persisto, por qué estoy

tan seguro de que convertirme en abogado es mi destino.

Tras meditar un segundo en lo parecidos que eran, Germán se atrevió a preguntarle si, por casualidad, no sentiría ella con cierta frecuencia un dolor en la boca del estómago, un mareo, un desasosiego.

—Claro que sí, muchas noches —fue su respuesta.

¿Y él, no padecería insomnio? —planteó, a su vez, Aurelia—. Porque ella a menudo pasaba madrugadas

en blanco pensando en si lograría licenciarse y en qué pasaría después, en el futuro.

—Sí, también — contestó Germán.

Era un consuelo — convinieron—. De tontos, como solía decirse, pero un consuelo.

Llevaban media hora perorando como loros. Se interrumpían el uno al otro, acabándose las frases. Se reconocían como semejantes y aceptaban compartir sus fragilidades de una manera que les resultaba imposible con gente que por su

entorno, por sus circunstancias vitales, eran más fuertes, más seguros de sí. Finalmente, en el momento en que, tras tanto hablar, guardaron silencio un instante, se sintieron solos frente a un espejo. Un maravilloso cosquilleo les invadió al contemplar la imagen propia que le devolvía el otro, viéndose atrevidos, impetuosos, llenos de ilusiones y esperanzas, capaces de afrontar sus miedos y hasta de vencerlos.

«¿Por qué elegiste Derecho?» No importa quién

formuló la pregunta, pues los dos querían hacerla y dar así un giro a la conversación que los introdujera en un tema tan importante para ellos. De hecho, con aquel interrogante dejaron ya atrás, abiertamente, el tratamiento de «usted» que habían estado evitando como por instinto. Al hablar de su vocación comprendieron que compartían la admiración a la vez racional y pasional por la ley y la confianza que los hombres depositaban en ella. Para ambos era un invento que nada había

igualado. Complejo, sujeto a interpretaciones, pero, bien utilizado, preciso y finalmente efectivo. La guía necesaria para no andar, como animales, a trompazos. La única protección que podía tener el débil. Y sin embargo, no cabía engañarse, quienes hacían la ley y quienes la aplicaban eran los privilegiados y en ningún caso los parias.

A Germán le asombraba la forma en que ella hablaba —en concreto, esa última palabra la utilizaba desde que leyó

fascinada el libro de aquella fabulosa franco-peruana, Flora Tristán—. Le sorprendía el vocabulario de Aurelia, desde luego, pero más si cabe su tono tan resuelto. Argumentaba y escuchaba con una pasión inusual, que de nuevo le hizo pensar en Seo. Se notaba que tras cada palabra había horas de debate en silencio y sentía como un privilegio ser uno de los pocos, si no el único, en presenciar el espectáculo del despliegue de sus razonamientos. Estaba tan

sinceramente admirado que no pudo evitar decirle:

—Hay pocas mujeres como tú.

—Tal vez más de las que crees —replicó ella veloz—, solo que no encuentran quien quiera escucharlas.

Le molestó el escepticismo con que él la miró. Creía que era única. Un pájaro raro y exótico, digno de ser contemplado, pero que nunca volaría en bandada. Era triste que incluso él tuviera esos prejuicios (tal vez rechazara

el sufragio femenino, probablemente ignoraba la obra y las hazañas de pioneras como Concepción Arenal). Pero no quería entristecerse, ver defectos en el cómplice que, al fin, había encontrado, en su aliado.

—Desearía conocer a tus amigos, aunque una reunión aquí les parecería incómoda, me temo — cambió irónica el tercio.

A él le divirtió imaginar la estampa de Pablo y sus compañeros sentados junto al río, con ellos, en el suelo. Sonrió,

mientras pensaba, no obstante en serio, en el modo más efectivo de conquistar, poco a poco, un espacio. El sitio más apropiado, sin duda, era la universidad. Pero era un entorno hostil, por el momento. A Germán se le ocurrió que en las cartas que intercambiaba con Pablo podría irlo animando a dar el paso de presentarse a Aurelia. ¡Si lo estaba deseando! Debería hacerlo en clase delante de los compañeros. Así, nadie pensaría que había nada raro

en ello. Aurelia tenía que reaccionar como si fuera lo más normal del mundo. Pablo era popular, su familia, conocida y respetada en Sevilla, y si trababa amistad con él, muchos de los prejuicios que la acosaban desaparecerían.

En aquel momento los dos se sentían optimistas. Creían que cuando acabara aquel arcaico siglo, nadie podría creer que dos personas como ellos tuvieran que esconderse entre unas cañas solo para hablar. Había costado encontrar el

sitio. Pero había merecido la pena. Se habían desahogado. Ahora se sentían vacíos, descansados, en paz consigo y como en armonía dentro de un panorama general. Aurelia, confiando ya plenamente en Germán, dejándose llevar por la sensación de plenitud y felicidad, alzó los brazos y los llevó, con su espalda, hacia atrás, hasta sentir bajo ella el mullido colchón de hierba. Así permaneció un buen rato, tumbada, con los ojos cerrados y la respiración relajada,

acompañada al entrecuchar del agua con la ribera. Germán la contemplaba con la atención de quien trata de resolver un problema matemático. No era una mujer guapa, y sin embargo, se maldecía a sí mismo por no atreverse a tenderse a su lado ahora, de costado y acercándose a su rostro, estamparle el beso más apasionado. En vez de eso abrió los labios y dijo:

—¿Te molestaría si te pregunto cómo has llegado a ser así?

Ella pareció despertar,

lo miró, se sentó y finalmente contestó:

—He leído demasiado y, como al Quijote, los libros me han reblandecido el cerebro.

Los dos sonrieron. Pero luego ella añadió más en serio:

—Y suelen decirme que me parezco a mi madrina. Desde luego, he estudiado gracias a su herencia y de no haberlo hecho, sería otra distinta. Es indudable.

Callados de nuevo, meditaron sobre quiénes

eran y qué azares de la vida los habían llevado a serlo. Oían batir a sus pies la corriente del Guadalquivir y dejaban que el sonido del agua golpeando la margen meciera sus pensamientos. Revisaban el pasado superado, los planes que habían fraguado para los años venideros y eso los traía de nuevo a los proyectos inmediatos que acababan de pergeñar, juntos, en aquel rincón solitario. De un lado, Germán promovería la integración de Aurelia en el

grupo de Pablo para que en su próxima visita a Sevilla pudieran reunirse de un modo menos rocambolesco y ella, entretanto, intentaría conseguir un apartado de correos para que pudieran cartearse sin intrigar a sus padres.

Se sentían a las puertas de una etapa interesante para ambos, aunque en lo relativo al maravilloso paréntesis que había supuesto en sus vidas aquella tarde, llegaba el momento de cerrarlo. Germán informó a Aurelia de la hora en que su

diligencia salía rumbo a Cádiz. Forzados a despedirse, se levantaron. Ella, súbitamente, le estrechó la mano, despidiéndose de él como hacían los hombres entre sí y, de inmediato, comenzó a salir a través del denso telón de juncos. Él la observó inmóvil un instante, asimilando aún su insólito gesto de adiós y luego la empezó a seguir a una distancia prudente.

Aurelia no se giró ni una vez en ese camino de vuelta, como tampoco lo

había hecho en el de ida, si bien estuvo comprobando de tanto en tanto su presencia tras ella, reflejada en las ventanas y escaparates de casas y tiendas. En la plaza de la Encarnación sintió urgencia por cerciorarse de que él aún iba detrás, pero no encontró nada que le sirviera de espejo y cuando por fin, en San Pedro, no pudo soportar más la incertidumbre y volvió sobre sus pasos como si hubiera recordado algo, vio desolada que él no estaba ya. ¡Dios sabría desde cuándo!

Señoras y criadas, con niños de la mano y empujando carritos de bebé; caballeros conversando acalorados sobre problemas políticos y económicos, locales, nacionales, universales; matrimonios cogidos del brazo atravesaban la plaza rumbo a alguna de las calles aledañas. Al avanzar la tarde, había refrescado y muchos habían aprovechado para salir a tomar el aire. Aurelia los miraba como si fueran figurantes de una obra de teatro y aunque hubiera preferido mil veces

que se esfumaran, sentía cierto placer en estar ante ellos ocultando dónde y con quién había pasado la tarde, mientras los desconocidos se movían a su lado, casi rozándola, creyéndola una mujer normal y corriente, como tantas, es decir, ignorándola.

Germán asimismo guardó en secreto el haberla conocido. Por supuesto, no dijo una palabra de ella a su padre, con quien seguía hablando poco y solo de cuestiones prácticas; pero tampoco la mencionó a sus

amigos de Cádiz, que sí le preguntaron por Sevilla, la facultad, los compañeros, si había tenido tiempo de alternar, si había conocido, o al menos visto, mujeres guapas. En cuanto a Pablo, a él también le ocultó la entrevista con Aurelia, y en cambio ya en la primera carta, lo animó, con Dios sabe qué argumentos, a que se le presentara. Pronto, la propia Aurelia le confirmó que su maquinación había dado resultado y Pablo, una tarde tras las clases, le había hablado. Se lo contó en el

mismo envió en que le mandó copia de aquellos apuntes que, según le había dicho, le intrigaban tanto. Y él, en agradecimiento, junto a su respuesta le remitió los resúmenes de los temas que, puntualmente, seguía facilitando a Pablo.

Con ambos, Aurelia y Pablo, se estuvo Germán carteando todo aquel invierno. De un modo mucho menos frecuente también con Eliseo. Sus noticias llegaban a cuentagotas y aunque Germán siempre las recibía

ilusionado —nunca dio por
sentado que habría una
próxima carta, siempre
valoró que aquel hombre
extraordinario lo siguiera
recordando, era
perfectamente consciente del
papel determinante que
había jugado en su vida—,
todo lo que le contaba
perteneía a un mundo que
le era tan ajeno como un
remoto espacio del futuro o
del pasado. En una de las
cartas de ese invierno Eliseo
le dio una noticia, llamada a
sorprenderlo y que sin
embargo Germán ya había

anticipado —lo conocía tanto, tan bien y hacía tanto tiempo que era fácil prever sus movimientos—. En breve llegaría el momento en que la expedición regresaría a Francia, pero él había decidido quedarse en Filipinas. Por mucho agradecimiento que sintiera hacia el profesor Roinssard, cuya aparición en escena había sido providencial, por mucho que le tentara hacer una aportación más en aquella última fase de la investigación académica que consistía en elaborar un

cierre, una gran conclusión, París no podía siquiera igualar —mucho menos superar— la oferta que le hacía Manila. Muchos se reirían al oírle comparar la modesta capital de una de las pocas colonias que aún le quedaban a España con «la ciudad de la luz», foco político, económico y cultural mundial. Y sin embargo, veía su opción clarísima. En Manila él ejercía ya de periodista. Estaba completamente integrado en el círculo de *plumillas* y literatos.

¡Conocía a Rizal! ¡Y lo que era más asombroso, Rizal lo conocía! No de que le sonara su cara, sino de que lo llamaba por su nombre, se citaban y comentaban sus puntos de vista sobre la necesidad de conseguir derechos para la población filipina, de hacer que la conquista de estos fuera aceptada por España, de lograr el encaje de intereses enfrentados sin caer en el espanto de un derramamiento de sangre que ya se había dado en territorios americanos.

No era vanidad. De verdad le había dado muchas vueltas porque le espantaría que lo fuera. Era que allí existía una oportunidad real de desarrollar sus capacidades, de vivir y trabajar con intensidad, de publicar en una prensa palpitante, de poner en juego todas las habilidades que había adquirido a lo largo de su trayectoria, de comunicarse en su propio idioma, de contribuir — aunque modestamente— a lograr una salida, al fin ecuánime, al fin justa, al fin

pacífica en una de las colonias. Lo que Rizal y el resto de los intelectuales filipinos querían no era la independencia, era cierta autonomía. Ellos habían estudiado en España, en Madrid, se sentían españoles, pero los mismos valores que habían aprendido en la Península les hacían imposible cerrar los ojos al desprecio, al maltrato a todo lo que en ellos había de malayos.

Eliseo se disculpaba. Decía a Germán que no lo quería abrumar justo en este

momento tan hermoso que él estaba viviendo, en la universidad de Sevilla, ¡en la universidad! Por más que lo escribía no dejaba de asombrarse. Tenía que contarle sobre las materias, los profesores. ¿Qué valores transmitían? ¿En qué ponían el acento? ¿Y los compañeros, eran gente inquieta, con nervio? ¿Diría que llegaba una generación pujante, apasionada? ¡Le haría tanta falta a España! Desde allí lejos, se percibía tan claro el riesgo de que, si se perdían los últimos restos

del imperio, el país se volviera viejo, escéptico, enfermo... Pero no, no quería entristecerlo. No había que tener miedo. Estaba en manos de ellos, de los españoles peninsulares y de ultramar, construir no un mañana abstracto, sino el que empezaría al despertar el alba. Así que, acabada la carta (acabada de escribir y de leer, según quién), los dos deberían volver a sus tareas respectivas. Hasta el día en que, en Cádiz, Sevilla, Manila o quién sabría dónde, pudieran brindar por las

metas que todos juntos habían logrado alcanzar.

Germán se preguntaba cómo lo hacía. Cómo, por más que al principio de sus cartas siempre sentía que la voz de Eliseo le llegaba de una estrella lejana, al final casi oía sus palabras como si estuviera sentado a su lado, hablando. Tal vez su sino no se hubiera equivocado tanto, al fin y al cabo, impidiéndole ser abogado. Escribir, comunicar era obviamente lo que le hacía —y con lo que conseguía hacer— vibrar.

El temblor, la agitación que le transmitía Seo en sus escritos siempre le llenaba de energía, de ganas. Ya ni siquiera se paraba un segundo a lamentar lo lejos que estaba. Su amistad era hacía ya más años epistolar que presencial. Y aun así la sentía más fuerte, más real, más importante para él que muchas de las cosas y hasta personas que al levantar los ojos del papel podía ver. Germán guardó la carta de Seo en la caja donde tenía el resto y volvió a estudiar porque de nuevo,

vertiginosamente, se acercaba el mes de febrero.

Aquella convocatoria de invierno de 1892 fue la primera ocasión en que vio juntos a Aurelia y Pablo. Ocurrió al entrar al primer examen. Ambos estaban en una de las filas iniciales del aula, sentados en asientos contiguos, codo con codo. Germán los saludó de lejos. A Pablo abiertamente, a ella con un gesto, algo así como fruncir y relajar muy rápido el entrecejo. Al salir de la clase, tres horas después de empezar el examen, cuando

aún se encontraba aturdido por la concentración y el esfuerzo, Germán vislumbró a Pablo acercarse. Dejó que lo cogiera del brazo y lo condujera al otro lado del patio mientras le oía decir entusiasmado:

—Te voy a presentar a nuestra compañera Aurelia.

El destello púrpura de la migraña se despejó justo a tiempo para ver, ya con toda claridad, cómo ella se levantaba del banco y le tendía la mano. Igual que aquella vez, cuando se despidieron en el río, no

dejándola lánguida a la espera de un beso, sino presta a estrechar la suya con fuerza. Al lado de Aurelia estaban los amigos de Pablo: Mario Montalvo, Rodrigo Peña, Carlos Román, Enrique de la Vega y Ricardo Castro. Germán percibió enseguida que la admitían como una excentricidad de Pablo y ella, aunque consciente, no dejaba por eso de disfrutar. Sí, Aurelia estaba radiante, feliz. Y Germán, al verla así, sintió el lícito orgullo de ser, en parte, responsable.

—Encantado —dijo con cierta pompa al saludarla, sosteniéndole la mirada.

—El gusto es mío —contestó ella, también ceremoniosa—. Todos me han hablado muy elogiosamente de usted. Dicen que es muy inteligente, brillante, que argumenta como nadie —le cumplimentó.

Germán tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no reírse ni contestarle: «Se te da bien la comedia, pero, como sabes, nadie aquí me

conoce mejor que tú, así que ninguno tiene más criterio para determinar si soy pedestre o admirable». Pero había que disimular y ambos lo hicieron. Es más, hasta encontraron cierto placer en ello al dejar algunas veces que el disimulo se deslizara hacia el coqueteo.

Pasada una hora, Aurelia dijo que tenía que volver a casa y Pablo se ofreció a acompañarla. Por la naturalidad con que los demás asistieron a la escena, fue evidente que era cotidiana. Pero Germán

sintió celos. Era absurdo, pues ella era solo una amiga, algo así como el equivalente femenino a Pablo. Además, no es que no fueran a volver a verse en los días siguientes. Precisamente gracias a Pablo ahora podrían hacerlo tranquilamente, sin esconderse. Lo ideal sería encontrar un momento para hablar solos, porque lo harían con más confianza, pero si no, quedarían con el resto del grupo. No había problema, pues su objetivo no era el galanteo.

No había hecho más que pensar esto cuando apareció Pablo de vuelta. Seguramente había hecho el camino de regreso corriendo. Sudaba y resoplaba, sin resuello. Seguía como siempre: simpático, alegre. Agradeció mucho a Germán que lo hubiera animado a hablar con Aurelia. El coro de amigos bromeó llamándolo «celestino» y diciéndole que suya sería la culpa si al final aquellos dos se acababan casando. En este punto, aunque era raro en Pablo, se

puso serio. Les pidió «por enésima vez» que se dejaran de chanzas. Si alguno de esos comentarios llegaba a oídos de sus respectivas familias o de los profesores, ambos tendrían problemas, pero sobre todo, Aurelia. Había quien esperaba tener la menor excusa para poder expulsarla de la facultad. Y eso para ella sería un drama, pero en realidad supondría una pérdida colectiva, pues, como todos sabían, en todo el curso no había mente más preclara. Era justo reconocerlo. A él no le

dolían prendas. Aunque fuera mujer, lo era. De la misma manera que no resultaba una belleza, poseía una extraordinaria inteligencia y no es que él lo dijera, todos habían tenido ocasión de comprobarlo.

Germán no podía estar más de acuerdo, salvo tal vez en lo de que no fuera guapa. Ciertamente que a él no se lo había parecido en el pasado, pero esa mañana la encontró favorecida y la tarde del día siguiente corroboró su impresión. Habían quedado a tomar

café en un bar del centro
ella, él y, de nuevo, Pablo.
Por suerte, nadie más se les
sumó. Los otros habían
preferido hacer una ronda de
cervezas. Mejor. Los tres, en
petit comité, pusieron en
común sus dudas sobre los
siguientes exámenes y
hablaron de todo lo que les
interesaba, de lo que solían
escribir en sus cartas: la
carrera, la política, la
actualidad, sus proyectos, el
futuro. Y lo hicieron sin
dejar que el que ella fuera
mujer supusiera ninguna
brecha, como tres

compañeros de curso, con independencia de sus géneros.

El último día de aquella estancia de Germán en Sevilla no hubo oportunidad de citarse, de modo que él pasó la tarde en casa de sus tíos y primos. Aunque ellos no lo notaron, estuvo intranquilo y no por culpa de los exámenes, que esta vez le habían salido razonablemente bien. Sentía una especie de insatisfacción, un disgusto porque sus viajes a Sevilla fueran siempre tan cortos.

La mitad del tiempo lo pasaba examinándose o repasando el temario y de la otra mitad, detraídas las horas de sueño y las comidas, le quedaba poco para disfrutar. En suma, de los tres o cuatro días que permanecía en la ciudad, ¿cuánto estaba con sus compañeros y amigos? Seis o siete horas. Demasiado poco. Los demás tenían una confianza, una complicidad que él nunca conseguiría. Incluso Aurelia acabaría siendo más amiga de Pablo que suya, pues lo veía a

diario. Reconoció de inmediato la punzada de angustia. Detectó su gusto amargo naciendo en la base de la lengua, justo donde entroncaba con la garganta, y avanzando. Antes de que fuera tarde, dijo a sus tíos que necesitaba salir a despejarse y se encaminó a los Terceros. De nuevo se apostó en el banco donde ella lo sorprendió aquella primera tarde. Como entonces, estuvo esperando, reclamando su atención con el poder de la mente. Pero esta vez no resultó, no logró

que ella oyera que la llamaba. Iba a ser necesario —se dijo— entrar en la tienda. Y sorprendentemente lo hizo, decidido, con ímpetu. De hecho, tanto que cuando comprobó que Aurelia estaba ocupada atendiendo a unos clientes era ya demasiado tarde para marcharse. Ella, sorprendida con su presencia, le dijo «buenas tardes». Sonrió. Los clientes eran un matrimonio de más de sesenta años que se debatía indeciso entre comprar este o aquel par de guantes. No le importaba,

esperaría —pensó Germán—. Pasaría el tiempo necesario en aquel punto, sin moverse ni impacientarse. Con la esperanza de que al final podría desahogarse, decirle a Aurelia que —aunque le avergonzaba confesarlo— necesitaba que supiera que temía que ella lo olvidara ahora que tenía nuevos amigos, ahora que tenía a Pablo. Racionalmente podía entenderla. Ellos vivían en Sevilla, estaban a mano, eran inteligentes, divertidos. Él, en cambio, solo podía

verla dos o tres horas al semestre. El resto del tiempo, tenían que conformarse con comunicarse por correspondencia. Por no mencionar que, como interlocutor, él no era siempre *la alegría de la huerta*. Muchas veces refunfuñaba —con razón o sin ella— contra las dificultades de la vida. Seguramente debía de parecerle un amargado. No podía competir, porque estaba condenado a perder. No había nacido ganador

como ellos, como Pablo. Sin embargo, de una forma estúpida, infantil, sentía que merecía ser su mejor amigo, que lo prefiriera. Y pensar que no era así le hería.

Buscaba el valor necesario para exponerse mientras el matrimonio seguía demorándose en comparar la textura de los guantes de potra y de cabritilla. Solo pasaban minutos, pero eran demasiado largos. De vez en cuando Aurelia alzaba los ojos, sus miradas se cruzaban y, como siempre,

podían leer lo que estaban pensando. Los dos deseaban que aquello acabara. Pero antes de que pasara apareció el padre de Aurelia, que venía de la trastienda, y se dirigió a Germán con un

—Buenas tardes, joven, ¿en qué puedo ayudarle?

No habían contado con eso. Se quedaron petrificados. Luego Germán contestó:

—En realidad se me ha hecho tarde, lo siento, otro día volveré.

Dio la vuelta y salió, tan frustrado como la dejó a

ella. No, Aurelia tampoco quería que esa fuera su despedida, pero no podía hacer nada por evitarlo. Así que, resignada, volvió a mirar los guantes, suspiró pensando que debía ser comprensiva con los ancianos y se armó de paciencia para dedicar aún un buen rato a ayudarlos.

En cuanto echó el cierre a la tienda, antes siquiera de cenar, subió apresurada a su dormitorio para escribir a Germán. Sabía que era absurdo darse prisa porque aunque enviara

la carta al día siguiente, tardaría en llegarle. ¡Cuándo sería menos lento el correo! —se rebelaba—. Ella necesitaría que Germán supiera justo en ese instante que sentía muchísimo el modo en que había tenido que marcharse. Triste, contrariado. Pensando en su visita creía entender que con ella había buscado ese encuentro a solas que les había faltado, ese momento que sí tuvieron el semestre anterior y que tal vez los dos, sin confesárselo, deseaban repetir. Cierto que

había sido estupendo poder reunirse con los compañeros de clase, que el plan orquestado por ambos para que el círculo de Pablo la aceptase había funcionado, pero, por otro lado, en presencia del resto no podían ser tan transparentes como lo fueron aquella tarde en la ribera o como lo eran cuando se escribían. ¡Ojalá viviera en Sevilla, ojalá él la acompañara cada tarde de regreso de la universidad! Pablo era un gran muchacho, un buen compañero, pero ella, igual que Germán,

mantenía con él ciertas reservas. No podía confesarle sus temores y anhelos porque viniendo de un mundo tan distinto, no la comprendería... Germán, en cambio... No quería que nada los separase, que se enfadase. No obstante, había visto un reproche en sus ojos. ¿Cuál? ¿De qué la culpaba? ¿De tener más amigos? ¿De querer tenerlos? No sabía si preguntárselo abiertamente. Ignoraba de qué debía disculparse en su carta. Y, sin embargo, si no se

disculpaba, ¿qué le diría? No es que no se le ocurriera nada, al contrario, las ideas se le agolpaban. Había tantas cosas que querría contarle, que hacía tiempo que pensaba o, mejor dicho, sentía. Pero temía asustarlo. Sí, esa era la verdad. Germán era la persona con quien había logrado mantener una relación más especial, su confidente, su mejor amigo, su compañero y no podía permitirse estropear todo aquello. Pero tampoco quería ser demasiado hermética, tanto

como para que dudara de lo importante que era para ella, de modo que al final, igualmente, lo perdiera. ¿Cómo podría explicarse? Empezaba una y otra vez la misma frase sin quedar satisfecha, la tachaba y comenzaba de nuevo. Se le atascaban los pensamientos al imaginar los ojos de Germán leyendo los párrafos que ella iba escribiendo. Una vez que metiera la carta en su sobre, la echara al buzón e iniciara el camino a Cádiz, no habría vuelta atrás, de nada serviría arrepentirse,

así que ahora era el momento de pensar cada palabra. ¿Qué quería decirle realmente? O más exactamente, ¿qué necesitaba que supiera? O mejor aún, ¿qué no podía soportar que ignorara durante esos meses que estarían sin verse? De repente escribió una frase diferente a todas las que había comenzado. Corta pero que expresaba con una precisión asombrosa para ella misma sus sentimientos. Una frase rápida y certera. Aunque tal vez más

comprometida de lo que le conviniese: «Siempre serás mi preferido».

Obviamente, no pudo ver la cara que Germán puso al leerla, un rostro que reflejaba orgullo y alegría. No llegó a saber que se le erizó la piel cuando la imaginó escribiéndola y, más aún, diciéndola. Ni que se preguntó si aquello era ir demasiado lejos. ¿Suponía más de lo que él quería? ¿Significaba algo que podía complicarlo todo? Nada importaba en ese instante. Solo quería releer esa

oración, concentrarse y escucharla. Ahí estaban, escritas en un pequeño trozo de papel, cuatro palabras que le salvarían la vida cuando se sintiera inútil, incapaz. Ese momento llegaría, lo sabía, porque siempre llegaba. Pero ahora tenía aquel papel y aun cuando lo rompiera o lo quemara para que no quedara nada que la comprometiera, él recordaría eternamente esas palabras y se las repetiría cuando las necesitara.

Para ambos significó muchísimo escribir y leer,

respectivamente, aquel breve mensaje, pero nunca lo mencionaron. Porque era innecesario o quizá porque fue como si hubieran abierto una puerta cuya mera existencia los ilusionara, pero que no se atrevieran a franquear por miedo a las consecuencias.

Ambos siguieron intercambiándose cartas, menos íntimas, más prácticas. Además, Germán mantuvo su correspondencia con Pablo, con Eliseo de tanto en tanto, también con la familia de Sevilla. Recibía

asimismo correo oficial, remitido por la universidad. Un mes después de los exámenes, por ejemplo, le enviaron las calificaciones, que, como había previsto, esta vez fueron buenas. Pero además, un día, llegó un inesperado sobre de la facultad. Lo remitía don Joaquín Uriarte, catedrático de Mercantil, la asignatura en la que había sacado una mejor calificación. El profesor le felicitaba, pero también le proponía empezar a colaborar con el departamento. Uriarte sabía

que Germán vivía en Cádiz, pero eso, en vez de ser un problema, en este caso, constituía una ventaja, porque una de las líneas de investigación que existían — precisamente una en la que él estaba particularmente interesado, pues preparaba varias publicaciones al respecto— tenía que ver con las relaciones comerciales entre España y América. Don Joaquín consideraba que el frente gaditano, tan importante, estaba desatendido y se preguntaba que quién mejor para

ayudarlo que aquel alumno que había destacado en su examen. A Germán le asombró la propuesta, le entusiasmó y, por supuesto, la aceptó en una carta que envió casi sobre la marcha. Y desde entonces, a todos los frentes que mantenía simultáneamente abiertos, sin desatenderlos, sumó este de investigar bajo la guía de Uriarte.

Gracias a la cantidad y variedad de actividades, al intenso ritmo de estudio que mantuvo, aquel semestre pasó aún más rápido que los

precedentes. En la siguiente convocatoria, de septiembre, el rendimiento en los exámenes bajó. Fue un efecto indeseado pero no imprevisto. Tanto Germán como don Pedro Alvieres, que cada vez le servía más de guía en materia académica, habían sopesado aquel riesgo, concluyendo que valía la pena sacrificar algo las notas, cuando aún estaba en segundo, a cambio de colaborar con un profesor, bien relacionado y que en el futuro podría abrirle puertas en la

universidad o en el mundo profesional.

En relación con Aurelia, la visita otoñal volvió a resultar frustrante, pues tampoco lograron reunirse a solas un segundo. Así que, cuando de regreso a Cádiz Germán retomó la comunicación, resolvieron arbitrar un modo de verse, el febrero siguiente, extraño pero efectivo. El año estaba siendo lluvioso y desapacible y a nadie extrañaría que una mujer, impelida a salir a la calle por lo que sin duda debería ser

una urgencia —de otro modo, ¿qué necesidad tendría?—, se guareciera bajo un paraguas gigante. Germán no necesitó ver la cara de quien caminaba, como si realmente fuera a alguna parte, tras la enorme sombrilla negra, y con un irónico «¿se puede?» —dicho con voz confidente— entró bajo el paraguas y se encontró más cerca de ella de lo que nunca había estado antes. Los dos sonreían, por su ocurrencia y por la alegría de encontrarse, al fin, solos.

Camino a casa de los

tíos de Germán —hacia donde se dirigían dando todas las vueltas posibles y más— hablaron de lo divino y de lo humano, de todo cuanto quisieron. Nada del otro mundo y, sin embargo, por el tono, por la intimidad, aquella conversación era una rareza extraordinaria y por eso disfrutaron de ella como de un placer excelso. Llovía, aunque no tan fuerte como habían previsto. El suave tamborileo de las gotas sobre la tela aislaba sus voces del mundo. Estaban tan juntos que oían sus

respiraciones aceleradas, hablaban atropelladamente mientras avanzaban y apreciaban la dulzura del tibio vaho que exhalaban. De repente Aurelia abrió la boca, pero no dijo nada.

—¿Sí? —preguntó Germán.

—Verás, no estoy segura.

—¿De qué? —volvió a preguntar él.

—Se me ha ocurrido una cosa. Quizá una tontería, pero que me gustaría.

—Por favor, cuéntame.

—Querría ser otra,

como tú cuando vienes a Sevilla y la gente no sabe que eres carbonero, ni lo que te cuesta estar aquí, sino solo te mira y te envidia porque eres listo y tienes personalidad y envuelves, nos envuelves, al hablar.

Germán no era consciente de dar esa imagen, pero le encantaría que así fuese. Lo que no comprendía era cómo podría ella fingir ser otra en su propia ciudad.

—¿Y? ¿En qué piensas exactamente? —la interrogó.

—Ya te digo que puede

que sea una sandez, pero... Cuando me siento libre y puedo hablar de todo y expresar mis ideas sin que nadie me juzgue, cuando soy yo misma, no me parezco a la que soy todos los días, a la que los demás conocen. Y había pensado que, en ese caso, me podría cambiar de nombre y así estaría claro que soy dos mujeres diferentes.

—¿Quieres cambiarte el nombre?

—Quiero que tú me llames Leticia.

En efecto, era una

bobería, un juego de niños que, igual que intercambian cromos o hacen carreras de chapas, se disfrazan. ¿Pero acaso no estaban de nuevo jugando al escondite, esta vez bajo el paraguas? Fuera como fuese, aquella niñería que ella proponía anudaba un lazo de intimidad entre los dos. El secreto los unía a ellos y los separaba del resto. Germán selló el pacto mirándola a los ojos y diciéndole «hola, Leticia» como si acabaran de presentarse. Sonrieron. Y luego siguieron hablando y

caminando como si no se hubiera operado ningún cambio. Cuando lo cierto era que Aurelia, desde aquel día, en la intimidad de sus pensamientos, se consideraría ya siempre Leticia y, en consecuencia, daría por cierto que solo una persona en el mundo, él, Germán, conocería su auténtica identidad.

Por lo demás, aquella estancia en Sevilla se diferenció de las anteriores en que se prolongó algo más. Duró una semana completa porque, en esa

ocasión, Germán no solo tuvo que examinarse, sino también que exponer al profesor Uriarte sus avances. Al pasar más días en la ciudad, dispuso de tiempo para intimar con el resto de los alumnos colaboradores del departamento, pero también para quedar con Pablo, sus amigos y... Leticia. Al principio le costó no llamarla así cuando estaban en grupo y, al revés, Aurelia cuando estaban solos, siempre ocultos al amparo del paraguas prodigioso. Pero con el paso

de los meses la distinción se impuso. Seguramente, en gran medida, gracias a que las cartas que ella mandó llegaron ya siempre rubricadas con su nueva firma.

La siguiente visita a Sevilla, al llegar el otoño, fue la primera en que sintió que aquella experiencia ya le era no solo conocida, sino familiar. Sabía cómo transcurriría: el viaje tendría su parte académica (que incluiría los exámenes, la presentación al departamento de los avances

de la investigación, reuniones con los nuevos profesores y alguna que otra gestión administrativa) y también otra lúdica en la que, como siempre, sobresaldrían los ratos que consiguiera pasar a solas con Leticia. En pleno ecuador de la carrera estaba totalmente integrado, acostumbrado a la dinámica universitaria, por eso no le costaba prever que todo se sucedería más o menos del mismo modo cuando volviera dentro de seis meses, de doce, de dieciocho y así hasta llegar a

la meta y lograr licenciarse. Si finalmente lo conseguía, porque lo que Germán, en su ingenuidad, no consideró fue que incluso los planes mejor trazados, a veces, se tuercen.

XI

SOLITARIO PASO A DOS

La segunda semana de noviembre de 1893, el padre de Germán enfermó. En principio se supuso que sería un malestar pasajero, que los vómitos, fiebre alta y mareos estarían provocados por algo poco importante, una intoxicación quizá. Pero

pasaron diez, veinte días y el hombre no solo no se repuso, sino que parecía cada vez más grave. Entonces se le metió en la cabeza que esa dolencia, fuera cual fuera, le llevaría a la tumba y anunció solemnemente que iría a morir a Pechón. El médico, Germán, Casimiro, el resto de los conocidos y parientes le desaconsejaron cruzar España, en el estado en que se hallaba, pero Ramón se empeñó de tal modo que nadie pudo impedirle viajar. Poco antes de Navidad,

Germán se volvió a quedar solo, al frente de la carbonería, como aquella vez, en su adolescencia. Aunque, a diferencia de entonces, ahora no contaría con la ayuda de su tío, pues se entendía que él era ya suficientemente mayor como para llevar por su cuenta las riendas del negocio.

Germán se sintió atrapado en un callejón sin salida: si no gestionaba el comercio de un modo eficaz, no tendría dinero para seguir pagándose la carrera, pero si dedicaba a la tienda todo el

esfuerzo que requería, se quedaría sin energía ni tiempo para preparar los exámenes. Pensar en ello le aterrizzaba. Era incapaz de controlar su ansiedad. Se conformaba con contener las lágrimas.

Habría considerado mezquino llorar de rabia, de preocupación por sí mismo. Le mortificaba confirmar su impresión de que era un egoísta más inquieto por su futuro que por el de su padre. Si el hombre tenía razón, estaba a punto de morir. No obstante, ¿era eso lo que le daba ganas

de llorar? ¿Lo que hacía que fuera incapaz de conciliar el sueño? Conocía la respuesta y la mínima honestidad que se debía le obligaba a no escondérsela. Lo que le obsesionaba era su maldito destino, ese que cual araña tejía a su alrededor aquella pegajosa red de hilos y lo atrapaba. Sabía que era injusto, que muchos no ya en el mundo, sino en su propio entorno, tenían peor suerte: sus amigos, el pobre de don Pedro, cada vez más ciego, o Seo, que seguramente estaba viviendo

momentos tensos en aquella Filipinas de la que solo llegaban malas noticias. Pero no estaba para conmiseraciones. No en ese momento. Cerraba los ojos y se le aparecían las caras de los afortunados, de los que no tenían que preocuparse por el maldito dinero, sus compañeros de clase, Pablo y su círculo, incluso Leticia, gracias a aquella herencia que, al parecer, le legó su tía.

Entre los rostros felices se colaba uno atormentado. Era el de Juan agonizante,

Juan, que había batallado por escapar de Cádiz y reinventarse, Juan, que había logrado embarcar, vivir al otro lado del Atlántico, pero escasos años, antes de regresar a España sin fuerzas siquiera para contar lo mucho o poco que allí hubiera disfrutado, sin apenas aliento más que para toser durante dos días y finalmente expirar. Juan, cuya prematura muerte evidenciaba que no basta con luchar para hacer los sueños realidad. Que, a veces, estos se resisten

demasiado, se acababan esfumando. ¿Y si él tampoco conseguía realizar su empeño? —se preguntaba Germán—. ¿Y si este era el preciso momento en que su vida encallaba? ¿Cómo detectaría uno el instante clave, funesto? ¿Podría hacerlo?

Por primera vez desde que tenía memoria, Germán dejó pasar varios días sin tocar un libro. Anduvo revisando los cuadernos de cuentas de su padre, repasando la mercancía que tenían, preparando listas de

las salidas a fincas. Y además de todo eso, despachó el género y salió a repartir los encargos. Igual que en los viejos tiempos, como si su vida no hubiera mejorado lo más mínimo desde el primer día que ejerció de carbonero.

Durante varias jornadas y sin rendir explicación faltó a sus citas con don Pedro. Mañana y tarde estuvo atareado en la tienda, por la noche el insomnio le impidió descansar. Veinticuatro horas sobre veinticuatro le estuvo dando

vueltas a la cabeza sin llegar a ninguna parte. Se veía como uno de esos estúpidos perros que giran sobre sí mismos obsesionados por la imposible meta de morderse el rabo. Se creía condenado a renunciar a su objetivo ahora que estaba tan cerca de darle alcance. Sentía que todos sus esfuerzos serían vanos. Que, después de tanto trabajo, a lo más que llegaría sería a carbonero ilustrado, es decir, a uno más infeliz que los analfabetos, pues tendría más consciencia de sus carencias. Pero en vez de

aceptarlo, se revolvió de nuevo. Estaba herido, pero no muerto. Como siempre, lucharía. Prescindiría de todo cuanto, siendo superfluo, le ocupara tiempo; dormiría un número de horas mínimo, insensato, pero seguiría estudiando.

Con esa idea fija amaneció una helada mañana de enero. El viento se colaba hasta por los resquicios más finos haciendo un ruido tan intenso y repetitivo que llegó a aturdirle. Apoyado en el mostrador, bien

pertrechado de papeles, normales y de calco, escribió una nota breve e impersonal para mandar a casi todos sus interlocutores, en realidad a todos excepto a Seo, que le escribía tan de tarde en tarde que bien poco tiempo le podía robar. Sabía que los destinatarios de la misiva se extrañarían del tono neutro, frío, de telegrama, pero no se sentía con fuerzas de redactar versiones distintas, personalizadas, de su lista de desgracias. Es más, no quería lamentarse, solo informar de su presente

situación. ¿De qué le servirían las quejas? Ya sabía qué le dirían todos cuantos conocía: que lo comprendían, que lo apoyaban, que estaban convencidos de que saldría de esta. Pero no podían entender nada, porque no estaban en su pellejo, no eran sus vidas las que se encontraban al borde del abismo, a punto de despeñarse. Si de verdad se hacían una ligera idea —de su situación, de su angustia, de su miedo—, comprenderían que mandara

un mensaje escueto. Sabrían perdonarlo.

*Cádiz, 12 de enero de
1894*

*Estimado señor o
señora:*

*La súbita enfermedad
contraída por mi padre me
fuerza a asumir numerosas
obligaciones familiares, de
modo que, contra el que
sería mi deseo y con el único
propósito de mantener viva
mi aspiración de culminar
con éxito la carrera de
Derecho, me veo en la*

necesidad de abandonar todo lo que no sean mis citadas responsabilidades y la estricta preparación de exámenes.

Lamento profundamente la decepción y problemas que ello pueda causarle y me comprometo a retomar, tan pronto como me sea posible, los contactos académicos y personales que ahora interrumpo.

Atentamente le saluda, le desea lo mejor para este nuevo año y se despide

Germán Díaz Sánchez

Mandar aquella nota

(que rezumaba resentimiento en cada palabra, especialmente en las ocho últimas) fue un error en todos los casos. A nadie gustó recibir el mismo texto que un grupo indeterminado de destinatarios, hombres y mujeres, conocidos y amigos, más o menos íntimos. Al profesor Uriarte le pareció una falta de responsabilidad que Germán dejara, a medias, la investigación que tenía encomendada y otra de urbanidad que se lo hiciera saber en una carta idéntica a

la que mandaba a sus amistades. A estas les molestó que considerara cartearse con ellos uno de sus engorros cotidianos. Por no hablar de don Pedro, que no entendía por qué no podía dedicar cinco minutos a acercarse a su casa y explicarle aquello personalmente. En realidad, ofendió a todos porque, sin ser consciente, era lo que pretendía. La carta era un bofetón sin mano, una patada al aire, un berrinche. Un ajustar cuentas a los demás haciéndoles sentir

culpables de sus infortunios. Algo injusto, como habría advertido de haber estado menos cegado por la frustración. Y torpe, porque pudo haberle cerrado muchas puertas.

Si no hubiera sido porque Aurelia tranquilizó a Pablo, este no le habría vuelto a dirigir la palabra y menos aún le habría seguido ayudando, enviándole sus apuntes. Pablo lamentaba, por supuesto, que el padre de Germán estuviera enfermo, pero consideraba «injustificable», sí,

«injustificable», que les hubiera enviado aquella carta tan «grosera». «¡Ni que fuera hijo de carbonero!», remató con indignación. No calibraba la crueldad de usar, en aquel contexto, esa frase hecha que estalló como una bomba en los oídos de Aurelia. Ella cerró los ojos como para borrar lo que acababa de escuchar. Estuvo tentada de sincerarse con Pablo, para que entendiera que lo que enloquecía a su amigo, justamente, era tener que seguir siendo lo que era un año más, una semana

más, un día más de lo estrictamente necesario. Pero apretó los labios y se obligó a callar al imaginar cuánto la odiaría Germán si supiera que traicionaba su secreto. Nadie tenía más razones para sentirse ofendida y sin embargo ella solo se compadecía. Al leer la nota casi oyó un grito de dolor. Sabía lo desesperado que él debía de estar. Tenía incluso mala conciencia por no ir corriendo a Cádiz, a confortarlo. Pero no se atrevía. Algo tan escandaloso como montarse

en una diligencia y marcharse de Sevilla sin causa justificable podía arruinar su propio afán. ¿Cómo volvería a casa después de eso? ¿Cómo regresaría y convencería a sus padres de que era la misma chica responsable que había sido toda la vida, de que no había cambiado nada, de que conservaba intacto su juicio, su sensatez y aquello —«la honra» lo llamaban— que era en el fondo lo único que importaba? ¿Cómo podría pedirles que siguieran

respaldando su deseo de estudiar, si ella no cumplía con su parte, si les fallaba? No, era imposible. Así que puesto que ella tampoco obraba como debía, no tenía derecho a juzgar a Germán y menos a condenarlo.

Poniendo en juego todo su talento dialéctico, Aurelia llevó a Pablo —aun por caminos distintos a los que ella había seguido— a la misma conclusión y finalmente ambos resolvieron no solo seguir escribiéndole (asumiendo incluso que quizá él no les

contestase), sino también tratar de neutralizar algunas de las consecuencias que aquella nota infausta estaría, probablemente, a punto de desencadenar. Era fácil imaginar que una de las copias había llegado al departamento de Mercantil, indignando al catedrático. Así que allí se presentaron Aurelia y Pablo y se excusaron en nombre de Germán, quien —dijeron— se había visto afectado, él mismo, por el trastorno de su padre y había escrito la carta en una especie de

delirio. Uriarte, que pese a todo estimaba al alumno que tanto lo había ayudado, se inquietó por Germán. Al punto de enviarle aquella misma tarde una respuesta en la que le instaba a no preocuparse por nada más que por restablecerse. Tiempo habría más adelante —le decía literalmente— de retomar los estudios y la investigación que ahora interrumpía.

Cuando Germán leyó esas líneas no entendió a qué venían. ¿Acaso había dicho él o dado a entender que

estuviera enfermo también? Claro que no. ¿Entonces qué quería decir lo de «restablecerse»? Sería del golpe, del disgusto. En todo caso, le alivió comprobar que pese a haber redactado una carta tan impertinente—pasados los días, era perfectamente consciente del tono tan irritante que había empleado— no se había convertido en *persona non grata* para el departamento del catedrático.

A don Pedro ya había ido una tarde a pedirle excusas y en cuanto a sus

amigos, le demostraron que, aunque tuviera problemas, era un hombre afortunado, pues había gente que lo quería y le perdonaba sus estupideces.

Aun comprendiendo esto, siguió sin escribirles varios meses porque el fondo de la desafortunada carta era cierto: no tenía un segundo libre. La carbonería era él y en ella trabajaba todas las horas del día. Su padre llegó a Pechón al borde de la muerte y aunque había mejorado desde entonces, el restablecimiento completo

quedaba todavía lejos. En el horizonte no se vislumbraba una fecha posible de regreso, de modo que en abril, cuando ya había perdido la primera convocatoria del año, envió un escrito a la universidad en el que solicitaba permiso para pasar los exámenes de septiembre en las instalaciones del Colegio de Abogados de Cádiz. Era un ruego inusual al que, si se accedía, debía ser en un caso extremo. Por eso, Germán se vio obligado a explicar sus circunstancias, entrando en todos los

detalles que hasta ahora había evitado mencionar, incluida especialmente su condición de hijo de carbonero, y carbonero él mismo, y la imposibilidad de abandonar la ciudad donde regentaba la actividad que no solo pagaba sus estudios, sino su sustento y el de toda su familia, integrada por su padre enfermo, que convalecía en Cantabria, la segunda esposa de este y su hermanastra. Sopesó largo tiempo el contenido de aquella carta, pues sabía que borraría para siempre la

imagen que de él tenía su entorno universitario. Era como matar a ese «yo» en cuya piel se metía en sus viajes a Sevilla, ese del que estaba tan satisfecho y que tan bien le hacía sentir. En cuanto los profesores y compañeros supieran quién era realmente, no podría dar marcha atrás. Sería para siempre el carbonero que intentó ser abogado, tal vez, con suerte, el que lo consiguió, pero la marca de su origen trascendería para no abandonarlo. Pensó en ello una y otra vez sabiendo

de antemano que carecía de opciones. O se examinaba en Cádiz, o pasaría un curso en blanco y luego los que viniesen, ¡Dios sabría cuántos! Necesitaba que accedieran a enviarle las preguntas y a que se examinara ante notario. Y si para ello tenía que quitarse la careta, estaba dispuesto a asumir las consecuencias. Tal vez después, una vez licenciado, le costara más abrirse camino como abogado, pero no tenía sentido preocuparse por eso en este momento en que el

título aún quedaba tan lejos.

La noticia de su solicitud corrió como la pólvora por la facultad, como él había previsto. Los profesores quedaron muy sorprendidos al conocer sus circunstancias. Germán nunca les había mentido sobre quién era, no difundió ninguna historia falsa, simplemente se refugió en su timidez, en su carácter reservado, para no entrar en pormenores y la verdad era que nadie solía llegar allí desde tan abajo. ¡Cómo iban a imaginarlo! Sin ningún

propósito preciso de dañarlo, es más, incluso por alabar su mérito, los comentarios de los docentes llegaron pronto a los alumnos, que también se asombraron. Todos, incluida la única que sabía la verdad, Leticia, que lo que no esperaba era que saliera a la luz y menos por iniciativa del propio Germán. Pablo, que quizá en ese instante recordó las palabras proferidas meses atrás, se convirtió —¿espoleado por la culpa?— en el primer valedor de su amigo. No es que nadie lo criticara en su

presencia, sino que antes de esperar siquiera que eso ocurriera, destacaba el talento, la fuerza de voluntad, la valía natural que debía de tener para haberse labrado aquella trayectoria solo, sin respaldo. La corriente de opinión fue, en general, favorable a que se le permitiera examinarse en Cádiz, aunque, obviamente, había quienes consideraban que si alguien no podía aspirar a ser abogado por sus problemas personales, a él en exclusiva correspondía remediarlo. Finalmente, la

petición de Germán fue aprobada, lo cual se le comunicó por telegrama. Fue la palmada en la espalda que requería. Aquella comunicación suponía una aceptación de su realidad y un depósito de confianza por parte del colectivo al que deseaba integrarse. Aunque precisamente por ello sentía una redoblada responsabilidad de demostrar su aptitud, de no defraudar.

Sus compañeros y amigos se alegraron de la decisión del claustro

universitario y le desearon suerte en una carta conjunta. Leticia, íntimamente, lamentaba que aquello significara no volver a verlo el próximo septiembre ni tal vez en años. Sin embargo, tuvo la suerte de que todo aquello ocurriese en abril, mes en que Sevilla y sus ciudadanos, como narcotizados por efluvios de adormidera, se sumergen en un profundo letargo y se entregan a frenéticos sueños, fantasías barrocas, algunas religiosas, otras paganas, la mayoría híbridas de ambas.

La Semana Santa, las ferias ganaderas, las cruces de mayo, celebraciones para el deleite de los sentidos, logran cada año el milagro, si no de borrar la realidad, sí de desdibujarla, como cubriéndola con una gasa que la difuminara, la hiciera parecer lejana, apenas evocada. Ella era una sevillana más, una persona con las mismas necesidades de evasión y tregua que el resto, aunque hasta ahora insatisfechas. Su excentricidad de mujer empeñada en estudiar le

había impedido hasta el momento incorporarse a un grupo y disfrutar dentro de él de estas fiestas esencialmente gregarias. Sola, o con sus padres, desde los balcones de la casa, se había limitado a ver cómo pasaban las cofradías y las masas, en su presencia, se extasiaban. El espectáculo siempre le había parecido extraordinario. Incluso cuando —relativamente pronto y por culpa de ciertas lecturas «prohibidas»— empezó a albergar dudas sobre la historicidad de los

episodios representados y, más aún, sobre la realidad empírica de la existencia de un ser, un Dios, un demiurgo creador del cielo y de la tierra. Lo que era innegable es que ellos existían: ella, los cientos de conciudadanos agolpados para ver los pasos, los artistas que esculpían las imágenes, los costaleros que las alzaban y los nazarenos que las escoltaban, expiando sus culpas con cruces o cirios que, una vez encendidos, desprendían el aroma dulce de la cera que se consumía.

Ese olor, cálido y untuoso, se mezclaba con el del incienso aventado por los acólitos. El leve toque del azahar, prendido de los naranjos, era la gota final para que, aquella semana, el aire embriagara. Seguramente por esa irresistible amalgama de esencias, aunque también quizá por hallarse frente al infrecuente espectáculo del dolor y la muerte, la gente entraba en trance. Ella los había observado durante años desde fuera, arriba, asomada. Parecía que se

diluían los unos en los otros, perdiendo sus contornos individuales. Se cogían de las manos, se pegaban a las filas de atrás y de delante. Se fundían. Sobre todo en el momento justo en que llegaba el paso. Entonces, se hacía un silencio absoluto, aguantaban la respiración como antes de exhalar el último aliento, agudizaban infinitamente sus sentidos y disfrutaban del instante. En un visto y no visto, se había ido. Había pasado el momento y la turba volvía a disgregarse y a desaparecer

con prisa en busca de un nuevo palpito milagroso, en otra parte.

Era una experiencia profundamente sensual, aunque no estuviera bien visto referirse a ella con semejante término. Ella lo había percibido aun cuando su papel se había limitado al de mera espectadora y pudo corroborarlo aquel año en que por primera vez participó plenamente en la fiesta. Pablo la había invitado a pasar en su casa, desde el mismo Domingo de Ramos, todas las tardes que

quisiera. Era tradicional, en su familia, organizar grandes meriendas la semana completa, pues por allí pasaban decenas de cofradías. Parientes y compromisos aparecían sin necesidad de anunciar visita. La madre, al frente de una legión de doncellas, preparaba por las mañanas copiosos manjares, la mayoría dulces de la fecha, pestiños y torrijas, bien enmelados que luego se regaban con olorosos de Jerez o vinos malagueños de uvas pasas. Los balcones se

engalanaban con fastuosas colgaduras rojas ribeteadas de pasamanería dorada y el central, además, por la consabida palma. Una de las criadas permanecía en pie junto a la cancela cada tarde, para recibir a quienes llegaban y otra, al lado de ella, se encargaba de retirarles los abrigos, sombreros, chales, chaquetas, bolsos o paraguas —según los casos— y llevarlos al cuarto anexo, donde se guardaban perfectamente ordenados. Todo era, en aquella casa de

la alta burguesía, como ella siempre había imaginado: deliciosamente abundante, asombrosamente rico, pero discreto, fino. Como los cuentos infantiles de palacios y princesas, exasperantes a la luz de la razón y la justicia; embaucadores a poco que uno entrecierre los párpados y se sumerja.

Leticia no pudo elegir. Desde que posó en el zaguán sus pies —calzados con los tacones crema de cada Domingo de Ramos—, todas y cada una de las palabras

que oyó la hicieron sentir hipnotizada. No prestaba la menor atención al fondo de lo que le decían, se limitaba a paladear el sonido de los términos y estos le provocaban un placer, una sensación de abandono que imaginaba similar a la de beber alcohol. Sí, algo así debía de ser tomar champán y sentir el espumoso burbujeando en la cabeza. Mucha gente pululaba por el edificio de tres plantas y sus voces reverberaban en el patio de columnas, bajo la montera. Pablo la presentaba

a todo el mundo y repetía nombres que ella sabía que no podría recordar. Cada uno de los presentados, hombres y mujeres, jóvenes o maduros, le dirigía alguna frase amable, fórmulas de cortesía, a las que ella respondía solo con sonrisas, incapaz de decir nada, como si hubiera perdido el habla. Tal reacción tenía su razón de ser. No es fácil participar por primera vez en un rito social como la Semana Santa sevillana cuando uno ha estado toda su vida al margen. Para Pablo y los

compañeros de clase allí presentes era fácil, natural incluso, porque estaban acostumbrados desde niños. Aquello resultaba lo más normal del mundo. Incluso una repetición monótona de lo que había pasado en tantos otros Domingos de Ramos. Pero a ella la rodeaba tal cantidad de nuevos estímulos que lo raro habría sido que no se hubiera alterado.

Al presentarla como su compañera de estudios, además, Pablo despertaba la curiosidad de todos los

invitados. Habían oído hablar previamente de ella y ahora que la tenían delante no querían perder la ocasión de escrutarla. La miraban con lo que a ella le pareció una especie de mezcla de admiración y recelo, haciéndola sentir a la vez un ser misterioso, extraño — incluso fascinante, para algunos— y también un peligro, capaz de contagiarles la peor de las enfermedades incurables. Así la veían o así se veía ella reflejada en sus pupilas, que, le parecía, estaban

extrañamente dilatadas. Debía de ser una impresión suya, como la de que los varones a los que la presentaban se demoraban más de lo corriente sosteniéndole la mano o llevándosela a los labios. Rozaban sus yemas con un cuidado tan extremo —como temiendo lastimarla—, acariciaban el dorso con sus bigotes con tal delicadeza, al besársela, que le hacían cosquillas. La verdad, todo eran atenciones. Le ofrecían bebidas y dulces, le buscaban asiento, le daban

conversación. Todos estaban a su disposición, inclusive el padre y los tíos de Pablo, eminentes letrados. Cuando se oyeron los tambores anunciando la llegada del Cristo, le cedieron el paso en las puertas, incluso teniendo la amabilidad de guiarla asiéndola del antebrazo. En otro momento le pareció que hasta la dirigían, deslizando por su talle unas manos imprecisas, un gesto de familiaridad que veía repetirse aquí y allí, en cada corrillo. No se sintió molesta, aunque

inevitablemente sí turbada. No estaba acostumbrada a tal profusión de contacto físico. Eso era. De ahí que cada roce, quizá casual o bienintencionado, ¿quién sabe?, la excitase, mientras el resto era inmune, indiferente a ellos. ¿O no tanto? Pues, si así era, ¿por qué aquella pareja se quedaba rezagada en el patio sin subir al trote los peldaños de la escalera para llegar a tiempo a ver el paso? ¿Y por qué la miraba justo ahora, de aquel modo tan intenso, ese hombre, el

padrino de Pablo? ¿Eran imaginaciones suyas o había cierta humedad en sus ojos, sequedad en sus labios? ¿Estaría fantaseando que por ser ella como era —una cabeza loca obcecada en estudiar, una estrafalaria acostumbrada a violar los límites de la sociedad— estaría dispuesta a desafiar todas las fronteras? ¿Andaba el hombre equivocado por completo?

No quería pensar. Llegaba el misterio y con él, el aroma, la música. En la calle angosta se acercaba el

momento de guardar silencio y apretarse. En su balcón, Pablo la dejó pasar hasta la primera línea. En el momento cumbre, sintió por fin el éxtasis imaginado, percibió con una nitidez dolorosa su contorno y cómo se fue fusionando con los de los cuerpos que se estrechaban contra ella, a los costados y en la segunda fila, asomándose un poco, alzándose de puntillas para ver mejor el paso.

La sobremesa se fue transformando en velada y luego se prolongó hasta que

los candelabros hicieron que las sombras bailaran como reflejos en el agua. Aunque Pablo insistió mucho en acompañarla a casa, ella consiguió evitarlo. Le había sonreído, le había prometido regresar al día siguiente, se había escabullido como un pez diminuto entre los nudos de una red pesquera. Deseaba quedarse sola. Poder disfrutar, al fin, en la intimidad, del deleite que la invadía al inspirar. Sentía el aire haciendo vibrar sus aletas nasales y cómo aquel temblor insignificante crecía

dentro de ella, al recorrer el trayecto que iba de la garganta al busto, de los senos al abdomen, del vientre al sexo, de este, bifurcándose, a las caderas y de ellas, a los pies, bajando por ambas piernas. Todo su cuerpo sufría la sacudida. No sabía si la convulsión era reacción a una sensualidad exterior, a un deseo que estuviera —como el polen— suspendido en el aire, o si por el contrario era ella el origen de la descarga. Y en realidad no le importaba. Lo único incontestable era que

tenía veintitrés años y acababa de entrever las caricias que llevaba diez anhelando. Deseó que sus padres no estuvieran en casa. Tuvo incluso la fantasía mayor de vivir sola, de estar emancipada. Para minimizar el choque con la realidad de encontrarlos en la sala solo pudo acortar lo más posible el diálogo que ellos iniciaron. Sí, lo había pasado bien; sí, la habían acompañado hasta la puerta; sí, había comido; solo estaba muy cansada. Después de darles un par de besos de

buenas noches, subió a acostarse.

Mientras se desvestía y colgaba la ropa en las perchas no podía dejar de observar su imagen en la luna del armario. Tenía los pechos duros, calientes, hinchados —su mente deseaba y su cuerpo se volcaba en delatarla—. Los acarició despacio. Le gustaba notar la carne palpitando en el hueco de sus manos. Mantuvo quieta la izquierda y bajó la otra, en cambio, hasta traspasar el ecuador de la cintura. Del

otro lado del paralelo invisible sintió que su piel abrasaba. Por el contrario, más abajo, entre los muslos, se notó húmeda. Tenía sed. Le costaba respirar. Abrió un poco los labios y entre ellos se deslizaron leves jadeos. Le tentaba abrir la ventana, asomarse, dejar que cualquiera que pasara la mirase. Recordó el aviso que repetían las monjas en la escuela: «El hombre es fuego, la mujer estopa. ¡Llega el diablo y sopla!». Definitivamente, ella tenía una poderosa parte

masculina, pues no solo estudiaba, sino que era capaz de prender sola, sin ayuda de nadie. Ardía. Quería quemarse y quemar, hoy mejor que mañana. Ya, ahora. Tumbada sobre las sábanas —frescas, de hilo—, notaba la columna vertebral muy tensa, erizada. Cada vértebra encajando en la siguiente, procurándole un delicioso placer al estirarlas. Densas gotas de sudor — como mercurio— recorrerían su cuerpo: desde las sienas hacia la nuca — por detrás de las orejas—,

bajo los pechos por el costado, desde las corvas — flexionadas— en un doble sentido, hacia los talones y hasta los glúteos. Respiraba agitada, con los ojos cerrados, concentrada en su piel. Recordaba y revivía cada roce recibido durante el largo día. Creaba una ficción que copiaba la realidad, salvo en detalles ínfimos. Como que los contactos no fueran involuntarios, sino buscados; no breves, sino largos —lentos, minuciosos— y que no procedieran de muchas manos anónimas,

irreconocibles, sino de dos, blancas, pecosas, inconfundibles.

En la distancia, Germán no podía imaginar ser objeto de deseo de la mujer en la que él mismo pensaba, muchas veces solo, en la cama; más frecuentemente de regreso a La Perla. No era cliente habitual, ni mucho menos, de las salas de fiestas. Para empezar, porque no tenía dinero; en segundo lugar, porque tras la muerte de Juan temía más contraer una enfermedad; pero también porque tanto el

espectáculo como la compañía perdían atractivo a medida que se sumaban visitas. La primera vez fue fabulosa porque todo parecía mágico y espontáneo, incluso —hasta cierto punto— la atracción de la chica que lo llevó al cuarto. En cambio, las siguientes, a lo largo de aquellos años, evidenciaron de un modo cada vez más palmario que cada detalle, desde los bailes y las sonrisas sobre el escenario al coqueteo y las propuestas en la barra, las caricias, los besos y susurros

del reservado, respondía a un plan orquestado por altas instancias y ejecutado maquinalmente por las vasallas para hacer caja. Visto de ese modo, era inevitable sentirse culpable de la explotación de las muchachas y, aun así, de tanto en tanto, volvía a ir. Como sabía que las prostitutas no sentían ni pasión, ni deseo y eso lo enfriaba, cerraba los ojos y recreaba —inventándolo— un encuentro más excitante que el que realmente estaba protagonizando. Para su

sorpresa, la mujer que siempre acababa por tener enfrente resultaba ser Leticia. Al principio le extrañó porque no era consciente de desearla tanto, pero lo cierto era que solo ver su cara, sus dientes asomando entre los labios despegados, mordiendo con suavidad el de abajo, solo con repetirse en silencio el nombre que nadie más pronunciaba, sentía unas incontenibles ganas. ¿Por qué, si cualquiera de esas chicas era más guapa?

Pensaba,

retroactivamente, en las circunstancias tan excitantes en que estuvo con ella, aquella vez en el río, y se enfermaba. Los dos solos, escondidos entre las matas, lejos de miradas indiscretas, bajo el calor de la tarde. No podía comprender cómo había tenido fuerza para resistirse, cuando ella incluso había llegado a abandonarse sobre la hierba, tumbada, relajada. Fue un momento increíble, irrepetible. ¡Se arrepentía tanto de no haberlo aprovechado! A veces se

preguntaba si pensaría tanto en ella por llevar mucho sin verla. Quizá no la recordaba tal cual era, tal vez la idealizaba, igual al reencontrarse ella le defraudaba. Aunque también era posible que lo volviera loco. Que le costara Dios y ayuda disimular cuánto deseaba acercarse, agarrarla por los codos, mantenerla así quieta, a milímetros de su cara, mientras respiraba el aliento que exhalaba. En cuanto volviera a tenerla cerca recordaría esa fantasía. Le asaltarían a un tiempo el

placer y el dolor de sentirse tentado de llevarla a cabo. Pero de la tentación al hecho mediaba un camino de millones de pasos. Para empezar, tal vez simplemente ella no le correspondiera. E incluso si lo hacía, si cuando él la besara ella abría sus labios, si disfrutaban ambos... Uno no podía dejarse llevar por el deseo y pretender luego que nada había sucedido. Lo normal sería, como siempre, prometerse, casarse, formar una familia y todo eso que seguía fuera de sus planes.

Aún estaba en otra etapa. Quizá más adelante, cuando ya fuera abogado y ejerciera, quisiera pensar en cuestiones como aquellas. Pero ahora no debía dispersarse. Bastantes complicaciones tenía. Y mientras seguía peleando por su vida, nada de malo habría en convocar, siempre que lo necesitara — es decir, a menudo—, a aquella fantasmal Leticia.

La real, de carne y hueso, febril veinteañera, incapaz de domeñar los impulsos de su cuerpo, al punto de llegar a despreciar

cualquier riesgo, subió, una buena mañana, a la diligencia y se sintió, simultáneamente, en el cielo y el infierno. Hacía meses ya que había concebido un plan desatinado y desde entonces había dedicado muchas horas a prepararlo. Básicamente consistía en convencer a su padre de que la acompañara a Cádiz para buscar en no sé qué archivos no sé cuál documento y, una vez allí, lograr escabullirse de él para buscar a Germán. Era un proyecto difícil de armar, pero que con esfuerzo

tuvo perfilado para Todos los Santos. Mientras ella estuviera en el archivo su padre, que no sería admitido por no contar con credencial de universitario, podría visitar a unos proveedores que desde Cádiz le mandaban pieles de Ubrique. No era algo que el hombre necesitara, pero al menos así aprovecharía aquel viaje al que Leticia sabía que accedería, porque él nunca podía negarle nada. Ella no llegó a pasar del vestíbulo del archivo; en cuanto vio a su padre bajar

las escalinatas, alejarse y doblar la esquina, contó mentalmente un minuto y luego salió rumbo a la calle Tintes. A cada paso que daba, notaba que sus pulsaciones se aceleraban. Estaba nerviosa, agitada. Intentaba no perder la cabeza. Sabía que no debía esperar nada del encuentro, pues la realidad rara vez está a la altura de los sueños. Sería bueno contentarse con una buena charla, después de tanto tiempo. Pero no podía evitar desear más que eso.

Cuando

Germán

reconoció su silueta en la calle, tardó en dar crédito. Un cliente tenía ya la mano boca arriba para recibir el cambio, otros dos aguardaban su turno para ser despachados y, sin embargo, Germán los dejó a los tres mirándose extrañados mientras se acercaba a la puerta de cristal a constatar que, en efecto, era ella. Se hicieron algún gesto, sutil, pero que los dos comprendieron. Germán acabó de expender el género y cuando, al fin, el último comprador salió, Leticia

entró. Él súbitamente sintió reparo, apuro de que ella lo viera allí, así, sucio; a ella, en cambio, le emocionó descubrir el lugar en que él se había criado, que tantas veces intentó imaginar. El silencio inicial y sus miradas fueron más sinceros que las palabras que poco a poco se dijeron. Leticia inventó una historia sobre su visita a Cádiz y Germán, una excusa para cerrar y hacerla pasar dentro, pese al miedo a descubrirle toda la miseria del sitio. Sentados en la trastienda, donde nadie

podía verlos, pusieron en marcha dos conversaciones paralelas: por una parte, la real, la física, consistente en un repaso de hechos, anécdotas, convenciones (qué tal estaba Pablo, y los demás compañeros. Bien. ¿Y su padre? Algo mejor, pero solo algo. Cómo habían resultado los exámenes. ¿Y el trabajo?), y por otra, la secreta, telepática, subversiva, hecha de deseo, de inquietud, de prisa, en la que se decían que era maravilloso —e increíble— estar por fin frente a frente,

pero también arriesgado. No se trataba de un riesgo abstracto. Desde que se encerraron se sucedieron varias tandas de golpes a la puerta, obviamente, de clientes. Leticia no dejaba de pensar que cuando saliera, tendría que abrirse paso entre aquella gente que, fuera quien fuese, la miraría furiosa por haber tenido que esperar y pensando de ella lo peor que se pudiera pensar. Habría sido muy fácil para Germán tranquilizarla diciéndole que existía otra puerta, la del patio, desde la

que podía alcanzar la calle trasera, pero le pareció grosero apuntar la vía a una posible huida cuando no habían cometido ningún acto indecoroso, todavía. Tal vez no pasara nada, al final. Aunque los dos lo desearan. Quizá podrían contentarse con verse o con imaginar lo que se gritaban bajo las palabras. No paraban ni un segundo de hablar, atropelladamente, aterrorizados de que, si se callaban, sus deseos, atronadores, se acabarían escuchando. Al mismo

tiempo temían estar dejando pasar una oportunidad única —otra más—. Esta vez sabían cuánto les remordería. La incomodidad y el aturdimiento llegaron a ser tales que Leticia tuvo que levantarse. Fingió que le interesaba ojear la «mítica biblioteca, herencia del periodista». Germán la siguió. Muy cerca de ella fue señalándole sus libros favoritos, le explicó el porqué de cada preferencia a una distancia mínima. El suave olor de su respiración le hizo intuir a qué sabría su

saliva, pero eso no bastaba. Leticia a su vez lo exhortaba, mentalmente. No quería ni pensar que él fuera a reprimirse por inseguridad, por timidez, por miedo a tocarla con aquellas manos manchadas. «Acércate, bésame, no dejes que me vaya sin ninguna marca», le transmitían sus ojos. Él sintió que el pantalón se le estrechaba y se aproximó aún más a ella, muriéndose por rozarla. «Ven» fue la única palabra que dijo mientras la abrazaba. Ella, cuya cintura se cimbreaba

—a la vez oponiéndose y deleitándose—, ronroneó bajo —como un gato— todo el tiempo que duró aquel beso húmedo, lento, con el que tanto habían fantaseado.

El contacto duró una vida larga, llena de años. La intensidad, las ganas les hicieron sentir que levitaban. Pero la fuerza de siglos de convenciones sociales, de criterios de oportunidad, de miedo a la libertad consiguió que los dos dudaran de sí una fracción de segundo, nada, lo bastante para dejar caer la magia al suelo y

permitir que estallara. Fragmentos diminutos, añicos —polvo plateado— saltaron por los aires y laceraron su carne. No tuvieron tiempo de pensar, solo sintieron y no es fácil saber qué exactamente. Seguramente lo uno y lo contrario, no ser correspondidos o serlo demasiado y que cualquiera de ambas cosas no fuera la apropiada, los lastimara. Sus cuerpos —o más precisamente sus cerebros, usándolos como instrumentos— se

repelieron. Boicotearon así un momento de felicidad que, siendo breve, podría ser el más pleno que conociesen. En sus temerosos ojos se reflejaba que era tarde ya para dar marcha atrás y revivir el instante. Aunque quisieran. Se sentían desnudos, el uno frente al otro, helados, frágiles, necesitados de protección. Con urgencia. Tanta que antes de que Germán reaccionara diciendo algo —lo que fuera— para restaurar el cariño y la confianza previos, antes

de que pudiera enseñarle la otra salida, antes de despedirse, ella había vuelto a la tienda, descorrido el cerrojo y desaparecido a toda prisa. Cuando él se asomó no había clientes en la calle, aunque no llegó a saber nunca si ella al salir se topó con alguien.

Lo que sí averiguó pronto fue cuándo volvería a verla. Pero no porque ella le hiciera llegar ninguna nota anunciándole nueva visita, ni porque le escribiera pidiéndole que hiciera lo imposible por propiciar él

otro encuentro. Sencillamente, Ramón, su padre, avejentado pero repuesto, acabó por volver a Cádiz en enero de 1895 y para Germán aquello suponía que, el mes siguiente, por fin, podría viajar y examinarse en Sevilla.

Entre los meses de noviembre y febrero en que no se vieron, ambos rememoraron el beso de modo totalmente diferente. Es más, sus percepciones no fueron estáticas, sino que fluctuaron. Germán, que en

un principio se sintió halagado, orgulloso, incluso ufano por lo que le parecía evidente, que ella había ido expresamente a Cádiz buscando que aquello ocurriese, fue poco a poco dejándose vencer por lo que consideraba «razonable», por la que venía siendo, desde siempre, su escala de prioridades. Estaba en el último año de carrera, su padre acababa de regresar, finalmente la meta de licenciarse estaba al alcance y eso era lo fundamental. No debía olvidarlo, ni distraerse.

Después ya vería. Con el paso de las semanas, además, se fue convenciendo de que existían dos Leticias: su amiga, la real, inteligente, divertida, polémica, insólita entre las mujeres que conocía, y la otra Leticia, que en realidad ni era ella ni ninguna, sino encarnación de su ideal femenino, una fantasía que en un momento de flaqueza había confundido con la auténtica, provocando que le diera aquel beso.

Llegó a esta conclusión

sin darse cuenta de que era más falsa que la falsa Leticia en la que él creía. Sin percibir que disfrazaba un temor, una cobardía, ante el deseo que desataba en él esa mujer de carne y hueso con la que vivir sería, claramente, un reto. Sí, se asustó. Y solo se permitió seguir soñando con la Leticia de mentira, siempre y cuando fuera capaz de mantener a raya a la real, únicamente como amiga, sin darle la menor esperanza. «Sin darle esperanza», eso pensó, porque en su vanidad

descartaba que ella también estuviera arrepentida. Y para desgracia de la pobre, tenía razón.

En el momento en que Germán se alejó de sus labios —estaba segura de que era él quien había parado— ella sufrió un ataque de vergüenza y pánico. Por eso salió corriendo, ciega, sin saber ni a dónde iba. Pero ya en la diligencia y luego en su casa, más tranquila, empezó a ilusionarse. Era él quien había dado el paso de besarla. Bien es verdad que

después de que ella se presentara allí, a visitarlo, pero la había besado, ¡y de un modo tan apasionado! Eso significaba que la quería, que la deseaba, que la correspondía. *Darse cuenta* le hizo feliz. Porque siendo así, no había de qué preocuparse. Ya buscarían el modo de construir su relación, de salvar la distancia, los problemas que tal vez pusieran sus respectivas familias, por ser él hijo de carbonero, por ser ella «una marisabidilla». Estaba segura de que lo

lograrían. Pero aun así, deseaba recibir unas letras de Germán, unas palabras cariñosas que ratificaran su impresión —si es que, siendo él un hombre tímido, no podía aspirar a una auténtica declaración de amor—. Esperó carta durante semanas. Pero no llegó nada, ni siquiera los envíos de apuntes y esquemas que él solía mandarle antes de que se besaran. El silencio la volvió insegura, taciturna. A pesar de lo cual se negó a admitir la decepción. Inventó una

explicación plausible. Seguramente, Germán no solo estuviera ocupado, sino que considerara que no era adecuado abordar el asunto por carta. Debía de preferir hablarlo en persona. Ella también, pero ¿cuándo? No sabía si vendría a examinarse en febrero. A veces disfrutaba imaginando que, copiándole la idea, un día se escapaba y la sorprendía apareciendo en la tienda. El corazón le daba un vuelco cada vez que creía verlo cruzar la plaza. Pero nunca era él. Se equivocaba.

Tenía tantas expectativas depositadas en su reencuentro que, cuando por fin aquel febrero lo vio en el patio hablando con Pablo y él se limitó a saludarla de lejos antes de salir volando hacia Dios sabría dónde, estuvo a punto de echarse a llorar sin pararse a pensar que este o aquel, profesor o alumno, iba a mirarla. No entendía nada, o no quería entenderlo. Solo podía justificarlo pensando que tal vez ignorarla formaba parte de una estrategia para ocultar lo

que había entre ambos hasta que llegara el momento de formalizarlo. Porque si la realidad era que se había arrepentido —no era tan estúpida para negarse tal posibilidad—, estaba convencida de que él tendría valor para verla a solas y explicárselo con tacto, pero con franqueza. La perspectiva más halagüeña de todas era que la deseara tanto que se sintiera incapaz de estar solo con ella sin repetir aquel beso e incluso ir más lejos. Se aferró a esta mientras le fue posible, es

decir, hasta el día en que supo que, por primera vez desde que se conocían, él había vuelto a Cádiz sin despedirse.

Fue un duro golpe que llegó en el peor momento. Justo cuando empezaba el último cuatrimestre, al final del cual se licenciarían. Había soñado tantas veces con ese instante, con cómo iba a disfrutarlo, que le costaba aceptar aquella sensación de infelicidad. Siendo sincera con ella misma, la culpa no era de Germán en exclusiva.

También le dolía pensar que mientras para sus compañeros terminar la carrera suponía comenzar su vida activa, en su caso, acabaría la aventura. Como mucho podría empeñarse en hacer una tesis. Pero le costaría encontrar quien la dirigiera y total, sería para nada, pues la universidad nunca la contrataría ni como docente, ni como investigadora. Nadie como Germán podría entender la angustia que sentía y por tanto ayudarla. Pero el señor no solo parecía no amarla,

sino haber decidido olvidarla incluso como amiga. No le escribió ni una sola vez en esos meses, no se puso en su piel ni un segundo, no se le ocurrió preguntarle cómo estaba. Y al no hacer nada, consiguió indignarla, que le escribiera cientos de cartas incendiarias que al final nunca le mandaba, cartas inútiles, pues ni siquiera le bastaban para desahogarse. Sentía que la tristeza la inundaba, que se le iba pudriendo y a veces era tanta que estallaba y salpicaba a quien pillara cerca: a los

clientes, a sus padres o a Pablo, que siempre estaba a mano.

Una tarde, de hecho, llegó a tratarlo tan mal que él le preguntó extrañado si la había ofendido en algo. Lo hizo sin enfado, solo confuso, queriendo averiguar qué había hecho mal para disculparse y rectificar. Y eso, su disposición a retractarse aun sin saber de qué, el afecto que demostraba, hicieron que ella se derrumbara. Presa de un llanto inconsolable, no acertaba

más que a pedir perdón. Hasta que pasado un rato empezó a contarle, de un modo desordenado, caótico, desarticulado, que tenía pavor, auténtico terror, pánico a terminar la carrera, a verse encerrada en la peletería mientras todos los demás, él mismo, seguían adelante. Se olvidarían de ella, atrapada en su jaula. Poco a poco nadie iría a verla. Acabaría sola, reseca, como los amortajados visones que vendía. Odiaba aquellos animales, cadáveres con olor a naftalina. Ella

todavía estaba viva.

Pablo la veía sufrir tanto —y eso que ella solo confesaba la mitad de sus penas, la que podía contarse — que deseó abrazarla, acariciarle el pelo y secarle las lágrimas.

—Vamos, mujer, no llores —le pidió—. Que van a pensar que te he hecho algo y llamarán a los municipales.

Lo dijo de broma — aunque los dos sabían que el riesgo existía— y consiguió hacerla sonreír.

—Siempre hay una

solución y la encontrarás —añadió—. ¿Recuerdas que eres muy lista? No te aturulles, piensa. Y entretanto, si te ayuda maltratarme, aunque la verdad, no sé por qué eso va a ayudarte, pues bueno, vale, de acuerdo, mientras no llegues a abofetearme.

Esta vez los dos rieron —ella todavía con la cara mojada—. Y Pablo, mandando al cuerno las conveniencias, le agarró la mano con fuerza, se la besó, intentó transmitirle con ello ánimo, valor. Y luego,

rápido, la soltó.

En contra de lo que Leticia pensaba, y aunque no le escribiera, Germán no se había olvidado de ella. Simplemente, por un lado, estaba volcado en aquel último esfuerzo necesario para acabar la carrera, y por otro, era incapaz de encontrar la manera de dar la cara y afrontar las consecuencias. Todo habría sido más fácil si le hubiera hablado aquel primer día que la vio, en el patio, pero no tuvo valor, o le dio vergüenza, o pensó que sería

mejor que pasara el tiempo y las cosas volvieran a ser como antes, por sí mismas, sin necesidad de que interviniera nadie. Lo cierto es que eso no ocurrió y ahora que no se carteaban por primera vez en muchos años resultaba evidente que se había roto algo. Tenían que arreglarlo, porque romper la amistad carecía de sentido, él la quería, la quería muchísimo. Además, justo ahora, al acabar los exámenes, seguramente se instalaría en Sevilla —donde confiaba encontrar trabajo

con ayuda de don Pedro o sus contactos universitarios —. Es decir, que por fin podría salir con los amigos, con los compañeros a los que, durante la carrera, tanto había extrañado. Con ella. Los dos podrían quedar cuanto quisieran. Cada semana, incluso varias veces. ¿Iban a dejar que una debilidad, una tontería, un momento de deseo incontrolado lo estropeará todo justo ahora? No podían hacerlo. Para evitarlo, para aclarar las cosas, solo se le ocurría hablar con ella,

abiertamente. Hacía mucho que debía haberlo hecho. Ahora lo comprendía y se arrepentía. Pero no volvería a dejar pasar la oportunidad. La abordaría en cuanto pudiera. Lo antes posible. Al acabar el último examen.

La ocasión tuvo que retrasarse todavía un poco más. Aquella semana de la convocatoria final fue terrible, por los nervios, y, entre unas cosas y otras, no se vieron, ni a solas, ni con tiempo. Pero el momento acabó por llegar, poco después, en la entrega de

diplomas. Esta se celebraba anualmente en el salón de actos y era seguida de una fiesta, con cóctel y baile, que tenía lugar en el patio, adornado para la ocasión con flores y guirnaldas blancas. Tanto a la ceremonia como al posterior ágape estaban invitados no solo los recién licenciados, sino sus familiares y, en consecuencia, había más mujeres de lo habitual en aquel recinto. Leticia fue quien más lo apreció, porque ello le permitía, casi por primera vez en aquel

espacio, no destacar. Había hecho un pacto consigo misma: aunque no podía evitar sentir miedo al futuro, se concedería disfrutar de aquella velada única como si fuera un «premio fin de carrera». Tenía derecho y casi obligación. Sus padres se hallaban allí, orgullosos de su proeza, y contentos de comprobar cómo estaba integrada al menos con un grupo de compañeros. Conocían a Pablo y algún otro de haberlos visto escoltarla a casa, pero aun así, observarla departir con

ellos, como uno más, les admiraba. Llegada la hora del baile, todos se reunieron por parejas y luego las fueron cambiando. Giraban, se cruzaban, madres e hijos, hermanos y hermanas, primos, amigos, prometidos. Leticia bailó con varios de aquellos que desde hoy eran sus colegas abogados.

A Germán le pareció que sería buen momento para hablar con ella (por no mencionar cuánto le apetecía abrazarla). Abordar el asunto mientras bailaban resultaría menos forzado,

menos dramático, más natural que hacerlo otro día en que fuera expresamente a buscarla a su casa. Además, todo el mundo bailaba y hablaba o alzando la voz sobre la música, o acercando la boca al oído del otro y cuchicheando. En fin, que nadie repararía en lo que ellos se contaran. Leticia, que ya llevaba mucho girando como una peonza dentro del suave vestido malva, sintió un escalofrío cuanto él tomó su mano. Tras dos o tres vueltas, casi se desmaya en sus brazos al

oírle referirse al beso. Pero, poco a poco, fue como despertando de un sueño, mientras seguían rotando en medio del tumulto y lo escuchaba hablar y hablar, sin parar. Le estaba diciendo que debían felicitarse por no haber dejado que aquel impulso los llevara más lejos. Sonreía encantado de que hubieran sabido parar a tiempo, de que fueran tan sensatos. (Parecía aliviado, sí, esa era la palabra, «aliviado».) Gracias a ello habían salvado su amistad, podían disfrutar —sin nada

que reprocharse— de esta fiesta y de las que seguirían. ¿Le había hablado Pablo de sus planes de mudarse a Sevilla? ¿No? Pues así era, vendría a trabajar aquí, aún no sabía en qué exactamente. Al fin estaría cerca de sus compañeros, y por encima de todos de ella, su gran amiga, a la que pedía perdón con toda el alma, esperaba que lo perdonara, tenía que perdonarlo. Hablaba ebrio, más de euforia que de alcohol, aunque desde luego había bebido. Lo hacía desde la

legítima satisfacción de quien había logrado triunfar frente a un sino adverso. Repetía miméticamente el discurso que le dictaba su cerebro —ese cincelado con esmero por los años de estudio— sin darse cuenta de que con él negaba la realidad de sus deseos, esos que sentía justo ahora, ciñendo a aquella mujer increíble, sintiendo su cintura resbalar tras la tela, apretando su mano, llenándose del aire que había hinchado sus pulmones. Argumentaba contra su

instinto, se armaba de razones, aunque inevitablemente al acostarse aquella noche volvería a convocarla. Pero una cosa era una cosa y otra, la contraria. Tenía razón en lo que decía, era lo razonable. Y estaba convencido de que ella opinaba lo mismo.

Por estar errado en todo, se equivocaba hasta en eso. Leticia estaba descompuesta. Se aferraba a su amor propio, a su dignidad para no derrumbarse. No podía consentir que alguien se

diera cuenta de lo que estaba sufriendo. Menos que nadie, él. Lo miraba sin reconocerlo. No era ni tan perspicaz ni tan inteligente como lo había creído si podía bailar con su mejilla pegada a la suya sin notar su temblor, su frío, los efectos de la decepción que le provocaba su rechazo. Confirmado, pues: ni estaba enamorado, ni la quería, ni la deseaba. El beso había sido un impulso, un asalto, una especie de reacción inconsciente y puntual, un arrebatado que había pasado,

que ya no era nada. Vaya, y ella, tan estúpida, que no podía olvidarlo, que vivía obsesionada con esos cinco segundos (si es que habían sido tantos), que hasta mientras escuchaba horrorizada sus palabras se estremecía y se excitaba, sí, se excitaba, porque se las susurraba tan cerca del oído que lo rozaba con su aliento y, de vez en cuando, con los labios.

No podía culparlo de no amarla —por más que quisiera hacerlo, que lo necesitara—, tal vez algo

más de no darse cuenta de cómo la torturaba, pero lo peor de todo era aquel egoísmo que le llevaba a hablar de un futuro prometedor sin ver que al día siguiente ella se encontraría ante un páramo. ¿En qué punto del camino se quedó el verdadero Germán? ¿Dónde lo había perdido? ¿Cuándo el éxito o la satisfacción lo transformaron en alguien tan distinto a quien había sido y la había conquistado?

Ni ella encontró respuesta a sus preguntas ni

él supo que se las formulaba en aquella noche de entrega de diplomas que resultó tan diferente para ambos: Leticia volvió a casa disimulando cuanto pudo que estaba hundida y, una vez sola en su cuarto, no pudo llorar porque no era ya pena, sino ira lo que sentía; furia por haber dejado que un hombre, uno que a todas luces no la merecía, hubiera provocado que tantos años de lucha se vieran coronados por aquello, aquel baile, aquella farsa, aquel desastre. Germán, ajeno a su dolor,

gozaba de uno de esos raros instantes de felicidad completa. Nada le impedía disfrutar con la mayor plenitud de su hazaña —¡por fin licenciarse!—, ni del panorama que se abría ante él cuajado de posibilidades, todas ilusionantes. Menos que nada el recuerdo de Leticia, bella y fragante, que en su mente siguió abrazada a él, girando, una y otra vez, alegre, preciosa, admirable, cuando el sueño y el alcohol le hicieron cerrar los ojos y dormirse plácidamente, horas más tarde.

XII

TOGAS NEGRAS

«De carbonero a abogado.»
Ese era el sencillo pero llamativo título que don Pedro Alvieres eligió para la columna con la que homenajeó a Germán en el *Heraldo de Cádiz*. Un texto breve aunque muy sentido que dictó a su mujer y luego,

también con su ayuda, hizo llegar a Leandro Martínez de Montalbán, redactor jefe de opinión del diario y amigo de juventud. Pensó que aquel testimonio público de admiración y respeto hacia el que había conocido como chicuco y ahora se había convertido en su colega sería mejor regalo que cualquier pluma, maletín o agenda. Y estuvo en lo cierto. Claro que al principio, ni Germán ni su padre comprendieron lo que estaba pasando. Apenas habían abierto la tienda y empezaban a

organizarla cuando Frasco Rodríguez, el dueño del quiosco de prensa, entró enardecido y tras agitar en el aire varias veces el periódico, lo dejó caer sobre el mostrador, lo abrió y colocó sus palmas abiertas en sendas páginas para inmovilizarlas. Germán, que leía rápido, observaba de soslayo cómo su padre iba avanzando —se le veía contento, sonreía en algunos pasajes— y le sorprendió advertir cuánto significaba para él enorgullecerlo.

Al acabar, por fin se

miraron y mentalmente se dijeron que no podían creer que aquello les estuviera pasando: salir en los papeles, y cubiertos de alabanzas (ambos, porque don Pedro llegaba a nombrar a Ramón como progenitor modelo, capaz, pese a la adversidad, de comprender y alentar «a un hijo con inquietudes intelectuales»). Pero en el transcurso de la siguiente hora fue imposible no asumir la realidad, pues no dejaron de entrar a la carbonería clientes, conocidos —gaditanos y

montañeses—, amigos de Germán, todos con el diario en las manos y felicitándolos. La mañana fue transcurriendo sin que se vendiera nada ni, por una vez, eso importase. Germán y Ramón decidieron que había un par de cosas que no podían pasar por alto. El primero acudió a casa de don Pedro a agradecerle el gesto; su padre, mientras, sacó del cajón las viejas tijeras, recortó la página del ejemplar que le había regalado el quiosquero y sustituyó con ella la imagen

que siempre había presidido la tienda, esa vista de la ría de San Vicente de la Barquera, con la marea alta, repleta de botes de pesca, el castillo en la cima de la colina y tras él, al fondo, nevados, los Picos de Europa. Cuando Germán regresó, justo estaba Ramón colgando el recorte enmarcado. El hombre dedicó luego unos segundos a corregir la exasperante tendencia a ladearse que tenía el cuadro. Lo hizo con tino. Su hijo, en el umbral, lo seguía observando. Le

emocionó esa meticulosidad, el amor que evidenciaba. No podía existir —se dijo— mejor colofón para sus años gaditanos.

Definitivamente, era una etapa terminada. Por más que fuera a extrañar a sus amistades, la silenciosa figura del padre, las visitas a don Pedro, hacía años que su sueño era instalarse en Sevilla. Tenía diversas propuestas de trabajo: desde quedarse de ayudante en el departamento a entrar de pasante en el bufete de un conocido de Alvieres o

ingresar como asesor en una importante empresa dedicada al comercio. Económicamente, esta era la mejor y tenía, además, la ventaja de que conllevaba viajar a Madrid y ocasionalmente al extranjero. Pero el trabajo en sí era el que menos le interesaba. Lo que realmente siempre había deseado era ejercer, recibir casos, estudiarlos, preparar las estrategias y defenderlos ante los tribunales. Durante la carrera solía pensar en el gran reto de ser parte activa

del proceso judicial. Ahora estaba en su mano dejarlo pasar o asumirlo.

Estuvo barajando todas las posibilidades durante sus últimas semanas en Cádiz, en las que, además, tuvo que pensar qué hacer para que su padre no se quedara solo en la carbonería, sino que contara con la ayuda de alguien, y además quedó varias veces con sus amigos y don Pedro, para ir, poco a poco, soltando amarras, despidiéndose de ellos, preparándose para la larga separación.

Una tarde que salió con Braulio, Leto, Ilde y Ángel a tomar algo estuvo largo rato encajando bromas sobre su tendencia a preocuparse hasta en las circunstancias más favorables.

—No, si te comprendemos —empezó Braulio la guasa—. Debe de ser duro despedirte de nosotros, tener que irte a Sevilla, a trabajar *de figurita* en los tribunales, con el hábito ese como de cura, ¿cómo se llama?

—La toga —le respondió Germán con

resignación, pues intuía lo que se avecinaba.

—Eso. Y las mangas de encajes, ¿cómo son? — volvió a preguntar Braulio.

—Puñetas —contestó Germán.

—Elegante, guapo, respetable... ¡Vamos, un suplicio!

—¡Y con las manos limpias! ¡No te olvides, Braulio! —intervino Leto.

—Sí, con las manos limpias, ¡qué espanto! — exclamó Braulio antes de echarse a reír con los demás.

—¡Y pillando un buen

suelo, que es duro para el que no está acostumbrado! —siguió Ilde el juego.

—¡Dicen que da hasta mareos! —añadió Leto.

—Lo dicen, lo dicen, y me lo creo —remató Braulio.

—¿Os vais a cebar solo porque digo que me dará pena irme? —se defendió Germán.

—Por eso y por envidia —contestó, conciliador, Ángel.

—¿Creéis que miento?

—No, hombre, no —respondió Braulio, ahora

algo más serio—. Pero exageras, como siempre.

—Es tu carácter — constató Ángel.

—Nosotros también te echaremos de menos y encima seguiremos aquí, con estos trabajos nuestros. Piensa en eso —lo animó Leto.

—Tienes suerte y lo sabes, Germán —le dijo Ilde.

—Bueno, y que has trabajado mucho, es cierto —reconoció Ángel.

—Te empeñaste en salir de aquí, en librarte de la

carbonería y lo has conseguido —dijo Braulio sonriente—. Juan estaría orgulloso de ti, nosotros lo estamos y tu tío, y tu padre. Alégrate, hombre, vamos.

—Si me alegro, de verdad que me alegro —se explicó Germán—. Sabéis que estoy feliz por eso. Pero no quita para que sienta ir a dejar de veros. Ni para que me preocupe por mi padre y por don Pedro. De un modo distinto, les debo mucho a los dos y aunque no es mi voluntad, al marcharme voy a perjudicarlos. Don Pedro

se ha acostumbrado a la compañía que le hago, y mi padre... No dejo de pensar cómo va a organizarse para hacer él solo el trabajo. Es mucha tarea. Ya sabéis que tuvo aquel achaque hace unos años y el hombre está, como es normal, cada vez mayor y más cansado.

—Sobre la carbonería...

—empezó a decir Ángel— yo he pensado algo, pero la verdad es que no sé si atreverme a planteártelo.

—Pero, bueno, ¿no tenemos confianza después de tanto tiempo? —le

recriminó Germán.

—Tiene que ver con mi hermano —siguió entonces su amigo.

—¿El que sigue en la Montaña?

—Sí. No sé casi nada de él. Lo poco que alguna vez me contó la abuela en las cartas que me mandaba cuando aún vivía. Yo les escribía mucho entonces y ahora todavía lo hago, aunque ni sé si le dan el correo, ni si sabe leerlo. Desde luego, no envía respuesta. El caso es que, si tu padre quisiera... Román es

ya mayor para que lo cojan de chicuco, pero si tú y tu padre accedierais, yo le pagaría el viaje con algún dinero que... Y lo alojaría conmigo en el almacén o ya me buscaría la vida. El caso es que él trabajaría como un mulo a cambio de la comida y el jornal. Sé que es una idea rara, que es pedirnos que confiéis en alguien a quien no conocéis y que yo mismo puedo meterme en un lío, pues hace mucho que estamos separados. Pero es mi hermano, siento el deber de sacarlo de allí, creo que

podría ayudaros, yo respondo por él.

—Vaya —contestó Germán sorprendido—. No sé qué decir.

—No tienes que decidirlo ahora —le aclaró Ángel—. Háblalo con tu padre y si la idea no os convence, lo comprenderé. Espero que no te enfade que te la haya planteado. Tenía que intentarlo, por Román. He tratado muchas veces de convencer a mis jefes de que lo traigan, pero no les gusta que haya hermanos despachando juntos.

—¿Cómo me voy a enfadar, hombre? Hablaré con mi padre y, la verdad, la única pega que se me ocurre es que Román tardaría en llegar y yo había pensado que hubiera ya alguien en la carbonería antes de marcharme.

—Si es solo eso — volvió a hablar Ángel con una mezcla de ilusión y angustia en la voz—, me comprometo a echar todas las manos del mundo a tu padre hasta que mi hermano llegue.

—Todos ayudaremos

en nuestras horas libres —se sumó Braulio a la oferta.

—Sí.

—Desde luego.

Se unieron Ilde y Leto.

—Te juro, Germán, que no había hablado con ellos, que esto no estaba preparado —se sintió Ángel en la obligación de aclarar.

—Te creo, hombre, te creo. Cree tú que lo voy a intentar. Lo primero que tengo que conseguir es que mi padre acepte que entre alguien a ayudarlo y que yo mismo le abone el jornal con el salario que a mí me

paguen...

—¡Como abogado! —
recuperó Braulio el tono de
comedia previo.

—¡Qué amigo más
importante! —siguió Leto la
broma.

—¿Queréis dejarlo ya?
—les instó Germán, aunque
no realmente molesto.

—Vamos, dentro de
nada te habrás marchado y
no podremos reírnos a tu
costa —se justificó Braulio
—. No seas malo y deja que
alarguemos un poco más la
diversión.

—¡Adelante, si no hay

otro remedio! —accedió él, con una sonrisa.

—¡Cebrero! —gritó Braulio al camarero del bar al que justo en ese instante entraban—. ¡Convite de dispendio: aceitunas y altramuces, que paga el señor abogado!

Y los cinco rieron y se aprestaron a disfrutar de esa noche de camaradería, una de las últimas que compartirían antes de que Germán se fuera a Sevilla. A la mañana siguiente, Germán expuso a su padre la opción que le había dado

Ángel y aunque al principio Ramón se resistió a tener ayudante y más aún a que fuera Germán quien le pagase, al cabo de un rato, por no discutir y menos con aquel hijo cuya especialidad laboral era argumentar, accedió a contar con el Román aquel.

Germán fue luego a visitar a don Pedro y le expuso, con la confianza que había entre ellos, sus dudas sobre las distintas ofertas de trabajo que tenía por delante. El letrado fue sincero acerca de ese colega suyo que le

ofrecía un puesto de pasante en su despacho. El bufete no era ni grande ni próspero. Su titular, Jacinto Recuelles, era conocido en Sevilla, pero se comentaba que «iba de retirada». Conservaba una buena nómina de antiguos clientes que recurrían a él para resolver sus asuntos, pero ya no aceptaba casos complicados que exigieran entrega. Como, además, no tenía socios, la actividad se reducía y, en consecuencia, también sus ingresos. Al buen hombre no le preocupaba, ya que era

viudo sin hijos. Su única familia la integraba un hermano con el que no tenía relación por culpa de una herencia. Una «auténtica pena», se decía, y no solo desde un punto de vista sentimental, sino práctico, pues su sobrino era también licenciado en Derecho y lo natural sería que fuera quien primero lo ayudara y después le sucediera. Pero como la vida es como es y no como uno quisiera, llevaba el despacho solo y aunque el trabajo iba a menos, excedía sus fuerzas.

Una de dos: o buscaba un pasante, o cerraba. Lo que no le gustaría. Simplemente, porque no tenía más en qué ocuparse.

—La decisión es tuya, por supuesto, Germán —le dijo don Pedro—. Y no quisiera sentir que aceptas porque yo te lo he propuesto.

—Claro que no, don Pedro. Ejercer en un despacho siempre ha sido mi aspiración. Pero elegir un camino es cerrar otras puertas y eso siempre da miedo.

—Todo tiene marcha atrás en esta vida, hijo, tranquilo —trató don Pedro de quitarle presión—. Casi todo, por lo menos —añadió luego.

—Le voy a extrañar mucho, don Pedro —se permitió Germán confesar, aunque reprimiendo las ganas de abrazar al viejo abogado o estrecharle la mano.

—Y yo a ti, muchacho, sabes que es cierto. Ni siquiera puedo prometer que te escribiré. ¡Maldita ceguera!

Fue la primera vez que Germán oyó a don Pedro referirse a su enfermedad, asumirla y mostrar siquiera una parte mínima de la desesperación que sentía. Al fin Germán le agarró del brazo, transmitió su emoción intensificando la presión de sus dedos y prometió:

—Seguiremos en contacto de algún modo, don Pedro.

—Lo intentaremos, al menos, hijo. Pero tú no te preocupes por eso. Tienes que vivir tu vida, como yo viví la mía. Te ha costado

mucho llegar hasta aquí. Disfruta de esta etapa. ¡La juventud y el éxito pasan tan rápido!

Germán se marchó aquella tarde de casa de don Pedro sin tomar una decisión sobre la oferta de Jacinto Recuelles, que, por su parte, aguardaba en Sevilla las noticias de aquel muchacho que le recomendó Alvieres. Parecía el ideal —se decía—. Era serio, formal, reservado, con un brillante expediente. Solo su pelo no le acompañaba, al pobre, en lo discreto. Pasados dos o

tres días en los que Germán siguió sopesando pros y contras, finalmente, mandó la carta aceptando el trabajo y ofreciéndose a trasladarse a Sevilla la semana siguiente y a ponerse enseguida a disposición del bufete.

La víspera de marcharse, Germán sostuvo con su padre una de aquellas conversaciones de ellos, corta, torpe, con más silencios que palabras en la que fueron incapaces de transmitirse cuánto se querían, cómo iban a echarse de menos. Germán salió

luego, ya de noche, al encuentro de sus amigos, con quienes había quedado, y de camino a la cita sintió en el pecho el peso de aquella incomunicación e incluso lamentó no haberse acostumbrado a pesar de los años. Una vez con la pandilla, pasó una madrugada de emociones contrapuestas: felicidad por el inminente cambio de vida, dolor por el adiós. A una hora aún no muy alta pidieron la última ronda y después de tomarla el grupo escoltó a Germán hasta la

puerta de la carbonería.

—¿Seguro que no quieres que mañana te ayudemos con el equipaje?
—preguntó Ilde.

—¿Ni que vayamos a despedirte? —añadió Braulio.

—Seguro. Prefiero ir solo. No me hagáis sentir que es una de mis muchas rarezas —pidió Germán.

—No, hombre, no, lo comprendemos —dijo Leto.

—Demasiado sentimiento es malo para un caballero de talento —bromeó Braulio.

—No empecemos, ¿eh?

—le pidió Germán, sonriente pero emocionado.

—No empezaremos — le prometió Braulio iniciando la ronda de abrazos.

—Cuidaos mucho, amigos —dijo Germán.

—Cuídate tú, allá en el gran mundo, nosotros esto lo tenemos controlado — respondió Leto.

—Ya.

—Disfruta de la nueva vida y las conquistas —lo animó Ilde.

—Sí, claro.

—Y escribe de vez en cuando —le pidió Ángel.

—No olvides firmar «el señor abogado», que nos gustará presumir en el bar — completó Braulio su frase.

—Al final os la vais a ganar —les advirtió Germán con un fingido enfado.

—Venga, vámonos, que su excelencia tiene que descansar para llegar a la capital con buena cara — movilizó Braulio al grupo.

—Sí, andad ya, que no decís más que disparates — los despidió sonriendo Germán.

No habían dado más que cinco o seis pasos cuando Ángel se dio la vuelta, abrazó de nuevo a Germán y le dijo con los ojos enrojecidos:

—Gracias, amigo, por lo de mi hermano. Te juro por lo más sagrado que no te va a defraudar.

—Tranquilo, Ángel. Gracias a vosotros por cuidar un poco de mi padre.

—¡Dalo por hecho!
¡Qué menos!

—Vámonos, Ángel, no seas pesado —le gritó Braulio.

—Hasta la vuelta —se despidió Ángel.

—Escribiré —dijo Germán, y su promesa quedó flotando en el aire mientras sus amigos se iban calle Tintes abajo y él repetía el gesto aquel que había hecho tantas veces antes y, sin embargo, tardaría en repetir, de sacar su llave y abrir la puerta de la carbonería.

Al día siguiente, ya en Sevilla, Germán se instaló en casa de sus tíos, como cuando iba a examinarse. Sin embargo, esta vez se

lanzó enseguida a rastrear carteles de pensiones o arrendamientos. La familia insistía en que se quedara con ellos e incluso, si así se sentía más conforme, les pagara una renta mínima. Pero él puso mil excusas porque lo que de verdad quería era tener, por fin, independencia. Pese a todo, encontrar alojamiento no resultaba fácil. El alquiler era caro y normalmente solo daba derecho a habitaciones minúsculas, sucias y oscuras. O bien sótanos, o bien covachas en las azoteas,

o cuartillos en ruidosos corrales de vecinos. A pesar de las negras perspectivas, no se desanimó y siguió buscando. Acababa de realizar un proyecto mucho más difícil que encontrar un cuarto.

Su persistencia logró como resultado que acabara dando con un lugar que no estaba mal. Se trataba de una habitación estrecha, sí, pero con ventana a la cuesta del Rosario, y que tenía dentro un infiernillo y un lavabo. El aseo estaba arriba en la azotea, sin embargo, como

en la casa se rentaban pocas piezas, se conservaba bien. Los dueños vivían en el principal y arrendaban los cuatro dormitorios del segundo a solteros — estudiantes o jóvenes profesionales—. De momento, solo dos de las estancias se hallaban ocupadas y los dueños no tenían prisa por alquilar las restantes, pues eran muy selectivos con sus inquilinos. Germán les gustó a primera vista y él también quedó encantado con la limpieza y el orden del

cuarto, que arrendaban amueblado. La señora le informó de que si le interesaba y pagaba cierto suplemento tendría incluidos servicios de comida, plancha y lavandería. Con extras o sin ellos, la renta resultaba alta, pero, como con el sueldo pactado con Recuelles Germán podía pagarla y aquel era de lejos el mejor alojamiento que había visto, sobre la marcha entregó una fianza. Trasladar las cosas fue sencillo, porque apenas había traído nada de Cádiz.

El día que por fin se hubo instalado en su nueva habitación, tuvo una sensación agridulce. Era mezcla de nostalgia del que hasta ahora había sido su espacio (la trastienda, con su mesa, la estantería de Seo por horizonte, la omnipresente sombra de Ramón, incluso cuando este, por dos veces, pasó largo tiempo en la aldea), pero también de entusiasmo ante la insólita libertad que disfrutaba, a la hora de construir su nuevo paisaje, de elegir las lecturas que a

partir de ahora se irían acumulando en los estantes, de recrearse a sí mismo desde un principio inédito.

Lo único que Germán pidió a sus caseros fue que le permitieran atornillar a la pared un tablero con el que hizo una mesa abatible. Como el cuarto era pequeño, no cabía una verdadera escribanía. No era grave, ya que pasaría todo el día en el despacho. Pero necesitaba algo allí, por mínimo que fuera, para apoyarse al leer, escribir o estudiar. Justo sobre aquel tablón, sintiendo

cierto estremecimiento, redactó la carta para Eliseo en que le informaba de que ya era licenciado en Derecho. Resultaba extraño pensar que no era mucho más joven de lo que sería Seo cuando se conocieron y que, finalmente, él había acabado la carrera que su amigo ni siquiera pudo empezar. Estaba seguro, no obstante, de que sentiría como propio su éxito. Por eso le contó con todo detalle cómo fue el final de curso, la satisfacción de su padre, el revuelo que se organizó en

Cádiz por el artículo de don Pedro (del que, por cierto, le mandó un recorte) y también que ahora estaba en Sevilla, donde esa misma semana empezaría a ejercer de pasante en el bufete de don Jacinto Recuelles.

Al incorporarse al despacho, Germán comprobó que le habían asignado una estancia amplia, bien ventilada e iluminada gracias a un ventanal que daba a un patio interior. Mucho mejor — pensó— que su cuarto alquilado. Tenía lógica que

así fuera —se animó—. En el bufete habría de recibir clientes, incluso en algunos casos negociar con la contraparte y para ello era imprescindible contar con un lugar agradable y espacioso. Con sillas suficientes para acomodar a quienes citase. Para ocasiones excepcionales había una sala de juntas con una gran mesa ovalada rodeada de estanterías donde se agolpaban los libros de jurisprudencia. Por su aspecto, parecía que no se usaba hacía décadas.

Recuelles la mantenía en penumbra, con los postigos de las ventanas cerrados. Cuando Germán entró tuvo la impresión de estar penetrando en una antigua capilla repleta de reliquias. Los viejos expedientes no se acumulaban allí, sino en el archivo, donde solo Cosme del Río, sempiterna mano derecha de don Jacinto, era capaz de localizarlos. El reino de Del Río se extendía desde aquel habitáculo al mostrador tras el cual recibía a las visitas y la parte de la entrada del despacho con

una decena de asientos dispuestos en fila, que servía de sala de espera. Desde allí a la oficina de Germán mediaba un largo pasillo. Al costado izquierdo se abría una puerta correspondiente al aseo. Y al derecho estaba, por supuesto, el despacho de Recuelles, que era inmenso y en el que había no solo un fastuoso escritorio de madera noble —caoba, muy probablemente— con sillones a juego, sino también una pequeña mesa auxiliar, redonda, y una estantería en «u».

Mientras daba aquellos primeros pasos por el bufete, Germán se dijo que aquella era una mañana clave en su vida. La verdad era que últimamente se habían sucedido muchos días de esos que uno sentía que serían inolvidables. Atravesaba una buena racha y no quería desaprovecharla, sino disfrutar de cada instante con la mayor intensidad posible. Tratando de retener el menor detalle, de camino a la habitación donde lo conminaron a instalarse, Germán aguzó los

sentidos y, por ejemplo, atrapó el olor a celulosa del archivo, el entrechocar de las suelas de sus zapatos recién estrenados contra el suelo y, una vez dentro del espacio que le estaba destinado, el eco sordo del silencio rebotando contra la mesa, las tres sillas y las cuatro paredes vacías. Tenía que colocar en lugar visible su diploma de licenciado, era obligatorio, pero también había previsto comprar aquella lámina que, durante la carrera, siempre le gustó. Una que vendían en la

librería Verbum. En ella, la justicia se mostraba como una hembra imponente cubierta por una túnica romana que, con los ojos vendados, sostenía una balanza. Había algo de deidad laica en la imagen y de fe pagana en su deseo de colgarla. Lo sabía. Le agradaba. Por eso iba a comprarla, enmarcarla y colocarla en un lugar preferente, porque para él entrañaba un significado importante.

El primer acto legal que culminó en aquel despacho

fue la firma de su contrato. Lo había redactado Cosme del Río según un modelo tipo y en él figuraba ya la firma de don Jacinto. Le dejaron que lo leyera tranquilo, a solas, y cuando lo hubo hecho, estando conforme con lo establecido, lo rubricó con un trazo tan enérgico que le pareció ajeno. En efecto, la felicidad, la seguridad en sí mismo, lo habían transformado. Hasta físicamente. El nuevo Germán daba la impresión de ser más alto, corpulento,

guapo. Sería porque su expresión se había relajado, al tiempo que parecía insólitamente decidida. Sus ojos estaban más abiertos y se había dejado un bigote y una perilla que creía convenían al rol de letrado. Le urgía comprar una leontina para exhibir, al fin después de tantos años, su reloj de bolsillo y tenía pensado adquirirla con su primer sueldo.

Bien administrado, este le dio también para unos ejemplares imprescindibles para el despacho. Se notaba

que don Jacinto apuraba sus últimos años, pues faltaban en su librería esenciales publicaciones recientes. Cuando Germán hubo elegido los manuales, se entretuvo echando un vistazo a las novedades en la parte de novela. Con la paga del mes siguiente —se prometió a sí mismo— se compraría un par de ellas. Había tal cantidad de libros apilados en la mesa, era tan enorme la profusión de autores que aún no había leído y que no obstante lo atraían que sus ojos pasaron

sin detenerse, deslumbrados, rozando apenas el título de un volumen que olvidó antes de leer o nunca llegó a ver: *1812. Futuro perdido*, de una escritora, aparentemente, francesa: Elvire de Martineau. Fue una lástima que no se dejara tentar por la portada, que no sintiera el impulso de coger justo esa novela, distinguirla del resto, abrirla, darle la oportunidad de que lo atrapara con sus primeras palabras. No solo porque era buena, sino porque si el azar le hubiera hecho elegirla, si

hubiera pasado un par de páginas, se hubiera topado con una dedicatoria que lo hubiera conmovido: *A Eliseo, añorado compañero.* Entonces, sin duda habría comprado el libro, lo habría leído con febril curiosidad, parando apenas a dormir, y luego, aún desconcertado por el hallazgo, lo habría enviado a Filipinas, donde su amigo, tan parecido a uno de los personajes principales, ni imaginaba que aquella obra ya existía fuera de la cabeza de Elvira. Ella, que años atrás ni fue, ni

mandó a nadie a la pensión de la Rue des Châtaigniers, había ignorado todo el tiempo la dirección de Eliseo en Manila. Meses atrás, cuando quiso hacerle llegar un ejemplar, lo envió al hotel de monsieur de Noailles, con una carta adjunta dirigida a quien «en ausencia de monsieur Aramburu» le pudiera indicar sus señas.

Monsieur Gérôme Roinssard, que como toda la expedición, salvo Eliseo, había regresado en la fecha prevista, abrió y leyó la carta

y redactó una respuesta corta y directa en la que explicaba que monsieur Aramburu había decidido quedarse en Filipinas, donde había retomado su carrera periodística e incluso, se diría, que iniciado cierta senda política. Durante varios meses después de haber regresado —añadió Roinssard—, él y monsieur Aramburu siguieron manteniendo contacto. Eliseo enviaba sus cartas y al parecer las recibía en la redacción del periódico donde trabajaba en Manila.

Sin embargo, las dos últimas misivas no habían tenido respuesta. Quizá no llegaran siquiera, pues la situación en la colonia española era cada vez más complicada, o tal vez Eliseo hubiera decidido, por algún motivo, abandonar la capital. En todo caso, si lograban volver a contactar, se comprometía a facilitar a monsieur Aramburu las señas de la señora Martinaud y le comunicaría también su interés por saber de él. Elvira recibió, sobrecogida, la noticia de que Eliseo seguía en Filipinas,

implicado en política al punto de haber dejado de contestar las cartas que recibía o, peor, de haber tenido que huir de Manila. Pensaba en él, preocupada, con angustia, mientras su hija Charlotte se encaramaba a su pierna y saltaba sobre ella, arreando un caballo imaginario, en un intento desesperado de reclamar su atención.

Lástima que todo el sentimiento que contenía la novela de Elvira, toda su emoción no bastaran para que Germán al pasar su

mano sobre la portada, en la librería Verbum, aquella mañana, percibiera algo extraño, una llamada, un temblor. De modo que se alejó, recorrió el pasillo central en dirección a la caja, pagó el precio de los manuales y salió con ellos bajo el brazo, hacia el despacho. Una vez allí, estuvo el resto de la jornada prácticamente ocioso. Las visitas de clientes eran escasas. Tanto que él temía que su puesto se revelara innecesario y don Jacinto lo acabara echando antes casi

de haber debutado. Para evitar que eso ocurriera —y para sentirse útil, para luchar contra la lentitud con que pasaban las horas en que no hacía nada— Germán se dedicó a repasar los casos pendientes, hizo una lista de los que era más urgente reactivar y se puso en acción. En no demasiado tiempo, comenzó a resolver muchos de ellos conforme al interés de sus representados y se fue corriendo la voz de que el bufete de la calle Águilas estaba remontando. Además, gracias a sus

parientes —muy integrados en la comunidad cántabra sevillana— pronto recurrieron a sus servicios algunos dueños de tiendas, bares y restaurantes. En principio, solo necesitaban ayuda para redactar contratos, acuerdos de compra-venta, papeles de impuestos, particiones, sucesiones y herencias. Pero como Germán les resultó eficaz y barato, también acudieron a él cuando algún incumplimiento, suyo o ajeno, acabó por llevarlos a los juzgados.

Los procesos de los que tradicionalmente se había encargado el despacho eran civiles, mercantiles y contencioso-administrativos. Don Jacinto seguía haciéndose cargo en solitario de los clientes principales, algunos de apellidos rimbombantes de Sevilla, y además era siempre él quien comparecía en las vistas. Tenía más experiencia y conocía a todos los jueces y magistrados, que respetaban su trayectoria y sus años. No obstante, a nadie se le escapaba, y menos que a

nadie al propio Recuelles, que desde que se incorporó su ayudante los casos estaban mejor preparados, más argumentados y planteados con una habilidad y osadía desusados. No sentía envidia. Al revés, estaba agradecido. La energía y entusiasmo del pasante eran contagiosos, un acicate para reciclarse. Además era un joven leal que respetaba sus canas. Se notaba que quería aprender sin avasallar. Era inteligente y lo sabía, pero también conocía sus

limitaciones. Por eso, cuando discrepaban, acataba la tesis del titular del despacho y tomaba el episodio como una nueva experiencia que asimilar.

Aunque trabajaba muchas horas y todo el mundo decía que debía de estar agotado, Germán no recordaba ningún periodo de su pasado en que hubiera sentido más dominio de la situación y, en consecuencia, más descanso mental. Ciertamente tenía mucha tarea y complicada. Cada juicio era un examen, peor que

cualquiera porque afectaba a personas cuyas vidas mejorarían o empeorarían dependiendo de lo que él hiciera. En definitiva, asumía una gran cuota de responsabilidad. Pero no se le escapaba que impartir justicia era una tarea colectiva en la que, además del abogado, participaban jueces y fiscales. Cierto que él dedicaba a sus casos todas las horas del día, para tratar de ganarlos en primera instancia sin tener que recurrir las sentencias, pero ya no tenía que ocuparse de

otro trabajo distinto para mantenerse. Aquel era su oficio. El sueldo era modesto, pero no solo le bastaba, sino que daba para enviar cada mes a su padre algo más de la cantidad que este pagaba a Román — junto a una escueta carta que Ramón rara vez contestaba —. Aun así le sobraba un mínimo que gastaba en libros, prensa o alguna ronda, a última hora de la tarde, con los amigos.

Poder, al fin, quedar con ellos, relacionarse con esos compañeros de estudio

era estimulante. Juntos debatían sobre las cuestiones más dispares, entre otras cosas, por ejemplo, la necesidad de reformar el sistema electoral. Germán, como la mayoría de sus colegas, lo consideraba francamente mejorable. Pero aun así aquel año, en Sevilla, por primera vez en su vida, votaría y lo haría no con esperanza de ganar —su candidato, el liberal Sagasta, estaba abocado a perder frente a Cánovas, según el reparto de mandatos prefijado—, sino para

respaldar el sistema,
perfectible pero
parlamentario,
constitucional.

Los íntimos que nunca faltaban a la cita eran Pablo, Mario Montalvo, Enrique de la Vega y Ricardo Castro. Estos tres últimos ejercían de pasantes, como Germán, mientras Pablo se daba un tiempo para decidir qué hacer. Sabía de antemano que cuando quisiera podría incorporarse al despacho familiar. Es más, que lo esperaban ya. Pero justo por eso no acababa de animarse.

Casi nadie, ni siquiera Germán, entendía sus reservas, pero tampoco es que Pablo fuera muy claro exponiendo sus argumentos. Después de dedicar muchas horas al tema, lo que acabó trascendiendo fue que para él entrar en el bufete significaba un final, no un punto de partida. Una cierta lógica sostenía su discurso deslavazado: mientras para Germán y los otros ejercer de abogado suponía empezar un camino cuyos vericuetos —y aún más, su término— ignoraban, para él era poner

los pies sobre las huellas
previamente dejadas por su
abuelo, su padre y sus tíos.
Repetir, perpetuar una
historia que sabía punto por
punto y que —según decía
— tampoco había hecho
increíblemente felices a
quienes lo precedieron.
Temía que si entraba en el
despacho, no solo se sentiría
una réplica de su padre, sino
que acabaría esperando que
su futuro hijo copiara su
modelo y continuara aquella
cadena sin sentido, en la que
el propio bufete había
adquirido más valor que sus

dueños. Necesitaba escapar, romper el círculo. No sabía de qué modo, aunque sí que, fuera el que fuese, le costaría que los suyos lo admitieran.

¿Y Aurelia, qué era de ella? Una tarde Germán cedió a la tentación de preguntar a Pablo mientras aguardaban que llegaran los demás. El verdadero nombre de su compañera se le atascó en los labios. Le costaba utilizarlo, pero lo cierto era que llevaba mucho sin llamarla ni de aquella ni de ninguna manera. Desde que

vivía en Sevilla, a Germán le parecía fuera de lugar escribirle, pues residían a pocas manzanas, pero tampoco se había acercado un solo día a la peletería, a buscarla, a saludarla. Las dos únicas veces que se la encontró, ella paseaba con Pablo. Entonces se disculpó por «estar tan perdido» y se justificó diciendo que, en el despacho, lo tenían muy ocupado —cuando lo cierto era que la estaba evitando—. Aquella tarde Pablo contestó a su pregunta diciendo que Aurelia se había matriculado

en el doctorado, sin ninguna esperanza concreta, solo por mantenerse activa. Le contó que estaba muy cambiada, retraída. Cuando no cedía a accesos de llanto, aparentemente injustificados. No parecía ella.

—Me preocupa. Pero en serio —aseguró Pablo—. Querría ayudarla, protegerla...

Y justo tras decir esto, dubitativo, añadió:

—Tengo que confesarte algo muy personal, muy íntimo, Germán. Me he

enamorado.

—¿De ella?

—Sí, de Aurelia —
respondió Pablo—.

Seguramente hace mucho,
pero solo ahora, a saber por
qué, soy capaz de aceptarlo.

—¿Se lo has dicho? —
interrogó Germán.

—No, no me atrevo —
confesó su amigo—. Algo
me dice que ella no siente lo
mismo. No sé, tal vez las
mujeres así, especiales, no
se enamoren de nadie. O
quizá quiera a otro. Aunque,
francamente, no se me
ocurre quién podría ser.

Germán sintió que las palmas de las manos le empezaban a sudar. Bajó los ojos. No era invención suya. Estaban el viaje a Cádiz, el beso, datos objetivos. ¿Él quería a Leticia? Lo que no quería, desde luego, era pensar en ello. No delante de Pablo, después de lo que le había contado. Sin embargo, al oírlo, sentía celos. Imaginar que él u otro se le declarara le crispaba los nervios. Y no concebía que ella aceptara. Pero ni por eso contemplaba tomar él ninguna iniciativa. Seguía

sin ser el momento. Estaba empezando a ejercer, tenía que situarse. Había que darlo todo para labrarse un nombre, para ganar fama de solvente. Seguramente, en dos o tres años podría elegir compañera, asentarse, pensar en formar familia. Pero incluso en aquella proyección del futuro, era difícil pensar en desposarla a ella. No encajaba en la figura de madre y esposa que conocía. En realidad, no casaba con ningún modelo de mujer que él tuviera en su cabeza. Y esa diferencia que

era precisamente lo que le atraía de ella también le hacía sentir incómodo. En resumidas cuentas, para una vez que la vida empezaba a simplificarse, a mejorar, a ser llevadera, para una vez que todo comenzaba a depender de él y solo de él, que llevaba las riendas, ¿de verdad quería enredarse? La respuesta era no. Pero las raras veces en que volvió a verla, después de que Pablo le confesara su amor, todo su ser sintió que Leticia era la mujer, que acabarían juntos. En un futuro.

De manera mucho más inmediata, el dos de enero, primer día de 1897 que Germán acudía a trabajar, saltó a su cara el siguiente titular de portada: «Ejecutado en Filipinas el separatista José Rizal». Era el escritor amigo de Eliseo. Germán sintió un mal palpito y compró todos los diarios para tratar de averiguar más datos. Una vez en el despacho, los revisó, uno a uno, con pánico de leer otros nombres de detenidos o ajusticiados —y entre ellos el de Seo—,

pero a la vez deseando saber la verdad. Mientras leía las noticias en diagonal, se enteró de que Rizal — apenas diez años mayor que él— había sido declarado culpable de asociación ilícita con revolucionarios («traición, rebelión y sedición») eran los cargos exactos). Por eso, y a modo de escarmiento, fue condenado a ser fusilado en el paraje de Bagumbayan. Los religiosos que le habían ofrecido auxilio espiritual en sus horas finales («pese a las inclementes críticas que

contra ellos vertió Rizal en sus venenosas obras», escribía un periodista) aseguraron que antes de ser conducido al paredón «se arrepintió de sus pecados y regresó al amoroso seno del señor». Incluso en algunos diarios se afirmaba que «se casó *in articulo mortis* con la irlandesa con la que había vivido amancebado y alumbrado un hijo muerto».

«El ajusticiado, pese a su postrer arrepentimiento —decía otro de los textos—, no había recibido suficiente gracia de Dios en su último

instante de aliento como para alejar de sí la soberbia, pues llamado a morir con los ojos vendados y de espaldas como corresponde a un traidor, se arrancó la venda y se giró hacia el pelotón, como queriendo reclamar para sí una valentía y rectitud que más le valdría haber demostrado en vida.»

Germán no podía soportar lo que leía, ni lo que imaginaba que la prensa oficialista estaría ocultando. Se sentía conmovido, indignado, avergonzado. Y lamentando como lamentaba

la muerte de Rizal, no pensaba más que en encontrar pistas sobre Eliseo. Buscó la menor referencia sobre él en los periódicos de aquel día y los que se sucedieron, durante los meses de enero y febrero. También esperó, sin éxito, que su amigo le enviara carta, para tranquilizarlo. Incluso escribió a su padre a Cádiz, transmitiéndole su miedo y pidiéndole que si llegaba a la carbonería algún envío, le informara cuanto antes, siquiera con un telegrama.

Pero nada.

Pese a toda su inquietud y alarma, Germán siguió adelante y por supuesto afrontó sus compromisos profesionales. Finalmente, a comienzos de marzo, cuando a mediodía llegó a su casa, la patrona le dijo:

—Le llegó correo, señorito, de Cádiz. Por los apellidos, diría que de su padre.

—Ah, bien, muchas gracias —respondió él fingiendo un asombro moderado.

—¿No nos acompaña hoy en el almuerzo?

—Vayan comenzando ustedes, si no le importa — contestó Germán—. Tengo que resolver un asunto. Quizá luego, en la cocina, pique algo.

—¡En la cocina, qué ocurrencia! Me avisa cuando acabe y yo le sirvo en el comedor lo que necesite.

—De acuerdo, gracias.

—No hay por qué darlas —le respondió la casera sin dejar de mirar cómo subía raudo la escalera aquel inquilino que guardaba

un secreto, ¡si lo sabría ella, después de tantos años alquilando!

Una vez en su cuarto, Germán rasgó el sobre. Le estremeció la parquedad de su padre, su incapacidad para saludarlo, ni siquiera ahora que le reenviaba aquella otra carta. No obstante, evitó malgastar energías en reprocharle su temperamento, sacó el segundo sobre, este sin remite, pero con unos timbres inconfundibles y un trazo que reconocía en las palabras «Carbonería de la

calle Tintes (Cádiz)». De nuevo metió un dedo bajo la solapa y tiró del papel con la urgencia de quien sabe que va a leer algo crucial.

Queridísimo amigo:

Esta es la carta más difícil que he escrito. Es probable que sepas, por la prensa, que han asesinado a Rizal. Te escribo para informarte de que, de momento, yo estoy vivo. No puedo, no debo decirte mucho más. Si acaso que me encuentro en una zona rural y no estoy solo. Aunque,

siendo sincero, sí algo asustado —lamento incurrir en esta debilidad, pero eres ya un hombre y, en todo caso, es fácil imaginarlo.

Te escribo a la carbonería porque me parece la dirección más fiable. No consigno remite por si la carta se extraviase y pudiera servir a alguien para localizarnos... Utilizo una vía que me merece toda la confianza, de otra manera no te escribiría por miedo a que tú sufrieras alguna represalia por conocerme. No obstante, quiero que

sepas que durante un tiempo no volverás a tener noticias mías. Porque las comunicaciones suponen un riesgo cierto para mí y aunque improbable, quizá en alguna medida, también para ti.

En todo caso, pese a mi deseo de ser prudente, no podía dejar de escribirte esta última carta (confiemos que penúltima). Tenía que animarte a descreer lo que cuente la prensa sobre lo que está ocurriendo aquí. No vayas a pensar jamás que Rizal, mis compañeros o

yo somos hombres violentos, independentistas asesinos. Sé que me conoces bien, pero hace mucho que no nos vemos y no quisiera que al final te fuera a quedar de mí un mal recuerdo. Los cambios que propugnamos son razonables, pero el poder, ya sabes, se resiste siempre a los avances sociales. Ni José tenía, ni nosotros tenemos tampoco vocación de mártires. Si nos dan caza y nos matan —sí, como a animales— no será porque hayamos elegido con gusto arriesgar la vida. A

veces, simplemente, uno se encuentra en la tesitura de tener que aplicar en la práctica los ideales que ha defendido siempre y siente que sería incapaz de seguir adelante si, ahora que ha llegado el momento, no da la cara y actúa como debe. Como no somos temerarios, sin embargo, estamos planteándonos cuál es en este instante la estrategia apropiada. Descuida, que trataré de conservar mi vida como el bien más valioso que tengo —siempre que sea, por supuesto, una vida

digna— y es muy probable que consigamos algún refugio en el exilio. Si es así, y encontramos un lugar seguro, ten por cierto que desde allí volveré a escribirte.

Me resisto a creer que sean estas las circunstancias en que tengo que felicitarte por haber acabado la carrera. Pero así de impredecible es la existencia. Así es. Y también contradictoria. Pues al tiempo en que lloro desolado la muerte de mi valiente amigo José,

sometido, vencido por criminales cobardes y mediocres, me alegro y enorgullezco de la proeza que tú has conseguido. Bravo por ti, Germán. Por mucho que intento imaginarlo, solo tú sabes lo que ha sido tu lucha todos estos años. Disfruta del merecido éxito que has logrado. Estoy convencido de que harás un gran trabajo. Serás —eres ya, cuesta asimilarlo— un gran abogado. Ahora que vuestros nombres se cruzan en mi pensamiento —a él le

hablé de ti, como a ti de él, habría sido estupendo que os hubierais conocido— se me ocurre que quizá el mejor regalo que pueda hacerte sean algunas estrofas de las que el pobre escribió ya en prisión. Son de su estremecedor poema «Mi último adiós». Lo escribió dirigiéndose a su amada Filipinas, aunque yo, que tan bien creo haberlo conocido, te diría que su idea de patria era, como la tuya y la mía, la Justicia.

Ora por todos cuantos

murieron sin ventura,

*por cuantos padecieron
tormentos sin igual,*

*por nuestras pobres
madres que gimen su
amargura;*

*por huérfanos y viudas,
por presos en tortura.*

*Y ora por ti que veas tu
redención final.*

Y cuando ya mi tumba de

todos olvidada

*no tenga cruz ni piedra
que marquen su lugar,*

*deja que la are el
hombre, la esparza con la
azada,*

*y mis cenizas, antes que
vuelvan a la nada,*

*el polvo de tu alfombra
que vayan a formar.*

Mi patria idolatrada, dolor

de mis dolores,

*querida Filipinas, oye
el postrer adiós.*

*Ahí te dejo todo, mis
padres, mis amores.*

*Voy donde no hay
esclavos, verdugos ni
opresores,*

*donde la fe no mata,
donde el que reina es Dios.*

Adiós, padres y hermanos,

trozos del alma mía,

*amigos de la infancia
en el perdido hogar,*

*dad gracias que
descanso del fatigoso día;*

*adiós, dulce extranjera,
mi amiga, mi alegría,*

*adiós, queridos seres,
morir es descansar.*

*Siento, lamento muchísimo
entristecerte con esta carta.*

No puedo evitarlo. No quiero ser un impostor, mentirte. Esta es mi realidad. Pero no permitas que el dolor te paralice. Sigue con tu vida, pues yo mismo, en cuanto escriba el punto final, voy a continuar.

Vivir, lo sabes tú mejor que nadie, es luchar. Confío íntimamente en que volveremos a encontrarnos y antes retomaremos el contacto. Hasta que eso pueda ser te envío el abrazo más fuerte de todos cuantos te he mandado. Y te aclaro que aunque no haya escrito

tu nombre una sola vez, no he parado de repetírmelo mentalmente en cada párrafo.

Hasta pronto, hasta siempre.

Te quiero mucho, hijo, amigo, hermano.

Ahí va ese abrazo, fuerte.

Eliseo

Germán no lloró porque no podía creer lo que acababa de leer. Por supuesto, sintió todo su cuerpo en tensión, repasó

líneas, releyó las estrofas de Rizal, conmovido, pero ¿cómo podía ser cierto? ¿Cómo podía estar Seo oculto en un paraje que imaginaba selvático? ¿Hacía cuánto tiempo vivía una vida que para Germán era como de mentira, primero en París, luego en Filipinas? Sentía como si hasta ahora, durante años, le hubiera seguido el juego, pero secretamente estuviera convencido de que Seo seguía en Cádiz, en lugar seguro, escondido, inventando todas aquellas aventuras casi con el solo

propósito de asombrarlo. Y ahora no había rastro de juego por ninguna parte. Ahora Seo anunciaba que lo estaban persiguiendo, que tal vez lo matasen, que iban a silenciarlo.

¿Qué habría pasado ya en el mes y medio que tardó la carta en llegar a España? ¿Seguiría vivo o ya estaría muerto? ¿Podría Germán vivir con esa incertidumbre? ¿Tenía más opción que aguantarse? ¿Podía plegarse a la realidad incontestable, continuar con su trabajo y su vida sin sentirse absurdo,

frívolo? En el fondo era una hipocresía, la gente moría en guerras, en hambrunas, a diario, por centenares, y eso no lo paralizaba, ni a él ni a nadie. Pero la gente no era Eliseo. Eliseo era como su padre. Al pensar esto sí se le saltó una lágrima, caliente, solitaria. Porque justo en contra de lo que se había dicho, Eliseo y su padre eran totalmente distintos.

Ese día Germán fue incapaz de almorzar. Regresó al bufete con el estómago vacío y sintiendo fatiga. Durante semanas el

malestar no remitió. Finalmente escribió a su padre y, de algún modo, se desahogó. Por supuesto, no se dejó llevar por la emotividad, pero sí le contó que en aquella carta que él le había reenviado, Eliseo le había dado malas noticias, le había confesado que estaba envuelto en problemas, que lo perseguían por cuestiones políticas. Era algo grave que no convenía comentar con nadie. Y que solo tal vez, con mucha suerte, se arreglase. Por eso le pedía que estuviera muy atento a

la correspondencia y si llegaba carta del extranjero, fuera de quien fuera, tuviera la apariencia que tuviera, se la remitiera a Sevilla, a toda prisa. Germán sabía que su padre recibiría aquella nota en tres o cuatro días, pero en esta ocasión como en tantas anteriores Ramón no le contestó.

Aunque la preocupación por Eliseo no desapareció, con el tiempo, inevitablemente, fue siendo relegada por las inquietudes perentorias de la vida cotidiana. De forma

progresiva, Germán iba adquiriendo mayor responsabilidad en los casos cada vez más numerosos y variados que llegaban al despacho. Algunos eran relativamente sencillos de plantear y ganar, otros, en cambio, requerían mucho estudio incluso para decidir solo si convenía aceptarlos. El primer contacto con el cliente, ese en que exponía su problema, era ahora responsabilidad exclusiva de Germán, quien posteriormente resumía la cuestión a su jefe y le daba

su opinión sobre si veía la causa viable. La mayor parte de las veces, compartían criterio. Cuando rara vez discrepaban, el punto de vista del titular se imponía siempre, pero eso a Germán no le molestaba.

O no lo hizo hasta una tarde. El cliente, Mauro Bermúdez, era un conocido de toda la vida del señor Recuelles, por eso, de forma excepcional, ambos lo atendieron juntos en su visita. Bermúdez se ganaba la vida como corredor de fincas e intermediario en

todo tipo de tratos de los que muy astutamente sacaba el mayor provecho. Carecía de estudios, y no solo no lo ocultaba, sino que tenía la rara habilidad de, sin decirlo de forma expresa, dar a entender que eran innecesarios. Lo que sí tenía, además de la ya citada sagacidad para los negocios, era multitud de aficiones, la mayoría caras. Una salvedad a esta regla era su afán por reconstruir su árbol genealógico y paralelamente inventariar antiguos bienes familiares. En apariencia lo

alentaba la sentimentalidad, aunque, en alguna ocasión, había encontrado «algún tesorillo», como él los llamaba.

—Esta, precisamente, puede ser una de esas veces —planteó Mauro Bermúdez, antes siquiera de sentarse—. Y como en las anteriores —continuó—, acudo a ti, amigo Jacinto, para ver qué resortes legales tocamos para aumentar mi patrimonio con una nueva joyita.

—Tú dirás, Mauro —le invitó Recuelles a explicarse—. Aquí estamos, por

supuesto, para ayudarte, como siempre —hablaba en plural mayestático, aunque la verdad es que los dos actuaban como si no los acompañara Germán.

—Mis muchos años, la larga experiencia, hacen que tenga la idea clara en mi cabeza. Pero uno no deja de necesitar picapleitos para redactar los papeles, ¿no es cierto?

—Por algo complicamos los procedimientos, Mauro, para que no podáis eliminarnos como intermediarios —

bromeó Recuelles.

—¡Qué listos! —bramó Bermúdez, antes de proseguir—. La cuestión es la siguiente: existe una villa en Osuna, de donde como sabes procedo, que siglos atrás fue casa matriz de mi familia. Por azares del destino, las ramas más emprendedoras de nuestra estirpe abandonaron el pueblo y, o bien se vinieron a Sevilla, o marcharon a Cádiz o América, donde hicieron fortuna, como te consta.

—Me consta, me

consta. —El abogado sabía que las muestras de vasallaje eran apreciadas, esperadas y hasta demandadas por el hombre que tenía delante.

—De aquellas ramificaciones, la de mis ancestros directos salió particularmente bien parada, pues heredó e incrementó un patrimonio vasto en tierras y casas. Casualmente, de mis nueve hermanos yo habito la primera que tuvieron en Sevilla. O no tan casualmente, ¿verdad, Recuelles? No hará falta informar a tu pasante de las

muchas victorias que ya hemos cosechado, ¿no?

—No, no será necesario —le contestó don Jacinto.

—El caso es que los negocios, la mujer, los hijos y mi voluntad propia me retienen aquí, en la capital. No tengo la menor intención de volver al pueblo.

—Se comprende —asintió el titular del despacho, ante la silenciosa figura de Germán, que se preguntaba a dónde irían a llegar.

—Sin embargo —siguió Bermúdez—, mi

afición por la genealogía, ya sabes, mi debilidad, me ha dado el disgusto de comprobar el estado lamentable en que se halla la villa de los ancestros.

—Vaya, lo lamento mucho.

—Pues sí, está fatal y es algo que puede explicarse.

—Te escuchamos atentos —dijo Recuelles.

—Pues verás, emigrados los miembros más capaces, quedaron a cargo de la casa los menos preparados, algunos de los

cuales, ¿a qué negarlo?, tienen hasta debilidades mentales. Es triste pero cierto.

—Ocorre hasta en los mejores linajes.

—Por supuesto —ratificó Bermúdez—. Nadie está libre de tener parientes incapaces. Lo que ya no era tan frecuente es que justamente estos miembros menos dotados acaben siendo los herederos del hogar histórico, por más que esté en un pueblo donde nadie quiera vivir para los restos.

—Claro, vivir no, pero...

—Sí, Jacinto, sé lo que piensas, como lugar de recreo, o de veraneo, Osuna no tiene precio.

—Es un municipio precioso, desde luego.

—Desde luego. Pero es que, además, la sabia madre naturaleza ha hecho que ninguno de esos...

—¿Legatarios?

—Yo iba a decir otra cosa, pero dejémoslo así. El caso es que ninguno de ellos tiene descendencia. Total, que es una pena y que la

situación no parece tener arreglo, por las buenas. Conste que yo lo he intentado ofreciéndoles un buen dinero por el inmueble, que merezco más que nadie, pues soy el único de la familia que se interesa por estas *cosas viejas*. Bien lo sabes tú.

—Doy fe.

—Pues los dos pájaros se han obstinado en rechazar mi oferta. ¿Puedes creerlo? Pues así es.

—Increíble —afirmó Recuelles, sin molestarse demasiado en que su

supuesta indignación
resultase convincente.

—Más asombroso
todavía ahora que conozco
un detalle que ignoran esos
analfabetos. Algo que me ha
convencido de que hasta
puedo ahorrarme el dinero
que tan generosamente he
estado dispuesto a darles:
existe una escritura en la que
la casa figura a nombre de
mi abuela, que no es la suya.

—Vaya, es una gran
noticia.

—Sí. Desde luego, sé
que el texto fue modificado
luego, pero en un documento

privado cuya validez legal se podría discutir. Y aunque me consta que la voluntad de mis ancestros era legar la vivienda «a los de Osuna», se explica porque no previeron, ¡cómo iban a hacerlo!, que precisamente esa rama, tal vez por la consanguinidad, se iría debilitando, hasta llegar a ser representada por esos primos míos tan... primitivos. De haberlo sabido, no habrían cometido el error de dejarla en sus manos. Pero por suerte para todos, yo voy a enmendar el

fallo con ayuda de mis abogados.

¿«Abogados» o «esclavos»? Germán tuvo dudas al respecto. Quizá no hubiera entendido bien, porque a medida que escuchaba a Bermúdez se había ido poniendo enfermo. Pero es que, además, la verdad, los trataba como a siervos. Parecía que no pudieran rechazar asesorarlo cuando era eso lo que él iba a proponer a don Jacinto. Negarse a aceptar el caso por dudosamente legal y, a todas luces, inmoral. Allí,

frente a su jefe y el cliente, buscaba las palabras que evidenciaran su reparo sin revelar la verdadera causa. Pero se sentía torpe, inseguro, como quien está al borde de una peligrosa falla. De modo que se mantuvo callado con la esperanza de poder objetar en los días siguientes que tras haber estudiado con detenimiento el asunto no veía base legal para defenderlo.

Pasadas dos jornadas, expuso su análisis a don Jacinto ayudándose de un esquema. A medida que iba

hablando, se daba cuenta de que no estaba resultando tan diplomático como la ocasión requería. Se notaba que no podía soportar la idea de ayudar a ese hombre a quedarse con una casa que ni era suya ni debía serlo. Si lo hiciera, se sentiría culpable de cooperar en una injusticia. Justo lo contrario de lo que le había impulsado a estudiar su carrera y querer ejercerla. Pero estos escrúpulos éticos que se evidenciaban bajo sus palabras dejaban mal a don Jacinto, que, esta vez, como

en tantas anteriores, estaba a disposición de su cliente para asistirlo en sus atropellos.

No era fácil para Recuelles observar en silencio cómo lo juzgaba un pretencioso principiante, un recién licenciado que sabía del trabajo y la vida como de la misa la media y que, sin embargo, ahí estaba jactándose, pavoneándose de ser más íntegro, más recto. Podía pensar lo que quisiera, pero el despacho era suyo. No había logrado abrirlo, ni lo mantenía en marcha —

¡pese a Dios sabía cuántas dificultades!— después de cuarenta años, gracias a objeciones absurdas como aquellas, sino siendo un hombre práctico, que ponía sus conocimientos y su talento al servicio de quien podía pagarlo. Y si alguien había pagado, religiosamente, todos aquellos años era Mauro Bermúdez, quien de todas formas, con o sin su ayuda, lucharía por esa casa y, según él lo conocía, acabaría por conseguirla. No tenía ganas de discutir. Germán

poseía muchas cualidades, pero en esto se equivocaba. Así que se limitó a decirle:

—Discrepo de su análisis, estimado discípulo, y como yo soy el titular del despacho, me veo en el deber de informarle de que el caso ha sido aceptado de antemano. Dado que aprecio que carece usted del entusiasmo necesario para llevarlo, yo mismo lo estudiaré, prepararé y defenderé. Y, como sé que, contra su pronóstico, será todo un éxito, cobraré una cuantiosa minuta que me

ayudará a pagar su salario.

No pronunció estas frases malhumorado, sino con una tranquilidad que las hizo aún más hirientes. La alusión al sueldo fue la guinda. Con ella dejó claro que teniendo tantos escrúpulos le costaría mantenerse en el negocio. Pero a Germán el mensaje cifrado le importaba poco. Con tal de no verse implicado en aquel «hurto» —como lo consideraba— daba por buena cualquier reprimenda o vaticinio oscuro.

El encontronazo en el caso Bermúdez fue excepcional entre Germán y su superior. Habían establecido una relación fructífera en lo profesional y agradable, casi amistosa, en lo personal. Con el tiempo, don Jacinto llegó a permitir que su pasante defendiera pleitos menores en los tribunales. Germán asumió el reto con un entusiasmo y entrega que lograron resultados formidables. Tanto fue así que, en alguna ocasión, en medio de una reunión en la que estudiaban

juntos un tema, o mientras descansaban compartiendo un café en el bar de abajo, don Jacinto miró a su auxiliar y le asombró diciendo:

—¡Ay, Germán, Germán, va usted a merecer heredar el bufete!

Sabía que era solo un cumplido, pero no podía evitar ilusionarse con que, alguna vez, su jefe lo hubiera considerado con seriedad. Tal vez, al no tener descendientes, prefiriera que lo llevara él a que desapareciese. Estaba

convencido de que era mejor no planteárselo y centrarse en seguir haciendo bien su trabajo. Solo así progresaría, ya fuera demostrando a Recuelles que sería un digno sucesor o llamando la atención de otros bufetes. Por no hablar de que ejercer era lo que daba sentido a su vida. Lo que había deseado desde niño y ahora disfrutaba plenamente. Por suerte, no ya con la ansiedad del principio cuando aún se creía dentro de un sueño del que, en cualquier momento, podrían despertarlo, sino con

la consciencia de que aquella era su realidad y seguiría siéndolo mañana y pasado mañana y al otro y al siguiente.

Lo único malo de las buenas etapas es que en ellas el tiempo se acelera. Es una facultad, más que mágica, diabólica, por la cual uno, aun a su pesar, se acostumbra hasta a lo más extraordinario y deja que se le escape entre las manos. La vida de Germán por aquel entonces se fue contando no por días, sino por semanas y meses. No

podía lamentar ni celebrar perder o ganar un caso porque enseguida le reclamaban los siguientes. Apenas emprendía más empresa particular que quedar con sus amistades y ni siquiera eso tanto como deseaba. Aquellos primeros años de ejercicio debían ser claves para cimentar su carrera, para construir una base sólida a partir de la cual avanzar, sin sobresaltos. Si es que tal cosa era posible en la época que a su generación le había tocado, esa en que, cada amanecer, la prensa

daba voz de alarma.

Aquel agosto, sin ir más lejos, el presidente del Gobierno, Antonio Cánovas, fue asesinado por un anarquista mientras descansaba en un balneario guipuzcoano. El país, por supuesto, sufrió una gran conmoción y además se produjo un peligroso vacío de poder. El magnicidio no era un hecho puntual, sino la manifestación extrema de un malestar, larvado pero cada vez más intenso, de las clases obreras frente a los desmanes de los dirigentes.

La Península registraba ahora esos episodios violentos de los que hacía ya tiempo que los periódicos informaban, solo que entonces se localizaban en Cuba, Puerto Rico o Filipinas. Por cierto que Germán seguía sin saber si Eliseo habría logrado exiliarse, si permanecería en la isla, vivo, o esta se habría convertido en el túmulo de sus restos.

La relación con las colonias se fue deteriorando más si cabe en aquel último semestre del año y el crédito

de los gobernantes cayó a límites mínimos. A pesar de lo cual, cuando el dieciséis de febrero los titulares anunciaron el hundimiento del Maine y el estallido de la guerra con Estados Unidos, en aguas cubanas, nadie pensó realmente que España fuera a ser derrotada a manos de una nación tan joven como la norteamericana —*fundada por maleantes y mendigos de Gran Bretaña e Irlanda*—. Sin embargo, se perdió. Y aquel mazazo derribó algunos de los pilares que

Germán y sus coetáneos creían perdurables. España tal y como había empezado a ser con los Reyes Católicos, es decir, un pedazo de tierra con extensiones en América y Asia, había desaparecido —seguramente para siempre—. El país quedaba condenado a jugar un papel insignificante dentro del panorama internacional y sus habitantes, obligados a asumir que habían sido incapaces no ya de aumentar, sino siquiera de mantener, el patrimonio de sus padres.

Por supuesto, teóricamente, la pérdida de las colonias no tenía por qué mermar las condiciones de vida concretas de cada ciudadano. Los españoles seguían contando con exactas oportunidades de triunfo o fracaso, de ser felices o desgraciados. Teóricamente. Porque, en la práctica, cuando un país se desploma, ¿quién se hunde si no las personas que lo integran? ¿Quiénes sufren las consecuencias de los negocios que se frustran, el trabajo que escasea, el

dinero que se vuelve cobarde, se oculta en los colchones, no se invierte? Por no hablar de los jóvenes sacrificados inútilmente, tantos que murieron o volvieron de la guerra lisiados, heridos, enfermos. De los muchos que debieron salir huyendo de las ciudades y pueblos que, siendo cubanos, puertorriqueños o filipinos, habían sido españoles todos esos siglos. En algún momento del pasado, cuando aquellos eran lugares hermanos, donde vivían

tranquilos, más aún, felices amigos como Juan o Seo, Germán había fantaseado con viajar a La Habana o Manila. Ahora costaba mirar hacia esos enclaves que testimoniaban la incapacidad de todo un país y sus moradores para haber dado con soluciones inteligentes, equitativas, prácticas. A toro pasado, cualquiera apuntaba recetas varias. Todos se culpaban de no haber sabido ver el peligro a tiempo, se dolían de no poder dar marcha atrás para actuar de otra forma, para preservar

las colonias. Pero no había ya vuelta de hoja. No quedaba más.

Salvo en África. Allí España conservaba dos pequeñas áreas, una el protectorado en el norte de Marruecos y la otra Guinea. Precisamente como resultado de la pérdida de las tierras americanas, el país volvía ahora sus ojos hacia esos espacios, buscando inexploradas posibilidades comerciales. En eso había acabado por consistir el trabajo de Pablo. Después de mucho tiempo buscando un

empleo estimulante fuera del despacho de su padre, hacía año y medio que había claudicado e ingresado en él para llevar asuntos mercantiles. Entre sus clientes había uno con empresas en el Rif y el trato con él le despertó curiosidad por la zona. Tras un curso intensivo de comercio exterior se presentó a unas oposiciones que aprobó sin dificultad y que le proporcionaron una plaza de asesor mercantil. Entre los dos o tres destinos que podía elegir, Pablo optó por el de

Tánger. No sería allí donde viviera la mayor parte del año, sino en Madrid, pero por supuesto los viajes serían continuos. Según acababan de informarle, aguardaban que se incorporase cuanto antes a aquella plaza en la Administración Central. Se trataba de una gran noticia llamada a impactar a conocidos, amigos y familia.

A Germán le habría asombrado, como al resto, de no ser porque Pablo le dijo aquello la misma tarde en que le dio una sorpresa

mayor:

—Antes de irme de Sevilla, en quince días, me casaré con Aurelia.

Las palabras rebotaron en la cara de Germán, violentas. Le dejaron sonado, aunque su amigo ni se dio cuenta, atento como estaba, solo a contarle cómo se habían sucedido los acontecimientos: la comunicación del ministerio le hizo sentir que había llegado la ocasión, era ahora o nunca, le dio alas. Sí, se armó de valor y mientras tomaba café con ella, como

tantas veces, le cogió la mano y se sinceró. Le confesó que la quería. Que desde el principio en la universidad había sentido algo, le había atraído, pero que la cosa había ido a más, a más, con el tiempo, hasta que, sí, se había enamorado. Así, dicho en voz alta, sonaba cursi, ridículo, pero era cierto. No podía irse, primero a Madrid, luego a Tánger, después Dios sabe y dejarla allí. No podía. Y aunque por supuesto le asustaba que ella lo rechazara, tenía que

arriesgarse. Si se iba sin decirle una palabra, el tiempo pasaría y ella lo olvidaría, haría su vida, se casaría con otro, tendría hijos. En fin, debía intentarlo. Si salía mal, pues... y, en cambio, si le correspondía, ¡Dios santo! ¡Iban a ser tan felices! ¡Estaba tan seguro! Sí, porque congeniaban. Había comunicación entre ellos. No solo le gustaba porque fuera guapa, que lo era y cada vez más, sino que su inteligencia le sorprendía, sí, le asombraba, le hacía

admirarla, ya lo sabía. Se lo había dicho mil veces, por activa y por pasiva. Juntos, en Madrid, en Marruecos, harían un buen equipo. Incluso en el trabajo, si quería. Podrían actuar como compañeros, elaborar a medias los estudios, dictámenes y documentos precisos. No sería tan emocionante como comparecer en los tribunales, pero de un lado, supondría ayudar al desarrollo económico del país —tan necesario—, y de otro viajarían, conocerían

lugares diferentes, exóticos, excitantes. Más adelante, ¿quién sabía qué áreas les asignarían? Quizá acabarían por recorrer el planeta. El futuro estaba abierto, por escribir. La cuestión clave era: ¿ella lo amaba? ¿Quería compartir su vida con él?

El torrente de palabras cesó. Se hizo el silencio. Aurelia pareció pensarlo. Lo miraba a los ojos, con más ternura que pasión, la verdad, había que reconocerlo. Pero, con una tímida sonrisa, asintió. Sí, movió la cabeza, hizo un

gesto mínimo y lo cambió todo. Eso quería decir que sí, que lo quería, que aceptaba casarse con él, acompañarlo, a Madrid, a Tánger, y viajar luego juntos a donde fuera. Lo hizo feliz, lo volvió loco y durante minutos no fue capaz de pensar en nada en absoluto. Pero pronto reaccionó, tenían que hacer planes. La boda se celebraría en dos semanas, sin más remedio, pues debía incorporarse al puesto el diecisiete de mayo. Sería una ceremonia sencilla, en la iglesia de Santa Catalina,

que tan cerca estaba de la casa de Aurelia. Obviamente, Germán estaba invitado. Es más, Pablo quería que fuera testigo, aunque —eso no se lo dijo— a ella la idea no le entusiasmó.

Inconcebible más aturdimiento que el que Germán sentía mientras aceptaba ser testigo —¿cabía lo contrario?—. Era una versión intensa de los ataques de vértigo que sufría justo antes de empezar una vista. Como en ellos, le asaltaban mil dudas

acuciantes que, precisamente dado su estado de nervios, era incapaz de resolver. En este caso las preguntas eran: ¿se alegraba por sus amigos? ¿Lo lamentaba? ¿Se arrepentía de no ser él quien se casara? ¿Le aliviaba? ¿Por qué habría aceptado ella a Pablo? ¿Por amor, de verdad? ¿Despechada? En los juicios solventaba el asunto huyendo hacia delante. Actuaba como se esperaba de él y mientras, la ansiedad pasaba, se calmaba. Lo mismo hizo en aquella ocasión, desde el día del

anuncio hasta el enlace.

La mañana de autos, ocupaba un lugar de excepción, junto al resto de los testigos, en la fila inmediatamente posterior a las de los hermanos y padres. Desde su más tierna infancia en la aldea, apenas iba a la iglesia, pero aquel malestar físico no tenía que ver con su agnosticismo, sino con que mientras Leticia avanzaba por la nave central, con aquellos pasos largos, era como si el oxígeno se consumiera, se

hiciera el vacío. Germán tuvo la premonición de que antes de que llegara al altar todos acabarían desplomados sobre los bancos, muertos. Si iba a morir, que fuera ahora que ella lo miraba, hiriéndolo con aquellos ojos cargados de reproches. Aunque igual no le reprochaba nada, eran imaginaciones suyas, fruto de su mala conciencia. Sí, se sentía culpable, de haber sido un cobarde, de haber pospuesto el momento de aclararse sobre qué sentía por ella hasta que ya daba

igual porque era demasiado tarde. Podía sentir amor y desde luego deseo. Pero el que le cogía la mano ahora, el que la recibía —preciosa, con el entallado traje negro—, mirándola de aquel modo grave, intenso, el que muy pronto la cubriría de besos era Pablo. No podía odiarlo por eso. No era justo echarle en cara haber tenido el coraje que a él le faltaba. Sin embargo, era incapaz de dejar de pensar, como si las ideas fueran avispas que lo aguijonearan: «Siempre se es más valiente con las

espaldas cubiertas», «Así la osadía es más fácil», «Cuesta menos atreverse a casarse siendo aún joven, o con alguien como ella». ¡Oh, qué despreciable! ¡Buscar coartadas para su falta de arrestos, a costa de Pablo! ¡Había estado en su mano ocupar aquel lugar en el altar! ¡Y no durante uno o dos meses, durante años! Simplemente, no había querido hacerlo. Incluso ahora, ¿qué le impedía levantarse y parar aquello diciendo o haciendo algo? ¡Tenía que asumir de una

vez, como el adulto que era,
sus actos, o su parálisis!
¡Aceptar ser cómo era!
¡Afrontar las consecuencias!

Los tres cuartos de hora que duró la ceremonia fueron terribles y, más dolorosa aún, la hora y media del desayuno posterior, en los salones de la confitería La Góndola. Contaba los minutos y dentro de ellos cada segundo, lo que en vez de acortar la agonía, la eternizaba. Además, sus ojos volvían una y otra vez a posarse en Leticia. ¡Cómo

había sido tan imbécil para, además de no querer ser su pareja, despreciarla como amiga, dejar de verla, de hablar con ella! De repente, como si igual que siempre tuviera la facultad de oír sus pensamientos, ella se volvió y lo observó. Pero esta vez no ocurrió nada más. No se acercó, ni lo eligió entre todos los demás para dirigirse a él con una intimidad, un cariño especiales. Solo al final del desayuno, de la mano de Pablo, fue a despedirlo y ni siquiera eso lo hizo de buen

grado. Parecía que cumplía con un formalismo, que lo hacía por educación, no por su gusto. Los labios de Germán temblaron al besarle la mano. Se preguntó si ella recordaría ahora mismo, como él, aquel otro beso. Cerró los ojos. Tenía que lograr poner fin a aquello sin caer en el ridículo. Por eso soltó sus dedos rápido. Evitando levantar la vista hacia ella, abrazó a Pablo y le susurró: «Cuídala», e inmediatamente se fue. Los recién casados se quedaron allí, en medio de la sala,

Pablo conmovido y Aurelia —¿sería mejor decir Leticia? — destrozada. Él atribuyó la consternación de Germán al dolor natural por dejar de verse; ella, en cambio, comprendió la verdad, en su honda complejidad. Por eso sintió el impulso de salir tras él. Pero no lo hizo. Mientras la gente charlaba, animada, feliz, disfrutando del chocolate caliente, alabando los dulces, ciega a lo que ella sentía, el vacío y la soledad la hicieron estremecer. Se le ocurrió que Germán no era el único

decepcionante. Ella tampoco estaba a la altura de la imagen que tenía de sí. No era tan atrevida, tan independiente, tan arrojada como había creído, como había deseado creer. Y defraudarse ella misma era peor todavía, pues de su propia compañía no se podría librar.

Aunque entonces no lo calibraran ni Leticia ni Germán, aquel día, los dos, quedaron unidos para siempre. Porque a veces separarse une tanto o más que enlazarse. Fue como si

alguien los ensartara con una aguja, les clavara una espina, algo que les iba a doler cuando menos lo esperaran, al respirar o tragar saliva. Les arañaría la carne por dentro, tal vez sangrarían. Por suerte, solo pasaría de vez en cuando. Pero incluso cuando no doliera, la espina seguiría ahí, eternamente, como parte de ellos, conformándolos.

XIII

CUERVOS

Huyendo del dolor de haber perdido a Leticia —y a Juan, que había muerto; a Eliseo, que seguía sin dar noticias; a don Pedro, que nunca escribía porque estaba ciego; a su padre, incapaz de comunicarse, y a su madre, antes que a todos ellos;

escapando, en definitiva, de ser huérfano de tantos afectos—, Germán buscó refugio en los viejos compañeros de universidad y en ciertos colegas actuales, como el fiscal recién llegado de Madrid, Rodrigo Ausejo, pero, sobre todo, se volcó en el despacho. Preparaba cada nuevo caso con minuciosidad. Buscaba jurisprudencia aplicable, analizaba al detalle, diseccionándolas casi, sentencias de causas similares, leía, escribía, tachaba y recomenzaba la

tarea con un obsesivo anhelo de perfección. Perseguía, por supuesto, ser eficaz y buen profesional, pero también consumir toda la energía que su cuerpo tuviera de manera que, llegada la noche, y con ella el momento de acostarse, su mente no pudiera entregarse al fatídico vicio de hacerse daño.

Jugaba a su favor el hecho de que cada vez llegaban más casos al despacho y también que mientras más ejercía, más le fascinaba el cometido de abogado. Una de las causas

más complejas a las que tuvo que enfrentarse se presentó al acabar el verano de 1899. Era un asunto dramático que no había entrado al bufete por el prestigio de don Jacinto, sino por el buen nombre que él empezaba a labrarse. Varios meses antes había llevado una denuncia contra la Administración por un escape de gas que había afectado a un inmueble del centro. La fuga había estado a punto de matar, envenenados, a los dueños del edificio y a los

empleados del colmado que tenían en el bajo. El proceso, aunque difícil, se resolvió gracias a los tajantes dictámenes de los peritos y Germán logró indemnizaciones no solo para los propietarios, que eran los litigantes, sino incluso para sus trabajadores, que apenas daban crédito.

Quien ahora recurría a él era justo uno de ellos, del que Germán recordaba vagamente el nombre: Sebastián, apodado Chano, Ruiz. Venía acompañando a

un hermano mayor de aspecto derrotado. Sus manos delataban su oficio, de campo. Eran grandes y fuertes, curtidas, llenas de callos. Se veía que se había arreglado cuanto había podido, pero su ropa limpiísima estaba ajada, zurcida, remendada. Lo que más llamaba la atención, no obstante, era su expresión de sufrimiento, sus ojos hundidos y su cara surcada por dos arrugas verticales, hondas y largas, a cada lado de la boca, casi desde las sienes hasta las quijadas. El

hombre, de nombre Emiliano, cubría su calva con una boina que al pasar al despacho se quitó y anduvo estrujando. Se sentía fuera de lugar, era evidente. Es más, Germán creyó entender en algún momento que se arrepentía de estar allí, que iba a levantarse e irse. Pero no, permaneció sentado, en silencio, como si fuera mudo, mientras su hermano contaba lo que les traía a verlo.

—Verá usted, don Germán —comenzó el hombre—, mi sobrina, hija

de mi hermano aquí presente, una moza de dieciséis años, buena, cariñosa, bienmandada, Julia se llamaba, ha muerto.

—La han matado —le corrigió con voz baja pero firme el hermano.

—¿Cómo? —Germán no pudo reprimir su asombro.

—Hay que empezar por el principio, señor —dijo Chano Ruiz. Verá, le explico: Julia llevaba año y medio al servicio de una familia de las conocidas en Sevilla de toda la vida, la de

don Luis Miñambres de la Vega. Atendía a los tres hijos pequeños de los siete que tienen. Nunca dijo que la trataran mal, ni regular siquiera. Al contrario. A mi casa venía los domingos por la tarde, el único rato libre que le daban, y a mi mujer y a mí solo nos contaba cosas graciosas de los niños. Se la veía contenta, además, de poder enviar el dinero a sus padres. Mi hermano aquí presente y su señora, Paquita, han trabajado mucho y muchos años en el cortijo de los Maribáñez, en

Carmona, pero ahora ya, por su edad, no suelen llamarlos.

Germán se fijó entonces en cómo apretaba la boina el señor Emiliano igual que si estuviera retorciendo un pescuezo y se preguntó si sería el de su señorito o el suyo propio porque, a todas luces, se culpaba por ser viejo e inútil.

—Por eso —retomó Chano Ruiz su exposición— el trabajo de Julita era de tanta ayuda para la familia, sobre todo para sacar adelante a sus cuatro

hermanos. Pero el mes pasado, un día terrible, don Germán, vinieron a informarnos de que había habido un accidente y Julia había muerto calcinada.

Con esa sola palabra, el olvidado rompecabezas de Estela, aquella pariente que Germán creyó ver carbonizada, de niño, en Pechón, se recompuso. Germán se estremeció. Cerró los ojos. Y los abrió. Esta vez no había sido un rayo, sino algo mucho más prosaico lo que había desencadenado el fuego: el

quinqué con el que la joven iluminaba de noche su cuarto. El dolor, el desgarró que la noticia provocó en la familia era inimaginable. Germán quiso creer que se hacía una idea a pesar de la torpe explicación que le ofrecía Chano, a quien la emoción desordenaba las palabras. Pero no, no podía comprender el sufrimiento en toda su intensidad. La desoladora imagen del otro hombre, el padre, acabado, enfrentado al sinsentido de su propia vida ahora, era solo la punta del iceberg. Si

él, que era el sostén de la familia, estaba así, ¡qué sería de la mujer y los niños!

—Nosotros, don Germán, somos gente trabajadora, pobre, hecha a las penalidades. Sabemos que la vida es traicionera, que está llena de trampas, que a veces, sobre todo a desgraciados como nosotros, nos pasan cosas como esta. No podíamos hacer más que aguantarnos con nuestra tragedia, dar sepultura a la niña, llorar por ella. Y eso hicimos. Pensando que había ocurrido un infortunio. Que

nadie pudo evitarlo. Hasta que... —El hombre pareció perder el hilo, dudar sobre qué palabras elegir.

—¿Sí? —le instó Germán a continuar.

—Hasta que el domingo siguiente al entierro —retomó, al fin, el hombre su relato— mi mujer y yo recibimos la visita de otro miembro del servicio. No diré su nombre porque he prometido no comprometerlo. Esta persona nos dijo que aunque el incendio pudo ser accidental, Julia murió

porque cada noche los señores la encerraban en su dormitorio. Solo a la mañana siguiente volvían a abrirle la puerta. Todos en la casa — nos contó—, los amos y criados, pero también los niños, que, horrorizados, se tapaban los oídos, habían escuchado estremecidos los gritos de mi sobrina pidiendo auxilio. Pero nadie abrió la puerta. La orden inmediata fue la de abandonar la casa. Se alertó, por supuesto, a los bomberos, que apagaron el incendio antes de que pasara

de la alcoba. Pero, al parecer, estos no consignaron en el parte que la llave estaba echada. Fue una sorpresa para los sirvientes que nadie investigara. Y un alivio para los señores, claro. Pero ni así respira un alma tranquila en la casa desde que eso ha pasado. Al contrario, andan desquiciados, con los nervios descontrolados. Es como si en cualquier momento fueran a volver a oír los chillidos. Viven, según parece, en una tensión continua, sobre todo los

niños. Los pobres, con su nerviosismo, alteran a sus padres y estos descargan su ira contra mayordomos y criadas, ya muy afectados ellos mismos.

—No lo suficiente como para denunciar lo ocurrido, ni promover que se indague —se permitió objetar Germán.

—Hay que comprenderlos. Todos necesitan el trabajo. Y piensan que por más que hablen, no resucitarán a Julita, lo que es verdad. Sin embargo, eso no acalla la

conciencia de esta persona honrada que nos visitó y que lleva sin dormir desde la noche aquella.

Germán permaneció unos segundos mudo una vez que el señor Chano terminó. Recapitulaba los datos esenciales. Al rato, con pies de plomo, empezó a decir:

—En primer lugar, quiero transmitirles que siento muchísimo la muerte de su hija, su sobrina. No lo digo por un formalismo, de verdad, lamento su tragedia y es para mí un honor que

piensen que yo puedo ayudar a aclarar qué sucedió, contribuir a impartir justicia. Sin embargo —continuó—, la verdad es que yo nunca he llevado casos penales. No son la especialidad del despacho. Y lo mejor que se me ocurre, para ayudarles, es recomendarles un colega de mi total confianza.

El padre de la joven lo miró como si llevara esperando desde el principio aquellas palabras e hizo ademán de levantarse. Pero su hermano lo retuvo.

—Escúchenos, señor —

habló Chano Ruiz con una voz firme, investida con la autoridad de la dignidad—, no queremos a otro abogado, sino a usted. Yo sé que tiene talento y conocimiento y que es un hombre justo. Otros, aunque sepan más, rechazarán el caso por no acusar a una familia como esa o por temor a que nosotros no podamos pagar la cuenta. En cambio, usted sabe que tenemos la indemnización por la fuga de gas. Perderemos hasta el último céntimo con tal de hacer justicia. Si mi sobrina

hubiera muerto hace dos años, habríamos tenido que resignarnos sabiendo que quienes pudieron salvarla, y no lo hicieron, seguían viviendo impunes. Pero el destino y usted, don Germán, han hecho que podamos pelear para que se sepa la verdad y los culpables paguen. Usted no se achantará por los contactos, el poder de los Miñambres. Más mandan las autoridades y usted consiguió que un juez las condenase.

Era halagador, desde

luego, escuchar a aquel hombre. Cuánto creía en él, qué confianza mostraba. Le tentaba mirarse en ese espejo que reflejaba a un profesional brillante, íntegro e insobornable. Pero sabía que aceptar el caso le acarrearía muchas complicaciones. Para empezar, la insoslayable discusión con Recuelles. El bufete, en efecto, jamás había llevado asuntos penales por decisión expresa de su dueño. Estos eran no solo complejos, sino «desagradables», y

reportaban el mismo o menos dinero que los mercantiles, contenciosos o civiles. De modo que ¿qué se ganaba con ellos? ¿Prestigio? Un buen litigante que consiguiera acuerdos o victorias en conflictos entre empresarios era más respetado, admirado y envidiado que el mejor de los penalistas. Contaba con una cartera de clientes con más caudales y mejores contactos que los «leguleyos» acostumbrados a tratar con «criminales, detectives y forenses». No,

decididamente, don Jacinto no se paraba a considerar siquiera aceptar casos penales.

—Cabe una posibilidad —empezó Germán a exponer—. Y tal vez sea más realista que la vía penal. Se podría plantear el pleito por lo civil y no pedir penas de cárcel, sino indemnizaciones.

Los dos hombres que tenía enfrente lo miraron ofendidos.

—Nosotros no queremos dinero —aseguró tajante Chano Ruiz—.

Somos humildes, sí, pero no es lo que buscamos, sino que si alguien pudo evitar la muerte de la niña y no lo hizo, todo el mundo conozca su pecado. Que sufra la vergüenza y la cárcel por muchos años.

—Les comprendo — aseguró Germán—, pero ¿creen que esa opción es factible? Me refiero a que... como saben, yo no soy de Sevilla, ignoro cuál era realmente el poder, el peso de esa familia. Pero si es tanto como ustedes dicen, si han conseguido que los

bomberos y la Policía hagan la vista gorda, ¿no es posible que tengan mecanismos para esquivar la cárcel? Desde el punto de vista de la vergüenza y el repudio social, el resultado será muy parecido si se logra una condena civil. Obviamente, la pena no será de cárcel, pero ¿de verdad consideran posible que un juez dicte prisión contra los Miñambres? Deben sopesar si conviene jugar la partida a todo o nada o si es mejor ser prudente y tratar de conseguir un éxito, aunque

modesto, posible.

Germán se daba cuenta de que estaba empezando a asesorarlos, a sentirse y actuar con ellos como su abogado.

—Por supuesto, antes de aceptar el caso —dijo, no obstante— tendría que convencer a mi jefe, don Jacinto Recuelles, titular del despacho. Confío en poder hacerlo y, entretanto, me comprometo a estudiar las distintas posibilidades que caben. Les propongo que volvamos a vernos en una semana. Será entonces

cuando les aconseje una u otra vía de trabajo y tengan ustedes que tomar la decisión definitiva.

—De acuerdo —
respondió Chano Ruiz.

—En cuanto a la minuta —añadió Germán— solo pagarían en caso de que el pleito se ganara.

—Pero, don Germán, tenemos dinero para... —
quiso Chano Ruiz discutir el asunto.

—Lo siento, pero esta es una condición innegociable. O aceptan, o no habrá nada que hablar.

Puestos así los puntos sobre las íes, Germán dio por concluido el encuentro y los dos hombres se levantaron para marcharse. Ambos se despidieron con un apretón de manos, pero el de Emiliano, ligeramente más largo, lo emocionó. Seguramente porque estuvo acompañado de una palabra que supo apreciar en lo que valía: «Gracias». Una expresión breve, fácil de prever incluso dadas las circunstancias, pero dicha por un hombre que acababa de perder a su única hija de

un modo tan terrible, un hombre que estaba destrozado y solo quería callar, quedarse quieto, cerrar los ojos y sentir él mismo que estaba más cerca de la muerte que de la vida, era una concesión a las normas sociales que conmovía.

Germán estudió el caso como había prometido. Consultó los estadillos policiales y de bomberos, fingiendo interesarse por varios sucesos distintos, iniciados con deflagraciones todos ellos. Examinó

jurisprudencia sobre
accidentes con víctimas
mortales entre el servicio
doméstico y elaboró una
lista de testigos cuyas
declaraciones serían
relevantes. Paralelamente,
hizo averiguaciones acerca
de los señores de la casa.
Bastó hablar con colegas y
amigos, pretendiendo simple
curiosidad acerca de unos y
otros apellidos famosos en
Sevilla, para saber que, en
efecto, pertenecían a una de
las siete u ocho familias *de
siempre*, propietarias de
negocios en el centro y

tierras en las inmediaciones, miembros destacados de varias cofradías y otras instituciones señeras. Entre sus parientes más cercanos había concejales e incluso algún alto cargo de la judicatura. Todo lo cual apuntalaba su inicial impresión de que sería más prudente atacar el caso por la vía civil. Si de verdad hubiera creído que algún colega podía conseguir un buen resultado penal, se lo habría dicho a la familia e intercedido por esta ante su compañero para que

aceptara representarlos. Pero sinceramente lo consideraba imposible y estaba persuadido de que él llevaría el caso con más entrega que nadie. No sabía si era porque la chica había muerto quemada o porque esa familia modesta le recordaba a la suya, pero desde el primer momento se había sentido especialmente preocupado y decidido a dar lo mejor de sí para lograr un buen fallo.

En la reunión semanal con don Jacinto, donde hacían recuento de los casos

que entraban y del punto procesal de los que ya estaban en marcha, se refirió al de los hermanos Ruiz como de pasada y tratando de restarle importancia. Era una reclamación de indemnización por un siniestro común en el que por desgracia había fallecido una sirvienta. Pese a todo, el enunciado llamó la atención de Recuelles, quien, de inmediato, levantó su vista de los papeles y desde detrás de sus lentes redondas lo miró inquisitivo.

—¿Quiénes son los

demandados? —preguntó.

—Los Miñambres de la Vega —repuso Germán.

—¿Cómo? ¡De ningún modo! —manifestó su oposición—. Aunque nunca hayan sido clientes míos, lo son sus primos hermanos. Les indignaría.

Germán tuvo que poner en juego sus dotes de argumentación y persuasión.

—En realidad, don Jacinto —dijo—, he actuado frenando y enfriando los bríos de los clientes, que venían dispuestos a emprender acciones penales

y anunciaron que lo harían en este o en otro bufete.

—¡Que lo intenten! — lo interrumpió Recuelles.

—Consideré más prudente —continuó Germán— retener el caso en nuestras manos, pues así nos aseguramos que lo que se pide es razonable y no lesiona ni el nombre ni los intereses de los demandados.

—Me sorprende su inocencia —aseveró Recuelles—. La lesión se produce desde el punto y hora en que se les convierte en tales —apostilló.

—Humildemente, en este aspecto disiento — contestó Germán—. Yo podría hacer una reclamación de cantidad que solo invitaría a compensar a la pobre familia de la fallecida, muy necesitada, más aún desde la muerte de su hija, pues ella era la única con ingresos. Seguro que los Miñambres de la Vega aceptarían pagar ese dinero que para ellos no es nada y que, en cambio, a los Ruiz les salvaría la vida. Sería un gesto que manifestaría cómo los Miñambres lamentan el

terrible accidente.

Recuelles seguía sin verlo claro y Germán daba gracias por haber descartado la vía penal desde el primer segundo.

—Si hubieran querido compensar a esa familia, lo habrían hecho tras el entierro —sentenció el jefe.

—Tal vez estuvieran demasiado conmocionados para caer en la cuenta —rebatía su subordinado.

—En todo caso, si ese es el asunto —retomó Recuelles—, basta con una carta de la familia de la

chica a los mencionados señores pidiéndoles alguna ayuda, sin necesidad de implicarnos a todos en trámites legales.

Germán tuvo que morderse la lengua para no exclamar que era justicia y no limosna lo que querían los Ruiz. Calló y asintió con una media sonrisa fingiendo que la aseveración le parecía coherente, si bien no respondía a lo que los clientes esperaban. Enseguida añadió, imprimiendo a su voz la mayor prudencia:

—¿No podríamos, en todo caso, considerar otras opciones?

—Consideradas y descartadas. Pasemos al siguiente asunto —dijo contundente Recuelles.

—Disculpe, señor.

—¿Sí? —El abogado alzó de nuevo su mirada, molesto ya con su pasante.

—¿Y si la reclamación se hace a título exclusivamente personal?

—¿A qué se refiere?

—Si la firma únicamente el letrado que la defiende y no todo el bufete.

—¿Usted? —La

propuesta indignó a
Recuelles—. ¡Sabe

perfectamente que aunque
en el membrete de la
demanda no figure el
nombre de mi despacho,
quien lo conoce a usted en
Sevilla lo hace como mi
ayudante! ¡De un modo más
que directo mi nombre
estará implicado!

—Lo sé y lo siento,
pero...

—¿Aun así insiste,
tozudamente, en promover
una causa absurda, abocada
al fracaso y que no ha de

reportarle más que problemas? —preguntó don Jacinto, gritando.

Germán lamentaba haber llegado a ese punto, haberlo enfadado y con la mayor calma que pudo le dijo:

—Sin voluntad de ofender, don Jacinto, discúlpeme de antemano, pero insisto.

—Tiene usted muchas cualidades, estimado pasante —dijo Recuelles enfatizando la diferencia jerárquica entre ambos—. Sabe que desde el primer día se lo vengo

diciendo, pero esa obstinación suya rayana en la soberbia, en la soberbia, sí, déjeme decírselo, no le traerá ningún bien, nunca, ninguno. Por otra parte, si este es su primer paso hacia la emancipación profesional, permítame advertirle que no es muy inteligente. Con un caso así no hará los contactos que necesita para hacerse con una buena nómina de clientes, es más, ahuyentará a la mayoría de los que haya hecho estos años a mi lado.

—Nada más lejos de mi

intención, don Jacinto —
repuso Germán—. Quiero
permanecer en este bufete,
no pienso establecerme por
mi cuenta ni en ninguna otra
parte. Estoy muy satisfecho
aquí. Y agradecido.

—No lo bastante para
acceder a olvidarse de este
asunto cuando yo se lo digo.

—Simplemente,
discrepo de su análisis con
todo respeto, como he hecho
en alguna oportunidad
anterior —expuso Germán,
consciente de que eso no era
del todo cierto, que esta era
la ocasión en que con más

fuerza se había resistido a las directrices de su superior —. No creo que la causa sea tan descabellada, ni pueda traer sobre mí tan malas consecuencias, pero de todos modos, como es posible que me equivoque, veo bien evitarle a usted cualquier problema.

—¡No me evita ninguno y además añade a los que ya preveo el que la profesión entienda que se me desmanda! —contestó Recuelles, en lo que parecía iba a ser el final de aquella charla. No obstante, para

sorpresa de Germán, don Jacinto siguió—: ¡Haga esa maldita reclamación de indemnización y antes de dar cada uno de los pasos deje el papel correspondiente encima de mi mesa! ¡Por supuesto, irá usted solo en este asunto, pero aun así habrá ciertas cosas que no hará si quiere seguir en el despacho!

—Desde luego.

—¡Ah, y a los clientes los cita usted fuera, no quiero que se les relacione con el bufete!

—Está bien, don

Jacinto.

Con estas condiciones, que Germán hubo de explicar a los Ruiz en la mesa del café Europa, pudo al fin aceptar el caso. Ellos, conscientes de las dificultades a las que el joven abogado se enfrentaba por ayudarlos, admitieron sus consejos y se avinieron a emprender la vía civil. Después, ante la lista de posibles testigos que él sacó de su carpeta, fueron diciendo qué grado de colaboración cabía esperar de cada uno de cara a la

futura vista. Entre todos estaba necesariamente el nombre de quien había dado cuenta de los hechos a la familia, pero, como era tan renuente a testificar como el resto, Germán no pudo averiguar de quién se trataba. Chano no descartaba que pudiera convencerlo de la importancia de ver al abogado y contarle lo que sabía, pero tampoco estaba seguro. Con ese panorama de escasa colaboración de los miembros del servicio había que virar el objetivo hacia el cuerpo de

bomberos. Alguien habría, en la cuadrilla que intervino, con valor suficiente para testificar.

Averiguar qué retén estaba de guardia la noche del suceso fue relativamente sencillo y saber qué cinco de ellos acudieron al incendio tampoco costó nada. Pero para abordar a los bomberos, para persuadirlos de contar la verdad, sin miedo a represalias o a verse implicados ellos en la comisión de un delito, recurrió a su colega Mario Montalvo, el único penalista

de sus cuatro íntimos. Gracias a él —a un contacto suyo en el cuerpo y a su propia pericia— en apenas mes y medio, se logró reconstruir la escena del siniestro así, como averiguar que el retén había hecho un primer informe dando parte del cierre con llave del cuarto de la víctima, si bien este había sido reemplazado por otro, el que finalmente se remitió a la Policía y en el que no figuraba tal detalle. Ese hecho que obviamente habían conocido los propios bomberos al día siguiente les

había indignado, pues los convertía en cómplices de algo que, como poco, era una negligencia. Pero puesto que hasta ese entonces nadie había movido un dedo, ellos tampoco denunciaron. De hecho, en este momento en que se recababa su versión, dos de los cinco, aunque respaldaban la historia de la puerta cerrada, avisaban de que preferían no declarar y no descartaban negarse a hacerlo o mentir si con ello evitaban su expulsión del cuerpo. Los informes no se cambiaban sin razón, sobre

todo si era ocultando datos. El superior que hubiera obrado de tal modo debía de tener un buen motivo y seguramente sería el mismo que exigiría luego quitarlos a ellos de en medio.

Montalvo tuvo una idea:

—A ver, Germán —le empezó a exponer—, si aparece el primer informe, es decir, si no se ha destruido y logramos una copia, no será necesario basar la carga de la prueba en la declaración de los efectivos. Serían los papeles

los que hablaran y contra los papeles no caben represalias. Además, y puesto que los bomberos de base no tienen acceso a los archivos administrativos, nadie podría pensar que ellos los han robado. Necesitamos un experto en hurto. Y no uno cualquiera. Un ladrón, un mangante, sí, pero que sepa leer, que tenga tal competencia como para encontrar nuestro informe entre cientos y reconocerlo.

Una de las cosas buenas de ser penalista — que a diferencia de lo que

creía Recuelles, tenía varias — era que se conocía a curiosos infractores, miembros incluso algunos de ellos de los más selectos grupos de poder, dinero, influencias y contactos. Al propio Montalvo esto le había sorprendido al principio, pero ya estaba acostumbrado. El caso más singular era el del joven hijo de un aristócrata rancio que pese a la fortuna familiar, o justo por ella, se empeñaba una y otra vez en incurrir en delitos. Cierto que no eran crímenes corrientes. Uno

podía concederse ser *un chorizo* mientras no cayera en la tentación de robar vulgarmente. Para empezar había que elegir muy bien el objeto. Tenía que merecer la pena. Podía ser un legajo del siglo XVI, o una carta de Napoleón a su hermano Pepe Botella, o uno de los primeros mapas que se hicieron de América. Eso y no el dinero era lo que tenía que ser robado. Dinero había mucho en cada país, millones de monedas y billetes todos idénticos unos a otros y muy similares a los

de las demás naciones. En cambio, aquellas piezas eran únicas y ni siquiera una copia perfecta podía igualarlas. Aunque eso, obviamente, solo lo sabía quien era capaz de apreciar las diferencias entre el original y el calco. Quien, en definitiva, merecía tener los documentos auténticos: él. Sí, aquel muchacho, al que Germán tras oír a Montalvo sintió enormes ganas de conocer, era un fino ladrón y falsificador que contaba, además, con la protección de su padre. Alguna vez lo

habían pillado en pleno acto delictivo y entonces las influencias canalizadas a través del bufete de Montalvo habían actuado. Pero desde el propio progenitor a sus abogados, pasando por todo aquel que sabía de sus andanzas, temían que eran muchas más las ocasiones en que nadie se enteraba de sus fechorías que las que trascendían. Posiblemente alguno de los planisferios expuestos en el Archivo de Indias no fuera realmente original, ni siquiera algún volumen de la

Biblioteca Colombina. Es más, puede que hubiera dibujos del Museo de Bellas Artes, incluso uno de esos hermosos Murillos, cuya firma no correspondiera a la real autoría. Un delito sin pruebas no es delito y eso es algo que sabe hasta el más lego en Derecho.

Montalvo, que había quedado fascinado por el personaje desde el día en que se lo presentaron, se había preguntado muchas veces qué lo impulsaba a robar si en las propias paredes de su casa palacio, o

en las del cortijo de Jerez, se exponían escudos de armas medievales, documentos familiares incunables y pinturas de exorbitante valor. Durante mucho tiempo había pensado que era un coleccionista que había llevado su pasión al extremo, sin descartar del todo la tesis del padre de que padecía una rara enfermedad que lo abocaba a robar. Poco a poco lo fue conociendo hasta el punto de pasar a considerarlo casi un amigo. Quedaban de vez en cuando y mientras Mario le

comentaba sus casos, dilemas o paradojas del Derecho, el otro hablaba siempre, indefectiblemente, de Historia y Arte. Así fue como Montalvo se convenció de que en realidad su vicio era una manera de matar el aburrimiento y dar sentido a su existencia. El pobre hombre no tenía nada que hacer y aunque muchos lo envidiaban por eso, a él la inactividad, el tedio lo estaban consumiendo. No disfrutaba, como su padre, yendo de caza, bebiendo

hasta el paroxismo, ni acosando a las sirvientas. No veía nada excitante en conspirar contra adversarios y a la vez aliados, miembros de su mismo linaje. Con algo tenía que entretenerse y lo hacía dedicando los infinitos minutos de sus largas jornadas a copiar con precisión extrema las obras que decidía robar y a planear el cambio de unas por otras. Los momentos en que llevaba sus proyectos a la práctica eran los únicos realmente emocionantes. La adrenalina que corría por sus

venas en los segundos en que operaba los robos era droga suficiente para mantenerlo vivo y con ganas de seguir en el mundo hasta el siguiente hurto. Pero, obviamente, la cadena no se podía interrumpir.

Esta era, al menos, la teoría de Montalvo, que jamás había contrastado con su protagonista. Pero si era cierta, lo mismo le daría robar un Rembrandt que el maldito informe de bomberos, si es que aún existía. Lo importante era que fuera arriesgado y que el

riesgo estuviera justificado por una buena causa. En este caso las dos premisas se cumplían. No obstante, temía que él no lo viera de ese modo. Para empezar, y hasta donde sabía, sería la primera vez que no actuara *motu proprio*, sino por encargo, lo que desde luego restaba carga transgresora al asunto. Pero además, aquí el premio no sería una reliquia histórica, sino una hoja administrativa escrita de modo torpe y precipitado de la que tendría que desprenderse para que

pudiera ser usada como prueba en el juicio. Por no hablar de que en este se trataría de encausar a una familia importante de Sevilla que posiblemente conociera y frecuentara. No es que su implicación con los robados hubiera supuesto un escollo antes para él, pues la mayoría de sus botines procedían de gente de su entorno, que eran quienes, por historia o dinero, podían permitirse tener las piezas que deseaba. Pero, obviamente, esta vez era distinto. Él no iba a ganar

nada por aportar una prueba contra los Miñambres de la Vega, salvo tal vez una dosis de adrenalina extra, con la que no contaba.

Así que la tarde en que pasó a buscarlo por el despacho como tantas veces, sin previo aviso, Montalvo aún no tenía claro cómo debía plantearle el encargo. Una vez sentados en la cafetería que frecuentaban, ante sendas tazas de café, humeantes, empezó dando palos de ciego:

—A veces —balbució Mario antes de recuperar el

control de su tono vocal— el Derecho o el Periodismo son como la Historia o la Arqueología. Se parecen en que necesitan buscar restos y pruebas sobre los que cimentar un caso, una demanda, o un artículo si hablamos de prensa.

Aunque no tenía claro cómo esta línea argumental le llevaría a donde quería llegar, notó que lograba intrigar a su interlocutor y animado por eso siguió:

—En ocasiones, ocurren hechos que aparentemente son normales,

aunque sean trágicos, accidentes fortuitos de los que suceden miles o millones a diario. Hay tantos que uno no puede prestar atención a todos. Sin embargo, muchos, si son observados con el detenimiento suficiente, revelan verdades escondidas, a veces con toda intención, que nunca podrán demostrarse si no se hallan las pruebas.

El otro, enfrente, lo escuchaba con los ojos muy abiertos.

—La búsqueda de

pruebas —continuó Montalvo— es, en efecto, una etapa excitante, posiblemente la mejor en la preparación de un caso. Y además suele ser, en contra de lo que se piensa, no un momento solitario, sino de trabajo en equipo, en el que el abogado recurre a los mejores expertos de cada campo: forenses, peritos o ¿cómo se les podría llamar? Detectives. Sí, gente experta en buscar pistas y conseguirlas. Ya sean huellas dactilares o informes escondidos para que nadie

pueda encontrarlos.

Pronunció estas seis últimas palabras de un modo ligeramente más lento que las precedentes, lo que no pasó desapercibido a quien estaba al otro lado de la mesa, callado hacía rato, algo en su caso insólito.

—Ahora, por ejemplo —dijo Montalvo sintiendo que, por fin, centraba el tiro —, yo mismo me encuentro inmerso justo en esa fase previa a la presentación de una demanda en la que necesito encontrar una prueba que dé sentido a

todo. Sé que la prueba ha existido, aunque es posible que la hayan borrado del mapa. Pero, si todavía no la han destruido, debe de estar en uno de los cientos de ficheros de las oficinas del parque de bomberos. Ignoro cómo tendrán ordenados esos archivos, aunque es posible que, igual que en la mayoría de las instituciones, sigan un orden cronológico y, de ser así, tengo una pista, pues el suceso que investigo ocurrió la noche del 20 de mayo de 1899. 20 de mayo de 1899 —repitió—. Ahora

bien, está claro que yo no puedo presentarme ante el inspector jefe del cuerpo y pedirle que me deje buscar el informe. No puedo, sobre todo porque ocho horas después de haber sido escrito, este fue reemplazado por otro que contaba los hechos acaecidos de un modo muy diferente y menos comprometedor para cierta familia, que es precisamente a la que se va a acusar en la demanda.

A estas alturas de la charla el joven ladrón de antigüedades ya se había

dado cuenta de que su amigo abogado no había elegido al azar el tema de esa tarde.

—Yo necesitaría —
formuló al fin Montalvo—
un detective que entrara en
las oficinas cuando y como
pudiera y, de un modo que
yo ni alcanzo a imaginar, se
hiciera con el original del
informe y lo reemplazara
por una copia exacta.

«Un detective», eso
había dicho Montalvo. Le
costaba dar crédito a lo que
oía. Su abogado, que tantas
veces le había intentado
persuadir de que abandonara

la práctica de la falsificación y el robo, le instaba ahora a cometerlos y lo hacía refiriéndose a ello como si fuera algo aceptado socialmente, más aún, necesario. Sentía curiosidad por los detalles: qué tipo de accidente era el que había ocurrido, cuál la responsabilidad que se imputaba a los demandados. Le ocurría a menudo cuando Mario le hablaba de los asuntos que preparaba. Estuvo a punto, como esas otras veces, de lanzarse a preguntarle, pero se contuvo

justo a tiempo, cuando se dio cuenta de que era innecesario. Todos los pormenores podría deducirlos del informe que sin duda sería capaz de encontrar con menos dificultades de las que Montalvo pensaba. ¡Era realmente molesto cómo le llegaban a subestimar! ¿Creían que era cosa fácil dar el cambiazó a las *Capitulaciones de Cabañales* en pleno salón del duque de Miraflores durante una de aquellas soporíferas recepciones en

las que los presentes no tenían nada mejor que hacer que mirarse las caras? Francamente, era un fastidio no poder presumir de sus proezas. No descartaba que un día, harto ya de contemplar sus trofeos en soledad, se decidiera a convocar una gran ceremonia, una fiesta en la que ante todo el mundo iría sacando de un baúl cada pieza y explicando los detalles de cómo se había hecho con ella. Tal vez así se darían cuenta de que era el mejor «detective» —si es

que así querían designarlo—
que había existido nunca.
Aunque lo cierto era que él
prefería seguir llamando a
las cosas por su nombre y
considerarse, en
consecuencia, el mejor
ladrón y falsificador de
España.

Como no hizo partícipe
de estos pensamientos a
Montalvo y este al acabar su
exposición se sintió agotado,
llegó el momento en que los
dos se quedaron en silencio,
mirándose, en la mesa de
aquel bar donde eran los
únicos que no hablaban.

Estimaron sus expresiones elocuentes, por eso no añadieron nada. Pasaron página y abordaron cuestiones generales, esos siempre socorridos temas de la actualidad.

Cuando Mario dijo a Germán que había dado los pasos para conseguir el informe, este no pudo evitar pensar que los penalistas eran novelescos. Seguramente el documento no existía ya y aunque no lo hubieran roto en mil pedazos, tirado a la basura o quemado (algo, dadas las

circunstancias, cruelmente poético), sería imposible dar con él y robarlo. Es más, Germán albergaba ciertos escrúpulos acerca de la propia conveniencia de recurrir a pruebas como aquella, afanadas, así que se centró en estudiar las evidencias y testimonios con los que podía contar sin incurrir en la comisión de delito. Gracias a la mediación de sus clientes pudo reunirse con la práctica totalidad de los miembros del servicio. Eran buena gente pero asustada, que

accedió a contar los detalles de lo ocurrido siempre y cuando se le eximiera de tener que exponerse sin protección en un estrado. Lamentaban profundamente la tragedia y hasta cierto punto incluso se sentían culpables de ella, pero creían que no se haría justicia y temían que, en consecuencia, si testificaban serían despedidos para nada.

Las conversaciones se celebraron siempre en presencia del padre y el tío de la chica. Y bajo una sombra inquietante: ¿por qué

Julia era el único miembro del servicio al que se encerraba? Germán, a cuya mente venía una y otra vez esta pregunta, nunca la formulaba delante de los dos hombres, sino cuando, pretextando cualquier excusa, acompañaba, él solo, a los testigos para despedirlos en la puerta del lugar donde se hubieran citado, un bar, un café o la casa de Chano Ruiz. La respuesta era, invariablemente, un silencio espeso durante el cual el interrogado tragaba su saliva

con dificultad. Como si se preparara para contar algo muy grave y al final se arrepintiera. En definitiva, en vez de despejar las sospechas de Germán, espolearon su imaginación hasta hacerle concebir las peores aberraciones. Una tarde, tras haber conducido a la salida a la cocinera, que tampoco solventó sus dudas, al darse la vuelta, Germán se topó con don Emiliano entre las sombras del pasillo. Apenas había oído su voz en el mes que llevaba preparando el caso, pero esta

vez dijo:

—Yo tampoco dejo de preguntármelo..., pero no sé si quiero saberlo.

Y aquella frase hizo que Germán se sintiera culpable, cogido en falta. Como si hubiera sido demasiado paternalista con aquel hombre, hasta clasista al suponer que alguien como él no entendería que esa pregunta era pertinente, necesaria. O peor aún, como si realmente no lo fuera y solo quisiera conocer el detalle por morbo. De verdad —se convencía— era

muy importante saber por qué la encerraban, tal vez ahí estaba la clave del caso. O no. Dada la reacción de los testigos, le iba a costar averiguarlo.

Por desgracia, además, él no podía dedicar todo su tiempo a este procedimiento. Debía seguir llevando otros temas del despacho, preparándolos y defendiéndolos en los tribunales, solo o con don Jacinto. Últimamente las visitas a los juzgados se habían vuelto algo incómodas. Tenía la

impresión de que los togados entre los que avanzaba se apartaban a su paso o se volvían a mirarlo antes de cuchichear sobre él, disimuladamente pero sin esconderse. Debía de ser impresión suya. Aún ni había planteado la demanda, así que era poco probable que nadie supiera de ella. Pero no imposible. Tal vez don Jacinto o algún testigo se hubiera ido de la lengua.

Lo que ya estuvo claro cuando formalizó la denuncia fue que el asunto molestaba mucho a alguien

y no era difícil imaginar a quién. Las amenazas anónimas que empezó a recibir dejaban poco espacio al misterio. Eran notas breves y directas, particularmente amedrentadoras porque llegaban no al despacho, sino a su domicilio. Al principio se las entregó la casera, que creía que eran cartas normales traídas con el correo, pero poco después llegó a encontrarlas dentro de su propio cuarto, pasadas por debajo de la puerta, lo que suponía que un extraño

se había deslizado al interior de la casa, subido las escaleras, llegado hasta su rellano y salido, rápido y sigiloso, sin ser visto. Ese solo hecho era ya turbador. Luego estaba el contenido de los mensajes. Con unas u otras palabras siempre lo conminaban a abandonar la causa, apuntando que la muerte de la chica había sido «un lamentable accidente», uno de esos —precisaban— de los que «por desgracia» nadie, ni siquiera él, debía considerarse libre.

No podía negar que las

cartas le inquietaban. Le molestaba ser tan asustadizo. Pero lo era. Una vez, en el pueblo, había oído decir que «los Díaz eran todos unos miedicas» y tal vez fuera cierto. El caso es que no ayudaba a dormir a pierna suelta recibir notas como esas, dejadas por Dios sabe qué siniestro personaje que quizá, ahora mismo, escuchaba su respiración del otro lado de la puerta.

Lo mejor sería tirarlas sin abrirlas, pero en vez de eso rasgaba los sobres y las leía con avidez y luego las

guardaba por si pudieran servirle de algo para el caso. Era improbable, y sin embargo ocurrió con dos de ellas: una que recibió él directamente y otra que apareció en el despacho de Montalvo. Tenían ambas la misma letra, una distinta a la de todas las anteriores. En la suya solo decía: «Yo que usted llamaría al estrado al hijo mayor de los Miñambres» y en la de su colega: «A cierto detective le gustará haber contribuido a que se haga justicia (no hay obra de arte más bella

que una vida). Su ansiada prueba está en el Apartado 41002-52».

En efecto, en el citado compartimento de correos, enrollado y dentro de un cilindro de cartón, se encontraba el informe de bomberos en el que se daba cuenta del hallazgo del cuarto siniestrado, cerrado con llave. El informe describía sin detalles pero de forma clara que la joven había muerto mientras trataba inútilmente de salir del dormitorio, abrasada y asfixiada, pero habiendo

intentado forzar la cerradura con los pocos elementos que tenía a su alcance e incluso derribar la puerta rompiendo una silla contra ella. Se citaba, asimismo, que era extraña la presencia de una especie de huella de aceite, con forma de lengua, que corría de uno a otro lado de la puerta. Podía obviamente proceder del candil que había ardido, pero, no obstante, aplicando la lógica, parecía más cantidad de la que en él cabría. En definitiva, dado que las circunstancias del siniestro

no eran claras, se aconsejaba la instrucción de una investigación judicial y pericial que arrojara luz sobre ellas.

La lectura del informe dejaba una sensación ambigua: de un lado, escalofriaba conocer cómo había muerto la chica y que se hubiera querido ocultar esos detalles; de otro, era alentador tener por fin una prueba. Montalvo había pegado al dorso de la última hoja, con un pequeño adhesivo, la nota por la que había sabido el apartado de

correos. Cuando Germán la vio, reconoció la letra:

—¿Es de tu *detective*?

—le preguntó.

—Sí —repuso este—, ¿por qué? —añadió.

—Porque alguien con la misma grafía me ha hecho llegar un mensaje instándome a interrogar al hijo de los Miñambres.

¿Por qué? ¿Qué había averiguado? ¿Qué pasó realmente la noche del incendio? Tenían mucho trabajo por delante y no sería la parte más fácil buscar el modo de que el informe

valiera como prueba, teniendo en cuenta cómo lo habían conseguido. Por un lado, y con mucho esfuerzo, lograron acordar con los miembros del servicio doméstico que serían llamados a declarar, pero solo para preguntarles si recordaban haber visto alguna vez salir o entrar sola a Julia de su habitación. Ellos se limitarían a responder que no lo recordaban. Eso sería por sí mismo bastante raro, dado que, en circunstancias normales, durante los dos

años que había vivido en la casa, alguna vez, ante alguien, se habría tenido que dar el caso. Finalmente, les dirían que por supuesto la noche de autos la joven debió de morir asfixiada en el dormitorio sin darse cuenta, pues de otro modo habría salido huyendo. ¿O acaso la oyeron gritar? Ninguno negaría los chillidos, pues los escucharon hasta vecinos de casas adyacentes que también serían llamados a testificar. En este punto Germán se limitaría a

subrayar lo ilógico de estar despierta, consciente y quemándose sin abandonar el cuarto.

Los testimonios de la servidumbre, precisamente, serían de los primeros en el juicio que se vería a comienzos del mes de noviembre. La vista iba a durar un único día y Germán solicitó la comparecencia no solo de todo el personal doméstico y los dos vecinos antes mencionados, sino también del retén de guardia del cuerpo de bomberos, del demandado y sus dos hijos

mayores de edad, Marcial, de dieciocho años, y Luis, de diecinueve. Los dos muchachos, sentados a ambos lados de su padre — en honor del cual llevaba su nombre el primogénito—, estaban evidentemente nerviosos. El cabeza de familia, en cambio, parecía más bien indignado, rabioso. No daba crédito a que la sociedad hubiera llegado a un punto como ese en que cualquiera pudiera sentar en el banquillo a un mismísimo Miñambres de la Vega. Hacía comentarios a su

abogado con evidentes muecas de desdén de las que Germán se sentía destinatario. Estaba convencido de que durante la preparación del caso, al letrado de Miñambres — miembro de otra familia de rancio abolengo— no habría pasado por alto comentar que Germán, en cambio, era hijo de carbonero y había ejercido como tal durante años e incluso antes como vaquero en una mínima aldea montañesa. Podía imaginar perfectamente el tono despectivo, burlesco,

con que lo habrían hablado y no dudaba que ahora, abogado y cliente se referían a él con algún apelativo hiriente. No le importaba, no podía dejarse distraer por tonterías. Tenía que concentrarse en hacer un buen trabajo esa mañana. Justo en ese momento su señoría le dio la palabra.

Germán empezó por explicar el objeto de la demanda, pasó luego a resumir los hechos y finalmente expuso cuál era su petición de pena: condena por negligencia culpable con

resultado de muerte y la consecuente indemnización prevista en el Código Civil. La defensa respondió pidiendo la libre absolución, pues, a su criterio, la propiedad de la casa no tenía responsabilidad en el suceso. Había sido un desgraciado siniestro que todos lamentaban y por el que, como ya hiciera en privado en su día el señor Miñambres de la Vega, manifestaba sus condolencias a los parientes de la finada, aquí representados por su tío y su

padre. En cuanto a la fiscalía, se puso a favor del acusado y pidió la libre absolución

(fundamentalmente, porque al estar sobrecargada de trabajo no había tenido tiempo de estudiar la demanda, aunque eso, por razones obvias, no fue lo que se argumentó).

Llegó el momento de interrogar a los testigos. Gracias a ellos, Germán logró sembrar dudas razonables acerca del comportamiento extraño de la joven, que no salió

huyendo del fuego pese a ser consciente del riesgo de muerte. Sin embargo, el abogado de la defensa (que acosó a los declarantes con toda la fuerza de la presencia en la sala de su jefe, prácticamente dueño y señor de todos ellos) logró una serie de respuestas que pintaron a Julia como una chica poco despabilada, capaz de haberse dejado paralizar por el miedo y haber fallecido así, presa de las llamas tanto como de la histeria.

Cuando fue hora de

llamar a testificar a los bomberos, Germán hizo un alto como si, de repente, se hubiera acordado de un detalle poco importante.

—Creo procedente, señoría, manifestar en esta sala que desde la asunción del caso, este letrado que habla ha estado recibiendo continuos anónimos amenazantes y...

—Señoría —lo atajó el magistrado—, yo, en cambio, considero que se aleja del motivo de la vista. Si tiene alguna denuncia que hacer, le ruego que lo haga

por las vías pertinentes.

—Con la venia, señoría, si me refiero a estas amenazas, no es para intentar hacer derivar la vista hacia algo que me atañe a mí personalmente...

—Aunque quisiera no lo lograría —intervino el juez de nuevo.

—Lo sé, señoría —concedió Germán—. Mi intención era presentar el contexto dentro del cual esta mañana, cuando salía rumbo a los juzgados, ha llegado a mis manos un informe del cuerpo de bomberos fechado

en la noche de autos, apenas ocho horas antes del que oficialmente figura en los archivos de la Policía y que da cuenta de los hechos de forma muy distinta. Justo ahora, al ir a citar a los bomberos, me he acordado del documento que tengo en la cartera, pues no me ha dado tiempo, antes de llegar al tribunal, de pasar por comisaría para denunciar que me lo han enviado y, bueno, dado que estamos en sede judicial, tal vez podría depositarlo ante su señoría, si no como prueba material,

sí con la intención de que sea custodiado por el oficial, hasta que la autoridad policial pertinente pueda hacerse cargo. En realidad, tengo razones para creer que no está seguro en mis manos, pues, como he dicho, estoy amenazado y el o los desaprensivos que me vigilan noche y día pueden tratar de robármelo para destruirlo.

La argucia legal resultó evidente para su señoría y el resto de los juristas personados en el acto. Pero había que reconocer que era

efectiva. En circunstancias normales un informe sacado así, de la manga, conseguido Dios sabía cómo y de dónde, no podía ser tenido en cuenta como prueba. Pero la mera evidencia de que existía, su exhibición ante todos en la sala, influía profundamente en el discurrir de la vista, en el ánimo e incluso era de suponer que hasta en los testimonios de las partes. Germán había convenido con Montalvo —que se había quedado fuera hasta que entrara el último de los

testigos— que media hora después de empezada la sesión, informaría a los bomberos de que en sala se estaba presentando el informe original, de modo que cuando estos entraron, Germán dio por hecho que los datos ciertos eran los de ese texto. Al usarlo como referencia, fue validando su contenido con las declaraciones de los bomberos y convirtiendo así su inútil prueba documental en una ajustada a derecho prueba testifical.

Aquel fue un duro

golpe no previsto por la defensa, que, a partir de ese instante, anduvo dubitativa, perdida, para desesperación patente del señor Miñambres. Él consideraba que todo estaba ocurriendo por ser tan condescendiente con esos dos gañanes, padre y tío de su criada, por no hablar del picapleitos que los representaba. Como farsa, el juicio estaba durando ya demasiado y se veía venir que llegaba la hora del almuerzo y aún estarían ahí dando más vueltas de la cuenta a un

caso que era bien claro. Una criada había muerto, ¡vaya por Dios, una pena! Pero no era nada del otro mundo. La gente moría todos los días, y más los de su clase. ¡Morían de hambre en medio de la mierda! Por lo menos ella había muerto en una buena casa y no tras una depauperación de años, sino en cuestión de minutos. Sus padres estaban destrozados; ¡pues peor estaban ellos, que habían tenido que oír sus gritos, sus alaridos, su agonía! ¿Podían imaginar siquiera cómo chillaba?

¿Cómo les taladraba aún los tímpanos y hasta los sesos cuando cerraban los ojos y volvían a escucharla? Algunas de estas cosas las comentaba don Luis a su abogado en una voz tan alta que su señoría se vio obligada a intervenir.

—Señor Miñambres de la Vega, le ruego que guarde silencio —le reconvino.

—¡Lo que faltaba! Pero bueno, ¿este inútil no sabe que mi primo es presidente de la Audiencia? —preguntó el acusado a su abogado sin importarle quién más lo

escuchase.

—¡Por supuesto que lo sé! —repuso el juez tajante—. ¡Y, aun así, insisto! ¡O para o tendré que desalojarle!

Los nervios no podían estar más crispados cuando Germán solicitó algo que desconcertó a muchos, aunque, por supuesto, entraba dentro de lo posible: llamó a declarar al hijo mayor del acusado. El muchacho se quedó lívido. Su padre tuvo que darle un codazo para que reaccionara. Al fin se levantó y,

temblando, avanzó hacia el estrado. La voz casi no le salía del cuerpo para responder a las meras formalidades iniciales (nombre, edad, relación con el acusado). Se agarraba las manos, tratando sin éxito de tranquilizarse. Germán pensaba a toda prisa qué preguntarle. Creía que con los anteriores testigos ya había probado suficientemente lo que quería: que Julia estaba encerrada en su cuarto cuando se declaró el fuego y no pudo salir, de modo que

su muerte no fue solo fruto de un accidente, sino de una negligencia. Había estado dudando toda la vista si interrogar al muchacho. Pero a medida que se acercaba el final, satisfecho con el trabajo realizado, no se le ocurría en qué podría perjudicarlo.

En cambio, si el anónimo que recibió días atrás era acertado, tal vez este testimonio aportara algo. Por eso, antes de hacer su alegato de cierre se decidió a llamar al joven Miñambres. Obviamente,

para que el interrogatorio fuera útil, había que hacer las preguntas adecuadas. Pero ¿cómo dar con ellas? La experiencia le había enseñado que lo mejor era no innovar y empezar por el principio:

—¿Conocía usted a la joven Julia? ¿Estaba en la casa la noche del incendio?

Interrogantes cuya respuesta sabía de antemano pero que obligaban al testigo a hurgar en los recuerdos, a revivir lo que había sucedido. Ni Germán, ni nadie podía prever lo que

ocurrió entonces: aquel hombre alto y guapo, educado en los mejores colegios, orgulloso de sí mismo y de su clase, llamado a ocupar pronto un puesto a la cabeza de las empresas familiares, echó rodilla a tierra y lloró como un niño implorando perdón.

—¡Repórtese, señor Miñambres! —lo conminó su señoría.

—¡Luis, ponte en pie y cállate! —exclamó furioso su padre.

—¡Orden en la sala!
¡Orden en la sala! —El

magistrado gritaba y golpeaba con insistencia la maza, ahogando los balbuceos del muchacho, que en un tono casi inaudible y olvidándose de todos se había vuelto directamente al padre de Julia y con las manos juntas le rogaba.

—¡Perdón, perdón, don Emiliano! ¡Por el amor de Dios, señor, por lo que más quiera! ¡Yo he sido el culpable de la muerte de su hija! ¡Lo siento más que nadie! ¡Créame! Me enamoré el primer día. No le

toqué un pelo, se lo aseguro. La amaba como se ama en los libros, quería casarme. ¡Por mi culpa, por mi culpa la encerraban! Porque sabían que estaba loco por ella, creían que no sabría contenerme y una madrugada iría a buscarla. Por mi culpa, porque no se fiaban, tenía que pasar mi propio padre muchas noches apostado en el umbral de su habitación e incluso alguna vez dormir dentro, sentado en una silla, vigilante, para comprobar si me acercaba y, del otro lado de la puerta,

me declaraba. Por mi culpa mi madre le reprochaba aquel celo tan grande, ese meterse en el cuarto de la chica que daría que hablar a las criadas y la dejaría a ella en evidencia. Gritaba: «¿Por qué no la echamos a la calle? ¿Por qué no da el tiempo marcha atrás y todo vuelve a ser como antes de que ella llegase y nos destrozara la vida?». Se equivocaba. Julia no tenía culpa de nada. Fui yo quien lo estropeó todo, por enamorarme. Yo les provoqué esa ansiedad por la

que tropezaban, se sobresaltaban, las cosas se les resbalaban. ¡Así se le escurriría a Julia el maldito candil! ¡Pudimos morir todos! ¡Ojalá yo hubiera muerto! Hasta mamá estuvo a punto de ahogarse tratando de salvarla. Yo mismo la vi echando un balde de agua por debajo de la puerta. Escuché a papá: «¿Pero qué haces, María Engracia?». «¡Es agua, Luis, es agua!» ¡Créame, don Emiliano! Todos la amaban en la casa. Solo querían protegerla, de mí. ¡Ha muerto por mi

culpa! ¡Nunca me
perdonaré! ¿Cómo podría
usted? ¡Nunca! ¡Nadie! ¡Es
imperdonable! ¡Seré un
desgraciado mientras viva!
¡Y al morir, arderé en el
infierno!

A partir de este punto,
aunque el muchacho siguió
hablando, las lágrimas,
mocos y babas hicieron que
solo pudiera entenderse la
letanía de perdones que
dirigía a don Emiliano,
quien, por su parte, también
lloraba horrorizado pero sin
hacer escándalo, con los ojos
clavados en aquel a quien

ahora el alguacil trataba, infructuosamente, de levantar. El chico no era consciente de lo que había hecho, estaba sonámbulo, pero la bofetada que le dio su padre cuando al fin estuvo a su lado le devolvió a la realidad. En esta reinaba el silencio, que, de súbito, se había restablecido. Nadie salvo el padre de Julia daba muestras de haber oído algo extraordinario. Su señoría, circunspecta, barrió la sala con la mirada, se detuvo un segundo al llegar a los letrados de las partes, dio la

sesión por terminada y declaró el juicio visto para sentencia.

Dos meses después, el magistrado de la sala segunda de lo civil del Tribunal de Sevilla declaró, como hecho probado, que la señorita Julia Ruiz, menor de edad de dieciséis años y que trabajaba como criada en casa de la familia Miñambres de la Vega, en el número dieciséis de la calle Cetrería, había fallecido la noche del 20 de mayo de 1899 como consecuencia del incendio que se prendió en

su cuarto. Su señoría consideraba asimismo suficientemente atestiguado que la citada estancia permanecía en el momento del siniestro clausurada con llave, lo cual impidió que la finada pudiera salvarse. En consecuencia, condenaba a los patronos de la muchacha —imputados por negligencia con resultado de muerte— al pago de la indemnización reclamada por la acusación, así como a correr con las costas del juicio.

Contra la sentencia cabía recurso, pero los

Miñambres no lo interpusieron, aconsejados por su abogado, quien abiertamente explicó a don Luis que podía felicitarse de que el tribunal no hubiera considerado las palabras de su primogénito prueba suficiente de la comisión de delitos mayores. En efecto, el fallo pasaba por alto las terribles acusaciones contra su familia que, sin advertirlo, había hecho el joven presa de la histeria. Era tan indignante que aquello se hubiera obviado —dada la gravedad de lo

dicho— que cuando Germán se reunió con sus clientes para informarles del veredicto, les habló de la posibilidad de recurrir ellos mismos la decisión de la corte ampliando esta vez la petición de penas en función del nuevo e inesperado testimonio. Sin embargo, ni el tío de Julia ni sobre todo el padre lo aprobaron. No le dieron muchas explicaciones, las justas para que Germán entendiera que pensaban que don Luis saldría libre de imputaciones más graves que la de

negligencia, seguramente incluso manchando el nombre de su infortunada sobrina e hija. Demasiado los había hecho sufrir aquella primera vista.

De modo que así acabó uno de los casos más complicados que Germán había llevado, dejándole un sabor agridulce. Era un triunfo profesional que el fallo diera respuesta satisfactoria a todas y cada una de sus peticiones, pero al mismo tiempo una frustración saber que no se había hecho justicia. Lo

justo sería que se investigaran y aclararan no solo las circunstancias de la muerte de Julia —muy particularmente si había sido o no intencionada—, sino también si había sufrido abusos como la declaración de *Luisín* Miñambres hacía conjeturar. A partir de ahí, una vez que se probara el grado de implicación de unos y otros en los diversos delitos, deberían imponerse penas —incluso de cárcel, cuando así estuvieran previstas— empezando por los señores de la casa,

continuando por los testigos mudos y terminando por quien había traspapelado el primer informe de bomberos. Eso sería lo verdaderamente justo y no aquella sentencia imperfecta que, pese a todo, sentaba jurisprudencia acerca de la responsabilidad de una familia para con su servicio y concedía una indemnización que vendría bien a los Ruiz. No era cantidad suficiente para resolverles la vida, pero sí al menos para ir tirando hasta que se repusieran un poco y

reunieran el valor necesario para lanzar al mundo a otro de sus hijos, esta vez el segundo, un muchachito muy tímido y espigado que estaba llamado a ser, con suerte, bracero o mozo de cortijo.

Otra de las consecuencias positivas de la sentencia fue que reportó a Germán, de forma imprevista, cierto reconocimiento. Resultó curioso comprobar cómo se deshacían en elogios y felicitaciones aquellos colegas —incluido su jefe—

que tanto se opusieron en su día a que aceptara el caso. Lo correcto —y fácil— ahora que el juez había emitido su condena era descalificar a los Miñambres, señalarlos con el dedo y blandir como una enseña la memoria de la muchacha muerta. Incluso los diarios, que hasta el momento no habían prestado atención alguna al suceso, se hicieron eco, sentenciando a los implicados con más severidad que el propio juez. Seguramente fue esa presión social posterior al juicio la

que decidió a los Miñambres a dejar la ciudad, al menos por un tiempo y refugiarse en su hacienda.

En todo caso, Germán no se dejó engañar. No quería ni imaginar qué habría sido de él de haber perdido. Directamente, muchos le habrían retirado el saludo. Puede que incluso seguir trabajando con don Jacinto se hubiera tornado difícil. Por fortuna, eso no había ocurrido y ahora era como si volviera a la normalidad después de meses convulsos y lo hiciera

con más energía, más experimentado, más sabio y cauto.

Ninguno de los procedimientos que tenía abiertos era tan complicado como el que acababa de resolverse y, por eso mismo, tampoco tan apasionante, ni exigente. Comparando unos con otros era fácil comprender por qué estos no lograban acaparar su atención como aquel. De ahí que volviera a tener tiempo para plantearse ciertos dilemas personales. Como, por ejemplo, si sería capaz

de contestar a la breve nota que hacía tres semanas le había mandado Pablo desde Madrid. Eran poco más de cinco líneas en las que solo le decía que él y Aurelia estaban bien y que aquella era la dirección del piso donde, si quería, los podría visitar o escribir. Por supuesto, Germán descartaba ir. Ni tenía dinero para viajar, ni posibilidad de ausentarse del trabajo, ni la menor gana de vivir bajo el techo de los recién casados. Cortar toda comunicación con ellos, en cambio, le

parecía una desmesura. Por más que él deseara a Leticia, que lamentara haber perdido la opción de estar con ella, podía intentar mantener la amistad con ambos. ¿Podía? Sentía que tenía que intentarlo, que quería hacerlo, pero era complicado. Trató un par de veces de contestar aquella nota de Pablo, de contarle algo de sus casos. Luego releyó lo escrito, le pareció una completa estupidez y acabó por tirar la hoja. La carta de Pablo tampoco transmitía la voz de aquel

amigo que tantas veces, durante años, le había escrito. Era tan corta, tan fría, tan cumplida. ¿Le habría contado algo Leticia? Ahora él era su marido, ¿qué le habría dicho? La suspicacia y los celos se extendieron sobre aquella amistad a tres bandas como limo rebosante de una balsa resquebrajada.

Fue por esas mismas fechas cuando Germán empezó a considerar seriamente el futuro profesional que tenía por delante, cuando comenzó a

preguntarse si seguiría muchos años con Recuelles, cambiaría a otro bufete o se emanciparía y, en asociación con alguien, montaría su propio despacho. Quizá con Montalvo. Tal vez como penalistas. No lo sabía. Lo que sí estaba claro era que se permitía estas divagaciones porque justo en aquel entonces no tenía entre manos un reto de gran calibre. Aunque daba por supuesto que otros llegarían. Echaba la vista atrás y veía una trayectoria aún corta. Apenas llevaba ejerciendo

cuatro años. De ellos solo uno y medio compareciendo él mismo ante los tribunales. Habían pasado en un abrir y cerrar de ojos y al mismo tiempo fueron tan intensos que le hacían sentir que hacía décadas que era abogado. Las perspectivas parecían inmejorables. Cabía incluso la posibilidad de que, en no mucho tiempo, don Jacinto se jubilara y finalmente, de verdad, le traspasara el bufete. El hombre seguía dejándose caer en comentarios frecuentes. Germán habría

preferido que no lo dijera tan a menudo en charlas de café y se lo manifestara una sola vez, de forma sincera, solemne, comprometiéndose. Hasta en algún momento se planteó sacar él mismo el tema, decirle: «Bueno, bien, ahora hablemos en serio». Estuvo a punto de hacerlo en varias oportunidades, pero al final siempre se echaba atrás por miedo a dar la impresión de que tenía prisa, de que estaba deseando que el pobre hombre se jubilara o, peor, faltara.

Sinceramente, no era así. Apreciaba a Recuelles y, profesionalmente, pese a sus discrepancias, no solo lo respetaba, sino que estaba convencido de que aún tenía mucho que aprender de él. Justo por eso, aquella mañana en que al entrar en el despacho encontró a Cosme del Río demudado y, sin que le dijera nada, comprendió que don Jacinto había muerto, sufrió aquel mazazo. Tuvo que sentarse en la primera silla que encontró a mano porque se le bajó la tensión. Notó sus

palmas sudar y volver a enfriarse. ¿Cómo había ocurrido si la víspera estaba bien?

Del Río había sido el último en verlo vivo al acompañarlo a su casa como cada tarde, dando un paseo, y ese día había pasado a buscarlo igual que siempre. Viendo que se retrasaba, algo inusitado, había golpeado la aldaba del portón sin que nadie le contestara. Desde que don Jacinto enviudó no tenía servicio interno, sino una chica de la limpieza, a la vez

cocinera, que iba a la casa por la tarde mientras él estaba en el despacho. Ella y Cosme del Río eran los únicos a los que había dado copia de su llave. Veinte años la llevó este en el bolsillo sin tener que usarla. Hasta aquella mañana. Del otro lado de la puerta se vio envuelto por la quietud y el silencio. Todo estaba en perfecto orden. La luz entraba aún tímidamente por el patio interior, los postigos de ventanas y balcones a la calle seguían entornados y la calma era tal que Cosme no

se atrevía a alzar la voz. Tal vez Recuelles simplemente se hubiera quedado dormido —bien tendría derecho a hacerlo después de tantos años cumpliendo con el trabajo sin desmayo, incluso en las circunstancias más tristes, como cuando falleció su mujer—. En efecto, al ver Cosme su silueta en la cama a través de los batientes entreabiertos de la alcoba, pensó que parecería que dormía, de no ser por aquella rigidez de la nariz. Sintió un dolor súbito e intenso y se quedó

paralizado a escasos cinco metros. Allí yacía su jefe, su único amigo. Había muerto y así terminaba una parte de su propia vida, la penúltima, que le dejaba a él mismo a las puertas del fin. ¿Cómo podía ser la existencia tan absurda para acabar de pronto, de un día para otro, sin dar tiempo siquiera a despedirse? Y morir durmiendo era un buen final, el mejor imaginable.

Mientras pensaba estas cosas, Cosme se había acercado al lecho sigilosamente como si, a

pesar de todo, temiera despertar a don Jacinto. Estaba tumbado boca arriba y cubierto hasta el cuello por la sábana y la manta. Se diría que no se había dado cuenta de nada, pues la cara era plácida, si bien tenía el entrecejo levemente fruncido como si el último latido le hubiera resultado algo molesto. Cosme posó su índice derecho sobre la fina arruga y haciendo algunos círculos trató de borrarla. Era demasiado tarde. El cuerpo estaba helado. Debía de haber

muerto nada más acostarse. Al pensar esto Cosme sintió que un puño le oprimía el corazón. Había muerto solo y ni siquiera tendría muchos que lo llorasen. Fue un buen hombre, no obstante. Muy trabajador, desde luego. Con el defecto de ser de los últimos supervivientes de su generación, de modo que ya no estaban ni su esposa, ni la mayoría de sus colegas, para despedirlo. Tenía, por supuesto, a su hermano y su sobrino, a los que, a pesar de que llevaban años sin verlo, habría que avisar. Cosme no

se sentía con fuerzas de empezar a hacer las gestiones burocráticas que exige toda muerte: contactar con la funeraria y la compañía de seguros, poner una esquila en el diario, hablar con la parroquia para organizar el entierro, encargarse de las coronas... Había escuchado a don Jacinto muchas veces que quería ser enterrado con un sudario, pero debería preguntar si pasadas tantas horas era posible desvestirlo o el desdichado sería sepultado en pijama. Además había

que ir al despacho a avisar al señorito Germán para que pidiera la suspensión de los juicios. Un fallecimiento exigía afrontar muchas obligaciones y él lo sabía porque había vivido lo suficiente para encontrarse ante el trance varias veces. Habían muerto sus padres y sus suegros, incluso un cuñado y un sobrinillo pequeño. Sabía que no tenía tiempo que perder, pero no veía el momento de dar media vuelta y ponerse manos a la obra, pues ese sería el adiós definitivo.

Nunca más estarían los dos solos. Consciente de ello, se inclinó y le besó la frente. Ya no era él, pero era lo que de él quedaba y en aquel beso —el único que recibiría el cadáver— se concentró todo el agradecimiento que cabe en la amistad de una vida y el desamparo que resta cuando la vida se acaba, además de algunas gotas de culpa por no haber estado a mano en el instante en que habría sido más preciso.

Cosme era tan resolutivo que dio todos los

pasos obligados, volvió a su casa antes de ir al despacho y aun así llegó antes de que lo hiciera Germán. Con tiempo suficiente incluso para, estando todavía a solas, cumplir con uno de los encargos de don Jacinto: abrir el sobre que guardaba en un cajón de su escritorio y que contenía una copia simple de su testamento. Un abogado sabe cuán engorroso es pedir el certificado de últimas voluntades de un fallecido, por eso Recuelles tenía a mano un duplicado, para

evitar la espera fastidiosa, llena de incertidumbre. Así se lo había dicho a Cosme no una, sino varias veces, cuando —fuera por azar o porque él lo propiciara— salía la cuestión a colación. El día que muriese —solía insistirle Recuelles— Cosme debía abrir el sobre de su despacho y dárselo a quien leyera que era el beneficiario. Al empuñar el abrecartas, Cosme dudó que el momento hubiera llegado, como si lo visto en casa de don Jacinto no fuera más que una alucinación y su

patrón fuera a entrar de un segundo a otro y reprenderlo por haberse precipitado. Pese a todo, reaccionó, rasgó el sobre y leyó.

Durante años, se había prometido a sí mismo no juzgar jamás a su jefe fuera cual fuese el testamento, pero estuvo a punto de no poder cumplir su compromiso. Don Jacinto dejaba la casa a su hermano Francisco y el bufete a su sobrino. ¡Lo último que cabía esperar! ¡Lo último, francamente! Llevaban lustros sin hablarse y lo más

raro es que el testamento era de ese mismo 1899 y por lo tanto bastante posterior a la disputa que provocó el distanciamiento. ¿Qué quería decir aquello? Cosme sabía que había habido un testamento anterior, pues al menos desde hacía ocho o diez años don Jacinto le venía diciendo que si moría abriera el dichoso sobre, pero ignoraba si el contenido era otro o el mismo. Quizá presintiendo el final, había decidido manifestar con ese gesto que perdonaba a su hermano y moría en paz, sin

rencores que lo atormentasen. Tal vez, simplemente lo consideraba lo correcto desde el punto de vista social. No había que olvidar que era un hombre de orden. «Aunque no de palabra.» Cosme se sintió culpable de que le asaltara ese pensamiento, que, sin embargo, era cierto. No lo decía por él, a quien no había prometido nada, y no obstante dejaba el capital ahorrado en las cuentas corrientes, una cantidad considerable. Sino por el señorito Germán, al que, sin

ton ni son, había estado diciendo que le dejaría el despacho y ahora, nada. Cierto que se lo había dicho siempre medio en serio medio en broma, pero, visto lo visto, ¿por qué? ¿Con qué sentido? ¿Tal vez había previsto hacerlo así y en el último momento se había arrepentido? ¿Quizá no lo había considerado jamás seriamente? ¿Y entonces cuál era la razón de ilusionar al muchacho, de darle falsas esperanzas?

De vuelta ya a su mostrador, Cosme se estaba

haciendo esas preguntas cuando Germán cruzó el umbral e inmediatamente comprendió lo que pasaba. Tenía buena madera — pensó Cosme—. Realmente se veía fulminado por la noticia. Otro en su lugar se debatiría entre la pena y la alegría de suponer que había heredado. Pero no, él no lo pensó un segundo. En cambio, el sobrino —Cosme lo sabía— no derramaría una lágrima por aquel tío que lo favorecía tanto. Qué ingrata era la vida, y qué raros los hombres, incluso los que

uno quería. Cosme se levantó y mientras se dirigía a la puerta para colgar un cartel con el letrero «Cerrado por defunción», se acercó a Germán y le apretó el hombro. Una vez clausurada la entrada —que siempre estaba abierta—, se sentó junto a él, le contó detalles de lo ocurrido, de cómo lo había descubierto y al final añadió algunas de esas frases que en este caso eran ciertas pero que también se dicen cuando no lo son, como «Ha tenido una muerte envidiable» o «Ni

siquiera se ha dado cuenta». A Germán, por supuesto, eso le alegraba por Recuelles, pero no le consolaba. Llevaba fatal la muerte. No la asumía, no se resignaba, ni estaba seguro de que algún día lo hiciese. Suponía una ruptura demasiado dolorosa. Marcaba un antes y un después brutal, violento. Se acabó. Ya nunca podría volver a preguntarle, contradecirlo o apoyarlo. Ya nada de eso tenía sentido porque todo había terminado. Lo cual siempre le recordaba que

también él acabaría, algo inconcebible. Moriría y aunque alguien lo lamentara, como él mismo sentía la muerte de don Jacinto, eso no alteraría nada y él seguiría muerto mientras los demás, obstinados, continuarían respirando. Solo ante la muerte envidiaba tener fe, ser capaz de engañarse con una versión menos cruda de la existencia. Aunque no veía que, por ejemplo Cosme, que era creyente, estuviera más confortado. Lo de la fe era un don y un arcano, y él

no resolvería el enigma, porque carecía del don. Como si le leyera el pensamiento, Cosme le dijo entonces que la misa sería al día siguiente y luego añadió, tratando de que sonara a formalismo sin importancia:

—De hecho, tengo que mandar un telegrama avisando a sus familiares, que, por cierto, son quienes, según testamento, heredan el bufete y la casa.

Al oír aquello, Germán instintivamente levantó la vista del suelo. Los apesadumbrados ojos de

Cosme contradecían el pretendido tono neutro. Aquello no era un detalle menor. Era una mala jugada, un golpe bajo que él no se merecía. Cosme lo seguía mirando como suplicante y Germán no lograba descifrar qué le estaba diciendo. ¿Era que lo lamentaba o que no se enfadara con el muerto? ¿Que él tampoco lo entendía o que Dios escribía derecho en renglones torcidos? ¿Que sabía de alguna falta imperdonable que le había hecho indigno a ojos del abogado o que para este

cualquiera sería mejor sucesor que el hijo de un carbonero, incluso un sobrino odioso con el que ni se hablaba, pero al que, al fin y al cabo, lo unía la sangre?

Germán, que hasta ese momento no había pensado en el testamento, ni en la promesa de heredar que sin necesidad le había hecho don Jacinto, se sentía ahora traicionado y herido. Despreciado y burlado. Como un niño inocente al que se puede distraer con cualquier mentira confiando

en que la olvidará al día siguiente o en el peor de los casos se acabará conformando. Él no se había olvidado y, por lo que veía, Cosme tampoco. Pero de nada servía recordar unas palabras dichas por decir, como si fueran un juego, una *gracieta*. «¡Menuda gracia, Recuelles, bien te has reído y tal vez aún te rías dondequiera que estés! ¡Y lo peor es que no te puedes reír, ni arrepentir, ni nada porque estás muerto y eso es definitivo!» Germán no quiso decirle a Cosme que

no se preocupara, que no pasaba nada, que era de esperar o incluso lo más normal. Simplemente, le asió fuerte el antebrazo un segundo, anunció que iba a dar aviso de suspensión en el juzgado y se marchó.

Al día siguiente, a la hora fijada, se presentó Germán en la iglesia de la Magdalena, donde se iba a celebrar la misa funeral. De luto riguroso anduvo discretamente confundido con la masa, integrada por gentes del oficio, empresarios y otros

miembros destacados de la *sevillanía*. Casi todo el que era alguien fue a despedir a aquel hombre, *una institución*. Más por participar en un acto que atestiguaba el fin de una era que porque realmente lamentaran la pérdida humana. Al final de la ceremonia todos cumplieron con el rito de dar el pésame a la familia, magníficamente representada por aquellos dos varones que se parecían algo al difunto y que, según ya sabía todo el mundo, eran sus herederos. También era

conocido que ciertas desavenencias habían provocado que estuvieran sin hablarse años, pero ello no impidió que los asistentes apretaran fuerte sus manos y ellos respondieran al gesto con igual vehemencia como si de verdad sufrieran. Germán tuvo la oportunidad de comprobarlo cuando presentó sus condolencias. Le heló la sangre el dominio que aquellos dos hombres tenían del cinismo y la hipocresía, pero se impuso no juzgarlos, pues él mismo estaba allí fingiendo que no

le importaba haber resultado desheredado, ni que nadie se dirigiera a él, que había sido el pasante, los pies y las manos del difunto los últimos cuatro años.

Se controlaba, guardaba las apariencias, no mostraba su malestar, su decepción, su asco. Mucho temía que fuera porque necesitaba seguir teniendo un papel en la comedia sevillana y para ello, más tarde o más temprano, acabaría tratando con muchos de los allí presentes. Si bien quería pensar que también lo hacía

por no perder lo único que le quedaba, algo que no debía a nadie, su dignidad. ¡Cuánto disfrutarían todos aquellos cuervos si exteriorizara, por poco que fuera, su resentimiento contra Recuelles! Les daría ocasión de incorporar a sus tertulias el caso del nuevo arribista, el don nadie con pretensiones, que se atrevía a censurar al mismísimo don Jacinto, justo después de su muerte. Les había visto devorar carnaza parecida otras veces, y él no iba a proporcionársela. Había

recibido un duro golpe, sí, pero no era el primero y hasta ahora siempre se había repuesto. Tenía que confiar en que volvería a hacerlo. Mañana pensaría cómo afrontar la siguiente etapa. Hoy, con acompañar al cortejo fúnebre al cementerio y regresar a casa, tendría el día hecho.

Cuando Germán se despertó a la jornada siguiente, se dijo que, por más que le costara, tenía que evitar quedarse encerrado en su habitación lamentando su mala suerte o cavilando

sobre qué sería lo que el futuro le deparara. Debía ir al despacho y ponerse a disposición de los nuevos dueños, al menos, para llevar a término los casos abiertos. Era su obligación con los clientes. No tenía más remedio. Haciendo de tripas corazón se presentó en el bufete, donde al ver la puerta abierta, como de costumbre, y a Cosme tras su mesa, tuvo la sensación de haber dado un salto atrás en el tiempo. Era como si nada hubiera pasado y todo siguiera igual que siempre.

Cosme pareció sorprendido de verlo. Puede que lo imaginara tan enfadado o deprimido como para no hacer frente a sus compromisos. Obviamente, se equivocaba. Él era un profesional y un hombre que sabía sobreponerse a la adversidad. Como, por desgracia para él, iba a tener ocasión de demostrar esa misma mañana. Nada más saludarlo, Cosme le preguntó:

—¿Qué hace usted aquí, señorito?

—¿Qué voy a hacer,

hombre? —contestó Germán —. Ponerme a disposición de la nueva propiedad al menos por el tiempo que sea necesario para afrontar las causas en marcha. Entre nosotros, sí, para mí va a ser extraño estar a las órdenes de quien no conozco, para defender casos en los que llevo meses trabajando, pero es mi deber con quienes nos contrataron. Alguien venido de fuera no puede ponerse fácilmente al día en los asuntos que ya están andando y menos hacerlo con la rapidez que exigen los

plazos legales.

Cosme debió de temer que por aquel camino Germán hiciera el ridículo. Por eso lo frenó.

—Tiene usted que perdonarme —le dijo—. Debí avisarle, pero pensé que esta mañana no vendría usted al despacho, de modo que podría explicárselo, a mediodía, cuando fuera a su casa a buscarlo.

—¿Explicar qué? —preguntó Germán.

—Que la nueva propiedad no cuenta con sus servicios. Han pedido una

suspensión de un mes y tienen previsto aprovechar ese plazo para ponerse al tanto de los expedientes y reunirse con todos los clientes. Están convencidos de que podrán hacerlo por sí mismos, sin necesidad de pasante, y me han ordenado comunicárselo. Me dijeron que le avisara de que viniera a recoger sus cosas cuando quisiera, aunque —Cosme hizo entonces una pausa como si le avergonzara acabar la frase— consignando por escrito todo lo que fuera a llevarse.

Aquella humillación por parte de gente extraña, esa que oía trastear, hurgar al fondo, en la sala de reuniones, le pareció intolerable. Tenía ganas de gritar como un loco, de coger las sillas y tirarlas por alto, de armar tal escándalo que salieran aquellos miserables y se enfrentaran con él personalmente y se atrevieran a llamarlo ladrón a la cara. Dejar por escrito lo que se llevara, ¿y las facturas de sus libros también tendría que presentarlas? ¡Que le dejaran

ellos por escrito los nombres de los clientes que iban a quedarse y que solo gracias a él habían llegado al despacho! ¡Menudos desalmados! Mejor perderlos de vista. No envidiaba el papel de siervo que le quedaba por desempeñar a Cosme. Para su suerte, él no era un secretario en edad de jubilarse. Era licenciado en Derecho —¡su esfuerzo le había costado!—. Un hombre joven y brillante. Visto con optimismo, tal vez esta fuera la ocasión de dar

un paso adelante, de dejar la pasantía para incorporarse, ya como abogado, a otro despacho.

—Mejor entonces, sí, mucho mejor —sentenció.

Cogió un pliego de papel y fue por sus pertenencias. Avanzó por el pasillo marcando sus pisadas, evidenciando que no le importaba lo más mínimo que lo escucharan. Claro que a ellos tampoco les incomodó oírlo. El sobrino de Recuelles asomó su cabeza por la puerta, dijo:

—Ah, ya está usted

aquí. Perfecto.

Y se marchó sin que Germán volviera a verlo antes de salir. Eso fue una hora después. Cargado con dos bolsas que contenían sus libros, cruzó el umbral y se encontró en el rellano. Atrás quedaban los últimos cuatro años de su vida y, como el ángel guardián del paraíso del que era expulsado, aquel Cosme al que hasta hoy había considerado un compañero. A él le dejó la maldita lista en la que con la mayor minuciosidad que pudo describió cada cosa

que metió en las bolsas, así como la fecha aproximada de su compra, el lugar y hasta el precio. En total, la relación no ocupaba siquiera una cuartilla. Se trataba de un resumen muy pobre de su paso por el bufete. Pero era lo único que interesaba a los herederos de Recuelles. Él, en cambio, sabía que lo mejor que se llevaba consistía en la experiencia y los contactos. En ellos cimentaba su confianza.

La rabia de verse considerado tan prescindible le dio además brío para

ponerse de inmediato a redactar currículums. Algo hasta cierto punto innecesario, pues los despachos que pensaba visitar eran los de abogados que ya lo conocían, pero no estaba de más recapitular sus méritos, académicos y profesionales, aunque solo fuera a modo de recordatorio, incluso para sí mismo. A medida que anotaba los casos más importantes que había ganado, sentía crecer su autoestima. Francamente, no había motivo para

preocuparse. Su carrera, aunque corta, era lo bastante exitosa como para avalarle.

Así pensaron también sus tíos y primos, con los que comió aquel mediodía.

—Seguro que no tardas en colocarte, hijo —le dijo el cabeza de familia—. Incluso en un despacho de más nombre y hasta ganando más sueldo. —Se le veía convencido.

Lo mismo opinaron sus amigos a los que vio más tarde, en el café de siempre. Hasta acabaron haciendo apuestas sobre qué bufete le

haría la mejor oferta y conseguiría «llevarse el gato al agua», es decir, ficharlo. Su confianza en él era exagerada, lo sabía, pero ayudaba a animarlo. Germán les comentó que al día siguiente tenía previsto empezar a visitar despachos para dejar currículums. Pero ellos le desalentaron.

—No es buena idea —aseguró Enrique de la Vega.

—Yo tampoco lo veo, la verdad —se sumó Mario Montalvo.

—No solo no es preciso —argumentó el primero—,

sino que puede resultar contraproducente al dar la impresión de que necesitas el trabajo.

—Mejor espérate —le propuso Ricardo Castro—. Nosotros, en el momento oportuno, comentaremos en nuestros bufetes que estás disponible y en cuanto nos concreten ofertas te las transmitiremos.

Puede que tuvieran razón, pero el plan tenía dos fallos —se dijo Germán—. Para empezar, que tanto si lo parecía como si no, él necesitaba trabajar. Lo

necesitaba para seguir pagando el cuarto en que vivía, la comida que tomaba y hasta aquel café humeante que acababa de llegar. Y, además, porque él no valía para esperar sentado. Las manos le sudaban de solo imaginar cómo sería amanecer, ocioso, al día siguiente.

Fue incluso peor de lo que esperaba. Intentó cuanto pudo retrasar el instante de despertarse, pero había pasado toda su vida madrugando y antes de que saliera el sol ya estaba

desvelado. Por primera vez en treinta años no tenía nada que hacer. Era una sensación extraña y desagradable. Como de náusea. De tener el estómago tan vacío, de estar tan hambriento que pensar en la comida lo mareara. Aún dentro de la cama, sintió que toda la habitación oscilaba, como el camarote de un transatlántico. Cerró fuerte los ojos implorando que el viento amainara, que parara el oleaje. No podía soportar ver venir hacia sí las horas muertas. La inactividad lo ahogaría. No

pudo evitar, en aquel momento de debilidad, pensar en Eliseo. Sentir de nuevo como un desgarró la incertidumbre de si estaba vivo o muerto.

—¿Qué me dirías tú, amigo? ¿Qué me aconsejarías? Para empezar, ¿que dejara de hablar con un fantasma, por ejemplo?

Germán se llevó el puño a la boca, se mordió el primer nudillo.

—Hagamos algo —se animó— para evitar que las peores ideas tomen al asalto nuestra cabeza.

Y así, aun a riesgo de equivocarse, desoyendo los consejos que el día antes le dieran sus íntimos, se puso a la única tarea que dominaba de verdad: trabajar, luchar, nadar para salvarse. Mientras no encontrara un empleo, el trabajo sería buscarlo. Haciendo un esfuerzo sobrehumano se incorporó, aunque tuvo que quedarse un rato sentado al borde de la cama, agarrado al colchón, hasta que pasó el vértigo. No iría a los despachos de sus amigos, pero llamaría a otras puertas.

¿Qué podía pasar en el peor de los casos? ¿Tener que debatirse entre varias ofertas? ¡Ojalá fuera ese el problema!

Más bien lo peor resultó ser que se sucedieron, uno tras otro, los despachos en los que no le permitieron pasar de la sala de espera, donde tras perder toda la mañana o la tarde sin lograr que el titular lo recibiese, tuvo que afrontar el trago de, ante los clientes del bufete, sacar de la cartera el currículum y dárselo al secretario, que,

casi sin mirarlo, solía despedirlo con un monocorde «Muy bien, muchas gracias, le avisaremos si estamos interesados». No había previsto que fuera tan doloroso, ni tan inútil. Cuando en alguna ocasión tuvo la fortuna de conseguir, tras muchas horas, que un abogado al que conocía de los juzgados lo recibiera, el resultado fue aún más decepcionante. Los cinco primeros minutos se dedicaban a regalarle los oídos ponderando

muchísimo su carrera, pero invariablemente la conversación llegaba a un punto en el que ser bueno y brillante no parecía una virtud, sino un problema. Un hombre como él no aceptaría un puesto de pasante. Bueno, según y cómo, habría que pensarlo. No, no, por Dios, qué locura, era inconcebible. Alguien de su valía y de su experiencia merecía un puesto mejor, justo el que no tenían entonces disponible. Tal vez en el futuro, aunque, ¡qué tontería!, seguramente

encontraría algo mucho antes y cuando lo fueran a buscar ya estaría colocado.

A la tercera o cuarta vez en que se halló frente a una conversación parecida, tuvo la sensación de que podía escuchar no lo que decía su interlocutor, sino lo que estaba pensando. Eran cosas similares pero no idénticas. Desde luego, todos creían que era listo, pero eso lo convertía en alguien molesto, alguien que querría tener ideas propias e incluso defenderlas. Cuando lo mejor era un empleado

que supiera obedecer, que se plegara a las líneas marcadas por el titular del despacho. Bastante tenía este con afrontar las dificultades inherentes a un bufete, los casos, como para además tener que vérselas con alguien tan listillo y problemático. Problemático, sí. ¡Y hasta un peligro! ¿Acaso creía que había en la profesión quien no se hubiera enterado de cómo se empeñó en aceptar el caso Miñambres contra la voluntad de su jefe? ¡Pobre don Jacinto! Toda una

carrera labrándose un nombre y un prestigio para en los últimos cuatro años tener que doblegarse a los caprichos de un joven tan obstinado y con tal afán de protagonismo. Ahora, que había sabido vengarse, dejando a este vanidoso con un palmo de narices y sin trabajo. ¡Había que ser más humilde en esta vida, hombre, por el amor de Dios! ¡Sobre todo cuando se venía de tan abajo! ¡Contentarse con cumplir, sin empeñarse en sobresalir a toda costa, ni en tratar de

igual a igual a quien ya llevaba ahí, en la profesión y en la escala social, muchos años! ¡Bastante suerte tenía con que lo recibieran! ¡Pero de ahí a contratarlo! ¡No, hijo, no, menudo suplicio! ¿No eres tan inteligente? ¿No vales tanto? ¡Pues monta tu propio bufete si es que puedes! Seguro que crees en el fondo que eres mejor que nosotros. Más íntegro porque defiendes no solo los casos que te convienen, sino los que consideras justos. ¡Pues a ver si esos altos ideales te

sirven para montar tu despacho! Anda, ve a pedir el dinero a los hermanos ¿cómo se llamaban? ¿Rodríguez? No, Rodríguez no, ¡Ruiz, eso era! Ve, ve a pedirselo a ellos, si es que no han muerto de hambre porque lo que es los Miñambres de la Vega o los Lázaro de Bustamante o los Yebra de Comijanes —vides todas de la misma cepa—, esos no se avendrán a ayudarte. Y nosotros, nosotros no nos creemos tan listos como para permitirnos agraviarlos. Hoy no los

necesitamos, pero ¡mañana, Dios sabe! Y que tú decidieras jugarte el cuello por unos desgraciados es una cosa, pero que esperes que secundemos tu locura, esa es otra.

Una parte de Germán habría querido contestar a lo que sabía que estaban pensando. Decirles que en ningún momento fue consciente de estar poniendo en riesgo su carrera e incluso su vida —la vida que deseaba— por aceptar aquel maldito caso. Ni le gustaban las heroicidades, ni se sentía

capaz de protagonizarlas. Pero en el fondo de su corazón seguía considerando justo haber llevado y ganado el pleito de los Ruiz. Por otro lado, no se tenía por alguien vanidoso, ni se creía más listo que nadie. Sin embargo, estaba orgulloso, en efecto, de haber adquirido la capacidad y los conocimientos para pensar por sí mismo y no quería renunciar a ello. De hecho, no creía que pudiera por más que se esforzara. En realidad, eso era, y no estrictamente ser abogado,

por lo que había luchado toda su existencia, por ser libre para pensar y expresar lo que pensaba. Ahora se daba cuenta. ¿Aquella era una osadía tan tremenda que merecía ser castigada? Todo apuntaba a que sí, según veía. Se sintió Adán desnudo ante el Dios furibundo. Tal vez, después de todo, sí fuera un punto megalómano. Pero también tenía sus virtudes: era trabajador, entusiasta, un hombre que ofrecía a sus compañeros una mano franca. ¿No bastaba? ¿Tenía que ser, más

que leal, sumiso? Lamentablemente no, tenían razón, no había un lugar para él en aquel despacho. Sí, él también lo sentía. Tal vez en otro. Ojalá. Quería creerlo. Aunque cada vez estaba menos seguro.

Pasaban las semanas y tampoco sus amigos le daban buenas nuevas. Es más, casualmente, desde el día siguiente a la muerte de don Jacinto no los veía tan a menudo. Solo dos tardes más se citaron en el café y en ambas, pese a que Germán les preguntó

abiertamente por sus gestiones, ellos le contaron poca cosa. La primera vez, que aún no se había presentado el momento adecuado para comentarlo; la segunda que sí, que habían dicho algo, pero así como de pasada, en una coyuntura poco propicia. Total, que no se sabía nada. Había que esperar. Tener paciencia.

«Más fácil de decir que de hacer.» Eso fue lo que pensó preocupado como empezaba a estar por su futuro inmediato. Pero no les

dijo nada y menos les reprochó. Ahora que el mundo se revolvía hostil en su contra necesitaba, más que nunca, a aquellos colegas. Para que le echaran una mano, desde luego, pero también para que ahuyentaran el recelo con que empezaba a considerar la realidad circundante. Tenía que creer en alguien para no sentirse solo y creía en sus amistades. Por eso cuando se reunieron por tercera vez desde que se quedó sin trabajo, aunque vio que no sacaban el tema,

volvió a preguntar con confianza si se sabía algo. La reacción de Enrique y Ricardo fue inesperada. Ambos contestaron con hostilidad, como a la defensiva.

—Sinceramente, Germán, uno empieza a estar harto de que cada cita se convierta en un interrogatorio —empezó Ricardo Castro.

—Si no te decimos nada es porque nada sabemos —agregó Enrique de la Vega—. Y que nos presiones no cambiará las

cosas.

—Lamentamos de verdad tu situación — retomó Ricardo la palabra —, pero ¿cómo podemos remediarla? Ya hemos hablado con nuestros jefes...

—Y a estas alturas —lo interrumpió Enrique— no solo ellos, sino todos los abogados de la ciudad saben que buscas trabajo, pues de hecho, despreciando nuestros consejos, te has dedicado a ir a todas partes entregando tu currículum.

—¿Qué más se puede hacer? ¿Qué más crees tú

que podemos hacer nosotros? —le preguntó Ricardo, con un tono y unos ojos desafiantes.

Germán no dejó de mirarlo, en silencio, extrañado. ¿De qué hablaban? Él no los culpaba de nada, solo les preguntaba si sabían algo porque necesitaba trabajar, y a decir verdad, ya con cierta urgencia. Sin saber cómo reaccionar, sin atinar siquiera a decodificar bien el mensaje que le lanzaban, les dijo algo que aumentó su irritación:

—¿Creéis conveniente que me pase por vuestros bufetes a dejar el currículum como en los demás sitios, sin implicaros?

Lo dijo con intención sincera de tomar él las riendas del asunto y librarlos de la responsabilidad de representarlo, de portar su petición de empleo ante sus superiores. Pero ellos no lo vieron así.

—¿Acaso no entiendes nada? —le preguntó Ricardo exasperado.

—Eso no haría sino empeorar la coyuntura —

advirtió Enrique.

—Tienes que seguir esperando, dejar pasar el tiempo. ¡Mientras más te escucho y pienso lo que dices, peor salida veo! — acabó concluyendo el primero.

—¡Ni se te ocurra pasar por nuestros despachos! ¿Qué quieres? —le espetó Enrique furioso—. ¿Buscarnos problemas a nosotros?

Atónito, Germán se preguntaba todavía si debía contestar cuando los dos alegaron lo que era,

obviamente, una excusa para marcharse. Mario Montalvo, que había asistido a la escena en silencio, siguió sentado y sin decir palabra hasta que Germán se preguntó en voz alta:

—¿Pero qué está pasando?

—Tienes que perdonarlos, Germán — intervino entonces Montalvo —. Perdonarnos. Estamos muy presionados, no te imaginas cuánto. Los tres hemos propuesto tu contratación en los despachos de un modo que

ahora me atrevo a calificar de ingenuo. Lo hemos hecho porque sabemos que eres un gran abogado y un hombre estupendo. Pero, desafortunadamente, nuestra opinión no es compartida. Nosotros no mandamos nada. Si el día de mañana tuviéramos nuestros bufetes, de sobra sabes que contaríamos contigo. No por amistad, egoístamente, porque eres un profesional de primera, de eso no hay duda. Pero ahora no podemos hacer nada. Nos encontramos en medio de

dos aguas, por un lado tú, nuestro compañero y amigo, por otro nuestras empresas, nuestros jefes, nuestros futuros.

—Pero ¿cómo puede ser que se dé esa disyuntiva? ¿Qué he hecho yo que sea tan grave, que pueda poner en peligro vuestro futuro, nada más y nada menos? ¿Es posible que todo esto sea por el caso Miñambres? ¡Pero si tú me echaste una mano, Mario! — Varias cabezas de mesas próximas se giraron.

—Te ruego por Dios que hables más bajo y que

eso que has dicho no lo repitas ni en broma. Pero no, no es solo eso. Es, en general —Montalvo acabó la frase sin mirarlo—, tu carácter.

—¿Qué le pasa?

—Pues esto mismo, ¿no lo ves? —contestó Mario, ya airado—. ¡Que no te conformas con lo que se te dice, que te plantas y preguntas! ¿Para llegar a dónde? No estoy seguro, pero por ese camino no tan lejos como tu talento merece. ¿No te estoy diciendo que no puede ser?

¿Te lo estoy diciendo o no?
Yo no me he enfadado como
estos, no me he levantado,
no me he largado, estoy
aquí, Germán, y te lo estoy
diciendo: ahora no puede
ser. Pero a ti no te basta esa
respuesta. ¿Por qué te estoy
dando la versión suave, la
dulcificada? ¿Necesitas la
dura? ¿Todas y cada una de
las palabras? ¿Quieres que
sea el portavoz de lo que
dicen? ¿Que haga la luz
sobre tus propias sospechas?
¿Y qué arreglarás con eso?
¿Te llamarán antes?
¿Conseguirás alguna oferta?

—¡A lo mejor consigo comprender qué está ocurriendo! ¡Cómo, de golpe y porrazo, se me deshace la vida que con tanto, tanto esfuerzo, no podéis imaginar cuánto, he logrado construir!

—contestó un Germán desesperado, que no atendía, ni podía atender a si estaba o no hablando demasiado alto.

—Tal vez ese es el problema.

—¿Cuál?

—Que

inconscientemente, a todas horas, tienes en mente ese gran esfuerzo tuyo y tu

pensamiento se te enciende en la frente como un reproche a los demás.

—¡Pero eso no es cierto! Tal vez el problema es otro. Tal vez es su problema, el vuestro. Unos pocos han decidido que he sacado los pies del plato y van a darme una lección que no olvidaré, ¿no es eso? Y los demás, el resto, pensáis verlos actuar sin hacer nada por ayudarme. ¡Tal vez el problema es que sois todos unos cobardes!

—¡Puedes pensar lo que quieras! Pero con estos

razonamientos no haces sino darles la razón: tú contra el mundo, el puro contra los malvados, ¿no te das cuenta?

—Bueno, pero incluso dando por bueno que yo sea no ya el equivocado, sino directamente el malo, frente a todos los demás, buenos y razonables: ¿qué se supone que puedo hacer para ser perdonado? ¿Cómo me retracto? ¿Hay algo que esté en mi mano? ¿Existe una salida? —El tono de Germán bajó, mientras se pellizcaba el entrecejo buscando la solución, desmoralizado.

Luego miró a Mario. Parecía que de verdad quisiera ayudarlo, pero lo que sus ojos transparentaban era un dolor resignado.

—Así que no puedo hacer nada —constató Germán al fin—. Ni aunque quisiera, que no estoy seguro. Ni aunque pudiera, que aún sería más difícil. Ya está decidido, me habéis echado.

—Yo no, Germán —repuso Mario.

—Todos.

—Márchate un tiempo a Cádiz, deja que la gente

olvide... —empezó Mario a proponer.

—¡Iros vosotros al cuerno! ¡Sinvergüenzas!

—¡Germán!

Haciendo oídos sordos a la llamada de Mario, Germán se levantó y se fue. No sin antes dejar en la mesa el importe de su consumición. Habría querido que el gesto de orgullo incluyera convidar al último amigo que se negaba a ayudarlo. Pero para su desgracia, antes de salir de casa, había detraído la cantidad exacta de un único

café del sobre con dinero que guardaba en el armario, para el arriendo. «Pobreza obliga», se dijo, ya en la calle, mientras pensaba que ese mes los ahorros no serían para pagar la renta de su cuarto, sino el pasaje en diligencia de vuelta a Cádiz.

XIV

EL PARPADEO DE UN SUEÑO

La experiencia del fracaso, aunque necesaria y, por encima de eso, inevitable, es tan dolorosa que cualquiera trata de esquivarla. Hay, no obstante, quienes parecen más preparados para asumirla, bien porque al

crecer han ido adquiriendo los recursos apropiados o porque nacieron dotados de una naturaleza más dúctil. No era el caso de Germán, que, camino a Cádiz, se zahería con saña con la maldita palabra:

—¡Todo ha sido un fracaso! ¡Soy un completo fracasado! ¡Fracasé al dejar que Leticia se escapara entre mis manos, he fracasado en el trabajo y fracasaré siempre, en todo, toda mi condenada vida!

Repetía estas y otras frases similares con la

mezcla de dolor y placer con la que se aplican cilicios quienes se mortifican.

Su cara desencajada y lo extemporáneo de su aparición en el umbral de la carbonería hicieron que su padre comprendiera enseguida que algo, y no precisamente bueno, le había ocurrido en Sevilla. Ramón, con la primera excusa que encontró, dio el día libre al chicuco que lo ayudaba desde que el hermano de Ángel se colocó en un colmado, despachó rápido al cliente que quedaba y,

cuando su hijo entró a la tienda, cerró con llave. Los dos permanecieron un rato, frente a frente, mirándose. Ramón dio finalmente el paso de hablar:

—Hola, Germán.

Estuvo a punto de preguntarle «¿Qué haces aquí?», pero el interrogante quedó atrapado en algún lugar entre el cerebro y los labios. Sentía intriga, por supuesto, pero quizá también —aun sin saberlo— miedo a lo que su hijo pudiera responder. Este, por su parte, pese a conocerlo,

alargó el perturbador silencio esperando, deseando que indagase la razón de su regreso. ¡Era su padre! ¿Acaso no le preocupaba lo que le ocurriera? Pero molesto por su tardanza en reaccionar, acabó por espetarle:

—Mi jefe ha muerto y, por no sé qué locura colectiva, es difícil encontrar quien me contrate en Sevilla. Puede usted pensar que he hecho alguna barbaridad, si quiere, pero no es cierto.

—Yo no pienso...

—Ya, ya sé que usted

no piensa nada. Puede incluso que le dé igual. Aun así lo tenía que contárselo.

—¿Y qué vas a hacer?

—preguntó Ramón, pasando por alto la impertinencia de su hijo.

—¡Justo pregunta usted lo único que no sé! —le espetó.

Si en aquel preciso instante Germán hubiera cogido uno de los sacos de carbón que había en la tienda y lo hubiera estrellado contra el mostrador, la violencia habría sido menor que la que soportaron los

dos, de pie, inmóviles, cara a cara. Germán era consciente de que pagaba con su padre la frustración que arrastraba, la rabia, la desesperanza. Ramón se culpaba de no estar, de no haber estado nunca a la altura de lo que su hijo esperaba y seguramente merecía —¡merecía tanto, según Marcelina!—. Si al menos supiera qué decisión tomar respecto a la carta aquella a su nombre que acababa de llegar. Ni siquiera la había abierto, pero... este no era, desde luego, el momento de

entregársela. No había más que verlo. Germán estaba demacrado, tenía los ojos hundidos, el aspecto de un errante sin rumbo. ¿Qué le habría pasado? Él era incapaz de ninguna vileza. Ramón comprometería su palabra ante cualquier tribunal. Pero nadie iba a ir a recabar el testimonio de un viejo carbonero montañés asentado en Cádiz, testigo de parte, padre del acusado, para más datos. No sabía qué hacer, cómo proteger a aquel hijo, mucho más listo y mejor preparado que él,

¿cómo podría ayudarlo?

—Quizá —empezó tímidamente a proponer— si fueras a hablar con don Pedro... Está muy mayor el hombre, dicen. Yo no lo veo hace tiempo. Pero siempre te tuvo aprecio.

—Ya había pensado en eso —respondió Germán suavizando el tono, pero aun así restando importancia al consejo.

No mentía al decir que había contemplado tal posibilidad. De hecho, era uno de los pocos pasos que sabía daría, aunque no

enseguida. Antes tenía que pensar qué diría al viejo abogado. No podía criticar en exceso a Recuelles, con quien había empezado a trabajar por recomendación del mismo don Pedro. Pero sí tendría que contarle la situación con suficientes detalles como para que pudiera aconsejarlo.

Hasta que pensara en la mejor manera de afrontar la conversación, hasta que sintiera que había sometido su maremoto emocional a cierto control, decidió recluirse en la trastienda.

Quedarse ahí, escondido. No quería ver a nadie y menos que lo vieran, tener que rendir explicaciones de por qué estaba en Cádiz y no en Sevilla, *triunfando* en los juzgados. El problema era que sin nada que hacer — salvo dar vueltas a lo mismo una y otra vez—, enclaustrado en aquella pieza que parecía haber encogido desde la última ocasión, las horas se eternizaban. Habría podido, quizá incluso debido salir, dar la cara, ayudar a su padre, remangarse y volver a

despachar carbón. Pero no soportaba la idea de haberse dejado los ojos, devanado el seso, invertido tanto tiempo y esfuerzo estudiando, nada más y nada menos que la carrera de Derecho, para venir a encontrarse finalmente de nuevo llenando la pala, volcándola en los sacos («otra vez atado a la galera, remando»). No se le ocurría mayor evidencia, prueba más dolorosa de su estrepitosa derrota.

Antes de que la semana se completara, Germán se

armó de valor y, con un mínimo esquema mental de lo que iba a contar a don Pedro, salió hacia aquella casa donde había vivido experiencias cruciales, primero como chico de los recados del despacho, luego como auxiliar del secretario y finalmente, una vez que el letrado quedó ciego, como su lector. Nada más hacer sonar la campana, le extrañó cuánto tardaba la criada. Luego, al ver avanzar a doña Matilde sola en su dirección, fue como si ella descorriera una cortina y le permitiera

descubrir cómo estaba realmente la casa: deteriorada, destartalada, apenas amueblada, y eso, con los trastos más viejos.

—¿Eres tú, Germán?

—preguntó la esposa de don Pedro pese a haber reconocido aquel pelo bermellón nada más verlo.

—Sí, señora — respondió él.

—¡Qué alegría, hijo! ¡Pasa! ¡Cuánto tiempo! — exclamó antes de bajar la voz—. Me he enterado de lo de Jacinto, pobrecillo. Pero bueno, ya está, descansó.

Así lo quiere el señor. Solo te pido, hijo...

—¿Sí? —preguntó Germán.

—Que me guardes el secreto ante Pedro.

—¿Perdón?

—Él no lo sabe —le aclaró la mujer—. Ni esa, ni otras desgracias. No me mires así, te lo pido. Ya sé que no debería mentirle, que a él no le gustaría. Pero estando como está, ¿qué le puede aportar? Y, en cambio, si al menos esos malos tragos puedo evitárselos... Le repitió el

ataque hace un año y ahora solo mueve un costado y con mucho esfuerzo. Pasa todo el día solo, Germán. Yo intento acompañarlo, pero... Cuando quiere, cuando me deja, hasta trato de leerle algo. ¡Ay, hijo, qué cosas lee! ¡Qué rarezas! ¡Cuánto me cuesta! ¡Qué mérito tenéis los que las entendéis! Comprendo que no le sirvo porque me atasco justo en medio de la idea que más le interesa...

—¿No viene a leerle otro muchacho?

—¿Como tú? No. Han

cambiado mucho las cosas, hijo. Son muchos años comiendo de las rentas. Ya ni tenemos servicio.

Doña Matilde traspasó a Germán con su aplomo, su aceptación de la realidad.

—No se preocupe, que no le diré nada —se comprometió—. Es una visita de amigo, para ver qué tal está. Le contaré cosas que le distraigan.

—Muchas gracias, hijo. No sabes cuánto te lo agradezco. Igual, mira, aprovecho y salgo a hacer un recado un momento.

—Por supuesto, doña Matilde.

—Dejarlo solo en casa, así, impedido, temiendo que pueda darle otro ataque, me aterra. Y sin embargo, a veces no tengo más remedio —añadió ella.

—La comprendo. Vaya hoy sin miedo —la animó Germán.

—Antes te acompañaré arriba. Sígueme.

Mientras subían las escaleras, Germán pensó en el modo tan cruel en que se había malogrado la existencia de esa pareja.

Doña Matilde era una anciana consumida. Se preguntaba cómo se las apañaría, sin ayuda, para manejar al corpulento don Pedro. Pero cuando entró en la alcoba y vio al abogado, con los ojos abiertos, ya del todo blancos, encontró la respuesta: el pobre hombre debía pesar menos que ella todavía.

—Pedro, Pedro —lo llamó doña Matilde.

—¿Qué quieres? —le preguntó él.

—¿Recuerdas a Germán?

—Estoy ciego pero cuerdo, ¿te acuerdas tú de eso?

—Está aquí, ha venido a verte —respondió ella, ignorando su provocación.

—Ya lo sé, Matilde, lo huelo. No te asustes, hijo, no sé ni cómo lo hago, pero así reconozco ahora a la gente, como un perro.

—¡Don Pedro! —lo saludó Germán, emocionado.

—Acércate, muchacho, si no te doy miedo.

—No digas sandeces, Pedro —lo reprendió su

mujer.

—Matilde, ¿no habrá ninguna tarea que te reclame con urgencia?

—Sí, ya le he dicho a Germán que aprovecharé para salir un segundo a comprar.

—Demórate, mujer, que incluso si Germán se va puedes tardar.

—Descuida, Germán, que no tardaré —insistió ella.

—Vaya usted tranquila, doña Matilde, que no tengo prisa.

—Sí, anda, ve —la

azuzó su marido.

Antes de cerrar la puerta tras de sí, vio ella a Germán acercar su silla a la butaca, junto a la ventana, donde don Pedro pasaba la jornada entera. Le gustaba —decía— sentir el calor del sol. Incluso, a veces, aseguraba que notaba tenues cambios de luz. Pero Matilde sabía que mentía. Los médicos dejaron claro, tiempo atrás, que no le quedaba ya el menor resto de visión. Pegada todavía a la rendija, observó cómo Germán, a petición de su

esposo, le agarraba la mano y se la llevaba a la cara, para que reconociera sus rasgos.

—¡Vaya, *habemus* barba! ¡He aquí todo un abogado! —ironizó el veterano.

Y doña Matilde tiró al fin del pomo y se fue sin ánimo para espiar un segundo más cómo los dos se esforzaban por disimular la tristeza que sentían como manzanas atragantadas.

Aquella mañana de conversación con don Pedro no animó nada a Germán, por supuesto. Es más,

agudizó su amargura, su visión pesimista de la vida. De vuelta en la carbonería, hizo a Ramón un desolador relato.

—Son cosas de la edad, hijo —intentó este desdramatizar—. ¿Por qué mejor no buscas a tus amigos? —se atrevió a proponer tras el fiasco de su primera idea.

—No tengo ánimo, lo siento —contestó Germán antes de volver a encerrarse.

Ramón, sin saber qué hacer, pero sin resignarse a ver a su hijo convertirse en

un ermitaño, aprovechó uno de los trayectos de reparto para pasar por la abacería donde Braulio ya era encargado y comentarle que Germán había vuelto, pero estaba muy afectado por ciertos contratiempos que, según él, no tenían arreglo.

—No le digas que he venido, ni lo que te he contado, por favor —le pidió.

—Descuide, don Ramón. Y vaya tranquilo, que me pasaré en cuanto acabe —contestó Braulio, tratando de transmitir calma

al padre de su amigo, a quien, por primera vez en años, veía demudado.

Aquella noche, en efecto, después de cerrar el ultramarino, hacer caja y vigilar que los *chicucos* recogieran y ordenaran, Braulio salió a la carbonería.

—Buenas, don Ramón, vengo a ver a Germán —dijo muy resuelto nada más entrar—. No me ponga esa cara, señor, que sé que está. En Cádiz no se puede guardar un secreto mucho tiempo. Truhán, ¿dónde te escondes? —preguntó

alzando la voz y mirando hacia la entrada a la trastienda.

Germán asomó su perfil al vano, sin acabar de creer aquella comedia, pero sintiendo unas sinceras ganas de abrazar a su amigo y de que él lo abrazase.

—¡Cuánto honor! — dijo Braulio exagerando los gestos, sonriendo.

—Calla ya, tarambana, que estoy para poca guasa —le contestó Germán sin poder evitar una leve sonrisa.

Al segundo se fundían

en un abrazo y se daban palmadas en las espaldas.

—No hablemos hoy de eso, si no quieres —propuso Braulio, cuando se separaban—. Tengo cotilleos de Cádiz y el pueblo para atiborrarte un mes completo.

—Si consigues que me olvide cinco minutos de cuanto me preocupa, te doy un premio.

—¡Usted lo ha oído, don Ramón! —clamó Braulio para que el hombre lo escuchara—. ¡Vaya preparando un buen saco de

cisco!

En la trastienda permanecieron el tiempo mínimo imprescindible para que Braulio convenciera a su obstinado amigo de salir a una taberna «la mar de buena». Germán, al fin, claudicó y enfilaron hacia el bar. Mientras fingía escuchar lo que Braulio le iba contando, en realidad, se reencontró con las calles y plazas en que, de niños, jugaron y de jóvenes tunantearon; con el recuerdo de las viejas esperanzas hoy frustradas, la memoria del

ímpetu perdido; con esos dolores que sabía que estaban ahí aguardándole y que, hasta el momento, se había resistido a afrontar. Cuando al fin prestó atención a Braulio, comprobó que mantenía intactos sus sueños de antaño. Su obsesión seguía siendo volver al pueblo. Fuera de él nunca serían felices —sostenía con una convicción que asombraba a Germán—. Para Braulio era tan evidente como que para vivir había que respirar. No lo decía ni con resentimiento

ni con amargura, sino persuadido de que tenía razón. Seguramente por eso otorgaba poca importancia —una muy relativa por lo menos— a lo que le hubiera sucedido a Germán en Sevilla. Fuera lo que fuese, sería la anécdota. Lo esencial era que, por más que lo intentaran, solo se sentirían plenos si volvían a su aldea. Ya fueran encargados de tienda — como él—, abogados o capitanes de fragata —como quizá el pobre Juan un día ansió—, en el fondo,

siempre notarían el vacío, el frío aquel que les dejó haber sido arrancados de sus madres, de sus casas, de su tierra para trasplantarlos allí, lejos, donde, por más que se empeñaran, no agarraban.

Germán conocía bien su punto de vista y seguía sin compartirlo. Incluso ahora que estaba desesperado. No, él no se engañaba. Lo que Braulio añoraba no era Pechón, sino la infancia, esa inocencia y confianza que no retornarían. Habían desaparecido a medida que

crecieron. Habían muerto. A esas alturas ya eran adultos condenados a afrontar sus problemas, a enfrentarse al mundo sin parapetos. No podía ser de otra manera. No lo sería en ninguna parte. Fueran donde fuesen. La suerte que él tenía —se decía— era que sus estudios, sus lecturas, le permitían darse cuenta, asumir la vida tal cual era, verla nítidamente, sin vendas. Aunque a veces dudaba si era una suerte o una condena. Quería creer, pese a todo, lo primero. Tenía una

propensión natural a hacerlo, a decirse que desde la consciencia se disfrutaba más intensamente o se afrontaban mejor los problemas. Pero ¿no lo desmentía su realidad? Puestos frente a frente, él y Braulio, ¿quién parecía tranquilo y quién amargado? La respuesta era obvia. Y aun así, por momentos, se permitía la soberbia de compadecer a Braulio por su infantilidad, por la simpleza con la que concebía la vida. ¿De qué le servía a él saber más, si mientras más sabía

menos seguro estaba de todo, si incluso había instantes de pánico en que le tentaba bajar los brazos? ¿Tan terrible era ser como Braulio, confiar en que existía un lugar y habría un tiempo donde se cumplirían los anhelos? No, sería un alivio, pero él no se concedía treguas. Se maldecía una y mil veces por tener ese endiablado carácter que le negaba el descanso, que le llevaba indefectiblemente, de la mano y hasta a rastras, al mismo callejón sin salida.

Ese donde estaba solo (sin Leticia) y abatido (sin trabajo ni perspectivas) con el único equipaje de su personalidad autodestructiva. Podía llegar a ejercer una violencia terrible contra sí mismo cuando se boicoteaba. Todo ocurría en silencio en su interior, aunque al final algo se le acababa notando. Su cuerpo se volvía rígido, se le cambiaba la cara y un sudor frío empezaba a recorrerle la frente, a empaparle las manos. Braulio, como su padre, no sabía a qué

atribuirlo —tal vez estuviera enfermo, pensaba—. Pero daba igual. Él a cualquier supuesto le aplicaría el mismo remedio: si estuviera en su lugar, iría una temporada a la aldea. Aprovecharía la suerte de no tener nada que hacer en Cádiz. Su padre estaría encantado de que subiera a dar una vuelta a las tierras, la casa, las mujeres.

—Con la excusa de poner las cosas de allí en orden, se te aclararían las mientes —decía—. Ir a Pechón te ayudaría. Estoy

seguro.

Lo de Braulio era fe religiosa, ciega. En su delirio todos los pechoneros sin excepción eran bondadosos y vivían a la espera de que volvieran, ansiando acogerlos, cuidarlos, resarcirlos del tiempo pasado fuera, como hijos pródigos del pueblo que eran. Daba por supuesto que nadie había dejado de pensar en ellos ni un día y, más aún, que a su regreso los respetarían casi como los griegos a sus sabios más viejos. Proyectaba un futuro

donde el trabajo sería liviano, sus viviendas grandes, tanto que les harían olvidar los cuartuchos de Cádiz y los dos se casarían con mozas guapas y bien dispuestas, sus perfectas compañeras, en el hogar y en las tareas agrícolas y ganaderas. Mujeres de la familia. Había oído de unos que, hacía poco, volvieron que había en el pueblo un grupo de muchachas muy lindas. Sobre todo, al parecer, las hijas del tío Juan (particularmente la mediana, Norberta, que respondía por

Berta). Se decía que tenían los cabellos largos y ondulados, oscuros y brillantes. Que eran alegres pero discretas, calladas. A él se le figuraban parecidas a las ondinas.

—¿Te acuerdas, Germán, de los cuentos aquellos de duendes y hadas que contaban las madres? — le preguntaba—. Yo volveré, sí —retomaba enseguida la senda afirmativa—, y me casaré con una de ellas, quizá con Berta o con Meri, América, la de Filomeno, que por lo visto también es

preciosa.

Algunos días, Germán no escuchaba las palabras de Braulio. Las oía solo como un rumrum de fondo sobre el que atronaban sus pensamientos y preocupaciones *adultas*. Pero de vez en cuando, se dejaba arrastrar por el relato, mecer por los sonidos, hipnotizar por el cuento. Ya vería, todo se arreglaría, en cuanto bebiera el agua de la Poza Juana, en cuanto sintiera la brisa gélida bajando de El Llano, en cuanto oliera la esencia de la

aldea, ese olor a mar tan intenso mezclado con el de la hierba recién mojada, el tibio dulzor del arroz con leche y el aroma de las cuadras.

—¿Al olor a mierda te refieres? —arruinó Germán la prosa poética.

—Germán, Germán, en Pechón hasta el *cuchu* es gloria —respondió Braulio.

Los dos reían con estas ocurrencias. A Germán le hacía bien reír, relajarse, evadirse, incluso consolarse en la memoria de una infancia más que vivida

inventada. El cuerpo busca lo que le conviene y, si es preciso, remolca al alma. Además, la misma idea cayendo sin descanso sobre un punto exacto del cráneo acaba por filtrarse y es más que posible que antes de que uno lo perciba y sea capaz de reaccionar, halle el cerebro anegado, y hundida la voluntad. Algo así debió de ocurrirle a Germán, pues pasado un mes empezó a fantasear por sí solo, sin necesidad de que Braulio lo espoleara, con la posibilidad de viajar a Pechón. Tal vez

valdría la pena, aunque fuera por acabar con su absurda parálisis. Ante sí y ante el mundo podría decir que estaba haciendo algo. Justificarse. Sí, había sufrido un revés inesperado, pero en vez de dejarse vencer por él, de bloquearse, había tomado aire, visto el panorama con perspectiva, considerado otro aspecto de su vida, otros intereses y dedicado su atención a ellos por un tiempo. A su padre le pareció bien y, alentado también por él, partió finalmente Germán, una

mañana, en que hasta el levante parecía empujarlo. La estampa de Braulio zamarreado por el viento, al ir a despedirlo, era una metáfora del combate que en su interior libraban la alegría y la envidia.

Como el viaje era largo y Germán tenía la horrible propensión a hurgarse las heridas, selló un pacto consigo mismo: estaría alerta frente a sus tendencias destructivas y en cuanto detectara la activación de la más mínima, pondría la mente en blanco. Se

prohibiría pensar y lo conseguiría. La fuerza de voluntad había sido su fuerte en el pasado y podía seguir siéndolo de ahora en adelante. Pondría freno a sus malos pensamientos aunque ello significara dejar de pensar por completo. Miraría por la ventana de la diligencia y se limitaría a ver. Contemplar sin más el paisaje, evitando asociar ideas con las imágenes, menos aún, recuerdos. Nombraría mentalmente lo que fuera viendo, contaría los árboles, los animales, los

molinos de viento. Tenía que sobrevivir a aquel trayecto y esa era la única estrategia que se le ocurría. En líneas generales, consiguió llevar su plan a cabo. Ciertamente que en ocasiones, mientras repetía como una letanía el nombre de los objetos, su mente iniciaba, sin que lo notara, un vuelo de regreso al pasado —inmediato, en que aún era un prometedor abogado; o lejano, en que luchaba por acabar la carrera — y cuando se daba cuenta y trataba de embridar la nostalgia, le costaba trabajo,

le escocía como la sal en la herida. Pero con disciplina y convicción se dominó. En momentos optimistas sentía confianza en su capacidad de convertir la serenidad en su estado de ánimo habitual (había estudiado el concepto de ataraxia en Filosofía y nada ambicionaba más que alcanzar esa «imperturbabilidad del alma»). Pero había instantes en que la lucidez lacerante se le manifestaba en destellos. Entonces vislumbraba una verdad que preferiría no ver: que era

frágil, inestable, que estaba angustiado, que nada ni nadie podían consolarlo. Era mejor conformarse con una meta asequible: acabar el trayecto a la Montaña sin sucumbir a ningún acceso de desesperación o ira, sin ofrecer al resto de los viajeros el gratuito y lamentable espectáculo de su dolor. Y una vez en el pueblo esforzarse por concebir la estancia como una pausa, un respiro, antes de volver al mundo y reiniciar la batalla que había pospuesto.

La parte del plan correspondiente al viaje se cumplió. Una madrugada, al fin, Germán atisbó a lo lejos la silueta oscura de El Llano. Su instinto le llevó a inspirar hondo para sentir el fresco temblor de la arboleda dentro del pecho. Desde el segundo en que divisó el monte no apartó de él sus ojos. De pronto pensó que no quería llegar al pueblo en diligencia. Se bajaría antes, justo cuando, en Pesués, empezara la senda. Así lo hizo. Habló con el cochero, que, aunque extrañado por

su extravagancia, accedió a dejar su maleta en la casa de postas sin revelar quién era el dueño. Luego, bajó del coche y empezó a recorrer a pie los kilómetros que quedaban mientras veía el vehículo subir y alejarse. Era muy temprano y en el silencio de la espesura se oía el hálito de las alimañas. Él no se apresuraba. Marchaba disfrutando de cada paso, contemplando a ambos lados de la vereda cada hoja, cada corteza, cada mínimo insecto como si nunca hubiera visto nada parecido

y jamás fuera a volver a verlo. El aire límpido y helado llenaba sus pulmones. Le deleitaba su aroma. Aguzaba el oído y distinguía chasquidos y crujidos, trinos y siseos, incluso, allá al fondo, el suave rugir del mar. Aún no podía verlo, pero ya lo notaba. Sentía el salitre en su piel, el penetrante olor a algas que en Cádiz echaba de menos. No, él no se mentía como Braulio: la aldea no era un lugar perfecto. Pero sí extraordinario. Avanzando

por el sinuoso sendero, a través del bosque de helechos, encinas, castaños y avellanos, era difícil no pensar que realmente parecía el edén primigenio. Resultaba mágico. Notaba una energía fluyendo que alguien con más fe habría atribuido a espíritus y fantasmas. Para él eran seres vivos y no muertos — criaturas ocultas bajo las piedras, en las ramas, mirándolo, ignorándolo, palpitantes— quienes irradiaban las pulsiones. A la vuelta de un recodo, por

sorpresa, se halló frente a la costa. No recordaba el claro aquel. Tal vez no existiera antes. Seguramente habían talado.

Cuando visitó Pechón, siendo adolescente, estaba tan conmocionado por afrontar la ausencia de su madre, por conocer a su sustituta y a su hermana que no reparó en nada y lo poco que vio le provocó aversión. La aldea le había parecido un cochambroso racimo de casas y cuadras plantadas en eterno barro, envueltas en niebla perpetua. Ahora

volvía triste de nuevo, pero esta vez no quedaba atrás, en el sur, ni una esperanza. Venía a lamerse las heridas, a refugiarse. Sentía que no le quedaba nada. Ni fuerzas, ni ganas. La humedad, esa humedad que traspasaba la piel y llegaba a los huesos, no podía ser esta vez la de la fosa, sino la del útero materno. En tal instante por lo menos la naturaleza parecía acogedora. Por eso siguió allí inmóvil, de pie, un rato largo, sintiendo que era parte de aquel universo. Tuvo como el súbito

recuerdo de una plenitud parecida. Fue como si su cuerpo rememorara que así era como se sentía de niño, cuando todo, incluso las promesas, estaban por hacerse todavía. Su mente fraguó la imagen de un segundo nacimiento. Aun temiendo precipitarse, Germán pensó que tal vez, en parte, Braulio tuviera razón. Quizá allí se pudiera recuperar algo de la felicidad perdida. O al menos apaciguarse. Frente al mar, verde turquesa, frenó sus pensamientos. La

plenitud era excesiva. La soledad, total. El dolor, tan intenso que ya no podía soportar más. Tenía que volver a limitarse a ver. Allí llegaba una ola, detrás de ella venía otra. Cada segundo contemplando la superficie que se ondulaba, mansamente, como si respirara, era infinito. No quería dejar de mirar, marcharse, encontrarse con nadie.

Pese a todo, en un momento dado, sin consultar el reloj, sintió que debía reemprender camino y se

puso en marcha. Lo hizo despacio, con desgana, volviéndose a cada tanto. Pronto, a la derecha, apareció el cercado de la llosa, donde pastaban vacas y terneros. Algunos pasos después, se sumó a la sinfonía de ruidos el borboteo de la poza y, finalmente, tras un castaño frondoso atisbó el tejado de la casa familiar de Caliviá. Los nervios, en aquel segundo, lo asaltaron. Le sorprendió no haber pensado hasta entonces qué explicación daría sobre su

visita. Pero como tantas veces, apretó los puños, dándose valor y siguió. Aún decidía si debía parar a saludar en Caliviá o ir primero a ver a su madrastra y hermana, cuando una palabra lo retuvo:

—¡Caballero!

Era el tío Juan, que lo había visto del otro lado del *morio* de Caliviá de Arriba y añadió:

—¿Cómo usted por aquí?

Esa no era la pregunta, la pregunta era: ¿cómo lo había reconocido? ¡Si no lo

veía desde niño! Una de dos: o en el pueblo había, como se decía, trasgos, que además eran chismosos, o alguien, un ser humano, de profesión cochero, había sido incapaz de guardar el secreto. Tal vez, sencillamente, aquel hombre de dulce acento cubano era un buen fisonomista. Fuera como fuese, se mostraba alegre por el encuentro y a Germán le resolvió el dilema. Ahora no tenía más remedio que detenerse. El tío le ofrecería un café, él se lo tomaría y poco a poco

empezaría a ver parientes de un modo natural, nada forzado. Al cruzar la verja de Caliviá de Arriba Germán sintió un escalofrío. Él había nacido en una de las camas de esa casa. Una de aquellas de hierro con chirimbolos dorados que tan bien recordaba de cuando su madre le contaba la historia de su alumbramiento con toda la fantasía que tenía la mujer. Nació allí —le relataba— de casualidad, una tarde en que ella fue de visita y se sintió tan indispuesta que ya no pudo

regresar a su casa, en la zona de Villa. Marcelina rememoraba el acontecimiento casi siempre que visitaban la casa, y cuando lo olvidaba, él se lo recordaba. Y ahora, ahí estaba Germán de nuevo, donde todo dio comienzo.

Por el ventanuco de la *socarreña* sobresalía la paja y varios montones de heno se acumulaban también en la puerta de la cuadra. Se oía, dentro, el suave y constante rumiar de las reses. Alguien arrastraba una banqueta y ordeñaba. Los chorros de

leche repiqueteaban en el cubo de latón.

—Es tu primo José —le informó el tío—. Ven a saludarlo.

El primo, más joven que Germán, no se acordaba de él. Lo saludó sin decir palabra, cabeceando. En cambio, tío Juan, locuaz, no paró de hablar, como si de sus muchos años en la colonia no solo le quedara el deje, sino también cierto temperamento. El «cafesito» que le ofreció se lo preparó como los de «allá lejos», solo, y muy azucarado.

Llegó de la cocina con una taza diminuta en cada mano y bebió la suya de un buche como si fuera un orujo de alta graduación. Nada que ver con el cuenco para migar bizcochos y picatostes que era tradicional en la aldea. El tío, como él mismo, pechonero de ida y vuelta, había asumido costumbres forasteras.

—La tía y las primas fueron a Caliviá de Abajo a levantar a la abuela, que está, la pobre, muy incapaz —le informó.

Justo después, cuando

también Germán acabó su café, sobrevino un silencio incómodo. No podía evitar pensar que el tío reprimía sus ganas de repetir el «¿Cómo usted por aquí?» que había quedado sin respuesta cuando lo saludó en la entrada. Decidió que lo mejor era afrontarlo:

—Aquí estamos, a dar una vuelta a las tierras, en fin, a todo —dijo sin convicción.

—Claro, hombre, claro, de vez en cuando hay que volver a casa.

Así, para alivio de

Germán, zanjó su tío el tema para lanzarse a hablar de su propio regreso de La Habana, de los años que pasó allí, de los negocios que regentaba. Germán se distrajo contemplando el escenario de su infancia. Sobre todo la portilla. Esa puerta extraña que separaba el jardín y la huerta que un antepasado ganó al monte. Resultaba prescindible, pues los tíos eran los dueños de ambas propiedades, y entonces, ¿por qué mantenerla? Tal vez por tradición, o por estética.

Igual pensaban, como él, que era uno de los detalles más hermosos del pueblo, una especie de monumento, sencillo, sin pretensiones, bello. Similar a un viejo dolmen, con sus dos jambas y su dintel de piedra. Aunque evolucionado, con aquel adorno de tejas, la puerta de madera, su cerradura herrumbrosa pero labrada. Siempre le había evocado la idea de frontera entre dos mundos: el conocido, domesticado, previsible, y el misterioso, salvaje y sorprendente. De

día, la portilla daba paso a un paraíso en miniatura en el que destacaban, por encima de los demás árboles, el manzano y el limonero, con sus frutos, relucientes y aromáticos. Pero de noche, sobre todo cuando soplaban el viento, era inevitable imaginar peligros acechando al otro lado, donde el bosque parecía adelantarse, avanzar hasta el límite. Era un umbral. Por eso le fascinaba.

El chirrido de otra portilla muy distinta, la verja de listones, frenó sus cábalas. Cuatro mujeres la

habían cruzado y avanzaban. Eran Celedonia y sus hijas. Pese a las fantasías de Braulio, las jóvenes no eran bellas ninfas, pero sí muchachas atractivas de cabellos trenzados, cuerpos menudos y ágiles y voces sutiles, como murmullos. Diferían tanto de las andaluzas, bulliciosas, transparentes. Ni mejores ni peores, pero tan distintas como la noche y el día. Antes de que llegaran a su altura, el tío lo presentó exclamando:

—¡Mirad, ha venido

Germán!

A lo que las cuatro respondieron al unísono con un ceremonioso:

—Señor.

Entre las tres primas le resultó fácil identificar a la famosa Norberta de la que hablaba Braulio, pues estaba en ese final de la adolescencia femenina en que la piel rezuma una especie de almíbar invisible pero embriagador. Pilar era todavía una niña, y Fidela, aunque solo tres años mayor que Berta, estaba ya menos jugosa, más dura. Algo

difícil de explicar y sin embargo patente. A Germán le dio la impresión de que Berta lo miraba con una intensidad especial. Le sorprendió que eso le halagase. Él bien podía ser el primer desconocido que ella veía en su vida y era normal que eso le intrigara. Nada atractivo encontraría —se decía— en ese cuerpo suyo en absoluto destacable. Alto y con cierta apostura de ciudad, quizá, pero con una palidez lechosa que le horrorizaba y unas pecas que le hacían sentir más infantil

que viril. Y en cuanto a su personalidad, resultaba imposible que en aquel breve instante ella vislumbrara en sus ojos una puerta, la cruzara y lograra descubrir la combustión que él era. Sin embargo, le pareció que había atisbado algo cuando, tras pretextar tener tareas domésticas, las cuatro mujeres pasaron entre ellos como corrientes de aire que los atravesaran y Berta fue la única que se giró y lo miró.

—Son así, hijo, siempre afanadas —le arrancó su tío

de sus pensamientos—. Sorprendente viviendo aquí donde el tiempo parece detenido y se diría que nunca pasa nada.

A Germán le hizo gracia. Habría de volver a hablar con su tío con tranquilidad, se dijo, pues tenía la impresión de que congeniarían. Pero ahora debía marcharse. En un lugar tan pequeño las noticias volaban y a él ya lo habían visto al menos seis personas —«al menos», sí, pues no cabía descartar que alguien que pasara el dalle

en lontananza lo hubiera dividido—. Si no quería que Amalia y Vicenta se enteraran de su llegada por terceros, tenía que ir deprisa a verlas. No sentía por ellas un gran amor de familia, pero tampoco quería ofenderlas, así que dijo:

—Disculpe que me vaya, tío, pero he de avisar de que llegué a mi hermana y su madre.

—Por supuesto, hijo. ¿Vas a alojarte con ellas? —le preguntó el tío Juan.

—Lo había dado por hecho, créame, sin pensar —

le contestó él.

—Piénsalo, muchacho y, si lo prefieres, aquí estaremos encantados de alojarte el tiempo que quieras.

—Se lo agradezco, tío, pero no quisiera molestarles —se justificó Germán.

—Molestia ninguna, por Dios, sobrino. Sabes que el ofrecimiento es de corazón y que puedes aceptar con confianza —le dijo.

—Lo sé, lo sé. Por eso, gracias, de verdad, muchas gracias —insistió el sobrino.

Era tentador. Alojarse en casa de su familia, en vez de quedarse con aquellas dos mujeres que tan poco conocía —¡Vicenta estaría tan crecida!—, pero no podía hacerlo, sería despreciarlas. Ramón, con razón, no se lo perdonaría. Eso se decía rumbo a Villa, por la senda que atravesaba la falda del monte. Podía haber elegido el camino que pasaba por la Torre, la Cruz, el Prado y la *ruyera*. Sin embargo, así todo el pueblo lo habría visto antes que Amalia y Vicenta. Sin contar

con que tal vez ellas anduvieran en el lavadero o cerca y se lo toparan mientras lo abordaba el resto de los parientes. Lo correcto era verlas en la casa y, si no estuvieran, esperarlas en el banco de la entrada. Por un momento le sorprendió cuánto le preocupaba hacer lo apropiado o aquello que se lo pareciera al pueblo. Como si no tuviera mayores problemas. Esos que nadie en Pechón sabía, ni imaginaría. Esos que él mismo parecía olvidar nada más llegar.

Tardó apenas diez minutos en vislumbrar su destino. Por un momento volvió a soñar que su madre salía a recibirlo, que él podía consolarse en sus brazos. Habían pasado casi veinte años, ¡veinte!, y todavía la necesitaba, sentía esa necesidad física en sus fibras. ¿Acaso no iba a superarlo? ¿Nunca se curaría? Cerró los puños y los ojos, concentrándose en respirar profundamente como hacía ella y franqueó la verja. Se acercó al portón y abriendo el ventanuco

entornado preguntó:

—¿Hay alguien?

Se esforzó por utilizar el tono más cordial posible, pero su voz sonó fuerte, ronca, inquisitiva y las dos mujeres —que llevaban años sin oírla, Vicenta desde niña — se sobresaltaron. Enseguida les tranquilizó reconocer al joven cuyo retrato de orla presidía el *estregal*. Es más, se emocionaron. Ninguna sabía cómo reaccionar, cómo hablarle. Trataban de abrirle la puerta, estorbándose la una a la otra, mientras

repetían «¡Bienvenido!», «¡Qué sorpresa!», «¡Qué sorpresa!», «¡Bienvenido!». Sonreían. Para ambas era una visita extraordinaria. No se pararon a pensar qué la causaba. Germán no necesitaba razones para volver a su hogar, ese que ellas cuidaban, es más, formaban. Ahora las dos eran su familia. Su presencia allí lo reconocía. ¡Significaba tanto para ellas! Desmentía las maledicencias de los que habían sostenido durante años que él las rechazaba. En particular,

Vicenta estaba feliz. Admiraba a su hermano hasta la adoración aun sin conocerlo. Veneraba al personaje que había inventado a partir de los retazos que le llegaban del Germán auténtico: su fotografía de recién licenciado con ese aire distinguido, complejo, interesante, las noticias de sus triunfos en los tribunales, los comentarios sobre su tesón y valía. A sus ojos era no solo el mejor hombre del pueblo, sino de España y el mundo entero y

solo ella tenía la suerte de ser su hermana. Durante años había soñado con tratarlo. Sabía que él no podía interrumpir su ocupada vida para ir al pueblo a hablar con ella, a descubrir cómo era. Lo comprendía. Además, ella no valía gran cosa —se decía—. Era una moza insignificante. Solo en Pechón había seis o siete parecidas, incluso más bonitas, más habilidosas en la costura, más ágiles en la lectura, más fuertes para el campo. Pero ella tenía el

mejor hermano. Demasiada suerte era eso. Hacía tiempo que se había conformado. No obstante, he ahí que de repente él aparecía. Lo tenía delante, lo veía, podía alcanzarlo con solo estirar el brazo y fuera cual fuese la razón que lo trajo, le brindaba una ocasión única para conquistar su amor.

Germán no podía suponer lo que Vicenta o su madre pensaban. Es más, él mismo no acertaba a razonar nada. Estaba bloqueado. Le dominaba una sensación horrible que no lograba

explicar. Buscaba en su cabeza, sin dar con ellas, las palabras con que comprenderla. Frío. Sentía frío dentro. Como si su estómago fuera un gran agujero, la boca de uno de los hornos de la carbonería. Solo que esta vez, la madera, en vez de cocerse, había ardido y al abrir la puerta no quedaba más que el hueco negro, vacío, gélido. Germán palideció y Amalia se dio cuenta de que no se encontraba bien:

—Imagino que el viaje habrá sido muy cansado,

¿verdad? Claro que sí. Querrá subir un rato a su cuarto y reposar. Pase, pase adelante.

Ella le hizo ver que respetaba su posición en la casa, hablándole de usted y aludiendo a que su dormitorio seguía estando, como estuvo años atrás, listo para él.

—Tiene razón. Gracias —fue lo único que Germán acertó a pronunciar.

—Pero, pero —Vicenta deseaba retenerlo— cuéntenos algo. ¿Cómo está padre? ¿Vendrá él también?

¿Pronto? ¿Y usted, cuánto tiempo se quedará? ¿Ha venido a resolver algún problema? ¿No tenía juicio estos días?

—Vicenta, Vicenta, hija —terció Amalia—, deja que descanse, no lo agobies con tus preguntas, no seas inoportuna.

Él sabía que lo considerado habría sido contestar que su hermana no le molestaba, que podía demorarse un poco en despejar sus dudas. Quería ser cortés, pero el malestar doblegaba su voluntad.

Temía incluso que si seguía allí, de pie, acabaría desplomándose. Y no andaba equivocado, pues nada más cerrar la puerta del cuarto, se le nubló la visión. Se apoyó en algo sin saber qué para evitar caer al suelo —le horrorizaba que las mujeres subieran corriendo—. Por instinto se concentró en respirar. Percibió un olor intenso —debía de haber cerca un jarrón de salvia o espliego, temió empujarlo y romperlo en pedazos—. Poco a poco su visión se fue despejando, hasta que vio

con nitidez su cara desencajada en el espejo del palanganero. Lo que sus manos agarraban eran las barras para toallas que el mueble tenía adosadas a los lados. El barbudo pelirrojo que lo contemplaba le pareció patético, y no pudo evitar echarse a llorar. Lloró y lloró sin consuelo, temiendo que lo escucharan las mujeres que él oía abajo trastear, que lo vieran en ese estado de nervios. ¡Demasiado se había contenido! ¡Y demasiado tiempo! Pero ¿por qué

estallaba ahora? ¿Por qué sentía ese dolor en el pecho, esas ganas de gritar? ¿Por qué se miraba, llorando, gimiendo, haciendo esas muecas y se daba tanta pena? ¿Por qué no obedecía a la voz que le ordenaba «Para de llorar, Germán»? ¿Qué hacía allí, en vez de en Cádiz o en Sevilla? ¿De verdad había creído que encontraría arreglo en Pechón a lo que no tenía remedio?

Sin dejar de sollozar, poco a poco se agachó para, por lo menos, no ver su

reflejo. Primero se puso de rodillas, luego se dio la vuelta y se sentó. Con la espalda apoyada contra la pared, flexionó las piernas y se las abrazó, después de haber metido la cabeza entre ellas. Con las orejas tapadas no oía ningún ruido exterior. Su mente dejó por suerte de hablarle y durante un instante solo escuchó los sonidos de su respiración y la circulación de la sangre. Nada habría deseado más que quedarse dormido así, con la cara aún empapada, y despertar habiendo olvidado

ese episodio de pánico, que hasta ahora tanto se había esforzado en reprimir.

—¡No he sido capaz!
—se lamentaba—. ¡Si me vieras, Leticia! ¡Hecho un guiñapo, tirado al suelo! ¡Si pudieras sentir, dondequiera que estés, lo que yo siento! ¡El vacío, la desesperación! ¡Aunque no me buscases, aunque no me salvases! ¡Con que solo me añoraras! ¡Si los malnacidos que me han destrozado la vida vieran esto, el efecto de su crueldad, de su frivolidad! ¡Si me perdonasen! ¿Se

puede ser más estúpido que yo, que todavía espero, pido, necesito su perdón? ¡Si al menos yo no me decepcionase, si tuviera fuerza para levantarme, recuperar mi dignidad y pasar página ya! ¡Algo valdría de algo, tendría algún sentido!

Aunque justo entonces empezó a ordenarse: «¡Venga, levántate, Germán!», «¡Vamos, tienes que levantarte!», «¡Ponte en pie, incorpórate!», tardó tanto que al otro lado del cristal oscureció. Cuando al

fin, dubitativo y consciente de tener un aspecto horrible, abrió la puerta del dormitorio, halló la casa en silencio y apenas iluminada. Las mujeres debían de haber salido sin que él las oyese y solo habían dejado un quinqué prendido junto a la escalera. Agradeció que no estuvieran ahora que él iba a ir a buscar su maleta. Por más que le costara, no tenía más opción que pasar a recogerla, pues solo contaba con la ropa puesta. Una vez en la oscuridad del camino de la *ruyera*, Germán

distinguió, a la derecha, el viejo abrevadero. No cuestionó un segundo su impulso y se acercó. Llegado a la altura del surtidor, movió la manivela un par de veces, con fuerza, y cuando brotó el agua, helada, juntó sus manos y se enjuagó la cara. Fue vivificante. Le despejó.

Pero a medida que caminaba en dirección a la casa de postas identificó una sensación que, aunque él entonces lo ignorase, iba a acompañarlo de ahora en adelante. Era un peso, no

grande pero constante, uniforme. Como si una piel nueva y gruesa cubriera el horno frío, apagado, vacío que él era. Eso exactamente. Pese a la contradicción que entrañaba, se sentía a la vez hueco y pesado. Además, el agotamiento y el desamparo habían vuelto su cara flácida. Notaba los pómulos descolgados como si una mano tirase de su barba. Resignado a los cambios, siguió avanzando. Al llegar a la Torre, nadie pareció advertir en él nada extraño. Debieron de atribuir su gesto

derrotado al cansancio. Y es probable que Vicenta y Amalia pensaran lo mismo cuando regresó a la casa con la maleta y volvió a excusarse para subir —sin cenar— al cuarto. Aquella fue la primera de muchas noches en que Germán fue incapaz de dormir. Intentaba ahuyentar los pensamientos que le atormentaban, la frustración de no poder ejercer, el dolor de haber perdido a Leticia, pero incluso cuando con mucho esfuerzo lograba no cavilar, le angustiaba haber pasado

una nueva hora en blanco. Sobre todo le inquietaba que a fuerza de no dormir, su cuerpo se agotara. En realidad, para su sorpresa, acumuló un sopor que le sirvió de narcótico, amortiguó el efecto de sus inevitables contactos con Amalia, Vicenta y el resto de la familia con que se fue cruzando.

Las actividades con que Germán ocupó su tiempo en el pueblo consistieron sobre todo en inspeccionar las tierras, comprobar el estado de los linderos, reparar los

estropeados, limpiar la cuadra, atender las vacas, revisar los aperos, bajar a Pesués a comprar alguno nuevo, y hacerse también con repuestos de loza y textiles —sábanas, toallas— para la casa. Tareas sencillas todas que él, acostumbrado a trabajos más exigentes, acababa demasiado rápido. Por las tardes se obligaba a frecuentar a los mozos de su quinta, hombres con quienes compartía poco más que el recuerdo de las clases de Mirita, con los que apenas tenía de qué hablar.

Habría podido, como en su anterior visita, refugiarse en los libros. Leer incluso cuando salía a apacentar las vacas a la ería. Los primeros días lo intentó, pero no tardó en comprender que, esta vez, le faltaba disposición, capacidad de concentrarse. Así que se limitó a caminar, llevando a los animales a pastar cada vez más lejos y, una vez en el prado elegido, mientras las reses herbajaban, no dejando él un segundo de andar, aunque fuera en círculos. Confiando en que

si cansaba su cuerpo, una noche de aquellas acabaría por conciliar el sueño. Al frente de la manada, Germán fue asumiendo la condición de vaquero de su tatarabuelo, bisabuelo y abuelo, que había sido la de su padre y la suya propia antes de que ambos se marchasen.

Pese a ser ello cierto, sus convecinos no dejaban de verlo como un forastero. Verdad que había nacido en Pechón —se decían—, pero fue particular desde chico. Ahora que volvía como

abogado, su presencia en el pueblo avivaba las latentes quimeras y promesas siempre asociadas a Andalucía. Era el mejor ejemplo del emigrante que había triunfado y por eso en las reuniones familiares suscitaba tanta atención. Si a alguien en particular se le daba mal disimular, era a su prima Norberta. Tal vez porque era poco más que una niña, quizá porque no tenía malicia, se dedicaba a mirarlo abriendo mucho los ojos como si de esa manera fuera a penetrar el misterio

que él representaba para ella.

En la aldea se había extendido el rumor de que la llegada de Germán cambiaría la vida de Berta, Fidela, Meri, o cualquiera de las solteras. Aunque nadie supiera a ciencia cierta la historia del extranjero que dio origen a la estirpe de los pelirrojos, pues la tía Clara destruyó sus cartas al morir la madre de Germán, su ahijada, en cierto sentido la huella del *vikingo*, su recuerdo, había pervivido. La comunidad identificaba la nueva llegada de un

hombre distinto y asumía que vendría por una mujer. ¿A qué si no iba a volver? ¿Quién sería la elegida? Las murmuraciones existían. Y más allá de lo irracional (de la experiencia de los pechoneros acerca de la fuerza del deseo, de los miles de cuentos que habían oído y contado de dragones que raptaban princesas y caballeros que las salvaban de sus garras para llevárselas ellos a sus casas) había motivos que explicarían de un modo plausible que Germán se quisiera casar.

Todos los hombres del pueblo mayores de veinte años estaban ya desposados. Todos, salvo quienes no podían, habían procreado. Era normal que alguien de su edad, con estudios y porvenir, deseara formar familia y que para ello buscara a alguien de confianza, a una prima.

Nadie osó hacer a Germán el menor comentario al respecto, sin embargo, él mismo empezó a pensarlo. De alguna manera, igual que su olor se parecía al de sus paisanos

ahora que compartía con ellos el agua, el aire, los alimentos, también sus pensamientos se fueron asemejando. No hubo ningún episodio revelador en que se descubriera fantaseando con alguna de sus primas. Al principio, sencillamente, cuando se topó con Berta se permitió disfrutar de la curiosidad que despertaba en ella. En efecto, la muchacha sentía intriga por lo que escuchaba comentar a sus hermanas y amigas acerca de aquel primo llegado de Sevilla.

Les parecía misterioso, interesante con su aire distraído y melancólico, elegante incluso cuando apacentaba las vacas, humilde, pues siendo tan importante aceptaba pastorearlas. Berta, en realidad, lo encontraba serio y mayor. No sabía por qué, pues todos lo admiraban y ensalzaban, a ella le inspiraba cierto temor y mucha lástima.

En alguna ocasión se vieron solos, de lejos. Germán volvía de Radillo con las vacas, ella iba hacia

el hoyo Bastián con el rebaño de ovejas y cabras. Ninguno se acercó nunca al otro, ni se dirigió la palabra. Hasta la tarde aquella que Germán contemplaba las olas romper sobre isla Sarnosa. El nombre del lugar, su historia, el eco del dolor que sintió su madre frente a esa roca el día que supo que Ramón iba a llevárselo a Cádiz, habrían bastado para conmoverle. Pero él estaba pensando en sus fracasos personales. Berta lo divisó cuando volvía de Arenas tirando de

las bridas del percherón que le había mandado a buscar su padre, y de los dos caminos que tenía ante sí, eligió el más escarpado porque era el que pasaba junto a él. Allí arriba se recortaba la silueta meditabunda, abatida, solitaria. ¿Quién sabe si cruzó la imaginación de Norberta la vaga esperanza de poder auxiliarlo? Germán oyó los cascos del caballo, se giró, vio a su prima y la saludó.

—Hola, Berta.

—Hola, señor.

—Por favor, llámame Germán —le pidió—. ¿De dónde vienes?

—Me mandó mi padre a recogerlo —contestó ella señalando al animal. Este, al ser aludido, empezó a relinchar y Berta acarició distraídamente su lomo para apaciguarlo.

—Yo —comenzó Germán a responder a una pregunta que ella no le había formulado— estaba mirando la isla. Cuantos hombres... —y entonces se calló, avergonzado de estar encubriendo su tristeza con

una excusa como aquella, de estar buscando la complicidad de su cándida prima, de sentir el deseo, la necesidad de exponer su fragilidad.

Y para sorpresa de los dos, ella avanzó dos pasos, se alzó de puntillas y le acarició la cara al tiempo que le decía:

—No se aflija.

Germán se sintió azorado porque ese mínimo contacto, el roce de esa mano lo enardecía y en un fugaz vistazo reconoció en el caballo su propia

reacción. Se diera Berta o no cuenta del aturdimiento de aquel primo suyo tan hábil en cuestiones intelectuales y tan inmaduro, en cambio, en las sentimentales, lo cierto es que enseguida se despidió y se marchó. Mientras la veía desaparecer, Germán allí de pie se sintió desconcertado. No entendía nada de lo que acababa de ocurrir, ni por qué ella había tenido ese gesto hacia él, ni cómo su cuerpo había reaccionado con tal virulencia a un estímulo tan pequeño. ¿Qué se suponía

que significaba?, ¿cómo se había abierto camino algo tan primitivo como el arrebató físico en un instante de irresolubles divagaciones teóricas? Acostumbrado a que su confusión se manifestara como un intenso frío, Germán no achacó la reacción a algún virus, que estaba atacando su cuerpo.

Al regresar, después de atar cada vaca a su argolla en el pesebre de la cuadra, entró en la casa temblando por efecto de la fiebre. Amalia le tocó la frente y sentenció:

—Debe de ser el andancio. Ven, hija, ayúdame, agárralo por el otro brazo.

Y así, entre las dos, con mucho trabajo, pues la debilidad de Germán le impedía colaborar, lo subieron escaleras arriba, lo tumbaron en la cama, lo desvistieron y descalzaron.

—Mucho ha tardado. Hace tiempo que tenía mala cara. Quizá ya lo llevara dentro —conjeturó Amalia, mientras Vicenta ahuecaba la almohada de su hermano, lo arropaba y frotaba la

colcha con sus manos para calentarlo—. Es mejor que no lo tapes tanto —le advirtió su madre.

—Pero está tiritando.

—Aun así, hija, tócalo, tiene mucha temperatura, lo que hay es que bajársela. Voy por agua.

Vicenta había oído hablar de aquella enfermedad que cogía la gente de fuera cuando llegaba, pero nunca había visto a nadie así, a punto de convulsionar. Con todo el cariño que llevaba años deseando entregar a su

hermano, le estuvo secando el sudor de la frente, incluso soplándole las sienes y el nacimiento del pelo, hasta que llegó su madre con la palangana llena y un manojo de trapos. Toda la noche la pasaron las dos dándole friegas con las compresas húmedas y luego velando su sueño, que, sobre todo, las primeras horas fue muy inquieto. Él, ajeno a aquellas dos presencias, creía estar tumbado en la cama, a la vez dormido y consciente, solo, sano, tranquilo. Se veía como desde fuera,

suspendido sobre su yo acostado y oía lo que este meditaba. Decía que desde que regresó al pueblo había estado fingiendo, que no había confesado a nadie el auténtico motivo de su regreso. Lo de dar una vuelta a la casa y las tierras era obviamente mentira, una excusa barata. Por eso se le atragantaba. Lo cierto era que se sentía un fracasado: por su desastre sentimental, por el rechazo de la profesión, el ostracismo, la falta de perspectivas, las debilidades de su carácter. Y

al hablar con Braulio —el único que se había portado con él como un amigo— había tenido una especie de pálpito, que luego la realidad que halló en Pechón confirmó: «Berta». Si había una opción de futuro, si existía una esperanza, ella la encarnaba.

¿Cómo? ¿De verdad había vuelto por eso? Sí, claro, ¿no se acordaba? La verdad era que no. Pero el Germán del sueño parecía seguro. Por supuesto que sí. Había llegado el momento. Íntimamente los dos lo

sabían. Ya no era ningún niño. Tenía veintinueve años, después de casi cinco ejerciendo se encontraba ante el reto de reconducir su carrera. ¿Por qué hacerlo solo? ¡Con lo que una compañera le ayudaría! Y, como decía Braulio, ¿quién mejor que una prima del pueblo? Durante años había dado la espalda a la aldea porque era el pasado, una rémora para sus anhelos. Casi se avergonzaba de que fuera su lugar de procedencia. Pero la ciudad le había cerrado sus puertas.

Berta, en cambio, parecía interesada en acogerlo. Todo en ella transmitía calma: su silencio, su forma de mirarlo, aquel aire de familia. Ella era el mundo al que él pertenecía.

A medida que subían los grados de fiebre, en su cabeza, las ideas llegaban, se hinchaban y despleaban hasta mostrársele con una claridad meridiana. Al sucederse y encadenarse dibujaban proyectos nuevos, ilusionantes, que olían a paquete de papel recién abierto. Ojalá tuviera a mano

una hoja y una pluma para apuntar algunas frases de las que febrilmente le venían acerca de aquellos planes. Se escribían solas, con tinta invisible sobre su frente, pero de inmediato se borraban dejando paso a otras. Básicamente hablaban de soledad y compañía, amor y ternura, comprensión y complicidad, deseo y alianza. Verbalizaban su necesidad de creer, de contar con alguien que no lo traicionara. Que lo besara (en los labios, el cuello, las orejas), que lo acariciara

como ella había hecho esa tarde, que lo escuchara y abrazara. Alguien con quien tener hijos. Niños que crecerían sanos, alegres y llegarían a ser lo que quisieran, sin tanto esfuerzo como él había necesitado, porque no estarían solos, contarían con su ayuda, ya no sería hijos de un carbonero, sino de un abogado.

Llegado el momento, la fiebre bajó. Vicenta notó que la mano que ella le sostenía pesaba más, lo escuchó respirar, al fin, tranquilo. Su

sueño se hizo profundo. En él las especulaciones sobre una boda con Norberta se revelaron absurdas. Porque ya estaba casado. No recordaba cómo había ocurrido pero sentía paz. Se acordaba vagamente de que su difunta madre ejerció de madrina. Se la veía satisfecha. A la luz de los hechos parecía ilógico haber dudado siquiera si deseaba casarse con Berta. ¡Era la mejor decisión que había tomado! ¿Quién lo hubiera dicho? ¿Y ahora qué otras sorpresas vendrían? ¿Le

parecería de repente que quedarse a vivir en el pueblo era una opción posible, quizá la correcta? No lo sabía. Pero le aliviaba pensar que no tenía que volver a Andalucía si no quería, que allí era posible otra vida, que no todas las salidas estaban cercadas. Ahora bien, en caso de quedarse, ¿qué haría, en qué trabajaría? Bueno, por hoy había adoptado determinaciones de sobra. Pensar en casarse y hacerlo el mismo día no era poca cosa. Ya vería más adelante. Podía dedicarse a

gestionar el patrimonio de otros para sacarle el mayor partido, o abrir un bufete en el Val de San Vicente. Tarea no iba a faltarle con todos los negocios que había en la zona y los litigios que, al final, de un modo u otro, estos siempre conllevan. Sí, era un área rural, ganadera, de población humilde, pero ¿por qué descartar el cobro en especies? En todo caso, saber, tener una carrera, una tan útil como la suya, no sería nunca un problema, sino una ayuda. Como esa mujer dulce, discreta, que se

había apiadado de él.

«Berta me ayudará, me ayudará.» Los ecos de la frase aún resonaban en su mente cuando abrió los ojos. Estaba desubicado. Consideraba la boda un hecho y creía hallarse en uno de los cuartos de la casa de su tío Juan, en Caliviá. Lo invadía la satisfacción del deber cumplido, la tranquilidad del hombre en armonía —con la naturaleza, con su destino—. Pero no reconocía la habitación. Le desorientaba que a esas horas de la mañana no

entrara el sol a raudales por los postigos y se preguntaba también por qué no seguiría a su lado todavía, acostada, dormida, aquella joven prima con quien se acababa de casar. Un finísimo rayo de lucidez, veloz y certero, le iluminó. Todo había sido un sueño. Ni estaba casado, ni aquello era Caliviá, ni fuera del cuarto lo esperaban Berta y sus tíos, sino su hermana y Amalia, que, de hecho, debían de haber sido quienes lo desvistieron y lo metieron en la cama.

—¡Maldito seas,

Germán! ¿Por qué te tiendes estas trampas? Después de no dormir durante semanas, ahora vas y sueñas con una vida en la que estás tranquilo, bien. ¿Para qué?, ¿para estamparte contra la realidad al despertar?

Al tiempo que se reprochaba el mal que se hacía a sí mismo, una duda le asaltó: ¿podría algo tan irracional como un sueño haberle proporcionado una idea más sensata que las que concebía despierto? Dicho de otro modo, ¿casarse con Berta sería algo

descabellado? ¿Jamás antes había fantaseado con ello? ¿Acaso no le gustó su contacto cuando le tocó? ¿No había sospechado en el pasado que, por más moderno que quisiera considerarse, a la hora de casarse, elegiría a una mujer de la estirpe? ¿No había tenido ese aspecto convencional de su personalidad, incluso pusilánime, algo que ver en que no se atreviera a amar a Leticia? ¿No había juzgado él íntimamente que ella no era la compañera que quería,

que amarla implicaría una apuesta demasiado alta, que él en ese punto era más tradicional?

Además, sería un alivio decirse a sí mismo que aunque hubiera vuelto al pueblo sin saber muy bien por qué, el destino le reservaba allí la consecución de un objetivo. Que no estaba escrito que aparcara su carrera solo para comprobar si algún *morio* estaba vencido, sino que tal vez fuera hora de avanzar, dar un paso adelante, realizar un proyecto

importante, casarse. Y hacerlo con Berta, que era la única chica del pueblo por la que él había sentido algo y quien curiosamente le había manifestado cierta inclinación. Sentía mala conciencia al pensar que ella era una de las tres o cuatro pechoneras con las que Braulio fantaseaba casarse. Pero ¿y si él no regresaba a Pechón o lo hacía dentro de demasiados años? ¿Y si entretanto ella se casaba con otro? ¿Y si al final él subía un año de estos, pero elegía a otra y envejecía sola?

Vicenta abrió la puerta en aquel momento y lo sorprendió despierto:

—Hola, buenos días, ¿qué tal se encuentra? ¿Tiene calor? ¿Frío? ¿Apetito?

—Me siento débil, pero no muy mal —le contestó Germán—. No recuerdo cómo ayer...

—Parece que le indispuso el andancio. Madre dice que no es grave, que pasará. ¿Quiere que me quede? —se ofreció su hermana a acompañarlo.

—Yo, la verdad...

—¿Prefiere que me vaya? —le brindó.

—Pues...

—No se preocupe —le contestó ella adivinando y perdonando sus pensamientos—. Intente seguir durmiendo. Madre dice que lo mejor es que descansa, incluso que pase días acostado, si es lo que necesita el cuerpo.

Y en efecto, aquella semana Germán tuvo algo así como una cura de sueño que, entre otros efectos, le dio la impresión de haber estado en Pechón más

tiempo del que en realidad llevaba. Cuando al fin se sintió lo suficientemente fuerte como para no solo incorporarse y dar algunos pasos por la casa, sino incluso para salir a la huerta y la *ruyera*, hasta le molestó la claridad del sol. No obstante, le sentó bien su calor, respirar al aire libre, desentumecerse. Había adelgazado, andaba despacio. Pese a ello, en cuanto pudo, con la oposición de las mujeres de la casa, volvió a encargarse de las vacas. Lo hizo por

distraerse, pero también para encontrarse con Berta y comprobar a la luz de la vigilia si de verdad tenía algún sentido plantearse casarse con ella. La primera vez que la vio, estaba con otras chicas en la fuente del Prado y él se limitó a saludar al grupo con un gesto. Sin embargo, cuando ya seguía su camino, Berta le sorprendió llamándolo y acercándose.

—¡Señor! —dijo

alzando solo un poco la voz.

—Hola, Berta. Ya te dije que prefiero que me

llames Germán.

—Me contó Vicenta que estuvo enfermo —le contestó ella ignorando su ruego.

—No ha sido nada grave. Pero gracias por interesarte.

—Me habría gustado ir a verlo —confesó ella con cierta gravedad.

—Y a mí que vinieras —le respondió él sintiéndose sincero.

—Bueno —Berta era incapaz de decir nada más.

—Anda, vuelve con ellas —le dijo Germán, que

se había dado cuenta de que el resto de las muchachas los miraban.

—Adiós, señor.

—Adiós, Berta —se despidió él con una sonrisa que daba por perdido el empeño de que ella le apareara el tratamiento.

Aquel breve encuentro confirmó que ella le gustaba. No le arrebatava como hacía incluso el recuerdo de... Pero ¿por qué compararlas? ¡No habría estado él tan enamorado de Leticia cuando dejó que se casara con Pablo!, ¡ni ella de él

cuando se había casado! En todo caso, eso ya era pasado. Puesto a no casarse con Leticia, ¿acaso era Berta una mala elección? Por supuesto que no. Tenía otro tipo de encanto. Era sencilla, como una margarita, que brota salvaje sin necesidad de que la cultive nadie. Él le hablaría, le explicaría cómo había sido su vida, cuáles eran sus aspiraciones, para que ella lo conociera. Y ella, a su vez, le descubriría cómo era. ¿Qué había de malo en permitirse sentir ilusión al verla? ¿O en aspirar a un

bienestar más duradero, haciéndola su compañera? ¿No podía aquello ser amor? ¿Por qué? ¿Porque no implicaba desgarró? ¿Iba a seguir dejando pasar oportunidades? ¿Rechazaría a Berta como a Nandi y Leticia? ¿Por qué las dejó a ellas? Por miedo. Un miedo parecido en ambos casos, impreciso, a que el amor, el compromiso paralizara su prometedor proyecto de vida. ¿Y qué había ocurrido al final? ¿Acaso no estaba todo su futuro y hasta el presente en suspenso pese a

haberlas apartado de su camino?

A medida que los días se sucedieron, él se fue convenciendo de que sentía algo por Berta, se permitió la vanidad de pensar que a ella también le gustaba, pese a su delgadez, su mala cara, su barba descuidada. Reconocía cierta puerilidad en el coqueteo, pero no la condenaba. Se acostumbró a que a veces ella lo abordara, a que las demás muchachas comentaran mientras ellos intercambiaban dos o tres frases, sin decirse nada

importante, a construirle una personalidad con la que él pudiera encajar. ¿Cómo dedicaba tanto tiempo a una cuestión, la sentimental, que hasta el momento había sido tan secundaria para él? ¿Por qué no se concentraba mejor en articular una manera de superar la crisis de su carrera? Quizá porque aquello le desbordaba, tal vez porque esos días podía más el instinto que la razón, o puede que, sencillamente, inmerso en la vida de la aldea, entregado de la mañana a la noche a tareas

como el ordeño o el apacentamiento de las bestias, su vida de abogado le pareciera una alucinación.

El caso era que el dilema de si debería o no pedir la mano de Berta se fue convirtiendo en su único, obsesivo pensamiento y antes de tomar una decisión definitiva creyó imprescindible consultarla a ella. No sería fácil, pues siempre que la veía había gente cerca. De ahí que en una de las comidas familiares, Germán aprovechara una coyuntura

mínimamente propicia —en que mientras todos recogían se encargó a Berta echar los restos de pan duro a las gallinas— para acercársele y hablarle:

—Berta —le dijo—. Perdón —se disculpó al darse cuenta de que la había asustado.

—Disculpe usted, señor, no le oí venir.

—Tengo que decirte algo y debo hacerlo rápido, antes de que los demás se den cuenta de que hablamos.

—¿Le sucede algo? —preguntó ella intrigada por el

tono confidente.

—Bueno, la verdad es que estoy pensando pedirle a tío Juan que nos deje casarnos.

—Ah —dijo ella sin que a Germán le quedara claro si manifestaba sorpresa, alegría o solo constataba que al fin pasaba lo que ella ya sabía que ocurriría.

—Pero antes quiero preguntarte qué te parecería, si tú querrías.

—No sé —contestó con una sinceridad que desarmó a Germán.

—Si no quieres no se lo pediré —reaccionó él.

—No, es que yo de eso no sé.

—Pues, la verdad, no me parece que yo sea la persona que deba explicarte ciertas cosas —añadió Germán decepcionado por la frialdad con que se acogía la propuesta que tanto le había costado formular—. ¿Por qué no hablas con tu hermana? —se le ocurrió sugerir.

Berta se quedó un segundo callada. Recordaba lo que, sobre Germán, había

oído decir a Fidela. Todo eran alabanzas. Para ella era un hombre atractivo, elegante, fino, masculino. No es que Norberta entendiera el sentido total de lo que con aquellas palabras querían designar su hermana y sus amigas, pero sí comprendía la conclusión a la que siempre llegaban: la mujer que Germán eligiera, si era verdad que había vuelto al pueblo a casarse, sería muy afortunada.

—Pídaselo usted a padre —repuso de pronto—. No necesito hablar con mi

hermana —dijo, y era cierto, pues ya sabía lo que Fidela opinaría.

A Germán le sorprendió la repentina decisión de Berta, pero, al fin, se alegró. Aquello era una aceptación y si bien no era entusiasta, podía atribuirlo al carácter montañés.

Cuando los grupos de parientes fueron abandonando aquella reunión y regresando cada cual a su casa, Germán acompañó a Berta, su padre y los demás de Caliviá. Al

llegar pidió al tío que le concediera un momento y una vez que se quedaron los dos solos en la entrada, frente a la portilla, le pidió la mano de su hija. El tío Juan no se asombró. Cierto que más bien esperaba que su sobrino se interesara por su primogénita. Pero que el muchacho había vuelto al pueblo en busca de compañera era algo que él había tenido claro desde el primer momento, como el resto de los pechoneros. Y era normal que entre todas las primas casaderas se

decantara por Berta, su hija predilecta. Para ella, desde luego, también era una suerte —se dijo el tío—. Germán era un hombre con buena planta, educado, de cierto mundo. No tanto como él mismo o los indianos que emigraron al otro lado del charco. Pero lo importante era que la sabría tratar y le daría la oportunidad de vivir en una ciudad con comodidades que ¡Dios sabría cuándo llegarían al pueblo, si es que lo hacían! Sí, era una suerte para la chiquilla —se

reafirmó.

—En fin, muchacho, la echaremos de menos cuando te la lleves, pero sí, está bien, consiento que te cases con ella —le contestó.

Esa frase hizo tambalear el arrojito de Germán. No había reparado hasta entonces en que su tío, como todos sus parientes, ignoraba su situación laboral. Por eso daba el hombre por hecho que volverían enseguida a Sevilla. Era difícil abordar el tema, pero no había más remedio.

—Verá, señor —

avanzó Germán dubitativo —, justo antes de venir falleció el letrado con el que he estado trabajando todos estos años. De hecho, ha sido, precisamente, esta momentánea inactividad la que me ha permitido venir al pueblo y dar el paso en que hacía tiempo venía pensando. De modo que, tras la boda, la partida no será inmediata, no al menos la de ambos. Yo puedo volver pronto para conseguir cuanto antes un puesto en otro bufete y entonces, solo

entonces, regresar a por Berta. Aunque...

—¿Aunque? —lo interrumpió el tío Juan.

—La verdad es que tampoco descarto establecerme aquí —acabó de decir Germán con voz muy baja, como si se excusara.

—¿En el pueblo? —le preguntó su tío asombrado.

—En algún lugar del Val, o en Comillas, Santander —Germán añadía posibilidades mientras su tío lo miraba estupefacto, tratando de rebajar su

sorpresa, pero sin lograrlo.

—No te ofendas con lo que voy a preguntarte, hijo —intervino entonces, muy serio, el que iba a ser su suegro—. Entiende que es mi obligación tratar de conocer tus circunstancias ahora que acabo de decidir entregarte a mi hija. ¿Huyes de algo, sobrino?

La pregunta, por más que pertinente, era ofensiva. Dolía. Sobre todo porque la respuesta sincera sería afirmativa: del pasado, del rechazo, del vacío que le estaban haciendo. Pero

Germán no tenía valor para confesar la verdad, así que, como pudo, mintió:

—No, señor, por supuesto que no. Son solo ideas que uno se plantea en momentos como este en que todas las opciones están abiertas.

—Pero, si me permites dar mi opinión —dijo el tío Juan, en tono conciliador—, no todas son igual de buenas. En todo caso, me alegra escuchar que no tienes más problema que esta momentánea desocupación. No me

preocupa. Un hombre tan preparado como tú encontrará su camino. Es más, incluso si, como apuntas, estás abierto a explorar otras vías, tal vez me convenga contar contigo para un proyecto de negocio que hace tiempo me tienta abrir en Sevilla. Tu aparición puede ser providencial. Nunca se sabe, en la vida.

—Señor...

—¿Sí?

—No quiero que piense que la boda con su hija es un intento de medrar —se sintió

Germán en la obligación de aclarar.

—Ni mucho menos, Germán, ni mucho menos. Si te lo ha parecido, te pido perdón. No es cierto. Todo lo contrario, si aceptarás ayudarme a abrir el restaurante —que es el negocio del que te hablo—, serías tú quien me haría un gran favor. En principio no se trataría de gestionarlo, para eso ya buscaríamos después a la persona indicada, sino de hacerse cargo de la etapa previa a la apertura, que es clave.

Necesitaría a alguien que encontrara el local ideal, negociara su compra, me representara en el acto notarial, pidiera y consiguiera luego los permisos de reforma y apertura, buscara quien obrara, amueblara y decorara la cocina y el comedor y, finalmente, contratara al personal, a todos sus miembros, incluido el gestor que lo llevaría luego, una vez se inaugurara. Es mi sueño: abrir un gran local, hermoso, con encanto, un escenario en

el que se pueda reunir la intelectualidad, algo así como el Pasaje Atlántico de La Habana, donde se citaban los políticos, escritores, pintores, artistas... ¡Bullía, Germán, bullía! He hecho dinero en Cuba, sobrino, eso lo sabes. Pero no es ninguna fortuna y el dinero que no se invierte se deprecia y, finalmente, se pierde. Para invertir, permíteme decirte que nuestra tierra no es el mejor lugar que hay. Una ciudad del sur, Sevilla o Cádiz, una capital americana, son opciones

más rentables. En el mundo de los negocios eso está claro, desde luego. Y en el ámbito del Derecho, que conozco menos, me atrevería a afirmar que también. En todo caso, como dices, todas las opciones son posibles y en cualquiera que emprendas estarás, a partir de ahora, arropado por tu nueva familia, la que vas a formar con Berta, y la mía, en la que, gracias a ella, te integras. Así que ¡enhorabuena, hijo! ¡Venga ese abrazo!

En el instante fugaz en

que se abrazaron y los silenciosos minutos que siguieron, Germán pensó que le molestaba que se hubiera colado en su petición de mano un tema de negocios, de dinero. Para no pecar de ingrato debía reconocer que el tío había sido más que discreto al no preguntarle por qué no se había recolocado enseguida y hasta se planteaba empezar de cero en Cantabria cuando, lógicamente, sus contactos debían de estar en Sevilla. Había manifestado una confianza, en él y su futuro,

encomiable. Ni siquiera reconsideró un segundo su primer impulso de concederle la mano de Berta. Pero esas referencias a que él debía saber que se había labrado un capital, esa propuesta de que lo ayudara a invertirlo... Aunque no fuera su intención, lo colocaban en una situación incómoda, en la que podía pasar por lo que no era: un arribista. Cuando la última vocal de la palabra resonaba en su cabeza, el tío rompió su ensimismamiento al preguntarle:

—¿Cuándo te parece que se lo diga a la niña y qué fecha has previsto para la boda?

La respuesta de Germán saltó a su boca, sincera y rápida:

—La verdad, señor, no había pensado en los pormenores. Salvo en que la ceremonia fuera íntima, con el menor boato posible. Incluso si...

—¿Sí?

—¿Cree que podría celebrarse en la casa? — preguntó Germán bajando un poco la voz, aun sin

percatarse de estar
adoptando un tono
confidente.

—¿Anticlerical, hijo?

—Oficiaría un cura —

aclaró Germán.

—Pero no en la iglesia.

—¿Sería la primera
vez?

—Sabes que no,
aunque antes era inevitable,
cuando no estaba acabada.
En fin, no te preocupes.
Diremos que es una
excentricidad mía, que
traigo ideas raras de La
Habana y me hace ilusión
que sea en Caliviá y, si es

posible, al aire libre. A todos los que vengan les daremos un chocolate y como mucho en dos horas cada cual a su casa. ¿Te parece?

—Bien —contestó Germán.

—¿Entonces cuándo se celebra y cuándo lo anunciamos?

—Yo quisiera evitar que mi hermana y su madre se enteraran por terceros.

—Me parece considerado —reconoció el tío Juan—. Acordemos, pues, el momento para decírselo a ellas y a Berta al

mismo tiempo. ¿Esta tarde?

—Perfecto.

—A eso de las seis se lo anunciaré. Haz lo mismo con tu hermana y Amalia. Lo suyo es que una vez enteradas, vengáis a oficializar la pedida, después de lo cual podremos informar al pueblo.

—De acuerdo —dijo Germán, sintiendo cierto vértigo.

—Y en cuanto al matrimonio...

—¿Sí, tío?

—¿Qué tal en el plazo de una semana?

—Eso como usted vea.

—Pues entonces sí, en una semana.

—Está bien.

—Bueno, pues ya está todo hablado, ¿no, hijo?

—Sí, tío.

—¿Quieres algo más?

—No, tío.

—Bien, pues hasta esta tarde entonces.

—Hasta esta tarde y muchas gracias.

—De nada, hijo, de nada. ¡Venga otro abrazo y enhorabuena, que te llevas a una moza estupenda!

De vuelta a casa

Germán sintió el impulso de volverse a esconder en su cuarto, incluso de refugiarse en la siesta hasta que pasaran las horas que quedaban por delante. Pero, pese a la incomodidad que le hacía sentir compartir sobremesa con su hermana y Amalia, permaneció con ellas en el *estregal*. Miraba pasar los segundos en su reloj y se le hacían eternos a la espera de que dieran las seis. Tal vez no subía por miedo a soñar, esta vez, un futuro distinto, uno en que no estaba casado, o lo estaba

con otra, o era con Berta pero ahora no quedaba ya ni rastro de felicidad. Cuando al fin llegó el instante acordado, en dos de las casas más distantes de la aldea, él y su tío dieron a sendos grupos de mujeres la misma noticia, una que ninguna esperaba ni recibió con entusiasmo.

En Caliviá de Arriba, aunque solo Celedonia, la madre de familia, tuvo plena conciencia de lo que eso significaba y aunque Berta estaba sobre aviso, fue ella quien resultó más

asombrada. Su primo se había atrevido, había dado el paso e iba a convertirse en su marido. Sus hermanas, con Fidela a la cabeza, la felicitaban. Pero ella no sentía aquello de lo que la primogénita tantas veces hablaba, esas cosquillas, señal inequívoca, al parecer, de que se amaba. Se preguntaba qué le habría visto Germán. Quizá solo se había dado cuenta de que ella lo miraba. Dudaba si lamentar o alegrarse de haber sido indiscreta. Ahora le daba miedo ignorar qué

iba a pasar. Sobre todo si seguiría o no viviendo en Pechón. Se arrepintió de no habérselo preguntado cuando él le anunció que iba a pedir su mano. Ella no se quería ir, temía que lejos de allí se ahogaría, como un cangrejo o un *míngaro* fuera de su poza en las rocas. No podía imaginar vivir en otro lugar y menos separada de su madre. Pero tal vez no fuera a irse. Qué raro era no saber nada, ni siquiera lo que pasaría esa tarde. Nunca antes le había ocurrido.

En Villa, mientras

Amalia felicitaba a su hijastro, Vicenta permanecía callada y pensativa. No era que Berta no le gustara. Sin ser íntimas, pertenecían al mismo grupo de amigas. Era agradable, dulce, «guapina», lo reconocía. Seguro que elegirla suponía un acierto. Lo que ocurría es que durante semanas, ella había negado que su hermano hubiera vuelto al pueblo a buscar esposa. Repitió mil veces que había regresado a dar una vuelta a las propiedades, la casa, las tierras, las reses. Y hubiera

dado lo que no tenía porque esa fuera la versión verdadera. Le gustaba mucho más porque implicaba un interés familiar, un desvelo que — ahora se daba cuenta— no existía. Si Germán no hubiera decidido casarse, o lo hubiera hecho con una andaluza, habría pasado Dios sabe cuántos años sin volver a verla a ella. No le hubiera importado, no lo necesitaba. Qué cruel y doloroso era decirse aquello. Tanto que le impedía alegrarse por él, levantarse a

abrazarlo y felicitarlo. Se limitaba a mirarlo y esbozar una sonrisa rígida. Claro que a él eso le bastaba. Ni esperaba ni quería otra cosa. No añoraba el abrazo que a ella le dolía ser incapaz de darle. Quizá incluso recibirlo le habría incomodado.

Tal y como los dos hombres explicaron a sus familias, el rito del sacramento y su celebración serían discretos. Y, en efecto, lo fueron. Aunque no solo por su voluntad, sino porque el día amaneció de

tormenta y no permitió otra cosa. El sacerdote tuvo que officiar el enlace en el *estregal*, donde apenas cabían los contrayentes y los parientes directos. Los demás debieron contentarse con ver algo por la ventana y el ventanuco de la puerta o con limitarse a escuchar. Unos y otros agradecieron, en todo caso, que la ceremonia fuera breve y se pasara pronto al chocolate. Germán y Berta se mostraron todo el tiempo tensos, abrumados por la importancia del paso que

estaban dando. Vestidos con sus trajes más nuevos, atuendos correctos pero austeros, ambos negros, ni siquiera se intercambiaron anillos y, en el momento de la liturgia correspondiente, se limitaron a entrelazar sus manos. Para los dos fue extraño tocarse por segunda vez y hacerlo ante tanto público. Por fortuna, no había en el pueblo quien pudiera sacar una fotografía, pues la imagen que habría captado sería la de un hombre y una mujer más confusos que felices, en el

momento de unir sus vidas. Sus descendientes, si alguna vez los tenían, podrían malinterpretarlos. Tal vez les costara entender sus motivaciones. En cambio, entre los presentes nadie vio nada raro. A él le había llegado la edad de casarse, ella era una joven bien parecida. No tenía más opción que aceptar lo acordado entre su primo y su padre. Si la decisión de estos, además, le agradaba, podía considerarse muy afortunada. Y objetivamente lo era, pues Germán no era

un mozo más del pueblo, sino uno particularmente instruido y experimentado.

De ello cabía esperar, entre otras cosas, que facilitara, aquella noche, la consumación del matrimonio. Durante la semana que transcurrió desde la pedida, Berta no pensó en nada más. Jamás había hablado de «eso» con nadie, pero, aunque no podría explicar cómo, había llegado a la certeza de que el sexo era desagradable y doloroso. Una especie de prueba por la que había que

pasar, obligatoriamente, para que el matrimonio se diera, de verdad, por celebrado. Algo incluso espantoso, terrible. «Por suerte, es solo un momento.» Había oído esas palabras en alguna parte, no sabría precisar cuándo, dónde, ni en boca de quién. Pero estuvo pensando en ese «momento» y temiéndolo casi cada segundo desde que le anunciaron que se casaría en siete días.

Germán, en cambio, no había concedido la importancia necesaria a esa

noche de bodas con su prima. Durante el chocolate varios parientes le hicieron comentarios jocosos al respecto y eso le incomodó. Si por él fuera, esperaría. No haría el amor con ella esa madrugada y menos en su propia casa, donde sería inevitable que sus padres y hermanos los escucharan. Lo mejor sería darse tiempo hasta conocerse, no tener prisa, aguardar a contar con un lugar donde gozar de cierta intimidad. Pero resultaba evidente que no podría ser. Precisamente se

esperaba de ellos que yacieran juntos aquella noche, en Caliviá, porque allí habría testigos de que por fin se habían convertido en marido y mujer. Se trataba de un examen para ambos, pero sobre todo para él, que era quien, se suponía, sabía lo que había que hacer y tenía la responsabilidad de culminarlo. Le molestó sentir que los desconocidos allí reunidos lo empujaban, lo forzaban a considerar la cópula una obligación, un reto en el que dar la talla. Nunca antes lo había visto

así. Cuando se imaginaba con Leticia, solo en su cuarto o en la cama de alguna prostituta, o cuando yacía con estas sin necesidad de fantasear dejando que le dominara el deseo de otro cuerpo, el sexo era un acto de libertad, una fuente de placer de la que, además, disfrutaba más cuando notaba —o creía notar— que hacía gozar a la mujer. Ahora, además, caía en la cuenta de que jamás lo había hecho con una virgen y, en contra de lo que muchos supondrían, la nueva

perspectiva no le producía la menor excitación. Es más, temía las complicaciones que conllevaría.

Y eso que no tuvo conciencia plena de su magnitud hasta que, al anochecer, cerró la puerta del dormitorio y se halló en la minúscula habitación frente a su menuda prima, embutida en un camisón que era una especie de saco recio de hilo blanco que la cubría desde el cuello a los tobillos. Mientras él se quitaba la chaqueta y empezaba a desabotonarse la camisa,

Berta, sin decir palabra, le alargó otra tela blanca. Era, como vio mientras ella comprobaba que las contraventanas estaban bien cerradas, un camisón similar. Lo desdobló y lo tendió sobre la cama contemplándolo estupefacto y preguntándose si realmente se suponía que debía ponerse aquello. Berta, cada vez más nerviosa, se preguntaba qué estaría pasando a sus espaldas. No escuchaba a su primo desvestirse. Germán seguía inspeccionando el sayo.

Tenía, a diferencia del de su prima, una especie de ventanuco a la altura de los genitales que, se figuraba, serviría para permitir la penetración evitando que el miembro se expusiera a la vista. Nunca había contemplado una prenda parecida y, ahora que la miraba, solo se le ocurría pensar que no podía existir más potente inhibidor de la pasión. No obstante, por no contrariar a la muchacha, acabó por embutirse él también el saco. La escena era ridícula. Tanto que no

podía creer ser uno de sus protagonistas.

Definitivamente, no era el mismo que había sido antes, en Cádiz, ese hombre ardiente que había besado y amado, que había deseado y consumado sus deseos, libre y disfrutando de la desnudez. Berta se dio la vuelta y la forma en que lo miró le hizo morir de vergüenza. Su aspecto debía de ser para salir corriendo. La pobre estaba casi temblando. No sería mala idea cogerla de la mano, susurrarle «vámonos» y

escapar ambos escaleras abajo, salir juntos de la casa, atravesar la inquietante portilla, cruzar la huerta e internarse en el bosque, solos, dejando atrás testigos y camisones. Enseñarla a besar, acariciarse, acabar jadeando como animales, amándose bajo los árboles. En sus pieles desnudas y sudorosas jugarían los rayos de luna, filtrados por las hojas. Sus gritos de placer se fundirían con el ulular del viento. Nadie los escucharía, ni juzgaría, con lo que sería más fácil, posible, disfrutar

del sexo.

Por desgracia, era inviable. Cualquiera de los que estaban en la casa, conteniendo la respiración, fingiendo dormir, saldría a su encuentro en cuanto oyera el más mínimo crujido de la puerta. Preguntaría qué hacían, si tenían algún problema, les cercaría la salida, les impediría huir. Si es que antes Berta no se negaba a seguirlo. Definitivamente, lo mejor sería ceñirse a lo que se esperaba de él. A lo que ella y todos esperaban. Berta,

tras buscar su mirada
aquiescente, apagó la vela de
un soplo. Él permaneció un
instante inmóvil, de pie,
acostumbrando su vista a la
oscuridad mientras la oía
encaramarse a la cama
chirriante. Justo entonces
sintió que no iba a ser capaz.
Una intuición le paralizó.

—Berta, yo —empezó
una frase sin saber a dónde
iba a llevarle. Pero Berta lo
interrumpió.

—¿Podría ser sin
hablar, mejor?

Él no supo qué
contestarle. Sin hablar, ¿y

sin moverse, acercarse, tocarse? Porque al acostarse comprobó que ella permanecía quieta, tendida boca arriba, como si no estuviera viva. Germán no pudo evitarlo: imaginó a Leticia entre los invitados de su boda, se figuró que había venido, como cuando fue a Cádiz, a buscarlo, pensó que seguía abajo, esperando en la entrada a que todos — Berta incluida— durmieran en la casa y que él, entonces, bajaba, la guiaba en secreto al desván, y allí, sobre los sacos de grano, la amaba

con toda su desesperación, temiendo y a la vez deseando hacerla gritar y despertar al mundo entero.

Tomar conciencia de su fantasía le escalofrió y al mismo tiempo le reveló la única, milagrosa, opción de afrontar el trance que tenía ante sí. Por eso se permitió seguir imaginando. Inevitablemente, de tanto en tanto, tenía que volver a la realidad para dar indicaciones a la pobre Berta, tranquilizarla, pedirle que se moviera hacia acá o hacia allá, que se remangara

un poco, que separara las piernas. Ella obedecía, pero Germán, en vez de ir la notando más tranquila, la sentía cada vez más asustada y rígida. Cuando, con mucho trabajo, logró abrirse camino a través de la ropa de ambos, cuando por fin consiguió hacer contacto, ella gritó espantada. La erección, claro, desapareció. En ese instante comprendió que esa iba a ser una de las peores noches de su vida. Sentía decenas de oídos atentos. Temía que si se sucedían varios alaridos, alguien

entraría a socorrer a su prima y a él lo echarían. Pero también sabía que no podía dejar pasar la noche sin penetrarla. Hablando en voz baja para evitar que los demás se enteraran, dijo:

—Berta, no te asustes, intentaré no hacerte daño, pero hay que seguir un poco.

A lo que ella respondió:

—Usted siga.

Nunca dos palabras le transmitieron un mensaje más claro. Que hiciera lo que tenía que hacer, ella no iba a acompañarlo. No sabía cómo podría, ni quería

averiguarlo. Estaba dispuesta a padecer todo el dolor que le aguardaba, así que ¿qué más se le podía pedir? A él le correspondía acabar con aquella tortura cuanto antes y sacarlos a ambos del atolladero en que por su empeño se encontraban, pues él fue quien decidió casarse y quien, se suponía, sabía lo que eso entrañaba.

Germán cerró los ojos para evadirse de la escena y se concentró en reconstruir palmo a palmo el recuerdo de Leticia, cada centímetro

de piel, desde el talón, subiendo por la pantorrilla, la cadera y cintura, el torso, sus delicados pechos, el hombro, el cuello, hasta su rostro iluminado por aquellos ojos sabios, con aquella boca, esos labios que a veces se mordía como pensando en algo, volviendo luego a la nuca, que dejaba a la vista su pelo recogido, y acabando en la clavícula sobre la que ella posaba a veces sus dedos, distraída, como si se rascara o se hiciera una caricia. Ella lo deseaba a él, él lo sabía.

Seguramente evocaba su cuerpo cuando hacía el amor con Pablo. Juntos habían sentido una atracción tan intensa que era imposible olvidarla, aunque solo estallara una vez, la del beso. Qué estúpido había sido al no ir más lejos. Estúpido de no aprovechar la soledad, la intimidad. Qué miedos tan infantiles le asaltaron. Nadie tenía por qué enterarse, nadie se habría enterado. Ella también habría sido especial en eso. Nunca le hubiera atado. Jamás nada contra su

voluntad. Simplemente disfrutar, darse placer, escribir juntos un glorioso capítulo. El mejor de sus vidas, ese en que se entregarían, yacerían en el suelo, en su mesa de estudio, en su miserable jergón. Se habrían acariciado, besado, lamido enteros, propinado embestidas, revolcones y finalmente un orgasmo, delicioso, interminable, infinito casi, con el que soñar toda la vida. A ella la habría hecho gemir de un modo distinto a como, ahora, chillaba esta

pobrecilla, como un cerdo en el matadero, arrancándole, a pesar de lo mucho que él se resistía, de su fantasía. Tenía que aferrarse a ella, por el bien de todos, de Berta la primera, si no, aquel horror no acabaría. ¡Maldita sea!

Los pechos de Leticia transparentándose bajo la blusa blanca que se le pegaba a la piel sudorosa, el sabor caliente de su saliva, sus piernas entreabiertas. Él la empujaba fuerte, una y otra vez, una y otra vez, una y otra vez, haciendo un esfuerzo tremendo por no

escuchar a Berta. Ella no estaba allí, no tenía nada que ver. Solo Leticia y él. Disfrutando como salvajes, entregándose. Una y otra vez, una y otra vez. Cada acometida, mejor y con más ganas. Así, así, así. Hasta que por fin se derramó.

Como un muelle que salta, Germán se quitó de encima y se tumbó boca arriba. Aún soñaba que su compañera de estudios, su amiga, resoplaba a su lado, se giraba, apoyaba la cabeza en el hueco de su hombro, le besaba el pecho, subía una

pierna sobre las suyas, buscaba su cobijo y le cobijaba al mismo tiempo. Cuando lo cierto era que la mujer de carne y hueso que compartía su cama estaba inmóvil, preguntándose por el sentido de aquella brutalidad, sollozando lo más bajo que podía, pero sin consuelo. Lamentando haber accedido a casarse, puesto que el matrimonio implicaba aquello; sin dar crédito a que a esas horas, el pueblo entero pudiera considerarla afortunada.

Cuando Germán al fin

se dio cuenta de que Berta lloraba, quiso abrazarla, consolarla, pero se descubrió incapaz. Estaba paralizado por la culpabilidad, abrumado por lo que le acababa de ocurrir. Prefirió quedarse quieto y en silencio, fingir que dormía, hasta que ella misma cayó rendida. Entonces, se incorporó y la miró. ¡Pobre, cuánto había sufrido! También él, en silencio, lloró sin saber si lo hacía por ella o por vislumbrar que aquel matrimonio había sido un error. El resultado de su

cobardía. Se había refugiado en la idea de una existencia pacífica con su prima por la misma razón por la que huyó de Leticia. La cobardía marcaba su vida. Era la clave de sus infortunios, por más que quienes lo criticaban, ¡qué paradoja!, pensaran que era justo lo contrario, su osadía. Fuera como fuese, ahora estaba casado y eso lo afrontaría. Sería para siempre. No por temor de Dios, sino porque no iba a abandonar a su prima, ni a enfrentarse al tío, a la familia, a todo el

mundo, echándose atrás.

En cuanto las luces del amanecer empezaron a colarse por las rendijas de los postigos, Germán, adelantándose al despertar de Berta, se levantó, se vistió y salió del cuarto. Fuera aguardaba su suegro, apostado en la baranda de la escalera, como si hubiera pasado allí toda la madrugada. El hombre se acercó, le tendió la mano, se la estrechó con fuerza al tiempo que le daba un par de palmadas en el brazo contrario. Mientras ambos

bajaban a la cocina, Germán se preguntaba qué interpretación cabía dar a aquellos gestos de reconocimiento y complicidad. Tío Juan no se lo desveló y él volvió a preguntárselo el resto de las mañanas en que, invariablemente, lo encontró esperándolo para bajar y desayunar.

Durante semanas Germán se esforzó en propiciar un acercamiento con Berta. De día buscaba momentos para estar solo con ella y poder contarle

algo de su pasado, incluso intentar confesarle las circunstancias en que su carrera había encallado. Pero Berta lo esquivaba. Germán pensaba que le guardaba rencor por el dolor que él le había causado al desgarrarla. En algún momento incluso trató de sacar el tema para explicarle que, según tenía entendido, era habitual sufrir al perder la virginidad. Pero ella lo miró entre furibunda y asustada y rogó y ordenó con solo dos palabras:

—Por favor.

Germán no volvió a

tocarla en las noches que siguieron, por más que le pareció que la familia, de día, con sus miradas, le reprochaba un silencio nocturno que denotaba una pasión escasa. De nuevo encadenó varias noches insomne. Pero ahora las pasaba mirando a aquella prima que se había replegado sobre sí misma y parecía no tener la menor intención no ya de aprender a hacer el amor, sino siquiera de comunicarse con él. Quizá —se dijo Germán— había malinterpretado las

miradas de que ella le hizo objeto antes de casarse, tal vez se engañó sobre lo que ella quería, buscaba, de la misma manera que él mismo se había tendido una trampa acerca de lo que esperaba de la vida. Dándole vueltas a la cabeza intentó recordar cómo, por qué había llegado a casarse con ella. Era incapaz de poner en pie con coherencia la serie de absurdos razonamientos que había seguido. ¿De verdad incluso un sueño había jugado algún papel en todo aquello? Él, ¡un hombre

adulto, sensato, preparado, del siglo XX!, ¿había permitido que un sueño pesara algo en su decisión? Fuera lo que fuese lo que se hubiese dicho para convencerse, dormido o despierto, muy pronto confirmó la impresión de su noche de bodas: había cometido una equivocación. No ya porque aquella única cópula hubiera sido espantosa, ni porque Berta no fuera guapa, sino porque ahora que pasaba noches enteras mirándola, se percataba de que era como

de otra especie, descendiente de una Eva que no hubiera comido de la manzana, que no hubiera pecado, que no supiera nada. Ni lo deseara. Al menos no deseaba saber de él. De aquel que realmente era.

Pensando en ello llegó a una conclusión. Él mismo había olvidado su identidad y esa fue la clave del error. Debía hacerse una promesa: pasara lo que pasase, no volver a olvidar jamás quién era, no fingir ante sí mismo (ni lúcido ni en sueños) o los demás que esperaba otras

cosas de la vida, que podría conformarse con aquello, con una existencia de labriego, en el pueblo. ¡Cómo se le había ocurrido! Él era Germán, un hombre de ciudad, abogado, con el rumbo perdido, sí, pero en tanto que vivo, con ciertas aspiraciones y esquemas todavía. Para retomar las riendas de su vida, para recuperar su autoestima, incluso para no sentirse tan vacío como ahora se sentía y que la convivencia con Berta no le pareciera tan tremenda, solo había un camino: volver

a ser quien había sido y para eso no podía postergar mucho más el momento de luchar por ejercer de nuevo, por encontrar otro despacho, quien volviera a contratarlo.

En aquella lucidez del insomnio y la oscuridad creía ser capaz de aceptar su realidad sin volver a engañarse. Se sentía listo para afrontar que siempre añoraría a Leticia, es más, que viviría con la duda de si ella aún existía, si Aurelia aún recordaría ese yo que creó para los dos. Tendía a pensar que incluso a su lado,

aquella personalidad suya tan ansiosa y complicada le habría impedido sentir lo que los demás llamaban felicidad. Pero al menos Leticia habría estado interesada en descifrarle, en ayudarlo a indagarse, a soportarse. Debía aceptar que se había quedado sin compañera de viaje. No obstante, aun solo —y era duro decirse esto contemplando, en la tiniebla, el perfil de Berta— el viaje continuaba. En no mucho tiempo —acabó por anunciarse— regresaría a

Sevilla. Tomó esa decisión repitiéndose que el retorno sería un acto de valentía, un coger el toro por los cuernos por primera vez, cuando tal vez se tratase de una nueva huida, un modo de escapar del espejismo al que había sucumbido, ese de la idílica vida campestre y el matrimonio con aquella labriega, que no lo amaba y a la que él tampoco era capaz de amar.

Una de las mañanas en que compartía café y picatostes con su tío, Germán sintió la atmósfera

especialmente propicia para las confidencias.

—Tío Juan —empezó, aunque al ver como este lo miró se corrigió—, suegro, ahora que el matrimonio se ha consumado, es tiempo, creo, de ir pensando en recuperar mi trabajo. De regresar a Sevilla, me refiero.

El tío respondió con una frase hecha que a Germán le desconcertó:

—Las prisas no son buenas consejeras, hijo.

Dijo aquello de una manera que él temió que se

refiriera no tanto a su vuelta a Andalucía como al hecho de haberse casado con Norberta. Prefirió descartar esa posibilidad. No era momento de ser susceptible, sino de retomar sus argumentos y exponerlos del modo más coherente y persuasivo.

—Desde el día de la pedida —retomó Germán su explicación—, ese en que estuvimos comentando qué haríamos Berta y yo tras la boda, dónde nos asentaríamos, he estado reflexionando y finalmente

he llegado a la conclusión de que, como usted mismo dijo, como abogado tendré más oportunidades en Sevilla. Siendo así, lo mejor es volver antes de que la gente olvide mi nombre y mi corta pero acreditada trayectoria. He llevado y ganado casos importantes y confío en que eso acabe por ayudarme a conseguir el contrato que garantice el bienestar de nuestra futura familia.

No hizo falta que el tío Juan dijera nada para comprender que le resultaba paradójica tal preocupación

por la progenie cuando, según las evidencias, él y Berta no se habían dado más que una ocasión para engendrarla. Por eso, aunque arrepintiéndose al instante de lo que sus palabras daban a entender, Germán tuvo que añadir:

—Por supuesto, tendremos que aprovechar el tiempo antes de mi partida.

La sola idea de volver a copular con Norberta le daba sudores fríos. Sería pasar por un calvario y hacerla también sufrir a ella. Pero al menos había que conseguir

que la tortura fuera breve, acelerar la marcha. Se iría en una o dos semanas. Cuanto antes. Su tío, viéndolo tan decidido, prefirió no contrariarlo. Solo repuso:

—En ese caso, habrás de explicárselo a Norberta.

—Desde luego — contestó Germán.

Como si la conversación la convocara, al instante apareció ella en la puerta de la cocina. Musitó un «buenos días» casi inaudible al que contestaron ambos, aunque solo el padre se levantó, se acercó y la

besó.

—En fin —añadió—, los dejo solos, que tienen que hablarse.

Germán propuso entonces a su mujer:

—Ven, siéntate y desayuna, Berta, que luego, si quieres, daremos un paseo.

—¿Podríamos ir ya? —preguntó ella, que hubiera sido incapaz de desayunar con la inquietud de la conversación que se anunciaba sobrevolando la mesa.

Una vez que Germán

contestó afirmativamente, se pusieron en marcha, callados ambos hasta que hallaron el camino de Pesués y empezaron a internarse en él. Cuando Germán se decidió a hablar, puso mucho cuidado, como siempre esas semanas, en no lastimar a Berta, no al menos con sus palabras.

—Berta, esta mañana estaba hablando con tío Juan de la necesidad de regresar en algún momento a Sevilla, a trabajar.

Ella se esforzó en no manifestar la inquietud que

la sacudía al pensar que había llegado el momento de irse y dejar atrás a su familia. Por suerte, Germán siguió:

—De modo que he previsto partir en una de las próximas diligencias.

«Partir». Había dicho «partir». ¿Significaba que se iría sin ella? Temía que se le desbocara una alegría equivocada.

—En principio iré yo solo, pues justo antes de mi llegada falleció el abogado con quien trabajaba y ahora debo situarme de nuevo.

Pero en cuanto lo haya hecho regresaré a buscarte.

No se había equivocado, se iba solo y pronto. ¡Dios era misericordioso! Había traído a este hombre que había cautivado a todo el pueblo, que a ella misma la había aturdido, confundido, pero iba a llevárselo rápido.

Germán sabía que debía abordar el espinoso tema de cómo iban a pasar el tiempo que les quedaba juntos, pero no veía el modo.

—El tío quisiera —
empezó a decir finalmente—

que me quedara algunos meses para que hubiera más ocasión de tener descendencia.

Berta rogó que los deseos de su padre no se cumplieran.

—Pero por desgracia no creo que sea posible dilatar tanto mi vuelta.

De nuevo la recorrió una oleada de alivio. No obstante, el bienestar duró poco, apenas segundos, pues nuevas palabras vinieron a atormentarla:

—De modo que, para darle gusto, tendremos que

aprovechar las noches que nos quedan.

Se lo temía. ¡Dios, qué horror! Aun así, estaba dispuesta al sacrificio. Porque sentía que de alguna manera ella había dado pie a que aquello ocurriera, porque no tenía más remedio y porque podía ver al final, en el horizonte, el día en que el extraño, que había aparecido de pronto, de la misma manera se fuera y la dejara, con su vida, familia y amigas, con la tranquilidad que antes daba por supuesta, que no sabía valorar. Se iría.

Hasta que el momento llegó, no obstante, ambos tuvieron que soportar una lenta sucesión de días y noches. En la intimidad de la habitación, en los nuevos asaltos al cuerpo de Berta, Germán redobló su cuidado. Pero no logró que disfrutara ninguno de los dos. Fueron las suyas cópulas solitarias, tristes, dolorosas —no solo físicamente—, en las que jamás intercambiaron una sola palabra. Hasta la víspera de marcharse. Esa última noche, como las anteriores, después de haber

eyaculado, Germán salió enseguida de Norberta y se tendió junto a ella. Se quedaban siempre inmóviles, callados, dejando vagar sus ojos por las vigas, viendo sombras apenas en el cuarto lóbrego. Pero aquella madrugada, él susurró:

—¿Berta, estás dormida?

—No, señor —repuso ella con un hilo de voz.

—La diligencia sale en unas horas —añadió él, que había perdido la esperanza de que ella lo llamara por su nombre.

—Lo sé, señor —
constató ella sin ninguna
emoción.

Germán estuvo a punto
de echarse atrás, de dejar de
hablar, pero luego añadió:

—Puede que no nos
veamos en mucho tiempo.

Berta a esto ya no
contestó. Solo la existencia
de su respiración, mansa,
regular, paralela, era prueba
de que él no estaba solo en
la habitación.

—Si te has quedado
embarazada y naciera un
niño, llámalo como
prefieras, pero si es niña, por

favor, que se llame Leticia.

Germán se escalofrió por la crueldad que acababa de perpetrar. Las palabras brotaron de sus labios sin que él fuera consciente de haberlas pensado. Lamentaba de verdad el egoísmo, la debilidad. Pero considerando sus circunstancias, su infelicidad..., se concedió el perdón. Él se comprometía de forma solemne, íntima, a no ser jamás infiel a Berta, por poco que la amara o fuera amado por ella, por más extendida que la

infidelidad estuviera. Frente a ello su traición mental, intelectual, desde luego no física, podía considerarse una deslealtad menor, relativa.

Con todo Norberta se sintió herida. No había ninguna Leticia en la familia. Ni muerta, ni viva. No había. Y ella podía ser una pueblerina, un ser candoroso, inocente, sin experiencia, casi una cría, pero aun así sabía que los hombres no se encaprichan de un nombre por azar o sonoridad. Era fácil concluir

que alguien que significaba algo para su marido se llamaba así. Seguramente una amante. ¿Alguien que lo esperaba en Sevilla? Mejor pensar que había sufrido alguna tragedia, que estaba muerta, a contemplar semejante bajeza. Se esforzaría en no darle vueltas. Total, ni podía preguntar, ni siquiera oponerse al ruego, en caso de que no le gustara la respuesta. La única esperanza real consistía en no estar embarazada o en estarlo de un niño. Si al

menos se hubiese rebelado internamente, habría dicho para sí «¡Qué remedio!», pero se limitó a sintonizar su voz y su pensamiento para pronunciar un claro:

—Lo haré.

Así se despidieron.

Germán había decidido que no quería que nadie lo acompañara al pie de la diligencia. Salía muy temprano y quería marcharse en ella solo, tal como había llegado. Por eso el día antes dijo adiós a todos en el pueblo —aparentando, con esfuerzo, estar satisfecho—.

La despedida de su madrastra y hermana fue particularmente tensa. Vicenta había querido ser la madrina de su boda, pero él no había accedido. Pese a que había puesto mucho cuidado en no desdeñarla ni a ella ni a Amalia, una lealtad mal entendida con su madre le hizo considerar que sería una falta de respeto que ocupara su sitio su hermanastra. De modo que a sus espaldas, concertó que su tía Onorica, hermana primogénita de Marcelina, la representaría. La decepción

de Vicenta fue una de las muchas que sufrió aquellos días. Era solo un detalle, pero elocuente de lo que significaba para él (muy poco), del papel que le reservaba (secundario). Lo que más le dolía, en realidad, era que durante su estancia en el pueblo no le hubiera dedicado ni un instante. Que prefiriera hablar con cualquiera, incluso pasear solo por la ería o el monte antes que buscar un mínimo acercamiento. Mientras crecía, ella había pasado

tantas horas imaginando cómo sería su hermano, había aprendido a quererlo, respetarlo y admirarlo de tal modo que todos los días que estuvieron viviendo, primero bajo el mismo techo, luego a tan pocos metros, solo en dos barrios distintos del mismo pueblo, rogó que él se diera cuenta de que ella existía y le concediera una mañana o una tarde para hablar, para contarse sus ilusiones y penas, conocerse. Si alguien en todo Pechón podía haber comprendido y alentado a Germán, si

alguien podía haberse convertido en su cómplice —porque lo estaba deseando—, esa era su hermana. Pero él no se dio cuenta. Albergaba infinidad de estúpidos prejuicios sobre ella. En su fuero interno, aunque él se lo negara, la juzgaba y culpaba por hechos de los que no era causa, sino, en todo caso, consecuencia, y se perdía así la oportunidad de compartir su tiempo y reflexiones con quien podía haber sido para él eso que tanto necesitaba, un gran amigo, el mejor que

podía imaginar. La hirió al ignorarla, al no dirigirle la palabra en todas aquellas semanas (más allá de los saludos a que la cortesía obliga), al rechazarla como madrina. Y sin embargo, ella fue incapaz de odiarlo. Lo quería, lo quería muchísimo y se daba cuenta de que algo le preocupaba y entristecía. Su pobre hermano mayor, el hombre más inteligente, trabajador, bueno que había era alguien deprimido y solitario. Tenía que haberlo pasado mal en el sur, tratando de abrirse camino.

Debía de haber sido duro, aún lo sería. No podía culparlo de no tenerla en cuenta. Debían de rondarle la cabeza asuntos más importantes, preocupaciones graves. La lástima era que tal vez la vida no les diera muchas oportunidades como aquella, muchos periodos en que estuvieran físicamente tan cerca. Ojalá con el tiempo las circunstancias cambiaran y acabaran encontrándose.

A pesar de lo mucho que lo quería (o tal vez por ello), Vicenta fue incapaz de

obedecerlo, de acatar su voluntad de irse aquella mañana solo, sin que nadie lo despidiese. Cuando a las seis menos cuarto Germán llegó a la Torre, donde ya aguardaba la diligencia, la vio, a cierta distancia, tras el *morio* de la huerta de Raquel. Estaba casi vencida por el sueño y envuelta en una toca. Lo miraba, seria, expectante, como si quisiera transmitirle algo con los ojos. Germán sintió el impulso de acercarse. Cierto que había dicho a todos que no quería despedidas y que,

sin embargo, allí estaba ella contraviniendo su deseo. Pero se veía que no lo hacía por molestarlo, sino por un ímpetu mayor que sus fuerzas. Lo quería y ese cariño, de un modo u otro, aun contra sí mismo, conseguía conmoverlo. Si alguien se preocupaba por él como una madre, si alguien lo amaba incondicionalmente, le perdonaba sus desplantes, fueran cuales fuesen, esa era su hermana, con la que, sin embargo, era tan ingrato. Sabía que debía ir y

abrazarla. Hasta lo deseaba. Por un instante sintió que merecería la pena retrasar la partida para contarle a ella todos los pensamientos que se le agolpaban, qué había ocurrido en Sevilla para que se hundieran todos sus cimientos, qué errores había cometido antes y después de aquello, cuántas incertidumbres le esperaban al final de su viaje. Quiso dar rienda suelta a su debilidad, a la necesidad de que alguien lo protegiera, lo amparara, pero inexplicablemente —incluso

para él— no pudo hacerlo. Fue como si se viera desde un ojo gigante que sobrevolara la escena y al ojo, al yo de las alturas, le pareciera que el yo terrenal, humano, haría algo ridículo, impropio de sus años. Así que se mantuvo firme en la distancia. Limitó su despedida a una sonrisa frustrada y entró en la diligencia. No miró atrás en ningún momento. Ni siquiera cuando el coche se puso en marcha. Era incapaz de aguantar el recuerdo de su infancia, cuando dejó a

Marcelina para no verla más.
Pero en esa ocasión, como
entonces, una mujer que lo
adoraba asistió a su partida,
deshecha en lágrimas.

XV

PASAJE I. IDA

Seguramente porque en su vida se había operado un cambio fundamental, porque él se sentía diferente, transformado, envejecido como si hubieran pasado años y no meses, albergaba la esperanza de encontrar otra Sevilla. Quizá tan

cerrada y clasista como siempre, pero siquiera un punto menos rencorosa. Pronto comprobó cuánto se equivocaba. Para él las puertas de los despachos seguían cerradas y si en algo habían cambiado las circunstancias era para empeorar. De los muchos conocidos y amigos que había tenido, solo Mario Montalvo accedió a quedar con él. Ambos, al verse, se mostraron distantes, lo cual era lógico teniendo en cuenta el modo en que se habían despedido. Pero en

cuanto Germán contó que acababa de volver de Pechón, que estaba recién casado, que volvía lleno de energía para buscar trabajo, pensando ahora no ya solo en él, sino en su mujer y sus futuros hijos, una ola de compasión deshizo la frialdad de Montalvo. Mientras lo miraba, Mario recordaba la cantidad de cenáculos y conversaciones en los que había oído críticas sobre su amigo. Jamás se lo diría, pero tampoco podía alentar sus esperanzas de ejercer pronto, sabiendo que

eran vanas. Si Germán hubiera adivinado que lo que sentía su interlocutor era pena, habría vuelto a dejarlo allí, plantado en la cafetería. Pero prefirió creer que esa ligera emoción, la voz quebrada, eran consecuencia de la alegría por el reencuentro, por saber que había hallado una compañera e imaginar que se sentía feliz, siquiera en parte. En el fondo, tal vez Germán se supiera tan necesitado del único amigo que le quedaba en el oficio como para perdonarle todo,

hasta la compasión. Aunque eso jamás lo habría admitido.

Pasados unos segundos de indecisión, Montalvo optó por comentarle, sin ambages:

—La verdad, Germán, sigue estando complicado que un bufete te contrate. No es solo que persistan ciertos recelos en tu contra, sino que como la situación económica sigue agravándose desde la pérdida de las colonias, los despachos apenas contratan ni pasantes ni abogados.

Era una verdad a medias, eso lo sabían ambos. Germán se debatía entre la necesidad de insistir en que quería ejercer incluso volviendo a empezar desde abajo, por poco salario, y su resistencia a humillarse, basada en el temor de que no valdría de nada. Por eso y porque le costaba aceptar que la absurda injusticia que se cometía con él —que aún ni se explicaba— lo colocara en la posición de un pedigüeño, digno de lástima, casi sin darse cuenta, empezó a decir:

—La mía, Mario, es una apuesta vocacional, un deseo de realizarme pero también de servir a los demás, de ser útil a la sociedad. Es más eso que la estricta necesidad de dinero. Para mantenerme económicamente tengo otras opciones. De hecho, acaban de proponerme abrir y regentar un negocio. Y, la verdad, visto lo visto, no descarto aceptar ese cambio de rumbo.

Evitó, hábilmente, entrar en detalles sobre el tipo de empresa de que se

trataba y el origen del capital para ponerla en marcha. No tanto preocupado por lo que pensara Mario, sino por lo que él mismo juzgaría al oírse explicándolo.

—¡Una idea estupenda!
—exclamó Montalvo entusiasmado—. No entiendo por qué no te lanzas de inmediato. No te cerrará puertas y te mantendrá activo mientras. Sí, porque no se trata de que renuncies a ejercer definitivamente, sino de que explores otro camino y regreses al Derecho pasado

un tiempo, si entonces aún deseas hacerlo. Fue lo que te sugerí en un primer momento, por eso me alegra tanto que por fin te pares a considerarlo.

Germán se arrepintió enseguida de haber dicho aquello cuando no era cierto. En ningún momento se había planteado lo del restaurante. Solo lo dejó caer por no aguantar más aquella mirada compungida de Mario. Pero desde que apuntó tal posibilidad, Montalvo vio el cielo abierto, ya no habló de nada

más. Eso le liberaba del espinoso asunto de los bufetes, descargaba de culpa su conciencia. Estuvo divagando hora y media ante un Germán resignado. Hasta que, finalmente, se disculpó por tener una cita ineludible, se levantó, se despidió «hasta muy pronto» y se fue. Germán se quedó mirando por el ventanal. Cuando ya no pudo distinguir a su viejo amigo del resto de los transeúntes de la avenida, se dio cuenta de que la ciudad le parecía más sucia y triste que antes. Por supuesto,

podía ser una impresión subjetiva, aunque creía que no, que en efecto las consecuencias de la crisis se manifestaban crudamente en Sevilla. En la Montaña, en cambio, muchos de los que huyeron de Cuba habían invertido su capital en construir lujosas casas. Solo en Pechón había nada menos que tres: la de tía Lucía, la del Prao y la de Ramiro y Angelita. Y sobre las puertas de todas ellas lucía la inscripción del año de la pérdida de las colonias, 1898, como si no valiera

más olvidarlo. En cambio, Sevilla estaba fea, gris, desvaída. Se le ocurrió que tal vez le asustara ignorar qué esperaba de ella la historia, ahora que el capítulo americano se había cerrado. Si fuera humana, estaría tan desconcertada como él, cuya afligida cara se reflejaba en el cristal superpuesta a la gran arteria. Era el rostro de la decepción, tras el primer envite del segundo asalto. Qué ingenuo había sido, nada había variado. Tenía que buscar otras salidas.

Para empezar, se imponía ir a Cádiz a informar a su padre de que se había casado. A él y a Braulio. Se le hacía cuesta arriba. Por motivos distintos, temía hablar con ambos. Cuando se imaginaba ante Ramón revivía el anuncio de su boda con Amalia. Le avergonzaba sentir que había reeditado el episodio de contraer matrimonio por miedo a quedarse solo. Y también le dolía haber suplantado a Braulio en la realización de un sueño suyo, que él le contó. ¿Cómo

les explicaría lo ocurrido?

Por suerte para él, Ramón y Braulio eran más condescendientes con las debilidades de lo que él fue nunca. Se sorprendieron con la noticia, sí, pero enseguida lo felicitaron con sincera alegría. En días sucesivos Germán se dio el infrecuente lujo de desahogarse confesándoles por separado lo preocupado que estaba ante la falta de perspectivas laborales. De regreso en Sevilla —les refirió— había sondeado a su más íntimo colega, había hecho

gestiones ante varios bufetes y todo indicaba que allí sería complicado —si no imposible— volver a ejercer. Braulio y Ramón se preguntaban —cada uno por su lado— si no estaría Germán, como otras veces, siendo demasiado negativo, exagerando. Pero aun así le apuntaron que quizá fuera buena idea buscar trabajo en Cádiz o bien ampliar la lista de ocupaciones que estaría dispuesto a desempeñar en cualquiera de las dos ciudades. La fe en él que transmitían, la admiración

que profesaban a sus conocimientos, al título que los avalaba, animó a Germán a retomar sus pesquisas. Pero pasaron días, semanas, meses y su esfuerzo fue en balde.

Al regreso de una de sus idas y venidas desde Sevilla, le esperaba en la carbonería una carta de Pechón. Era de su suegro, y en ella le daba una noticia para la que no se sintió preparado: Berta estaba embarazada. Una ola de calor lo recorrió. Sin solución de continuidad —

aunque fingiendo que no estaba relacionado— el tío se interesaba por si había encontrado ya trabajo. De no ser así, le recordaba que él seguía muy interesado en montar el restaurante y le rogaba que considerara ayudarlo.

Germán tuvo que leer varias veces la carta para asimilarla. Después de experimentar cierto vértigo logró identificar la causa de su malestar: una mezcla de responsabilidad y rubor. Ahí estaba él, un hombre hecho y derecho al que anunciaban

que iba a ser padre, teniendo que confesar que carecía de medios para afrontarlo. Ramón adivinó lo que le pasaba pero fue incapaz de dar con palabras que lo animaran. ¿Qué podría decir? ¿Que no se preocupara? ¿Que saldrían adelante? ¿Que no les faltaría el sustento? ¿Y eso qué arreglaría? ¿Repararía la injusticia que se había cometido con su hijo? Él era el mejor testigo de cómo había luchado para abrirse camino. Y sin embargo, ahí estaba el pobre, sin más

horizonte que su punto de partida: la carbonería. Entonces Germán empezó a hablar, más dialogando consigo que con su padre:

—Tal vez sea buena idea aceptar la oferta del tío Juan y montar el restaurante. No me voy a engañar, no es la ilusión de mi vida, pero ¿tengo otra opción? Será algo provisional hasta que cambien las tornas, una ocasión de demostrar que soy un hombre trabajador, capaz de mantener a mi familia, no un inútil soñador con la cabeza llena de

pájaros.

A Ramón le dolió escucharlo. Él, que había tardado en entender el deseo de estudiar de su hijo, no podía creer que ahora fuera a rendirse. Por eso, con aquella voz suya, baja, insegura, se atrevió a sugerir:

—¿No podrías pedir al tío, en el telegrama que le mandes, que te preste el dinero, en vez de para montar un restaurante, para abrir un bufete?

Germán no lo había pensado. De hecho, no había

caído en que su suegro aguardaría una respuesta a vuelta de correo, prácticamente. Unas líneas que transmitieran satisfacción por la buena nueva de la gestación, seguidas de las que informarían sobre cómo pensaba mantener al hijo cuya llegada se anunciaba. Tenía que tomar una decisión y rápido. Podía seguir empeñándose en buscar empleo de abogado, pero ¿a dónde le llevaría eso, puesto que no dependía de él? Tal vez encontrara

algo al día siguiente o nunca. ¿Podía confiar el alimento de tres bocas a una opción tan incierta? La respuesta era no. Su suegro le ofrecía una salida digna. Fingía incluso que él le haría un favor si aceptaba. ¿Por qué le costaba tanto dar el paso? ¿Solo porque el trabajo no le gustaba? ¿O porque suponía asumir que sus aspiraciones habían quedado frustradas? No había más salida, salvo la que sugería su padre. Pero debía desecharla. No cabía duda de que tenía ventajas,

la mayor, que le hacía feliz, estimulaba sus nervios, le infundía ganas de vivir y trabajar como un poseso. Pero además es que de lo que él sabía era de Derecho, en ese campo era donde podría ser más productivo. Había sido un buen estudiante, mejor profesional, volvería a ganar pleitos y el boca a boca de sus clientes vencería sobre los infundios y maledicencias de los del oficio. Desde luego, un despacho rara vez era una mina de oro, pero podía

confiar en que pasado un plazo razonable habría ahorrado lo suficiente para devolver el préstamo a su suegro de modo que pudiera montar su restaurante. Sin embargo, solo pensar en plasmar esa petición por escrito le hacía temblar de vergüenza.

«¿Cómo me atrevería yo, que estoy sin *una chica*, a pedir dinero al tío, que, conociendo mi miseria, ha accedido a darme la mano de Berta? ¿Cómo, más aún, le pediría que renunciara a su sueño para realizar yo el

mío? No puedo.»

Sabía que se había jurado no volver a ser cobarde, pero esto no era cobardía, sino responsabilidad, dignidad, amor propio —se decía—. No estaba en disposición de pedir favores. Por una vez tenía que ver las cosas sin vendas. Lo suyo era callar y aceptar lo que se le daba, quedando además muy agradecido por el gesto. En su mano estaba administrar bien el dinero que le ofrecían y poner en pie un negocio próspero. Si lo

lograba, si demostraba todo lo que tenía por demostrar, tiempo tendría él de ahorrar, como su tío, e invertirlo luego en lo que quisiera, en su bufete, por ejemplo. Sí, era lo más razonable. No lo que deseaba, pero lo sensato. Sabía que su padre hablaba pensando en su felicidad. Se lo agradecía, pero ahora que él sería padre, estaba obligado a pensar a su vez en el bienestar de su hijo y no quería imaginar qué ocurriría si apostaba por su capricho, si invertía el capital del abuelo de aquel

niño aún no nacido en un bufete de dudoso futuro y lo acababa perdiendo. No, tenía que ser juicioso. Quería creer que eso no supondría renunciar a sus proyectos, solo postergarlos. Así que no debía hacer ningún drama, sino asumir la realidad y, a partir de ahí, seguir luchando.

Ramón, haciendo acopio de todo el arrojo que tenía, que era poco, osó insistir casi en un murmullo:

—Al señor Eliseo le gustaría que siguieras ejerciendo.

Su hijo se quedó estupefacto.

—¿Has recibido carta suya? ¿Ha escrito? —le preguntó, de pronto pálido, y como vio que su padre negaba, siguió—: ¿Quién sabe dónde estará? ¿Qué pensaría de esto? Incluso si estará vivo o muerto.

—No digas eso, hijo — le contestó Ramón, que alzó los ojos y la voz.

—Bueno, dejémoslo — zanjó la cuestión.

Así, defraudado en sus expectativas, pero decidido a demostrar que era capaz de

ganarse la vida, afrontó Germán el comienzo de siglo, ese año 1901 en que nacería su primer hijo y él entraría en la década de los treinta. Desde el momento en que se puso a las órdenes de su tío estuvo esperando ansioso a que estas llegaran. Lo primero que le pidió tío Juan fue que se mudara a Sevilla y buscara en el centro un local grande. A ser posible, estaba interesado en comprar un inmueble entero. En el bajo abriría el restaurante, que debía tener al menos dos partes: de un

lado, el café-bar, con veladores pequeños ante una barra larga, y de otro, uno o varios salones para convites, cenas y almuerzos. Por supuesto, necesitarían espacio para una cocina amplia y sería preciso destinar, además, un área generosa para almacén. Y arriba dispondrían de una vivienda que, en el futuro, sería el hogar de Germán, Berta y los hijos que tuvieran.

Por el dinero no había que preocuparse. Contaba con un presupuesto holgado.

El tío no cuestionaría la elección que él hiciera, aunque, eso sí, antes de autorizar el pago esperaba recibir una descripción de la finca que incluyera el número de metros, su ubicación y el resto de los datos esenciales. Germán era consciente de la responsabilidad que asumía y por eso estaba decidido a no precipitarse. Existían varias zonas céntricas que le gustaban, aunque sentía predilección por la Encarnación y sus alrededores. En la misma plaza visitó una

casa que estaba bien, aunque tal vez fuera demasiado angosta. Hubo otra que le pareció mejor en la Alfalfa, pero que no valía lo que pedían. Así, un día tras otro, recorrió la ciudad como si no fuera él, sino un detective, o alguien que realmente iba a abrir un restaurante. Una mañana se topó de bruces con quien menos esperaba. Fue en una de esas bocacalles de Cabeza del rey don Pedro, tan estrechas que es imposible cruzarse con otro viandante sin rozarlo. Los

dos pararon y se miraron tomándose su tiempo antes de empezar a hablar.

—Buenos días —dijo Germán sin atreverse a elegir entre sus dos nombres, aunque su cabeza descartara el de Aurelia.

—Hola, Germán —le contestó ella.

—Os hacía en Tánger —justificó él su cara de asombro. Sentía el pulso desbocado e intentó controlarlo respirando despacio.

—Hasta ahora hemos estado en Madrid —se

explicó Leticia—. Pablo acaba de marcharse a Marruecos y cuando todo esté allí organizado, iremos y vendremos, creo.

—Qué interesante, me alegro —afirmó él queriendo ser sincero y, sin embargo, mintiendo.

—He oído que... —empezó ella sin atreverse a seguir.

—¿Sí?

—Mario nos contó que te has casado —terminó diciendo.

—Sí. Acabo de saber, además, que voy a ser padre.

—Ah —se turbó ella un segundo.

—Puedes informar tú a Mario, pues yo no he vuelto a verlo después de ese día. En realidad, hace bastante tiempo —señaló él resentido.

—Hay entonces dos razones para felicitarte —dijo Leticia cuando logró reaccionar.

—Sí, gracias —le contestó Germán.

—Él... —volvió a forcejear Leticia con una frase.

—¿Quién?

—Mario. Dijo algo sobre... un negocio.

—Es un restaurante. Justo ahora ando buscando el local donde montarlo. Si supieras de algún establecimiento interesante que se traspase, si pudieras aconsejarme...

—Germán —lo interrumpió ella entonces.

—¿Sí?

—¿No ejercerás? —se lo preguntó preocupada de verdad.

—¿Mario no te ha puesto al tanto de lo que ha pasado? Seguro que a Pablo

sí se lo ha contado —
apostilló Germán sarcástico.

—Por supuesto que nos
lo dijo. Pablo y yo lo hemos
comentado y, si tú quieres,
podemos tratar de buscar la
manera de...

—No sigas —le ordenó
él.

—¿Qué?

—No quiero
escucharlo.

—Pero si no sabes lo
que es —insistió Leticia.

—No quiero ni
imaginarlo. Sé que no me va
a gustar.

—Pero no puedes dejar

el Derecho. —Ella intentó que su voz transmitiera respaldo, comprensión, ánimo, afán de protección.

—No soy yo quien lo deja —se revolvió Germán—. En todo caso, sea como sea, ahora tengo otras preocupaciones en la cabeza. Quizá lo comprendas cuando... —Su vista súbitamente bajó al vientre de Leticia y ella, que se dio cuenta, le contestó indignada.

—No todas tenemos la misma facilidad. —La frase y la ferocidad con que le

clavó los ojos hicieron que él fuera incapaz de sostenerle la mirada y que, por primera vez en la conversación, flaquease.

—En todo caso, gracias por preocuparte —volvió Germán, cáustico, al tema previo—. Es amable por tu parte, pero comprende que no es plato de gusto aceptar la caridad de nadie.

—Germán, mírame, ¿me ves? ¿Eres capaz de hablarme así? ¿A mí? ¿No sabes cuánto te respeto, cuánto te admiro, cuánto te...? ¿No te lo he dicho

nunca? ¿No te lo he escrito?
¿Lo has olvidado todo?

Viendo que él no solo no le contestaba, sino que esquivaba sus ojos y mantenía una especie de expresión neutra, muerta, ella siguió:

—Bien, se acabó, no lo vas a luchar, te has rendido ya, ¿no? —constató.

—Sigue hablando, Leticia —saltó él—, escúpeme a la cara todo lo que piensas, ¿qué soy? ¿Un achantado, un cobarde? ¿Crees que no he luchado lo bastante? ¿Y tú qué sabes?

¿Dónde estabas tú cuando todo pasó? ¿Dónde has estado hasta hoy? ¿Dónde habrías seguido estando si el azar no nos hubiera cruzado? ¿Cómo podrías tú ayudarme si no te hubieras casado con Pablo, si siguieras siendo una soltera vendedora de pieles en la tienda? Tú también elegiste. ¿Era este tu sueño? ¿De qué manera ejerces tú el Derecho? A la sombra de Pablo, haciéndole a él los informes, ¿no es eso? Tú también merecías otra cosa. No sé cómo estás tan segura

de poder salvar a nadie, cuando tú... ¿Sabe él lo que querías de la vida, lo que soñabas, lo que te emocionaba, con lo que vibrabas?

—¡Cállate! —lo paró.

Los dos enmudecieron. Vieron que alguien se había asomado a una ventana cercana a escucharlos. Estuvieron tentados de dar el encuentro por terminado e irse cada uno por su lado, pero ella tenía claro que no iba a permitir que aquellas fueran las últimas palabras que resonaran en su cabeza.

Con la autoridad que siempre había ejercido sobre Germán, incluso sin necesidad de hablar, lo conminó a dar dos o tres pasos adelante. Luego, en voz ostensiblemente más baja, acercándose a él para asegurarse de que no se perdía el menor matiz, le dijo:

—Es la última vez que me hablas así. No te atrevas a insinuar que hay cosas de mí que Pablo no sabe. Él lo conoce todo. No te atrevas a juzgarnos, a juzgarme. Ni en tu más recóndito

pensamiento. No me da el menor miedo ser sincera. ¿Quieres la verdad? ¿La soportarás? Sí, creo que eres un cobarde, creo que podrías y deberías luchar más. Pero admito la posibilidad de equivocarme. De hecho, escuchándote parece que no me conozcas, que no sepas quién soy, así que quizá yo tampoco te conozca a ti. Tal vez te he confundido con un amigo del pasado. Sea quien usted sea, señor, buena suerte en su camino.

Con aquella frase dejó Leticia atrás a Germán.

Inmóvil, viéndola alejarse
aprisa, casi correr,
desaparecer. Sentía dolor
por haberla tenido cerca
después de tanto y haber
malogrado la más mínima
opción de restañar su
complicidad, por haber sido
incapaz de retenerla de
alguna manera. Si ella se
mostraba tan enfadada y
decepcionada, si también
sufría como sus ojos
delataban, solo podía ser
porque aún lo amaba. Pero
qué podrían hacer los dos
con aquel amor. ¿Se
conformaría él con las

palabras o miradas que ella le tendiera, como migajas? ¿Acaso estaba él, casado y a la espera de un bebé, en disposición de dar más? Ahora ya —se dijo— cualquier relación con Leticia estaría marcada por la frustración. Así que se ordenó ahogar cualquier fantasía de amistad, olvidarse de ella, luchar a muerte por hacer esa decisión realidad. Protegerse.

Convencido hacía años de los efectos terapéuticos de la actividad, Germán

siguió inmediatamente la búsqueda que lo había llevado a la calle tan temprano. Y aunque ese día y los siguientes se sintió más torpe, más lento, con la cabeza presta a dar vueltas estériles, perseveró en recorrer el centro palmo a palmo, escudriñándolo. Hasta que una tarde que había dedicado al Arenal, regresando en dirección al Ayuntamiento, Compás de la Laguna abajo, vio de lejos un cartel de venta. Pendía de la fachada de una casa en la calle Tintores, nombre muy

similar, curiosamente, al de Tintes, donde estaba en Cádiz la carbonería de su padre. Al acercarse comprobó que el inmueble daba también a Fernández y González y que, por un extraño recodo, hacía esquina con la plaza de San Fernando, en ese tramo de la avenida de la Catedral que se conocía tanto por Génova como por Cánovas, desde que a este lo asesinaron. El lugar era inmejorable, pegado al Ayuntamiento, próximo a la Giralda. Por desgracia, dado como

estaban los precios, temía que se saliera del presupuesto. Justo entonces abrió la puerta un señor gordo, sin resuello. Había ido precisamente a poner el letrero de venta, donde se consignaba que los interesados podían dar razón en la casa de modas de la acera de enfrente. La regentaba su cuñada, quien, como su mujer y las otras cuatro hermanas, acababa de heredar la casa de su padre, viudo centenario. Todas habrían querido conservar la propiedad, pero ninguna

tenía recursos para comprar a las demás su parte. De modo que se acordó vender y resolver la herencia.

El caballero acompañó a Germán por el inmueble. Era precioso, sobre todo el bajo, que había ocupado la oficina de farmacia. Lo que más le gustó a Germán fue el escaparate y la portezuela que daban a la plaza. Obviamente, tendría que consultar la normativa, pero, a bote pronto, se le ocurría ampliar y potenciar esa entrada. Un restaurante con fachada a dos calles, dando

en la esquina a la mismísima plaza de San Fernando, era una maravilla. Los techos, además, eran altos y a ellos ascendían elegantes pilares de hierro forjado. El espacio de la rebotica le pareció ideal para la cocina y contaba ya con una división para el almacén. El edificio tenía asimismo un acceso independiente a la vivienda. Aquella era, a ojos vistas, la mejor opción que había encontrado. También la más cara, pero creía que merecía la pena. El buen estado ahorraría tiempo y dinero de

reformas e incluso si llevaba bien la negociación, tenía la impresión de que podría lograr una rebaja. Desde luego, no cabía precipitarse ni demostrar excesivo interés. Por eso acordó con Domingo Gómez —que así se llamaba el hombre— que se informaría de la situación registral y las posibles cargas de la finca, así como de las opciones que tenía de adaptar el bajo a su negocio y, solo pasada una semana, le contestaría. Tal vez entusiasmado por encontrar un interesado en comprar

segundos después de poner el cartel, quizá persuadido de que Germán era un hombre formal, Gómez se comprometió a no vender la finca a nadie antes del jueves, aunque sin cerrarse las puertas en lo referente a seguir enseñando la casa y escuchando ofertas. Lo cual fue irrelevante, pues nadie pidió precio en los siete días siguientes.

En cuanto Germán se cercioró de que la finca estaba libre de gravámenes y era posible aprovechar las posibilidades de la esquina,

informó a su tío, le aconsejó la compra y este la autorizó. En menos de un mes se había formalizado la adquisición ante notario y Germán puso en marcha tres líneas de trabajo: por una parte, la contratación de la cuadrilla llamada a hacer las reformas; por otra, la tramitación de los permisos y licencias de obra y apertura del restaurante; y por último la búsqueda de los primeros empleados que formarían su equipo, fundamentalmente del jefe de sala y el chef.

El tiempo voló mientras Germán se ocupaba de impulsar las mejoras. El local sufrió un cambio extraordinario. Ganó luz y presencia con la ampliación de los ventanales y la puerta a la plaza de San Fernando. Esta se convirtió en un elemento clave, pues era giratoria, algo insólito entonces. En la zona que antes correspondía a la farmacia y que era ahora el café-bar, el suelo se mantuvo de mármol blanco, solo que pulimentado al máximo, y en el restaurante

y los reservados se colocaron solerías hidráulicas. El tercio bajo de las paredes se revistió de madera de caoba a juego con el mostrador, los portajes y cerramientos; y los dos tercios restantes se pintaron con un estuco color cárabe que casaba a la perfección con las lámparas de alabastro.

Con ayuda de los primeros miembros del personal contratado, Germán compró el mobiliario y el menaje, empezando por los muebles y avíos necesarios

para la cocina, pasando por los veladores, las mesas y las sillas y llegando a los percheros, paragüeros, espejos, vajillas, cuberterías, cristalerías, juegos de café e incluso licoreras y cajas de plata repujada para guardar los cigarros y los puros habanos. El tío Juan le insistía, con fervor, en cada carta, en que no descuidara ningún detalle. Conservaba en su mente la imagen de los preciosos restaurantes cubanos y quería con toda el alma que el suyo estuviera a la altura de su memoria. De

hecho, iba a llamarlo Pasaje Atlántico, en homenaje a su preferido de La Habana. Consideraba además que el nombre de «pasaje» sería de lo más apropiado dado que realmente el establecimiento comunicaba dos calles. En su opinión, había que lograr que la gente acortara camino a través del local, pues, inevitablemente, el intenso aroma del café recién colado o el reclamo de los expositores cilíndricos rebosantes de espumosas tartas les incitarían a tomar algo. Y una vez que pidieran

había que conseguir satisfacerlos. Incluso si se limitaban a un café solo, había que servirlo acompañado de una pasta o una chocolatina y en la más delicada taza de porcelana. Pequeñas cortesías como esas, junto a la atmósfera del local, que había que lograr que fuera ligeramente sofisticada e intelectual, aunque de un modo alegre y natural, nada pretencioso, serían la clave del éxito. Por supuesto, la calidad de la cocina y los vinos era, como en todo restaurante, lo

esencial. De ahí que hubiera que mimar tanto la selección de los productos, como la de quienes iban a prepararlos. Pero también lo accesorio era relevante. Había que tener, por ejemplo, un repertorio de periódicos nacionales y extranjeros a disposición de los clientes. Hacerlo implicaba un coste diario que a final de semana, mes y año sumaría un buen montante. Pero compensaría, pues atraería al local a una clientela de profesionales liberales, con dinero y contactos, que harían del

lugar su segunda casa o, más exactamente, un espacio intermedio entre la oficina y el domicilio, donde quedar con colegas para discutir temas de trabajo o divagar durante horas interminables con la vana ilusión de arreglar el mundo.

Al tío le parecía incluso necesario comprar una pianola, como la que había en el original Pasaje Atlántico. Germán no había visto ninguna y no tenía una idea exacta de qué se trataba, pero a partir de sus indicaciones y con la ayuda

del dueño de la tienda de instrumentos Gutiérrez Alba, localizó una en Madrid. Era cara, pero su tío le instó a adquirirla convencido de que, junto a la puerta giratoria, ejercería la atracción de la novelería. Suegro y yerno trataban asuntos como este en las cartas que día sí, día no, se enviaban. En ellas lo relativo al embarazo de Norberta se despachaba con un escueto «sigue todo bien» o «espero que todo siga bien», según quien escribiera. Germán había hecho un par de

intentos de informarse directamente por ella. Nada más conocer la noticia le mandó una larga misiva, seguida de una segunda también detallada al cabo de pocos días. Si no le había escrito antes fue porque habiendo sido la comunicación cara a cara entre ellos tan frustrante, temía que el intercambio epistolar tampoco funcionase. En efecto, las dos respuestas que recibió de Berta confirmaron sus temores. Eran breves y elusivas sin que él llegara a

saber si de forma premeditada o porque ella, como denotaban la sintaxis parca y sus faltas ortográficas, tenía dificultad para redactar. Germán tardó en volver a animarse a escribir a su mujer y entretanto siguió la evolución del embarazo a través de las mínimas alusiones que incluía su suegro en sus escritos.

En uno de ellos, tío Juan anunció que él mismo esperaba otro vástago. En efecto, Celedonia estaba casi del mismo tiempo que su

hija, un hecho fortuito que a Berta le servía para sentirse más acompañada y tranquila. Desde luego, las circunstancias de ambas eran distintas: la una estaba esperando su sexto hijo mientras que la otra era primeriza; la primera contaba con su marido cerca y la segunda lo tenía en Sevilla. A Norberta no era eso lo que le extrañaba, ella misma había nacido estando su padre en La Habana. Pero Juan y Celedonia llevaban, cuando él se marchó, varios años casados y tenían ya tres

hijos. Habían compartido la alegría y asombro de los primeros embarazos y partos. La relación que ella y su primo tenían no era comparable. En su recuerdo Germán llegó, la eligió, la fecundó y desapareció. Si no fuera por las dos cartas que le había mandado hablando del restaurante, diciendo que, en algún momento, ella y el niño se trasladarían a Sevilla, habría tenido la impresión de que todo era mentira, de que él no existía, era una alucinación. De no haber sido por eso, y

también porque llevaba dentro la evidencia de su ser. De hecho, en los últimos días hasta sentía que se movía.

El tío Juan propuso a Germán que el local se inaugurara en septiembre. La vida retomaba su curso tras el verano: los profesionales hacían planes, los centros de enseñanza abrían sus puertas, los tribunales, el consistorio y demás instituciones se ponían en marcha. El calendario dictaba que, ese año, el día uno caía en lunes,

sin embargo, a tío Juan le parecía que la fiesta se debería celebrar la noche del jueves. Invitarían a todo el que fuera alguien en la ciudad, con especial atención al colectivo de montañeses. Las tres primeras jornadas del mes, el restaurante debía estar listo e iluminado como si funcionara y en todos los escaparates se colgarían carteles con el anuncio de la celebración y el de apertura general a la mañana siguiente.

Dos semanas antes de

que el gran día llegase, Germán estaba precisamente abonando al impresor el material (afiches, invitaciones, sobres), cuando el jefe de sala del Pasaje acudió corriendo a buscarlo con un telegrama. Sintió un escalofrío justo al alargar la mano y aún estaba aturdido cuando leyó:

NACIDO HIJA
LETICIA. ELLA Y
MADRE BIEN.

ENHORABUENA.

En su mente resonó el nombre de la niña. Tenía un hijo en el mundo, una hija, Leticia. Había cometido la osadía de pedir a Berta que la llamara así y ella había cumplido su compromiso. Ahora le apuraba imaginar que le hubieran preguntado por qué Leticia y que ella hubiera explicado que era cosa de él. Y se planteaba por primera vez cómo sería pronunciar ese nombre ya toda la vida. No había marcha atrás. Y lo

importante, después de todo, era que la pequeña y Berta estaban salvas y sanas.

Lo que su suegro no le contó fue que la misma noche en que Berta rompió aguas, también Celedonia se puso de parto. Pasaron varias horas acostadas, en el mismo dormitorio, en camas casi pegadas y auxiliadas por hermanas, primas y tías. Para Berta fue casi una bendición no verse sola en el trance. Aunque su madre no estaba para dar consejos y se concentraba en su propia tarea de ayudar a nacer a su

nuevo hijo, ella la miraba e imitaba, controlando los nervios y el dolor de las contracciones y gracias a ello colaboraba en el parto mejor que cualquier inexperta. A Celedonia le llegó antes el momento de alumbrar. Berta, que ya para entonces sentía las contracciones muy seguidas, comprobó con alivio que su madre sufría menos de lo que ella esperaba. No emitió un solo grito, se quejó apenas, con gemidos ahogados y solo gruñó por el esfuerzo de la expulsión.

Después de unos segundos tensos, nació al fin la pequeña envuelta en una capa de sangre y grasa. Era una niña chiquitina que traía mucha hambre y buscó de inmediato los pechos de Celedonia. Esta reclamó que se la dieran, se la acercó y la recién nacida se calmó al mamar, aunque, por supuesto, no extrajera leche por más que succionara.

Presenciar aquel milagro animó a Berta ante la inminente experiencia. Su madre, agotada por el esfuerzo y con la pequeña

asida a ella, tuvo fuerzas para incorporarse ligeramente y agarrarle la mano cuando llegó lo más complicado. Era la hora de empujar, tenía que hacerlo justo ya. Había empezado a asomar la coronilla, se requería solo un último impulso. Estaba casi fuera, pero para acabar de salir aún necesitaba que Berta la ayudara. En aquel universo femenino se deslizó el pronombre que daba por hecho que quien trataba de llegar al mundo era otra niña. Un pronombre

profético, pues en efecto lo fue.

—¿Está todo bien?
Dádmela, por favor —rogó
Norberta.

—Espera un momento,
a ver, ten —contestó su tía al
terminar de anudar el
ombligo de la recién nacida.

—Mi niña preciosa.
Ven conmigo, hija. Leticia.

La experiencia de aquel nacimiento fue radicalmente distinta para Germán y Norberta. Ella supo que jamás sentiría una felicidad tan desbordante, ni tendría una percepción tan nítida de

la clave de la existencia. La
suya había merecido la pena
solo por el placer que
experimentaba en este
instante. Era como si por su
exclusiva voluntad el mundo
se hubiera detenido y el
tiempo en suspenso le diera
la oportunidad de disfrutar
contemplando, oliendo,
acariciando, sin prisa, aquel
diminuto pedazo de carne
palpitante, su niña. No había
nadie en aquella habitación
repleta. Nadie más que ella y
su preciosa hija, que la
miraba como si ella también
entendiera que estaban solas

en la vida. No se escuchaba un ruido en el jaleo. Ambas se hallaban dentro de una campana de cristal, en medio del mundo y separadas del resto. Berta no pensó en Germán un instante. La niña ni se le parecía. Él tampoco pensó en ellas aquella noche, pues solo al día siguiente conocería la noticia.

Tampoco el tío Juan, por más que estuviera en la habitación de al lado, se implicó en los partos. Aguardó despierto hasta que le informaron de que habían acabado y entonces se

acostó. En el duermevela que antecedió a su sueño pensó que era una contrariedad tener que retrasar su viaje a Sevilla, ahora que dos de las mujeres de la casa convalecerían. En cuanto se repusieran —se prometió a sí mismo—, iría y comprobaría si todo era como había imaginado. Entretanto, al día siguiente, mandaría un telegrama a su yerno avisándole de que había sido padre.

Semanas después, pocas horas antes de que se inaugurara el Pasaje, el tío

mandó un nuevo cable, esta vez para desear suerte en la apertura. Al leer el texto, Germán sintió el modesto alivio de saber que sus nervios eran compartidos, que formaban un equipo, él y su tío, que estaban unidos en aquel proyecto, deseando ambos que el barco llegara a buen puerto. La fiesta de inauguración fue todo un éxito, pero él no se engañaba, eso no significaba nada. Cualquiera está dispuesto a acudir a un ágape en un espacio hermoso, céntrico, con

música y, sobre todo, invitación a comida y bebida. La primera gran prueba sería al día siguiente, cuando la vida real llegara al restaurante.

La mañana del viernes 5 de septiembre de 1901, Germán se despertó al alba pese a haber trasnochado supervisando la limpieza del suelo, los cristales, las mesas y ayudando él mismo a ordenar y recoger. Una vez arreglado, vestido, afeitado y perfumado, bajó y se puso al frente del personal, cuyos uniformes immaculados y

caras lozanas desmentían que también ellos hubieran estado trabajando la víspera hasta bien entrada la madrugada. Tomando distancia y actuando como si fuera el primero de los clientes, ordenó ciertos retoques y dio otros él, como cambiar unos milímetros la disposición de los violeteros, ceniceros y servilleteros de los veladores. Justo antes de levantar el cierre, recordó que su suegro debía estar en aquel momento conteniendo la respiración, como él. Sí, aguantaba el aire, trataba de

controlar sus latidos, mientras no podía dejar de preguntarse cuánto tendría que esperar a que por fin algún viandante aminorara el paso y entrara en el establecimiento. Fue sorprendente comprobar con qué naturalidad empezaron a llegar clientes y a apropiarse del espacio. Se dirigían a la barra decididos, hablando unos con otros y, una vez allí, hojeaban la prensa a la espera de que les sirvieran lo que habían solicitado. Otros se sentaban mientras en las mesas, preferentemente en

primera línea de cristalera y echaban un vistazo a la avenida o a la plaza de San Fernando durante el breve instante en que aún no los atendían. La gente se apresuró a dar vida y sentido al restaurante y antes de que acabara el día parecía que el Pasaje Atlántico existía desde un remoto pasado.

Berta, cosa curiosa, albergaba un sentimiento similar con respecto a su recién nacida. Solo veinticuatro horas después de ver su carita no recordaba cómo era antes su vida.

Ahora la niña estaba permanentemente pegada a su cuerpo. Mamaba tantas veces que no se paraba a contarlas. Incluso por la noche lo hacía sin que ella se percatara, pues la acostaba a su lado y le dejaba el pecho cerca y accesible para que sola lo encontrara. No comprendía cómo su marido no se moría de ganas de conocerla. Había vuelto a enviar dos o tres cartas, pero en ninguna anunciaba que fuera a ir a visitarlas. Parecía entregado a la puesta en marcha del

negocio de su padre. Y ante aquellas circunstancias, Berta experimentaba sensaciones contradictorias. De un lado, sentía hacia su primo el mayor agradecimiento que cabía, por haberle dado aquella linda personita, y al tiempo le parecía que no estar loco por ver sus ojos, su boca, no dejarlo todo por coger en brazos a su niña preciosa era un imperdonable menosprecio hacia la pequeña.

No es que Germán no pensara en Berta y la niña,

sino que tan lejos, e inmerso como estaba en sacar adelante el restaurante, se le aparecían envueltas en la nebulosa de un sueño, en una estampa tan irreal y desvaída como esas otras en que él era un abogado que, por la mañana, iba a los tribunales y por la tarde preparaba los casos en el despacho. Su realidad era la del muy atareado gestor de un restaurante, con bastante aceptación y una caja más que razonable. Atendía a decenas, cientos de clientes entre los que incluso había

viejos colegas, de esos que en el pasado le retiraron el saludo. Hoy, sin embargo, ¡cualquiera lo diría!, se dirigían a él de forma hasta amigable, le ponderaban las virtudes del local, aplaudían su iniciativa. Algunos —¡los hay osados!— se atrevían a decirle que él sí que sabía de la vida, que ellos también soñaban con dejar la abogacía, con no trabajar para otros y dedicarse a hacer dinero.

—¡Menos responsabilidades y más cuartos!

Esa era la frase que resumía su filosofía y ante la cual Germán tenía que contenerse, mucho, para no contestarles. Tal vez era lo que pretendían, provocarlo, a sabiendas de que solía entrar a todos los trapos. Pero estaba escarmentado. Ya no era el joven sin dobleces de antes. Había aprendido a comportarse con la hipocresía que el mundo requiere, ¡exige! Aunque le costaba. Seguía sin tolerar el sabor amargo, bilioso, que le subía desde el esófago cada vez que tenía que sonreír sin

ganas, que morderse la lengua. Le daba asco, pero se aguantaba. Fundamentalmente porque, por ilusorias que sus figuras se le presentaran, sabía —y era una de las poquísimas certezas de su vida— que dos mujeres dependían de él, Berta y la niña.

Al bar iba, desde luego, gente que Germán conocía, en persona y de vista, pero quienes habían sido sus íntimos jamás entraron. A Leticia no volvió a verla desde la mañana aquella en que se la encontró por

sorpresa. Le costaba creer que aquella amarga despedida fuera la definitiva, pero ¿podría ser de otra manera? ¿Acaso no hizo ella hincapié en que no tenía secretos para Pablo? ¿Cómo entonces iba este a aceptar que reconstruyeran la amistad? ¿O acaso él lo entendió todo mal, se volvió a equivocar? Quizá debería buscarla, enterarse en casa de sus padres de cuándo tenían prevista la próxima visita, y acercarse entonces a disculparse, por el tono, por los modos, porque había

maneras de decir las cosas y cosas que no debían ser dichas de ninguna forma. Pero las semanas fueron pasando sin que él encontrara el momento. Pablo, por descontado, tampoco fue jamás al Pasaje. Más raro era que no lo hicieran Enrique, Ricardo, ni Mario. A este, de hecho, Germán no llegó a atisbarlo ni en la calle de lejos, como sí le ocurrió con los otros dos. Y aunque echaba de menos las conversaciones con ellos, también les agradecía que no le

sorprendieran cruzando aquella puerta giratoria y se hicieran a un lado en aquel capítulo de su historia que aún le costaba asimilar.

El tío Juan no pidió jamás cuentas sobre la marcha del local, aunque se sintió muy satisfecho con las que Germán por su propia iniciativa y desde el principio le fue rindiendo. Estuvo el hombre deseando durante meses ir a Sevilla, pero hasta que no pasó un año le resultó imposible. Cuando por fin entró en el restaurante, la emoción le

embargó. Era, de largo, el más bonito que había pisado y era suyo. Llevaba el nombre que él había querido, tenía los muebles que había soñado y todo gracias a su hijo político. En aquella visita le extrañó que este no le planteara su deseo de viajar pronto a Pechón para conocer a su hija. Él, por supuesto, le habló de ella, de lo linda que era, de lo contenta que hacía sentir a Berta. Pero no insistió en la conveniencia de que fuera a verlas, pues al ser no solo su tío y suegro, sino también su

patrón, temía que sintiera que lo estaba coaccionando. El caso fue que después de que tío Juan regresó a la aldea aún pasaron tres años hasta que Germán volvió.

En todo aquel tiempo se dedicó a convertir en lugar de moda aquel Pasaje Atlántico que, a pesar suyo, empezó a conocerse como *Pasaje don Germán*. Y a leer, a leer muchísimo, sobre todo a sus coetáneos Unamuno, Baroja, Ortega y Gasset, Benavente, Azorín, Blasco Ibáñez, Valle-Inclán. Rara vez salía, alternaba, se

relacionaba con alguien más que clientes y empleados del bar y en esos casos era con otros comerciantes montañeses, la mayor parte parientes. Tampoco mantuvo Germán, esos años, ninguna relación. Hizo de la infidelidad un anatema. Sin juzgar a los demás, se negó a sí mismo esa libertad. En un plano consciente, porque pese a los muchos años que habían pasado, aún sentía viva la ira que, de niño, le había causado el romance de su padre. No soportaría —se decía— deshonar a Berta

como Ramón deshonoró a Marcelina y menos infligir a su hija la misma herida que él tenía abierta todavía. Existía otra razón silente: su fidelidad a su amor espectral. Convocando a esa mujer, inolvidable, altiva y frágil, digna y vulnerable en la última imagen que de ella conservaba, la de su discusión en la calle, obraba el milagro de revivirla, disfrutaba de su intimidad y conseguía un placer que sabía que no le daría nadie. Cualquier rasgo de una mujer real —su olor, el color

del pelo— lo distraería y perdería el rastro de esa otra, perfecta, que moraba su recuerdo: Leticia. La única que, si lo perdonase, si excusara su torpeza y su cobardía, y más aún diera el paso de buscarlo, tirando por la borda su matrimonio, su honor, cualquier expectativa de vida razonable, podría ayudarlo, devolverle la confianza perdida, en los demás y en sí mismo, la fe, las expectativas en su propio futuro. Eso no ocurriría. Hasta él se daba cuenta de la injusticia que era esperar

tanto de ella. Pero aun así, algunas noches en que, al acostarse, cerraba los ojos y tenía un pensamiento lúgubre, una sensación como de estar ya en la tumba, la llamaba, la encontraba encarnada en su almohada, la abrazaba y la escuchaba susurrar su nombre, que no tuviera miedo, que ella lo acompañaba. Entonces se hacía más consciente que nunca de lo solo que estaba.

Tal vez fuera una de aquellas noches aciagas cuando se decidió a conocer a su hija. La niña tenía

cuatro años el día que él la vio por primera vez. Ella había estado siendo el centro de atención de la familia reunida, como un comité de bienvenida, en el *estregal* de Caliviá. Estaban Berta, sus hermanas, sus padres y también Vicenta y Amalia. Todos engañaban los nervios del reencuentro cantándole cancioncillas, lanzándole adivinanzas. Pero en cuanto se oyó el chirrido de la verja, saltaron de sus asientos y la pequeña Leticia sufrió el desconcierto de verse ignorada, salvo por su

madre, detrás de cuya falda se escondió.

Mientras se sucedían los saludos, Germán trataba de ver dónde estaba la niña y cuando, al fin, la encontró le sorprendió que fuera no solo tan alta, sino tan mayor. Por su falta de experiencia en la crianza había imaginado que aún sería más parecida a un bebé que a una mujer en miniatura. Sin embargo, aquel cuerpo espigado estaba coronado por una cabeza no solo bonita, de rasgos grandes y espeso cabello castaño, sino

también dotada ya de cierto criterio. La expresión de los ojos no permitía albergar dudas al respecto.

—Hola, bonita —dijo dulcemente a la niña para ganarse su simpatía.

Leticia no contestó y Berta, a diferencia de lo que años atrás hiciera Amalia cuando llegó Ramón a conocer a Vicenta, no la cogió en brazos, ni la acercó a su padre para que ambos sintieran la llamada de la sangre, sino que respetó su timidez, su deseo de permanecer distante.

Germán, sorprendido por la mirada de la niña, directa, casi desafiante, se quedó un momento callado. Luego se acercó, se agachó para ponerse a su altura y, sin atreverse a tocarla por no molestarla, añadió:

—Es que no me conoces, pero estos días me verás y te acostumbrarás.

Pronunció aquella frase con el íntimo deseo de que se hiciera realidad, pero durante sus dos primeros días en Pechón, al constatar que su hija lo seguía observando con reparo, dos

pensamientos le asaltaron: de un lado, que para ella no era, ni probablemente fuera a ser jamás quien él íntimamente aún se creía, el Germán abogado, y eso le dio rabia y pena; y de otro, que si cuando la niña creciera lo seguía mirando de aquella manera, él no podría dejar de preguntarse si sería porque lo creía un pobre hombre o, peor, un aprovechado, que tras casarse había vivido toda la vida a expensas de la familia materna. ¡Eso no podría soportarlo! ¿Circularían ya

por el pueblo ese tipo de comentarios? —se preguntó avergonzado—. Fuera cual fuera la respuesta, Germán se hizo una promesa y buscó el momento de compartirla con Berta. Estaban los dos solos a mediodía en la huerta mirando a distancia como la niña daba de comer a unos gatos cuando él le planteó:

—¿Te apetecería que diéramos un paseo?

—¿A la ería, señor? —preguntó ella.

—Mejor al collado —le contestó.

—Monte arriba la niña

se cansará pronto —
argumentó Berta su
reticencia.

—Yo había pensado
que fuéramos solo los dos —
se explicó Germán.

—¿Y la dejáramos acá?

—Con la abuela o las
tías —repuso él a la objeción
que el tono manifestaba.

—Bueno, si usted
quiere —acató ella
displicente.

—Tengo que contarte
algo —le avanzó él para
justificarse.

—Bien —pareció Berta
darse por satisfecha.

—Habla con tu madre o Fidela, ¿de acuerdo? Te espero fuera —le dijo Germán, que salió luego, se apostó en el *morio* y pasó diez minutos ordenando sus pensamientos y aguardando.

Una vez los dos juntos, mientras cruzaban el pueblo, anduvieron un rato largo callados. Berta iba tratando de adivinar qué le iría a contar. Tal vez fuera algo relacionado con el hecho de que llevaban ya tres noches acostándose en el mismo lecho sin mantener relaciones. A ella también le

había extrañado. No es que ella deseara... En realidad tenía miedo, pavor, por el dolor que recordaba haber pasado, pero, aunque eso la sorprendiese, ganas también. Quizá la madurez de su cuerpo cuatro años después o la experiencia del embarazo y parto con los cambios hormonales que llevan aparejados eran los responsables de que sintiera, tumbada junto a Germán, cierta insólita carnalidad. Pero quién sabía si él iría a hablarle de su amante, de aquella tal Leticia cuyo

nombre llevaba su hija. O puede que... Berta barajaba diversos supuestos, lo que no esperaba oír era esto:

—Verás, Berta, tengo un proyecto que quiero contarte, pero que debo pedirte que mantengas el secreto hasta que pueda realizarlo. Se trata del restaurante. Yo he decidido comprárselo a tu padre. Sé que no tengo dinero. De momento, no lo tengo. Pero te prometo por lo más sagrado que la próxima vez que venga al pueblo será para dar a tío Juan el

montante por el traspaso del Pasaje. Trabajaré más que ahora todavía, me deslomaré y gastaré lo mínimo para ahorrar y devolverle su inversión, al céntimo, incluidos réditos.

Berta se dijo en ese instante que jamás entendería a aquel extraño primo suyo, su marido, el hombre que un día apareció en su vida, la eligió, la engendró y se marchó con muchas prisas para volver a ejercer cuanto antes un trabajo de abogado que supuestamente era crucial

para él y que al final había dejado por trabajar en un restaurante no solo unos años, como ella había creído hasta ahora que ocurriría, sino definitivamente. No lograba entender por qué. Su padre parecía entusiasmado con poseer el negocio que siempre había soñado tener. ¿Por qué entonces querría venderlo?

—¿Se lo ha pedido padre? ¿Cree usted que esa es su voluntad? —preguntó a Germán.

—No. Me miras extrañada.

—Yo no entiendo, la verdad...

—¿Por qué quiero comprarlo? Porque no podría soportar que tú o nuestra hija pensarais que no acepto la responsabilidad de manteneros, que no soy capaz de hacerlo, que vivo bajo el ala del abuelo, tu padre, tío Juan, mi suegro.

Berta vio la vergüenza, el sufrimiento con que su marido decía aquello y se compadeció.

—Por mí no hace falta que lo haga, señor. Yo no pienso nada de eso.

—Te lo agradezco.

Pero voy a luchar para que no lo pienses jamás. Sé que en muchos aspectos no he sido lo que habías querido.

—No diga eso, señor.

—No diré mucho más, pero no puedo engañarme. En todo caso, a partir de ahora te demostraré que soy un marido responsable, garantizaré tu bienestar y el de nuestros hijos a fuerza de trabajar.

A punto ya de alcanzar la cima de El Llano encontró Berta a Germán más atractivo que nunca,

investido de una dignidad y un arrojo como no había visto antes. Él se dio cuenta de que la había impresionado. Se sintió, por fin después de mucho tiempo, medianamente satisfecho. Paró, se acercó a ella y le preguntó:

—¿Puedo?

Y cuando Berta asintió, le dio un beso suave en los labios, el primero en cuatro años. Aquella noche, también al fin, disfrutaron en el tálamo. Otras le siguieron, siempre en mortal silencio —por la presencia en el

dormitorio de la hija dormida—. Pero pese al goce genital, Germán no pudo evitar sentir que mientras su cuerpo se acercaba al de Berta, incluso se vertía en ella, su mente volaba en dirección opuesta, hasta llegar a regiones desérticas donde, exhausto y sudoroso, se tendía y dormía. Pegado a su esposa legítima pero separado por kilómetros de valles, cordilleras, praderas, mares, océanos y dunas de arena. Solo bajo la inmensidad de las estrellas.

Germán pasó un mes en Pechón y, de nuevo, se marchó. Aunque hubiera querido quedarse un poco más, esta vez era cierto que no podía, no debía hacerlo. El negocio no estaba lo bastante consolidado como para que su gestor desapareciese por un plazo largo. Durante el regreso, sin saberlo, se cruzó con Braulio, que, tras muchos años y con el caudal ahorrado, puso rumbo al pueblo para hacer realidad su sueño de arreglar la vieja

casa de sus padres, casarse con una de las mozas solteras que quedasen y asentarse definitivamente en su tierra. Él y Germán no mantenían contacto postal porque Braulio escribía con dificultad y hasta leer le costaba. Para llegar a encargado le bastó saber hacer cuentas. Ya era más de lo que sabría esa población rural, analfabeta, que no dejaba de impresionar a Germán al otro lado del cristal de la diligencia.

¿De verdad era inevitable —se preguntaba

— encontrar aquellas caras miserables, angustiadas al atravesar la Península, por más años que pasaran? ¿No pensaban ni el rey, ni Moret, ni Maura hacer nada por resolver la degradación de la población? Aún debían confiar en que los condenados a la explotación perpetua se conformaran con descansar en la fosa a la que llegarían enseguida, arrastrados por la enfermedad y la fatiga. Seguramente la promesa de felicidad eterna aún funcionaba, pero incluso la

gente menos preparada empezaba a recelar de los prestidigitadores y era cuestión de tiempo que se revolviere contra ellos y sus trucos baratos. No hacía falta ser ningún analista experto para advertir el peligro. Ni leer toda la prensa como hacía Germán. Bastaba con mirar por la ventana del coche de postas como él hizo durante el viaje; con escuchar los comentarios de sus clientes, como haría ya de vuelta a Sevilla, tras la barra del Pasaje. Al oído

mínimamente aguzado
llegaban desde soflamas
antipolíticas a comentarios
alarmados por estas y por la
creciente violencia social.
Sin embargo, al cabo de
unos minutos, la charla solía
desembocar en asuntos
menos trascendentes como si
en el fondo nadie fuera
consciente de la gravedad
real de las circunstancias o
como si, siéndolo, todos
compartieran un
catastrofismo que les hiciera
considerar que era vano
preocuparse. Daba la
impresión de que pensasen

que, o bien nunca ocurriría nada y ellos podrían seguir con sus privilegiadas vidas de café y conspiraciones provincianas, o bien todo estallaría y no daría tiempo ni a rezar, con lo cual ¿para qué inquietarse?

Cuando el 31 de mayo de 1906 explotó un ramo de flores lanzado al coche de Alfonso XIII y su recién casada, matando e hiriendo a decenas de personas, el país se topó de repente con la verdad bajo el simulacro: el sistema llevaba décadas cimentado en la injusticia y

el abuso, y si las reformas se seguían postergando, si no se integraba a los desesperados, todo acabaría saltando por los aires. Germán no compartió su análisis con nadie. Se mantuvo aislado como en los últimos años, parapetado tras la singular barrera, de libros, traídos de la carbonería de su padre o sacados en préstamo de diversas bibliotecas. Leer era en su caso, paradójicamente, un acto de escapismo y compromiso. Por una parte, le evadía de la

realidad y por otra, le acababa obligando a pensar en ella, a asumirla más plenamente que quienes pasaban por la vida de puntillas. Por lo general, las horas que dedicaba a la lectura eran las finales del día, cuando cerrado ya el local, apagadas las luces, conquistados la soledad y el silencio, sentía el tiempo volverse denso. Muchas veces, subía entonces a la casa, cogía el ejemplar que tuviera a medias, lo abría y se olvidaba del mundo sentado en una silla del

salón o la cocina, o tumbado en la cama todavía vestido. Pero la mayoría de las noches, con el libro aún por abrir, bajaba de nuevo al Pasaje, encendía alguna luz de la barra y leía sentado en uno de los taburetes altos. Como las persianas de cuero estaban echadas tras los escaparates, nadie podía verlo desde la calle. Es más, la gente debía pensar que aún estaban recogiendo o haciendo caja. Y él prefería esta ubicación porque era menos desangelada que cualquier habitación de la

vivienda, que aún tenía pocos muebles. Bajo la titilante luz de gas, pasaba las hojas embebido. Disfrutaba de la precisión con que tantos otros, mucho antes, habían reflexionado sobre cuestiones que le inquietaban. Había tal cantidad de lecturas imprescindibles, tantos análisis históricos, políticos, vitales. Tanta gente que había discurrido, sufrido, aprendido y plasmado por escrito su experiencia para provecho general. Era reconfortante. Y al mismo

tiempo le indignaba constatar que la mayoría de aquellos valiosos testimonios había caído en el olvido, que el ser humano miraba tan poco atrás y, en consecuencia, se obstinaba de modo absurdo en empezar siempre de cero el trayecto, lo que le condenaba a no llegar muy lejos. Cada generación rehusaba la ayuda de la anterior y repetía, pertinaz, errores fácilmente evitables.

Él mismo, tan hábil al diagnosticar a los demás, era incapaz de ver que se

equivocaba también. Sin ir más lejos, cuando permitía que su crecientemente misantropía lo aislase. Era un error porque le empobrecía, pero también porque frustraba la mínima opción que existía de que su sentido crítico influyera en la realidad, la modificara de alguna manera por modesta que fuera. El único colectivo al que se avino a integrarse fue el Ateneo, institución cultural creada quince años antes. Pero si lo hizo no fue con la intención de alternar con aquel grupúsculo de

sevillanos con cierta inquietud intelectual, sino por su deseo de acceder a los fondos de la biblioteca, la única que incluso los domingos, día de cierre del Pasaje, permanecía abierta. Muchas tardes dominicales pasó Germán en su salón de lectura, sin embargo, sería una mañana de martes en que se acercó un segundo a devolver ejemplares cuando uno de los camareros fue a buscarlo con un telegrama en la mano. El contenido del cable resultó, por lo trágico e inesperado, todo un

mazazo. Berta había alumbrado un niño de seis meses que, siendo tan prematuro, no había sobrevivido. *In articulo mortis* lo habían bautizado con el nombre de su abuelo Juan. El primer sentimiento de Germán fue de estupor. ¿Por qué nadie le informó del embarazo de Berta? Pero de pronto se dio cuenta de que eso no importaba: un hijo suyo había muerto. Se le nubló la vista. La muerte lo desequilibraba. Cualquier muerte, cuánto más la un hijo, aunque fuera uno que

nunca iba a conocer.

Si hubiera sabido lo dolorosos que habían sido para Norberta aquellos seis meses de gestación, en continuo reposo, siempre atenazada por el miedo de perder al niño, de morir ella dejando a la pequeña Leticia huérfana, si hubiera visto lo consumida y desolada que quedó, aún se habría revuelto más. Pero, para su suerte, se libró de contemplar la horrible estampa de la débil criatura a la que Berta se esforzaba en salvar ofreciéndole el

pecho e incluso llegando a extraerse ella misma la leche y dejándola caer en su boca, gota a gota, con una cuchara, como se hace con los pájaros caídos del nido. Todos en la casa, y especialmente las mujeres, sabían que era inútil esforzarse, pues el pequeño había nacido medio muerto. Pero habría sido imposible disuadir a Berta. Por eso la dejaron hacer. Hasta que ella misma comprobó que su empeño era absurdo y no solo se resignó, sino que rezó —más que implorando, exigiendo

— la muerte de su hijo, el fin de su agonía. Aún hubo de pasar un día entero, lleno de horas dolorosas, hasta que expiró en sus brazos mientras ella lo apretaba y acariciaba para que se fuera del mundo sabiendo cuánto lo amaba. Fue un trance horroroso. Ella, que hasta entonces no había perdido a nadie, sintió por primera vez el vértigo ante el vacío. Vio la muerte esperando agazapada, pegada como una sombra a hombres y mujeres, niños y viejos, dispuesta, más aún, ansiosa,

por devorarlos. Y ante esa certeza se aferró al consuelo de creer en Dios, en la promesa de eternidad que conlleva la fe espiritual.

Germán, no es que no necesitara confiar en la resurrección, es que era incapaz. Sencillamente, descartaba la existencia de un lugar donde toda la humanidad cupiera. No, no conocería a su hijo, jamás vería su cara, ni llegaría a tocarlo. Lo más cerca que estaría de experimentar algo parecido sería si un día, muerto él mismo, sus restos

se fundían con los del niño, pero ¿quién podía asegurar que compartirían sepultura? La muerte del pequeño lo atormentó mucho tiempo. Le provocó pesadillas y episodios de ansiedad que combatió leyendo, volviendo a fumar tras haberlo dejado al recortar gastos para pagar el traspaso y concibiendo la extraña idea de hacer la tesis doctoral. Así como tiempo atrás decidió aferrarse a la estabilidad económica del restaurante y renunciar a montar su bufete, ahora pensó simultanear la gestión

del negocio y una vinculación a la universidad que le suministrara los estímulos intelectuales que añoraba y hasta necesitaba para lidiar con el sinsentido vital. No se le escapaba que muchos considerarían absurdo el volver a estudiar, a sus años, pero ¿qué importaba a esas alturas que la gente pensara que era una excentricidad?

Desde el principio tuvo claro a quién dirigirse, a Ramiro de la Fuente, el profesor al que recordaba con más admiración, uno de

los más jóvenes cuando él se licenció —aunque debía de tener diez o quince años más que él—. Un hombre brillante, descollante y, sin embargo, con pocos pupilos y doctorandos, pues tenía escasa habilidad para colocarlos, a diferencia de esos colegas que movían sus peones con destreza en las extrañas partidas de ajedrez donde el premio era el poder. Germán fue a visitarlo temiendo que no le recordase o no aceptase ayudarlo. Entró en la facultad, no obstante, con

paso decidido, casi sin levantar la vista del suelo, para evitar que la nostalgia le asaltase. Fue directo al departamento y solo se detuvo ante la placa del titular.

—Buenas, don Ramiro, ¿se puede? —Se asomó tras llamar a la puerta del despacho.

—Sí, adelante —le contestó De la Fuente aún sin levantar la vista de sus papeles—. ¡Hombre, señor Díaz, qué inesperada visita, pase, pase! —exclamó en cuanto reconoció su peculiar

fisonomía—. ¿Qué le trae por aquí? ¿Qué es de su vida?

—Muchas novedades, don Ramiro, y no todas buenas —respondió Germán.

—¡Vaya, cómo lo siento! —manifestó su solidaridad el profesor—. ¡Pero así es la vida! Yo suelo decir, bromeando: ¿y qué sería de nosotros, abogados, si fuera perfecta? Pero eso no consuela, desde luego.

—Cierto.

—¿Y qué dificultades

atraviesa? —siguió preguntando mientras, con un gesto, invitaba a Germán a tomar asiento.

—La última ha sido la pérdida de un hijo recién nacido.

—Vaya, lo lamento mucho. De veras. Reciba mis condolencias.

—Se lo agradezco. Y antes, hace varios años concurrieron circunstancias que me obligaron a abandonar la abogacía. Así que no ejerzo.

—Me apena oír eso. Era usted un alumno

destacado.

—Es agua pasada, señor. Ya estoy en otra etapa.

—Y ¿en qué puedo yo ayudarle? ¿Qué puedo ofrecerle?

—¿Conversación?

—¿Así, sin más, de repente? —sonrió incrédulo De la Fuente.

—Conversación, orientación, cierta tutela intelectual —amplió Germán la lista.

—¿Y precisando más?

—Una dirección doctoral.

—¡Acabáramos! ¿Con qué propósito? ¡No será el de hacer carrera en la universidad! Yo soy un desastre en eso, amigo, se lo confieso. Aún me pregunto cómo logré mi puesto. Cualquiera de mis compañeros podría ayudarle mejor. Los pocos discípulos que tengo son algo así como monjes del conocimiento. Se dejan las pestañas, los pobres, leyendo casi exclusivamente por el placer de aprender. De ahí que sean un grupo pequeño. Hay que comprenderlo.

—Déjeme unirme a ellos. Verá, don Ramiro, yo no pretendo iniciar ninguna carrera docente. Soy encargado del Pasaje Atlántico.

—Me suena, es un restaurante, ¿no?

—Uno que está frente al mismo Ayuntamiento, bastante conocido, de hecho.

—Ah, sí, qué lapsus. Debo de haber pasado por la puerta mil veces. Quizá incluso haya entrado. No se ofenda, soy el despiste personificado.

—No tiene

importancia. El caso es que tengo trabajo e intención de conservarlo. Solo necesito recuperar cierta actividad mental.

—Digamos que desearía investigar, para ponerse a prueba, marcarse una meta.

—Sí, algo así.

—¿Tiene alguna idea sobre el tema?

—No, señor.

—Bueno, en realidad eso es lo de menos. Lo encontraremos.

En ese momento el profesor sonrió a su antiguo

alumno y selló el pacto por el que aceptaba tomarlo a su cargo. En reuniones posteriores fueron, en efecto, acotando el objeto de la indagación, que los dos deseaban que fuera uno pertinente, especial.

—La universidad, querido Germán, está saturada de investigaciones banales con las que los doctorandos y sus directores solo buscan cubrir el expediente —le dijo un día De la Fuente—. Los estudiantes hacen sus tesis para ser nombrados doctores

y ocupar un hueco en la universidad. Desde allí ascienden a base de intimar con los influyentes, citarlos, ponerse a su servicio, a la orden si es preciso. Hasta que, por fin, estos se jubilan o mueren, y entonces los posicionados en primera línea, los más hábiles, pasan a reemplazarlos y a explotar a la nueva generación de discípulos, como ellos han sido explotados. El perfecto funcionamiento de este engranaje, que lleva décadas en marcha, ha dejado como resultado kilos de papel,

escritos en una prosa jeroglífica, que versan sobre temas tan variados como irrelevantes. Yo, la verdad, temo que mi vida, por larga que vaya a ser, no tiene un minuto que deba malgastarse. ¿Y usted?

—Yo ya malgasto demasiados.

—No sea tan duro consigo, amigo.

—Usted me ha preguntado y sabe cuánto me gusta mi trabajo. La verdad, no puedo estar más de acuerdo. No perdamos el tiempo, busquemos un reto

ambicioso y veamos cuán lejos llegamos.

Del conjunto de cuestiones que interesaban a ambos se fue destilando la esencia hasta que por fin Germán sintió caer una última gota, brillante y densa, y en su cabeza se formó lo que en principio no tenía que ser más que un título provisional: *El Derecho, mecanismo de arbitrio en las relaciones individuo-Estado*. En definitiva, Germán tomó consciencia de que lo que más le atraía, especialmente

desde que la vida le había apartado del desempeño activo, pero incluso mucho antes, cuando por primera vez fantaseó con ser abogado, era la misión del Derecho como regulador de las relaciones entre la persona y el colectivo, concretado para su estudio en el aparato político-administrativo.

Una vez que dieron con el tema, aunque en adelante hubieran de perfilarlo, Germán sintió que empezaba el momento de ponerse a la tarea, a una intelectual

después de tanto tiempo, y aunque tuvo que simultanearla, por supuesto, con el trabajo en el restaurante, se sintió radiante, inspirado, como nuevo. Incluso en el Pasaje estaba con más ganas. Reconocía aquel brío perdido. El que surgía en él cuando una idea le excitaba. Estaba hecho para eso, para darle vueltas a la cabeza, para tener mucho que hacer, hasta demasiado. En esas circunstancias rendía más, el doble o triple que cuando se limitaba a una sola

actividad. Era mejor, más productivo cuanto más cerca estaba de la imagen que necesitaba tener de sí mismo. Como ahora.

Por fin, no le importaría que sus antiguos colegas o la misma Leticia entraran por la puerta giratoria. Por temporadas, cada crujir de sus aspas le sobresaltaba. Sentía que ella iba a aparecer. Hasta ahora había temido no poder soportar de nuevo su mirada defraudada, el reproche de sus palabras, la acusación de cobardía. ¡Como si él no se culpase ya

bastante de haber sido incapaz de reaccionar ante la adversidad! Pero al fin podría replicar que estaba haciendo la tesis y, en consecuencia, se encontraba más vivo intelectualmente, más despierto que muchos de los compañeros cuyo trabajo se limitaba a repetir, como loros, ante el tribunal, los mismos artículos del código. No, la tesis no le sacaría del Pasaje, pero le gustaba pensar, como Rostand, que el esfuerzo era más bello por su inutilidad. Siempre que imaginaba a

Leticia entrando por la puerta, la veía vestida de negro. La imaginaba viuda. Como si eso la hiciera libre a ella y, lo que era más ingenuo, también a él. Como si no existiera ningún otro obstáculo para que, si volvían a verse, los dos accedieran a hacer ahora lo que nunca se atrevieron. ¿Acaso estaba tan seguro de que esta vez no la dejaría escapar, de que preferiría arrepentirse de excederse que de refrenarse? ¿Acaso sabía que ella consentiría?

Las exigencias del

trabajo impedían que Germán se perdiese en elucubraciones como esta o en la añoranza de Eliseo, cuyo recuerdo había avivado la vuelta al entorno universitario. Camareros y clientes reclamaban sus cuentas, tenía que tomar notas de diversas reservas, había un continuo trasiego de proveedores ofreciendo o librando género. Las pocas ocasiones que nadie interrumpía el curso de sus pensamientos, Germán llegaba a la conclusión de que si incluso alguna vez

Leticia enviudaba y se daba, además, la circunstancia de que volvía a verla, nada sería como imaginaba. No obstante, como la realidad le daba pocas satisfacciones (desde luego, muchas menos que las ficciones de los libros y los sueños), él siguió jugando, de vez en cuando, sin pauta fija, cuando el deseo dictaba, a imaginar que veía a esa mujer en la mágica puerta acristalada, y que eso le daba un vuelco al corazón. La equis giraba una vez y aparecía un grupo de

caballeros con levita; se movía de nuevo y una señora gruesa acompañada de su hija entraba en el local haciendo aspavientos; la puerta no paraba de moverse en toda la tarde, cada tarde, día tras día, pero nunca apareció Leticia por más que él la llamó. Y era inevitable experimentar frustración ante la íntima certeza de que su fantasía no se realizaría.

En sus horas de lectura nocturna, desde que se decidió a hacer la tesis, los artículos, comunicaciones y manuales de Derecho fueron

desplazando a las novelas y libros de poemas. A veces creía vislumbrar una línea de investigación original, lo cual le llenaba de entusiasmo y le hacía pasar el día siguiente en una nube. Su autoconfianza se disparaba y todo en él manifestaba una seguridad, una paz consigo mismo, un aplomo, que el mundo entero parecía ver y envidiar. Sin embargo, en otros momentos, le abatía el desánimo. Solía ocurrirle cuando, de pronto, tomaba conciencia de la cantidad de

estudios que ya existían sobre temas parecidos. Le abrumaba. Pensaba que por más que viviera jamás le daría tiempo de analizarlos a fondo para avanzar a partir de ellos y también que, siendo así, difícilmente lograría escribir algo realmente novedoso y útil para alguien. ¡Era tanto lo que se había estudiado y en todos los ámbitos, no exclusivamente en el del Derecho! Hasta llegar a ese comienzo de siglo se había acumulado tanto saber, tanto pensamiento de seres más

brillantes que él y cuantos él
pudiese conocer que parecía
temerario aspirar a aportar.
Sobre todo, ¡los últimos
doscientos años se había
avanzado tanto y tan rápido!
Ya estaba todo hecho, todo
dicho y a los de su
generación y las siguientes,
sus vidas no les darían ni
para aprender lo que sus
antecesores tenían que
enseñarles. Era imposible
estar a la altura del pasado y
darse cuenta resultaba
paralizante. Aunque no a
todo el mundo la magnitud
de su ignorancia le afectaba

como a él. Por doquier se sentaba cátedra, se pontificaba, de viva voz o en publicaciones. Algunos demostraban conocer cuanto en una vida da lugar a saber y ello con una profundidad y precisión admirables. Él los respetaba y envidiaba a partes iguales. Se preguntaba si podría llegar a su nivel si dispusiera del tiempo que ellos tenían para leer, reflexionar, escribir, prepararse y aunque a veces estaba seguro de que sí, que así era, normalmente solía concluir, resignado, que él

no era un hombre de talento mayúsculo. Por otra parte, estaba el grupo de aquellos que eran simple y llanamente impostores. Mucho más numeroso que el anterior y, paradójicamente, más exitoso. La principal facultad de sus miembros era justo la de simular ser más inteligentes y tenaces, más valiosos de lo que realmente eran. Entre ellos los había conscientes de su farsa y otros que, a fuerza de fingir, se habían convencido de su excelencia. Para su desgracia, Germán no tenía

ni su desfachatez, ni su cinismo, por eso estaba seguro de que le sería más difícil pertenecer a este grupo que al ya inaccesible de los preclaros.

Cuando estos pensamientos lo asaltaban, angustiándolo, invariablemente su investigación se ralentizaba. Sabía que nada lo perjudicaba más que aquellos parones, pero no podía evitarlos. No era una máquina perfecta, sino un ser humano, uno además con muchas debilidades. Y a

veces se abrumaba. Llegaba a dejarlo todo aparcado, sin saber siquiera si sería solo por un tiempo o para siempre. Al menos este punto logró tenerlo claro dos años después de iniciar el trabajo: pasara lo que pasara, una y otra vez retomaría la investigación, intentaría acabarla. No era cuestión de obstinación, de empeño, de fuerza de voluntad o de carácter, sino de necesidad. Pasados unos días, o cuanto más unas semanas, sentía que si no volvía a buscar libros, documentos en

bibliotecas y archivos, si no leía y garabateaba sus notas al margen o en su cuaderno, si no invertía horas y horas pensando en lo anotado, dándole forma, enlazando ideas, indagando hacia dónde le conducían, sintiendo la excitación de quien empieza a recorrer un sendero inexplorado, el aire empezaba a faltarle. ¿Qué importaba no hacer una contribución extraordinaria, no estar a la altura de los genios, no conquistar una parcela de eternidad junto a los maestros del Derecho?

Había decidido hacer la tesis para construir, al menos, un trozo de la vida que quería para sí, para realizarse mínimamente. No podía perder la perspectiva y dejarse llevar por la obsesión de aquel tiempo: la del triunfo, el éxito, el reconocimiento y, en el fondo, el dinero.

De este, obviamente, se ocupaba y preocupaba, pero en el ámbito del negocio. El plan de ahorro que había puesto en marcha hacía tres años daba sus frutos y él no solo seguía enviando una

cuantiosa remesa a su suegro, pagando al personal, comprando las mejores materias primas, sino que cada mes, cada semana, cada día, conseguía reservar un extra e irlo guardando. Aunque en su cabeza bullían continuamente cientos de ideas, no perdía ojo de lo que pasaba en el local. Estaba al tanto de todo. Conocía a la perfección lo que hacían, decían y hasta pensaban empleados y clientes. Cierto que estos eran muchos, pero también eran fieles. Por eso no

habían tardado en hacérsele familiares. Sabía a qué hora llegaban, qué tomaban, con cuánta prisa, a qué trabajos se dirigían, qué aficiones y gustos cultivaban.

Por eso le extrañó tanto encontrar una noche, a la hora del cierre, en el suelo, bajo un velador de los pegados a la cristalera de Fernández y González, aquel menudo ejemplar que enseguida reconoció: *Las penas del joven Werther*. Los nombres propios del autor y el protagonista no dejaban lugar a dudas

aunque fueran lo único que entendiese, pues la obra estaba en su lengua original. Una sonrisa fugaz acompañó su sorpresa. ¿Quién sería el cliente embebido con aquel libro, su preferido de Goethe? Lo había leído antes y después de que lo echaran del despacho de Recuelles y había hecho, obviamente, lecturas muy distintas. ¿Quién podría leerlo y anotar en alemán? Sí, porque el dueño de aquel volumen tenía, como él mismo, la mala costumbre —en su caso, total necesidad

— de subrayar párrafos y consignar sus reflexiones. Notas a vuelapluma que aparecían allí por todas partes. Con tintas diferentes. Le habría gustado entender lo que ponía. Le habría gustado mucho. Se descubrió curioso. Tal vez por esa intriga, o solo porque era un libro, o porque se trataba de uno que le encantaba, no lo metió en la caja de los objetos perdidos donde se acumulaban chismes de todo tipo, desde guantes desparejados a gafas y

monóculos, juegos de llaves, abanicos, carnés de asociaciones y clubes diversos y pañuelitos de seda, de señora o caballero, o los más prosaicos, de hilo. Prefirió guardarlo en el primer cajón del aparador que estaba a su espalda tras la barra, ese donde dejaba sus cosas, el único que cerraba con llave aunque no contuviera nada de valor. Nadie reclamó el libro al día siguiente ni en los sucesivos y él lo acabó olvidando como tantas otras pistas de vidas, de historias, que

encendían su imaginación y al cabo no llevaban a ninguna parte y se extinguían.

XVI

RESTAURACIÓN

Una de las tardes en que Germán se decía que tenía que visitar con urgencia al profesor De la Fuente para comentarle un par de asuntos, y al mismo tiempo atendía a cierta complicación en el cobro de la mesa seis y hacía como

que escuchaba al chef despotricar de sus ayudantes, una tarde, en fin, de actividad normal en el Pasaje, una voz lo distrajo. Hablaba bajo y, sin embargo, se impuso a las demás, al bullicio de las charlas y hasta al entrechocar de platos, cubiertos, loza y cristal. Era grave, pronunciaba perfectamente el castellano y, no obstante, tenía reflejos de otro idioma, quizá — especuló— de alemán. Por eso la miró, esperó a que se refiriera al libro, a que

preguntara si lo habían encontrado, pero los segundos pasaron y la mujer se limitó a pedir su café y consultar si le podrían prestar un ejemplar de *El Sol*. Con el diario bajo el brazo, se dirigió a los veladores. Germán la vio buscar sitio junto a la cristalera y conformarse, luego, con una mesa próxima a la barra. Su aspecto era singular. De un lado discreto, neutro, tanto que no le extrañaría que, en efecto, hubiera estado antes en el local, sin que él se

fijara. Y de otro, misterioso, magnético. Tenía una melena, rubio ceniza, que no parecía larga, recogida y ondulada. Su piel era muy clara. De repente sacó del bolso y se puso unas gafas de lentes redondas y montura dorada. Casi simultáneamente empuñó una estilográfica con la que subrayó renglones del periódico y anotó palabras. Fue la pista definitiva. Ella tenía que ser la dueña del *Werther*. Sintiendo un arrojito que le era extraño, tal vez solo satisfecho de haber

resuelto el enigma, Germán se acercó a su mesa y la interpeló:

—Disculpe, señorita.

—Oh, lo lamento, lo he hecho sin darme cuenta —se sobresaltó la extranjera—. Tengo esa mala costumbre, no puedo evitarlo, al leer me vienen ideas y tengo que escribirlas. Pero pagaré el diario. Perdóneme, lo siento.

—No es eso. Quería saber si el libro es suyo —le preguntó mostrándoselo.

—¡Ah, sí! ¡Sí! Pensé que se me habría caído en la calle. Gracias. Por

guardarlo, por dármele.
¿Cómo ha sabido...?

—No hay de qué —
contestó él sin escuchar que
ella le preguntaba, volviendo
a su lugar, a la caja.

A Inge Baumgarten,
que lo siguió con la mirada,
le pareció un marino al
timón de su nave. Tenía la
rudeza que suele atribuirse a
tales personajes. Pero no le
dedicó más atención. Otros
temas rondaban su mente.
Allí, en la página
veinticuatro de la edición
local de *El Sol*, se hablaba
de ella —aunque sin

mención expresa— en unos términos que con toda lógica la inquietaban. Alguien cuyas iniciales eran R. P. aseguraba que acababa de llegar a la ciudad un experto procedente de Viena llamado a emprender una delicada tarea: la restauración de uno de los más preciosos lienzos del genial pintor barroco Bartolomé Esteban Murillo: *Santa Isabel de Hungría curando a los tiñosos*. El cuadro —que junto a otros del autor se conservaba en la iglesia de la Caridad, para la

que fueron concebidos—había sufrido un extraño proceso de degradación. Era como si él mismo hubiera sido contagiado por la enfermedad que retrataba la tela, de modo que la pintura se estuviera descamando. Los hermanos de la Caridad, gente de posición e influencia, llevaban tiempo alarmados e indagando quién podría, con más garantías de éxito, poner freno al desastre. Tras muchas averiguaciones se llegó a la conclusión de que el mejor especialista en

restauración y conservación de obra barroca española era curiosamente un extranjero. Alguien nacido en el país de origen de los Habsburgo, dinastía aún reinante en España en la fecha en que se pintaron los cuadros. Precisamente por ello, el Museo Nacional austriaco conservaba una gran colección de obras de Murillo, Velázquez o Valdés Leal y se decía que nadie era capaz de lograr tan buenos resultados como el restaurador de esa pinacoteca.

Su elección no dejaba de ser polémica por un doble motivo. De una parte, porque se trataba de un foráneo y los profesionales nacionales cuestionaban «la necesidad de recurrir a un talento de fuera habiendo tantas personas preparadas en España», y por otra, por «el secretismo que rodeaba tanto la llegada como el trabajo del técnico tan supuestamente avezado». El cuadro ni siquiera estaba siendo reparado *in situ*, sino —se aseguraba— en la vivienda de uno de los

hermanos de la Caridad (si bien se ignoraba cuál). Algunos apuntaban que debía de ser don Pedro de Entralgo Lara, pues él tenía negocios en Viena y era bastante posible que fuera por mediación suya como se había encontrado al entendido, aunque el servicio negaba que la pintura se hallara en la casa. El mutismo no ayudaba en nada —a criterio del citado R. P.— y más bien alarmaba a los muchos amantes de la obra, pues les hacía albergar dudas razonables acerca de

la seguridad con la que se había efectuado su transporte y ahora se custodiaba. Por no hablar de que si no se revelaba a la opinión pública la identidad del restaurador, se obligaba a esta a creer en su pericia haciendo un acto de fe, sin darle la oportunidad de conocer sus méritos, ni valorarlos racionalmente, para decidir, al fin, si se le consideraba o no digno del encargo.

De sobra sabían los hermanos de la Caridad y la propia Inge que si trascendía

que la restauradora era una mujer, sería considerada indigna y no precisamente en virtud de un juicio ecuánime. Por eso habían decidido ocultarlo y jugar al despiste también con la ubicación del lienzo. Mientras los reporteros hacían guardia ante las casas palacio de unos y otros hermanos, apuntando cada movimiento, Inge trabajaba en una de las celdas del hospital de la Caridad, que el cuadro no había llegado a abandonar. Apenas unos metros lo separaban de la

iglesia donde solía exhibirse y volvería a hacerlo, a lo sumo, en un año. Ese era el mejor escondite para él y para Inge, que, cada día, entraba al recinto como una más de los voluntarios que cuidaban de los desamparados. «Si R. P. supiese» —se dijo Inge Baumgarten, con más preocupación que alivio, mientras pagaba el café y devolvía el diario a un camarero que se había acercado.

Ella no estaba para cuidar, sino para recibir

cuidados —le dio en pensar ya en la avenida, consciente de ser injusta, de incurrir en el victimismo, pues era una mujer sana y, en lo económico, una privilegiada—. Pero en efecto, mientras deambulaba por las calles sevillanas, se sentía perdida, sola por primera vez en la vida. Hija mayor de cinco hermanos, había pasado toda la infancia en Salzburgo, donde muy pronto había destacado por su habilidad para el dibujo. Su padre, reputado artesano manual, especializado en ebanistería

y restauración de muebles, servía a las casas más importantes de la ciudad. Justamente fue uno de sus clientes, el barón de Hasse, quien —cuando ella era apenas una adolescente— reparó en su don y emprendió lo que podría considerarse una labor de mecenazgo consistente en costearle los estudios de Bellas Artes a cambio de que fuera su pintora de cámara y maestra de dibujo de los niños. Los padres de Inge y ella misma, valorando la importante oportunidad

que se le brindaba, aceptaron la oferta pese a que esta implicaba el traslado a la residencia vienesa de los Hasse. Ello les desagradaba, pues suponía que Inge crecería separada del resto de los hermanos, pero al mismo tiempo era una gran noticia, pues se formaría en la capital, donde se hacían «los verdaderos artistas». Durante seis años estudió dibujo, pintura, grabado, aunque pronto, sintiendo una inclinación natural por la base del negocio familiar, se especializó en técnicas de

reparación aplicadas, sobre todo, a óleos.

La vida y el trabajo con los Hasse resultaban más que llevaderos hasta el punto de que Inge se preguntaba si era realmente merecedora de la suerte que disfrutaba. Nada en el comportamiento de la aristocrática familia, y menos de su patriarca, podía considerarse reprochable y, sin embargo, a medida que ella fue creciendo le pesó convivir con él. Por una parte, era su protector y lo necesitaba como a un padre. Es más, el hecho de que

fuera un hombre refinado, con estudios, le hacía mucho más fácil comunicarle a él sus anhelos que a ningún otro miembro del hogar, por no hablar de sus propios progenitores, con quienes, sencillamente, no se imaginaba teniendo determinadas comunicaciones.

No obstante, algo en el silencio que los envolvía cuando él posaba para los retratos, en las miradas que cruzaban, algo que no lograba designar, la inquietaba, la hacía sentir culpable. Ahora

que pensaba en ello, con perspectiva, sabía de qué se trataba. Era esa necesidad de protección que había sentido intensamente desde niña y que constituía un peligro en sí misma. Esa permanente búsqueda de aprobación y cariño que había estado también en el origen de su relación con Theo.

Él, Theodor Baumgarten, era el catedrático de Restauración de la Facultad de Bellas Artes y conservador jefe del Museo Nacional. Un hombre prestigioso, respetado y

brillante que la había adoptado como discípula. Sí, hacía tiempo que se había dado cuenta de que se había ido moviendo por la vida saltando de un ala protectora a otra, sin atreverse jamás a asomar su nariz a la intemperie. Obviamente, habían sido impulsos inconscientes pero que, de hecho, ahora que miraba al pasado con distancia, podía identificar tras todas sus relaciones. La más intensa, sin duda, fue la que tuvo con Theo, quien la hizo pasar de discípula a amante y luego a

esposa. Él llevaba ya varios años viudo, no tenía hijos — no podía tenerlos—, era un hombre libre. Ella, que en la universidad había estado platónicamente enamorada de él, no dio crédito cuando muchos años después — siendo ya su ayudante— reconoció en sus ojos el brillo de los del difunto barón de Hasse. A la sombra del maestro aprendió todo lo que sabía de restauración y gracias a él, debía reconocerlo, consiguió el trabajo en el museo. Ahora que era ella la viuda, quería

creer que podría haber logrado tal resultado de no haberse casado con su admirado profesor, pero no se engañaba y sabía que, en el mejor de los casos, habría tardado muchísimos más años. ¿Por qué se sentía culpable si no era esa mujer artera, malvada, que utilizaba a los hombres para escalar en la sociedad? Sabía que no era un verdugo, sino una víctima, alguien condenada a sentirse atraída por hombres mayores, más experimentados, más hábiles, más sabios y en

consecuencia con una posición de poder y dominio sobre ella. Los amaba, se enamoraba. Tan perdidamente que no podía creer que la desearan. ¿Por qué lo hacían si no era una belleza? ¿Realmente los atraía ella, su cuerpo, su personalidad o la admiración, la devoción con que los llegaba a mirar? Por más que le doliera, en ese momento tendía a pensar que la tercera opción era la más cercana a la verdad. Y le dolía intensamente. Pues, si al final ella no había

amado a Theo, sino que más bien se había sentido deslumbrada por su talento, y si él la había elegido porque le hacía sentir halagado, ¿no habrían sido un fraude de pareja, un fracaso?

En ocasiones estos pensamientos la asaltaban en medio de la restauración del cuadro. Entonces parpadeaba tres o cuatro veces rápido para ahuyentarlos. Si algo había aprendido era a amar y respetar su trabajo y a no permitirse ejercerlo nunca de un modo negligente. El

artista que había creado aquella obra y por encima de este la obra misma, ese milagro de aceites y pigmentos capaces de contener la vida en un segundo, en una imagen merecían todo su respeto, toda su entrega. Lo exigían. Pero una vez fuera de las cuatro paredes de aquella celda blanca, traspasada la entrada principal del hospital, camino del estudio en que se hospedaba, al otro lado del río, ella volvía a retomar el curso de sus pensamientos y, en

ocasiones, ni siquiera lograba cerrar la puerta a sus espaldas sin haber derramado ya alguna lágrima. Echaba de menos a Theo, ¿acaso eso no era nada? Cada fibra suya lo extrañaba. Sentía un dolor intenso en el estómago, falta de aire, punzadas en la cabeza y la garganta. Necesitaba su abrazo desesperadamente, y escuchar su voz y a su vez hablarle. Él había muerto cuando aún tenía mucho que enseñarle, del arte y de la vida, cuando ella todavía no

estaba preparada para salir sola adelante, por sí misma. Se había ido dejándola a la vez viuda y huérfana. Sola para siempre hasta el fin de sus días. Sí, porque ahora que se conocía tan bien, mejor que nunca, ya no tendría excusa para perdonarse. No podría buscar otro protector, otro mecenas, otro maestro, pretextando ignorar lo que la empujaba a sus brazos. Había llegado el momento de ser independiente. Por eso su única exigencia al aceptar el trabajo había sido

que le dieran libertad para hospedarse donde quisiera, lejos del amparo de los hermanos de la orden que la contrataban y de los intermediarios que habían dado con ella. Acudiría a diario puntual a su quehacer, cumpliría con una perfección escrupulosa, pasaría entregada al lienzo la mayor parte de la jornada, pero acabada la tarea, saldría, echaría la llave a la celda y se marcharía, a caminar, o a ese café que vagamente se parecía a algún otro vienés, o al lugar

—cuyas señas nadie conocía
— que había convertido en
su casa, su refugio, en
Sevilla.

Aquel sitio era un ático
del popular barrio de Triana.
Lo había elegido
precisamente porque
consideraba —y no se
equivocaba— que la zona
sería poco frecuentada por el
tipo de gente para la que
trabajaba. La mayoría de sus
casas eran patios de vecinos
donde familias numerosas se
hacían en estancias
minúsculas, tan mal
iluminadas como ventiladas.

Pero ella había sabido dar con una vivienda unifamiliar, en la que se alquilaba la buhardilla. Era la casa de unos alfareros que tenían el taller en el bajo, el domicilio en el principal y en el alto lo que durante años había sido el almacén, justo hasta que un aventurero británico que vivía de publicar en revistas crónicas costumbristas de lugares insólitos, como Marruecos o Andalucía, se había empeñado en alojarse en ella. A ese desconocido tenía que agradecer no solo

el cambio de uso de la estancia, sino también las reformas que, al parecer, él mismo había hecho y la habían convertido en un lugar de encanto bohemio, acogedor. Ella, que tenía un sentido del olfato muy desarrollado, percibía aún el aroma ligeramente dulce de sus cigarros. Con él empezarían a mezclarse ahora los toques ácidos y metálicos de los productos con que trabajaba —que salpicaban sus ropas e impregnaban sus manos— y el vapor ocre del café al que

era adicta, como buena austriaca. Con la taza que hervía bien asida, se apoyaba algunas veces en la ventana, contemplaba el ocaso y recordaba.

Después de transcurrido casi un mes, una noche, el hilo de su remembranza se vio interrumpido por el súbito ascenso de la luna llena en el arco del cielo. Era espectacular, enorme, amarilla, y su brillo tal que impedía ver ningún otro astro. Ante la belleza todo desaparecía. Así debía ser.

Incluso los miedos se diluían y, fundidos con el humo del café, se condensaban en minúsculas gotas que perlaban los cristales. Aquella vista era un privilegio. Lo mejor, sin discusión, del apartamento. Desde allí se podía divisar todo el centro de la ciudad, en la orilla opuesta, dominado por la Giralda, la catedral y los cientos de viviendas que en torno a ambas se apiñaban. La pérdida de visión que la obligaba a usar gafas hacía que sin ellas percibiera las

ventanas iluminadas como difusas estrellas. Algunos oculistas consideraban su defecto congénito, otros lo atribuían al sobreesfuerzo o al hecho de trabajar con productos nocivos. Lo único cierto era que necesitaba las lentes para trabajar y leer, pero el resto del tiempo evitaba usarlas, por coquetería y rebeldía. Así, ahora, miraba y se extasiaba ante un paisaje borroso e inquietante. ¿Habría —se preguntaba— en las casas de enfrente gente asomada, alzando sus ojos al cielo?

¿Estaría entre ellos el huraño encargado, de pelo rojo, de la preciosa cafetería del centro? Le sorprendió este pensamiento. No había sido consciente hasta entonces de que él le suscitara aquel interés.

Germán estaba en ese instante en su dormitorio, consultando manuales, de espaldas a la ventana. Pero casi enseguida, la traslación coló en la habitación un haz de luz que reptó hasta la pata de la mesa, subió y finalmente se posó sobre las cuartillas en que apuntaba.

Ni siquiera alguien tan obstinado como él era inmune a la intriga de una irrupción repentina y deslumbrante. Así que se asomó al balcón y, apoyado en la fachada, disfrutó de la luna plena y dorada, antes de volver a su actividad de leer, reflexionar, anotar.

La tesis se había convertido en algo más importante para él de lo inicialmente previsto. No solo le estaba enseñando mucho de la materia, sino también de sí mismo, de cuánto ignoraba del Derecho

que, con una suficiencia que ahora le parecía ridícula, un día había creído dominar. Aprender la sutilidad del funcionamiento legal le congraciaba con sus congéneres, le llevaba a admirar a aquellos juristas que habían formulado las reglas, levantado el armazón del sistema. Pero además, el proceso investigador, con sus periódicas citas con De la Fuente y sus discípulos, le estaba llevando a reconstruir un círculo de amigos. De acuerdo que él era, lo tenía asumido, un hombre

esencialmente solitario, pero aun así, y aunque a veces eso le exasperase, necesitaba contactos. Desde luego, cualquiera no le servía, precisaba interlocutores válidos e interesados en comunicarse. Al hablar con ellos, sus propios pensamientos se ordenaban y se hacían inteligibles. Al escucharlos, se le abrían nuevos horizontes de reflexión e incertidumbre, aprendía. Por supuesto, más cuando discrepaban que cuando coincidían. Había tenido amistades de este tipo

en la carrera y los años de ejercicio, pero las había perdido. Ahora, poco a poco, ocupaban su lugar el profesor y jóvenes como Antonio Garrido-Margalé o Joaquín Céspedes. No era lo mismo, no podía serlo, porque él ya no era tan transparente, no se permitía acercarse demasiado a los demás, ni que ellos se le aproximaran, no se daba tanto. Le parecía una precaución razonable para lo que ya sabía de los otros y, con todo, le daba pena haber perdido la candidez, no ir a

ser ya capaz de volver a intimar con nadie. En otro tiempo, cuando confiaba, se habría arriesgado a hablar sin reservas, a seguir la conversación de cualquiera que lo intrigase, incluso a propiciarla si hacía falta. Ya fuera un pupilo de De la Fuente o aquella alemana que no había dejado de acudir al Pasaje. La veía leer, libros y prensa; escribir tarjetas postales y en una libreta. Ajustarse, de vez en cuando, las gafas. Cerrar los ojos concentrada y luego abrirlos, vivaces, tras los

cristales. Juraría que por momentos levantaba la vista y lo miraba, pero luego enseguida volvía su atención a lo que anotaba.

Inge Baumgarten, en efecto, había incluido en su rutina el pasar por la cafetería al terminar la jornada antes de retirarse a Triana. Sentada en aquel local, escribía a sus padres, a una de sus hermanas, a su cuñada, que se había quedado a cargo de su casa, al director del museo, a un par de grandes amigos de Theo, incluso, alguna vez, a

él. Otras tardes leía, novela, poesía, en alemán y español. También solía hacer listas. Era muy organizada e incluso le ayudaba planificar los pasos que daría al día siguiente, cuando volviera a hallarse cara a cara con la tela que restauraba. Pero, de vez en cuando, la muñeca se le iba y, con solo cuatro trazos, se apropiaba de una licorera que pasaba sobre una bandeja, rauda. O jugaba a plasmar la postura de un brazo, una cara. Justo cuando Germán sentía que ella lo observaba, era porque

tomaba apuntes de su gesto, concentrado, adusto. Le resultaba un modelo curioso, un buen modelo, ahí tan quieto. De noche, de vuelta en el apartamento, alguna vez pasó atrás y adelante las hojas de la libreta, como si solo quisiera comprobar su pericia, como si no reparase en el efecto de vida que la velocidad daba al dibujo.

Pero el día que se sorprendió a sí misma deseando que él descubriera que lo estaba retratando y que eso sirviera para acercarle a la mesa, se sintió

infantil y ridícula. Dejó el importe del café, que ya conocía, y se marchó enseguida, echándose por la calle una filípica sobre la necesidad de controlar sus impulsos, de madurar de una vez, de cambiar. Inge se impuso no regresar al Pasaje y hubo jornadas en que no le costó serse fiel. Otras, en cambio, sin ninguna razón le arrebatában unas ganas irrefrenables de insubordinarse. Aunque imaginar al «pelirrojo severo» —como solía llamarlo— ajeno por

completo a su ausencia y quebraderos de cabeza le hacía perseverar en su decisión de no volver jamás.

No podía imaginar que Germán sí había reparado en su desaparición y menos todavía que al comprobar que pasadas las semanas ella no regresaba, sintió una decepción que le costó entender. Finalmente una noche, cenando solo, se explicó que lo que le daba pena era no encontrar ya aquel interrogante entre las decenas de cabezas sentadas a las mesas. Ella había

aparecido por sorpresa, en medio de la rutina encarnó lo imprevisto. Pero como había leído en cierto libro, es frecuente que los oasis del desierto no sean más que espejismos. Ahora, sencillamente, volvía a aburrirse, no atisbaba en el horizonte ningún misterio.

¡Cuánto habría disfrutado siendo el dueño del ojo que espiaba a Inge mientras trabajaba! Ella se entregaba, se esforzaba tanto que por más frío que hiciera en la celda, solía acabar sudada. El puente de las

gafas resbalaba nariz abajo, pero ella ni lo notaba absorta en las cicatrices del cuadro. Era el más dañado al que se había enfrentado. Durante la invasión napoleónica lo arrancaron del bastidor, como al resto de Murillos y los *Finis gloriae mundi* e *In ictu oculi* de Valdés Leal. Los franceses, que convirtieron el templo en polvorín, supieron apreciar el valor de las obras y las llevaron a París, pero enrolladas de cualquier manera, sin el menor cuidado. Los desperfectos

que las telas sufrieron en aquel traslado no fueron reparados ni en Francia ni cuando, de regreso en España, años después, volvieron a ser tensadas y dispuestas en el templo. A criterio de Inge, todos los cuadros precisaban cuidados, pero ella solo había sido contratada para reparar el *Santa Isabel*, que era el más estropeado y, para ella, el mejor. Su factura y estructura, cuya perspectiva evocaba las grandes renacentistas, lo hacían una joya. Pero a ella le

conmovían las figuras, sobre todo los tiñosos, agachados, tirados por el suelo, con los rostros ocultos o deformes por las muecas. Ellos eran los protagonistas y no la santa ni las doncellas que los lavaban. Los perdedores, los pobres de siempre y de todas partes, llevados a primer plano.

En cuanto al mal que afectaba a la tela, desconcertaba, llegaba a desasosegar lo mucho que se parecía la descamación de los pigmentos a las costras que provocaba el parásito de

la tiña. Por supuesto, para alguien como ella, que solo creía en lo que veía, era inconcebible una opción sobrenatural. Pero no podía evitar conjeturar que tal vez no fuera casual que de todos los cuadros de Murillo, solo este presentara tales alteraciones. Tal vez el pintor había intentado convertir el cuerpo de la obra en un trasunto del de los enfermos utilizando pinturas que sabía más perecederas, tal vez había querido *contagiar* al lienzo. No tenía ninguna prueba de

que fuera intencionada la elección de aquellos tintes. Quizá simplemente vendieron al autor una partida deteriorada. Pero lo cierto era que fuera por voluntad de este o por la simple acción del tiempo, el cuadro se había convertido en metáfora de los enfermos e imploraba los cuidados que ella le prodigaba. Ella, que a diferencia de Isabel de Hungría, no era ninguna santa.

Pasar delicadamente sus yemas por aquella superficie cuarteada, con

tanto cuidado, tanto mimo, amor, le hacía recordar el reciente pasado en que fue menos abnegada. Había cumplido con su deber, había hecho todo lo exigible a una esposa, enfermera no titulada, pero no había acariciado a Theo. Ni con aquella ternura, ni de ninguna otra forma. Había dejado de tocarlo a medida que se depauperaba. No por temor a infectarse, pues sabía desde el principio que su mal no se contagiaba, sino porque aquel cuerpo que se consumía, que se

llenaba de pliegues, que se
llagaba, le provocaba
aversión. Sí, era terrible,
inhumano, ser tan cruel
como para evitar acariciar a
alguien maravilloso y tan
enfermo. Ella no habría
podido repeler su abrazo o la
presión de su mano si él la
hubiera buscado, pero Theo
era lo suficientemente lúcido
para entender lo que le
pasaba. Jamás forzó la
situación y menos sacó el
tema. Ella se maldijo sin
tregua en las horas aquellas,
cuando sintiendo que debía
abrazarlo y besarlo fue

incapaz de hacerlo. Todavía, cada día, se lo reprochaba y estaba convencida de que nunca se perdonaría. Él, en cambio, jamás se lo echó en cara. En algunos momentos, cuando Inge lo sorprendía mirándola, le parecía leer en sus ojos la palabra «ingrata», pero siempre supo, entonces y ahora, que no era Theo quien la censuraba, sino ella misma, cuyos pensamientos se hacían visibles en su marchito cuerpo, como lo haría su imagen en un espejo.

Ya que él había muerto,

era inútil lamentarse de no haber demostrado amor — menos aún fingir pasión— a quien más había querido y deseado. No obstante, un instinto dañino la obligaba. Y lo peor era que estaba convencida de que en caso de tener una segunda oportunidad, no podría evitar actuar igual. Siempre le había sido imposible soportar la degradación física, las lesiones, las amputaciones. Era un defecto horrible sentir mezclado el asco con la compasión. Era monstruoso,

pero era así. Y nada lograba cambiarlo, ni la certeza de que el deterioro la alcanzaría a ella, quizá con especial crueldad en justo castigo a su necesidad de cerrar los ojos ante los miembros cercenados, los cuerpos tullidos de los lisiados, la carne flácida de los depauperados.

Por una de esas frecuentes paradojas de la vida, allí se encontraba ella restaurando el cuadro de *Santa Isabel* en la celda de un hospital de desamparados desde la que eran audibles

lamentos. Como estaba en el ala de los frailes y no de los desahuciados, los quejidos llegaban, muy de vez en cuando, amortiguados por la distancia y las sucesivas barreras de muros y patios. Pero incluso así, era inevitable oírlos a diario. La gente moría, de la mano de desconocidos que benévolutamente los acompañaban. ¿Tenía sentido hacer tanto esfuerzo por recuperar un cuadro cuando decenas de vidas se evaporaban dentro de aquel mismo edificio? Según el

día en que se parara a pensarlo, se despreciaba por lo ingenuo de su pregunta o consideraba que contenía la esencia de su gran dilema vital. Tenía dos opciones: o seguía ahí encerrada, ensimismada, restaurando la tela, o salía de la celda, cruzaba el corredor y el patio y llegaba al ala norte para ayudar a los moribundos, como una más. Se planteaba a menudo esta disyuntiva, pero invariablemente seguía restaurando el cuadro. Al fin y al cabo, era lo que la había

traído aquí y lo único que sabía hacer bien.

No podría soportar fracasar también en esto y tener que dudar de merecer el puesto y la situación profesional y social que había heredado de Theodor. Desde que él faltaba, sentía más que nunca la necesidad de justificarse, de demostrar y demostrarse que era digna de la fe que él depositó en ella, del cargo de restauradora del museo, del grupo de amigos intelectuales que ahora la rodeaba en Viena, incluso

del maravilloso piso en la Ringstrasse repleto de obras de arte en el que ya el propio suelo de madera, con sus vetas y nudos rojo oscuro, cepillado, deslumbrante, era un prodigio. No era cuestión de dinero. O sí, en parte. Como todo lo esencial, era complejo. Tenía que conseguir respetarse tanto a sí misma como para que, al volver, los retratos de Theo no la miraran como a una impostora, o peor, una usurpadora. Y estaba tan decepcionada de sí en el plano personal que cifraba

todas sus esperanzas en el profesional.

Dos golpes secos y enérgicos se sucedieron y antes de que pudiera reaccionar, entró en la celda una señora gorda vestida con el immaculado uniforme de las voluntarias. Durante una mínima fracción de segundo Inge pensó que se había equivocado, pero cuando reparó en la bandeja con el café y el bollo que le dejaban junto a la puerta, cada mañana, se sintió desconcertada.

—Bueno días, señorita,

le traigo el desayuno —dijo la mujer, resuelta.

—Buenos días. Muy amable —contestó Inge, extrañada todavía.

—¿Le ha molestado que entrara? Me presento, soy Juana Acedo.

—No, eh... Encantada. Es solo que no estoy segura de que debiera verme.

—Lo dice por los hermanos, por el cuadro, claro. Pero en realidad es bastante absurdo porque ya había mirado por la cerradura.

Inge sonrió ante aquella

confesión directa y sin culpa.

—Resulta ingenuo pensar que se puede enviar a alguien a dejar una bandeja junto a una puerta día tras días, durante semanas, sin que sienta curiosidad, ¿verdad? —preguntó lo evidente.

—Supongo —contestó Juana—. Hoy se me ha ocurrido que es mejor que sepa que lo sé. Estese tranquila, por mí nadie se va a enterar. Y bueno, desde mañana, como quiera, le puedo volver a dejar el

desayuno fuera o aquí en la celda.

—Mejor entre, ¿no cree? —propuso Inge.

—Pues sí, será más normal.

—¿Como voluntaria, está usted siempre ocupada? Quiero decir, ¿no para en toda la mañana? ¿Ni para desayunar?

—Lo mínimo, un segundo. Ahora, abajo, tomo algo —informó de vuelta a la puerta.

—Pensaba que... —empezó Inge.

—¿Sí?

—Tal vez podríamos desayunar juntas.

La mujer calló e Inge argumentó su invitación:

—Este es un trabajo solitario.

—No como el nuestro. Bueno, sí, según vaya de tiempo.

—Como quiera. En todo caso, gracias por traerlo.

A partir de aquel día Juana procuró a Inge compañía y se convirtió en una desbordante fuente de información. Lo mismo hablaba de casos tremendos,

de enfermos moribundos a escasos metros, que refería las polémicas que sacudían la ciudad, o sugería rutas, paseos, lugares para visitar y disfrutar.

—El mejor café es el del *Pasaje don Germán* —dijo un día a Inge, para su sorpresa—. Usted habrá ido ya. Es ese que está frente al Ayuntamiento. El tal Germán es raro, despegado, la gente lo comenta y una comadre mía que trabajó en cocina lo sabe por experiencia. Pero ¿qué se le va a pedir si es un infeliz?

Iba para abogado, el hombre, llegó a serlo, pero, quién sabe por qué, tuvo que dejarlo y es lo que pasa en la vida, señora, ¿no es verdad?, que cuando uno es desgraciado, el carácter se le va agriando.

Juana siguió hablando mientras recogía la bandeja, pero Inge no oyó lo que decía, entregada a asimilar la inesperada noticia sobre aquel Germán. Más de una mañana sintió ganas de preguntar a la mujer, de tratar de averiguar más. Pero se contuvo. Incluso más

adelante, cuando Juana se
brindó a recogerla algunas
tardes y descubrirle lugares
recónditos del centro,
rincones que pudieran
interesarle, cuando entre las
dos se empezó a fraguar una
relación más cercana a la
amistad. Recorrían a buen
paso las estrechas
callejuelas, compartían
ciertas confidencias.
Paraban, por supuesto, ante
iglesias y monumentos, pero
de lo que Inge tomaba
bocetos en su cuaderno era
de detalles, curiosidades:
trozos de vieja muralla,

extraños azulejos,
llamadores con formas de
sátiro o serpiente.
Precisamente Juana la llevó
la primera vez frente a los
restos de la torre vigía que
se conservaban al final de
Mateos Gago, cerca ya de la
calle Aire. Había vuelto,
sola esta vez. Y allí estaba,
con su carboncillo y sus
bosquejos, cuando la vio
Germán. Él apenas salía de
casa de De la Fuente. La
reconoció enseguida y sintió
alegría. Sin más, porque
estuviera en Sevilla. Pero
siguió andando hasta que,

antes de dar diez pasos, pensó que era ridículo tener casi cuarenta años y no atreverse a saludar a una mujer cuando era lo que deseaba hacer. Así que volvió.

—Hola, buenas tardes.

Inge se sobresaltó y tardó en responder.

—Hola.

—Siento haberla asustado —se excusó él. Ahora que no había vuelta atrás, casi se arrepentía de su iniciativa. Casi. Como ella no contestaba y eso le incomodó, antes de

marcharse, para justificarse añadió—: No sabía que pintara.

¿Cómo iba a saberlo? Ni eso, ni nada de ella. ¡Menuda estupidez! —se recriminó.

Inge, en cambio, dulcificó el gesto. Contestó con una mueca, un arquear de cejas y una media sonrisa que daban a entender: «Pues ya ve».

—Dibujo por afición —dijo, al fin, mostrándole el boceto. Y entonces, dejándose llevar por el impulso de querer intrigar a

aquel Germán, de probar a ver si eran capaces de iniciar una conversación de verdad, le lanzó—: Pero no es esto lo que me ha traído a Sevilla.

Sin saber muy bien por qué también Germán sonrió. Quizá porque aquello parecía un buen comienzo, una mano tendida. Ella había movido ficha y si él respondía con destreza, quizá, ¿quién sabía?, pudieran compartir una estimulante partida, como aquellas que había jugado con Eliseo, con don Pedro,

con Leticia.

—¿Ah, no? —
preguntó, tratando de ganar
tiempo para pensar en el
siguiente movimiento—.
Hay un café cerca...

—¿Suyo o de la
competencia? —lo
interrumpió ella.

—Yo no poseo nada —
contestó traspasándola con
la mirada—, pero supongo
que la respuesta es «de la
competencia». En todo caso
—siguió—, si me permitiera
invitarla, ¿me revelaría la
auténtica razón?

—No sé. Quizá si usted

me contara qué hace un abogado tras una barra.

Germán se quedó en silencio, mirándola. Pero recogió el guante y contestó:

—Entonces vamos.

En la cercana calle Levíes había un bar pequeño pero que, por estar anexo a los consulados de Inglaterra y Francia, tenía un curioso ambiente. Al entrar comprobaron, aliviados, que ningún cliente les prestaba atención. Inge estaba acostumbrada a que la escrutaran, fuera por su aspecto de extranjera o por

no ir acompañada. Ahora seguramente pensarán que era la esposa de aquel hombre, de ahí que no la miraran.

—¿Qué va a ser? — preguntó un camarero alto, puro hueso.

Germán, con un gesto, conminó a contestar a su invitada:

—Un café con leche.

—El mío solo, por favor —se sumó.

Cuando finalmente se quedaron los dos frente a frente, Inge se vio protagonizando un momento

largamente temido y
anhelado, el primero en que
volvía a exponerse ante un
extraño.

—¿Hablamos? —
preguntó Germán.

—Hablemos —
respondió ella—. Aunque lo
cierto —dijo— es que tengo
un problema con eso.

—¿Cuál?

—Para mí no tiene
sentido hablar sin sinceridad
o hablar por hablar.

—¿Por qué cree que
voy a mentirle? —la
interrogó él.

—¿Por qué cree que me

refiero a usted?

—¿Y por qué, tras aceptar acompañarme, no sería usted sincera?

—Porque no sé si me puedo fiar. La razón que me ha traído a Sevilla es un secreto. No debería revelarlo a nadie.

—Al final va a resultar que es usted lo que parece.

—¿A qué se refiere?

—Una espía. No sé, tiene un halo de misterio.

—¿Bromea? ¡Qué tontería!

—¿Prefiere que yo empiece?

—¿A qué?

—A confiar. Interpreto su silencio como que asiente.

Entonces llegó el camarero y los dos callaron hasta que se marchó de nuevo.

—Bien. Contestaré su pregunta —retomó Germán.

—¿Cuál?

—La de qué hace un abogado en la barra de un bar. Fracasar. Fracasar estrepitosamente y continuar.

—¿Ya está?

—¿Qué?

—Es una frase impactante, pero no sé si basta para hacerle acreedor de mi confianza.

—Míreme. No es simple, ni fácil. Me ha costado mucho asumir esa «frase», la verdad que encierra, que aunque concurrieron circunstancias que en Derecho llamaríamos eximentes y atenuantes, yo soy el responsable de que mi carrera descarrilase y con ella, en gran medida, mi proyecto de vida. No tengo conciencia de habérselo dicho así jamás a nadie. Ni

siquiera recuerdo habérmelo confesado en voz alta, aunque, claro, lo he pensado antes. ¿Por qué me mira así? ¿Cree que le miento? ¿Por qué querría hacerlo?

—¿Y por qué decírmelo justo a mí?

—¿Hemos hablado de ser honestos?

—Lo hemos hecho.

—¿Por qué me ha elegido usted a mí para revelarme su gran secreto?

—Yo no le he elegido —contestó ella despacio, comprendiendo a dónde quería Germán ir a parar.

—Efectivamente. Pues yo igual.

Los dos soltaron aire, como esgrimistas cansados al final del primer lance.

—Comencemos por algo más sencillo, si quiere —propuso Germán—.

Dígame de dónde es, hábleme de su ciudad, su país, la vida allí. Una de las cosas que lamento es no haber salido al extranjero.

—En cuanto empiece a hablar de eso, las pistas se acumularán.

—Elija entonces otro tema. Era solo una idea.

Hable de lo que quiera.

—Hablar.

—Hablar.

—Está bien. Le hablaré de mí, de la ciudad, del país. El espía será usted y quizá averigüe el secreto sin que yo tenga que desvelarlo.

—Espero estar a la altura del reto.

—Veremos —dijo Inge. Al parar a tomar aire, sintió una avalancha de sensaciones e imágenes. Luego siguió—. Yo nací en Salzburgo, pero si hablamos de dónde vengo, si me pregunta por mi ciudad, mi

respuesta es Viena. ¿Que cómo es? Impresionante, una ciudad imperial, con edificios magníficos. En realidad, ¿qué recuerdo yo?, ¿qué echo de menos? El silencio de los callejones oscuros por la mañana temprano cuando voy al museo en que trabajo; el olor de los roscos con simientes de la panadería Die Backstube por la que paso; la humedad del Danubio mojándome la cara, la única parte del cuerpo que no llevo cubierta en invierno.

Germán la escuchaba

asombrado, por el dominio del castellano, por el tono seductor y áspero, por la lentitud e implicación con que iba contando.

—Llegué a la ciudad — continuó ella— siendo casi una niña para trabajar en la casa de una familia noble que me costeó los estudios. Y eso, cursar Bellas Artes, ha sido la gran experiencia de mi vida. En la universidad conocí a mi maestro, luego me casé con él. Hasta que enviudé compartimos grandes años. Él me enseñó todo lo que sé,

incluso este castellano que hablo, pero sobre todo a vivir, a pintar...

—A restaurar.

—Bravo. Muy sagaz.

—Enhorabuena a usted.

Debe de ser una profesional excepcional. Lo mío era fácil, «experto en arte», «procedente de Viena»... Basta con leer la prensa.

—No hace falta que le diga...

—No hace falta, no. Si le han contado que soy abogado, también debería saber de mi honradez. Ni siquiera esta mezquina

ciudad podría negarla.

—Lo ignoro todo de usted en realidad, salvo detalles de los que me he enterado por casualidad. Sin embargo, es evidente que he decidido confiar. Pero lamentaría muchísimo tener el menor problema con mi trabajo. Para mí la pintura es sagrada. Y desde hace año y medio mi único asidero. Ella no me fallará, no desaparecerá, la pintura, el arte...

—Goethe, los libros —
añadió Germán.

Inge tardó en entender.

—Ah, sí —cayó, al fin —. Leer, por supuesto. Podría recitarle el *Werther* de memoria, pero me da seguridad tenerlo, tocarlo, leerlo, recuperar mis anotaciones, mis pensamientos. Gracias de nuevo. ¿Lo conoce?

—Sí —repuso él.

—¿Lee?

—Muchísimo. Aunque ahora casi solamente manuales de Derecho. Preparo la tesis en el poco tiempo libre que tengo.

—La tesis, qué interesante —dijo ella

adelantando el cuerpo.

—Lo es. Aunque, en mi caso, no sea inicio de ninguna carrera en la universidad. Mi sitio está en el bar. Mi futuro es gestionarlo lo mejor posible para comprarlo a mi suegro y traer aquí a mi mujer y mi hija. —Comprobó la reacción a la revelación y siguió—. Lo de la tesis... es solo un entretenimiento.

—¿Hay en la vida más que eso? —concluyó ella, tratando de mostrarse comprensiva, cómplice.

El reloj que presidía el

bar indicaba, preciso, el tiempo que iba pasando. Pero ellos siguieron hablando sin mirar una sola vez la esfera blanca. Solo cuando notaron la oscuridad afuera comprendieron que era hora de marcharse. Desandando sus pasos desembocaron en la Giralda y, una vez allí, ella anunció:

—Bueno, aquí nos separamos.

—Bien —dijo él.

Pero sintió que nada estaba bien, ni lo estaría si se iban sin que él verbalizara lo que pensaba. Por eso, tras

ciertas dudas, añadió:

—Deseo decirle y ser capaz de transmitir cuánta verdad hay en ello... Me gustaría que las palabras no sonaran vacías: ha sido para mí un auténtico placer hablar con usted. Un inesperado placer. Quiero que lo sepa.

—Me alegro, mucho — contestó ella—. De verdad, yo... —se detuvo a calibrar el peso de lo que seguiría— siento lo mismo. Ha sido un gran *entretenimiento* — agregó al final, sonriendo, para rebajar la tensión de

tanta confesión.

—Sí —añadió Germán, serio—, y más que eso.

Se quedaron un segundo mirándose, callados, hasta que Germán preguntó:

—¿Sería inconveniente que volviéramos a vernos?

—Supongo —contestó Inge—. Depende.

—No quisiera molestarla —dijo Germán—. Pero sí volverla a ver, volver a hablar.

—Imagino que no sería malo que otro día conversáramos.

—Entonces —se animó él— tal vez la próxima semana, en el mismo lugar...

—De acuerdo —aceptó ella.

—Perfecto —concluyó él.

No quedaba ya más que decir y, no obstante, continuaron parados hasta que oyeron gente acercarse, batir de alas bajando del campanario, entonces emprendieron caminos opuestos.

Desde aquella primera tarde, Inge y Germán

acudieron una vez por semana al mismo punto de encuentro. Los seis días previos ambos pasaban por diversas etapas. Justo cuando se acababan de separar sentían la exaltación de ver cumplida su intuición, de haber encontrado, el uno en el otro, un interlocutor sorprendente, estimulante, capaz, alguien que no esperaban conocer ni a esas alturas de la vida, ni en aquel lugar. Se les venían a la cabeza cuestiones, anécdotas de sus respectivos trabajos, de su cotidianidad

que no querían dejar de comentar en su siguiente cita.

Pero a mediados de semana flaqueaban, dudaban, la mala conciencia les asaltaba. ¿De verdad solo querían hablar? Inge ya tenía con quien conversar, bien era verdad que sin profundidad. Contaba con Juana, sus caseros, incluso algunos días recibía la visita de algún hermano de la Caridad que entraba a la celda a saludar y ver qué tal. Germán, por su parte, se relacionaba, obviamente,

con el personal y los clientes y podía mantener conversaciones más profundas con miembros del Ateneo, con De la Fuente y los doctorandos del departamento. ¿Realmente no era engañarse afirmar que el uno del otro no esperaba más que un intercambio intelectual?

Lo que más rebelaba a Inge era la posibilidad de estar buscando en Germán el refugio de una nueva figura paterna. Tendía a descartarlo en realidad porque él no encajaba en el

rol del maestro, ella no lo miraba como una pupila, atisbaba en él su propia fragilidad, sus heridas. No obstante, le daba vueltas porque necesitaba comprender la atracción que sentía por él. Oír sus propios pensamientos la enfurecía: «La atracción que sentía por él». ¡Ella era una viuda! ¡Hacía poco más de un año! ¿Acaso lo había olvidado? Debía un respeto a Theo, a la memoria del amor que vivieron, a sí misma. Si algún día cedía, y se sabía, la sociedad se le echaría

encima. Había pasado a otra etapa. Ya no estaba permitido desear, ni ser deseada, querer descifrar, ni ser desentrañada. Pertenecía a la categoría de mujeres que se habían casado, habían perdido a sus maridos y no tenían más que conformarse con recordar a qué sabían los besos, cómo eran los abrazos. Pero además ¡él estaba casado, tenía una hija, no era austriaco! No había opción de futuro, ¿qué sentido tenía el coqueteo, si es que se trataba de eso?

En cuanto a Germán, se

echaba en cara que él ya había vivido aquello, en las mejores circunstancias, por edad y libertad, para el cortejo. A pesar de lo cual, por su culpa, salió mal. Además, esta mujer, Inge, era viuda y sería el colmo de la incoherencia que él, tan ofendido de niño por la deshonra de su madre muerta, cayera ahora en lo mismo, afrentara al difunto, a su hija Leticia y a Berta. ¿Cuántas veces, cuántas, se había hecho la sagrada promesa de no ser jamás infiel a su mujer?

Todas las objeciones posibles tomaban forma en sus cabezas. Pero al llegar el día de la cita una idea se imponía: verdaderamente sin ir más allá, con una conversación similar a la que compartieron la última vez ya vivirían una tarde muy destacada respecto a las demás que se sucedían en sus vidas. Cuando, aún dudando de si hacían o no bien de acudir a la entrevista, se encontraban, la alegría brotaba espontánea. Ahí estaba esa persona de carne y hueso, lúcida,

fantástica, cuya entidad real casi habían olvidado preocupados por los dictados de la moralidad. Por lo general, al principio ambos se referían a sus trabajos, Inge a los avances en la restauración del cuadro y Germán a su investigación, como si hacer la tesis fuera su actividad principal. Nunca faltaba materia que comentar, si algo escaseaba era el tiempo. Y cuando se acercaba inexorable la hora de separarse, sentían urgencia por compartir confidencias. Germán llegó

a explicar con todo detalle la concatenación de errores que lo llevaron a acabar por renunciar a la carrera y los sueños por los que tanto había luchado; para Inge lo más doloroso fue analizar cómo sus inseguridades la abocaron a aceptar en silencio conductas intolerables.

Nunca les apetecía separarse, marcharse. Transigían porque a su edad habían aprendido a aguantarse y porque se emplazaban para otro encuentro la semana

siguiente. Fue como si en sucesivas citas completasen las fases de una catarsis. Por supuesto, sabían que, en la medida en que más intimidad exponían, compartían, más riesgo había de que el otro los lastimase o defraudase. Pero precisamente lo elevado de la apuesta era lo que daba valor a aquello, una relación, un juego que nunca pasó del intercambio dialéctico pero les llegó a proporcionar un placer físico que ninguno se habría atrevido a negar.

Solo dos temas estaban

prohibidos, aunque no lo hubieran establecido de un modo explícito. Uno era justamente el innegable deseo. Ambos parecían compartir la idea de que este era instintivo, inevitable, y mientras no se desbordase en palabras, ni actos, sobre todo mientras no se tocasen, nadie, ni sus propias conciencias podrían acusarlos. A pesar de lo cual sentían ganas de avanzar, acercarse al abismo, asomarse y andar más allá, aunque ello supusiese precipitarse, caer, romperse

en mil pedazos, estropearlo todo de un modo que nunca podría arreglarse. Ante el riesgo paraban y tenían pulso bastante para hacerlo a tiempo, justo a tiempo. Eso no significaba que salieran ilesos de sus escarceos. Cada vez se conocían y se necesitaban más. Y eran lo suficientemente perspicaces para comprenderlo, anticiparse al día en que se tendrían que separar y calibrar el dolor del adiós.

Aquel era, por cierto, el segundo asunto que evitaron hasta que una tarde Inge

preguntó:

—¿Qué pasará cuando me vaya y ya no nos veamos?

Germán comprendió que eso significaba que se acercaba el final. Dudó qué contestar. Sentía la angustia con que Inge formulaba la pregunta, la misma que a él le traspasó cuando la oyó. Solo deseaba aliviar su dolor. Pero ¿cómo si no podía evitar que ella se marchara, ni podía él dejar atrás su vida y seguirla, si no podía dar marcha atrás en el tiempo y hacer que se

conocieran en otro momento? Con el tono más ligero que pudo y su mayor deseo de que fuera cierto, respondió:

—Pasaré que lo olvidarás todo: Sevilla, a mí, nuestros encuentros. No te dejará huella o no te dolerá por lo menos. Llenarás tu vida de otras experiencias, te recuperarás. Mucho antes de que yo pueda hacerlo.

—¡Ah, por supuesto!
—repuso ella, irónica y molesta—. ¡Qué pregunta más tonta! ¡Olvidé que para mí esto es solo un

entretenimiento! Bien —
anunció entonces—, pues
apenas nos queda un mes
para entretenernos.

Justo en ese instante, al
reparar Germán en el
temblor de los labios que
ella apretaba, tuvo la
revelación: ser infiel era eso,
desear tanto a una mujer,
querer arder con ella en el
infierno, revolverse contra el
mundo, contra el destino,
contra sí mismo, saber que
pasara lo que pasara, incluso
si no llegaba a rozarla, todo
lo importante, lo grave, ya
había ocurrido. Saberlo,

comprenderlo y tener conciencia plena de que la mujer que tenía enfrente, que lo miraba, comprendía aun sin palabras todo lo que para él significaba, era una dimensión del amor, de la relación de pareja que nunca había alcanzado con nadie y no es que fuera suficiente, bastante, es que era extraordinario.

Desde el momento que supieron el día de la última cita intensificaron los encuentros e hicieron un enorme esfuerzo porque estos no estuvieran

dominados por el dolor y el sufrimiento. Sin dedicar mucho tiempo a poner en común los varios consuelos a los que cada uno recurría—diciéndose, entre otras cosas, que todo acaba en la vida, que no siempre las experiencias más plenas son las más duraderas—, planearon llenar de contenido sus entrevistas, seguir disfrutando, hasta el final, de la insólita oportunidad de tenerse el uno al otro. Aunque suponía llevar al límite su fuerza de voluntad, prepararon una

aventura para la última jornada que compartirían como camaradas. Inge había apuntado meses atrás que le gustaría visitar el monasterio de San Isidoro del Campo, en la cercana localidad de Santiponce. Germán solo lo conocía de oídas, sabía nada más que allí nació la primera Biblia en castellano, creía que estaba abandonado, pero Inge quería ver los frescos, había leído sobre ellos. En aquel momento Germán no se decidió a organizar la escapada, a pesar de tener la impresión de que ella le

ofrecía una coartada para salir, juntos y solos, de la ciudad. La complicación principal era el transporte. Había dos opciones: o se hacían con los servicios de un cochero, algo inconveniente, pues convertía a un extraño, de dudosa discreción, en testigo de su vínculo, o alquilaban un caballo, lo cual era mejor pero no ideal porque él no había sido jamás un jinete avezado y su agilidad no había mejorado con los años. Su estampa resultaría ridícula. Pero ahora que ella

se iba, lo ridículo sería no disfrutar al máximo del último día, como fuera.

A Inge le encantó que él recordara aquella idea suya, que no se conformara con despedirla con un adiós más, una tarde más, en el mismo lugar, que le ofreciera una alternativa. Aceptó, por supuesto, estuvo de acuerdo en ir a caballo, le pareció razonable citarse en un lugar discreto y hacerlo temprano. A la orilla del río, mientras amanecía, la niebla ascendía. La estampa le hizo recordar el Danubio al que

volvería pronto. A través de la bruma adivinó a Germán. Le hizo gracia lo distinta a los libros que era la realidad. Él no era un jinete impresionante a lomos de un fabuloso corcel, solo un hombre voluntarioso empeñado en hacer avanzar a un escuálido animal. Pero ella también sería diferente como protagonista de una historia ficticia. Para empezar no tendría aquellas malditas gafas, ahora empañadas por el vaho que exhalaba en la helada mañana. ¿Y qué importaba?

Mejor para ellos si no eran personajes de novela, sino una mujer y un hombre, libres, saltándose la consabida trama.

El viaje por la vega del Guadalquivir, mientras despuntaba el sol, fue maravilloso. Apenas hablaron, pero cabalgando disfrutaron por primera vez de su contacto. Una vez llegados a Santiponce, el párroco que custodiaba la llave (como unas paisanas les informaron) se extrañó de la visita. No porque fuera insólita, de vez en cuando

venía alguien queriendo echar un vistazo al monumento clausurado, sino porque pareciera liderarla una mujer. Inge se presentó como personal del Kunsthistorisches Museum —incluso mostró el documento que lo atestiguaba— y explicó que deseaba ver el monasterio para incluirlo en una monografía de arte sacro español que su institución preparaba. Todavía más raro, una señora en visita de trabajo. Pero ya se sabe, los extranjeros son raros y

Austria parecía haber evolucionado de manera distinta a su antigua hermana, España.

Eso y otras cosas ininteligibles murmuraba el cura que, aunque fastidiado, los condujo al recinto, les abrió y sin esperar a cansarse de guiarlos se sentó en un banco y los conminó a vagar por su cuenta. Había allí muchas hermosas y valiosas piezas, si bien en un estado lamentable. Destacaban el retablo, un conmovedor crucificado medieval y el conjunto

formado por el órgano, coro y trascoro en madera labrada y toda apolillada. Pero lo que más atrajo a Inge eran las pinturas que, aunque parcialmente borradas, cuajaban los muros de los claustros, refectorio, biblioteca y sacristías. Aparecían superpuestas en un insólito mosaico de épocas distintas: desde figuras geométricas imitando azulejos andalusíes a caballeros con yelmo y damas (con su versión religiosa de sacerdotes y monjas), llegando a

estampas renacentistas de barcos con una tripulación compuesta casi a partes iguales por marinos y frailes, de aquellos jerónimos del monasterio que en el siglo XVI huyeron de la hoguera de Felipe II y la Inquisición rumbo al norte de Europa, donde triunfaba la Reforma. El testimonio pictórico era admirable, por más maltrecho que se encontrase.

Los ojos de Germán, aunque también asombrados por los frescos, se desviaban una y otra vez a Inge. Él disfrutaba más

contemplando su atención, su interés, su emoción. Se sentía satisfecho de ser el artífice de que aquello estuviera ocurriendo. Pero cuando se vieron fuera, en el huerto de naranjos, bajo el sol cenital, la mañana pasada en el monasterio pareció poco más que un sueño.

Comieron frugalmente en una venta y dedicaron la tarde a pasear por el pueblo. Desde una loma otearon las ruinas romanas de Itálica. Al principio, comentaban lo que iban viendo, pero luego ya no pudieron más que

limitarse a arrastrar los pies, muy cerca ambos, concentrados en la respiración del contrario. Cada uno había decidido por cuenta propia no aludir a lo que al día siguiente ocurriría, ni a lo que había supuesto para ellos encontrarse, conocerse. Habían sido muchas citas, durante muchos meses. ¿Para qué explicar lo evidente? Y dado que desde el principio habían adquirido el compromiso de no hablar si no era para decir lo que pensaban de verdad, era

mejor callarse. Lástima que supusiera desperdiciar la última oportunidad de escuchar la voz del otro, esa que tanto iban a añorar.

Aunque fuera solo para compartir el silencio, postergaron el regreso cuanto pudieron y ya había anochecido cuando reemprendieron camino. Esa vuelta atrás, a Sevilla, fue terriblemente dolorosa. Cada paso de aquel maldito caballo los acercaba a su despedida y llegado el momento, Inge se deshizo de todo convencionalismo y

abrazó desde atrás a Germán tan fuerte como pudo. Él agarró la brida solo con la mano derecha y se sirvió de la izquierda para acariciar los brazos de ella. Estuvo tentado de parar y echar pie a tierra, pero tenía miedo de estropearlo todo en el último instante. ¿Y si Inge no quería más que seguir así, abrazándolo?

Solo bajaron del caballo cuando ya se veía la esquina donde quedaba la cuadra. Inge se quedó esperando, mientras Germán se acercó, ya andando, a

devolver el animal y pagar. Una vez juntos de nuevo, siguieron sin decir nada y en silencio consensuaron que por primera vez desde que se conocían, él la acompañaría a su casa. No se cruzaron con nadie. Ni se escuchaban voces, ni se veían sombras tras las ventanas apagadas. Era muy tarde. Al alcanzar el altozano y adentrarse en la calle Pureza, Inge dijo:

—Es ahí mismo. En el número veinte.

Todo parecía irreal — pensó Germán—. Mentira que llegaran juntos a la

puerta como una pareja, y mentira que aquello no fuera a repetirse porque nunca más se vieran. Una palabra, «adiós», y se acabó. Inge pasaría a la galería de muertos y desaparecidos, como su madre, Juan, Eliseo, Leticia. Alguien a quien recordar pero que uno no podría buscar, abrazar, acariciar, ni besar. Había solo dos opciones: resignarse o desesperar. Y después de desesperar habría que resignarse, así que... En la cabeza de ella atronaban ideas en una lengua que,

pese a ser la suya, no entendía. De pronto, en el colofón de su aturdimiento, preguntó:

—¿Esto es todo?

¿Lo era? Antes de darse cuenta, él la abrazó y la besó con desesperación. Germán no oía más que el bombear atronador en su interior y fuera, el viento que se había levantado. Una puerta se abrió y ellos, a ciegas, subieron decenas de peldaños. Era una locura. Tropezaban. Los caseros podían asomarse y verlos. Inge, al fin y al cabo, se iría,

pero él... ¡Y las objeciones que se había repetido aquel año y en el pasado!

No podía pensar. Lo sentía. No podía, no quería. Era una dimensión distinta. Pero real, innegable. No era ya el único implicado. Había alguien que hablaba y actuaba sin que él pudiera prever sus acciones ni palabras. Ya en la habitación, aun con las luces apagadas, la vio. Se desabrochaba la blusa azul y descubría trozos de carne blanca, sujeta por un corsé de encaje negro. Mientras él

la besaba del cuello al hombro, oyó unos botones saltar, la falda caer. Ahí estaba esa mujer, semidesnuda, a contraluz.

No pensar, no pensar. Únicamente volver a acercarse, levantar el precioso cuerpo en volandas, llevarlo a la cama. Tendido sobre ella, vestido todavía, empezó a lamer el lóbulo de su pequeña oreja. Inge tomó la iniciativa de quitarle la chaqueta, la camisa. Nada excitaba más a Germán que la urgencia con que lo atraía hacia sí, lo llamaba, lo

deseaba. Para asombro de los dos, después de un número incontable de giros, de caricias, de tentativas de dominio y deliciosas huidas, de pronto, ella se movió de tal modo que se colocó encima. Siempre había deseado hacer aquello, pero ¿cómo atreverse siendo la discípula, la elegida, amparada, protegida? Ahora era distinto. Los dos eran iguales. Pecadores o libres, pero iguales. Por eso ella podía montarlo, cimbrear su cintura con la cadencia y ritmo que quisiera, buscar su

propia satisfacción. El cambio de perspectiva fascinó a Germán, sobre cuyo rostro pendían los pechos leves de su amante, que degustaba como flanes. En aquella posición, las manos buscaban su asiento natural. Acarició, recorrió los glúteos de Inge, redondeados y firmes, la hizo temblar, gemir, pedir más y a más velocidad.

—Un poco más fuerte, dame más fuerte, sin miedo, más.

Aquello eran nalgadas, sonaban, pero a ella le

gustaba. Inge se tapó la boca para ahogar los gritos que no podía evitar. Luego se agitó febril, lloró y, exactamente a la vez que él, culminó. Exhausta, se dejó caer y así, la una sobre el otro, pegados por el sudor, callados, se quedaron como dormidos. Sus mentes se apagaron. Flotaban en medio del vacío, del oscuro universo y se sentían plenos, a la vez fugaces e inmortales.

Hasta que, de repente, la conciencia de Inge recobró el mando del cerebro y, rompiendo la

magia, le transmitió el mensaje: «De un minuto a otro despertarás, el tiempo volverá a ponerse en marcha, desaparecerá el paraíso, habrá un hombre desnudo, le pedirás que se vista y tú misma te cubrirás, os despediréis y saldréis para siempre de vuestras respectivas vidas». Aquellas palabras le dieron náuseas, prisa. Abrió los ojos y comprobó que Germán la miraba. La besó en la frente con un amor y una ternura desbordantes. Entonces ella, con los ojos clavados en los

suyos, le susurró:

—No sabes cuánto me cuesta decir esto —y paró como si de verdad hablar fuera un esfuerzo—, pero creo que será menos doloroso no dilatar la despedida.

—¿Quieres que me vaya ya? —preguntó él incrédulo.

—No quiero..., pero lo prefiero —matizó, temiendo haberle herido—. Si esperamos juntos a que pasen estas horas, las últimas, a que amanezca, vamos a hacernos tanto

daño... que lo vamos a lamentar.

Sí, quería que se fuera, eso era lo que le estaba diciendo. Seguramente tenía razón, pero si por él fuera se quedaría allí con ella hasta el último segundo que pudiera. Él era así, cobarde. Aquella era su enseña. Le asustaba volver la espalda y dejar de verla, afrontar cada paso bajando las escaleras, recorriendo las calles hacia su casa, aceptar la pérdida, que su existencia volvería a ser anodina, que toda la dicha ya había sido vivida.

Sentado en el costado de la cama, desnudo todavía, se permitió la debilidad de hundir la cara entre sus manos, inspirar, retener el llanto. Solo un segundo. Nada más. Lo necesitaba. Inge pareció oír sus pensamientos y lo abrazó por la espalda.

—Sabes que no te olvidaré —le dijo.

Era verdad, lo sabía. Conocían todo el uno del otro. Todo lo que podían decir las palabras y también lo que los cuerpos, por sí mismos, se podían

comunicar. Puesto que no cabía añadir más, Inge tenía razón, era mejor separarse.

Él se vistió de prisa y ella se puso en pie y se envolvió en las sábanas. Antes de abrir la puerta, Germán la atrajo a su pecho y la abrazó con rabia. Fue a soltarla, pero en el último instante la retuvo de nuevo y le dijo al oído:

—Te voy a echar de menos cada día, Inge. Ten suerte, mucha suerte. Me encantaría cuidarte. Hazlo tú, amiga, estés donde estés, vayas donde vayas.

En ese último segundo, la puerta se cerró tras él, sin dar tiempo a que ella contestara:

—Yo también te extrañaré, Germán, yo también. Sí, cuídate.

Inge se arrepintió de haber precipitado la despedida, de no haber aprovechado el poco tiempo que les fuera regalado. Demasiado tarde. Germán debía de estar ya en la calle, tal vez mirando a la ventana, pero ella no tenía fuerzas para asomarse. Estaba paralizada y ni podía ni

quería evitar ya que las lágrimas brotaran. Sola en el cuarto, de pie y aterida, una pregunta se repetía en su cabeza, con insistencia obsesiva: «¿Esto es todo? ¿Esto es todo?». Nadie contestó.

A paso rápido, Germán alcanzó la pasarela sobre el río y empezó a cruzarla. También él lloraba. Le abrumaba haber deseado, disfrutado, amado, por fin, tanto, y tener que dejar ir a esa mujer. Sentía desolación, un desgarró... irreparable. Todo acababa ahí, ya *había*

acabado. Y a pesar del dolor, creía obligado agradecer a Inge, al destino, y a sí mismo, el haber permitido que existiera esa increíble noche que ya se rasgaba en jirones.

Nadie sabría lo que había ocurrido la madrugada de 1909. ¿Llegaría el día en que él mismo dudara? No, tenía que resistirse a olvidar. Aferrarse al recuerdo de Inge, del olor que ahora lo acompañaba, que estaba ahí en las palmas de sus manos, cuando las juntaba haciendo un cuenco, las acercaba a su

cara y aspiraba. El olor de su piel, olor a sexo, que necesitaba que fuera eterno, pero que ya se esfumaba.

XVII

PASAJE II. VUELTA

Aunque, por momentos, Germán creyó entrever algún sentido, alguna vez, en líneas generales, la soledad y la rutina le sumieron en un profundo letargo durante veinte largos años. Cierto que en ese lapso concurren hechos

históricos de calado y otros más modestos pero que le concernían directamente a él y su familia. Sin embargo, asistió a todo como alguien aturdido, que casi no recordaba cuándo fue abogado, que no se convirtió en investigador, pues no acabó la tesis, ni jamás llegó a reconocerse, por más tiempo que pasó, en la piel del responsable de aquella cafetería, bar, restaurante. Hasta que, en 1929, tuvo que despertar.

La primera gran noticia de esas dos décadas fue la

venta de la carbonería por su padre, que regresó a Pechón. El tercio del dinero que Ramón dio a Germán como herencia se sumó a lo que este ya llevaba ahorrado y le permitieron proponer a su suegro la compra del Pasaje. En la visita en que finalmente cerraron el acuerdo, Germán volvió a dejar embarazada a Berta y en 1911, con su hijo Germán recién nacido, se trasladó por fin la familia a Sevilla. Ya allí, en 1913, nació su tercera y última hija, Marcelina, su preferida, tal

vez porque fue la única cuyo parto presencié, porque se le parecía o por ser la benjamina.

España vivía una etapa de gran tensión social y política. En 1909 una revuelta obrera en Barcelona fue salvajemente reprimida, en 1912 asesinaron al presidente Canalejas. Pero todos los conflictos nacionales palidecieron ante la guerra mundial que estalló en 1914. La gente se preguntaba si la contienda extendería sus fronteras y acabaría por afectarles como

lo hacía ya a la población centroeuropea. Germán imaginaba a Inge, las penalidades que pasaba, sin que nadie a su alrededor se figurara su vínculo con una austriaca. En realidad, mucho de lo que él había sido, de lo que aún era cuando se abstraía, con la mirada perdida, resultaba desconocido para Berta y los hijos. Ellos lo veían como un hombre taciturno, en su medio siglo de vida, alguien que estaba en el Pasaje todo el día, pero con la cabeza en otra parte. Desde que pagó

el traspaso no encontraba, la verdad, razón para deslomarse. No era un hombre ambicioso. Le bastaba con que el negocio rentase lo suficiente para pagar la ropa, la comida, el colegio de los niños, un liceo francés, que suponía su único lujo junto con el tabaco. Confiaba en que el negocio funcionara dando apenas, de tanto en tanto, una mínima guía a los empleados en que había acabado delegando. Los primeros años leía en la barra, prensa o libros,

disimulándolos bajo los albaranes, luego ya se decidió a sentarse, siempre en la misma mesa, como si más que el dueño del Pasaje fuera un cliente fijo. Uno, por cierto, que fumaba a destajo.

Los diarios dieron cuenta de la guerra durante meses, doce, veinticuatro, treinta y seis. En 1917 las crónicas de la contienda fueron desplazadas de las portadas por una revolución campesina en Rusia que derrocó al imperio de los zares. Una insurrección

comunista llamada —según sus impulsores— a extenderse por todo el mundo. Aunque aquello no llegara a hacerse realidad en España, sí que en los años 18, 19 y 20 aumentaron las protestas, la conflictividad, las huelgas. A algunas se sumaron los empleados del Pasaje y Germán, a diferencia de otros patronos, no ejerció represalias. Algunos clientes, capitostes de la Sevilla rancia, le afearon su proceder, que —decían— podía interpretarse como de respaldo a las

revueltas. Pero si algo tenía de bueno no haber llegado a nada era no tener deudas, ser independiente.

«Librepensador» era la palabra que, al hablar de política, usaba para definirse, ante los niños y Berta.

Germán les transmitió que no creía en Dios — aunque respetó que ellos fueran a misa y cumplieran con los demás ritos católicos —; que para él la educación, el estudio era lo más importante; que (aunque nunca lo formulara así) tenía

cierta conciencia de clase, un sentido de que el sistema era injusto con la gente de los estratos más bajos, que no solo no les daba, sino que les negaba oportunidades y que consideraba que el único modo de evitar un conflicto era emprender reformas sociales. Esas eran las cuatro ideas que, en dos décadas, los Díaz sacaron sobre la ideología del padre. No eran muchas, pero es que él, con los años, se había ido reconcentrando.

Leticia y Germán acabaron la escuela primaria

—a diferencia de Marcelina, que como era enfermiza y consentida faltaba a menudo a clase— y se matricularon en secundaria. Algunos veranos toda la familia volvió a la Montaña para que los niños mantuvieran el contacto con la tierra, no se desarraigaran. Uno de ellos, el de 1921, Germán encontró a su padre ya encamado. Tenía el cuerpo ulcerado, sufría de un modo horrible. Después de verlo, recriminó a Vicenta y Amalia que no lo hubieran avisado por telegrama, aunque en su

fuero interno sabía que habría sido un problema dejar a Berta y los hijos solos, en Sevilla, durante meses. En cambio, ahora que estaban todos en Pechón, se quedarían hasta el final, tardara este lo que tardase en llegar. No se perdonaría fallarle a su padre sintiendo, como aún sentía, la culpa de haber dejado en la estacada a su madre. Aquel verano pasó largas horas junto a la cama de Ramón, agarrándole la mano. No recordaba haber tocado tanto a alguien.

Cuando parecía consciente, despierto, Germán, superando el mutismo en que llevaba refugiado años, le contaba cosas, de Sevilla, del pueblo, hechos la mayor parte de las veces inventados o exagerados. Amalia y Vicenta eran las encargadas de asear al enfermo, pero la ayuda de Germán era vital para incorporar y mover al hombre, un peso muerto. Ramón se dejaba hacer. El dolor le impedía casi cualquier forma de comunicación, de modo que intentaba proyectar su

agradecimiento mirando con intensidad, con los ojos muy abiertos. A quien más hondamente miraba, siempre, era a Germán. Una tarde muy complicada en que parecía sufrir más no porque se quejara, sino porque muecas espasmódicas contraían su cara —mientras fuera, en la *ruyera*, se oían niños jugar, vacas mugir, la vida fluyendo a escasos metros —, el hombre aprovechó un segundo de especial lucidez para aliviar su conciencia de una pesada carga.

—Germán —susurró con esfuerzo—, hay muchas cosas en que no te he podido ayudar.

—No hable, padre, no se canse. Los dos sabemos cuánto me ha ayudado. Ha trabajado usted mucho, me ha alimentado, cuidado. De no ser por usted, yo nunca habría estudiado.

—Estudiaste... porque te empeñaste —acertó a completar despacio.

—No vaya tampoco a reñirme ahora, padre. Solo descanse, ande.

—No, no es eso, yo... a

veces no he sabido cómo.

—Shhh. Cuando uno está mal, débil, padre, a veces se hace daño. Hágame caso, piense en otra cosa. Voy a contarle...

—Escúchame un segundo, hijo, te lo pido.

—Está bien, dígame — claudicó.

—Una vez quise ayudarte. Pero nunca he estado seguro de haber hecho lo correcto. No quiero morir con ese remordimiento. Llegó a la carbonería una carta. Por supuesto, no la abrí, nunca

lo he hecho. No hubo necesidad para adivinar...

—¿Es de Eliseo? — saltó a los labios de Germán la sospecha de años.

—Venía en un sobre blanco con filo negro.

—Pero ¿cuándo, padre?

—Hace tanto, Germán. Cuando murió el abogado. Tú volviste a Cádiz sin trabajo, desesperado... Yo no podía... Luego nunca encontré ocasión. Pero no quiero irme con eso dentro.

—Padre...

—Arriba, en el *soberao*, hay un baúl con las

cosas de tu madre, sobre todo ropa, pero también una caja con las cartas que tú le mandaste. La única en un sobre de luto es esa, la del señor Eliseo. Te quería tanto, hijo. ¡Todo habría sido tan distinto si él hubiera sido tu padre!

—No delire, se lo pido. Él era un amigo. Yo soy su hijo.

—Si no se hubiera ido, si no hubiera muerto, si hubiera vuelto, tú no habrías abandonado, seguirías siendo abogado.

—Eso no es cierto,

padre. La vida es complicada y usted lo sabe. No se canse, no se torture. Yo ya imaginaba...

—Lo hice para protegerte.

—Lo sé, padre, gracias. Cierre un poco los ojos, descanse, inténtelo por lo menos.

Entonces Ramón, dócil como un niño que, en una rabieta, ha llorado, se ha desahogado y ha agotado las pocas fuerzas de su limitado cuerpo, dejó que el sueño tomara posesión de él. Cuando Germán lo oyó

respirar con aquel
acompañado pero angustioso
ronquido gutural supo que se
estaba durmiendo de un
modo distinto. Cerró él
mismo los ojos como si eso
le ayudara a concentrarse en
el calor que todavía emitía,
dentro de su mano, la mano
de su padre. Luego se la
llevó a los labios, la besó,
sin miedo a despertarlo. Con
un saber heredado había
comprendido que el
momento había llegado.
Dejó la mano morena,
nudosa, surcada de venas y
arrugas levemente apoyada

sobre las sábanas y bajó a avisar a Vicenta y su madrastra. Las mujeres subieron rápido. Germán cedió su silla a Amalia. Ella, aunque se resistió al principio, acabó por sentarse y entrelazar sus dedos con los de Ramón. Vicenta se quedó a los pies de la cama, al lado de su hermano, los ojos clavados en la cara de su padre agonizante. Padecía, entre ronquido y ronquido, se quejaba. Pasado un tiempo impreciso, pero largo, Vicenta empezó a marearse. Sintió vergüenza

de ir a desvanecerse y convertirse ella en un problema. Fue incapaz de buscar el abrazo de Germán. Así que sigilosamente se colocó tras el respaldo de la silla de su madre y se agarró fuerte al travesaño más alto. Amalia estaba concentrada en el final de Ramón, se despedía mentalmente de él, repasaba la vida compartida, pero presintió a su hija y con la mano que tenía libre la buscó. Así, agarrados, formando una cadena, esperaron a la muerte Ramón, Amalia y Vicenta.

Germán los observaba, deseando que acabara cuanto antes el sufrimiento de su padre, conmovido también por el dolor de aquella familia a la que él, a su modo, pertenecía. El sol debía de andarse ocultando tras el faro de Pimiango, las luces se apagaban del otro lado de los postigos entornados, nadie se atrevía a moverse siquiera para alumbrar la vela, cuando Ramón gritó. No serían más de cinco gritos, pero eso ellos no lo sabían cuando empezó. Los aullidos

dispararon la tensión.
Amalia se levantó y abrazó a su marido:

—Ya está, mi amor, ya está.

Vicenta, llorando, se apoyó en el aparador. Al fin, Ramón murió.

Al segundo, en la oscuridad total en que se habían quedado, reinó también el silencio. Permanecieron quietos, consternados, asimilando lo que había pasado. Germán solo había visto antes, una vez, a alguien fallecer, a Estela, de niño, y más que

verlo lo había intuido. Para Vicenta era su primera experiencia y estaba impactada porque morir resultaba fácil, a la vez complicadísimo y, sobre todo, definitivo. Finalmente, Amalia, que ya había pasado varias veces por el trance, reaccionó:

—El que pueda, que alumbre, por favor. Tengo que apresurarme en prepararlo.

Y mientras daba esas indicaciones, a tientas, posó su mano derecha en la cabeza de quien había sido

para ella no solo su marido, el padre de su hija, el hombre que la había elegido pese a las dificultades que eso podía acarrearle, que había dignificado su vida, sino también aquel joven fogoso, que huía de la muerte de su esposa Marcelina, y tal vez por eso, la amó con más pasión que ningún otro amante. Cuando notó que llegaba a la altura de las cejas se convenció a sí misma de que estaba preparada, que a ella correspondía cerrar las ventanas. Y antes de que

Germán encendiera en el pabulo la llama, pasó los dedos sobre los párpados de Ramón, mantuvo sus yemas trémulas quietas unos segundos, lo suficiente para que los hijos no vieran aquel blanco. Luego, ya con la luz encendida pero aún vacilante, Amalia bajó su mano a la barbilla y sostuvo firme el mentón, ejerciendo la presión necesaria para que la boca quedara cerrada.

—Vicenta, saca las sábanas —dio la orden con una sencillez que evidenciaba que la hija ya

sabía dónde estaban, que aquello era cosa prevista y hablada—. Germán, si no quieres verlo, puedes..., nosotras lo haremos.

—Si no le importa, Amalia, me gustaría ayudarla —contestó él.

—Por supuesto, hijo. Ven, ponte enfrente. Cuando yo te avise tratas de incorporarlo. Voy a quitarle el pijama y esta sábana manchada. Seré rápida. Vicenta, la sábana.

—Aquí está preparada.

—Cuando yo te diga, la pasas bajo su espalda.

Vamos allá, Germán. Y ahora tú, Vicenta, cuando yo avise. Ya.

Amalia manipuló presta el cadáver, los lienzos y prendas que quitaba y colocaba. Estiró los miembros a lo largo del tronco y luego envolvió el cuerpo en el sudario. En cuestión de segundos estaba listo para ser velado. Había que avisar a los parientes, que, poco a poco, irían llegando, al cura para que el entierro se celebrase cuanto antes. La sangre se iría enfriando, los músculos

volviendo rígidos, pero habían actuado tan rápido que ahora que los tres lo miraban por última vez en total intimidad, él seguía pareciendo más vivo que muerto, conservaba calidez bastante como para que aún tuviera sentido abrazarlo. Germán dio aquel último abrazo a su padre, lo besó de un modo que, dolorosamente, no recordaba haber hecho antes y luego dijo:

—Voy a...

—Sí, hijo, ve, ve tranquilo a avisar —

completó Amalia su frase.

Pero en el descansillo, ante los tramos de escalera, de bajada y subida, Germán dudó. Un minuto más o menos nada iba a cambiar. Al fin fue al desván. Localizó entre cachivaches y baúles aquel del que había hablado su padre. Nada más abrir la tapa se veía la caja de cartas. Le emocionó reconocer su caligrafía infantil en todos los sobres, excepto, exactamente, en aquel del borde negro. Lo cogió, dejó el resto en el arcón, lo cerró, bajó, salió de

la casa y de la corralada. Caminó un trecho de la *ruyera*, pero al pie de la encina que, de niña, plantó su madre, no pudo aguantar más. Se sentó en una raíz, rompió el sobre que había estado décadas cerrado y leyó.

Hong Kong, octubre de 1891

Estimado Sr. Díaz Sánchez:

Le escribo llena de dolor para transmitirle la fatal noticia de que nuestro

amigo, Eliseo Aramburu, ha muerto. Ha sido asesinado, de hecho, por las fuerzas de ocupación norteamericanas que llegaron a Filipinas con el supuesto objetivo de ayudar a que esta alcanzara la independencia de España, pero se hallan inmersas en una recolonización funesta. Yo, viuda del también asesinado José Rizal, de quien es probable que su amigo le hablara como a nosotros nos habló de usted, traté de convencer a Eliseo de que se reuniera conmigo, mi nuevo esposo y otros

independentistas filipinos en Hong Kong hasta que amainara el peligro. No obstante, para mi desgracia, otra vez fracasé en la persuasión. Hoy lloro por Eliseo como lo hice por José. Y vuelvo a esforzarme por no culparlos de abandonarme. Se lo digo por si también usted siente la tentación de responsabilizarlo de su suerte. Son los criminales, los explotadores, los imperialistas de toda nacionalidad, tiempo, signo, los que nos arrebatan a

estos hombres necesarios. Los que han arrasado a nuestros lúcidos y valientes hermanos. Mucho me temo que Aramburu, como tantos compañeros, haya muerto torturado. No se lo digo para hacerle más daño del que ya sé que le hago, sino en un nuevo intento de que usted y yo apartemos la tentación de culparlo de su idealismo, de su fe en la justicia, de su compromiso. Sé que estoy muy lejos, señor Díaz Sánchez, que no me conoce, que llevamos vidas distintas, pero si en

algo, alguna vez, puedo ayudarle, sepa que cuenta usted en mi persona con una amiga que le conoce, respeta y admira por los relatos que Eliseo me hizo de aquel niño pelirrojo, carbonero, que con esfuerzo ímprobo ha llegado a ser un brillante abogado. Él estaba muy orgulloso de usted. Creo que de algún modo su recuerdo encarnaba para él el triunfo de la esperanza. Por eso considero muy posible que le dedicara uno de sus últimos pensamientos, si no el postrero, para no

morir rebelado contra la especie humana. Confórtese, si puede, con esa idea. Y sigamos luchando, ambos, todos los que quedamos, mientras podamos hacer algo.

Reciba mis más sinceras condolencias.

Josephine Braeken

Germán apenas podía creer lo que había leído. Aquello estaba escrito hacía más de un cuarto de siglo. Su padre había guardado la carta todos esos años. Tantos que su vida había cambiado

al punto de no reconocerse en el destinatario, aquel *triunfador abogado*. Con la mejor intención, Ramón le había impedido llorar la muerte de Seo cuando era momento; hoy que era él el fallecido, pesar una muerte tan vieja sería ridículo. Añoraba un espíritu joven, rebelde, que lo echase monte arriba, bosque a través, corriendo, gritando a las sombras, al viento, que lo tirara al suelo y le hiciera escarbar la tierra con violencia, revolverse contra la naturaleza. Un espíritu

que nunca había tenido. Mientras, sentado, sin ser capaz de verter una lágrima, se vio allí llorando en seco la muerte de quienes, como Ramón certeramente había apuntado, fueron sus dos padres.

Lo que no pensó esa noche, pero sí muchas de las siguientes, fue que, en adelante, él estaría en primera línea de fuego. Ante Berta y los niños se fingió fuerte. Lo que quedó de verano y durante el regreso hizo un gran esfuerzo por conservar la serenidad que

se suponía correspondía al pilar de la familia. No obstante, ya de vuelta en Sevilla, aquel otoño, Germán estuvo más ausente que nunca, incluso irritable. En el restaurante, ya no hacía caso de nada, no reponía el material que se deterioraba, la caja disminuyó porque la clientela bajó y porque el personal empezó a sisar. Cuando Berta se dio cuenta le advirtió:

—Usted arriba, a la cocina —fue la respuesta que se ganó.

Germán fue consciente de haberla ofendido, lo lamentó, pero no se disculpó. No se enorgullecía del hombre amargo en que se estaba convirtiendo. Pero no podía evitarlo. Se sentía perdido, errado e incapaz de reconducir su vida de fracasos. Estaba, eso sí, dispuesto a pagar con veinte o treinta años de desidia, lo que le quedara de vida; preparado para aburrirse mortalmente, sentado en el restaurante, y conformarse con leer en libros y diarios lo que a los demás les

ocurriese.

Cuando el 13 de septiembre de 1923 Primo de Rivera dio un golpe de Estado que la mayoría, incluido Alfonso XIII, aceptó, él se rebeló, internamente. La monarquía, con sus defectos, no era una dictadura; si el rey bajaba los brazos, que dejara paso a la república. Pero no hizo más que comentarlo en casa. En 1924, pensó sumarse a los republicanos que abandonaban el Ateneo por el cierre de la institución en Madrid y el plan de deportar

a pensadores como Unamuno o Rodrigo Soriano. Pero ni siquiera eso hizo. La nueva situación política acabó por consolidarse y él no percibió, la verdad, ninguna amenaza personal. Por aquellos años, su hija Leticia empezó estudios de Magisterio y Piano y su tío Juan, su suegro, murió, lo que llevó a Berta a la iglesia aún con más frecuencia. Finalmente, en 1926, ocurrió algo cuya trascendencia no detectó pero que cambiaría su vida y la de su familia:

Primo de Rivera visitó Sevilla para impulsar una idea en proyecto desde principios de siglo, la de organizar una Exposición Internacional que relanzara España como potencia tras el desastre del 98. Para activar la iniciativa nombró gobernador civil y luego comisario regio de la muestra a un hombre de su confianza, alguien de gran capacidad ejecutiva: José Cruz Conde.

Germán leyó la noticia sin entusiasmo. Él, a diferencia de sus

convecinos, no veía ninguna panacea en esa Exposición Iberoamericana —ni en la europea que se iba a preparar en Barcelona—. Eran —creía— tretas de la dictadura para justificarse y parecer moderna. No comprendía cómo escandalizaba a tan pocos que se hablara de destinar tres millones y medio de pesetas a la muestra (dos millones solo a su hotel más vistoso) cuando el presupuesto municipal para obras sociales era de quinientas mil pesetas.

Pero el hecho cierto fue que la perspectiva de un año de luces, música y festejos ilusionó a los sevillanos, que el entusiasmo activó las energías colectivas y que la ciudad se sumió pronto en un frenesí de reformas como no se recordaba. La gente no hablaba de otra cosa ni en la calle, ni en los colmados, ni en el tranvía, ni en el Pasaje, donde la caja había vuelto a animarse. Los pros y contras de cada iniciativa asociada al evento se analizaban al detalle en las tertulias y todo el mundo tenía ideas que

aportar, críticas que hacer. Los diarios fueron paulatinamente ampliando el número de páginas dedicadas a las decisiones que tomaban tanto la corporación municipal como el comisario regio. Casi a pesar suyo, Germán, como voraz lector de la prensa, estaba al tanto de los acontecimientos. Por supuesto, se decían tantas cosas, se entraba en tales pormenores que algunos se pasaban por alto. Además, seguía estando interesado por el devenir del mundo, no

como la mayoría de sus vecinos, para los cuales el foco se había apagado sobre el resto del globo. Él aún buceaba en las páginas nacionales e internacionales. Y en un plano personal le importaba más el anuncio de su hijo de que iba a estudiar Medicina que aquellas tonterías.

Sin embargo, una mañana, un comentario sobre la exposición logró alterarlo. No habría sabido precisar por qué exactamente. Lo cierto era que estaba en su mesa

hojeando, como tantas veces, *El Noticiero Sevillano*. Ni siquiera lo tenía abierto por la página municipal donde cada día se reservaba abundante espacio a los detalles relativos a la muestra en ciernes, cuando Matías Sanz Carracedo, cliente asiduo, se le acercó:

—¿Qué, don Germán?
—preguntó—. ¿Atento a las noticias de la exposición? Y usted qué dice, ¿tendrán razón los que aconsejan poner las barbas a remojar ahora que empiezan las expropiaciones? Mire que la

Agustina vende su casa y ella tiene información privilegiada.

¿Qué quería dar a entender ese imbécil? Usaba un plural que supuestamente los igualaba ante una amenaza que él no había contemplado. Creía recordar que había leído algún breve de expropiaciones forzosas, pero eran de fincas viejas, abandonadas, que se consideraba clave demoler u obrar para mejorar la imagen del centro, o de otras que estaban en calles angostas que se iban a ensanchar

dentro del plan de urbanismo. ¿Qué tenía que ver eso con él, que estaba casi en la plaza de San Fernando, ni con aquel idiota que vivía en la Encarnación? ¿De qué hablaba? Era solo una estupidez, seguramente fruto de esa incontinencia verbal sevillana que cada vez le molestaba más. Si no tenían nada interesante que decir, ¿por qué no se callaban? Pero no, hombres como él, que para más inri era funcionario del Ayuntamiento, desocupados

como estaban, tenían que prorrumpir en continuas estupideces aunque fuera criticando a quien lo alimentaba. Y dejando caer siempre, además, algún comentario grueso sobre mujeres de moralidad dudosa como la susodicha Agustina, que vivía al final de la calle. ¡Qué grosería! ¡No bastaba con que todo el mundo supiera que era una mantenida del teniente de alcalde! ¡No! ¡Había que sacarla a colación a propósito de nada!

Lo que más le disgustó

fue que el comentario, al colarse en su oído, sembrara el germen de la sospecha. ¿Lo estaría advirtiéndole de algo aquel individuo insignificante, de aviesa mirada? O peor, ¿lo estaría amenazando? Puso freno al desvarío. Ese Sanz Carracedo era un don nadie. Un insidioso. Más molesto que dañino. Un cincuentón como él no podía dejarse arrebatar la serenidad por las palabras de cualquier *mindundi*. Así que apenas mantuvo el contacto visual y siguió leyendo por donde

iba, por la sección de Sucesos, donde se daba cuenta del hallazgo de un ahorcado en un olivar de Brenes.

Al margen de su voluntad consciente, lo cierto fue que los siguientes días, al repasar la prensa, sus ojos se fijaron más en las alusiones a expropiaciones. Aquella sabandija había conseguido despertarle un morbo insano. Como el que le hacía echar un vistazo a las necrológicas por más que supiera que si moría un conocido, la noticia llegaría

antes a su bar que a las redacciones de los diarios. De boca de Florita, la chica que ayudaba a Berta en casa, supo que, en efecto, la Agustina había puesto en venta su piso, pero que le estaba costando dar con quien lo comprara porque la gente no tenía claro en qué iban a parar las obras de la exposición. Poco a poco, como un aficionado a la investigación detectivesca, descubrió que, en medio de la maraña informativa de la prensa, se estaba cumpliendo la obligación

municipal de informar de la publicación en el Ayuntamiento de los acuerdos sobre inmuebles afectados por obras y la identidad de sus dueños. Eran notas breves y crípticas que pasaban inadvertidas en una primera lectura pero que, cuando se acostumbraba la vista, era fácil detectar, pues solían aparecer en la misma página par, de la mitad abajo de la hoja, en una media columna interior casi oculta. Sin saber por qué, estar pendiente de aquello fue aniquilando su

tedio, despertándolo, como si algo, un peligro, un riesgo obligara al animal a dejar de hibernar. Siguiendo un impulso, una noche después de cenar, en vez de quedarse en la sala leyendo, fue al cuarto de sus libros y se puso a buscar su proyecto de tesis. Tardó en encontrarlo, pero al fin dio con él. Casi no recordaba el título: *El Derecho, mecanismo de arbitrio en las relaciones individuo-Estado*. Lo repasó. Otra noche hojeó un par de manuales de Administrativo. Al día siguiente se acercó a

la biblioteca de la facultad para consultar un volumen. Berta y los hijos se sintieron intrigados. Había algo en Germán, una excitación, que desconocían, que no habían visto. Algo que habrían podido considerar entusiasmo si no fuera porque sus gestos denotaban preocupación, incluso temor.

La desconfianza en los demás, sobre todo en los poderosos, incluso si se quiere cierta paranoia nacida de las experiencias de su vida, le llevaron a acabar pasándose de vez en cuando

por el Consistorio a consultar el tablón de anuncios. No lo comentó con nadie porque sabía que no lo entenderían, pero, como mínimo, una vez a la semana, los martes, a la ida o a la vuelta de sus gestiones, entraba y pasaba media hora leyendo detenidamente los avisos publicados en el tablón del hall renacentista. Nunca se encontró con nadie que hiciera lo mismo, pero tal hecho no le disuadió.

Gracias a su enajenación, a su manía

persecutoria, a su
cabezonería, uno de aquellos
martes leyó su nombre en la
lista. Cerró los ojos,
sabiendo que había estado
esperando justo eso.
Sintiendo algo extraño, que
las piezas encajaban, que un
destino, el suyo, se estaba
cumpliendo. Él no era nada
místico, no creía, abominaba
de lo irracional, pero había
tenido un presentimiento.
Por eso había estado yendo
durante meses al
Ayuntamiento. Pero, es más,
¿quién no vería una
conexión, por pequeña que

fuese, entre aquel mensaje ahí ante sus ojos, negro sobre blanco, esa línea que decía que iban a quitarle su casa y su medio de vida y la carta de aquel Colindres, que cuarenta años atrás quiso escamotear la carbonería a su padre, esa amenazadora misiva que le descubrió la importancia del Derecho? Entre uno y otro momento había una diferencia clave: él se había convertido en abogado. Se había dejado la sangre para lograrlo, luego la profesión le había vetado, sí —¡por luchar contra una

injusticia y hacerlo tan bien como para ganar frente a un poder fáctico!—, pero pese a no poder ejercer, nunca abandonó el Derecho (¡si hasta había seguido pagando su cuota de colegiado!), no había dejado de leer manuales, es más, había preparado una tesis inútil, por amor a su carrera, por amor al arte. O para saber protegerse de atropellos como el que justo ahora sufría. Lo único indubitable era que ahí estaban su nombre y dos apellidos y la dirección de su casa y del

Pasaje, Fernández y González 11 y 13 y Joaquín Guichot 8 (pues el nombre de Tintores cambió en 1913).

Sabía —se decía— a qué se exponía y a qué exponía a su familia si se oponía a la expropiación, pero ¿tenía alternativa? ¿Podía dejarse pisotear conociendo sus derechos como los conocía? ¿Podía permitir que de nuevo lo arrollara aquella Sevilla? ¿Soportaría volver a encajar otra renuncia, otra injusticia? Sí, injusticia

porque era injusto que, en aras de no se sabía qué bien superior o general, se echara de sus casas y negocios a tantas familias a cambio de compensaciones irrisorias. Si la ciudad y el Estado no podían permitirse pagar un precio justo, de mercado, por lo que expropiaban, tal vez no estuvieran preparados para ese despilfarro de Exposición Iberoamericana.

Pero, además, en su caso —lo llevaba pensando, cotejando con documentos desde que había tenido la odiosa premonición— la

confiscación no tenía sentido. Según las normas del nuevo Reglamento de Ordenación Urbanística, aprobado expresamente para dar cobertura a las reformas de la exposición, la anchura mínima de la avenida que unía la plaza de San Fernando y la Puerta Jerez tenía que ser de catorce con quince metros, parámetro que respetaba su inmueble. De hecho, este, por su orientación, solo daba a la avenida en una esquina o vértice y tenía sus dos fachadas en las anexas calles

Joaquín Guichot y Fernández y González, cuya morfología no se preveía modificar. En lo que concernía a otros edificios, cientos, por más que la decisión fuera dolorosa, se contemplaba en el plan de urbanismo y se justificaba por dictámenes técnicos. Pero en el suyo no. Tal vez había habido un error o una arbitrariedad. Esas cosas pasaban. Con la ley en la mano tenía las de ganar, lo sabía. ¿Podía rendirse sin argumentar?

Asumir la decisión no

fue fácil, ni indoloro. Germán trató de tener su mente despejada, de proceder con una profesionalidad de la que Eliseo o Leticia pudieran enorgullecerse, de estar a la altura del talento que ellos le habían supuesto. Pero ese mismo recuerdo era inoportuno, contraproducente. No podía actuar dejándose llevar por la sentimentalidad. Ni por la soberbia o la vanidad que algunos le achacaron en el pasado. Se jugaba demasiado. Si quería contar

con Leticia y Eliseo como referentes, debía asegurarse de que fuera solo por lo mucho que debatió con ellos sobre el valor civil del Derecho, por la fe que compartían al respecto.

Una vez tomada la decisión, lo primero que hizo fue revisar de nuevo los papeles del inmueble, el recién aprobado reglamento urbanístico, la legislación de expropiaciones vigente. O sea, pertrecharse de las herramientas que serían precisas si había que afrontar el caso. «El caso.»

Se repetía el sintagma y se estremecía. Tenía cincuenta y seis años, hacía casi treinta que no ejercía. ¿De verdad se estaba planteando llevar a cabo él, primero la reclamación y luego, si era necesario, la demanda y el pleito? El día que se hizo esa pregunta, que se la formuló conscientemente, sintió necesidad de buscar los papeles del gran juicio de su carrera, aquel en que representó a Emiliano Ruiz (padre de la joven calcinada) contra don Luis Miñambres de la Vega. No recordaba

haber visto ni la demanda ni la sentencia en todos esos años, jamás había vuelto a leerlas, pensar en aquel procedimiento le hundía en la miseria. Pero ahora necesitaba recordarlo. Era su mejor trabajo. Podía darle confianza, fuerzas. Al fin encontró los documentos, de madrugada, cuando ya estaba tan nervioso que tenía preocupados a todos en la casa.

Más inquietos de lo que ya estaban desde que les informó de la amenaza de expropiación. Berta se sentía

aterrada. Había hablado con sus primas y le aconsejaban que tomaran las cosas como venían, cogieran la indemnización y empezaran de cero, que abrieran otro restaurante en otra parte.

—Tenéis que pensar en los hijos, Berta —le decía una de ellas—. Leticia ya tiene su pretendiente, ese estudiante de Ingeniería, ¿no?

—José María — completó Berta la información.

—Pero el muchacho aún puede asustarse —siguió

la primera—. Y los pequeños todavía van a necesitar mucha ayuda en la vida.

—¿Meterse en pleitos con el Ayuntamiento? —intervino otra—. Es una locura. Y que lo haga Germán después de tanto sin ejercer, ¡qué disparate, mujer! Y si perdéis, ¿qué? ¿Merece la pena arriesgarse? Por supuesto que es una fatalidad lo que os pasa, un atropello. Pero no sois los únicos, ni quienes estáis en las peores circunstancias. Para empezar tenéis salud,

que siempre es lo principal. Cinco personas fuertes, con disposición de trabajar, salen adelante. Además contáis con ahorros, ¿no es verdad? Si les sumáis la indemnización, por pequeña que sea, bastará para comprar otro local en el centro, aunque sea más pequeño.

—Con menos veladores se ganará menos —volvió a intervenir la que inició la conversación—, pero tampoco necesitaréis tantos empleados, así que pagaréis menos sueldos. Bien mirado,

cambiar un negocio tan ambicioso por otro más modesto puede ser una buena forma de irse jubilando. No lo habríais hecho por voluntad, desde luego, pero si no queda otro remedio...

A Berta le parecían argumentos sensatos. ¿Por qué, entonces, no acababa de decidirse a llamar al cuarto de Germán, entrar y hablar? Por miedo a esa mirada que le dirigió cuando en un insólito arranque de valor —«por los niños, por los niños», se daba ella coraje—

dio el paso y se atrevió. Un solo gesto y la fulminó. Sintió que le leía y refutaba sus razonamientos antes de mandarla salir rápido, agitando la mano.

Germán, por su parte, mientras redactaba la reclamación contra la expropiación, pensó que tal vez todo se arreglara solo, que quizá, una de las características de la ciudad, que le exasperaba, su volubilidad, su falta de constancia, le beneficiara. Tal vez, cuando se recibiera su escrito en el

Ayuntamiento, ningún funcionario tuviera tiempo—o voluntad de tenerlo—para contestarlo y finalmente el silencio administrativo les restituyera el derecho a conservar su domicilio y su negocio.

Para su desgracia, esta vez la Administración fue de lo más diligente y cumpliendo con todos los requisitos legales publicó en el tablón del Consistorio, en el plazo de una semana, una respuesta desestimatoria, la misma que, además, le remitió a su casa por correo

certificado. Con ese cruce de cartas comenzó un año de dimes y diretes en el transcurso del cual las actividades cotidianas de su mujer e hijos no parecieron alterarse por más que la inquietud se convirtiera, para ellos, en una constante. Solo Germán incorporó a su rutina tareas como la asistencia a los plenos municipales y a reuniones mil veces requeridas con los técnicos del Ayuntamiento. Estos hacían cuanto podían por darle largas, pero su insistencia era tal que no

tenían más remedio que recibirlo. Le dispensaban siempre un trato cortés y el final de cada cita era invariable: lo sentían, pero no podían ayudarle, ni ofrecerle la menor esperanza. La decisión estaba ya tomada, el procedimiento de expropiación seguía su curso y más pronto que tarde acabaría por ejecutarse, de modo que lo mejor que podía hacer —es más, debía— era firmar el plácet de la medida y recibir el dinero destinado a compensarlo.

Cuanta más gente le repetía esto, sin explicarle por qué la expropiación y el derribo eran necesarios, más se exasperaba. Finalmente un día, durante uno de los plenos a los que solía asistir como oyente, el portavoz municipal tuvo la desfachatez de responder a preguntas de la poderosa Asociación de Comerciantes diciendo que no había una sola medida de expropiación de los cientos que estaban en marcha que fuera caprichosa o arbitraria, «ni una sola». Todas respondían —según él

— a necesidades urbanísticas de la ciudad, «necesidades indubitables», señaladas por técnicos expertos con criterios «totalmente objetivos». Aquello era demasiado.

—¿Cuál es esa necesidad indubitable en el caso del inmueble de Joaquín Guichot número ocho? ¿Cuál el criterio técnico objetivo por el que llevo meses preguntando sin que ningún funcionario acierte a señalármelo? ¿Cuál?

La irrupción de Germán

en el pleno causó un pequeño tumulto. Le mandaron callar, lo amenazaron con echarlo mientras lanzaba sus preguntas. Sabía que no eran formas, que no lograría nada con ello, pero fue incapaz de contemplar en silencio aquella farsa donde gente con las espaldas cubiertas hablaba frívolamente del que podía ser un drama para Berta, él y, sobre todo, sus hijos.

Al contrario de lo que cabía esperar, o al menos de lo que él ilusamente

esperaba, su denuncia no despertó ninguna complicidad en la sala. Una vez calló, el pleno siguió y todos, políticos y público, lo ignoraron aunque dejando patente, en gestos o miradas fugaces, que reprobaban la actitud de ese viejo incapaz de controlarse.

Al día siguiente, las crónicas municipales de todos los diarios terminaban con frases del tipo: «El pleno concluyó con un desagradable incidente: la interrupción de un vecino iracundo que planteó una

cuestión de índole personal»
o «Llegando al final del
pleno, el concejal portavoz
se vio interrumpido por un
anciano pendenciero que
aludió a un contencioso
privado». «Vecino
iracundo» y «anciano
pendenciero», así lo
llamaban las publicaciones
que llevaba años comprando
y en cuyas visiones y
versiones del mundo había
confiado. Del mismo modo,
hoy quienes leyeran la
noticia creerían que la
víspera un *viejo tarado*,
dejándose llevar por un

delirio, había armado jaleo en el Ayuntamiento. Incluso era posible que la gente se preguntara por la identidad del *loco* y era seguro que en una ciudad pequeña como aquella no faltarían los *bienintencionados* que dieran su nombre a quienes aún no lo conocieran. «Don Germán el del Pasaje, que perdió los nervios», «el viejo Germán Díaz, que no está en sus cabales». ¡Al cuerno con ellos, borregos manipulables! ¡Al diablo, sí! No le importaban. A pesar de lo cual se molestó en

escribir una carta al director que mandó a todos los periódicos exigiendo la rectificación inmediata del párrafo injurioso.

Estuvo muy atento a la publicación de la nota pero no salió en ninguna parte. Cuando indignado comentó el hecho con algunos de sus clientes periodistas, estos le contestaron que no habiéndolo citado con nombre y apellido, era imposible demostrar que los textos se refirieran a él y en ese caso, lo mejor por su parte era no darse por

aludido. El cinismo de esos tiempos no conocía límites —pensó—. ¿Pero a quién iban a referirse si no intervino nadie más? ¿Acaso lo tomaban por loco de verdad? Tenían razón, no obstante, en que no le quedaba otra que aguantarse. Meterse a pleitear contra los diarios era abrir un frente nuevo en el que no podía malgastar energías. Asumió que aquel estúpido incidente fue un error por su parte, del que no había sacado nada bueno y que en cambio había manchado su imagen.

Y eso creyó hasta que, la semana siguiente, cuando había logrado ya dejar de pensar en el maldito asunto, recibió una notificación municipal sobre una reunión a la que lo citaba el mismísimo portavoz del Ayuntamiento. Tal vez sacar los pies del plato no había sido del todo inútil. Si al final lograba negociar de tú a tú con el Consistorio, daría por buena cualquier humillación pública. Lo importante era salvar la casa y el restaurante. Impedir la injusticia. El día fijado,

martes, treinta minutos antes de la hora consignada, ya estaba en la antesala del despacho del portavoz. Entretenía la espera jugando con el elástico de la carpeta en la que llevaba los papeles que creía podría necesitar para apoyar sus tesis sobre lo innecesario e injusto que era querer expropiar y derribar el edificio. Lo hacía en silencio, pues el oficial que trabajaba tras el escritorio levantaba la cara de vez en cuando como si el menor de sus ruidos le perturbara. Debía de pensar,

aquel imberbe, que estaba allí por gusto, disfrutando. Que un viejo como él no tenía nada mejor que hacer que perder la mañana en molestar. Una, dos, tres o hasta cuatro cosas podría explicarle de la vida, y de lo que se estaba jugando en reuniones como aquella que no eran precisamente plato de gusto. Tenía derecho a estar algo nervioso y ocupar las manos estirando la dichosa guita. Ya le gustaría saber a él qué era aquello tan importante de lo que lo distraía. Seguramente una

sopa de letras, que con su nivel intelectual no resolvería en la vida, o peor, la copia a limpio de una de esas arbitrariedades que sus superiores decidían y suponían la pérdida de viviendas y fuentes de ingresos de familias honradas y con mala suerte, como la suya.

De repente, una campanilla sonó tras la puerta. Germán se sobresaltó y en cambio el joven funcionario, sin inmutarse, levantó la vista y dijo:

—Ya puede pasar. Le

esperan.

Cualquiera lo diría. Le parecía que más bien era él quien llevaba tres cuartos de hora aguardando, pero se calló. Evitó entrar en una estéril polémica. Llamó a la puerta y abrió. Don Miguel Martínez-Azucaque, al otro lado de su mesa, no hizo ademán de levantarse, no se mostró amable. Él ocupaba la posición de poder, no era quien venía ni a pedir, ni a demostrar.

—Tome asiento —dijo observando a Germán como a un animal exótico o una

reliquia del pasado.

—Muchas gracias —
contestó él.

—¿Y bien?

—¿Disculpe? —

Germán consideraba que puesto que los que lo habían convocado eran ellos, él, el portavoz, era quien debía querer decirle algo.

—¿Sí? —El hombre parecía hacerse el despistado.

Germán pensó qué decir, embridó su indignación y comenzó:

—Yo he recibido una carta.

—Obviamente, lo sé.

Nosotros se la mandamos.

Era una provocación, pero Germán no saltó. Fingió tranquilidad y agregó:

—¿Y bien?

—¿Bien? —repitió el portavoz, cuyos ojos brillaron con fulgor cínico.

—¿Abordamos el tema o no? —inquirió Germán levantando algo la voz.

—Abordémoslo —contestó su interlocutor.

La situación era tan enervante que no podía ser accidental. Todo, esa

primera ráfaga de evasivas, el desprecio asomando a las gafas, las vueltas entre los dedos que daba a su lujosa estilográfica, exponiéndose a romperla si resbalaba, todo estaba concebido para incomodar al convocado. Y lo lograba. Germán se sentía crispado, pero estaba decidido a que la cita fuera de utilidad.

—Resulta evidente — empezó a exponer— que estoy en desacuerdo con la decisión municipal de expropiar mi negocio y mi casa. Tal vez convenga de

antemano, ahora que lo pienso, disculparme por mi intervención en el pleno del otro día, que, sin embargo, no fue ni violenta ni iracunda, como los diarios dieron falsamente a entender, no aviniéndose luego a rectificar su información manipulada. Estuvo fuera de lugar, lo reconozco, pero francamente me pareció exagerada su afirmación de que «ni una sola», «ni una sola», repitió usted varias veces, de las expropiaciones era injustificada. Con el debido

respeto, señor Martínez...

—Martínez-Azucaque.

—¿Perdón?

—Martínez-Azucaque, es compuesto —dijo el portavoz del Ayuntamiento.

Germán estuvo a punto de perder los nervios. Le parecía increíble lo imbéciles que eran algunos y lo lejos que llegaban, seguramente por eso, pero no podía entrar a todos los trapos si quería llegar a algún lado.

—Claro que sí, señor Martínez-Azucaque... En fin, he perdido el hilo.

—«Con el debido respeto» —dijo Martínez-Azucaque, con el cansancio átono que usan en los plenos los taquígrafos.

—¿Sí? —Germán no entendió sus palabras.

—Iba por «Con el debido respeto» —insistió el portavoz esta vez sarcástico.

Le estaba chuleando, el soplagaitas, pero si creía que lo iba a hacer saltar de nuevo, iba apañado. Él aprendía de sus errores, y había toreado ya en muchas plazas.

—Por supuesto. Con el

debido respeto, señor
Martínez-Azucaque —
retomó sereno—, en el caso
del inmueble de Joaquín
Guichot número ocho y
Fernández y González once
y trece, me permito
únicamente señalar a este
Consistorio que muy
probablemente ha habido un
error o una confusión. Nada
que no pueda subsanarse
habiendo buena voluntad y
disposición de rectificar,
como yo acabo de hacerlo
ante usted al reconocer que
el otro día perdí los nervios.

—Sí los perdió usted,

señor mío. Por lo demás, ¿hasta ahí sus argumentos?

—Bueno, no he entrado en los detalles, pues lo supongo al corriente de las reclamaciones que he presentado, en tiempo y forma, y en las que, con datos técnicos y jurídicos, sostengo lo que ahora mismo acabo de manifestarle como mera conclusión: que la expropiación no procede.

—Por supuesto, he leído todos sus escritos, señor Díaz.

—Entonces convendrá

conmigo... —fue a seguir Germán.

—No se equivoque. Si le he citado no a título personal, sino como portavoz del Ayuntamiento, ha sido para comunicarle que no convenimos nada con usted. Nada en absoluto, como es lógico, por otra parte. Si estuviéramos de acuerdo, no habríamos promovido la expropiación y derribo del citado edificio. Como hombre informado, lector de prensa que dice ser y testigo asiduo de nuestros plenos, habrá constatado que

estamos suficientemente ocupados como para perder tiempo y energías en llevar adelante decisiones caprichosas. Todo, escúcheme bien, todo responde a razones precisas, exactas y muy muy meditadas. Que un humilde ciudadano como usted no las comprenda no significa que no tengan sentido. Lo tienen y es importante en todos y cada uno de los casos. Particularmente en el suyo. El hecho de que en el mismo, la motivación última no responda exactamente a

los parámetros de ancho de la calle, que en efecto se cumplen, no significa que no exista otra que tal vez no haya que buscar en la normativa de urbanismo.

—¿Dónde si no? — preguntó un Germán asombrado por la oscura revelación.

—No se le ha citado para rendirle cuentas — repuso Martínez-Azucaque —, sino para ofrecerle por última vez, y más en atención a sus familiares y a ciertos amigos que a usted, la posibilidad de rectificar y

asumir como propia una decisión de las instituciones que como comprenderá no están para velar por su interés personal, sino por el colectivo.

—¿Me pide un acto de fe, caballero? ¿Es eso? — Germán no daba crédito.

—Para ser tan leído como dicen, no me parece usted muy listo.

Germán se sintió al límite y aun así, consciente de lo que se jugaba, no estalló.

—¡No se le pide nada!
—clamó sin contener ya su

ira el portavoz—. ¡Haga lo que le plazca! ¡Es su puñetero problema y, peor, el de su familia! Las cosas son como siguen: la expropiación está decidida y no ya por este humilde servidor, ni siquiera por el Ayuntamiento, sino por el comisario regio de la exposición, el ilustrísimo señor Cruz Conde, nombrado personalmente por su alteza real Alfonso XIII y el jefe del Gobierno, el ilustrísimo señor y general en jefe del Estado Mayor don Miguel Primo de Rivera

y Orbaneja. Responde no a tal o cual motivación de urbanismo, sino a altas razones de Estado de las que no se pretende darle el menor informe y que están y estarán respaldadas por todas las instituciones. Puede usted patalear, mandar una y mil cartas a los diarios (que de antemano le digo no las publicarán), hacer la quijotada de seguir adelante con sus reclamaciones o incluso de llegar a juicio, pero no conseguirá nada, jamás, y se verá en la calle y sin un

duro. Tal vez la decisión no esté en sus manos, pues simplemente sea incapaz de resistir la tentación de hacerse el héroe, el protagonista. ¡Peor para usted y los suyos! Porque el juego le saldrá caro, en eso puede creerme. Y de la contienda, con razón o sin ella, saldrá usted escaldado. Por supuesto, como en contra de lo que no se cansa de sostener aquí y allá, en todas partes, las instituciones del Estado no son ningunas desalmadas, existe la posibilidad de que

disfrute de una cantidad con la que trasladar su domicilio y establecimiento a otra parte. Si enfocara sus energías en dominar su desbordada soberbia, tal vez le sería posible considerar esta salida, aunque dados los antecedentes, no lo puedo dar por hecho. ¡Allá usted! Está informado, avisado y advertido de todas las consecuencias. ¿Quiere usted cargar con ellas? ¡Adelante! ¡Pero será un suicidio, téngalo claro!

¡Qué impotencia sintió Germán! ¡Qué ganas de

perder el control, gritar, revolver sillas, patear! Había vivido y visto mucho, pero a tipo siniestro como ese, un sicario que cometía tropelías a sabiendas de que lo hacía, que asumía que le iba en el sueldo anunciarle a un viejo que le iban a robar techo y sustento y además disfrutaba haciéndolo, eso nunca. Ese cabrón sería capaz de matarlo allí, a palos, si se lo ordenaba una de las ilustrísimas a las que había citado o con solo imaginar que la autoridad lo deseaba. Menudo hijo de

perra aquel mercenario
inmundo que lo miraba
desde detrás de sus lentes
redondas y su apariencia de
no haber roto un plato.
¡Monstruo! ¡Miserable!
¡Mediocre de mierda! No le
tenía miedo. Hasta le daba
pena. Porque aunque tuviera
poder, aunque fuera él quien
mandara, no le llegaba ni a
los talones. Era el ejemplar
de una subespecie. ¡Al
carajo él y todos los de su
ralea! ¡No lo acojonaba, si
era lo que buscaba! Ya
verían quién salía ganando.
No era verdad que él no

pudiera hacer nada.

Para empezar, lejos de callarse, pensaba contar a todo el mundo las tácticas mafiosas del Ayuntamiento. Escribiría de nuevo a los diarios contando cómo intentaban amedrentarlo e incluso al comisario regio, pues, aunque fuera cierto que estuviera tras la decisión, seguro que no aprobaba los métodos. Alguien con responsabilidad se escandalizaría e intervendría. Entretanto, por si acaso, él prepararía el pleito. Ahí el concejal y el

Ayuntamiento lo tendrían más complicado de lo que preveían. Germán conocía el sistema judicial y sabía que aunque había toda clase de jueces, hasta los más vendidos, con menos principios o más predisposición a cambiarlos tenían su prurito profesional. Él estaba preparado para complicarles la vida, para hacer que si querían cometer una arbitrariedad, al menos tuvieran que retratarse, bien retratados, y quedar señalados ante todo el gremio como lo que eran:

unos impostores. Solo debía trabajar, trabajar duro en ello, sin descanso.

Al redactar y enviar cartas denunciando lo que le había pasado, en vez de ganarse la complicidad de su entorno, cosechó duras críticas. Todos consideraban que el hecho de que el concejal lo hubiera amenazado era razón de más para ceder. ¡Mucho afán por demoler la casa tenía que tener el Consistorio para citarlo y hacerle aquellas advertencias! Algunos

enviaban consejos a Germán, a través de Berta y los niños, pero ellos, conscientes de que él no los escucharía, no los transmitían. Se sucedieron muchos meses sin noticias de la expropiación. Toda la familia luchaba por no concebir vanas ilusiones, pero fue inevitable pensar que quizá alguien hubiera rectificado cuando empezó a verse la punta al ensanche de la avenida dentro del cual se enmarcaba la expropiación del Pasaje y se evidenció que esta era innecesaria. El

edificio quedaba ahora más lucido que nunca. En primera línea parecía un escaparate de los tipos humanos que, ajenos a la polémica, seguían entrando.

Una mañana, Germán recibió una citación judicial. Lo requerían para testificar, como acusado, en un caso de obstrucción a la autoridad con motivo de una supuesta visita a su local de funcionarios municipales que teóricamente tenían que realizar mediciones para llevar a cabo, con garantías, el derribo del inmueble. Él

no tenía noticias de que ningún funcionario se hubiera presentado en el bar con esas instrucciones. De haberlo hecho, probablemente lo habría echado, como decían, pero lo cierto es que no había tenido ocasión, que la acusación era falsa, una sarta de patrañas sin el menor fundamento, a pesar de lo cual estaba obligado a comparecer ante el tribunal la semana siguiente. Era solo una advertencia y así quedó claro en la vista. El letrado del Ayuntamiento no quiso

apretarle las clavijas, ni siquiera preparó testimonios convincentes. Se trataba de llevarlo ante la Corte para demostrarle que la cosa iba en serio, que ese sería el final si se obstinaba en oponerse. Germán declaró que ningún funcionario se había personado en el local y que, por tanto, él no había impedido ninguna visita, pero precisamente por ello, cuando acto seguido su señoría dio por zanjado el asunto tratando de arrancarle un compromiso de permitir la susodicha inspección, le

fue imposible negarse. La ley era la ley. Si él pensaba recurrir a ella para defenderse, tendría que acatarla también cuando no le conviniera. Como en este caso.

Acompañar a los técnicos en su recorrido por la casa y el restaurante, el día de finales de noviembre en que acabaron por presentarse, fue una de las experiencias más humillantes de su biografía. La actividad era la de siempre: arriba los hijos desayunaban en la cocina, la

criada hacía los cuartos, Berta guisaba; abajo el personal trabajaba y la clientela charlaba. Sin embargo, los peritos hablaban de las cargas explosivas que se necesitarían para derribar los muros y de las máquinas que habría que utilizar luego para retirar los cascotes. Sopesaban posibilidades para un hecho real que ocurriría en un futuro cercano. Pero Germán seguía obstinado en creer que todo formaba parte de una mascarada. De acuerdo,

se había pasado, había ido más lejos de lo habitual molestando al poder, en este caso al imbécil ese de Martínez-Azucaque, pero ni siquiera un amargado como aquel sería tan perverso como para llevar a término tamaña arbitrariedad.

No quiso creer lo que Martínez-Azucaque le había dicho. Sin embargo, el malnacido no mentía: la decisión estaba tomada y no por él, ni el Ayuntamiento, sino por Dios sabría qué instancia más alta. Lo cierto es que el 3 de diciembre de

1927, Cruz Conde estaba en su despacho firmando documentos cuando su secretario le pasó una nota: «Se procede a la ejecución», leyó. Esbozó una sonrisa y siguió con sus rúbricas.

Mientras, una legión de operarios se apostaba ante la fachada del Pasaje. Cuando, como cada día desde hacía treinta años, Germán y su personal alzaban los cierres, vieron ante ellos a un grupo de hombres que no eran, desde luego, clientes. En la mente de Germán se mezclaron una exclamación

grosera y el reproche de que debía haber sido previsor y empaquetado algo, por lo menos. Demasiado tarde. Sin molestarse en abrir y dejando a sus empleados atónitos, subió a la casa y buscó a Berta. La encontró en la cocina, de espaldas, fregando, ajena a lo que pasaba, y sintió una ola de culpa. Para eso también era tarde —pensó al acercarse a ella.

—Berta, han llegado.

En un principio, ella pareció no entender, pero enseguida se puso en

marcha. Para empezar, retiró la comida del fuego y apagó la hornilla, después salió y se perdió por el pasillo, hacia los dormitorios. Él, en cambio, se quedó paralizado, sintió un leve mareo y oyó como si fuera muy lejos las voces de sus hijos, el sonido de los cajones que iban abriendo y cerrando, sus pasos atropellados. Un estruendo de cristales, como si cientos de copas se estrellaran contra el suelo (seguramente era eso) los estremeció. Procedía del restaurante y aclaraba

cualquier duda —si quedaba alguna—. Estaba ocurriendo lo que habían temido, desde hacía tanto, aun sin haber llegado, hasta entonces, a darlo por cierto: los echaban, con lo puesto, con lo que fueran capaces de acarrear sobre la marcha, con sus propias manos. Y por si fuera poco, Germán asistía a aquello con una paralizadora sensación de irrealidad, era incapaz de reaccionar, no sentía fuerzas más que para estar en pie, y aun eso apoyado. En un breve instante de lucidez, avanzó

hasta el quicio de la puerta y gritó a Berta:

—¡Necesito una maleta!

Al instante ella apareció con una bolsa marrón, de piel, que él no recordaba. Germán fue al despacho y metió en la bolsa los libros de Derecho que pudo —fundamentalmente los que manejaba preparando los recursos—, los papeles y las reclamaciones que había presentado, el borrador de su tesis y lo poco más que cupo. Justo en el instante en

que cerraba la maleta, empezaron a aporrear la puerta.

—¡Abran, abran!
¡Desalojo!

Cuando salió al recibidor, toda la familia lo esperaba cargada de bultos. Comprendió que ellos sí habían visto aquello venir. Le dio pena y vergüenza. Los golpes y las voces se seguían sucediendo en el rellano, pero nadie movía un músculo, ni lo moverían hasta que él dijera. Lo respetaban tanto que estaban dispuestos a seguirlo hasta el

final aunque pensaran que se había equivocado. Por fin se adelantó y abrió. Una fila de ocho, diez, doce, quince hombres pasó por su lado sin mirarlos y empezó a instalar garruchas en las ventanas y a meter todas las cosas en cestos, carretillas y sacas. Cogían y dejaban los objetos sin el menor cuidado, pero nadie de la familia los reconvino. ¿Para qué? Que se rompieran vasos, copas, marcos, jarrones, lámparas era lo de menos. Estaban en la calle, no tenían a dónde ir, ni con qué vivir.

Bajaron raudos las escaleras como si así pudieran huir del desastre. Una vez fuera, se acercaron a la entrada del Pasaje. Les paralizó el espectáculo de destrucción. No solo a ellos. Los muchos viandantes que a esas horas transitaban la avenida se paraban a contemplar cómo arrojaban a la acera los muebles y el menaje del restaurante, cómo lo tiraban todo, cómo lo rompían. Había una crueldad innecesaria en la violencia, una minuciosidad en el arrasar que

espeluznaba. Germán, Berta y los hijos se mantuvieron juntos, quietos, atentos, como si a fuerza de mirar fueran a aprender algo o si pudieran conjurar el castigo con sus caras de impotencia. Entre la gente, clientes habituales reconocían a los Díaz y los observaban, en la distancia. Parecían estatuas, o enfermos contagiosos, en el centro de un círculo vacío. Miraban su casa, su negocio, mientras eran objeto de atención de los curiosos, agolpados a su espalda, a los lados, que comentaban que

era un desastre anunciado y lo hacían sin el menor recato, sin molestarse en hablar bajo para evitar herirlos. Hicieron escuchar a los Díaz todo cuanto les tenían que decir. Y Germán en particular sintió como si el tiempo se plegase y dos puntos separados por treinta años conectaran. En aquel pasado en que la ciudad le mostró su faz mezquina, debería haberle plantado batalla. Fue un error arrugarse. Porque no le hizo merecer ni perdón ni piedad. Ahí estaban de nuevo sus

vecinos, sin olvidar quién era, condenándolo aún por soberbio y obstinado, aunque no hubiera dado prueba de ello en veintinueve años. De pronto, cuatro operarios tiraron la pianola por el hueco de la destrozada puerta giratoria. Y al partirse, la máquina chilló con tal dolor que hizo llorar a Marce, aunque tan inmóvil que nadie, ni sus hermanos, ni sus padres se dieron cuenta.

Ni siquiera lo percibió Álvaro Cortázar, fotógrafo, que llevaba media hora

componiendo una imagen, enfocándolos. Para él, del otro lado del objetivo, no solo eran cinco desgraciados, sino un símbolo de derrota, el reverso de la Exposición del 29. Captó el desahucio en una serie de fotos que intentaría publicar aunque supiera que los diarios no solían comprarle nada fuera de encargo. Aun así seguía disparando su cámara cada vez que una escena le intrigaba, le hablaba de él, de los demás, del mundo, cuando sentía tal necesidad

que no lo podía evitar. Como ahora. En el último preciso segundo en que los Díaz estaban quietos, antes de que Germán hijo se abalanzara sobre la montaña de escombros, gritando, dando palmas, echando de allí a los primeros saqueadores que, sin ningún disimulo, habían iniciado el pillaje.

XVIII

EL JUICIO

Germán estaba seguro de no haber bebido, ni sufrido ningún ataque que pusiera a cero el contador de su cerebro. Y pese a ello, no recordaba qué pasó desde que alguien —tal vez él mismo— dijo: «Vayámonos», y ese

momento del alba en que
abría los ojos en una
habitación desconocida.
Sabía que la palabra los
había impulsado. Pero
ignoraba el resto: qué
dirección tomaron, a quién
recurrieron, cómo
consiguieron un cuarto. Los
rayos que se colaban por las
persianas le mostraban a
Berta en una mecedora,
dormida. También lo estaba
su hijo, en una silla. En el
suelo, en un rebujo de
mantas, reposaban,
abrazadas, las niñas. Solo él
se encontraba en una cama

individual y, según notaba bajo la colcha y las sábanas, seguía vestido y calzado. De pronto pensó en la maleta y sus ojos la buscaron frenéticos, hasta que al fin la halló, en un rincón. Se le escapó un suspiro de alivio. Un ruido mínimo, suficiente para sacar a Berta de su duermevela.

Cuando ella se le acercó y le habló, él se dio cuenta de que tenía los sentidos embotados (la lengua de trapo, las manos acorchadas, los oídos taponados, la vista

retardada). La vio avanzar anormalmente despacio o, más bien, como si dejara de verla a intervalos. El efecto de esas imágenes fijas, yuxtapuestas, era que no se movía, que siempre estaba quieta, y sin embargo, se iba aproximando. Tras ella, los hijos empezaron a gesticular con muecas raras. Era evidente que le hablaban, pero no llegaba a comprenderlos. Algo en su expresión debió de delatarlo, pues Berta, liderando a la familia por primera vez —o tal vez la segunda, tras la

víspera—, hizo salir a todos del dormitorio y salió ella misma para que él, solo y tranquilo, se fuera ubicando.

Tenía que levantarse y sentarse a redactar la demanda contra el desahucio sin perder un minuto. Había treinta días de plazo, eso no lo había olvidado. Y debía aprovecharlos porque una buena demanda era el primer paso para ganar el juicio. Necesitaba conseguirlo porque tenían pocos ahorros en el banco, en el mejor de los casos, para aguantar dos años; pero también por

principios, para demostrar a esa ciudad que parecía disfrutar machacándolo, y probarse a sí mismo, que había aprendido a defenderse en los últimos treinta años, que ahora no se dejaría pisotear tan fácilmente.

Lo malo era que todo esto lo pensaba acostado, sin lograr reunir fuerzas para enderezarse. Hasta que reapareció su mujer y la vergüenza funcionó como un resorte.

—¿Cómo está? —le preguntó ella.

—Mejor —contestó Germán—. Aturdido. ¿Esta casa...?

—La de Tonia y Elisendo, ¿recuerda?

—Claro, mujer. Iba a decir que deberíamos dejarla cuanto antes.

—Bueno —concedió ella, rehuyendo el conflicto—. ¿A dónde iremos?

—Hoy me llegaré al banco y sacaré dinero para una renta y una fianza. Si tu prima nos ayudara a encontrar alojamiento, sería un gran servicio. Convendría algo modesto, barato, porque

no tenemos muchos ahorros y habrá que tirar con ellos entre que se presente la demanda y acabe el pleito.

—Señor... —se atrevió ella a empezar una frase, pero no a terminarla.

—¿Sí?

—El pleito... —volvió a intentarlo.

—¿Sí? ¿No contestas? —la interrogó Germán molesto—. Trataré de leerte la mente: ¿te preguntas si seguiremos? Sí. En consecuencia, no percibiremos dinero del Ayuntamiento hasta que

todo se haya resuelto. Por eso pido que busquemos un cuarto barato. Serán solo unos meses. Espero que los trámites no se retrasen. Si no supiera que la justicia está de nuestra parte, no me empeñaría. Tengo fama de obstinado, pero creo que no de idiota. Contamos con argumentos para ganar y ganaremos. Nos devolverán la casa.

—Pero...

—¿Qué? No calles, ya que interrumpes, sigue y termina de decir.

—Señor, la casa la

están tirando.

Era cierto. Por lo general, las autoridades no eran tan diligentes, pero en su caso parecían determinadas a hacer una excepción y emplearse a conciencia. Fue un golpe imprevisto y que le dio de lleno, pero no quiso tambalearse ante Berta:

—Pues el solar entonces, y con la indemnización por daños reedificaremos. Pierde cuidado y confía en la ley. Nos ampara. Y ahora, si no quieres más...

Cuando Berta salió al pasillo y cerró la puerta lamentó, lamentó muchísimo haberse casado con un loco. Daba igual que no lo estuviera clínicamente, o que tuviera razón en un mundo errado. Lo único importante era la perspectiva de miseria que se cernía sobre ellos, sobre sus pobres hijos. Eso y que había que salvarlos como fuera. Había que agachar la cabeza, humillarse y decir: «Sí, señor, me he equivocado, lo siento tanto, perdóneme usted, por Dios, tenga

compasión de mis niños. Deme la indemnización que quiera, por poco que sea, se lo agradeceré en el alma. Mire que no tengo nada, vaya, muy poca cosa, y soy viejo, como mi mujer. Si algo nos pasara antes de levantar cabeza, ellos se quedarían en la calle, desamparados, tendrían que mendigar ¡o Dios sabe! Por favor, pido clemencia, deme la indemnización y desapareceré, no volverá a verme». Y en vez de eso, el muy terco pensaba demandarlos. Es más, era su

prioridad. Buscar un alojamiento, por ejemplo, debía de ser para él algo muy menor, irrelevante, cuando lo dejaba en sus manos, por no hablar de considerar qué se comería hoy y mañana y pasado. Estaba sola en esto. Solos ella y los hijos, como en los partos. E igual que entonces —se prometió a sí misma— los sacaría adelante.

Por suerte para la familia, esa mujer pequeña que todos —ella incluida— creían insignificante era un bloque de hielo, imposible

de hundir. En menos de dos horas encontró un lugar para hospedarse y lo señaló con una parte del montante que ella venía ahorrando, secretamente, durante años. Luego mantuvo un cara a cara con su hija Leticia y las dos acordaron que, desde ese día, ellas y Marce coserían para la calle. No esperarían el resultado de ningún juicio para ponerse en marcha. Leticia, por su parte, propuso buscar alumnos de piano, idea que su madre aceptó siempre y cuando a las clases, de carabina,

llevara a su hermana chica.

—¿Qué pensaría si no tu pretendiente?

Dejó caer la pregunta, ansiosa por averiguar si Leticia aún contaba con él o daba por hecho que, tras el desahucio, desaparecería. Pero no recibió respuesta. Ni insistió. Le dolía verse deseando casarla —porque era mezquino—, pero seguramente fuera lo mejor para ella. Y para todos.

Germán hijo estuvo toda la mañana dormitando, cambiando de silla y cuarto a medida que las mujeres

pasaban y limpiaban. Era el único que había trasnochado tratando de salvar muebles, enseres, papeles. Anduvo acarreándolos a casas de parientes, casi arrancándolos de manos de los saqueadores, hasta que ya de madrugada concluyó que no había más que astillas, cristales y escombros. Entonces se marchó dejando que violentas sombras se disputaran aquellos restos de miseria.

El padre, una vez levantado, se puso a recopilar los documentos del

banco. Salió, con ellos bajo el brazo, y ya en la oficina provocó un buen revuelo. Primero alarmó al oficial, luego al interventor y finalmente al director, a todos los que lo atendieron. Y es que aunque a Berta le había hablado de sacar dinero para un mes, solicitó retirar todos los fondos. No se fiaba de nadie. Lo que les quedaba quería tenerlo consigo. Pero el banco, pasa siempre, se resistía a soltarlo. En todo caso, llegó el momento en que entendieron que por más que

se empeñaran, no dejaría nada depositado, de modo que acabaron por devolverle hasta el último céntimo.

—Adiós, buenas tardes —se despidió Germán.

Pero no le respondieron. A la cortesía no estaban obligados.

En veinticuatro horas, los Díaz se habían trasladado. El lugar que Berta apalabró era un cuarto doble comunicado por un arco. Es decir, un espacio que seguía forzándolos a vivir todos juntos, sin intimidad, ni comodidades.

Pero estaba en una casa limpia, del centro, propiedad de una viuda, amiga de la familia, que se había avenido a rentárselo por un precio módico. Tenían, eso sí, que compartir el aseo con otros inquilinos (solteros educados, silenciosos). Doña Adelina siempre arrendaba a personas solas, pero con los Díaz hizo una excepción.

—¡Es insólito lo que les ha pasado! ¡Con la casa tan preciosa que tenían! ¡Yo se la envidiaba, fíjense! ¡Y el café, tan elegante! ¡No hay derecho! ¡No, señor!

¡Una injusticia! ¡Tan clara
que no durará! ¡Ya verán!
¡Les indemnizarán a base de
bien! ¡Estoy convencida!
¡Lo sé!

Con aquellas palabras
no solo consiguió la proeza
de ganarse la simpatía de
Germán, sino respaldar la
sensación, que todos
compartían, de que su
estancia allí sería
provisional, y en pocos
meses, se mudarían a una
casa, de nuevo, de su
propiedad. Nada de eso, no
obstante, ocurriría antes de
que pasaran las navidades,

que ya estaban muy cerca. Se preveían tristes. El recuerdo de la última Nochebuena —lo que comieron, vistieron, los deseos para el año nuevo— estaba demasiado fresco. Todos temían la llegada de los días clave, el veinticuatro, el veinticinco, el treinta y uno. Salvo Germán padre, para quien no había más fecha en el horizonte que la de entrega de la demanda.

Con el fin de prepararla, desde el primer día se creó una rutina de

trabajo: se levantaba y tras asearse pasaba cinco horas estudiando y redactando. No podía hacerlo en el cuarto atestado (de gente, de cosas) y aunque doña Adelina, en su fervor por la causa, le había ofrecido el despacho de su difunto, prefería ir a la biblioteca de Derecho, donde tenía a su disposición toda la jurisprudencia. Además, en los caminos de ida y vuelta se iba metiendo en aquel papel de letrado ya casi olvidado. Se planteaba el caso como un desafío estimulante. No porque

fuera un inconsciente y desconociera lo que estaba en riesgo, el drama que podía desencadenarse. Sino porque para ganar creía clave orillar su implicación directa y considerar el caso como un encargo, un reto profesional.

Por las tardes, volvía a la biblioteca. A veces antes de regresar a la casa visitaba a su viejo director de tesis, don Ramiro de la Fuente, emérito ya en la universidad. Iba, más que para hacerle consultas técnicas, para, a su modo, confesarse. En

principio hablaban sin más, de cualquier cosa, de lo que contara la prensa (que desde el desahucio Germán leía gratis, en la biblioteca o los bares). Y, a partir de ahí, de un modo u otro, llegaba a deslizar una palabra, una frase que transmitía a don Ramiro —evitando caer en el patetismo— que estaba asustado, que tenía miedo a fracasar en el juicio, a hacer el ridículo y sobre todo a arrastrar al desastre a su familia. De la Fuente —que lo conocía— se las apañaba para infundirle confianza:

—No como amigo —
solía decirle—, sino como
jurista, comparto tu criterio,
querido colega, y sé, confío
en que con tu talento y
conocimientos ganarás.

Algunos de los
discípulos del catedrático,
sobre todo el titular Andrés
Matallana, también
colaboraron en la redacción
de la demanda. Aunque
Matallana no había ejercido
nunca, era un teórico que
investigaba a partir de casos
concretos y, en
consecuencia, frecuentaba
los pasillos de la Audiencia,

de modo que no solo conocía bien de qué jurisprudencia cabía tirar para defender tal o cual aspecto, sino a qué y cómo atendían sus señorías a la hora de admitir o desestimar pruebas. Con su consejo se consideró clave contar con peritos independientes que atestiguaran que el inmueble cumplía los preceptos del nuevo plan de urbanismo. Pese a ser cierto, no fue fácil dar con alguien dispuesto. Las obras de la exposición eran la principal fuente de trabajo de arquitectos,

ingenieros y constructores y nadie quería cerrarse puertas a concesiones. Así y todo, Germán logró que un prestigioso gabinete técnico se comprometiera a declarar la verdad estricta.

Él se encargaría de exponer las razones que, según las autoridades, existían para proceder a la expropiación y derribo, para refutarlas luego, una a una, tirando de la propia normativa municipal, del testimonio de los peritos y de las contradicciones manifestadas por los

concejales y funcionarios del Ayuntamiento en las diversas reuniones que con él habían mantenido. Sin echar las campanas al vuelo, podía decir que la cosa parecía clara, incluso para él, que no era experto en urbanismo.

El último día de aquella primera semana de hombre sin hogar ni trabajo le deparó un encuentro inesperado. Al salir de casa de doña Adelina rumbo a la biblioteca, vio a un anciano. Antes de recordar de qué lo conocía («¡Tengo la mente

anquilosada —se reprochaba — no puedo soportarlo!»), el hombre llegó junto a él.

—Germán, ¡cuánto tiempo! ¡Y cómo lo siento, todo!

Era Montalvo, su viejo compañero, aquel por el que supo que el gremio le hacía el vacío, al que perdió de vista justo antes de abrir el Pasaje. Con el que nunca hasta ahora, cosa rara, se había cruzado. O no tanto, porque Mario, expresamente, evitó aquellos treinta años entrar o pasar siquiera por la acera del

restaurante. Pero tampoco el azar los hizo toparse. Esa mañana Mario fue a buscarlo. Germán no tuvo tiempo de reaccionar antes de recibir su abrazo. De algún modo extraño compartieron la sensación de haber perdido mucho. Para empezar años, salud, brillo. ¡Quién hubiera dicho que el apuesto colega acabaría siendo así, viejo y frágil! Sintieron calor bajo los párpados. Tal vez para evitar derrumbarse propusieron ir a un café cerca, sentarse, hablar un rato. Una vez allí,

Mario explicó que estaba al tanto de lo ocurrido.

—Menuda marranada, a estas alturas de la partida —dijo, y después de un segundo añadió—: No es cuestión de competir, Germán, pero tampoco yo me voy a ir de la vida de rositas. Mi única hija, Alicia, murió hace dos años, tísica. De ahí el luto y el sinsentido. Está mi mujer, claro, pero, ¿sabes?, nos cruzamos por los pasillos de la casa sin reconocernos, como amnésicos. Lo de la niña..., de algún modo

perverso, nos culpamos. En el despacho mantengo participaciones, digamos que tengo la economía resuelta, pero desde *aquello* soy incapaz de trabajar. No puedo escuchar e intentar solucionar los problemas de los demás cuando sé que lo importante no tiene arreglo.

¡Qué cambiado estaba Mario! —pensó Germán—. Parecía otra persona y, sin embargo, si cerraba los ojos, aquella era su voz, su locuacidad. Había venido a interesarse por él, por su situación, pero no obstante,

también necesitaba
desahogarse.

—Lo siento mucho, de verdad —le dijo Germán—. No sabía nada de tu vida, no he conservado contactos de antes. Para lo social, ya sabes, un desastre —sonrió excusándose.

—No digas eso —lo reconvino Montalvo—. Nunca, en nada, fuiste ningún desastre.

—Bueno —trató Germán de zanjar el tema.

—En serio, «desastre» los demás, nosotros, yo. No sabes cuánto me ha pesado

no haberte ayudado. Intentado... Era lo justo... Quizá... Me ha pesado de verdad, me pesa, en la conciencia. —Y se veía que era cierto.

—Olvídalo. Hace mucho. Tú solo no...

—Te lo digo en serio, te lo juro por Alicia — insistió Montalvo.

—De verdad, no...

—No hay remedio, no puedo evitarlo, lo sigo sintiendo.

—Ha habido cosas buenas en mi vida. No me compadezcas, Mario. Cosas

muy buenas, no muchas, pero... como todos. Y al final, fíjate, ¿no me empeñaba en ejercer? A ver qué tal lo hago ahora que no tengo otro remedio.

—Sin sarcasmos, compañero, aún recuerdo cómo eres. Sé que estás jodido, y bien jodido. Y tal vez me rechaces, pero vengo a ofrecerte ayuda ahora que puedo. Como te he contado, yo estoy fuera del mundillo, pero el bufete sigue siendo bueno, puedo conseguirte una defensa si la quieres, o un colaborador si prefieres

hacerla personalmente.

—Menudo brete. —

Germán pareció incrédulo ante lo que estaba oyendo, «las vueltas que da la vida» fue su reflexión exacta.

—¿Por qué? —le preguntó Montalvo.

—Piénsalo. Si digo no, el maldito listo de siempre, vanidoso incorregible, cabalgará de nuevo, empeñado en chocar contra los molinos de viento. Si digo sí, te causaré problemas. No sé si eres consciente. Hay algo oscuro en esto. Puedes creer que

sigo tan rebuscado como en el pasado, viendo más pies de los que tiene el gato, pero la verdad es que alguien, con poder, quiere quedarse el solar de mi casa. Si no, no se explica. Yo estoy pagando un precio por resistirme, pero no quiero arrastraros, ni a ti ni a nadie. Así que, mientras hablo, lo veo claro: prefiero quedar de obstinado. Te lo agradezco, pero no. Gracias de verdad, Mario.

—Germán...

—Si en serio quieres ayudarme... —cortó a

Montalvo.

—Te lo estoy diciendo.

—Con la mayor discreción del mundo, conciértame una cita con tu hombre de confianza del despacho en un lugar que no puedan relacionar con vosotros. Una vez allí, le haré preguntas puntuales que no puedo resolver de otro modo y eso, aunque te parezca poco, para mí será fundamental.

—Él podría acompañarte el día del juicio, llevas mucho sin ir a sala. De hecho, ¿sigues

colegiado?

Germán sonrió al hombre como disfrazado de anciano, atrapado en una red de arrugas, que era su viejo amigo Montalvo.

—No te preocupes, Mario, de verdad, haz lo que te he dicho y olvidaos de aparecer por sala tú, él o cualquiera.

—Eres cabezota, desde luego. Y luchador también.

—No es mérito, ¿acaso deja esta puñetera vida más salida?

Permanecieron un rato callados.

—En realidad sí —
contestó Montalvo—, y no
la descarto.

—Ya, pero para eso
siempre hay tiempo,
compañero —contestó
Germán, tratando de
confortar a Mario con un par
de palmadas en el brazo—.
Gracias por venir, en serio.
Me ha gustado mucho verte.

—Tenía que haberte
buscado antes —repuso
Montalvo.

—Hoy era el día. Y ya
basta de mirarse el ombligo,
hablemos de otra cosa, de
otra gente —propuso

Germán huyendo de los remordimientos de su antiguo colega.

Montalvo pasó lista a los nombres de algunos conocidos, pero enseguida llegó a Pablo y Aurelia. Tal vez, inconscientemente, era lo que Germán había buscado.

—¿No te escribieron? ¿No te escribió ella? —le preguntó Mario.

—Muy al principio, Pablo. Luego a ella me la encontré un día.

—¿Cuando tuviste a tu hija?

—No, antes, no sabría decirte exactamente. ¿Por qué?

—Ella dijo... ¡A ver cómo ordeno los recuerdos! ¡Todo ha pasado hace ya tanto tiempo! Veamos, una vez que estuvieron aquí de visita y yo fui a cenar con ellos al hotel donde se estaban hospedando...

—Ah, ya me acuerdo, cuando la vi estaba yo buscando local para abrir El Pasaje. Recuerdo estar molesto contigo, Mario, porque habías desaparecido, y haberle dicho a ella que si

quedabais te diera la noticia de que iba a tener un hijo...

—No, no puede ser.

—¿Por qué?

—Tu restaurante ya estaba abierto. Habíamos empezado a comer, hablábamos de sus proyectos, les iba bien viviendo a caballo entre Madrid y Marruecos, pero Pablo quería volver a Sevilla. De un modo no explícito flotaba sobre la cena la idea de que una vida más tranquila facilitaría que Aurelia se quedara embarazada, al parecer le

costaba. Yo no reparé en que ella permanecía más callada de lo habitual. ¿Recuerdas lo ocurrente que era? ¿Cómo le gustaba opinar, debatir?

—Lo recuerdo.

—El caso es que de pronto fue como si se despertara. Y, créeme, se despertó enfadada. Dijo que ella no podría vivir en Sevilla. Que no comprendía cómo nada nos impedía convivir con la injusticia siendo como éramos profesionales del Derecho. Al principio no comprendimos, pero luego,

Pablo y yo, al unísono, supimos que se refería a ti. Pablo le preguntó: «¿Lo has visto?». Y ella contestó: «No me ha hecho falta verlo para saber de él. Si no mantuvierais los oídos y los ojos cerrados, sabríais que es poco más que camarero en un bar». ¡Vaya —se asombró Mario—, lo recuerdo mejor de lo que pensaba! ¡Lo recuerdo como si los viera discutir en este momento! Pablo contestó: «Nosotros no somos culpables» y ella respondió: «Cierto, ni él tampoco, y sin

embargo, él y nosotros tenemos diversas responsabilidades... y compartimos ser todos unos cobardes».

Germán oyó de nuevo, esta vez referida, la maldita palabra, la acusación de cobardía en los labios de Leticia y no pudo evitar removerse en el asiento.

—«Y si no vamos a hacer nada para ayudarlo — siguió discurriendo el relato de Montalvo—, si vamos a ser incapaces, lo único que digo es que no quiero, no puedo saber detalles.» «No

sabrás nada, si no indagas», le espetó Pablo. «Ya sé cómo se llama su hija, que vive a mil kilómetros de Sevilla, y juro por mi vida que su nombre me ha llegado sin preguntarlo», respondió ella. «¿Y a ti qué más te da cómo se llame? ¿Acaso se llama Aurelia?» «No», contestó. Y entonces dijo el nombre de tu hija, que era... ¿Cuál es, Germán?

—Leticia.

—Sí, Leticia. Lo dijo y se levantó de la mesa. Ya sabes cómo era. ¡Cómo será todavía, si aún vive sea

donde sea! ¡Caracteres como el de Aurelia no se doblegan, qué puñetas! No dijo más, pero al llegar a la puerta, se volvió y nos miró con un desengaño, una decepción... No sé cómo explicarte, esa mirada me traspasó. Imagínate lo que sentiría Pablo. Yo tuve la impresión de que nos echaba en cara: «Él era mejor que vosotros. Él tenía principios. Lo habéis abandonado».

—Vamos, Mario, no dijo nada de eso.

—¿De verdad no te escribió? ¿Nunca? ¿Ni

cuando, años después, muertos ya sus padres, pidieron destino en Estados Unidos? —insistió Montalvo incrédulo.

—Pues no.

Mario se calló, pero su expresión reveló algo parecido a un «cuesta creerlo». Germán no quiso aguantar la curiosidad y preguntó:

—¿Finalmente tuvieron hijos?

—Sí, les costó, pero tuvieron dos varones, el mayor Pablo y el pequeño...

Germán sintió un

calambre...

—Mateo, creo.

¿Cómo podía ser tan ingenuo, siendo tan viejo? ¿Qué excusa habría podido justificar que ella cometiera tal desatino?

Nadie alrededor los miraba. La gente supondría que aquello era una cita habitual para repasar batallas. En cambio, para ellos, la hora que compartieron fue la excepcional recuperación de una amistad, en una de esas fases en que la vida aprieta y ahoga.

La adversidad es tierra fértil para la filantropía. Cuando uno está en horas altas, muchos lo envidian, pero cuando cae en algún abismo (enfermedad, pobreza, desdicha), entonces el mundo se conmueve, con un instintivo impulso de acercarse, compadecerse. Los Díaz tuvieron ocasión de comprobarlo aquella Navidad en que parientes lejanos y conocidos se sumaron a los amigos en sus visitas a casa de doña Adelina. Aquel desvelo resultó lo único positivo de

esos días, aunque como todo lo bueno fue efímero. Uno de los pocos que perseveraron en ayudarlos fue Josemari, el enamorado de Leticia, quien en contra de lo que Berta temía, no solo no la abandonó, sino que, por primera vez en su vida, renunció a pasar las fiestas en Córdoba, con su familia, por hacerles compañía.

Las semanas se sucedieron y cuarenta y ocho horas antes de que expirara el plazo, la demanda estaba lista,

aunque Germán no la registró hasta el último día, como es común entre abogados, por si en el instante final pudiera incorporarse algo. Transcurridos quince días, se publicó la fecha y hora de la vista: el diecinueve de febrero a las diez de la mañana. No sería un día fácil. Aunque lo llevara esperando tanto, aunque se sintiera preparado para afrontarlo. Sabía cuáles serían sus palabras, había previsto hasta la sucesión de movimientos: salir al

juzgado, entrar en el edificio que no pisaba hacía décadas, dirigirse a la sala donde se guardaban las togas, coger una de su talla, comprobar la llegada de testigos, esperar la llamada del ujier, saludar breve pero cortésmente a su señoría, ocupar su lugar en la tribuna, sacar sus carpetas, aguardar y, a la señal del juez, exponer sus argumentos. Seguiría la demanda al pie de la letra. Ceñirse a ella sería clave. La tentación de dejarse llevar por impulsos y acabar haciendo una enumeración

de agravios personales estaría ahí desde el principio. Pero si había posibilidad de éxito, pasaba —se repetía— por actuar de modo profesional, como si defendiera a otro Germán. Sus amigos, De la Fuente, Matallana, Montalvo, coincidían.

Días atrás, el abogado que le presentó Montalvo, un tal Ribadavia Meneses, lo ayudó a resolver dudas procedimentales y a hacerse idea de cómo era el juez asignado. Uno joven, llegado no hacía mucho,

inteligente, serio y ambicioso.

—¿Más serio que ambicioso o viceversa? — preguntó Germán.

—Lo siento, pero eso aún no lo sé —contestó Rivadavia—. Lleva tan pocas sentencias que no sirven como antecedentes. Ni es un profesional de independencia probada, ni se le conocen fallos arbitrarios.

—Vamos, una equis que habrá que despejar durante el proceso — concluyó Germán.

—Eso me temo —

reafirmó el otro su impresión.

Germán había decidido que nadie de la familia lo acompañase. Algunos, como Berta, ni se lo plantearon. En cambio, Leticia quiso ir. Ella y Josemari pensaban que la presencia en sala de la familia desahuciada podía jugar un papel a la hora de concienciar al magistrado. Pero su padre no dio opción al debate. No iría nadie: ni ellos, ni primos, ni parientes. Comparecer ante el tribunal era un acto serio en el que se trataba de ayudar a impartir

justicia, no un teatrillo para conmover a su señoría. Acudiría él solo y podían estar seguros de que no se dedicaría a dar pena, sino a plantear, con toda la claridad posible, las razones por las que, a su criterio, la expropiación era injustificada. A ejercer como un buen abogado, a sacarse la espina, para ganar.

Amaneció por fin el día tras una noche que, a su pesar, pasó agitado. Su mujer e hijos se vistieron y salieron rápido para que él se arreglase solo y tranquilo

en el cuarto. Y pese al discurso que había estado manteniendo acerca de que comparecer en un juicio no era actuar, al vestirse, se sintió un intérprete retirado a punto de salir a escena tras largos años. Igual que el cómico veterano, confiaba en que todo lo aprendido al envejecer le ayudara a actuar con más intensidad, pero también temía haber perdido cualidades. Recuperó su costumbre de, antes de juicio, no desayunar más que un dedal de café negro. Repasó por última vez el

contenido de su maletín (miró y remiró que estaba todo), se despidió de la familia como si fuera una mañana más de las que iba a la biblioteca (quitándole trascendencia, para calmarlos) y salió. Tenía tiempo, así que caminó despacio. Al subir la escalinata del edificio se sintió dos distintos: el viejo de ahora, inseguro, dubitativo, y el joven, prometedor, brillante, que había sido, un punto vanidoso y otro osado.

Como siempre, la

Audiencia era un ir y venir de gente absorta en sus asuntos. En primer lugar, fue al despacho de la sala dos, a la que estaba asignado el caso, se presentó al secretario y le entregó sus documentos, como era preceptivo. De inmediato se dirigió al vestidor de las togas. No había previsto que el olor le impresionara tanto. El olvidado aroma a naftalina que le hizo revivir las decenas de veces que había repetido el rito. Los recuerdos se sucedieron tan aprisa que lo marearon. Pero

tuvo la presencia de ánimo para reponerse. Justo eso era lo que tenía que evitar: alterarse, perder la serenidad. Finalmente eligió la toga, se la puso y salió hacia la sala.

Su mente adelantaba los acontecimientos y su mano aferraba el asa del ajado maletín. Durante unos instantes, con los ojos semicerrados, en esa forma que le ayudaba a concentrarse, no vio ni a sus testigos, ni a nadie. Pero cuando por fin estuvo seguro de lo que tenía que hacer,

miró y se encontró con ellos: los dos técnicos —un perito aparejador y un arquitecto—, Juan Benavides, el encargado de su local toda la vida, un cliente habitual —el relojero de la Magdalena, Benito Margalé— y Justo Andrade, un *plumilla* que había presenciado sus rifirrafes en el Ayuntamiento. Los saludó con una afabilidad inusual en él, para relajarlos. Después les explicó cómo transcurriría la vista y que tendrían que esperar allí, en la puerta, a que el ujier los

llamara.

No dio lugar casi a nada más, pues el alguacil salió a pedir la documentación de los testigos y de inmediato conminó a las partes a entrar en la sala. Solo entonces, mientras se abría paso entre la gente, se dio cuenta de que estaban allí, para acompañarlo, su amigo Montalvo con su discípulo Ribadavia, Matallana, Martínez-Álvarez y Noval, ambos también del departamento de Civil, e incluso De la Fuente, con la

dignidad de su trayectoria y edad. Les dirigió una sonrisa contenida y entró, seguido del abogado del Ayuntamiento, el representante del ministerio fiscal y el público, formado, además de por los ya citados, por cuatro universitarios.

El Ayuntamiento estaba representado por el mismísimo concejal portavoz, don Miguel Martínez-Azucaque, expresamente citado en la demanda. Si tuviera vergüenza o dignidad, le

rehuiría la mirada —pensó Germán—. Pero no, se la sostuvo, desafiante, hasta que el juez tomó la palabra y siguiendo el procedimiento dirigió la comparecencia. El señor Díaz, en cuanto que letrado de sí mismo, hablaría el primero.

—Con la venia, señoría —recabó Germán permiso para empezar.

—Adelante —concedió el juez.

—La parte demandante comparece en busca de amparo por lo que considera una expropiación no

ajustada a derecho. No se pone en tela de juicio ni la legitimidad de las medidas de expropiación forzosa contempladas en nuestro ordenamiento, ni el que las cantidades previstas sean o no suficientes para compensar el perjuicio a los expropiados. La parte actora también cree fuera de lugar plantear debate alguno acerca de la política urbanística del Consistorio y el Estado —representado por el comisario regio— con relación a la preparación de la

Exposición

Iberoamericana. Son todas estas cuestiones que competen a la Administración, como la acusación sabe. Lo único que se solicita al tribunal es que considere si se ajusta o no a derecho la expropiación del inmueble correspondiente en catastro con las fincas 1747 y 1749 equivalentes al número ocho de la calle Joaquín Guichot y once y trece de Fernández y González, respectivamente.

»La convicción del propietario de que no lo es está firmemente basada en

argumentaciones jurídicas que durante meses ha expuesto al Consistorio en la confianza de convencerlo y evitar llegar a los tribunales. Pero los intentos de la parte actora han sido no solo infructuosos, sino, a la luz de los hechos, contraproducentes, pues su honor se ha visto menoscabado en la prensa, como se probará, y además se ha procedido al desalojo y derribo del inmueble con una celeridad sin parangón con ninguno de los cientos de desalojos hechos en la

ciudad los últimos dos años, lo que evidenciaremos.

»Según consta en la demanda, la sucesión de hechos es la siguiente: el 4 de marzo de 1927 se publica en el tablón del Consistorio de Sevilla la dirección del edificio del demandante, como uno de los designados para ser expropiados y derribados en el marco de las obras de la exposición de 1929. Todas esas enajenaciones y demoliciones son, según el Ayuntamiento, consecuencia de la aplicación del

Reglamento de Ordenación Urbanística aprobado en 1926. A requerimiento del dueño del inmueble, el Consistorio remite una carta con fecha 13 de marzo de 1927 confirmando la decisión y argumentando que es necesaria para ensanchar la avenida Primo de Rivera a fin de que circule por ella sin problemas el tranvía.

»El punto 4.c del artículo 123 del Reglamento de Ordenación que se cita dice: “El ancho mínimo de la avenida Primo de Rivera

no podrá ser menor a catorce con sesenta y siete metros en todo su trazado, incluidas las curvas, que en lo posible serán evitadas. A esta medida habrá que añadir, por sendos lados de la calle, un acerado que, preferiblemente, mantendrá una proporción constante de tres con treinta y tres metros y una altura de siete centímetros y medio, salvo en los badenes de almacenes y cocheras”.

»La mera contemplación de la obra permitía a la propiedad

comprobar que no se producía estrechamiento a la altura del inmueble, pese a lo cual y no queriendo confiar en su criterio lego, y de parte interesada, consultó a profesionales, al gabinete del arquitecto señor Joaquín Suárez Martín, quien encargó el dictamen a su perito aparejador señor Pedro López Martín. El informe, adjunto a la demanda, será expuesto por los citados señores, si su señoría tiene a bien llamarlos como testigos. Pero este letrado no puede

menos que recordar a la sala que la medición de la calzada arroja una cifra de más de dos metros por encima del mínimo previsto, distancia de sobra para ampliar el acerado actual los treinta centímetros por cada lado que se necesitan para garantizar una homogeneidad en la calle que el reglamento consignaba que se buscaría “preferible” y no “obligatoriamente”.

» Todos estos argumentos fueron presentados a las autoridades

municipales en una reclamación que no logró más respuesta que un “No procede”. Es de agradecer al Ayuntamiento el miramiento que tiene para con sus arcas, que le lleva a ahorrar palabras en sus comunicaciones telegráficas, aunque esta vez no solo habría sido conveniente, sino que es legalmente exigible por la propiedad que se argumente la desestimación de su escrito. Así queda estipulado por el artículo 158 de la Ley de Procedimiento

Administrativo de 14 de octubre de 1920, que consigna que “en sus réplicas a las reclamaciones que personas físicas o jurídicas presenten a decisiones administrativas que les afecten —y para las cuales de forma general existirá un plazo de quince días naturales que, si se comunica, podrá ser ampliado pero no recortado —, las instituciones públicas estarán obligadas a remitir, en tiempo equivalente, una respuesta de admisión o inadmisión a trámite según

argumentación precisa”.

»El demandante pidió esa argumentación en telegrama de 16 de abril de 1927 que no ha sido contestado y, de viva voz, en cuatro reuniones con funcionarios del departamento de urbanismo que, sin dar ninguna explicación sobre las razones de la expropiación, insistieron en que era una decisión irrevocable y aconsejaron aceptar los hechos y la indemnización establecida.

»De haber sido sus

consideraciones ajustadas a derecho, la parte actora habría admitido sus sugerencias. Pero, dada su formación jurídica, sabía que erraban al considerar “la decisión irrevocable”. Este juicio prueba que la decisión puede ser revocada. De modo que también podían equivocarse al recomendar aceptar el dinero como compensación a una medida arbitraria. El uso de este adjetivo, “arbitraria”, estuvo en el origen de un desagradable incidente el 13 de septiembre en el salón de

plenos del Ayuntamiento cuando el concejal portavoz de la corporación, el aquí presente señor don Miguel Martínez... Azucaque, ¿sí? Sí, Azucaque, respondió a una pregunta sobre la justificación o no de las expropiaciones diciendo que “ninguna era arbitraria”.

»Consigna el diccionario de la Real Academia de la Lengua que arbitrariedad es “proceder contrario a la justicia, la razón o las leyes, dictado solo por la voluntad o el capricho” y dado que según

el demandante, este es el caso que afecta a su inmueble, se atrevió a contradecir al portavoz. Y lo hizo en una intervención airada, pero que no excedió los límites de la educación, en contra de lo que los diarios locales afirmaron al día siguiente. Un redactor de *El Noticiero Sevillano*, el señor Justo Andrade, ha tenido la amabilidad de prestarse como testigo para ayudar a la sala a impartir justicia contando no solo lo que ocurrió en el pleno, sino lo que pasó esa tarde en su

redacción para que la versión publicada difiriera de lo acaecido y resultara difamatoria.

»Cinco días después del pleno, el aquí presente portavoz del Ayuntamiento señor Martínez-Azucaque citó a la propiedad a una reunión en la que esta confiaba lograr un compromiso de enmendar lo que, pese a todo, aún consideraba un error humano, subsanable. Pero, como en honor a la verdad debería reconocer el propio señor Martínez-Azucaque,

este le dejó claro que el Ayuntamiento no pensaba rectificar la que era no una determinación propia, sino del comisario regio. Los motivos de esa resolución (que literalmente se dijo “tal vez no haya que buscar en la normativa de urbanismo”) no fueron expuestos en la entrevista, que fue breve, tensa e incluso intimidatoria.

—Protesto, señoría —
intervino el defensor del Ayuntamiento—. El letrado hace consideraciones subjetivas a sabiendas de que no aportan nada a la

causa pero pueden contribuir a lesionar el honor del representante municipal aquí presente y por ende del Consistorio.

—Se admite la protesta —aseveró el juez, que reconvino a Germán—. Señor letrado, límitese a la exposición de hechos que tengan potencial fuerza probatoria.

—Sí, señoría —aceptó Germán, antes de seguir su discurso, tranquilo, seguro de sí, como hasta entonces—. Los meses transcurrieron sin noticias, hasta que llegó

una citación para comparecer ante la sala de lo civil número tres por obstrucción a la autoridad durante la personación de funcionarios en el Pasaje Atlántico para hacer mediciones y cálculos de cara al derribo. Como la citada visita jamás se produjo y ello fue demostrado gracias a testimonios como los del encargado del restaurante, Juan Benavides, y un cliente habitual, el relojero de la plaza de la Magdalena, Benito Margalé, hoy

también dispuestos a
testificar, su señoría
Ildefonso Martínez Valle
sobreseyó la causa. Tras la
inspección municipal que
ahora sí, pasada la vista,
tuvo lugar, el Consistorio
envió el tres de diciembre a
una cuadrilla de peones que,
con la correspondiente orden
de desahucio, echó a la calle
de modo expeditivo al
demandante, su esposa,
Norberta Díaz González,
hijos Leticia, Germán y
Marcelina Díaz Díaz y
empleados, domésticos y del
negocio. Ni veinticuatro

horas, ni doce, ni una tuvo la propiedad para recoger sus bienes, ni preparar la mudanza a otro alojamiento que ni había buscado, al no recibir el requerimiento previo —que obliga a mandar la Normativa de Expropiación Forzosa, artículo 3/177, con una antelación mínima de diez días—. La recogida, traslado y almacenaje de bienes se revelaron complicados cuando no imposibles. Se realizaron de modo incompleto y, peor, en situación de riesgo, pues los

operarios derribaron
inmediatamente muros,
cierros, balcones. Es de
conocimiento público que el
proceder del Ayuntamiento
no solo lesionó directamente
el legítimo interés de la
familia Díaz Díaz, que debía
estar garantizado por la
autoridad, sino que permitió
y hasta promovió
indirectamente el pillaje.

—Protesto, señoría —
tronó de nuevo el defensor.

—Se admite —
sancionó el magistrado—.
Señor letrado de la
acusación, si tiene alguna

imputación al respecto...

—Con la venia, señoría, la tengo y para avalarla ruego se admitan como pruebas las fotografías que incorporo al procedimiento, tomadas por don Álvaro Cortázar Vilde, quien ese día y los siguientes intentó infructuosamente publicarlas en los diarios locales. En ellas puede verse no solo a particulares reconocibles haciendo presa de las propiedades de la familia Díaz Díaz, sino cómo actúan ante la pasividad, si no cabe

considerarla connivencia, de las autoridades municipales, Policía incluida. Por todo ello, en la petición de reparación con la que concluye la demanda no se hace solo alusión a la devolución del inmueble y en su defecto —dada la insólita celeridad con la cual se derribó— de su solar, más la cantidad para levantarlo, estipulada por el gabinete técnico, sino que también se exige el pago por el Ayuntamiento de una cantidad en compensación por el saqueo a la familia y

el daño moral de verse en la calle de repente, menores de edad incluidos, como consecuencia de su evidente conculcación de la *Normativa de Expropiación Forzosa*.

»Por último y como prueba que apoya las anteriores, se incorpora al procedimiento una lista de los desahucios ejecutados los últimos dos años así como de los plazos de demolición en cada caso. Una relación cuya consulta permite constatar que esta expropiación es doblemente

excepcional: tanto porque es la única que no responde a un criterio objetivo del Reglamento de Ordenación, como por la inmediatez del derribo. Algo que dificulta —aunque no impide— la subsanación de la injusticia que, según la parte actora, se ha cometido y que con la acción de este tribunal, confía se repare.

—¿Ha concluido su señoría su alegato?

—Sí, señoría.

—Bien. Tiene la palabra, entonces, el letrado defensor del Ayuntamiento.

El procedimiento establecía, en efecto, que en ese momento interviniera la otra parte, seguidamente la fiscalía y por último se interrogara a los testigos de ambos lados. Germán, razonablemente satisfecho con su intervención, se esforzaba en atender a cada palabra de la defensa. Tomaba notas para evitar distraerse. No obstante, de vez en cuando se despistaba tratando de adivinar a quién llamarían a declarar en su contra. El hecho de que el concejal hubiera estado en la

sala desde el comienzo lo inhabilitaba. Pero tal vez recurrieran a alguna argucia. También era probable que oyera su propio nombre, «¡Germán Díaz Sánchez!», convocándolo para declarar no como abogado, sino como denunciante. Era tentador —suponía— tratar de hacerlo incurrir en contradicciones. Temía y ansiaba la oportunidad de intervenir sin papeles. Entonces debería medir sus palabras, tratar de no perder los estribos para no echar por tierra el buen trabajo

hecho.

Para su sorpresa, la alocución de la contraparte fue breve y se basó en una cuestión técnica: en interpretar que la distancia estipulada en el reglamento urbanístico correspondía a lo que el letrado llamaba «zona adoquinada». Como si ese sintagma inventado e incorrecto, pues el adjetivo no existía, designara un concepto con sentido inapelable en el argot urbanístico y legal incluso. A criterio del Consistorio —explicó—, entre la tal «zona

adoquinada» y el comienzo de las aceras era forzoso dejar un espacio «para evacuación de aguas» al que si no se hacía expresa referencia en el reglamento era por lo obvio que resultaba. De modo que si se tenía en cuenta la necesidad de dejar tal «espacio evacuatorio» se entendía que, de no expropiarse y derribarse la finca objeto de litigio, sería imposible garantizar la anchura mínima de la avenida, fijada, como se había dicho, en catorce con quince metros.

Y eso fue todo.

A Germán le costó dar crédito y creyó reconocer en el rostro del juez su mismo estupor ante la falta de rigor de la defensa. A él le convenía, pero como ciudadano que con sus impuestos contribuía a pagar a todo contratado de la Administración, le indignaba la falta de profesionalidad. Hasta qué punto sería bochornosa la actuación del abogado que el juez tuvo que preguntarle si no tenía previsto contestar al resto de las imputaciones de la

acusación, como las de proceder a la ejecución sin el aviso preceptivo e incumpliendo los plazos legales, o la de promover por acción u omisión el hurto. La respuesta fue un «No, señoría» que provocó murmullos en la sala.

—¡Silencio! —ordenó el juez—. Proceda, pues, el ministerio fiscal.

El juicio dio entonces un giro importante.

—Con la venia, señoría. El ministerio fiscal, al que como fiscal jefe de la Audiencia de Sevilla tengo

el honor de representar, aun estando de acuerdo con el argumento técnico esgrimido por la defensa y en el que no insistiremos, entiende que dos razones de peso justifican la expropiación denunciada y esas dos razones son las que, hábilmente, el señor letrado de la acusación y actor él mismo simultáneamente, conviene no olvidarlo...

—Protesto, señoría, no procede recordar que...

—No ha lugar, señor Díaz. Este tribunal decidirá lo que procede o no, si usted

no tiene inconveniente. E incluso si lo tiene. Deje continuar a la fiscalía.

—Muchas gracias, señoría. Decía que las dos razones de peso que justifican la expropiación son las que el señor letrado de la acusación y acusador él mismo ha tratado con habilidad de dejar al margen de esta sesión. Aunque es imposible secundarlo. Recordemos que al comienzo de su alocución el señor letrado ha dicho, como de pasada, que consideraba fuera de lugar entrar a

dirimir tanto la legitimidad gubernamental para aplicar una medida de tan hondo calado cual es la expropiación forzosa, como la exigencia de reformas urbanísticas para afrontar con éxito la celebración de la Exposición Iberoamericana. Pues bien, no solo no es improcedente abordar estos asuntos — según el humilde aunque fundamentado criterio de esta fiscalía—, sino que es necesario, pues ahí precisamente radica, señoría, el fondo de la cuestión.

»En primer lugar, lo relevante no es que nuestro colega acusador admita la legitimidad de la Administración para emprender expropiaciones, sino que esta la tiene de todas, todas y, en consecuencia, la hace valer en cuantos casos es necesario por más doloroso que resulte a individuos y familias, pues la Administración vela por el bien común, que, además, en última instancia y aunque en la aflicción del momento se les escape, también los

beneficia a ellos. Pero más aún, en este episodio concreto, a la legitimidad incuestionable de la Administración hay que sumar, en efecto, y pese al intento del compañero letrado de que esta sala lo pasara por alto, las exigencias de la particular coyuntura, es decir, de la exposición de temática iberoamericana, pero repercusión internacional, que está a punto de inaugurarse. Son precisamente las exigencias de reforma de la ciudad en

aras de la consecución de un éxito sin precedentes en su historia que dispare no solo su prestigio actual, sino su desarrollo futuro, las que justifican la toma de decisiones como esta, por lo demás, perfectamente avaladas, según ha explicado la defensa, por el texto del reglamento urbanístico. La dimensión del reto que se enfrenta es tal que explica esa celeridad que a su señoría el letrado acusador parece “insólita”. Tal palabra, según la Real Academia —que él ha citado

—, significa “raro, extraño, desacostumbrado”, como sin duda lo es el proyecto que se esfuerza en hacer realidad esta ciudad y también —si se me permite— la oposición de un solo individuo, el denunciante, a una medida llamada a embellecer una zona clave y por tanto, a favorecer a todos.

—Protesto, señoría...

—Se admite. Señor fiscal, absténgase de hacer consideraciones y descalificaciones personales y cíñase a la exposición de

argumentos.

—Sí, señoría, con la venia. En definitiva, existen, además de la explicación técnica que invalida el argumento de la acusación sobre las dimensiones de la avenida, razones de calado, incluso podría decirse que de Estado, en relación con la preparación de la exposición (en la que están volcadas todas las instituciones nacionales, desde la Corona y la Presidencia del Gobierno a instancias locales), que justifican que la Administración aplique en

este caso medidas para las que es competente como la expropiación, incluso acelerando los procedimientos y abreviando los trámites, según se le autoriza en una normativa curiosamente no tenida en cuenta por el denunciante, el Pliego de Actuaciones Especiales para Situaciones de Emergencia que acompaña como anexo primero al Código de procedimientos administrativos que rige desde 1920. Dicho lo cual, señoría, esta fiscalía

considera expuestos todos sus argumentos y da por concluida su alocución.

—Muchas gracias, señor fiscal jefe.

—¿Con la venia, señoría? —pidió Germán permiso para hablar.

—Señor Díaz Sánchez —repuso el juez—, le recuerdo que ahora procede la declaración de testigos y su intervención no está prevista más que para interrogarlos.

—En aplicación del derecho de rectificación de datos manifiestamente

incorrectos en el curso del procedimiento, solicito autorización para intervenir.

—Señoría, confío en que se ciña plenamente a lo que el derecho de rectificación permite. Sin excesos.

—Así será, señoría.

—Adelante.

—El recién citado Pliego de Actuaciones Especiales para Situaciones de Emergencia que acompaña como anexo primero al Código de procedimientos administrativos de 1920 es

de aplicación, como su nombre indica, en «situaciones de emergencia nacional» que se especifican en su preámbulo: «Muerte del jefe del Estado —por magnicidio, accidente o causas naturales— dando lugar a vacío de poder, catástrofe meteorológica, caos nacional, contiendas bélicas, revueltas y revoluciones». No se cita el caso de las exposiciones iberoamericanas y salvo que su señoría el fiscal jefe considere que la omisión se debe a que su inclusión

resultaría demasiado obvia (como la de las zonas de evacuación de aguas en las calzadas en los reglamentos de urbanismo, según dice la defensa), debería darse por bueno que el legislador no la consideraba «emergencia nacional» de ningún tipo.

—Se admite y añade su aportación, señor Díaz Sánchez.

Bien. Así se hacía. Despacio, tranquilo, esperando el fallo del contrario, sabiendo detectarlo y actuando frente a él, firme y con

argumentos. Reconoció el cosquilleo, la satisfacción del acierto. Sus amigos, desde los bancos en que estaban sentados, sonrieron. Era una intervención importante. Para empezar desmontaba el argumento con el cual la fiscalía quería justificar los incumplimientos procedimentales de la Administración y además ridiculizaba la rocambolesca historia de la defensa sobre la evacuación de aguas. Y todo de un modo irónico, indirecto, difícil de

reconvenir.

A punto de empezar la segunda parte del juicio, el interrogatorio de testigos, la balanza parecía inclinarse a favor de Germán. Y eso que la fiscalía, aunque tan errada y malintencionada como la defensa, a diferencia de esta, se había esforzado. El propio fiscal debía de tener la impresión de haber trabajado más que el defensor. De ahí que en la prueba oral se inhibiera, limitándose a intentar demostrar —sin convicción siquiera, solo cumpliendo con el trámite—

que los testigos de la acusación eran nulos por su vinculación con el denunciante. Como ninguno cayó en la trampa de contestar que comparecía por amistad con el acusador, todos fueron aceptados y sus declaraciones, a preguntas de la defensa y Germán, reforzaron las tesis de este. Llegado el momento de convocar a los testigos del Ayuntamiento, para sorpresa general, se avisó que no comparecería nadie. Así que, tras un turno de palabra para cada parte, en el cual todas

resumieron sus argumentos y recordaron, como conclusión, el fallo que solicitaban, el juez dio por concluida la vista y su oficial pasó el acta para que se firmara.

Germán rubricó el papel y se dio cuenta de que todo había terminado. *La suerte estaba echada*, y aunque sabía que tanto él como los testigos habían hecho un buen trabajo, le asustaba no poder hacer nada más para ganar el pleito y acabar con aquella pesadilla. Se puso en pie y

bajaba ya del estrado cuando se le vino a la cabeza la imagen de Berta y los niños en casa de doña Adelina. Por suerte, sus caras expectantes no le habían asaltado durante el juicio. Se habría quedado mudo, bloqueado, como ahora.

—¡Enhorabuena, Germán!

—Ha ido bien la cosa.

Las voces de sus amigos lo despertaron, pero aún tardó en verlos. Fue justo en el momento en que Montalvo lo abrazaba y le repetía al oído:

—Se perdió un gran abogado, Germán, se perdió un gran abogado.

De la Fuente, tras felicitarlo, propuso que compartieran un vino en una taberna cercana. El grupo se adelantó mientras Germán fue a quitarse la toga. Lo hizo con ceremonia. La vez anterior, treinta años atrás, no sabía que sería la última (o la penúltima). En cambio, ahora, era consciente de que jamás volvería a ponérsela. Si ganaba, como esperaba, porque ahí acabaría el pleito, y si perdía —lo cual nunca

podía descartarse—, porque los recursos los dirimían los tribunales subsiguientes sin repetir las vistas. De modo que no comparecería más.

Cuando llegó al bar donde colegas y testigos lo aguardaban, los encontró, acodados en la barra, intercambiando impresiones que no podían ser más positivas. Él se mostró precavido no solo por la cautela normal de los abogados, sino por temor a esa ley no escrita según la cual estar seguro de algo reduce las opciones de que

ocurra. Ciertamente que no contaba con evidencias científicas para avalar tal máxima, pero él lo había comprobado en su experiencia. Por eso evitaba imaginar el futuro, porque sabía que fuera lo que fuese lo que fantaseara, justo eso (o de ese modo) no pasaría. Esa certeza supersticiosa e íntima le complicó la espera que empezó al día siguiente. Ante sí tenía un periodo, de duración incierta, marcado por la inactividad y en el que debía ahuyentar cualquier pensamiento que fuera un

avance de la sentencia.

XIX

PERDER, GANAR

El tiempo se hizo muy largo hasta que el cartero llevó a casa de doña Adelina el aviso de que podía recoger el veredicto. Desde que firmó el acuse de recibo — bajo unos ansiosos cinco pares de ojos, incluidos los de su casera— sintió que las

pulsaciones se le disparaban. Dejó lo que estaba haciendo —que sería nada— y salió a la Audiencia. En lo más hondo de sí deseaba encontrarse con alguien que lo ayudara a afrontar el trago. Podría haberle dicho a su hijo que lo acompañara, pero le pareció que su deber era pasar por aquello solo. Y volver rápido, eso sí, a comunicar la noticia, ojalá buena. Estaba mayor, nada ágil, pero llegó pronto al juzgado. El corazón le latía fuerte y el aire, al inspirar, le hacía daño. Sentía mareo por

estar hiperventilado. Camino al mostrador de la sala, se estuvo preguntando si sería mejor leer la sentencia de vuelta a casa. No. Lo descartó. La familia querría saber enseguida, no los podía torturar con retrasos. Tal vez estaría bien ir a una cafetería o al Ateneo, pero ¿y si se encontraba con alguien y le hacía perder el tiempo? Definitivamente, no prolongaría la espera. Lo tuvo claro cuando entregó el aviso al ujier y aguardó a que él le diera el sobre. Con este en su poder se sentó en

uno de los bancos del distribuidor. Lo abrió y comprobó que el dictamen era largo. Fue a la última página en busca del fallo y luchando contra el leve temblor que agitaba las hojas, leyó:

Este Tribunal sentencia que la denuncia del señor Díaz Sánchez NO HA LUGAR, que la expropiación del inmueble de su propiedad se ajusta a derecho y por tanto no procede ni la anulación de la misma, ni la concesión al

demandante de indemnización alguna más allá del justiprecio estimado por la Administración y que el demandante podrá solicitar en el plazo legal de diez días hábiles a contar desde el de publicación de la sentencia, siempre y cuando esta no sea recurrida a instancias superiores. Además, el Tribunal **CONDENA A LA PARTE ACTORA** a sufragar los gastos ocasionados a la parte demandada como consecuencia de su acción litigante, pago que deberá

hacerse en el antes dicho
plazo de diez días hábiles,
independientemente de que
el demandante recurra o no
el contenido de la sentencia.
Y para que así conste y de
ello se deriven los efectos
que procedan, firma el
magistrado don Fernando
Abad Gullón.

Tuvo que releer la
resolución, esta vez
despacio, haciendo el mayor
esfuerzo por comprender y
aun así, ¡no podía ser cierto!
¡Había perdido! No
imaginaba con qué

argumentos justificaría el juez un fallo tan injusto. ¡Tal como fue la vista, estaba seguro de ganar, ahora podía reconocerlo! Ya daban igual las supersticiones, los miedos. ¡Había perdido! ¡Habían destrozado la vida a su familia! Pensar en ellos le cortó el aliento. Ahora solo quedaba una opción: recurrir, ¡y el Supremo tardaría años en dictaminar!

Como si el destino quisiera enseñarse, en ese instante bajó las escaleras, investido con la vanidad equivalente a la dignidad de

su cargo, el magistrado Abad Gullón. Su cara mostró desagrado al ver a Germán y este, sin pensar, se levantó y gritó:

—¡Recurriré!

No esperaba respuesta, ni el juez necesitaba darla. Tenía la sartén por el mango y ya se había pronunciado. Aun así, se acercó y le espetó con desprecio:

—Haga usted lo que crea su deber, como yo he hecho.

La gente que hasta entonces pululaba por el vestíbulo se paró atenta a

ellos e incluso después de que el juez se fuera, siguió mirando. Germán se apresuró a salir, pero una vez fuera, las cosas empeoraron. El cambio de luz lo cegó, sintió vértigo, miedo a caer. Aguantó un segundo y cuando de nuevo logró ver, empezó lentamente a bajar los escalones. No lo sabía, pero estaba sufriendo un episodio de ausencia. El segundo, tras el del día de la expropiación. Su consciencia desertaba su cuerpo, mientras que este seguía moviéndose,

sintiendo, sufriendo. Oía, como recónditos ecos: «¿Qué pasará ahora? ¿Cómo daré la noticia? ¿Qué contestaré a las preguntas?».

Caminaba sin darse cuenta. Solo pensaba, aterrado, que ellos, Berta y los hijos, también lo culparían. De lo que les había ocurrido y de lo que aún les quedaba por pasar. De la pobreza, el menosprecio, lo mucho que les costaría salir adelante. Tenía que pedirles perdón, llorar, tirarse al suelo. Renunciar a explicarles que

no era culpa suya, sino de la Administración, de las instituciones, de esa dictadura en la que la división de poderes era una pantomima. Y abjurar de su fe en la justicia, prometer que lo dejaría estar, que no recurriría. Pero, ¡miserable, estúpido!, en su fuero interno deseaba volver a encerrarse, solo frente al texto, leer a fondo la ignominiosa sentencia, empezar a preparar la demanda que merecía, ¡que pedía a gritos! Pese a todo, quería seguir peleando,

recurrir, aguardar al Supremo lo que hiciera falta, con tal de no renunciar a la esperanza de un correctivo ejemplar que diera sentido al dolor, a esa vida suya que estaba acabando de un modo tan absurdo, tan cruelmente absurdo. ¿Cómo podía ser tan obcecado, tan egoísta? ¿Por qué era así, Dios? ¿No había aprendido nada? ¿No bastaba con lo que su cabezonería había hecho sufrir ya a los suyos? ¿Tenía que empeñarse en ir más lejos? ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?

Perdido, en aquel cruce de calles, se sintió morir. Evitó desplomarse, apoyando en una pared un hombro, después la espalda y dejándose luego resbalar hasta sentarse. Allí, en el suelo, desorientado, angustiado, se echó a llorar. Sus lágrimas acabaron por mezclarse con las mucosidades y siguieron bajando hasta su boca desencajada, babeante. Temblaba. Sabía que tirado en aquel portal debía de parecer un viejo borracho, loco, o ambas cosas. Pero no

podía parar. Estuvo así mucho tiempo, aterrado. Hasta que al sacar el pañuelo del bolsillo recordó los *moquerus* con que su madre solía sonarle, las decenas de veces que con aquel gesto lo había limpiado y confortado. «Ahora cierra los ojos, respira hondo —le decía—. Ya está, ya pasó, anda, levántate.»

Una vez en pie, vio su pantalón y el bajo de la chaqueta con roces de cal y aunque estuvo sacudiéndolos todo el trayecto de regreso a casa de

doña Adelina, no logró borrar las trazas. Frente al portal, no obstante, quiso creer que estaba tan recompuesto como para que nadie notase su dolor, como para parecer sereno, y hasta transmitir confianza. Igual que tantas veces, se equivocaba. No solo el traje, sus ojos, algo en su andar vacilante revelaron lo que había pasado antes de que hablara. Pese a ello todos lo escucharon hasta el final, mudos, atentos. Ninguno se derrumbó como él había hecho. Quiso atribuirlo a que

jamás confiaron en el juicio. La verdad era otra. Por su tardanza, toda la mañana temieron no ya que hubiera perdido, sino que hubiera hecho un disparate. Sin embargo, ahí estaba. No era momento de reprocharle nada. Por eso cuando les anunció que recurriría al Supremo, no lo contradijeron. A lo más que se atrevió su hijo fue a sugerirle que, al menos esa tarde, descansara. Germán no tenía sueño, estaba sobreexcitado. Pero le conmovió tanto la reacción

de su mujer e hijos que, cosa insólita, obedeció y fue al cuarto.

Ahora, eso sí, no durmió. Tras leer varias veces la sentencia concluyó que lo más urgente era preparar la documentación para declararse «pobre de solemnidad». Una figura jurídica, a disposición de todo ciudadano sin ingresos inmerso en un proceso, que servía para posponer el pago de costas hasta que se pronunciase la última instancia posible, en su caso el Supremo.

Al día siguiente, empezó a redactar el recurso, tarea que le llevó todo el mes de plazo, a lo largo del cual comió y durmió lo justo, y no recibió a nadie de cuantos, enterados del varapalo, se acercaron a apoyarlo. La familia tenía orden de despacharlos, o bien contándoles la verdad, que estaba concentrado en la apelación, o bien dándoles excusas, como prefirieran. La cuestión era que nadie lo molestara bajo ningún concepto.

Cuando al fin registró el documento en el juzgado, no sintió ningún alivio. Tendría que esperar mucho y no podría hacerlo de brazos cruzados. Había que sacar adelante, como fuera, a la familia. Pero sentía las facultades mermadas, la mente espesa. De hecho, precisamente por eso empezó a redactar, al final de cada jornada, lo que había hecho y se proponía para la siguiente. No un diario, sino una especie de manual de instrucciones. Porque no estaba senil

todavía, pero había empezado a percibir la realidad de un modo extraño. No ya como un relato lógico, de eventos sucesivos y concatenados, sino como fragmentos, destellos, a veces repetidos, a veces diferentes, simultáneos o alternos, coherentes o inconexos. O, más exactamente, como piezas de un puzle que le costaba, que a veces no era capaz de completar.

En aquellos días escribió también a la familia en el pueblo, para ponerse al

tanto, por primera vez en su vida, del estado de las propiedades que Norberta y él heredaron tiempo atrás de sus padres. Las llevaban, respectivamente, sus cuñados y Vicenta, o más exactamente el hombre con quien esta se había casado diez años antes, cuando ya todos decían eso tan degradante de que se iba a «quedar para vestir santos». Julián, un cantero llegado con la cuadrilla que hacía la carretera de Pesués a Unquera, se enamoró de ella. Las malas lenguas

siempre lo acusaron de haberse prendado más bien de su hacienda, pero lo cierto era que a Vicenta no le faltaban cualidades para gustar a cualquiera y si nadie la había pretendido antes, era por el estigma de su concepción adúltera, algo que a un ateo como Julián no le importaba. Julián no conoció personalmente a su cuñado en todos esos años, pues Germán no viajó al pueblo a ejercer de padrino de bodas por más que Vicenta se lo había rogado, ni asistió siquiera al entierro

de Amalia. Aquella vez mandó una carta. Como ahora. Pues bien, Julián contestó que las tierras daban poca cosa y eso los años de suerte, que si podían los ayudarían, pero que no preveía que pudieran mandar ninguna cantidad importante. Un mensaje desalentador, pero menos que el que remitieron los hermanos de Berta, quienes, además, relataban cómo malvivían todos juntos, con sus mujeres, hermanas, cuñados e hijos, en la casa matriz y compartían lo que

daban las bestias y las fincas. Pero además, en su misiva, dejaban sentado que Germán había tenido en sus manos, gracias al impulso empresarial de su padre, más de lo que a ellos les fue dado, y por su cabezonería, lo malbarató. Lamentaban que ahora estuvieran en la ruina —podía leerse entre líneas—, pero que no se hiciera las cuentas de la lechera con lo que arriba quedaba. Ellos estaban tanto o más necesitados, ¿cómo planteaba que pudieran enviarles algo?

Germán recibió el mensaje con total claridad. Dependía solo de sí. Y mientras lograba alguna renta, lo primero que hicieron fue dejar la casa de doña Adelina por un cuarto más modesto. La mujer lo sintió en el alma, pero al carecer de otros ingresos, no podía rebajarles el alquiler hasta que se dictara sentencia. Cuando los cinco se vieron en su nuevo alojamiento, un cuchitril de patio de vecinos, se sintieron enjaulados. Pero no dijeron nada, estremecidos por los

gritos que llegaban del resto de las viviendas.

Poco después, Germán, desesperado, se dejó llevar por una idea insensata. Sabía que lo era, pero como no tenía otra (ni mala, ni buena), la puso en práctica. Cogió la mesa plegable que servía para todo en aquella casa y sin dar explicaciones a Berta, como siempre atónita, salió sin rumbo fijo, a alguna plaza. En la de la Encarnación, nada más y nada menos, se sentó en un banco, abrió la mesa y apoyándose en ella escribió

en una hoja una sola palabra, repasada. Cuando la terminó dobló el papel en dos, para que se mantuviera derecho, como un cartel que consignaba:

ESCRIBIENTE.

Ni dos horas duró el proyecto. Cuando Mario Montalvo, en su paseo por el centro, lo vio, espantado, lo cogió del brazo y en volandas se lo llevó.

—¿Se puede saber qué disparate es este? —le preguntó.

—¿No sabes lo de la sentencia? —repuso Germán

extrañado.

—Claro que lo sé. He ido cuatro veces a verte, pero me han cerrado el paso diciendo que habías dado orden de que no te molestáramos.

—Perdona, lo siento, era cierto —se excusó—. Estaba con el recurso. Ya lo he presentado y hasta que se pronuncie el Supremo, te puedes imaginar cómo estamos de apurados.

—Lo comprendo, pero ¿podrías, por una vez en la vida, ser más pragmático que excéntrico? De la

Fuente, Matallana y yo hablamos de ello y pensamos que la mejor salida sería conseguirte encargos de copista. Duplicar o resumir informes, académicos, jurídicos para colegas y conocidos y cobrarlos a tanto por hoja. Todo discreto. No porque haya nada malo en ello, es un trabajo digno y que requiere competencia, pero como no tienes una oficina donde recibir a los clientes, mejor no dar explicaciones. Mensajeros de la universidad o del despacho

te llevarían y recogerían los encargos a casa de doña Adelina.

—Ya no estamos allí —lo interrumpió Germán.

—¿Ah, no? ¿Y a dónde os habéis mudado?

—A la calle Arte de la seda, entre Lumbreras y Yuste.

—No caigo.

—Por la Alameda. Es barato —justificó Germán la elección del lugar, recóndito.

—Entiendo. Pues allí. ¿Te parece?

—Por supuesto. Muchas gracias. De verdad

es estupendo, os lo agradezco.

—Pues habrías estado al tanto hace semanas, si no te hubieras empeñado en aislarte del mundo. Y te habrías ahorrado el número este de ofrecerte al escarnio. ¡Mira que eres y que has sido siempre!

—Ya ves —contestó él resignado.

—Discúlpame, no quería ofenderte. ¿No piensas preguntar el precio que se baraja? ¿Ver si te parece?

—Sinceramente, da

igual, Mario, en todo caso lo haré. Hay necesidad.

Desde esa misma semana, Germán dedicó sus días y gran parte de sus noches a cumplir con los encargos que empezaron a llegarle. Solo cuando había terminado el trabajo, tomaba en su cuaderno aquellas notas personales que le seguían ayudando a orientarse en su quehacer diario.

Una madrugada consignó *Leticia se casa*. Una frase, conclusión a hora y media en que le costó Dios

y ayuda comprender lo que su hija le anunciaba.

—No estás obligada a casarte —le dijo cuando por fin la entendió—, quiero decir, por nuestra coyuntura. Probablemente os sentís inseguros. Es lógico, dadas las circunstancias. Pero confío en que aumente la cantidad de informes que me asignan, sigo buscando un empleo más estable, mejor pagado... En definitiva, espero encontrar la manera de manteneros con algún bienestar, con una mínima comodidad, en una vivienda

digna. Te prometo que hago todo lo que puedo y redoblaré mi esfuerzo. No busques en el matrimonio la vía de huir.

Leticia le agradeció sus palabras, pero ella —le dijo — estaba enamorada de José María. Siendo así, Germán dio su consentimiento aunque advirtió que ni él ni Norberta irían a la boda.

—La situación de la familia es, como sabes, delicada. Ni tenemos dinero, ni ánimo para fiestas. Todo el mundo, incluso tu familia política, lo comprenderá.

Su hija, estupefacta, pronunció un «bien» que desmintió su mirada. Sabía que tratar de convencer a su padre era en vano. Salió justo a tiempo del cuarto. En el pasillo se le saltaron las lágrimas como apenas minutos antes, escuchando tras la puerta, le había pasado a su madre.

La boda no tardó en celebrarse y no solo fue importante para los contrayentes, sino también para los hermanos de la novia, Germán y Marce, representantes de los Díaz

en el enlace. La gente por la calle se les quedó mirando por lo guapos que iban. Nadie sabía quiénes eran, ni que estaban arruinados. Solo veían a dos muchachos, rebosando juventud, salud, energía. Y a ellos eso les devolvió la ilusión, la esperanza, incluso les hizo acordar, tácitamente, retomar sus vidas, volver a salir con sus amigos, como hacían antes. Últimamente, en Sevilla no se concebía un paseo que no empezara o acabara en los alrededores de la exposición a cuya

preparación se daba los últimos retoques y ellos se habían estado resistiendo, por principios, a aproximarse al recinto de aquel evento que para su familia había sido funesto. Tras la boda de Leticia, no obstante, decidieron buscar de nuevo a sus amistades, aun a costa de internarse en la *zona prohibida*. Pero, además, cuando la exposición, el nueve de mayo, se inauguró y ellos descubrieron todos los alicientes que ofrecía, les subyugó.

Ni ocultaron ni mencionaron aquellas visitas a sus padres. Y aunque estos acabaron enterándose, porque en Sevilla todo se sabe, no les pidieron cuenta alguna hasta que llegó a sus oídos que Germán había encontrado trabajo en un establecimiento del parque ferial. Entonces su padre lo convocó.

—Usted dirá, padre — se puso el muchacho a disposición.

—Pues verás, hijo, me comentan que piensas trabajar en un comercio, de

dependiente...

—Disculpe, padre, debería habérselo comentado, pero supuse que no le gustaría, pues es en la exposición y...

—Si me dejaras terminar, podría explicarte qué no me gusta del asunto.

—Perdone, padre. — Las manos del joven empezaron a sudarle.

Germán notó el nerviosismo y optó por hablar con un tono más bajo y pausado.

—Sé que tú y Marce vais asiduamente —retomó

— No me molesta, lo veo normal. Hasta conveniente. Parece que es un escaparate del mundo actual, interesante, sobre todo para gente de vuestra edad. La juventud... tiene capacidad de entusiasmarse. Ni siquiera yo descarto pasarme tal vez un día. —La mirada de su hijo le molestó—. ¿Te extraña? ¿Crees que me vedarán la entrada los municipales? —preguntó irónico.

—Por supuesto que no, padre.

—Por supuesto que no

—repitió él—. En todo caso, no es ese el asunto. Si no os he preguntado por vuestras visitas a la exposición, si no te interrogo tampoco sobre cómo llevas la universidad, es porque confío en vosotros, en que tomáis las decisiones correctas. Incluso ciertos errores son necesarios. Sin embargo, Germán, hay algo que no permitiré: que dejes la carrera. La elegiste libremente, pero la acabarás.

—No he pensado dejarla, padre —intervino el hijo.

—Me alegra, Germán. Pero dime, ¿qué horario tiene el trabajo?

—Jornada completa, pero durará lo que la exposición. Para la carrera, será solo un retraso.

—No lo será, hijo, a eso me refiero: o estudias a la vez, como hice yo o, si no te ves capaz, no trabajarás. Porque la prioridad en tu vida es acabar Medicina y más ahora que te queda tan poco.

—Sí, padre.

—¿Qué piensas hacer entonces? —pronunció

como un ultimátum.

—Estudiar de noche o por la mañana, los fines de semana, siempre que pueda.

—Pero aceptar el trabajo —constató el padre contrariado.

—Sí. Creo que nos vendrá bien a todos —se atrevió el hijo a replicar.

—Será una ayuda generosa —reconoció Germán—, pero te diré lo que, sobre su boda, dije a tu hermana Leticia: no es necesario que lo hagas por nuestro panorama. Ya le aseguré a ella, y a ti te lo

reitero, que no me conformo con el dinero que consigo con las copias, que sigo buscando un mejor trabajo y confío en encontrarlo.

—Estoy seguro de que lo logrará, padre —le dijo él para animarlo—. Pero me sentiré bien si ahora contribuyo y creo que lo podré simultanear —agregó.

—Si es así, adelante. Pero si ves que te supera, rectifica. No olvides tu objetivo.

—No, padre.

Al terminar de hablar con el muchacho, como

aquella vez con Leticia, se sintió... No quería admitirlo, fingía que la pluma se le atascaba cuando lo que fallaba era su voluntad de empuñarla. Al fin reunió valor para escribir en su cuaderno aquellas dos palabras: *Farsante. Soberbio.* ¿Cómo conseguía que no le temblara la voz al decirles que no tenían que trabajar, que no necesitaban hacerlo, que él se ocuparía de todo, si estaban viviendo de los ahorros, si se los estaban comiendo, si hacer las copias le reportaba una

miseria? ¿Por qué lo hacía?
¿Era tan mala persona como
para no solo no pedirles
perdón por destrozarles la
vida, sino evitar darles las
gracias? *Mala persona.*
Apuntaba. Tachaba. No. Lo
decía *sinceramente para*
liberarlos de una
responsabilidad que no les
tocaba, porque estaba
dispuesto a todo para
sacarlos adelante. Aunque
no supiera *ese todo qué*
podía ser, ni si podría
hacerlo.

En la práctica, la
familia tiró adelante gracias

a la suma de lo que conseguían sus miembros: Germán padre con sus documentos, el hijo con su sueldo, Berta y Marcelina con la venta de labores de costura y punto que mantenían en secreto, y Leticia, que acabó por mudarse con su marido a Córdoba, contribuyendo de tanto en tanto con modestas remesas. A pesar del esfuerzo colectivo los ahorros se evaporaron a lo largo de aquel 1929. Un año en que, además, empezaron a saltar las peores alarmas

nacionales e internacionales, aunque la Sevilla de la Exposición Iberoamericana fuera, seguramente, el peor escenario para escucharlas. Una alegría ensordecedora tronaba. La ciudad seguía entregada a una fiesta, como son siempre las suyas, dionisiaca. Estaba hermosa como nunca y ufana como de costumbre. Deslucida — solo y mínimamente— por un par de solares que no se habían podido obrar a tiempo. Uno, precisamente el del Pasaje. Que, en todo caso, no se dejó baldío. Para

aprovechar su ubicación privilegiada, fue usado como cine al aire libre. Las películas eran, con los toros, la exhibición preferida de los sevillanos desde que veinticuatro años antes un tal Antonio de la Rosa proyectó la primera en el barracón del Prado. Desde entonces las salas se habían multiplicado y el cine había ido cambiando. La última novedad era el sonido y justo la cinta que pasaban cada noche en el descampado del Pasaje era un montaje al ritmo de la

música que hacía disfrutar a innumerables espectadores, de pie, sentados en sillas y hasta en el suelo, incluso alguna vez, escondido y a distancia, al propio Germán.

Antes de que acabara el año, no obstante, hasta los sevillanos tuvieron que asumir que la película había terminado y no quedaba más espectáculo que el de la cruda realidad. Una mañana de ese 1929 que debía cerrar una década supuestamente gloriosa, decenas de personas —se apuntó, incluso, el centenar— se

arrojaron al vacío desde las últimas plantas de los rascacielos neoyorquinos. Fue exactamente el veinticuatro de octubre, pero frente a la fecha lo importante era la tragedia. Hombres arruinados por un inédito desplome bursátil, desesperados, tras saber que lo habían perdido todo, que se quedaban sin techo, sin presente, ni futuro, sentían terror, y atisbaban en el suicidio la única solución. Sus cuerpos lanzándose aparecían reproducidos en los diarios de todo el mundo,

incluidos los de Sevilla. Nadie hablaba de otra cosa. Germán oía los comentarios en las barras de los bares, por la calle y no podía evitar sentir una mezcla de paternalismo y desprecio: o eran un atajo de ingenuos, incapaces de imaginar que horrores similares se daban, cada día, a su lado, o una pandilla de hipócritas de la peor especie, la humana, a la que, por desgracia, también él pertenecía.

Aunque tardara más, incluso en Sevilla la preocupación arraigó. La

exposición subsistió hasta la fecha de clausura prevista, el 21 de junio de 1930, pero agonizante. La dictadura de Primo de Rivera ni siquiera aguantó tanto. Agotada, endeudada hasta el cuello por las muestras de Barcelona y Sevilla, fue reemplazada por la «dictablanda» de Berenguer, que tampoco hizo milagros. Los recintos feriales, sus pabellones, se cerraron, el cine del Pasaje se desmanteló. Pero casi al instante aparecieron en el solar máquinas y cuadrillas

que a todas luces iban a levantar algo. Muchos sevillanos se intrigarón no porque recordaran que el edificio que aún existía allí hacía dos años había sido demolido a toda prisa con el argumento de que era necesario ensanchar la avenida, sino porque se preguntaban si la autoridad convertiría el cine de verano en permanente.

Germán estaba indignado. Ningún uso, fuera el que fuese el del nuevo edificio, justificaba la obra. ¿Acaso había olvidado

la Administración las razones que esgrimió para expropiar y tirar la finca? O peor, ¿existía desde el principio un proyecto para aquel lugar (verdadera razón del desahucio) y solo ahora se atrevían a realizarlo? ¿Estaría de algún modo implicado Cruz Conde, que acababa de desaparecer de la primera fila política? Por un lado, no quería pensar en ello, ya que nada de lo que averiguase cambiaría el devenir de los acontecimientos. Él había presentado su recurso y por

más que ahora descubriera, dado que todos los plazos habían expirado, solo podía esperar la respuesta del Supremo. Sin embargo, la tentación de acercarse a los obreros, como un mero curioso, y preguntarles en qué trabajaban era fuerte y le rondó muchos meses.

Corrían versiones de lo más peregrinas acerca de qué sería el edificio y todas tenían la virtud de llegar a sus oídos como si fueran su desembocadura natural. Entre las decenas que escuchó —al principio con

interés, luego ya con escepticismo— estaban la de que se trataba de un anexo de oficinas para el Ayuntamiento o de una sucursal bancaria que habría comprado el terreno a la Administración para instalarse frente al Banco de España. No dio pábulo a ninguna de ambas teorías porque eran solo dos entre tantas, y además, en su opinión, particularmente disparatadas. La primera, porque sería un descaro inconcebible que el Consistorio alegara motivos

urbanísticos para demoler un inmueble y al cabo de dos años lo reconstruyera para uso propio y la segunda, porque podría ser incluso constitutivo de delito que la Administración alegara la necesidad de tirar una finca para hacer un ensanche y una vez conseguido el terreno lo vendiera para lucrarse. Lo único cierto era que algo se estaba alzando tras una tupida malla de andamios y que no dejó de hacerlo al alcanzar la altura de su antigua casa, sino cuando la hubo superado en

tres o cuatro plantas. Eso y que los materiales usados eran nobles, bloques de piedra, sillares, lo cual permitía conjeturar que se trataba de un edificio pensado para destacar en una plaza de San Fernando en plena fase de reforma.

Estando Germán una mañana en el Ateneo — institución que le había declarado exento de cuotas en atención a su particular caso y antigüedad—, se le acercó un joven conserje que lo conocía de siempre y le profesaba un respeto casi

reverencial y le dijo:

—Discúlpeme, don Germán.

—No es molestia, hijo, dime.

—Me han mandado hacer un recado a García de Vinuesa y al pasar por San Fernando... Verá usted, están retirando las protecciones.

—El muchacho dejaba ver que se sentía en el cumplimiento de un deber.

—¿De mi casa? — preguntó Germán para cerciorarse.

—Sí, señor, y colocando un letrero.

—¿Un letrado de qué?
¿Has podido leerlo?

—Yo no sé leer, señor.
Pero no me ha hecho falta.
Hay un corro enfrente,
comentando. Es una casa de
seguros.

—Vaya —dijo, y se
abstrajo—. Gracias por
avisar, ahora mismo me
acercó.

—Lo siento, don
Germán. Creí que querría
saberlo.

—Has hecho bien, hijo.
De verdad te lo agradezco.
Si tuviera una perra chica, te
la daría —dijo tentándose

los secos bolsillos.

—No lo he hecho por eso, señor —respondió el joven avergonzado.

—Ya lo sé —reconoció Germán—. Y más me pesa.

Cuando el conserje se marchó, Germán se concedió un segundo no tanto de reflexión como de inútil indignación. Hubiera querido quedarse un rato allí sentado, hasta apaciguarse, pero empezaron a llegar socios con la noticia y lo empujaron a salir. Camino a la plaza, intentó adelantar la sensación de ultraje como si

eso fuera a inmunizarlo. Y también se alegró de que al menos las artimañas del poder, el tejemaneje aquel de políticos y empresarios por el que los habían echado se mostrara, por fin, impúdicamente. Pero cuando llegó, cuando levantó la vista del suelo, lo que sintió fue una losa sepultando el pasado. Aquel edificio, desafiante, había aplastado su pobre casa, su restaurante, el vacío que habían dejado. Sabía que pasaría, pero verlo parecía una alucinación. Y obligaba

a constatar que cualquier posibilidad allí se había cerrado de un portazo. Mientras él y su familia quedaban al otro lado, en una dimensión paralela donde aquello que contemplaba no era cierto.

Los operarios se afanaban, justo en aquel instante, en dirigir el trabajo de una grúa. Seguramente la que habían utilizado para colocar el nombre de la compañía, que presidía la fachada y brillaba hasta enceguecer. Pero ahora la usaban para anclar en la

cúspide lo que parecía un remate decorativo, aún embalado. La acción era compleja y tardó en completarse, ante un Germán menos preocupado por el tiempo que por el espacio. Cuando los obreros se hubieron asegurado de que la pieza estaba bien fija, retiraron las protecciones. Al fin vio qué era: la escultura de un joven a lomos del ave fénix que daba nombre a la firma, La Unión y el Fénix, y simbolizaba la garantía de recuperación de todo lo que los clientes, por cualquier

contingencia, pudieran perder. Era una burla, un nuevo oprobio del destino. Ahí estaba él, a quien habían arrancado de las manos hasta lo último que tenía el Estado, el Ayuntamiento, el juez y los dueños de esa entidad que ahora coronaba su edificio con la imagen de un ser capaz de renacer eternamente de sus cenizas. Era solo un símbolo. Muchos considerarían absurdo preocuparse por eso, dado lo que tenían encima. Pero suponía la prueba de que pasara lo que

pasara con su recurso al Supremo, ganara o perdiera, ya había perdido. Nunca nadie autorizaría el derribo de aquella mole. El fénix se aferraría con sus garras al nido y el efebo que lo montaba sobrevolaría el lugar, siempre joven, mientras él y su familia, desgraciados, envejecían y morían, ¡Dios sabría dónde! Pero no allí, desde luego.

Una idea le rondó la cabeza esa mañana, enmarañada con otras, sin que lograra darle forma, pese a que de un modo

oscuro, la sentía diáfana. Creía tenerla en la punta de la lengua cuando se le escapaba. Era algo así como que es el poder quien, cual ave fénix, resurge perpetuamente de los restos, propios y de los perdedores a los que arrasa. Y que a pesar de ello se resiste cuanto puede a destruirse, aunque sea para transmutarse.

Una prueba de ello se presentó al año siguiente, 1931. Si la autoridad hubiera sido más maleable, si hubiera hecho algún cambio

a tiempo, más allá del lavado de cara que supuso reemplazar al presidente Berenguer por Aznar-Cabañas, tal vez hubiera evitado que el doce de abril, la masa ciudadana, indignada, reaccionara a la degradación del régimen dando a los republicanos la victoria en las municipales. Nadie lo esperaba. Por supuesto, ni el rey, ni su camarilla, pero tampoco quienes, como Germán, creyendo en la república, no confiaban en que su generación la proclamara en

España.

Sin embargo, así fue y aunque desde el primer día se evidenciaron resistencia de los reaccionarios y la Iglesia, deslealtad de las derechas, amenazas de involución, errores del sistema, la Segunda República dio a Germán la satisfacción de vivir por primera vez en democracia. Una democracia frágil, no se engañaba. No habría podido hacerlo cuando gente muy próxima a él la atacaba con virulencia, sin ir más lejos, el pretendiente de su hija

pequeña. Pepe no era ningún desalmado, sino un joven afable, que mostraba su amor a Marce escribiéndole poemas y retratándola, gracias a indudables dotes para el arte. Un hombre idealista, inteligente, preparado, con sensibilidad y cultura, como tantos militantes de la Falange de José Antonio Primo de Rivera. En su caso, con un brillante expediente en Filosofía y Letras. La lógica haría esperar que fuera alguien de mente abierta, capaz de concebir una vida

en libertad sin Dios, Iglesia, o padre de la patria que le impusieran su senda. La lógica de Germán, al menos. Pero Pepe, como tantos, quería ese Dios, esa Iglesia, ese líder autoritario.

Había muchos como él en la España de entonces, pero fue Pepe quien se casó con su hija Marcelina en 1933, en una ceremonia a la que de nuevo no asistieron ni Germán ni Berta. Justo un año después Marce tuvo su primer hijo, José Joaquín, Pepito, un bebé hermoso que pese a no ser el primer nieto

de Germán —Leticia tenía ya dos hijos, niño y niña—, se convirtió en su preferido por la misma razón que Marce lo había sido, porque lo trató desde pequeño. Pepito fue para el abuelo una alegría práctica, concreta, como la República fue una satisfacción ideológica (aunque entonces gobernara la coalición radical cedista no ya de derechas, sino antirrepublicana). Las dos únicas cosas positivas de una vida que sentía acabada y sin esperanza. Había dejado de pensar en «el

caso», lo dio por cerrado. Con los años era como si el pasado hubiera sido un sueño y jamás hubiera tenido casa, empleo, ni prácticamente nada. El pleito debía de estar siguiendo su curso en algún despacho. Quería pensar que así era, pero con el cambio de régimen y las complicaciones que llevaría aparejadas no podía descartarse que algunos recursos se hubieran traspapelado. Con la suerte que tenía, el suyo estaría entre ellos. En el mejor

supuesto, daba por hecho que los trámites se eternizarían.

Eso aun antes de saber que el 18 de julio de 1936 un alzamiento militar pondría en jaque al Estado legítimo, democrático, y la paralización de procedimientos como el que le afectaba sería la menor consecuencia, pues empezaría una terrible guerra, civil, inmoral, sangrienta como, por más que uno imagine, no sabe que lo es la guerra. Cuando ocurrió, no es que lo demás

pasara a un segundo o tercer plano, es que los planos se volatilizaron. Y ya no hubo más que presente, supervivencia.

Lo que preocupaba a Germán y Berta, al alba de esa jornada, no era un cambio histórico que no presagiaban, sino que Marce afrontaba su segundo parto. Pepe les mandó recado con una vecina y ellos se presentaron para ayudar sobre todo —suponían— atendiendo a Pepito. Desde que entraron en la casa notaron esa atmósfera de

aire espeso, tensión contenida, que surge en torno a los alumbramientos por lo que entrañan de riesgo, para madres e hijos. Pero había algo más. Por los tabiques y el ojo de patio se colaban con más nitidez que de costumbre los sonidos de las radios. Primero las voces de los locutores, luego también comentarios de vecinos que los fueron alertando. Hasta que finalmente alguien, con la excusa de interesarse por la parturienta, vino a contarles que unos militares se habían

alzado en Marruecos.

La noticia fue recibida de modo opuesto por Germán y su yerno. Pero ambos coincidieron en prever el baño de sangre, en sentir miedo y fingir no tenerlo. Berta y Marce estaban tan asustadas como ellos, pero tenían una preocupación más acuciante: encontrar matrona. ¿Acaso no podían apañarse solas o con una vecina? Los hombres no entendían la necesidad de buscar partera justo ahora. Pero las caras desencajadas, la firmeza con

la que las dos dijeron que era imprescindible, les convencieron de que había que salir por una. Germán se quedó en el salón supuestamente jugando a los camiones con su nieto, aunque en realidad concentrado en desentrañar lo que al otro lado de la pared decían los partes. Pepe tardó mucho en volver con la comadrona, tanto que se temió que le hubiera pasado algo. Pero finalmente apareció con esa mujer, tan gorda como si fuera ella la embarazada, sudorosa y

exhausta después de haber corrido por la calle y subido la escalera a saltos. Era la misma que atendió a Marce en el primer parto, una mujer con experiencia. Pepe sabía que era roja. Pero eso no importaba en aquel momento, aunque estuviera empezando una guerra. Si podía ayudar a Marce, si hacía que naciera bien el niño o la niña, Juan o Carmencita, ¿qué más daba?

No le importaría a él, pero sí a otros muchos. La mujer no había querido asistir el parto justo por eso.

Porque ella y su familia eran conocidos comunistas. Se resistió cuanto pudo y le pesaba no haberlo hecho tanto como para haber logrado parapetarse en su casa, esa a la que a cada minuto se le hacía más difícil volver, más peligroso. Las voces fuera del piso subieron de volumen a medida que avanzaba la tarde. Se oían pasos y carreras. Incluso en las azoteas. El corazón de la matrona latía tan aprisa como el de Marce y su mente se encasquilló en una

palabra: «francotiradores». Desde ese instante no pensó más que en salir de allí cuanto antes. ¿Por qué tardaba tanto el parto? ¿Si no era una primeriza! Ella hacía cuanto podía. Las dos lo hacían. Tal vez era la tensión. No era el mejor día para dar a luz, ¡lo sentía! Pero ella no tenía la culpa y sí mucho que perder. Al final, cuando el parto acabara, esa mujer se quedaría allí en la cama, segura, a buen recaudo y ella, en cambio, tendría que cruzar la ciudad, de noche,

bajo el fuego cruzado. No, no podía esperar, tenía que marcharse enseguida. Ya.

No se despidió, no dijo una última palabra de ánimo, nada. Marce, horrorizada, la vio dar la vuelta y salir corriendo y al minuto oyó el portazo. Se había ido. Ni Pepe, ni su padre, se dieron cuenta hasta que fue demasiado tarde. Su madre y ella se miraron. Sabían que había muchos motivos para preocuparse, pero también que no serviría de nada. Así que hicieron acopio de cuanta serenidad pudieron y

siguieron adelante.

Pepe, en el salón, con su suegro y el niño, pegado al tabique del vecino, también empezaba a impacientarse. Porque el parto acabara bien, por supuesto, pero además para poder bajar y ayudar a los suyos a tomar la ciudad. Germán, que simulaba prestar atención solo al nieto, miraba con el rabillo del ojo a su yerno. Como conservaba mejor la vista que el oído, se guiaba más por los gestos de Pepe que por el rumor de las radios

para saber si la insurrección iba o no prosperando. Se diría que sí, que se abría paso, aunque el nerviosismo de Pepe solo podía significar que había suficiente resistencia republicana como para conservar la esperanza. Aunque la ciudad tuviera un núcleo conservador, en barrios populares como Triana, La Macarena, San Marcos o San Julián era de prever que obreros, sindicalistas y estudiantes plantaran cara. Había que aferrarse también a la confianza de que las fuerzas

de orden público fueran fieles al sistema legítimo que les pagaba. Aunque tenía sus dudas.

Germán repartía su preocupación entre lo que estaría pasando en el dormitorio y lo que ocurriría en las calles. Al anochecer aumentó la inquietud. El parto no avanzaba y ni Berta se apartaba de Marce, ni Germán ni Pepe se acercaban a preguntar. En cuanto a la insurrección, cada vez se oían más tiros. Ráfagas que volaban desde las azoteas a la calle. En un

momento en que las detonaciones cesaron, Germán y Pepe colocaron la mesa del comedor de pie contra la ventana. Ninguno había vivido una guerra, pero, evidentemente, eso era. La atmósfera en el cuarto —donde no se atrevían a encender ninguna luz— se hizo tan opresiva, tan insoportable que no se podía imaginar que pudiera serlo más. Sin embargo, cuando Pepe dijo: «Don Germán, me voy, cuide a la familia», estalló el conflicto.

—¿Cómo que se va?

¿A dónde? —Germán no quería gritar para no asustar a Pepito, que, al oír a su padre, había dejado de jugar para mirarlos.

—A colaborar —le contestó su yerno, sorprendido de tener que explicárselo.

—¿En el golpe?

—No hay tiempo para debates —dijo, como cayendo entonces en la cuenta de que su suegro era republicano, queriendo dar el asunto por zanjado y dándose ya la vuelta. Pero Germán lo cogió del brazo.

—¿Pero qué hace usted, hombre? ¿Está loco? Pueden matarlo —dijo con una mezcla de rabia y miedo por la vida de su yerno.

—Sé el riesgo que corro, pero es preciso —contestó Pepe—. Suélteme, se lo ruego.

—¿Preciso por qué? ¿Para qué? —Germán lo soltó mientras repasaba mentalmente la lista de argumentos para rebatir los que Pepe pudiera exponerle. No preveía su respuesta dogmática.

—Es mi obligación.

Ante eso, Germán
perdió los papeles, se dejó ir,
subió la voz:

—¡Porque usted lo
diga! ¡O se lo haya oído
decir a cualquier imbécil!
¡Yo le diré cuál es su deber:
quedarse aquí y cuidar de
sus hijos y su mujer!

Pepito empezó a llorar
ante la indiferencia de los
adultos.

—No voy a discutir.
Eso pueden hacerlo ustedes.
Yo soy necesario en la calle.

—¡Como carne de
cañón, será! ¿Qué se le
ocurre que podrá hacer,

insensato? ¿Gritar a los republicanos que se rindan, que es mejor para ellos y el país?

—Tengo una pistola.

Las tres palabras y el brillo del acero en las sombras escalofriaron a Germán. Entonces, como por instinto, tomó conciencia del niño. Fue hacia él y lo abrazó. El mundo estaba loco. El padre de aquel pequeño asustado, profesor de Filosofía, lúcido, sensato, tenía un arma y estaba dispuesto a usarla. Pepe, con quien había

discutido cientos de veces sin otra munición que las palabras, se echaba a la calle dispuesto a morir o matar a esos otros con los que discrepaba. ¿Por qué no empezaba por él si sabía lo que pensaba? ¿Por qué no le disparaba? ¿Qué diferencia habría entre él y otro republicano? La prudencia, el miedo, un apego a la vida mayor del que suponía le hicieron guardarse las provocadoras preguntas. Se quedó callado mirando a su yerno, que pese a su aparente decisión no

acababa de moverse. Finalmente, se marchó, aunque cerrando el portón con cuidado para no asustar más a las mujeres.

Germán dijo al niño al oído:

—Tranquilo, Pepito, ha ido a por pan, ahora vuelve.

Mientras, mentalmente, vio a su yerno en la calle, sorteando cadáveres acribillados sobre charcos de sangre, corriendo bajo casas ardiendo, atrincherándose tras barricadas de sacos. Debía de ser un infierno, como la guerra del 14, solo

que allí, a sus puertas. ¿Cómo habían llegado a eso? ¿Cómo nadie, políticos, empresarios, intelectuales, había podido evitarlo? Es más, ¿cómo se habían enzarzado en peleas irresponsables, azuzado el odio, hasta poner a unos hombres frente a otros dándose caza? Era para llorar. Más todavía dada la paradoja de que en el cuarto contiguo una mujer, su hija, estaba trayendo un nuevo ser a este mundo desquiciado en que, seguramente, no merecía la pena vivir. Pero

no le salían lágrimas. Se limitaba a acariciar la espalda de su nieto, que había vuelto a jugar. La oscuridad, los ruidos no parecían importarle, eran como aderezos para su entretenimiento. Sin embargo, cuando oyó el llanto del recién nacido, se paró y miró al abuelo.

—Es el hermanito — dijo Germán dudando si lo entendería.

Pepito dejó caer sus camiones cojín abajo sin hacer caso y él creyó ver a Berta. Sí, era ella. Más

pequeña y vieja que nunca, como una bruja de cuento. Una bruja buena, capaz de obrar el milagro de asistir el parto de su hija en medio de una guerra.

—Por fin. Todo bien. Es niña —informó—. ¿Y Pepe?

—No quieras saberlo —contestó Germán—. ¿Qué le diremos?

—No hará falta nada, en cuanto vea que no entra...

—¡Maldita sea! Le dije que se quedara, pero no hubo modo. Tiene un arma.

Se miraron, callados.

Reconocieron sus miedos pero también creyeron ver un reflejo de admiración mutua: del valor de seguir adelante, de la determinación de mantenerse en pie, de no arrugarse, del orgullo — estéril— de estar, al menos ellos, a la altura de las circunstancias, de ser dignos de respetarse. Hasta capaces de hablarse con aquella complicidad inusual. ¿Cómo habían llegado a esa noche? ¿Cómo desembocaron sus vidas aldeanas en aquella escena?

—Y este niño hace horas que debería estar dormido —dijo de pronto Germán como si de verdad aquello fuera el colmo.

Berta cogió al nieto en brazos y empezó a acunarlo y Germán, mientras, se acercó a ver a Marce. Como habían vaticinado, ella, nada más verlo solo, comprendió que Pepe se había marchado.

—Al menos la niña está bien, padre —afirmó triste, cansada.

—Sí, Marce, sí, y es muy bonita.

Germán cogió la mano

de su hija, le acarició la cabeza y se compadeció de ella. Sintió dolor por la guerra que se le venía encima y que él no podría parar, pero también por los golpes que estuvo en su mano haberle evitado. Hacía mucho que no la besaba. Pero en ese instante, mientras la gente afuera se mataba, acercó su boca a la frente de aquella mujer, pelirroja como él, y le estampó un beso largo y apretado con el que habría querido borrarle hasta el recuerdo del menor

sufrimiento. Ojalá la otra Marcelina, su madre, dondequiera que estuviera —se dijo él, que no creía que estuviera, más allá de en su nicho, en ninguna parte —, pudiera hacerle sentir a él un beso que le dejara amnésico y hasta le calmase la preocupación de ignorar qué sería de su hijo, que podía llevar horas muerto. Pero él era el padre, el viejo, el que tenía que dar algún mínimo consuelo.

Horas después, la sentencia popular de que «A la luz del día las dificultades

parecen menos graves» fue desmentida por el primer amanecer de la guerra. Al despuntar el sol, las ondas radiofónicas llevaron a las casas sevillanas una voz atronadora que, por desgracia, pronto se haría familiar, la del teniente general fascista Gonzalo Queipo de Llano. Cabeza del golpe en Andalucía, a partir de entonces con ayuda del director de Unión Radio, arengaría a los insurrectos y amedrentaría al resto con sus palabras soeces, villanas y asesinas. Asesinas en efecto,

pues apuntaban a quienes horas después serían masacrados: «Mañana vamos a tomar Peñaflor. Vayan las mujeres de los rojos preparando sus mantones de luto», diría. Y más, que se prepararan ellas mismas, pues a «estas comunistas y anarquistas que predicán el amor libre» les iban a demostrar los «valientes legionarios y regulares lo que son hombres de verdad y no milicianos maricones». «No se van a librar por mucho que berreen y pataleen»,

advertiría. Y la gente le creería, pues ya desde esa primera mañana de guerra pudo verse tras las ventanas que los peores horrores se cumplían.

Las caras que pese a la prudencia acababan por mostrarse del otro lado de los cristales estaban desencajadas. Todos habían pasado la noche en vela, se diría que llorando (los ojos hundidos en sus cuencas y, a la vez, hinchados). Tras la alocución de Queipo, las radios se apagaron. Reinó un silencio de ultratumba.

Nadie quería señalarse. Que pareciera que estaban muertos, para no estarlo. En este escenario de pánico fue esperpéntico que, de pronto, apareciera Pepe sin dar explicaciones, como si fuera normal volver a casa tras pasar la noche en barricadas levantadas en las que ayer mismo eran calles con tiendas, cafeterías, teatros. Tampoco nadie le preguntó nada. No querían saber lo ocurrido, si él mismo habría... No estaba herido, aunque sí demudado. Sin embargo, encontrar a Marce

y la niña bien, fuera de peligro, le hizo proclamar con un tono apasionado que espantó al resto: «La bautizaremos María del Carmen Victoria».

Seis palabras para una ofensa —pensó Germán—. No solo para quienes ya daba por vencidos —entre los que suponía debía de contarse él mismo—, sino para la sensibilidad, la inteligencia. El asesinato no podía ser una victoria. Era el mayor fracaso, seguramente junto al de no darse cuenta. Infligirle dolor a alguien,

torturarlo, hacerle sufrir, pasar miedo, liquidarlo, ¿había algo peor, más terrible? ¿Y los que se hacían llamar nacionales, tan católicos, no lo reconocían como pecado? ¿Habían olvidado los mandamientos? ¿Cómo mostraban menos reparos en destruir la obra de su Dios que él con todo su ateísmo? ¿No temían el castigo del fuego eterno? ¿Todo era para ellos papel mojado, la Biblia, el Antiguo y el Nuevo Testamento y ese Cristo que, hubiera existido o no,

merecía haberlo hecho?

Hablar de «victoria» era una vergüenza, pero también una ingenuidad tremenda. Habría querido decírselo así a su yerno. Espetarle: «¿Crees que esto ha sido todo, imbécil? ¿Una noche, unos tiros? Pues apriétate los machos, que te vas a enterar de lo que es bueno. Todos vamos a hacerlo. Este no es el final, sino el principio. Y cuando el final llegue, sea cual sea, no quedará nadie indemne, todos habremos perdido».

Siempre hay quien

pierde más y lo pierde antes, por supuesto. Esa primera noche murió mucha gente en Sevilla, como en el resto de España. Algunos cayeron por sus ideales —acertados o confundidos, en defensa de la legalidad constitucional o intentando conculcarla—, otros por infartos, asustados por los disparos, y finalmente unos más como consecuencia de rencillas personales, bajas y rastreras, que se diluyen bien en el magma de muerte y sangre. Gabriel y Martín Fando, padre e hijo, fueron hechos

desaparecer por una mezcla de lo primero y lo último. Eran fervientes republicanos, comunistas y además promotores de la agrupación de obreros de la fábrica de artillería. Siempre fue difícil determinar si los dueños los odiaban más por rojos o «por marisabidillos» que, a su criterio, ponían en riesgo los márgenes de beneficio con sus reivindicaciones laborales. Y aquel diecinueve de julio no iba a resultar fácil tampoco averiguar si los quitaban de en medio por cuestiones

políticas o sindicales. Lo único innegable fue que a las once de la noche, mientras ellos se debatían entre su deseo de salir a defender la República y el sentido de la responsabilidad que los retenía en el piso con la mujer de la casa, su hija y hermana, cinco desconocidos echaron la puerta abajo, los encañonaron y se los llevaron. Maruja intentó detenerlos, gritando, pidiendo auxilio, llorando, agarrándose del brazo de su padre y tirando de él. Pero

uno de los falangistas la despegó de un tortazo:

—¡Tú, puta, cállate o saldrás peor parada!

Ni dijo más, ni hizo falta. Todo el dolor, todas las humillaciones imaginables, cabían en esa amenaza. Los tres lo entendieron. Gabriel y Martín la miraron desolados. Era la despedida. En cuanto se marcharon, Maruja se acurrucó en un rincón, aterrorizada. Sabía que debía huir porque ahora cinco desalmados conocían que estaba sola e indefensa, allí.

Pero en la calle silbaban las balas. No había salida. Si pudiera ir donde Germán, él la ayudaría. Aunque solo hacía dos meses que se veían, era un buen muchacho. La ampararía. Pero su casa estaba lejos, no llegaría viva. Se puso a rezar. Ella, que no creía. Tal vez si su madre no hubiera muerto la habría educado de otra manera, pero su padre los crio de espaldas a la fe. Y sin embargo, ahora no le salía otra cosa que pedir protección a quien pudiera oírla: a Dios todopoderoso, a

Jesucristo, a la Virgen María, a los santos, a los espíritus de sus ancestros. Por Dios, que no mataran a su padre, ni a Martín, o si los mataban, que no los torturasen, que no sufrieran. Por Dios, que no volvieran a por ella, y si volvían, que no la violaran, y si la violaban, que perdiera la consciencia, que le diera algo y se muriera, con tal de no darse cuenta. Cuando advirtió aterrada cómo giraba el pomo y la puerta empezaba a ceder poco a poco, casi se cumplen sus ruegos. Pero al

instante vio a Germán, se levantó, corrió hacia él y lo abrazó.

Sin saber cómo ni por qué, él había imaginado lo que estaba pasando. No tenía experiencia de la guerra, ni casi de la vida, pero era como si el único día que vio a los Fando hubiera leído en sus frentes cómo morirían. Nada le obligaba con la chica. Apenas empezaban a conocerse, él no se había sobrepasado. Ahora que estaba sola, seguir con ella le complicaría. Sin embargo, no dudó un segundo que

debía buscarla. Él y su familia sabían, como pocos, lo que era que todo cambiara en un abrir y cerrar de ojos, quedarse sin nada, en la calle, no tener con qué ganarse el pan y aquello no era ni comparable. Ahora, cuando se sacaba a la gente de su casa, era para hacerla desaparecer, vejarla, mutilarla o matarla. Por eso fue a por María, le dijo que hiciera un hatillo, la agarró fuerte de la mano y se la llevó.

En la pequeña habitación de la calle Arte

de la seda los encontró su padre horas después, cuando la situación se calmó lo bastante para poder salir a buscarlo. La joven le pareció una artista de cine, con aquellos ojazos. ¿De dónde la habría sacado? Pero aquel «Buenas, señor» rompió la ilusión de *femme fatale*. Era una niña. Para no asustarla más de lo que ya estaba, Germán, tras devolverle el saludo, pidió a su hijo que lo acompañara al patio.

Una vez solos, susurrando, hablaron de la guerra, de la noche pasada y

lo que les esperaba. Fue raro para ambos ponerse, cara a cara, a evaluar los peligros que acechaban, no tratarse como padre e hijo, sino como iguales, como hermanos. El levantamiento era un desastre. Un golpe a la República, para ellos el único régimen razonable y, esto no era opinable, el legítimo en aquel momento, frente a los golpistas respaldados solo por la fuerza. Pensar que ganaran esos bárbaros era para echarse a temblar. Pero los dos sabían que ninguno

lucharía para evitarlo. Germán padre era ya un viejo inútil para el combate, no había usado jamás un arma y no haría blanco ni a quemarropa. Germán hijo consideraba que, en aquella Sevilla que se rendía por horas, unirse a la resistencia sería como entregarse. ¿No valía más la pena, por una vez en la historia de la condenada familia, ser prácticos, salvar el cuello y poder hacerse cargo de sus padres y María? No pensaba con claridad, aún conmocionado por el terror

que había pasado al ir a buscarla. Había visto muertos, por primera vez fuera del laboratorio de anatomía. No uno ni dos, decenas, reventados contra el suelo. Con las caras desencajadas por el pánico, desfiguradas por las balas. Cada estruendosa descarga evidenciaba que uno podía ser el siguiente, en la primera esquina que doblase.

Pese al miedo que aún ahora lo atenazaba, lentamente fue hilando ideas hasta que parecieron

articular un plan coherente. Primero esperarían. Aguardarían a ver qué pasaba. Aunque en Sevilla la derrota republicana pareciera definitiva, el país era grande. Verían. Por su edad y su condición de médico era de suponer que lo movilizarían quienes se hicieran con la zona, es decir, los falangistas. Entonces solo tendría dos opciones, o desertar o unirse a ellos. No se sentía preparado para «pegarse un tiro». Lo dijo así, literalmente, como si

considerado el suicidio, solo lo descartara por una fastidiosa incapacidad para perpetrarlo. Y a su padre no le pasó por alto. Pero tanto si huía, como si aceptaba formar parte de la insurgencia, tendría que pensar qué hacer con María. Contó que se habían llevado a su padre y hermano, que ella estaba sola y que él había decidido hacerse cargo. Ni Germán preguntó por qué, ni pensaron explicar nada a Norberta. Cuando llegara de casa de Marcelina, al día siguiente o cuando se

pudiera, vería que una extraña, además guapa, se había unido a la familia. Es más, que llevaba ya noches durmiendo en su cuarto, con su marido e hijo. Que este la trataba como a una novia, aunque nadie le hubiera oído nunca antes nombrarla.

En otras circunstancias hasta una mujer sumisa como Berta protestaría. Poco importaba. En otras circunstancias, Maruja no habría entrado en la casa ni tan pronto, ni de ese modo. Era la coyuntura la que forzaba las cosas, la que

unía lo importante y lo urgente. Cuarenta y ocho horas después del alzamiento, patrullas de falangistas recorrían la ciudad, movilizando a los menores de treinta y cinco años. A Germán le llegó el turno como había previsto y cuando tuvo que afrontar la opción de huir o alistarse, comprendió que la decisión estaba tomada desde el principio por su cobardía. Lo asumió y se despreció por ello siguiendo así una tradición de la que su padre, aunque él lo ignorara, era

pionero. La única hombría de que se sentía capaz antes de marcharse era la de casarse con Maruja. Así, si a él lo mataban, ella seguiría bajo el amparo de los Díaz. Y además tendría una pensión aunque fuera mínima.

Su padre comprendió sus intenciones cuando le habló de la boda. Lo escuchó con un nudo en la garganta, sintiendo admiración por aquel hombre, hijo suyo. Veía el miedo que trataba de ocultar tras sus gafas. Le aterraba

recibir un tiro pero también
pegarlos. Más aún hacerlo
por esa aborrecible causa.
Era difícil consolarlo, pero
lo intentó.

—Tal vez..., tal vez,
hijo, no tengas que disparar
—empezó—. No sé, pero es
posible que, si te llevan de
médico, te dediquen a eso, a
curar heridos. Te darán un
arma, por supuesto, y si
necesitas usarla para
defenderte, eso siempre está
justificado. Pero quizá no
llegue a ocurrir. Puede ser,
ya lo veremos. Si así fuera,
podrías concentrarte en

hacer bien tu trabajo, limpiar heridas, aliviar, salvar soldados. Esa es una buena misión en cualquier bando —dijo agarrándole el brazo—. Aunque luego, a quienes cures se empeñen en volver a exponerse o en matar a otros.

—Ojalá tengas razón, padre.

—Sí, Germán, confiemos.

No lo hacían en realidad. Pero descartado el suicidio, solo quedaba vivir el día a día que acabó por traer aquella mañana de

verano una proposición de matrimonio nada romántica que emocionó a Maruja y la búsqueda de un sacerdote que los casara antes del viernes siguiente. Localizado el párroco crédulo que aceptó la versión de que llevaban diez años de novios y ahora, por culpa de la guerra, tenían que casarse aprisa, se acordó la ceremonia para el jueves, víspera de la partida. Y llegado este, Germán y Berta oficiaron de testigos de la pareja. Aquella fue la única boda de sus hijos a la que

asistieron, la única en la que no hubo nadie más que ellos, los contrayentes y el sacerdote. Para Germán tenía sentido, pues aquel matrimonio no celebraba nada, no había rastro de la felicidad que preside los enlaces. Era el acto responsable de un hombre que iría a la guerra al día siguiente. Berta, en cambio, se rebelaba ante el terrible sarcasmo de ejercer de madrina en la única boda de sus hijos que no habría querido ver. Le espantaba porque era un acto de

despedida, el adiós de su hijo que se iba al frente, donde él mismo preveía que podía morir. De ahí que se casara. Y también porque a modo de herencia legaba a esa muchacha. De acuerdo que era hermosa. Comprendía que le gustase. Y era de valorar que quisiera protegerla. Pero la realidad era que él asumía una responsabilidad para no afrontarla, pues se marcharía enseguida y les dejaría a ellos la carga. O más exactamente a ella, que era quien sostenía a la familia.

Bueno estaba que su padre no se diera cuenta, pero él, él lo había visto, lo sabía. Estaba al tanto de sus costuras para la calle, de sus idas y venidas a las casas de empeño y últimamente, desesperada, incluso a los diteros. Y pese a todo, ahora que estallaba una guerra, que se iba al frente a una muerte casi segura —¡Dios mío, su hijo de su alma, su único hijo!—, les endilgaba otra boca, la de una extraña, que viviría con ellos no en su casa —que no tenían—, sino en su cuarto, una que ni lo

había cuidado, ni amado, que sería su viuda y recibiría su paga.

¡Cielo santo! ¿Cómo podía ser tan rastrera de pensar eso? ¡En la boda de su hijo! ¡La víspera de que se fuera, tal vez el último día que lo vería! Ella no había sido jamás interesada, hacía años que sobrevivían casi del aire. Pero no podía evitarlo. Estaba confusa. Seguramente era injusta, pero ¿acaso no había padecido injusticias? ¿La imposición de esa mujer no era prueba de que aún las

padecía? Ni su padre, ni su marido, ni su hijo, ni las autoridades, ni la providencia se las habían evitado, ¿por qué no podía permitirse ella ser mezquina con una sola persona, esa, su nuera?

Maruja no notó el rechazo de su suegra. Solo pensaba en el día siguiente, cuando Germán no estuviera. Le costaba imaginar vivir sola con los dos ancianos. No tuvo que hacer esfuerzos, pues tras la desoladora noche de bodas, Germán se fue, dejándola

con ellos y, desde entonces, empezó una etapa en que los tres no vivieron más que pendientes de las noticias del combate y las pistas de su paradero que pudieran llegarles.

El tiempo en la ciudad se paró. Solo corría en el frente, donde cada instante se abrían trincheras como bocas hambrientas. Allí, lejos, fuera donde fuera, era donde se dirimía el futuro del país. Mientras, la población civil aguardaba. Abrían los párpados cada mañana, como telones, ante

el escenario de costumbre: la lámpara mal sujeta, que deja a la vista la ficha de empalme, la cómoda con el segundo cajón que nunca cierra, el espejo biselado que devuelve una imagen cada día más decrepita. Se incorporaban, dejaban colgar las piernas por el costado de la cama hasta que los pies tocaban el suelo y buscaban las zapatillas, a tientas. Cuando daban con ellas, se levantaban, se lavaban — usando la palangana—, se vestían y peinaban y salían de la habitación y de la casa

a un mundo que era el de siempre y otro por completo. Se cruzaban con caras conocidas, de vecinos, tenderos, parientes, pedigüeños, pero al hacerlo sospechaban que estaban poseídos, que unos extraños habían tomado sus cuerpos, y allí aguardaban, inactivos, la orden de espiar, delatar, torturar, si era preciso, matar. Lo peor era adivinar que los demás temían lo mismo de uno y que tal vez no anduvieran desencaminados. El nuevo yo, que latía dentro de cada

cual, era un desconocido hasta para sí, alguien asustado, como los animales acorralados y, en consecuencia, capaz de atacar con violencia, de hacer daño.

Estaban en guerra, y aunque en ciudades como Sevilla los tiros hubieran cesado (o solo siguieran de un lado, el victorioso), los dos bandos existían juntos. La situación de Germán era particular, que no única: la de un republicano con un hijo luchando con los nacionales, a pesar de

ambos. Y como la maldad común, la cotidiana, no desaparece ni aplastada por maldades superiores en la escala jerárquica, no faltó quien, en su presencia, comentara la circunstancia, intentando lastimarlo. Huyendo de estas agresiones, Germán se recluyó cuanto pudo. No es preciso decir que sus encargos de copista desaparecieron. Como faltaba el dinero, no se gastaba. No se compraba nada más que aceite y pan (ni tabaco, por más que lo

necesitara). Lo mejor era no salir, quedarse en casa, rezando (aunque fuera laicamente) para que todo acabase. Y que lo hiciera «de la mejor manera»: con la restauración republicana, pero sin que a su hijo lo mataran.

Con todo, en algún momento de aquellos cinco meses de contienda no había más remedio que hacer un recado, pisar la calle. Uno de esos días comprobó Germán que, como temía, la ciudad estaba tomada por ociosos malsanos deseosos de

reproducir, en la medida de sus fuerzas, el estado de terror del frente. En su caso fue un pariente lejano quien, al verlo, lo paró. Germán vio venir desde el principio las alusiones a la movilización de su hijo y a sus ideas republicanas, pero le costó desentrañar el significado exacto de sus palabras. El otro había empezado muy contrito a lamentarse de aquella guerra fratricida que «a nadie convenía», «lamentable pero, por desgracia, necesaria». Por su culpa se veían gentes

respetables, de buena fe, como ellos, «y la mayoría de los españoles», envueltos en una lucha horrible, unos contra otros, «pasando penalidades». Y lo peor era que «nadie estaba libre de tener en su propia familia conspiradores, gente que aparentaba respaldar al movimiento nacional y el orden que este al fin impondría y que, sin embargo, querían minarlo desde dentro, corroerlo como termitas, boicoteadores». Se refería a «esas moscas muertas que

fingen ser víctimas cuando son verdugos», como «esas que juran ignorar dónde se esconden sus maridos y luego, bajo cuerda, los alimentan y arman para que luchen contra el ejército».

Germán trataba de decodificar el mensaje. ¿Dónde estaba la alusión a su hijo? ¿Dónde la amenaza de delatar su ideología? ¿No bastaba con que se hubiera alistado? ¿O habría desertado? ¿Por qué se refería a mujeres? ¿Sabía algo de María, de su padre o hermano? ¿Y si no hubieran

muerto, si hubieran escapado y ella los escondiera? La avalancha de dudas lo aturdió y cuando volvió en sí, se dio cuenta de que su interlocutor hablaba de otro tema. O eso parecía. Se refería ahora, sin crispación, a la aldea, lugar idílico del que ambos procedían, «con sus animalitos, sus vacas, sus gallinas». Por un momento, Germán creyó que lo anterior había sido una alucinación, que había entrevisto mala fe donde no la había. Pero algo en la

forma en que aquel hombre dijo la frase siguiente le desveló el sentido de la conversación completa:

—Una vida de ensueño, la del pueblo, aunque también tiene su dureza. Tu hermana, sin ir más lejos, la pobre, sabrás que ha perdido las uñas trabajando como una mula ahora que el sinvergüenza de su marido ha huido. Debe de ser recogiendo papas. Nunca oí caso igual, pero las ha perdido todas, la pobrecita.

Deseó golpearlo, alzar los puños que tenía cerrados,

estampárselos en la mandíbula, el estómago. Le avergonzó dejarse contagiar por la violencia, pero es que fue repugnante cómo pronunció el «pobrecita», el desprecio con el que chocó la lengua con el paladar para soltar la «t» explosiva. «¿Eso es lo que quieres decir, maldito? Que mi hermana ayuda a su marido escondido, que lo sabes, que lo sabéis todos en el pueblo, que están los dos en peligro. ¿Y qué vais a hacer con ellos, cabrones? ¿Vais a matarlos? ¿A tu propia

prima y a su marido? ¿O solo les daréis un susto, un escarmiento? Emboscados en la noche, esperaréis a que salga, muerta de miedo, y aprovechando que sus latidos serán tan fuertes que no la dejarán oír nada, iréis tras ella, dondequiera que esté el escondrijo de Julián, para encontrarlo. Como perros de presa, criminales.»

Desde el momento en que su rostro reveló que había entendido, la conversación acabó. Germán, olvidando a qué había salido, regresó a la

casa. ¿De qué querían vengarse contra su hermana? Si era una infeliz, si no suponía peligro para nadie. Ni su marido, por más comunista que fuese. ¡Qué revolución iba a liderar un cantero, en una aldea! Ese no era el problema. La cuestión era que no querían dejarles pensar, fantasear el mundo, acertado o equivocado, que quisiesen. No, ellos les dirían qué era apropiado hacer, querer y creer, ¡si les perdonaban la vida! Porque cabía la opción de que, sencillamente, se

dejaran de contemplaciones y se los cargaran. Sentía una terrible urgencia por subir a Pechón, advertir a Vicenta, decirle que estuviera quieta en casa un tiempo, que no fuera a buscar a Julián, ni para llevarle comida. Pasaría hambre. Tendría que comer raíces, hojas de helecho, lo que fuera. Pero si seguía yendo, solo conseguiría que los mataran y entonces, ¿de qué valdría haber comido? Nada más que para dejar cadáveres con algún alimento dentro. Y sin embargo, no podía cruzar

España. Entre Sevilla y el pueblo se interponía esa Castilla campo de batalla. Apenas cabía confiar en que, mal que bien, el correo funcionase. Y aun así, como recelaba que se hubiera puesto en marcha un control de las cartas, al escribir se decidió por una nota breve y abstrusa:

Queridísima hermana:

(Sobre la marcha se dio cuenta de que nunca se había referido así a Vicenta ni en su más recóndito pensamiento y, sin embargo,

no estaba mintiendo.)

He sabido por los parientes que has perdido las uñas trabajando el campo y la noticia me ha llenado de preocupación. Mucho me gustaría ayudarte, pero ahora, con la guerra es imposible emprender viaje. De modo que solo puedo enviarte este consejo, esperando que las comunicaciones no estén tan irremediablemente dañadas como para impedir que te llegue y confiando en que tendrás la sensatez de entenderlo y aplicarlo: cesa

en tu actividad por un tiempo. Sé que no solo necesitas seguir cultivando, sino que además ahora tendrías que echar venenos a los topos, pues es el momento. Pero si con las manos dañadas como las tienes te ocupas de eso, corres gran peligro de morir tú misma envenenada por el producto, así como de matar a las bestias más preciadas de tu cabaña. Tienes que parar hasta que se curen tus manos y tu actividad no entrañe ya riesgo ni para ti, ni para ellas. Confía en tu

hermano mayor, que sabe lo que dice, y piensa que un mal menor puede salvarte de otros peores.

Un abrazo muy fuerte y cuídate.

Germán

Leyó y releyó lo escrito preguntándose si sería tan explícito como para crearles problemas o, por el contrario, tan incomprensible como para no servir de nada, más que para hacer creer a Vicenta que había enloquecido, que tras el desahucio, la guerra

le había rematado. Pero como no tenía otra manera de avisarla, dobló la hoja, la metió en un sobre y salió a mandarla. Al depositarla en el buzón, pensó resignado en lo mucho que tardaría en saber si había llegado, en recibir contestación.

No se equivocaba. Ya para alcanzar su destino, la carta hizo un periplo disparatado que duró diez semanas, a lo largo de las cuales estuvo a punto de destruirse o perderse, al menos, tres veces. Pero finalmente llegó a Vicenta y

la hizo más feliz que nunca. Ni el día de su boda, ni el que conoció a Julián o supo que la amaba, ni cuando por fin disfrutó de la cópula, jamás sintió una plenitud equiparable a leer esas letras. Y eso que la advertían de que estaba en peligro de muerte. Ella ya lo sabía. Vivía bajo la vigilancia de los vecinos. Sospechaban la verdad. Que no era otra que, de cuando en cuando, vestida de negro, embozada con una capa salía, intentando confundirse con las sombras, sigilosa, y se

internaba en los senderos más oscuros del monte, camino de Tina Menor. Bajaba hasta la ría, dejándose resbalar por las piedras y una vez allí se quitaba la ropa, la envolvía alrededor del paquete de las viandas y se amarraba el bulto a la cabeza. Siempre sentía pánico de que la persiguieran. Por más que en el camino, mirando arriba y abajo, a derecha e izquierda, nunca hallara ojos celadores, invariablemente, cuando llegaba el momento de desvestirse, el miedo le

secaba la garganta. Tenía muchos temores y todos terribles, pero sobresalía el de ser forzada en aquella orilla donde ella misma se desnudaba. Por eso lo hacía aprisa. Luego entraba en el agua helada, ahogando su instintivo grito y nadaba rápida. Atravesaba la negra corriente, sintiendo aterrORIZADA cómo las algas se le enredaban en los brazos y las piernas y cómo otros seres —ojalá peces— la rozaban.

Al llegar a la orilla contraria, aún le quedaba un

trecho largo hasta la cueva de Pimiango donde Julián se ocultaba. Era la parte más difícil, la que le había costado las uñas, pues se trataba de un ascenso por una pared vertical, rocosa, donde frecuentemente las piedras se desprendían haciéndola tropezar, con riesgo de despeñarse. Pero hasta ahora siempre había alcanzado la cima. Más o menos magullada, pero llegaba. Arriba muchos agujeros hendían la montaña. A cualquiera le parecerían iguales, en

cambio, ella los distinguía. Cuando por fin se encontraba con el que tenía aspecto de cuenca de ojo, vacía, sabía que quedaba poco. Entonces imitaba el ulular del cárabo y al cabo de tres veces, veía aparecer la silueta de Julián, negra, destacando sobre la opaca fronda. Se acercaban el uno al otro. Nunca se besaban ni, mucho menos, hacían el amor. En esas circunstancias no se deseaban. Se abrazaban con la fuerza que tenían, gozaban de ese volver a verse que habían

aprendido a no dar por supuesto. Tampoco hablaban. Por miedo a que sus ruidos los delataran. Todo se lo decían con la mirada o apretándose las manos. Las horas pasaban rápido pese a la quietud y el silencio, y pronto, siempre demasiado pronto, Vicenta tenía que levantarse e iniciar el regreso. Atrás quedaba Julián en la gruta con trazos rupestres, solo y sintiéndose él mismo un hombre prehistórico, animalizado. Vicenta nunca se giraba, nunca miraba atrás, por

temor a llorar ella o verlo llorar. Se dejaba engullir de nuevo por la noche, solo satisfecha de haber hecho lo correcto. Llegada a la orilla, volvía a sumergirse en la gélida ría, la cruzaba, se vestía y ponía rumbo al pueblo.

Ningún frío era mayor que el que allí le aguardaba. Cada vez que cruzaba sus ojos con los de los vecinos, leía en ellos que estarían dispuestos a matarla, que lo harían si tenían que hacerlo, que tal vez disfrutaran. Habría preferido permanecer

sumergida horas en lagos a bajo cero, antes que vivir entre aquellos lobos. Pero no había elección. Tenía que continuar allí y fingirse tranquila.

Con Julián huido y sus padres muertos, no contaba con nadie. Por supuesto, había mujeres en similares circunstancias en la aldea y la comarca, pero la prudencia aconsejaba no dar la impresión de estar aliadas, como lo estaban sus compañeros en la montaña. Si los fascistas se sentían amenazados actuarían,

aplastándolas, y sin ellas los hombres no resistirían. Morirían de hambre y frío o se entregarían.

Y estaba también su hermano Germán, que era como si no estuviera. Aquellos meses Vicenta llegó a la conclusión de que nunca la había querido. Lo sabía desde niña, pero jamás antes lo racionalizó porque le hacía daño. Sin embargo, la guerra había elevado el umbral de su dolor. Que su hermano no la quisiera ya no era una tragedia, sino una contrariedad, soportable.

Podía hasta comprenderlo. Ella era hija de otra, de la usurpadora. Se llevaban mucho, no habían convivido. Normal que no hubiera cariño. No debía reprochárselo. Y aunque debiera, no podría porque — eso también había aprendido a asumirlo— ella, en cambio, lo amaba. Incondicionalmente. Más que a nadie.

Precisamente por eso el día que recibió su carta, se estremeció. Una ola de sangre le subió de las manos al pecho y de ahí a la

cabeza. Sintió las mejillas ardiendo y le brotaron lágrimas como para apagarlas. Tal vez sí la quisiera algo. Repasó la carta imaginando a su hermano al escribirla. Recorrió los trazos como borrándolos, devolviéndolos al instante en que nacían de la pluma, eran tinta húmeda. Por supuesto, era capaz de traspasar la barrera física y alcanzar el fondo, la advertencia. Debía de estar más en peligro de lo que creía si hasta a Sevilla llegaban las amenazas. En

ese momento se sintió culpable por preocupar a Germán, con los problemas que él ya tenía. Pero sobre todo porque le hiciera tan feliz que estuviera preocupado por ella.

En efecto, Germán sufrió casi tanto por su hermana como por su hijo durante toda la guerra. Le escribió hasta más que a él, pues estando este en el frente, rara vez contaba con una dirección concreta. Aun después del día en que acabó la contienda para los Díaz, al aparecer el hijo, de

uniforme, escuálido y con la mirada ida, pero sin lesiones físicas, Germán siguió temiendo que de Pechón llegaran malas noticias, que los fascistas tomaran represalias contra Vicenta, que mataran a Julián, si se entregaba o lo cogían. Los meses, no obstante, empezaron a pasar sin novedades. Julián y otros maquis acabaron por rendirse, pero no los fusilaron, sino que fueron condenados a trabajos forzados. Dos años pasó de acá para allá, usado como

esclavo, abriendo canales, picando piedras, sin que Vicenta volviera a verlo, ni supiera siquiera si estaba vivo o muerto. Y cuando al fin lo soltaron, las torturas siguieron, en el pueblo. Pocos les hablaban más que para insultarlos. Algunos de los más furibundos habían compartido militancia con Julián, pero debían de estar haciendo méritos para reintegrarse en la sociedad. Su único apoyo era Vicenta, y precisamente por ella sentía que tenía que buscar una salida. Librarla de aquel

martirio. Llegaban a despertarlos de madrugada gritando cosas espeluznantes, dejando, en la entrada de la casa, animales despellejados como aviso — se suponía— de lo que acabarían por hacerles a ellos. Querían que se fueran y ellos querían marcharse, pero no sabían a dónde, ni para hacer qué, más allá de salvarse. Dados los antecedentes familiares, lo natural sería embarcarse a América, a Cuba, a La Habana. Eso harían: escapar del odio, empezar de cero,

en cualquier parte. Aunque ya no fueran niños, ni hubieran podido tener descendencia, necesitaban esperanza, un proyecto para continuar. Eso y hablar con Germán para acordar con él vender las propiedades. Era de prever que le parecería bien, pues él y la familia en Sevilla estaban, por entonces, pasándolo peor que nunca, sintiendo incluso hambre.

Berta y Germán no podían ya ni pagar el cuarto miserable de la Alameda, por eso lo dejaron y

empezaron a alojarse, por turnos, en casa de sus hijos Germán y Marce. Él, por haber servido en la guerra con los nacionales, tenía un puesto de médico militar y ella administraba como podía el exiguo sueldo de profesor que Pepe lograba —trabajando en cuatro colegios— para sacar adelante a sus tres hijos, la menor de ellas, Teresa, recién nacida. Vivían con estrechez, de ahí que sus padres lamentaran mucho serles un lastre.

Cuando Vicenta se

decidió a salir, con Julián, por primera vez de la Montaña, para tratar cara a cara con su hermano el decisivo tema de la venta de las tierras, no imaginaba la precariedad en que encontraría a la familia, en Sevilla. Ya Germán le ofreció una pista al contestar al telegrama en que ella anunciaba la visita diciéndole que aunque estaba deseando verla, no podía ofrecerle alojamiento, pero que Berta había convencido a otra parienta para que los hospedara unos

días. Vicenta sentía una alegría nerviosa ante la perspectiva del reencuentro tras la guerra y la visita a aquella ciudad que en su mente era mítica, pero al cruzar la puerta del piso donde vivía su hermano, se sobresaltó. En un salón y dos cuartos, mínimos, oscuros y asfixiantes, se hacinaban él y su cuñada, su sobrina y los tres niños pequeños, sin contar al yerno, que en ese momento estaba trabajando. ¡Con lo grande que era la casa del pueblo! Y estaban todos

demacrados. «Claro —se dijo—, en la ciudad uno no puede cultivar, y sin dinero bien poco comprarán.»

Germán la abrazó, con la fuerza de quien había temido no volver a verla, y ella se sintió, al mismo tiempo, plena y alarmada por su fragilidad. Julián, a quien su cuñado solo dio la mano, no notó nada extraño, pero es que él no había conocido a aquel hombre cuando su aire inaccesible le hacía parecer alguien misterioso y sabio, en lugar de un viejo abrumado.

Para almorzar se esperó a Pepe, que para sorpresa de Julián y Vicenta —que estaban advertidos de su filiación falangista— fue con ellos más que amable, simpático. La comida, sabrosa pero escasísima, se acabó tan aprisa como fue largamente alabada. Mientras Berta preparaba la achicoria, Vicenta reunió valor para proponer a su hermano:

—Tal vez podríamos hablar, ahora.

Como Germán y Berta dormían en la habitación de

los niños y estos estaban en plena siesta, Marce, con la aquiescencia de Pepe, dijo:

—Padre, vayan a nuestro cuarto.

Él se levantó despacio y arrastrando los pies por el pasillo guio a Vicenta. Una vez en el dormitorio, cerró la puerta, le ofreció a ella la silla y él, como no había otra, se sentó a los pies de la cama.

—Verá, hermano — empezó a hablar ella, con una determinación que debía de haber adquirido durante la guerra—, imaginará que

quiero comentarle algo importante.

—Sí —le contestó él—, pero no adivino qué. Cuéntame.

—Pues Julián y yo hemos pensado marcharnos —le anunció directa.

—¿Dejar el pueblo?

—E irnos lejos. A América, si podemos.

—A América —repitió Germán, y se quedó absorto pensando en los viejos sueños de Juan, antes de embarcar, en sus propios efímeros y caducos proyectos.

—Sí, pero quería hablarlo con usted. Pedirle permiso.

—No necesitas mi autorización, Vicenta —dijo él sin evitar cierta condescendencia.

—En realidad sí —le corrigió ella—. Verá usted, para pagar los pasajes y contar con algo con lo que empezar allá tendríamos que vender la casa, los animales, las *tierrucas*, todo lo del pueblo. Nos costará encontrar quien compre. Hoy pocos tienen capital, se aprovecharán para sacarlo

por menos de su valor, pero... Si me permite, hermano, a ustedes aquí también les vendrá bien el dinero.

Al ver que él no contestaba, temió haberle herido.

—¿Le he ofendido, hermano?

—No, mujer, claro que no. Tienes razón. Es tal cual lo ves. Estamos arruinados.

—Y, entonces, ¿está de acuerdo en vender?

—Sí, Vicenta, sí — contestó él.

Pero ella, advirtiendo

ciertas reservas, le pidió:

—No lo diga por decir. Cuénteme, por favor, ¿qué le inquieta?

—¿Podríamos conservar aunque solo fueran dos carros de tierra? —preguntó Germán.

—Supongo que sí —contestó ella con sorpresa—. Pero ¿para qué los querrá? Sin Julián ni yo que se los cuidemos se harán monte, se perderán.

—Es cierto —repuso él convencido—. Es una tontería. Véndelos.

—¿Por qué querría los

carros, hermano? —lo interrogó Vicenta en todo caso.

—No lo tengo claro. En realidad, más que una razón..., es un impulso. Los hijos jamás volverán al pueblo si no queda allí nada para ellos.

—¿Acaso quiere usted que vuelvan? —preguntó incrédula.

—Más que querer o no... Ya te habrás dado cuenta, Vicenta, de que en la vida, lo que uno quiera tiene una importancia relativa... Más que eso, pienso que yo,

aun sin ser consciente de ello, he tenido siempre la opción de volver a Pechón, a mi casa, a mi tierra. Si al menos, después de todas las seguridades que he arrebatado a mis hijos, por mi terquedad...

—Por sus ideales, hermano, por su firmeza —matizó ella.

—Lo mismo es, a fin de cuentas —habló por su boca el desengaño—. Si yo pudiera siquiera dejarles en herencia algún carro de tierra, ellos sabrían que en Cantabria podrían sobrevivir

aun a base de patatas. Qué ridículo, ¿no, hermana? ¿Cuántas patatas se recogen de dos carros de tierra? Observa el desatino de una mentalidad urbana. No atiendas a mi chochera. Véndelo todo, Vicenta. Empieza una nueva vida ahora que aún puedes. Mereces ser feliz. Por mucho que haya pensado en ti los años de la guerra, no puedo imaginar lo que has pasado. Has demostrado un valor, una entereza... Eres una gran mujer, hermana. Un orgullo para mí. Quiero

que lo sepas.

Aquella fue, para Vicenta, la más inesperada y anhelada declaración de amor. Precedida, bien es cierto, por las cartas de la guerra, por el abrazo que se habían dado hacía solo un momento, pero nunca expuesta de un modo tan manifiesto. Dejándose llevar por la alegría y gratitud, se levantó, fue hacia la cama en que Germán seguía sentado, besó su mejilla flácida, se arrodilló a sus pies y reposó la cabeza en su pierna. Así permaneció, con los ojos

cerrados, como si al fin descansara después de un viaje secular. Solamente dijo en un susurro:

—Gracias, hermano.

A lo que él respondió acariciando su pelo recogido, gris. Luego, los dos callados dieron sendas interpretaciones a la conversación que acababan de mantener. Germán se aprestó a asimilar la ruptura del cordón umbilical con el lugar donde nació, donde estaban enterrados sus padres, a donde sus hijos y nietos no volverían salvo

que cambiaran mucho las circunstancias respecto a su familia política. Vicenta, en cambio, se hizo una promesa: renunciaría a emigrar. Le diría a Julián que Germán había autorizado la venta, pero que ella había cambiado de idea y no quería ya irse a América. Y le ocultaría, en cambio, la razón de su rectificación: que nada llenaría más su vida que ser para su derrotado hermano una seguridad, una garantía. Ella cuidaría de la casa y las tierras, acogería a los

sobrinos y sobrinos nietos en cuanto estos crecieran y pudieran ir a la aldea, en las temporadas que pasaran a su lado repondrían su salud precaria antes de regresar a la dañina ciudad. Ella mantendría la hacienda para, una vez muerta, dejársela en herencia. Y todo este plan, por supuesto, lo ocultaría también a Germán. Se limitaría a dejar pasar el tiempo. Él acabaría comprendiendo y eso reforzaría más el vínculo que, ahora, con su cabeza apoyada en su rodilla, casi

ronroneando como un gato bajo la caricia de sus manos, al fin, sentía.

Vicenta capeó como pudo la cuestión ante Julián durante los días que se prolongó su estancia en Sevilla para evitar que él diera el paso de hablar a solas con Germán y aún dilató la conversación cuando se hallaron ya de regreso en la aldea. Pero cuando ella y su marido mantuvieron la necesaria conversación, él no acabó de entender las motivaciones de su mujer y pensó más bien

que su cuñado la había presionado y que ella mentía para protegerlo. Sostuvieron serias discusiones al respecto, pero tampoco llegaron muy lejos. Finalmente, Julián se resignó a no emigrar no sin desde entonces albergar un comprensible sentimiento de animadversión y rencor hacia Germán.

Este, en Sevilla, sin embargo, pensaba que su hermana y cuñado estarían dando los pasos para deshacerse de las propiedades. Tal vez por eso

soñara más de lo habitual con Pechón, e incluso de vez en cuando, aún despierto, evocara sus paisajes. Los recreaba y se refugiaba en ellos, huyendo de todas las ideas que lo atormentaban. En efecto, durante los meses de posguerra que se fueron sucediendo sin que Vicenta llegara a anunciar el cierre de la venta, Germán, atenazado por la inactividad, se dedicó, sin poder evitarlo, a repasar sus fantasmas personales (todos los errores que había cometido, los amigos y amores que había

perdido, la gente que le había fallado, las propias faltas que él había cometido y que sobre todo habían perjudicado a Berta y los hijos) y los desastres circundantes (la dictadura con sus terribles consecuencias de barbarie, injusticia, carestía; la nueva guerra mundial con el derramamiento de sangre que parecía no tener fin). Se sentía mayor, cansado, incapaz de reaccionar. Cuando llegaba a sufrir mucho, a hacerse mucho mal, a multiplicar los

pensamientos atormentadores hasta sentir que no cabía en su cráneo uno más, que si seguía pensando le reventarían los sesos, por fin, la mente lograba desconectar. Oía el clic y se apaciguaba. O bien no sentía ya nada, o bien recuperaba olores, sonidos del pueblo, el roce del viento, trayendo hasta él los aromas húmedos del bosque. Podía pasar horas en ese estado. Y Berta y sus hijos lo preferían a verlo inquieto. Por eso nunca lo interrumpían cuando estaba

así, como anestesiado por opiáceos.

De hecho, al recibir aquel sobre, sabiendo Berta como sabía que él se encontraba en el dormitorio, tranquilo, ensimismado, no se habría planteado un segundo molestarlo de no haber sido porque el cartero dijo:

—Del Supremo.

¿Era posible? ¿En medio de la guerra los procedimientos habían seguido, hubo magistrados leyendo recursos, escribiendo fallos?

Firmó el recibo y, aun así, en el pasillo, se paró a pensar si sería mejor aguardar a que él se despabilara. Total, habían esperado tanto, y pasara lo que pasara no recuperarían su casa. Ella misma había visto cómo ultimaban la reparación del edificio, dañado desde el alzamiento. Una nueva escultura del muchacho y el pájaro lo coronaba. La original fue derribada el día del golpe y aplastó a tres viandantes. Republicanos y nacionales se culparon. Lo cierto fue

que los tres civiles engrosaron la larga lista de cadáveres y que la figura, que parecía indestructible, se quebró en pedazos. Durante la contienda no fue una prioridad reponerla, pero luego la aseguradora había restituido su símbolo, adaptado a los tiempos. El ave guardaba gran parecido con la que los fascistas habían convertido en enseña de España, ese águila imponente, marcial. El muchacho, que antes cabalgaba sobre ella, diríase que hacia la misma libertad,

estaba ahora de medio lado, entre protegido y coartado por su ala y, por supuesto, con la mano alzada. En fin, que era clara la existencia de conexiones entre la vieja empresa y el poder nuevo y no había que ser muy listo para saber que nadie desalojaría de allí a esa entidad, por más sentencias que esgrimiera.

Pero además, podían haber vuelto a perder. Para Germán sería el golpe de gracia. Berta sintió la tentación de abrir el sobre y leer. Así, si el dictamen era

negativo, lo quitaría de en medio. Pero, al tacto, la sentencia parecía larga, constaba de muchas páginas. A ella le costaría entenderla, tardaría. Si Germán la sorprendía, se enfadaría y si ella llegaba al final pero no comprendía nada, ¿qué haría? ¿Cómo justificaría darle el sobre abierto? Eran ganas de especular. Sabía lo que tenía que hacer y haría. Ojalá la vida le ahorrara al hombre ese último sufrimiento. Si el único sentido de esa insólita eficacia administrativa era

darle la puntilla, era para maldecirla. A cada paso que daba por el pasillo pedía a Dios, como rezando, «que no haya perdido, que no haya perdido», como si la cosa no fuera con ella. Sintió ternura por su marido, por su primo. No merecía más daño. Él no era malo. Alguien equivocado, infeliz desde siempre (desde que ella lo conocía, al menos), Dios sabría por qué. Pero malvado no.

Entró sigilosa sin llamar a la puerta. Germán estaba enfrente, en la

mecedora. Tenía los ojos abiertos pero no pareció verla. Ella, como tantas veces, contuvo el aliento. Sí, inspiraba y espiraba. Él clavó los ojos en el sobre. Los subió hasta los de ella. No hubiera hecho falta hablar y aun así, Berta anunció:

—La sentencia.

Germán carraspeó, se frotó los párpados, alargó la mano y esbozó una media sonrisa de lo más expresiva. Transmitía que casi no podía creerlo, que agradecía la dulzura con que ella lo

miraba, que se sentía asustado y, al mismo tiempo, preparado para pasar por aquello y que, si no le importaba, desearía hacerlo solo.

Cuando ella se hubo ido, Germán despegó despacio la solapa y sacó los papeles. Se fue a la última hoja y empezó a leer tras la palabra «FALLO»:

Estimo el recurso interpuesto por don Germán Díaz Sánchez contra la sentencia del Tribunal Provincial de Sevilla de 25

de julio de 1928, en todos y cada uno de los puntos por él esgrimidos, con lo que la dicha sentencia QUEDA REVOCADA y se CONDENA AL AYUNTAMIENTO DE SEVILLA al pago de la indemnización solicitada en concepto de resarcimiento de la expropiación injustamente cometida así como de la compensación por daños morales. El Ayuntamiento tendrá asimismo que correr con las costas del procedimiento, si bien no habrá de abonar los

servicios del abogado de la acusación al haber ejercido como tal el propio señor Díaz Sánchez. Así, por esta mi sentencia, para que conste y surta los efectos previstos, lo pronuncio, mando y firmo.

Y antes de alegrarse de haber ganado, saltaron a sus ojos, arañándose los, rodeados de yugos y flechas y escudos «del pato», los gritos de

«¡VIVA FRANCO!
¡ARRIBA ESPAÑA!»

La tinta negra rebosaba. Se notaba que los tampones se estaban estrenando y el funcionario los usaba con entusiasmo. Y todo, la forma y el fondo, le hizo consciente del horror imprevisto, de que su victoria había sido sentenciada por el peor Estado criminal imaginado. No lo pensó, lo sintió como un rayo electrocutándolo. El espanto lo zamarreó de verdad, físicamente. Al

principio sujetó las hojas, fuerte. Cuando dejó de temblar, en cambio, las tiró repugnado. Dio un puñetazo al reposabrazos, se hizo daño y gracias a eso descargó un par de lágrimas. ¿Por qué? ¿Por qué una batalla tan larga y, aunque modestamente, heroica tenía ese final infame?

Se imponía un gesto de honor: escribir al tribunal diciéndole que se quedara el sucio dinero, que no lo quería, que le daba arcadas, que prefería perder, estar equivocado, antes que

coincidir en sus tesis con la corte no ya de un régimen ilegítimo —como el que había cuando empezó el procedimiento—, sino asesino, fascista, fruto de la guerra, culpable de ella. Y de tantas ignominias que aún sucedían.

Pero no podía hacerlo. Tenía que tragarse el orgullo. Esa indemnización, en la posguerra, era una fortuna. Berta, los hijos, los nietos la necesitaban. ¿Cómo condenarlos de nuevo? ¿A quién se debía más que a ellos? Si eran

quienes lo mantenían,
quienes lo alimentaban,
vestían, protegían; si sin
ellos llevaría mucho tiempo
muerto. ¿Cómo se plantearía
siquiera no cobrar el dinero?
¡Al cuerno lo que pensara el
mundo de la dignidad o
indignidad de rebajarse a
coger dádivas falangistas! El
problema no era la condena
del mundo, sino la suya. Y
él se condenaría. Habría
preferido mil veces morir
pobre. Pero esta vez
claudicaría. Pasaría por
encima de sus principios.

Se justificaba diciendo

que ya estaba viejo, sin fuerzas, que ya había librado sus batallas. Buscaba razones, las que fueran, para no coincidir con esa legión de rendidos de antemano que sostenía que la vida acababa por pararle a uno los pies, por ponerlo en su sitio, por hacerle agachar la cerviz, por humillarlo y que por eso era mejor no señalarse, no resistirse, menos rebelarse, pasar lo más desapercibido posible, aceptar lo que viniera, siempre. Él no era un entregado, él luchaba, lo

había hecho hasta entonces, por lo menos. De acuerdo, finalmente se doblegaba, pero eso no los equiparaba. Porque él lo había intentado y había pagado el precio. Ellos, en cambio, ellos... ¡Allá ellos!

Berta, sombra tras la puerta, escuchó el inaudible gimoteo y no pudo imaginar más que un nuevo fracaso. Se llevó el delantal a la boca para ahogar sus propios sollozos y cuando, pasado un rato, oyó que él se levantaba, se alejó rápida. No había hecho más que

llegar a la cocina cuando tuvo que volver a su llamada y, una vez en el cuarto, al oírle decir: «Berta, hemos ganado», creyó que Germán había perdido definitivamente la cabeza, que confundía las palabras, porque sí, hablaba de triunfo, pero era la viva estampa del condenado.

XX

DESPUÉS DE TODO

El fallo se recibió con escepticismo en la familia hasta que llegó el dinero. Germán dijo que no quería nada, que todo era de ellos. Entonces Berta y los hijos se reunieron, echaron cuentas de lo mucho que se debía a los prestamistas y decidieron

dedicar el resto a comprar una casa en la que vivieran los abuelos con Germán y María, Pepe y Marce y los nietos. Leticia estuvo de acuerdo porque ella, en Córdoba, empezaba a llevar una vida desahogada gracias al trabajo de José María en la Campsa.

Tras mucho buscar, Germán y su hermana Marce dieron con un inmueble interesante en la calle Alhóndiga. Tenía tres plantas, con dos balcones cada una, y corredores alrededor del patio, además

de, en la azotea, un lavadero y un palomar abandonado. Les gustó porque les pareció fácil de adaptar a sus necesidades. Levantando pocos tabiques sacarían sus tres viviendas y, más adelante, hasta podrían obrar el bajo y rentar cuartos.

La mudanza fue tarea sencilla porque casi no tenían muebles y pronto estuvieron instalados. Germán se sintió fuera de lugar nada más pisar la entrada. Los nietos hacían carreras zigzagueando entre las columnas, saltaban a la

pata coja sobre las baldosas, se tiraban barandilla de la escalera abajo, se hacían dueños del espacio, de esa amplitud a la que no estaban acostumbrados. A él, sin embargo, después de décadas de estrechez, le ahogaba tanto aire. Seguramente por eso, el lugar que más le gustó fue el palomar, un cuartillo mínimo que pese a estar limpio conservaba el intenso olor a pájaro. Era lo único desagradable —por lo demás le pareció perfecto— y confiaba en que se iría

pasando con el tiempo o él se acabaría acostumbrando.

—Si os parece, guardaré aquí mis cosas — dijo al verlo.

Lo que sorprendió y agradó a la familia. Esas «cosas» a las que se refería, aunque no fueran muchas, al ser papeles viejos, carpetas, objetos que cogen polvo y no decoran, estarían perfectamente acumuladas allí, en aquella caja grande. Sería su almacén de trastos, una idea magnífica. Tan práctica que era raro que se le hubiera ocurrido y una

suerte, bien mirado, pues ninguno de ellos se habría atrevido a sugerirla.

Obviamente, no le entendieron. Y gracias a eso pudo llevar a cabo su plan. Pensaba trasladar allí sus documentos y pasar luego horas ordenándolos, colocándolos, volviéndolos a reubicar. Necesitaría para ello una silla, pues estar mucho tiempo de pie lo fatigaba. Y una vez sentado, ordenando cuartillas, cuadernos, libros, probablemente habría algo que captara su atención y lo

obligara a leer, siquiera un rato. Poco a poco estar allí se haría costumbre y, aun cuando todo estuviera ya ordenado de la mejor manera, el hábito lo ataría al cuarto, donde, además, podría entregarse a un amado vicio, recuperado con el dinero: el tabaco. Leyendo y fumando pasaría horas y cuando sus ojos se cansaran, o se cegaran un instante con el humo, los dejaría vagar del otro lado de la ventana, un hueco de cuarenta por cuarenta con las mejores vistas de la casa: las del

centro laberíntico, con sus tejados gastados, salpicados de jaramagos, y sobresaliendo a intervalos, campanarios, espadañas y cúpulas de azulejos azules y blancos, muchos coronados por nidos de cigüeñas. De haberla previsto, no le habría salido mejor su estrategia de independencia. Ocurrió de forma natural y sin que nadie lo advirtiera y cuando repararon en que prácticamente estaba todo el día arriba, ya era demasiado tarde para evitarlo.

De todas formas, él

creía que duraría poco. Sentía la muerte cerca con razón, pues se hallaba en todas partes, rodeándolo. Sus amigos (incluido Mario Montalvo) y la mayoría de sus conocidos habían fallecido, de viejos o como consecuencia, directa o indirecta, de la guerra. El hambre y las enfermedades habían debilitado a muchos y la naturaleza humana, caduca, se había limitado a hacer su parte. No hace falta decir cuántos miles, más jóvenes que él, cayeron en el frente o volvieron con

miembros amputados que luego se gangrenaban y acababan por arrastrarlos. No eran años para perdurar y él, además, estaba agotado física y mentalmente. Algunos días leía y escribía con lucidez (o apariencia de ella) y, sin embargo, de repente su perfil en un cristal no se correspondía con el actual, sino con el de cuando era un apuesto abogado o un niño con la cara tiznada de carbón. Parecía uno de esos sueños en los que uno es consciente de estar soñando y, aun así, percibe como real

lo que ocurre. Le preocupaba porque lo interpretaba, con acierto, como un signo de depauperación. Pero también lo atraía, como había leído a Nietzsche que atraía el abismo. Sus extrañas visiones le decidieron a subir al cuarto un pequeño espejo que colocó en la estantería, por delante de algunos libros. De vez en cuando, levantaba la vista del volumen que leía y buscaba su reflejo como para controlar si, justo en ese instante, estaba loco o

cuerdo.

Al palomar, adonde rara vez subía nadie, más que a veces los nietos a espiarlo o Marce a pedirle que bajara porque hacía mucho calor, mucho frío o porque la comida estaba lista, Germán empezó a convocar a aquellos que había querido y desaparecieron. Al principio, lo hizo involuntariamente, dejándose llevar por recuerdos de su infancia en los que aparecían su madre y una mujer mayor. Era la vieja tía Clara, en cuyo

desvan pasó horas, de chico, mientras ambas hablaban. Él no tenía conciencia de recordarla, pero según constataba ahora, su estampa y la calidez uterina de la buhardilla se le habían quedado grabadas. Días después vio las caras de los amigos del pueblo y le vinieron a los labios nombres largamente silenciados: Fanio, Fin, Sendo. Lo mismo los veía echar carreras, llevando a pacer las vacas, que en la clase de Mirita, escribiendo, contando con los dedos.

Las visiones no eran diarias, igual que el espejo no siempre le devolvía la imagen de un Germán del pasado. Algunas mañanas, tardes, jornadas enteras, el presente tomaba posesión de todo, imponía su realidad a cualquier fantasía, ahogándola. Entonces, se refugiaba en las invenciones de otros, en los relatos de periódicos y libros con cuya ayuda llenaba y acortaba las horas. Pero en ocasiones sus pensamientos se desbordaban de tal modo que no podía hacer más que

dedicarse a ellos, aparcaando cualquier lectura. Llegó a tomar notas de sus recuerdos, tratando de capturarlos. Pero era inútil. Cuando salía de la hipnosis y volvía sus ojos a las hojas, se daba cuenta de que apenas entendía lo apuntado. Eran incoherencias. Eso le enfurecía y le hacía prometerse que la próxima vez lo haría mejor, más despacio, con más atención. Lo que no dudaba era que las alucinaciones lo acompañarían hasta el final. Pues si un día no llegaban de

forma espontánea, sería capaz de provocarlas.

Hubo, en efecto, un momento en que volver los ojos al pasado no fue fruto del azar, sino una decisión consciente. Él no podría precisar qué tarde, de qué mes, de qué año de los muchos (casi diecisiete) que vivió en la calle Alhóndiga. Pero lo cierto e importante es que ocurrió. Y que desde entonces sacó siempre tiempo que compartir con aquella gente vital para él, que había desaparecido o muerto. No era ninguna

tortura, ni vicio morboso, sino una necesidad, una estrategia para combatir la soledad de esos últimos años que, absurdamente, se estaban alargando tanto. Muy a menudo, la recordada era una mujer, Inge, su madre o Leticia, pero también pensaba mucho en su padre, don Pedro, su amigo Mario y sobre todo Juan y Eliseo. Al evocar a estos solía verse con ellos en las remotas ciudades en que vivieron: La Habana, París, Manila. Rememorando descripciones de sus cartas,

recorría calles extranjeras, entre gentes que hablaban otros idiomas o el suyo con distintos acentos. Se dejaba amodorrar por el calor asiático o caribeño y sorprender por la caricia de los copos de nieve.

Intentaba evitar arrepentirse. No quería lamentarse de no haber viajado con ellos, visto mundo, forzado la mano al destino insensato intentando salvarlos. No los evocaba para lastimarse, sino para, de un modo extraño, el único posible, disfrutar de su

compañía. Resultaba especialmente difícil volver a sentir la cercanía de su madre, Inge o Leticia sin sufrir una punzada. Mantenía con ellas largas conversaciones. Hacía que le descubrieran las partes de sus vidas que él ignoraba. A Marcelina le preguntaba quién había sido, por ejemplo, ese A. C. cuyas iniciales estaban grabadas en el reloj que ella le regaló. ¿Un familiar, un ancestro, un amante? ¿Tenía algo que ver con todas esas expectativas que ella le

transmitió sobre la vida?
¿Cuál fue su experiencia de
esta? ¿De qué se
enorgullecía, de qué se
arrepentía?

Inge y Leticia, ¿lo
recordarían? ¿Estarían
vivas? ¿Evocarían, como él,
los momentos compartidos,
lo que juntos habían sido?
¿Qué imagen habrían
retenido de él? ¿Qué papel le
asignarían? Mucho se temía
que Leticia lo habría seguido
acusando siempre de
cobardía. Quizá si hubiera
asistido a todo su periplo, su
idea sería distinta. O no, la

misma. Habló mucho con ella, con el espectro de su vieja compañera. Intentó explicarse, que no justificarse, sintiendo, no obstante, que entre ellos siempre quedaba un vacío, una brecha insalvable, una verdad imposible de comunicar.

Convocaba a sus fantasmas, se sentía con ellos y a la vez los extrañaba, pero jamás lloraba. Le habría parecido un signo de demencia. Una cosa era pensar en quien ya no existía (o quizá nunca lo

hizo tal como él los recreaba). Esto podría calificarse de estupidez por quienes entienden que es mejor, «lo normal», preferir a las personas reales, de carne y hueso. Pero no es un desvarío como lo sería desesperar, anegado en lágrimas, por la distancia que lo separaba a uno de los muertos o lo pronto que se iría a acortar. Estaba atento a la tentación del patetismo y la mantenía a raya.

Era curioso que el emplazado, a veces, fuera suyo de otras etapas. Una

fotografía o una de las notas que plagaban sus libros le devolvía al día en que sintió o pensó esto o aquello. Y no estaba más cerca de sí que del resto de los evocados, lo cual era coherente, pues todos eran creaciones suyas, personajes, en el mismo plano.

Muchas veces sentía que si no fuera por sus invenciones hubiera enloquecido hacía tiempo de tanta inactividad y tan poco objeto. En cambio, si sus hijos, su mujer, cualquiera supiera cuán entregado

estaba a los recuerdos (tanto que los veía encarnados, a su lado), daría su locura por hecho. Algo se hablaba ya de ello. Tanto era así que si había dejado de ir al Ateneo fue porque sorprendió ciertos gestos, oyó que lo ridiculizaban llamándolo *el Espasa*, que se mofaban.

A sus nietos, en cambio, les fascinaba su aspecto de sabio en las nubes, de Zeus en el Olimpo. Subían a la azotea con la menor excusa para verlo. Primero, hacían que jugaban —al balón, a las

casitas— revoloteando cerca del palomar. Luego, empezaban a asomarse a la puerta o se ponían de puntillas para mirar por la ventana. No paraban hasta que se hacían notar. Pero él no se enfadaba. Dejaba lo que tuviera entre manos, libro, carta, fotografía, recorte, y los invitaba a entrar en aquel cuartillo que a ellos les encantaba. Era un reino de libertad y hasta anarquía, pues el abuelo les permitía fisgar, tocar, coger cuanto quisieran y dejarlo luego donde fuera, hasta en

el suelo. Jamás oyeron entre esas cuatro paredes aquel «no» con el que sus padres los educaban. Porque Germán se había desapegado de todo, incluso de lo que había ido salvando de las sucesivas debacles, los restos con los que había construido su refugio de naufrago. Los usaba para recordar e imaginar, para ir tirando, pero no le importaba que se conservaran intactos. Es más, no le veía sentido.

Él mismo estaba cada vez más deteriorado. Cuando un día u otro

muriera, ¿qué valor tendrían aquellos papeles y fotografías para nadie? Muchos otros documentos que fueron importantes para él se habían perdido ya y aunque momentáneamente le dio pena, luego comprobó que podía vivir sin ellos. A veces hasta fantaseaba con rociar de gasolina el cuarto y convertirlo en una pira, fuego purificador como el usado con los muertos en la India. Sería liberador. Y peligroso. Por eso no lo hacía. En honor a la verdad, por eso y porque, en el

fondo, aunque no quisiera reconocerlo, ni secretamente ante sí, tenía la pequeña, irrisoria esperanza de que algunas cosas perduraran. Que se fueran estropeando sí, que los niños las manosearan, que él mismo dejara por descuido un cerco de café al colocar una taza sobre una vieja carta, pero que no se perdiera todo para siempre, como él, sino que algo, Dios sabe qué y por qué capricho, quedara, más o menos legible e inteligible, como una huella, trazo casi borrado de un ser extinto.

Algo, por humilde que fuera, capaz de intrigar a alguien hasta el punto de retener su mirada, de suscitarle preguntas, de hacerle desear seguir indagando sobre él y, de algún modo, rescatarlo.

Cuando atisbaba esa diminuta chispa de esperanza, se hacía burla y ridiculizaba. ¿A quién habría de importar lo más mínimo su rastro, en las generaciones venideras? ¡Qué tontería! ¿De verdad confiaba en que lo recordaran pasado mucho tiempo, cuando ya no

estuvieran vivos ni Berta ni sus hijos o sus nietos? ¿Que alguien recordara no ya su peripecia, sino siquiera su nombre? Claro que no, lo sabía. Él mismo, ¿qué conocía de sus abuelos o bisabuelos? ¿Cuánto tiempo de su vida había dedicado a pensar en ellos? ¿Acaso concebía que fueran algo más que ancianos? ¿Los imaginaba amando y amados, con sueños e ilusiones? No sabía nada de ellos, como sus nietos, que correteaban entre sus piernas, tampoco

imaginarían quién fue él realmente. No aquella ruina, sino el joven fuerte, lleno de iniciativa. Por más fragmentos de lienzo que pervivieran, jamás completarían el retrato del hombre que había sido. Es más, lo esencial de él y su trayectoria no era material, tangible. Se perdería en la amalgama de imágenes y recuerdos que atesoraba su cerebro, cuando este se pudriera. No obstante, ¿no había sentido él siempre curiosidad por aquel A. C.? ¿Por qué descartar entonces

que un día intrigara él?

Le molestaba darse cuenta de que si bien seguía siendo tan ateo como empezó a ser de niño, si bien seguía convencido de que tras la muerte no habría más que la nada, en el fondo de sí (de su «alma», pues esa palabra respondía a lo que experimentaba) confiaba en que alguien hallara un cabo del ovillo, tirara y desenredara la madeja de su existencia, la reescribiera, recuperara y así, aunque fuera en un sentido laico, lo resucitara. Sí, deseaba haber

servido para algo, que alguien buscara y encontrara en su vida el sentido que a él se le escapaba. Le decepcionaba y hasta indignaba descubrirse tan infantil al borde de la muerte, pero así era: en vez de llevar hasta el final su creencia de que no habría explicaciones, anhelaba que alguien, del futuro, demostrara cuán equivocado estaba.

Tal vez por ello y porque consideraba que la mejor pista sobre quién era él en realidad, el fruto más

perfecto de su esfuerzo, la muestra más reveladora de su credo (de su fe en el hombre y la justicia) era la demanda contra el desahucio, esta era el documento mejor guardado. Estaba en una carpeta marrón, de un cartón que simulaba piel y el grosor casi de una caja. Era tan amplia que contenía juntos el escrito, las dos sentencias, los planos e informes periciales adjuntados como prueba, un sobre de fotografías igual al que también usó como

evidencia, las reclamaciones administrativas que precedieron al juicio y recortes de prensa. Todo estaba allí, en esa carpeta que debía de tener una gemela en algún archivo de los juzgados de Sevilla. Había ido a reclamarla tras lo del Supremo, pero los funcionarios no la encontraron. «Ya sabe usted, con los desbarajustes de la guerra...», fue toda la explicación que le dieron. Por suerte para él, tenía copia de cada documento y sí, francamente, sentía que

aquel era su mayor legado. No había servido de mucho. No les devolvió la vida de antaño. Y además tuvo aquel colofón mancillado por los fascistas. Pero incluso ese epílogo, esa última risotada siniestra, tal vez fuera elocuente, ante las generaciones venideras, del que fue su sino.

Seguramente se le podría achacar que hacía una lectura demasiado negativa. Al fin y al cabo, había llegado a viejo, sin grandes achaques, con hijos y nietos sanos —salvo aquel pequeño

Juan que murió en el sobreparto—. En el último momento hasta ganó el pleito cuya sentencia ya ni esperaba, y pudo envejecer en su propia casa. Aunque él no se sintiera ya con fuerzas de regresar jamás a Pechón, sus hijos sí volvieron. Vicenta los alojaba, matrona acogedora, durante temporadas y al regresar todos contaban maravillas de la estancia y de cómo los trataban la vieja tía, e incluso, siendo más despegado, también Julián. El vínculo con la Montaña

se perpetuaba gracias a la generosidad de su hermana. En definitiva, pese a las adversidades que jalonaron su biografía, comparado con la media de su generación no salió malparado, de modo que objetivamente sería difícil suscribir su oscuro balance. Sin embargo, tal vez habría que comprender ciertos efectos del cansancio, cierta amargura por la vejez —descorazonadora—, cierta pérdida de confianza en el devenir humano después de tres guerras, una civil, dos

mundiales. Probablemente se le podría reprochar que mirara demasiado al pasado, que se entregara a la nostalgia, pero ¿sabe alguien cómo reaccionará cuando afronte cada día pensando que puede ser el último, que lo razonable es que lo sea? ¿Cómo entonces juzgarlo?

Leticia tenía ya cincuenta y seis años, Marcelina, cuarenta y cuatro. La última hija de esta, Isabel, que se llevaba doce con su hermana anterior, Pilar, con poco más de tres años solía escapar

escaleras arriba, al palomar, en busca de aquel abuelo irreal, legendario.

«Güelo, güelo», lo llamó aquella tarde en que él miraba emocionado la foto que encontró fuera de sitio, arrugada entre dos libros, la del derribo. Esa de espaldas, con Berta y los hijos, que aportó como prueba en el juicio. ¿Cómo habría llegado allí? ¿Se habría caído? ¿La habría sacado él en un momento de delirio? Siempre le había parecido el mejor símbolo de sus fracasos, de la debacle de su

vida, pero ahora, cuarteada, desvaída, hasta dolía.

—¡Güelo! —gritó más fuerte la niña.

Salió a buscarla y renqueante se agachó a preguntarle:

—¿Qué quieres, charranilla?

Y ella le contestó como cada día:

—Güelo, mi cuento, güelo.

—Ven, anda —dijo él, dándole la mano.

Germán le narraba historias que a él le contó su madre y otras que inventaba

y siempre localizaba en Pechón, la aldea lejana. Pero esa tarde le costaba concentrarse. Tal vez era el calor. O la fotografía. Estaba mareado, por los recuerdos, por el miedo. Ese cuyo regusto reconocía, que olía. El miedo de un hombre, él, acosado por el resto.

—Mejor hazme un dibujo, linda —pidió a la nieta, mientras la sentaba en sus rodillas frente el desorden de la mesa.

Ella, de buen conformar, empuñó el lápiz. Germán hacía por reponerse,

pero no lograba librarse del influjo de la foto que tenía delante. Parecía haber perdido nitidez con los años. Seguro que no era cierto. Desvaríos de viejo. Isabel, ajena a su dolor, seguía pintando. Alegre, habladora, tan bonita.

Su rostro infantil, redondo, de luna, enmarcado por un flequillo recto y dos rodetes, fue la última imagen plenamente lúcida que Germán registró en su cerebro. Sintió un fugaz e intenso latigazo de angustia y el impulso de besar la sien

a la niña, que, sin dejar de dibujar, curiosamente, también guardó, en algún lugar secreto de su memoria, ese instante o más exactamente el olor del abuelo. Era el olor a barba de viejo, amarilleada por la nicotina que también le manchaba los dedos. Era el olor dulce y amargo, penetrante, del tabaco negro y era, aunque ella no lo supiera, también el olor del miedo.

Nadie percibió aquella tarde que algo grave le hubiera pasado al abuelo. Y

al día siguiente la gran alarma no fue que disparatara, sino que le resultara tan difícil respirar, se le oyeran tales silbidos, que hubiera que llamar al médico. Tras el reconocimiento este estremeció a todos diciendo que no cabía más que avisar al cura, ante lo cual Germán reaccionó agitado:

—¡El cura no, el cura no! ¡Que no venga, no quiero! —repetía a voz en cuello.

Gritó que era ateo, que no creía en Dios y que

quería que lo supiera el mundo entero. Se exaltó tanto que cualquiera que no lo conociera se habría asustado. Su familia se debatía entre otros dos temores. El primero, a las complicaciones que se derivarían de no avisar al párroco. En la España nacionalcatólica no ungir los santos óleos a un moribundo se consideraba afrenta a Dios y a Franco, pues se entendía como acto rebelde. Pero, además, estaba en peligro la salvación. Germán se empeñaba en morir sin

confesarse ni recibir el perdón divino, de modo que si, contra sus vaticinios, Dios existía, se condenaría.

Considerados ambos riesgos, celeste y terreno, se decidió buscar al sacerdote y, mientras llegaba, se encomendó a Marce, por su ascendiente, la tarea de aplacar a su padre. Ella puso en juego todos sus recursos para hacerlo recapacitar, apeló al amor que ella sabía que le tenía, le juró que ella lo quería a él, con sus hijos, más que a nadie y viendo que no respondía, se acercó

y le suplicó con lágrimas. Para Germán —que conocía mejor el evangelio que muchos practicantes— aquella escena era una repetición de las tentaciones de Cristo en el desierto. Ahí estaba el demonio, encarnado en lo que más amaba, ofreciéndole conmiseración, apoyo en los últimos momentos, siempre que accediera a renunciar a sus principios, a negarse a sí mismo, a claudicar y adorarlo. En cambio, si se resistía, si se aferraba a su fe, sería la nada, la soledad,

el olvido, el desprecio, su condena sin remisión, el infierno. Coincidiendo con el fin de estas reflexiones alucinadas, Marce pronunció una sentencia tan despectiva que hizo temer a Germán que, en efecto, estuviera poseída por el maligno:

—Está usted enfermo del alma.

—Menos que los curas, hija —contestó él como un resorte—, esbirros de Franco.

Lo dijo sin gritar, pero lo suficientemente alto como para que el que esperaba tras

la puerta se fuera indignado con la cerrazón del pecador y la ineptitud de su familia.

Cuando quedó al fin claro que no habría extremaunción, se olvidó el qué dirán. Todos se replegaron para ocuparse de Germán en su agonía. Marce, arrepentida, se disculpó cuando él ya no hablaba. Tuvo que contentarse con interpretar el modo en que le agarró la mano como que la perdonaba, a pesar de lo cual la mala conciencia siempre la acompañó. Aquella fue —

recordaría ya anciana— la segunda gran pena de su vida. Solo superada por la muerte de su hijo. Un salvaje cáncer de páncreas se lo llevaría en once días, dejando atrás viuda y cinco niños. Nadie podría impedirlo. Pero ese último disgusto de su padre, ella pudo haberlo evitado. Tal vez por remordimiento también ella rechazó la extremaunción llegado el momento. Pero eso era algo inimaginable cincuenta años antes, cuando era Germán quien se estaba muriendo.

Las últimas largas horas las pasó delirando. Las escenas se mezclaban en su cerebro como, en las pompas, las franjas de color. Llamaba a su hermana:

—¡Vicenta, Vicenta!

Que hubiera rechazado la confesión no significaba que no necesitara el perdón ni lo buscara. Le pesaba no haberle insistido para que emigrase, haber aceptado su sacrificio, no habérselo agradecido de un modo expreso, no haberle dicho más veces cuánto la quería y respetaba. Por desgracia, ella

estaba demasiado lejos para escucharlo, ahora. Justo en la casa donde por amor a él se había confinado, donde la imaginaba. Aquella que veía con una nitidez cortante, cuarto por cuarto, desde el *estregal* al desván donde estaban sus cosas, las de cuando era niño, luego estudiante, las que trasladó su padre al dejar Cádiz, muchos de sus libros. Mejor que ignorara la verdad, que no supiera que un día su cuñado, por encono o descuido, metió fuego a sus viejas pertenencias ante el

horror de Vicenta, que llegó a achicharrarse las manos tratando de salvar algo. Las imágenes superpuestas y sucesivas del Julián escondido en el monte, cuando el maquis, y el que quemaba los recuerdos de su hermano atormentarían a Vicenta los dos años de demencia que precedieron su muerte y que pasó en el sanatorio mental Santa Clotilde, frente al Sardinero.

Vicenta, Germán, Marce, José Joaquín, como antes Eliseo, Juan, don Pedro, Ramón, Amalia,

Mario, quién sabe cómo y cuándo Inge, Leticia, Pablo, todos buscando, al final, miradas en que apoyarse, entregándose a la muerte o aferrándose a la vida, en un acto de voluntad o por impulso. Asustados.

Benditos los lapsos de inconsciencia, en que uno no sentía el dolor del absurdo, ni el de la falta de aire que lo iba ahogando y seguiría hasta matarlo. ¡Que acabara todo de una vez, por Dios! ¡Sí, por él o quien fuera, que acabara! Aunque llevara años sintiendo que era un

muerto en vida (en el ataúd de su cuarto), morirse de verdad, se estaba muriendo ahora y sólo ahora sentía cuánto costaba acabar, y cuánto dolía.

En algunos instantes, por suerte breves, no deliraba. Era duro. Y para aguantar intentaba ver las penalidades pasadas como un entrenamiento, sacar de su experiencia el valor, la entereza con que morir dignamente. En esos momentos casi agradecía haber sufrido antes. ¿Cómo podrían soportar, quienes

nunca habían padecido, un dolor así? También se consolaba no diciéndose, como muchos, que pronto se reuniría con los que llevaba años sin ver, sino concentrándose en sentir a todos los que había querido, muertos y vivos, cerca, dentro. Y, a veces, conectaba su mente con quienes compartían con él la hora del suplicio, los enfermos, los que agonizaban en camas, o en trincheras, o en agujeros inmundos, rodeados de familia o solos como perros,

de muerte natural o a manos de otros, con una débil fe o sin la menor esperanza.

La muerte lo cogió justo en uno de esos mínimos intervalos de conciencia y esa fue la última gran prueba. Estaba rodeado de Berta, sus hijos y los nietos mayores cuando sintió llegar el fin. Instintivamente se agarró a ambos lados del colchón, para aguantar la embestida. Todo iba a acabar. Pero logró arrancarse unas palabras:

—Si vuelve Leticia, no

volverá..., si vuelve, decidle que no me rendí, que luché. Dadle los papeles... Ella sabe, entenderá..., que los lea.

Nadie comprendió. Pensaron que desvariaba. Todos menos Berta, que, compadecida, vio hacerse una tenue luz sobre la vieja sospecha. Él aún tuvo tiempo de advertir que se reflejaba en el espejo de la cómoda que estaba frente a la cama. Justo entonces llegaron los estertores. Sus ojos nublados se clavaron en los de aquel casi

irreconocible cadáver. Se despidió de él, viejo camarada de fatigas, y sufriendo expiró.

El cuerpo, desnudo y amortajado con una sábana blanca, fue enterrado en el cementerio de San Fernando bajo una lápida en la que solo figuraban nombre, fechas de nacimiento y muerte e, inevitablemente y contra su deseo, una cruz. El

día del entierro se reunió toda la familia, la comunidad pechonera en Sevilla al completo y gran parte de la montañesa. Don Germán era un personaje y quisieron despedirlo. Fue un sepelio sereno, como suelen serlo los de ancianos, pero como en toda concentración humana, incluso en las luctuosas, un zumbido de murmullos llenó el aire. Solo cuando los vivos se alejaron reinó el silencio.

Durante veinte años el cadáver reposó en aquel sepulcro con la triste paz con

que lo hacen los muertos. Pero pasado el tiempo, la compañía de seguros notificó la necesidad de renovar el alquiler del nicho. Burocracia, papeleo, trámites, todo muy frío pero tan real como la vida y la muerte y al igual que esta, insoslayable. Ni la burocracia ni el negocio que existen en torno a los decesos atienden —como ninguna burocracia y negocio, por otra parte— a razones sentimentales. Hay normas que cumplir, dinero que pagar y eso es todo.

Todo lo que importa. Si una carta perentoria como aquella llega a una casa — más exactamente un piso alquilado, en uno de esos bloques que empezaban a proliferar por todas partes— cuando una tragedia mayor y más reciente hace intrascendente qué le ocurra a un desgastado esqueleto, si llega en un momento de escasa liquidez, por hablar de alguna, si lo hace cuando la vida agobia tanto al destinatario y tira de él en tantas direcciones, y tan distintas, que este se bloquea

y no puede tomar decisiones, entonces lo más probable es que no abra la carta, o la lea muy aprisa, sin comprenderla, o la entienda y aun lamentándolo mucho, en el alma, no pueda actuar frente a ella. Ni cumpliendo lo que se le pide, ni oponiendo resistencia. Es decir, que no haga nada, que deje que pase lo que tenga que pasar, sea lo que sea. Aunque sea que un sepulturero anónimo fuerce una lápida sellada, que para él es cualquiera, levante la tapa del ataúd, vacíe los

restos en su carretilla y los traslade a la fosa común del cementerio. Germán no habría objetado nada. La vida está repleta de sorpresas más amargas.

Al final, sus huesos quedarían dispersos, perdidos, como sus cartas, sus fotografías, sus libros, sus anotaciones, todo lo que él había sido. De modo que si en algún momento alguien —lo que siempre deseó y consideró improbable— llegaba a sentir un mínimo impulso de recordarlo, de indagar quién y cómo era,

qué vivió, qué sentía; si ese desconocido perseveraba en el intento y hallaba hebras, por transparentes que fueran, de su biografía; si las unía con tino —aun imaginando, inventando engarces— y recuperaba su historia pese a contaminarla —o enriquecerla, según se viera — con sus propios sueños y miedos; si se afanaba en terminar el rompecabezas, aun para nada, como todo, pues al término del cuento él seguiría muerto y el empeño, por ambicioso que fuera, no sería más que un mínimo

grano de arena en el inabarcable desierto del tiempo; si fuera como fuese, o más precisamente, fuera por lo que fuese, alguien sucumbía a la necesidad de hacer aquello y lo hacía; jamás podría llevarlo a los pies de su tumba para ofrecérselo.

Podría acercarse, eso sí, a la pradera del fondo del cementerio, que, aunque muchos no lo sepan, es el osario colectivo del camposanto. Pasear arrastrando los pies por los caminos de tierra que la

delimitan, levantando a su paso polvo y hojas secas, pensando en él, mezclado allí abajo, con tantos, la mayoría pobres, o fusilados, en la dictadura y la guerra. Después de todo, tal vez le costara más llegar a Berta, que yace en un sepulcro, sí, pero sola y a saber dónde. El tiempo qué implacable y la memoria qué frágil.

Seguramente ha de ser así, para seguir viviendo. Pero que nadie busque el rastro no significa que no esté, ni que nadie lo sienta. La huella de los que han

muerto queda grabada a fuego en su descendencia. Solo eso explica que no ya su preciosa nieta, cuya cara de luna fue el último recuerdo de su vida, sino la hija de esta, que no llegó a conocerlo, note de vez en cuando un vértigo, un arranque de angustia, un miedo impreciso pero muy fuerte que, inexplicablemente —dado que ella no ha fumado nunca—, huele a tabaco. Más raro aún, a barba rancia, amarilla, áspera, impregnada de humo.

AGRADECIMII

Esta novela esperaba a ser escrita desde aquellas noches en que mi hermano Tomás y yo escapábamos de nuestra angustiosa realidad escuchando a la anciana Sherezade contar las que él, con su ironía habitual, llamaba —y aún llama— «historias de la pianola». Su humor me ayudó entonces y me ha espoleado luego en el proceso de creación, un camino que yo necesitaba

recorrer para asimilar esa dura experiencia en la que, para mi suerte, él me acompañó.

Sea por instinto o, lo que es más probable, por enseñanza muy temprana de mis padres —a quienes debo tanto, todo, que no hay expresión de agradecimiento que baste—, he sido siempre una apasionada de la literatura y una convencida de su imbricación con lo que llamamos «real». No obstante, mi concepción literaria no sería la misma de no haber conocido a la

excepcional profesora Mercedes Comellas. Titular de Literatura Española de la Universidad de Sevilla, directora de mi tesina, ha compartido generosamente conmigo lo mucho que sabe de los libros y la vida.

El lúcido e implacable análisis de mi queridísima Begoña Rodríguez, compañera periodista, fue vital para hacer madurar esta novela que se ha vuelto más hermosa y compleja gracias también a la lectura crítica hecha por mis íntimos amigos María González de

Caldas, Slavica Trdina —tan añorada—, el guionista y profesor David Muñoz y los periodistas Javier Martín-Arroyo, Juan Valentín Romero, Jorge Sánchez, Alfredo Valenzuela y Antonio Sánchez, a quien, además, esta ficción debe elementos esenciales como el universo vienés y *la musa Baumgarten*.

Palmira Márquez, mi agente, aceptó leer el libro sin más datos que la fe en él que yo pude transmitirle una tarde de verano, en un café de Madrid. Por aquel

depósito de confianza, por esa entusiasta llamada que selló el pacto entre las dos y por todo el trabajo que desde entonces hasta ahora ha realizado con la profesionalidad, eficacia y alegría que la caracterizan, gracias, Palmira.

La primera persona que leyó esta novela sin haber oído antes mi nombre, sin haberme mirado a los ojos, ni haberme escuchado defenderla con la pasión que siento por ella fue Axier Uzkudun. Y jamás olvidaré que su dictamen abrió la

puerta para que hoy esté aquí, impresa.

Raquel Gisbert se ha volcado en la edición de este libro con entrega y rigor extraordinarios. No voy a descubrir ahora una trayectoria avalada por tantos años, autores y títulos, pero sí quiero agradecer especialmente la minuciosidad y dedicación en unos meses que eran, debían haber sido, en exclusiva para su recién nacida hija Coloma. Gracias, Raquel, por haberlos compartido con Germán,

con la novela, conmigo y por haberme invitado a reflexionar sobre mi apuesta creativa y a llevarla tan lejos como fuera capaz. Las dos sabemos cuánto esfuerzo ha costado y cuánto hemos llegado a disfrutarlo.

Extiendo mi reconocimiento a cuantos en la editorial se han desvivido para conseguir que la novela sea lo más lograda posible (desde el diseño de portada a la maquetación) y goce de un recorrido fructífero. Consigno de modo expreso mi gratitud infinita a Alicia

Domínguez, cálida *meiga gallega*, con cuya ayuda he podido pulir el texto hasta el menor detalle en la penúltima fase de su producción.

Si hay alguien a quien la palabra «gracias» que mi boca pronuncia está naturalmente destinada es Marcos Donas, mi compañero y cómplice, mi primer lector, mi más perfecto interlocutor, quien mejor me conoce y comprende, quien respaldó mi deseo de crear cuando no era más que una pulsión y

después me ha regalado tiempo para sentarme a escribir y hacer realidad mi sueño. Gracias, amor, por alentarme a volar y brindarme cobijo cuando fuera el viento arrecia.

Mi hija Paula, sin saberlo, al nacer, fue la chispa que prendió este incendio. Un extraño sentido de la responsabilidad con nuestra mutua felicidad me decidió a emprender este proyecto mil veces pospuesto. Paula y la novela han crecido en paralelo y en el último año y medio, cada

vez que me veía enfilar hacia el despacho —al que ella, con una perspicacia que no admite eufemismos, llama «cuarto del fondo»—, me daba fuerzas con su conjuro mágico: «¡Ánimo, mamá, que tú puedes trabajar!».

Aunque si una persona ha estado convencida de que tanto desvelo llevaría a algún puerto, ha sido mi madrina, a quien hoy agradezco su confianza (un punto exagerada).

No quiero concluir sin mencionar a los autores

Mario Vargas Llosa,
Virginia Woolf, Stephan
Zweig, Gustave Flaubert,
Sthendal, Charles Dickens,
Emily Brönte, Ian McEwan,
Guy de Maupassant,
Thomas Mann, Antonio
Muñoz Molina, Paul Auster,
Soledad Puértolas, Anton P.
Chejov, Toni Morrison,
Phillip Roth, Juan José
Millás, Magda Szabó,
Michel Faber, Alice Munro,
Clarín, Le Clézio, George
Amado, Boris Vian, Mercé
Rodoreda, Albert Camus,
Ernesto Sábato, Marguerite
Duras, Amos Oz, Saul

Bellow, escritores de los que me siento eterna deudora y a cuyos textos siempre vuelvo.

Ni, por supuesto, sin dedicar las palabras finales a todos aquellos que han consagrado parte de su precioso y escaso tiempo a adentrarse en este libro. Gracias de verdad, lector, por elegirlo, entre el espeso bosque de títulos —de novedades y clásicos—, y por hacer este viaje conmigo. Espero que, ahora que acaba, te satisfaga haberlo empezado y que, en algún momento, el destino o

la voluntad vuelvan a
unirnos.

BIBLIOGRAFÍA

ABELLÁN, José Luis:
Historia crítica del pensamiento español.
Tomos IV y V (I, II y III),
Espasa-Calpe, Madrid, 1984,
1989 y 1991.

AGUIRRE

GUTIÉRREZ, Ricardo:
Cabezón a principios de siglo. Una aproximación histórica, Lib. Estudio,
Santander, 1995.

ALMUIÑA, Celso (*et al.*): *Pechón en El Correo de*

Herrerías. Crónica de una comarca (1915-1921), Asociación Cultural Aramal.

ÁLVAREZ JUNCO, José (*et al.*): *Nacimiento del periodismo político: la libertad de imprenta en las Cortes de Cádiz (1810-1814)*, Asociación de la Prensa, Madrid, 2009.

ARENAL, Concepción: *Obras completas* (Vol. I y II), Atlas, Madrid, 1993.

BASTANTE

SUMAZA, Fernando (*et al.*): *La sociedad rural tradicional*, Universidad de Cantabria, Santander, 1994.

BECCARIA, Cesare:

De los delitos y de las penas
(con el comentario de
Voltaire), Alianza de
bolsillo, Madrid, 1968.

BLANCO

AGUINAGA, Carlos (*et*
al.): *Historia social de la*
literatura española (en
lengua castellana), Vol. II,
Castalia, Madrid, 1984.

BRAOJOS GARRIDO,
Alfonso (*et al.*): *Sevilla en el*
siglo XX, Tomos I y II,
Universidad de Sevilla,
Sevilla, 1990.

—*Sevilla*, 36,
sublevación fascista y

represión, Muñoz Moya y Montraveta, Brenes, 1990.

—*Alfonso XIII y la Exposición Iberoamericana de Sevilla de 1929*, Universidad de Sevilla, Sevilla, 1992.

CAMPS, VICTORIA
(*et al.*): *Historia de la ética*,
Vol. II y III, Crítica, 1989.

CANTOS

CASENAVE, Marieta (*et al.*): *La guerra de pluma: estudios sobre la prensa de Cádiz en el tiempo de las Cortes (1810-1814)*, Universidad de Cádiz, Cádiz, 2006-2008.

CAÑIL, Ana R.: *La mujer del maquis*, Espasa, 2008.

CASTILLA DEL PINO, Carlos: *El humanismo «imposible»*, Cuadernos Taurus, Madrid, 1971.

CICERO, Isidro: *Los que se echaron al monte*, Corocotta, Santander, 1982.

CLAVERO, Bartolomé: *Manual de historia constitucional de España*, Alianza Universidad Textos, Madrid, 1989.

—*Razón de Estado*,

razón de individuo, razón de historia, Centro de estudios constitucionales, Madrid, 1991.

COMELLAS, José Luis: *La Restauración como experiencia histórica*, Universidad de Sevilla, Sevilla, 1977.

CRUZ SEOANE, María: *Oratoria y periodismo en la España del siglo XIX*, Fundación Juan March, Valencia, 1977.

CUESTA DOMINGO, Mariano: *Alexander von Humboldt: estancia en España y viaje americano*,

Consejo Superior de
Investigaciones Científicas,
Madrid, 2008.

DERVAL, Paul:
*Folies-Bergère: recuerdos
de su director*, Goyanarte,
Buenos Aires, 1955.

DÍAZ, Elías:
*Sociología y Filosofía del
Derecho*, Taurus
Humanidades, Madrid,
1971.

—*La sociedad entre el
derecho y la justicia*, Salvat,
Madrid, 1982.

—*De la maldad estatal
y la soberanía popular*,
Debate, Madrid, 1984.

DÍAZ PÉREZ, Eva:
Memoria de cenizas,
Fundación Lara, Sevilla,
2005.

DOMÍNGUEZ, Rafael:
«La diáspora cántabra en el
mundo», *Diario montañés*,
21 de julio de 2007.

ELORZA, Antonio y
LÓPEZ ALONSO, Carmen:
Arcaísmo y modernidad.
Pensamiento político en
España. Siglos XIX-XX,
Historia 16, 1989.

FERNÁNDEZ DE
CASTRO, Ignacio: *De las*
Cortes de Cádiz al
posfranquismo, Vol. I, 1808-

1956, Editorial 2001,
Barcelona, 1981.

FERNÁNDEZ

ALMAGRO, Melchor:
*Historia política de la
España contemporánea*,
Vol. I, II y III, Alianza
Editorial, Madrid, 1968.

FLECHA GARCÍA,
Consuelo: *Las primeras
universitarias en España*,
Narcea, Madrid, 1996.

FORTEA, José Ignacio:
«La H.^a económica de
Cantabria durante la
historiografía reciente: un
balance», *Actas II encuentro
de Historia de Cantabria*

(ed. Manuel González Morales, *et al.*), Univ. Cantabria y Consejería de Cultura, Santander, 2002.

GARCÍA

CASTAÑEDA, Salvador: *Los montañeses pintados por sí mismos. Un panorama del costumbrismo en Cantabria*, Ayuntamiento de Santander y Lib. Estudio, Santander, 1991.

GARRIDO, Fernando: *Historia de las clases trabajadoras*. Vol. II, *El siervo* y Vol. III, *El proletario*, Zero, Madrid, 1970.

GIBSON, Ian: *Sevilla, verano de 1936, con Gonzalo Queipo de Llano*, Grijalbo, Barcelona, 1986.

GONZÁLEZ

IGLESIAS, M.^a Estela: *Palabras y dichos populares de Pechón y su entorno*, Asociación Cultural Aramal, Pechón, 1999.

GONZÁLEZ,

Venancio: *El montañés de la esquina*, Universidad de Cádiz, Salamanca, 1995.

HIDALGO

NOCHERA, Patricio: *La gestación de la independencia de las islas*

Filipinas: una síntesis,
Université Paris X, Nanterre,
1998.

HUESCA NAVARRO,
Jacinto y JIMÉNEZ RIVAS,
José Manuel: «Historia del
Centro Cántabro Cádiz»,
2001:

<<http://centrocantabrocadiz.com/Historia/Lo%20que%20>

J. M.: *Estado de las
fábricas, comercio, industria
y agricultura en las
montañas de Santander (s.
XVIII)*. (Introducción:
Tomás Martínez Vara), Lib.
Estudio, Santander, 1979.

JUTGLAR, Antoni:

Ideologías y clases en la España contemporánea, Vol. I (1808-1874) y Vol. II (1874-1931), Cuadernos para el Diálogo, Madrid, 1968 y 1969.

LACOMBA, Juan Antonio: *La I República. El trasfondo de una revolución fallida*, Guadiana, Madrid, 1973.

LAFARGA, Francisco Luis y PERGENAUTE, Luis (ed.): *Historia de la traducción en España*, Ambos mundos, Salamanca, 2004.

LANZA GARCÍA,

Ramón: «Las migraciones temporales en la Cantabria del Antiguo Régimen», *Actas I encuentro de Historia de Cantabria*, Universidad de Cantabria y Consejería de Cultura, Santander, 1996.

LARRUBIETA,

Alejandro: *La conquista del jándalo*, *El Cuento Semanal*, Madrid, 1907.

LAZO, Alfonso: *La revolución rusa en el diario Abc de la época*, Universidad de Sevilla, Sevilla, 1975.

LEGA,

Carlos:

Deontología de la profesión de abogado, Civitas, Madrid, 1976.

LEIVA, Juan: *El periodismo en Jerez: siglo XIX*, Centro de Estudios Históricos Jerezanos, Jerez de la Frontera, 1982.

LÓPEZ VEGA, Manuel (coord.): *Carboneros sostenibles. El carbón: una cultura viva en Doñana*, CEIP Lope de Vega,

<<http://issuu.com/kurrillo/doc>>
Almonte, 14 de abril de 2008.

MANTECÓN

MOVELLÁN, Tomás A.: «Población y sociedad en la Cantabria Moderna», *Actas II encuentro de Historia de Cantabria*, Univ. Cantabria y Consejería de Cultura, Santander, 2002.

MARTÍN

VALVERDE, Antonio (*et al.*): *La legislación social en la Historia de España. De la Revolución liberal a 1936*, Congreso de los Diputados, Madrid, 1987.

MARURI

VILLANUEVA, Ramón: *La burguesía mercantil santanderina, 1700-1850*

(*cambio social y modernidad*),

Universidad/Asamblea de Cantabria, Santander, 1990.

—«Organización de un espacio agrario preindustrial en la costa santanderina: el concejo de Pechón en 1752». *Anal Inst. Est. Agropecuarios*. Vol. VI, 1984.

MAS CHAO, Andrés: *La guerra olvidada de Filipinas: 1896-1898*, San Martín, Madrid, 1998.

MORATO, J. José: *Líderes del movimiento obrero español 1868-1921*

(selección y notas de V. Manuel Arbeloa), Cuadernos para el diálogo, Madrid, 1972.

NAVARRO DE FRANCISCO, César (*et al.*): *Rizal y la crisis del 98*, Parteluz, Madrid, 1997.

NAREDO, José Manuel: *La evolución de la agricultura en España. Desarrollo capitalista y crisis de las formas de producción tradicionales*, Laia, Barcelona, 1971.

PECES-BARBA, Gregorio: *Los valores superiores*, Tecnos, Madrid,

1984.

PÉREZ NUÑO,

Antonio E.: *Los derechos fundamentales*, Tecnos, Madrid, 1984.

PÉREZ RUIZ, Carlos:

La argumentación moral del Tribunal Supremo (1940-1975), Tecnos, Madrid, 1987.

PUIG-SAMPER,

Miguel Ángel: *Crónica de una expedición romántica al Nuevo Mundo: la Comisión Científica del Pacífico (1862-1866)*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC), Madrid,

1988.

RAMOS SANTANA,
Alberto: *Cádiz en el siglo
XIX. De ciudad soberana a
capital de provincia.*
(Historia de Cádiz. Vol. III),
Sílex, Madrid, 1992.

RIZAL, José: *Poesías
escogidas*, Orden de los
Caballeros de Rizal, Madrid,
1955.

RODRÍGUEZ-
BACHILLER PÉREZ,
Ángel: *Rizal, Filipinas y
España*, Ediciones del Orto,
Madrid, 1996.

RODRÍGUEZ
GONZÁLEZ, Agustín R.:

La Guerra del 98: las campañas de Cuba, Puerto Rico y Filipinas, Agualarga, Madrid, 1998.

ROSELLÓ, Elena M. (et al.): *El carbón de encina y la dehesa: sistemas de producción y comercialización: evaluación de recursos*, Instituto Nacional de Investigaciones Agrarias, Madrid, 1987.

RUIZ, David: *Asturias contemporánea (1808-1936)*, Siglo XXI, Madrid, 1975.

SÁNCHEZ

MOVELLÁN, M.^a Elena:
Pechón en el recuerdo,
Asociación Cultural Aramal,
Pechón, 2001.

SERNA, Alfonso de la:
Visión de Cantabria,
Estudio, Santander, 1995.

SOLDEVILLA ORIA,
Consuelo: *La emigración de
Cantabria a América (1860-
1960)*, Universidad de
Cantabria, Santander, 1994.

—«Estructura
económico-social de las
casas comerciales
ultramarinas: una vía de
emigración selectiva», *I
Encuentro de H.^a de*

Cantabria, Universidad de Cantabria y Consejería de Cultura, Santander, 1996.

TOHARIA, José Juan:
«¡Pleitos tengas!»...
Introducción a la cultura legal española, Centro de investigaciones sociológicas y Siglo XXI, Madrid, 1987.

TOMÁS Y VALIENTE, Francisco:
Manual de historia del derecho español, Tecnos, Madrid, 1981.

TUÑÓN DE LARA, Manuel: *Historia y realidad del poder (el poder y las élites en el primer tercio de*

la España del siglo XX), Cuadernos para el diálogo, Madrid, 1967.

—*Estudios sobre el siglo XIX español*, Siglo XXI, Madrid, 1971.

—*Historia de España*, Tomo VIII. *Revolución burguesa, oligarquía y constitucionalismo (1834-1923)*, Labor, Barcelona, 1981.

—*España: la quiebra de 1898*, Sarpe, Madrid, 1986.

VALDIVIESO,
Enrique (*et al.*): *San Isidoro del Campo (1301-2002)*,

Fortaleza de la espiritualidad y santuario del poder, Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, Sevilla, 2002.

—Murillo. *Catálogo razonado de pinturas*, El Viso, Madrid, 2010.

ZARO, Juan Jesús (ed.): *Traductores y traducciones de literatura y ensayo (1835-1919)*, Comares, Granada, 2007.

ZAVALA, Iris M.: *Románticos y socialistas. Prensa española del XIX, Siglo XXI*, Madrid, 1972.

La Revolución francesa

en sus textos [trad. y notas Ana Martínez Arancón], Tecnos, Madrid, 1989.

Pechón. Una mirada al pasado (Recopilación de imágenes: Asociación Cultural Aramal), Cantabria tradicional, Torrelavega, 2006.

Lazos de humo

María Iglesias

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

© del diseño de la portada, Germán Carrillo González, Departamento de Diseño, División Editorial del Grupo Planeta, 2011

© de la imagen de la portada, Plaza de San Francisco, Sevilla.
Album/akg-images

© María Iglesias c/o Dos Passos Agencia Literaria, 2011

© Ediciones Planeta Madrid,
S. A., 2011

Ediciones Temas de
Hoy es un sello editorial de
Ediciones Planeta Madrid, S.
A.

Paseo de Recoletos, 4,
28001, Madrid (España)

www.planetadelibros.co

Primera edición en libro

electrónico (epub): octubre
de 2011

ISBN: 978-84-9998-065-2
(epub)

Conversión a libro
electrónico: Newcomlab, S.
L. L.

www.newcomlab.com

«¿Quién podría imaginar cómo será el siglo XXI? Nadie.
Para una cosa o quizás ninguna, pero el siglo no de los crees,
no de los futuros, sino el de los preparados e inteligentes»

MARÍA IGLESIAS

LAZOS *de* HUMO

*El hijo de un escritor que lucha por salir de la pobreza
y convertirse en abogado defensor de los menos afortunados*

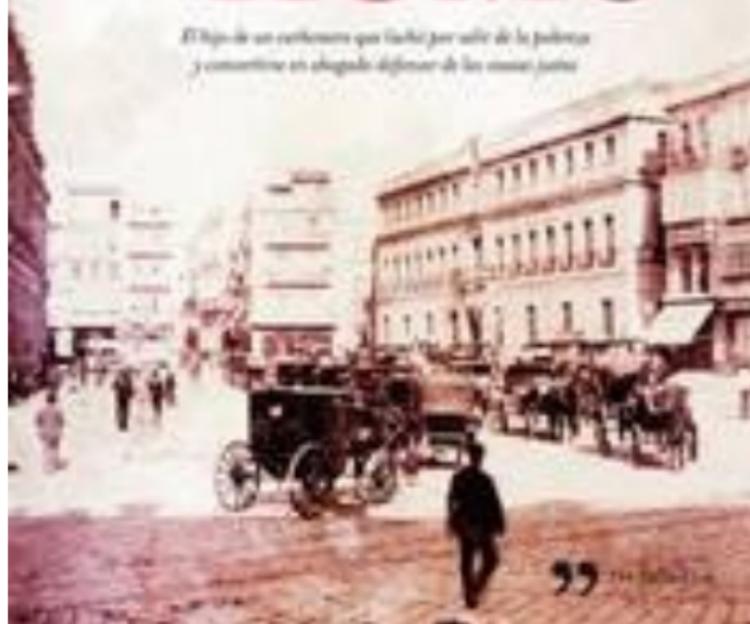


Table of Contents

MARÍA IGLESIAS

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

IX

X

XI

XII

XIII

XIV

XV

XVI

XVII

XVIII

XIX

XX

AGRADECIMIENTOS

BIBLIOGRAFÍA